



Universidad de Valladolid
Tesis Doctoral

CAMBIOS SOCIALES EN LA PREHISTORIA RECIENTE DE LA MESETA NORTE: 5500~1000 AC

Antonio Bellido Blanco

Director: Germán Delibes de Castro

ÍNDICE

1. INTRODUCCIÓN	4
2. HISTORIOGRAFÍA	10
3. EL CONCEPTO DE CULTURA ARQUEOLÓGICA	39
4. CULTURA MATERIAL	58
La alfarería	58
Las técnicas de elaboración	58
Las producciones	63
El utillaje lítico	82
Neolítico	83
Calcolítico y Edad del Bronce	88
El utillaje óseo	91
Neolítico	91
Calcolítico y Edad del Bronce	93
El instrumental metálico	95
Calcolítico	95
El final del Calcolítico y el Bronce Antiguo	97
Edad del Bronce Medio y Final	101
Reflexiones cronológicas	112
5. ECONOMÍA, SOCIEDAD Y TERRITORIO	116
El poblamiento: rasgos de los asentamientos	116
Modelos de poblamiento	129
Territorio: un espacio regional	140
Aprovechamiento del entorno	157
Agricultura y ganadería	158
Minería	168
Las tierras cultivadas en torno a los poblados	171
Relaciones entre los distintos grupos: los intercambios	177
Relaciones sociales	203
6. CREENCIAS Y MUNDO SIMBÓLICO	220
Una aproximación a los mitos y a los dioses	221
Los rituales	230
Rituales de tránsito y periódicos	232
Ofrendas metálicas y rituales de culto a las aguas	240
Espacios de culto	245
El mundo de ultratumba	258
7. CONSIDERACIONES FINALES	280
PARTE DOCUMENTAL	
1. Yacimientos	288
2. Las fechas	318
3. Datos faunísticos	323
BIBLIOGRAFÍA	324

A mis abuelas, María y Luz, y a mi madre, Angelines,
mi nexo de unión con el pasado y con la tierra.

1. INTRODUCCIÓN

Durante las últimas dos décadas han tenido lugar una gran cantidad de intervenciones arqueológicas, más que en ningún otro periodo anterior. A priori esta intensificación habría debido dar paso a un notable debate teórico y al replanteamiento de numerosas cuestiones relativas a nuestra prehistoria. Sin embargo, no siempre ha sido así, sino más bien al contrario. En estos años teoría y práctica parecen haber marchado separadas, perdiéndose casi siempre los resultados de la segunda en informes técnicos poco accesibles y en breves noticias. La consecuencia ha sido el encastillamiento de los trabajos teóricos dentro de las Universidades, donde a la vez los profesores desarrollaban sus propios trabajos de campo. Y al mismo tiempo el campo práctico, el de las numerosas excavaciones y prospecciones (además de seguimientos y supervisión de obras), se ha ido limitando cada vez más al registro técnico de las evidencias arqueológicas y a la recogida de los materiales antiguos.

Ante tal panorama, hubimos de replantearnos nuestra pretensión inicial de poner al día los conocimientos generales de un amplio periodo de la prehistoria meseteña. La cantidad de datos generados en las últimas excavaciones es tan enorme y, al mismo tiempo, se encuentra tan necesitada de un análisis y estudio minucioso, que el campo de trabajo se nos ofrecía inabarcable. Optamos entonces por limitarnos a recurrir a los datos ya publicados y, en mayor o menor medida, sintetizados e interpretados. Por una parte, renunciábamos así a aportar un nuevo corpus documental a la bibliografía arqueológica; pero por otra, nos permitía centrarnos en la reinterpretación de un volumen de datos accesible.

Sobre un mismo corpus documental, dado lo sesgado de los datos arqueológicos, pueden aplicarse distintos puntos de vista. Destacando la objetividad de los datos, podemos ignorar la capacidad de que éstos adopten diferentes formas si se opta por una interpretación u otra. Pero cuando una de éstas es aceptada como cierta por un grupo de estudiosos, pueden dejar de cuestionarse aspectos que en origen parecían dudosos o incompletos. E incluso a veces los datos posteriormente conseguidos se tratarán de acoplarse a lo ya admitido, en una actitud que se asemeja a una especie de sometimiento a las autoridades.

A lo largo de este trabajo mi objetivo principal ha sido cuestionarme algunas interpretaciones. Sin poder evitarlo, los datos siguen siendo los mismos, pero he querido buscar otras opciones para su lectura. Así en muchos casos recurro a fuentes

antropológicas y, aunque se pueda objetar su lejanía respecto a los tiempos prehistóricos o a la Meseta Norte, cumplen la función de ofrecer alternativas que aspiran a ser tenidas en cuenta y desarrolladas.

Esta vía se ha revelado como arriesgada y sumamente discutible, máxime cuando quizás nuestra base teórica no sea lo suficientemente firme como para resistir una seria revisión de sus fundamentos. En tal sentido, tal vez pueda tacharse este trabajo de tradicional en exceso, aunque de ningún modo es esa su pretensión. Sin duda soy hijo de mis circunstancias y, por tanto, de mi formación como historiador unida a mi interés por la antropología.

En el primer campo soy claramente deudor del trabajo de Germán Delibes, que ha ido marcando mi trayectoria investigadora de un modo u otro desde mis primeros pasos en la Universidad de Valladolid. Junto a esos cimientos hay otros elementos mezclados. Entre ellos reconozco con satisfacción haber disfrutado de los primeros años de la transferencia de competencias en materia de cultura a la Junta de Castilla y León. De forma inconsciente pude participar en numerosos trabajos de campo entre 1988 y 1993, cuando los que excavaban y prospectaban todavía eran grupos de amigos y no había que padecer la tiranía de los jefes o del dinero. Fue lo mucho que aprendí y los buenos ratos pasados entonces lo que determinó mi pasión por la arqueología. A esto habría que sumar dos breves estancias disfrutadas en universidades extranjeras que me abrieron los ojos a nuevos conocimientos y visiones teóricas: en 1994 en la universidad inglesa de Bradford y en 1996 en la limeña Pontificia Universidad Católica del Perú.

Mi primera intención al embarcarme en la redacción de esta Memoria de Doctorado fue la de reelaborar la visión que se tiene del amplio periodo prehistórico entre el VI y el inicio del I milenio AC –entre el Neolítico y la Edad del Bronce– en lo que atañe a lo ocurrido dentro de la Meseta Norte.

Nuestro estudio adopta una perspectiva histórica, para intentar abordar cómo se configuran las culturas y sobre qué bases, es decir, el proceso denominado etnogénesis. Se trata de considerar a cada grupo étnico como un sistema interaccionado integrado por elementos de cultura material, lengua, economía y de organización social e ideológica; considerando además que estos elementos varían a lo largo del tiempo y en el espacio (Almagro Gorbea 1992: 8). Esto ha de permitir poner al descubierto cambios producidos como consecuencia de distintas situaciones ambientales, socioeconómicas y políticas, así como el grado de contacto de unas entidades culturales con otras.

Hemos elegido este ámbito porque se trata de un espacio natural perfectamente delimitado e individualizado geográficamente respecto al entorno. Ello no ha de ser obstáculo para que en ocasiones puntuales excedamos este territorio para mostrar determinados aspectos con mayor claridad.

La elección de este periodo cronológico concreto responde a que es una etapa en la que, pese a haberse individualizado varias “culturas” a partir de los restos materiales, se mantiene una cierta continuidad en sus manifestaciones, sin que se aprecien rupturas bruscas. Otros autores han incidido ya en la continuidad que se manifiesta en las sociedades del interior peninsular entre el Neolítico Final y la Edad del Bronce, como muestra del primer paisaje agrario (Díaz-del-Río 2001: 9, Fernández-Posse 2002: 172). Se definiría por el desarrollo de las primeras comunidades campesinas a partir de que se introduzca la economía de producción. Sin duda no son sociedades estáticas, puesto que van a producirse cambios materiales, tecnológicos, sociales, ideológicos, religiosos y económicos, como veremos. Pero estas transformaciones no son repentinas ni obligadas, sino que se deben a una evolución lógica donde el paso del tiempo va abriendo camino a nuevas circunstancias.

En la elección de este marco temporal creemos que es fácilmente aceptable el momento inicial, caracterizado por un nuevo modo de producción de los recursos de subsistencia –agricultura y pastoreo–, al que algunos autores refuerzan su ruptura con el periodo anterior reconociendo una colonización paulatina de las tierras meseteñas por gentes venidas desde ámbitos mediterráneos (Delibes y Fernández Manzano 2000: 96-7).

El punto final de nuestro estudio está definido por cambios importantes en el aprovechamiento del medio, que van a propiciar el nacimiento de aldeas más estables que las anteriores. La agricultura parece protagonizar avances que permiten expandirse a terrenos antes marginales y aumentar la productividad, acompañado de una creciente competitividad (Quintana y Cruz 1996: 53-60). La estructura de poblamiento también cambia y se reconoce un aumento demográfico. Algunos autores podrían aducir que, pese a todo ello, se mantienen elementos de continuidad que obligarían a prolongar nuestro estudio durante un siglo más. Pero el hecho de que “técnicamente” la Edad del Bronce no haya finalizado aún, no deben hacer que se ignoren las transformaciones que tienen lugar en otros ámbitos culturales.

Pretendemos analizar cada uno de los elementos o manifestaciones culturales de que tenemos constancia en la actualidad para fijar así los procesos de cambio que se dibujan en el amplio periodo de tiempo que abarcamos. Nos gustaría, sin renunciar a los

esquemas evolutivos que la investigación ha adoptado hasta la fecha, referirnos al devenir de los tiempos prehistóricos en la Submeseta Norte como un proceso fluido, estableciendo los momentos de su desarrollo.

El problema de la sistematización de la prehistoria tal como se ha venido abordando hasta hoy reside en el hecho de que se ha procedido a ir rellenando huecos del inmenso vacío que constituía nuestro conocimiento de ese momento de nuestra historia. Se sabía más o menos cuál era el tiempo transcurrido y cómo era el resultado final, y sobre esta base los descubrimientos, como fichas de un puzzle, se iban colocando en el lugar que se suponía les correspondía. Tan simple como eso. En ocasiones un determinado dato nuevo obligaba a remover un poco las casillas colocadas anteriormente, pero sin mayores problemas. En este trabajo tratamos de establecer un criterio lógico que explique los cambios y la paulatina evolución de los rasgos sociales, económicos, religiosos, etc.; en definitiva, de la cultura.

Para conseguir nuestro objetivo, el trabajo comienza con una revisión de la evolución que ha sufrido la reconstrucción de la Prehistoria Reciente de la Meseta Norte a lo largo del siglo XX: cuáles han sido las cuestiones planteadas por los estudiosos y qué soluciones ofrecían en cada momento. Podrá apreciarse cómo se ha avanzado desde los primeros estudios, cuando apenas se sabía algo de la ocupación de la Meseta Norte y los esquemas copiaban lo conocido en zonas limítrofes. Y se termina con los últimos temas que centran el análisis de los actuales investigadores.

A continuación se presenta una reflexión teórica sobre lo que cabría intentar descubrir de las culturas del pasado a través de fuentes arqueológicas. Partiendo del reconocimiento de las limitaciones impuestas por sus características, pero teniendo presente que una cultura alberga multitud de aspectos que la hacen un sistema único y complejo, intentamos mostrar los caminos por los que llegar a reconstruir una visión de los pueblos prehistóricos. Para ello echamos mano de referencias antropológicas, por presentarse mucho menos viciadas y alcanzar a conocer las culturas de forma mucho más completa.

El siguiente capítulo es trascendental para introducirnos en la realidad de la Meseta Norte, puesto que se dedica a los restos materiales. Su estructura adopta una división por tipos de materiales en la que prima la evolución a lo largo del tiempo antes que la caracterización de cada uno de los momentos concretos. La intención de tal elección es mostrar una imagen distinta a lo habitualmente presentado en la mayoría de trabajos, que se centran en yacimientos con un desarrollo temporal relativamente breve.

Hemos procurado que el resultado ofrezca un panorama lineal, de cambios paulatinos. Queríamos así evitar dar el aspecto de que se trata casi de culturas estancas, independientes unas de otras y con límites bien definidos entre ellas, que en otras ocasiones parecen sucederse suplantándose.

En este apartado, así como en los siguientes, se han utilizado dataciones calibradas (indicándolo con el uso de letras mayúsculas: AC). No obstante, en algunos casos se han presentado algunas fecha sin calibrar –por ejemplo, en todo el capítulo dedicado a la Historiografía con la intención de respetar las fuentes citadas– y entonces se ha mencionado empleando minúscula y puntos (a. C.). En esta elección ha primado el deseo de ajustar la visión de la Prehistoria a la realidad, evitando las deformaciones que impone el uso de fechas sin calibrar.

En el capítulo dedicado a temas económicos y sociales hemos englobado varios aspectos organizados a modo de epígrafes monográficos. Empieza con la caracterización del interior de los poblados, aludiendo tanto a las cabañas y murallas como sobre todo a los hoyos, para abordar seguidamente la organización del poblamiento. Otro apartado se ocupa de analizar las estatuas, los ídolos y las estelas como marcadores territoriales de ámbito regional. Después se trata de las formas de explotación del territorio –agricultura, ganadería y minería–, relacionando los datos arqueológicos con los ambientales, y se acomete la reconstrucción de las características de los terrenos dedicados a la agricultura. Las últimas secciones se centran en las relaciones entre los grupos humanos y los intercambios de bienes materiales e ideas, así como en las relaciones sociales entre los integrantes de un ámbito territorial y organizativo reducido.

El capítulo sobre el mundo simbólico comienza con una aproximación a los dioses y sus representaciones, para pasar después a tratar el tema de los comportamientos rituales, su finalidad y su plasmación material. Sigue con los lugares de culto, principalmente caracterizados por las manifestaciones artísticas –grabados y pinturas– de cuevas y abrigos. Acaba con un repaso a los comportamientos funerarios y su evolución desde las tumbas colectivas del Neolítico a las fosas individuales de la Edad del Bronce.

Aunque a lo largo de todo el texto se plantean diversas vías de investigación, el capítulo final sugiere algunos de los temas que quedan abiertos para futuras investigaciones. Se incluyen además apéndices con un listado de los yacimientos principales y su bibliografía, con las dataciones radiocarbónicas y con los análisis de fauna publicados.

La mayoría de mapas son de elaboración propia, aunque cuando no es así se indica su procedencia. No ocurre lo mismo con los dibujos de materiales, que han sido tomados de muy diversas publicaciones. Los autores de estos trabajos, por orden alfabético, son –espero no olvidar a ninguno–: F. Javier Abarquero, Martín Almagro Gorbea, José Amalio, José M^a Apellániz, Jesús Álvaro Arranz, M. A. Arnáiz Alonso, Primitiva Bueno, Jesús Caballero, M^a S. Corchón, Germán Delibes, S. Domingo Mena, Ángel Esparza, Soledad Estremera, F. Javier Fabián, Ángel García Aguayo, J. M^a Fernández Giménez, Julio Fernández Manzano, José Javier Fernández Moreno, M^a Dolores Fernández-Posse, José Antonio Gómez Barrera, R. Grande del Brío, Alonso Gutiérrez Morillo, José Ignacio Herrán, Juan Carlos Iglesias, Alfredo Jimeno, Michael Kunst, M^a Socorro López Plaza, M^a Rosario Lucas Pellicer, J. Luis Francisco, Gregorio J. Marcos, Miguel Ángel Martín, Jesús C. Misiego, Luciano Municio, C. Naranjo, Ángel L. Palomino, F. Javier Pérez Rodríguez, F. Piñón Varela, F. Porres, F. Puertas, Ángel Rodríguez González, José Antonio Rodríguez Marcos, Manuel Á. Rojo, Fernando Romero, Rafael de la Rosa Municio, Asunción Salazar, R. Salvador Mateos, Belén Samaniego, Manuel Santonja, F. Javier Sanz, M^a C. Sevillano, Luis César Teira Mayolini, J. L. Uribarri Angulo, Jesús del Val y Pilar Zapatero.

Por último quiero hacer dos agradecimientos. El primero es a Germán Delibes, que ha dirigido este trabajo –y me ha orientado siempre desde que empecé a acercarme a la investigación–, tratando de limar sus imperfecciones y de hacerlo más riguroso. El otro es a mi familia, por estar siempre a mi lado, aguantándome.

2. HISTORIOGRAFÍA

El estudio del pasado, o su simple conocimiento, ha visto cambiar con el paso del tiempo los puntos donde se hacía más énfasis. Han variado las cuestiones que preocupaban en cada momento influidas por nuevos descubrimientos o por la aceptación de determinadas interpretaciones como hechos seguros. De este modo los investigadores han ido moviendo sus lecturas, oscilando y descartando posibilidades que en ocasiones se recuperaban décadas o siglos después. Los esquemas vigentes hoy para la ordenación de las épocas pasadas aparecen como convencionalismos firmemente arraigados, pero en realidad son el fruto reciente de la Ilustración y del Racionalismo del siglo XVIII. La división de la Prehistoria en edades de la piedra, del bronce y del hierro es establecida por el danés Thomsen en el año 1836, dando forma a una base para el estudio del pasado a partir de mediados del siglo XIX.

Sin embargo, el conocimiento del pasado remoto ha sido una preocupación constante en todas las culturas, por muy primitivas que fuesen. Los pueblos en estado salvaje recurren a explicaciones mágico-religiosas ligadas a la existencia de antepasados míticos cuyo origen aparece ligado a los dioses. En sus relatos estos pueblos no pueden ignorar la presencia de una divinidad de la que surge la vida humana en un tiempo del que ya nada queda sino el recuerdo. Uno de estos relatos es el bíblico, pero antes de referirnos a él vamos a recoger el que hace Hesiodo en el siglo IX u VIII a. C. dentro de su obra "Los trabajos y los días", y que bien puede reflejar la idea que los griegos tenían en esa época sobre el origen de los hombres.

En un primer momento los Inmortales que habitaban las moradas olímpicas crearon una *raza áurea* de hombres mortales que vivían sin preocupaciones ni trabajo, ya que las tierras producían mucho espontáneamente, no sufrían miseria ni vejez y morían durante el sueño. Cuando la tierra sepultó esta raza, los dioses crearon una nueva raza, mucho peor, *de plata*. Estos crecían durante una niñez de cien años junto a su madre y cuando llegaban a jóvenes, vivían muy poco tiempo y con sufrimiento por su falta de experiencia y porque no rendían culto a los dioses, como es norma en los hombres. Zeus, irritado por su comportamiento, los hizo desaparecer y creó una tercera raza de hombres mortales, *de bronce*. Era una raza terrible y vigorosa, preocupada por los actos de violencia; de bronce eran sus armas, sus casas y sus herramientas, pues no conocían el hierro. Pese a su fuerza, también murieron y desaparecieron. Cuando la tierra sepultó a

esta raza, Zeus creó una cuarta, más justa y mejor, *de héroes*, a los que la guerra aniquiló en su mayoría.

Después creó una raza más, *de hierro*, en la que Hesiodo se incluye, aunque hubiera preferido no hacerlo. Ni de noche ni de día deja de estar agobiada por la fatiga y la miseria y en su vida se mezclan continuamente bienes con males. Los hijos no serán como sus padres, ni éstos como sus hijos; los hombres no serán gratos unos a otros, como antes, y los hijos censurarán a los padres con duras palabras, estimando más al malhechor.

Pese al primitivismo que podamos apreciar actualmente en una explicación como ésta a la génesis humana, resulta interesante el reconocimiento de unos hombres de bronce y de una raza de héroes, que coincidirían con los momentos anteriores a Hesiodo, posiblemente correspondiendo a lo que hoy denominamos Edad del Bronce. Ello junto al hecho de que este escritor griego se sitúa a sí mismo dentro de una raza de hierro, en los siglos IX-VIII, al principio de nuestra Edad del Hierro. Podría afirmarse que se trata de una visión –tamizada a través de un enfoque mítico– bastante ajustada a nuestro conocimiento actual. Sin duda está más cerca de la realidad de lo que lo estuvo la creencia común de las gentes europeas hasta el inicio del siglo XX. No hay que olvidar que hasta la segunda mitad del siglo XIX los versículos del Génesis eran admitidos generalmente como historia real del hombre, y aún incluso en textos de principios del siglo XX.

Luis Pericot (1964) relata cómo en 1915, cuando estudiaba Historia Universal en la Universidad de Barcelona, se enseñaba que la fecha de la creación era el año 4004 a. C. No obstante, ya entonces había buenos manuales de Prehistoria que seguían el esquema fijado por la ciencia francesa. La Arqueología, gestada en esos años, surge dentro de un historicismo idealista basado en reconstruir la historia de los diferentes pueblos de la Tierra. Desde finales del XIX la Arqueología pone el acento en las **divergencias culturales, las peculiaridades grupales y la etnicidad**. Los restos materiales se convierten en el objetivo prioritario de los arqueólogos, dedicados a delimitar las áreas culturales que desde el principio de los tiempos había abarcado cada uno de sus respectivos pueblos (Hernando 1992).

A partir de la década de 1910 se renueva la Prehistoria española a través del método histórico-cultural, matizado en los años veinte y treinta por la impregnación de las ideas nacionalistas (Díaz-Andreu y Mora 1995). En este sentido, Pericot (1964)

destaca la intensificación que en esos años se produjo dentro de los estudios arqueológicos en España, influyendo sobre todo la presencia de Pedro Bosch Gimpera.

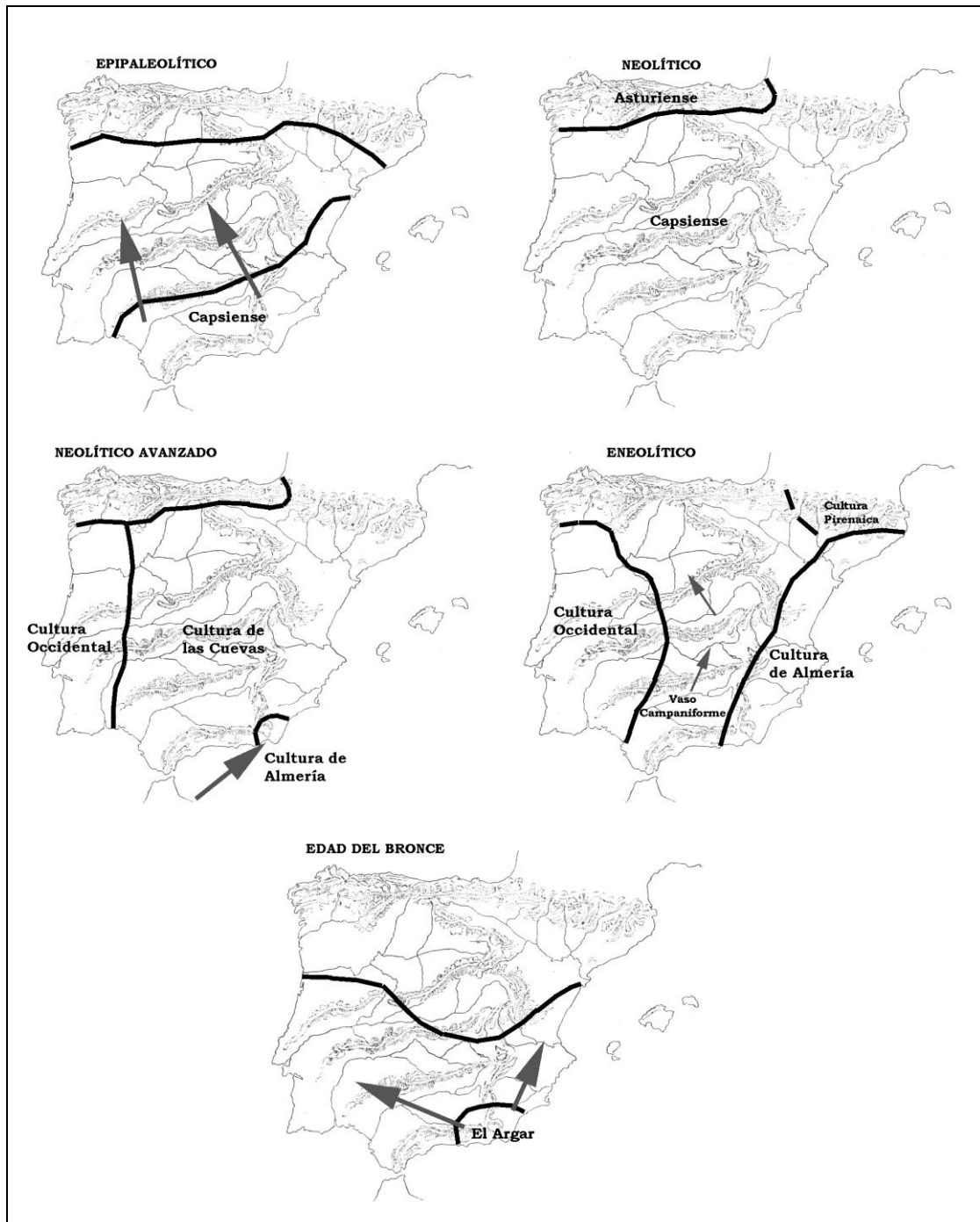
De este autor podemos encontrar una buena síntesis de los conocimientos que sobre la Prehistoria se tenían en esos años (fig. 2.1) (Bosch Gimpera 1923 y 1932; vid. también Pericot 1923). Durante el Paleolítico Superior se reconoce la civilización "capsiense" que, procedente del norte de África, se distribuye por Andalucía y parte del área mediterránea peninsular, pero que en el Epipaleolítico se extiende a través del valle del Ebro por el centro de España y hasta Portugal. En los comienzos del Neolítico se conocería en el norte de la península la civilización "asturiense", mientras en el resto de la península perduraba la civilización capsense hasta producir las culturas del Neolítico avanzado del centro y del Oeste. En el Neolítico avanzado, de la base del pueblo capsense se formaron dos pueblos, el de la cultura central o de las cuevas y el de la cultura occidental o portuguesa, mientras el sureste de la provincia de Almería era ocupado por un nuevo elemento étnico procedente de África.

La cultura portuguesa fue caracterizada por sus sepulcros megalíticos, cerámica lisa, riqueza en la talla de la piedra y la presencia de ídolos placa. En la cultura de Almería se señalaron el uso de sepulturas no megalíticas, la fortificación de los poblados, cerámica lisa, puntas de flecha de aletas y pedúnculo o romboidales y el uso del cobre. La cultura de las cuevas se definía por los poblados en cuevas y otros con "fondos de cabañas", con cerámicas primero de paredes gruesas y a menudo adornadas sus paredes con digitaciones, ungulaciones y aplicaciones de cordones en relieve, si bien progresivamente las decoraciones se afinaban sustituyéndose el uso de la uña por las incisiones a punzón.

Para los aspectos económicos, no parece producirse el gran desarrollo de la agricultura que se identifica en el norte de Europa, destacando el pastoreo hasta el Neolítico pleno o final mientras la agricultura, rudimentaria, se va desarrollando poco a poco.

Durante el Eneolítico (el hoy llamado Calcolítico) los pueblos estuvieron en movimiento y la cultura de Almería se extendió por el litoral mediterráneo hasta alcanzar Cataluña, mientras la cultura portuguesa incorporaba Salamanca, Extremadura y Huelva. Dentro de la cultura central o de las cuevas podían diferenciarse varias zonas, de entre las cuales la de Andalucía tuvo un desarrollo grande y dio origen a una nueva variedad de cultura, la del vaso campaniforme. No obstante, para el área meseteña son más importantes el núcleo que se extiende por Burgos, La Rioja, Soria y norte de Guadalajara y

otro que ocupa el norte de Extremadura y la sierra de Gredos hasta Segovia (con cerámica de cordones en relieve y vasos decorados con motivos incisos). En el pleno Eneolítico se iniciaba la cultura pirenaica, en esta zona del norte de España. El vaso campaniforme se extendió por toda la península tomando forma en diversas facies, entre las que se distinguieron los grupos andaluz, de la Meseta inferior y de la Meseta superior.



2.1. Visión de la Prehistoria española en los años 1920-1930.

Quizás uno de los fenómenos en los que más se profundizó fue el del vaso campaniforme, al que se dedicó de lleno Alberto del Castillo. Este autor define las rutas de dispersión del vaso campaniforme a través de varios grupos de distintos rasgos. Desde Andalucía pasa a la Meseta inferior, a partir de la cual se extiende a la Meseta superior (el grupo aquí formado es definido por Castillo como extremo y degenerado). De Andalucía derivan directamente el grupo de Portugal o de la costa occidental y el de Almería o de la costa de levante, extendiéndose éste segundo por la costa mediterránea hasta Cataluña, donde deriva en el grupo Salamó y, de la conjunción de éste con el meseteño, el grupo pirenaico. Desde la península Ibérica llegaría también a otros puntos de Europa: el pirenaico influye en el sur de Francia, el portugués en Bretaña, el de Almería en Cerdeña, Sicilia e Italia; mientras que la influencia campaniforme alcanza centroeuropa de forma indirecta. La explicación que da Castillo (1928) a tan amplia expansión está ligada a la difusión del uso del cobre.

A diferencia del Neolítico y el Calcolítico, con sus movimientos de pueblos, la Edad del Bronce era mal conocida. En el territorio de Almería se formaba la cultura del Argar por evolución, sin la llegada de nuevos pueblos. Esta cultura poco a poco se impuso por influencia en la mayor parte de la península (Andalucía, Portugal y Levante), con una unificación basada sólo en el contacto cultural sin que desaparecieran los pueblos del Eneolítico. Poco se sabía de la Edad del Bronce avanzada, para la que se suponía una cierta continuidad. Del final de la Edad del Bronce (1200-1000 a. C.) sólo se tenía constancia de hallazgos sueltos y depósitos, interpretados como muestra de una cierta prosperidad económica y cultural que venía a ser interrumpida por una larga época sin hallazgos en la primera Edad del Hierro.

Dentro de este esquema bien poco es lo que se dice de la Meseta Norte, que permanece en un área marginal de la península, a remolque de lo que sucede en los focos más activos, en las zonas litorales atlántica y mediterránea. Entre los pocos estudios que a principios de siglo se ocupan de esta región destacan los del padre César Morán y Julio Martínez Santa-Olalla.

En su estudio sobre la Prehistoria burgalesa, Martínez Santa-Olalla (1925 y 1926) llega a identificar varios poblados eneolíticos y de la Edad del Bronce, a los que trata de datar a través de las técnicas decorativas aplicadas en las cerámicas. Cerámicas carenadas y con decoraciones incisas las atribuye al Neolítico Final o Eneolítico, mientras que cerámicas con técnica del Boquique las adscribe al Eneolítico inicial o tal vez al pleno; mientras que al Eneolítico pleno pertenecen cerámicas lisas, con cordones y otras campaniformes o incisas con decoraciones próximas a las campaniformes.

Al analizar el fenómeno campaniforme, sigue el esquema de Alberto del Castillo, encontrándose dentro de la Meseta superior con hallazgos en Salamanca, Palencia, Ávila y Burgos pertenecientes a su grupo 3º, caracterizado por su pobreza y degeneración, mientras que incluía yacimientos de Soria en el grupo 4º o del Sistema Central Ibérico. No obstante, aunque el vaso campaniforme se superpone a la cultura de las cuevas en la región soriana durante el Eneolítico pleno, se aprecian también elementos de la cultura de Almería en El Royo, lo que obliga a Santa-Olalla (1930) a pensar en una penetración de gentes almerienses en este momento. El padre Morán interviene en el cerro del Berrueco (1924), donde interpreta los hallazgos ajustándolos a los esquemas culturales que se aceptaban para toda la península. Asimismo Juan Cabré (1930) excava el castro de Las Cogotas, donde localiza una ocupación de la Edad del Hierro, además de cerámica más arcaica, de la segunda mitad de la Edad del Bronce (decoración incisa de espigas y de bandas rellenas de reticulado inciso, decoración de boquique, bandas de puntillado, línea cosida y excisión), pero que no es capaz de individualizar del resto. Esto le obliga a plantear que las poblaciones de la Edad del Bronce hubiesen perdurado junto a las hallstáticas y la cultura del Argar se hubiese mantenido en el interior de España no hasta el siglo VIII a. C., como se creía, sino hasta el siglo VI y V a. C. Cabré considera estas cerámicas de la Edad del Bronce una supervivencia de la cultura de las cuevas y de la del vaso campaniforme a la vez, y habla también de una indudable degeneración de la técnica de Boquique.

Por su parte el padre Morán se centra en el estudio de los dólmenes zamoranos y salmantinos (Morán 1931 y 1935), permitiendo sus descubrimientos definir en esta zona un foco destacado de megalitismo, prolongación de Extremadura y Portugal. Resultan interesantes sus apreciaciones sociales por cuanto nos dan una idea de cómo se entendían estas monumentales construcciones (Morán 1931): "La mayor parte de estos monumentos serían contruidos en vida del príncipe, reyezuelo o personaje que, viviendo en una mísera choza de ramas o paja, empleaba sus esclavos, sus vasallos, su pueblo, en construirse, como los Faraones de Egipto, su mausoleo. (...) La construcción de un dolmen indica un pueblo bien organizado, en que hay uno que dirige, que planea, que manda, y muchos que obedecen".

Durante los años treinta, cuarenta y cincuenta se mantiene un esquema similar al que hemos visto hasta ahora. Así en algunos trabajos de Bosch Gimpera (1944), de Alberto del Castillo (1947), Juan de Mata Carriazo (1947) y Luis Pericot (1952) puede apreciarse la continuación de la creencia en el desarrollo de varias culturas monolíticas que son reemplazadas por otras nuevas, teniendo gran peso las migraciones de pueblos.

Sigue hablándose de grupos gravetienses como la primera étnia propiamente española (Pericot, 1952) que a partir del 8000 a. C. sufre la llegada de elementos africanos denominados capsianos, con los que se funde, mientras en el norte peninsular se refugian poblaciones arcaizantes denominadas asturienses. Las novedades neolíticas llegarían por el norte de África desde Egipto (según Santa-Olalla y Almagro no antes del 3000 a. C., y para Pericot ya desde el 4000 a. C.), pero no se alcanza a precisar si traídos por algún movimiento de pueblos o mediante una influencia transmitida de tribu a tribu. A continuación florece la cultura de Almería, de nuevo procedente de África; y también de fuera, traídos por colonizadores del oriente mediterráneo, llegarían la metalurgia y el megalitismo. A lo largo del II milenio los influjos ya no llegan desde África, sino por el Mediterráneo, los Pirineos y el Atlántico, mientras que del norte llegará la indoeuropeización del periodo siguiente.

El periodo neolítico se presenta muy difuminado, lo que hace a Alberto del Castillo dudar de su división en periodos inicial, pleno y final, y le induce a presentarlo muy ligado al inicio de la Edad de los Metales. A la expansión de la cultura megalítica por las provincias de Salamanca y Zamora se la relacionó con un avance de la población megalítica hacia el interior de la Meseta, quizás causante del origen del núcleo dolménico vasco. No obstante, “la falta de ídolos placas, tan numerosos en las regiones del sur y en Extremadura, nos inclinan a considerarla como una extensión marginal de núcleos más densos y ricos” (Maluquer 1949a: 16). Uno de los méritos de Maluquer es ajustar la datación de los dólmenes salmantinos (Delibes 2000: 33). La cronología de estos sepulcros entraría en el segundo milenio, con el límite máximo de su desarrollo en el año 1800 a. C. La cultura almeriense recibe el influjo de la megalítica y esto influiría en su expansión durante el Eneolítico.

El momento más brillante es el pleno eneolítico, momento de la expansión del vaso campaniforme. Se destaca la importancia de la transmisión de ideas y las relaciones comerciales en la expansión del vaso campaniforme (el estilo clásico Palmela-Alcores-Ciempozuelos se desarrolla antes de 2500 a. C. y el estilo II, que llega ya a Alemania sería de 2500-2300 a. C.). Durante la Edad del Bronce (1900-900 a. C.) no habrían tenido lugar nuevas migraciones ni grandes desplazamientos de pueblos peninsulares hasta la invasión de los celtas de los Campos de Urnas a comienzos de la Edad del Hierro. La publicación por parte de Maluquer del enterramiento zamorano de Villabuena del Puente (1960b) será el detonante que dio pie a identificar la cerámica de Ciempozuelos como una modalidad local del vaso Campaniforme (Delibes 1998: 50).

Continúa el desconocimiento de la Edad del Bronce, salvo en sus momentos inicial y final. Pese a considerarse inadecuada, se mantiene en uso la periodización que realizó Bosch Gimpera imitando modelos europeos: Bronce I (preargárico, con Los Millares, en 2500-2000; y protoargárico, en 2000-1700), Bronce II (El Argar, en 1700-1400), Bronce III (prolongaciones argáricas como Fuente Álamo, en 1400-1200) y Bronce IV (1200-1000 a. C.). El Bronce I es propiamente el apogeo del Eneolítico durante el cual las relaciones de la península con otras zonas europeas transmiten los tipos de sepulcros megalíticos, el vaso campaniforme y algunos tipos de grabados rupestres.

El Argar sería la primera Edad del Bronce. Se limita a la zona de Almería, Granada y Jaén, aunque influye en Andalucía y sur de Portugal y, con menos fuerza, en el Levante. En las zonas marginales, como la Meseta superior, continúan sin demasiadas modificaciones muchos fenómenos presentes en las culturas neo-eneolíticas, especialmente la cerámica; aunque penetran influencias argáricas (visibles en la presencia de hachas planas y algunos puñales y espadas de bronce). En éste periodo – Bronce II– comienzan a llegar elementos atlánticos. En el Bronce III atlántico, lo que Bosch Gimpera (1954) llama ahora Bronce Medio, se combinan elementos atlánticos con los del Bronce Francés llegados a través de los Pirineos, mientras subsiste una relación mediterránea. Del Bronce Medio son característicos los escondrijos y ocultaciones de útiles de bronce. Para la Meseta Norte, sincrónico a la cultura del Argar sólo se conocen hallazgos sueltos, como hachas planas en Palencia y Ávila, una espada burgalesa y el depósito de Valdevimbre (León).

El Bronce Final equivale al Bronce IV y representa el arraigo en la península de culturas que ya son de la Edad del Hierro en su lugar de origen, quedando reducido el territorio propio de la Edad del Bronce a las zonas interior y atlántica, donde continúan los tipos anteriores. Mientras en la península permanecía estacionaria la cultura del Argar, en el norte y oeste de Europa evolucionaba la industria del bronce y nos llegarían los productos finales de esa evolución, produciéndose una sustitución de la cultura, aunque poco es lo que se sabía de este periodo hasta la llegada del elemento "hallstático" de la primera Edad del Hierro. Tan sólo se identificaron los depósitos o escondrijos de piezas metálicas, mientras que la cerámica era prácticamente desconocida a excepción de los vasos con temas excisos geométricos de Numancia y Quintana de Gormaz (Soria) y Las Cogotas (Ávila). Por un lado, los bronceos se identifican con una Edad del Bronce Atlántica, de la que se desconocen otras manifestaciones materiales y sobre la cual se centran a partir de los años cincuenta varios esfuerzos por construir tipologías. Resultan definidores de este momento los trabajos de Martínez Santa-Olalla (1942), MacWhite (1951) y

Hawkes (1954) sobre las relaciones atlánticas del Bronce Final. Respecto a las cerámicas excisas, son consideradas como “hallstáticas”, lo que sitúa su origen en Centroeuropa y su llegada a la Península hacia el año 800 a. C. (Almagro Basch 1939).

Federico Wattenberg (1949) excava una serie de hoyos o fondos de cabaña –que interpreta como silos dispuestos en el interior de chozas o cabañas– en Villabrágima (Valladolid) a los que atribuye una cronología neolítica avanzada que podía llegar a un pleno eneolítico, a partir de sus cerámicas lisas. Más interesante que la adscripción a un momento concreto de la Prehistoria resulta las reflexiones que realiza sobre el modo de vida. Según él, la población se dedicaba a la caza y al aprovechamiento de cereales, si bien esta segunda actividad sería secundaria porque “la permanencia en el lugar, difícil, fuera del abrigo en las épocas invernales, nos hace pensar en una manifestación esporádica y en una utilización o asentamiento momentáneo” (1949: 208). Añade además que los “pobladores primitivos en esta región o comarca (...) ocuparían los altozanos y montes próximos, bosques extensos de aquella época, durante la invernada, para bajar a las tupidas márgenes del río, en la llanura, durante las épocas de estío” (ídem).

Dentro de Salamanca, Juan Maluquer (1949a) llama la atención sobre la carencia de datos a cerca del periodo prehistórico que va desde que comienza el Neolítico en la península, en el año 5000 a. C., hasta el 2000, momento en que se construirían los sepulcros megalíticos, de la primera Edad del Bronce. La Meseta estaría prácticamente despoblada durante el Neolítico y tan sólo pertenecerían al Neolítico las pinturas prehistóricas de esta provincia, cuya época inicial desconoce, si bien se admite su perduración hasta época megalítica y la primera Edad del Bronce, al menos. La Edad del Bronce permanece dentro de un gran desconocimiento y Maluquer (1949b) duda de si la población megalítica persistió hasta la Edad del Hierro o existieron otras poblaciones distintas en la provincia durante el segundo milenio. Los datos escasean hasta que en la Edad del Hierro aparecen los castros, conocidos sobre todo a través de los yacimientos abulenses de Las Cogotas, Sanchorreja y Chamartín, excavados por Cabré. La confusión llega al punto de que, cuando excava el castro de Yecla, en Santo Domingo de Silos, el padre Saturio González Salas (1945: 19) llega a considerar de la Segunda Edad del Hierro –por tanto y según sus premisas, obra de los celtas– cerámicas a mano con cordones digitados y con decoración excisa, incisa y de boquique, que hoy adscribimos a la Edad del Bronce en su mayoría y que muchos de sus colegas de la época no habrían dudado en relacionar con la cultura de las cuevas y el Argar.

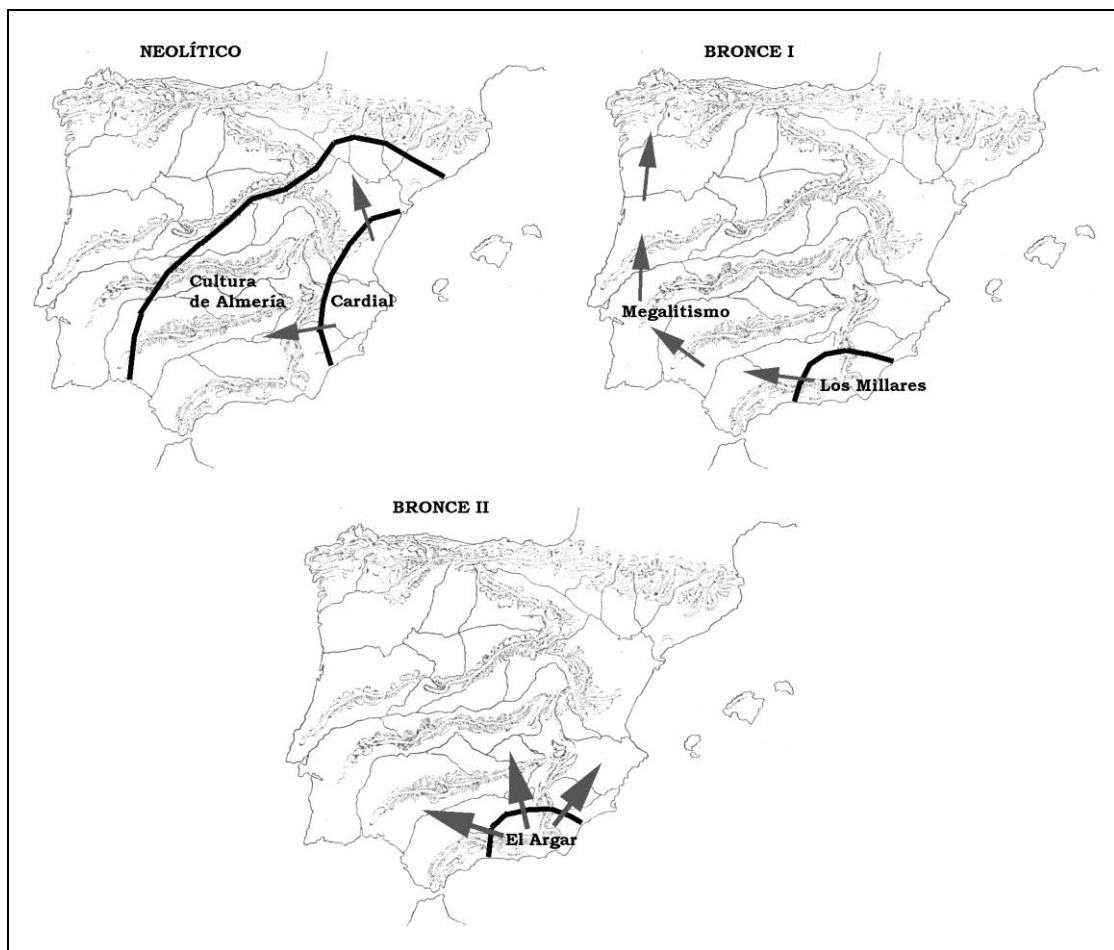
A partir de finales de los años cincuenta comienza una cierta preocupación por **ajustar cronologías, por precisar el tiempo y la sucesión de culturas** en la península. Sin duda, el descubrimiento del método radiocarbónico de datación absoluta, aunque aún no se contaba con fechas procedentes de yacimientos peninsulares, hacía a los investigadores plantearse la veracidad de los esquemas que se habían manejado durante medio siglo para la prehistoria peninsular. Se revaloriza a lo largo de los años sesenta el positivismo, dentro del cual se implanta el modelo de excavación arqueológica de Wheeler y también el uso de los fósiles guías o de los paralelos. Los problemas históricos estaban en este momento excesivamente desprestigiados y se coloca en su lugar un objetivo exclusivamente clasificatorio en función de las cronologías (Ruiz Rodríguez 1993).

Desde ahora van cobrando más importancia en las tareas investigadoras las universidades y los museos de la región, desapareciendo del panorama eruditos y monjes, que hasta entonces habían jugado un papel relevante en las Comisiones Provinciales. Eso irá restando también presencia a especialistas de Madrid y Barcelona.

Dentro del apartado práctico de las teorías interpretativas, se aprecia el importante peso de la tesis del *ex Oriente lux*, debido sobre todo a que las cronologías que se manejaban hasta entonces para la Prehistoria europea tenían que apoyarse en las cronologías históricas proporcionadas por los estudiosos de las culturas egipcia y griega. Martín Almagro Basch (1959) demuestra esta preocupación cuando revisa las cronologías del Eneolítico o Bronce I en la Península Ibérica, si bien lo hace sin contar aún con fechas de C-14. Recoge las distintas periodizaciones elaboradas por Déchelette, Luis Siret, Hubert Schmidt, Gordon Childe o los Leisner y acude a paralelos del Mediterráneo central o oriental para explicar la génesis de los poblados fortificados de Vila Nova de San Pedro y Los Millares y de los sepulcros de corredor. Todo ello le lleva a fijar una fecha no anterior al 2000 a. C. para el comienzo de los Millares, mientras que el vaso campaniforme aparecería a partir del 1800 a. C. y El Argar en 1500-1400 a. C., fechas que se iban a demostrar demasiado recientes pocos años después.

Los manuales de esta época presentan un discurrir prehistórico algo diferente al que se admitía en décadas anteriores, aunque manteniéndose la idea de que distintos pueblos se mueven y extienden su dominio o influencia por distintas zonas peninsulares (fig. 2.2). Almagro Basch (1960; vid. Pericot y Maluquer 1969) nos proporciona un buen modelo de los cambios. En el Neolítico I se reciben las novedades de este periodo en las regiones levantinas peninsulares, manifestándose a través de la cerámica cardial. El Neolítico II, conocido como cultura de Almería, se caracteriza por la llegada de nuevos pueblos agrícolas a todo el Levante que se extienden hacia la Meseta (se encuentran en el

yacimiento madrileño de Cantarranas) y el valle del Ebro. El inicio de la metalurgia de Los Millares supone el fin del Neolítico.



2.2. Visión de la Prehistoria española hacia 1960.

El Bronce I de Los Millares coincide con la aparición de los influjos megalíticos en la península, procedentes del Mediterráneo oriental. El foco megalítico más complejo está en el Sureste desde el comienzo del II milenio y luego en Almería, Huelva y la desembocadura del Tajo; a continuación se transmitiría al resto de las regiones occidentales y al Norte, donde habría perdurado hasta la llegada de las corrientes indoeuropeas del Bronce Final, ya en pleno I milenio. Estas gentes megalíticas fueron agricultores, pastores y tempranos prospectores metalúrgicos, sus grupos se organizarían de forma patriarcal aristocrática, "pues los más destacados príncipes o caudillos se enterraban con toda su familia en aquellas grandes sepulturas". Se manifiesta una incertidumbre acerca de si la cultura que se extendió por Portugal y las tierras occidentales de la Meseta fue creada por pueblos nuevos que traen la metalurgia y las sepulturas megalíticas, o fue sólo obra de una asimilación de determinados elementos culturales realizada por la población aborigen. También a corrientes culturales

procedentes del Mediterráneo oriental, y distribuidas desde el sureste de España, se atribuye el arte rupestre esquemático. Para el vaso campaniforme se habla de "grandes aventureros que debieron ser bandas móviles de inmigrantes, pastores y metalúrgicos, (...) que arrancaron de España hacia el 1800 a. C.". En torno a 1500 a. C. se extinguiría el fenómeno del vaso campaniforme.

El Bronce II se identifica con El Argar. Se habla ahora de nuevos colonizadores que llegan hacia el 1600 a. C. y que arraigan en el área almeriense, extendiéndose su cultura hasta el Segura, Andalucía oriental y la Meseta meridional. Alcanza su final en la última fase del Bronce Final, cuando estas gentes son sustituidas por la cerámica, armas y ritos sepulcrales de los pueblos célticos que invaden la península hacia el 800 a. C. En el norte y occidente peninsular sigue su evolución la cultura del Bronce I, influida por los argáricos y con evidentes relaciones con la Europa atlántica.

Para los estudios de la Meseta, investigadores como Juan Maluquer (1960a) señalan una serie de carencias: en los estudios de Prehistoria se contempla la Meseta como parte de una entidad mayor, la Península Ibérica; o se trata de manera monográfica un elemento, cultura o yacimiento, ignorando los factores de préstamo y tradición que modelan una cultura. Además las visiones generales de la prehistoria están viciadas por la desproporción existente en el número de yacimientos conocidos en cada una de las áreas, con lo que la Meseta se presenta como un área neutra en la que se reflejan o estancan las culturas periféricas, sin que se le conceda capacidad creadora alguna.

Dentro de estas premisas, el arte rupestre meseteño ha sido estudiado hasta este momento como una manifestación artística desligada de todo complejo arqueológico. El megalitismo tiene un importante foco limitado a Salamanca, Zamora y León, pero no se admite que arraigue este ritual funerario en el centro de la cuenca del Duero pese a la presencia aquí de elementos culturales relacionados con esta cultura. Se habla de dos posibles explicaciones. O no se adoptan los sepulcros dolménicos por la falta de piedra adecuada o las poblaciones autóctonas sólo asimilan unas pocas manifestaciones de la cultura material sin afectar al mundo de las creencias. En el campaniforme se identifican dos tipos, el Ciempozuelos y el marítimo o puntillado, que deben ser abordados de forma independiente.

Al estudiar el poblado de La Mariselta (Salamanca), Maluquer (1958) habla de una pobre industria lítica perteneciente a una etapa técnicamente neolítica paralela a la cultura megalítica salmantina, aunque en otras zonas peninsulares se desarrollaba ya un momento avanzado de la Edad del los Metales. Además alude a que se encontraba aquí

una población indígena retardataria, enraizada en grupos locales de comienzos de la etapa neolítica, que no se enterraría en los dólmenes pese a ser contemporáneos de estos monumentos, ya que los ajuares dolménicos se consideran producto de una población forastera relacionada con focos culturales más adelantados.

Pero esta visión de la Meseta como un territorio marginal, alejado de las vías por donde llegan las novedades a la Península, no es difícil de asumir por los investigadores. El gran problema de la Edad del Bronce en la Meseta es el vacío que parece producirse tras Ciempozuelos, incluso admitiendo un carácter tardío para esta cerámica que la situase en el Bronce Medio. Pocos datos se tienen ahora sobre lo que ocurre hasta la aparición de las cerámicas decoradas con boquique o excisión, si bien se admite una cierta influencia argárica en las armas de bronce y las cerámicas lisas. El Bronce Final sólo se reconoce a través de los depósitos de bronce, con el hacha de talón como indicio de la penetración de invasores ultrapirenaicos y algunos elementos de origen europeo hallados en castros abulenses y salmantinos. La cerámica de boquique y excisión se incluye en su mayoría dentro de la Edad del Hierro y finalizaría hacia el 500 a. C., si bien ahora se admite la importancia de las tradiciones locales determinando en ellas unos rasgos peculiares: la excisión se combina con otras técnicas (Vid. Fernández-Posse 1998: 16-7)

A similar escasez de datos se refiere Pedro de Palol (1965: 27): “pocas novedades podemos añadir, en estos últimos años, a la que conocíamos de nuestro escaso y nada significativo Neolítico y Primer Bronce”. Para el Neolítico sólo se conocía una estación-taller al aire libre junto a Aguilar de Campoo, aunque se cuenta con más indicios de la presencia de los “pastores dolménicos”. Las cerámicas de boquique de Renedo de Esgueva y San Pedro Regalado, en Valladolid, se incluyen ya dentro del Primer Hierro. Para este autor los grupos Soto I y Cogotas I hubieron de ser coetáneos. Mientras los agricultores del Soto penetrarían de Este a Oeste, el grupo exciso se hace corresponder a un pueblo pastor de tradición local que conserva formas muy viejas, como demuestra la existencia de decoración del tipo Boquique (Palol 1963).

La técnica del Boquique sería frecuente en poblados que, como El Cancho Enamorado (Salamanca), se inician en el Bronce Final, antes de que termine el II milenio a. C. (Maluquer 1958). Sobre su población, habla de que “la topografía del poblado y los datos de su cultura material nos indican que nos hallamos ante un núcleo de población básicamente indígena (...). Se trata, por consiguiente, de una población que posee una economía básica pastoril (de cabrío y lanar) y conoce una agricultura de tipo parecido a la que practicaba la población de la cultura megalítica” (idem: 99). Dice Maluquer que el

poblado de la Mariselta, que se desarrolla durante la Primera y Segunda Edad del Bronce, se fue desplazando a partir de mediados de la Edad del Bronce a la cumbre del cerro del Berrueco (idem: 95). Se atribuye este cambio de emplazamiento, esa necesidad de encastillarse, probablemente a causa de “la primera aparición en nuestros territorios occidentales, de grupos racialmente distintos en la Meseta, quizás las primeras vanguardias de los pueblos de origen ultrapirenaico, que traen a nuestra Península muchos elementos europeos de la cultura de los túmulos” (idem: 100).

A finales de los años sesenta y primeros años setenta ya es perceptible la repercusión de la **"revolución del Carbono 14"** en los estudios prehistóricos de toda Europa. Manuel Fernández Miranda (1986) ha puesto de relieve cómo el uso de los análisis geocronológicos ocasionó una revolución en los esquemas generales de la Prehistoria, no sólo por cambiar cronologías y alterar correlaciones, sino porque obligó a replantear hipótesis y renunciar a modelos difusionistas. El difusionismo dejó de ser la opción ineludible de la investigación para convertirse en una opción más. Los substratos locales tienen un mayor protagonismo que los estímulos externos, pero ello sin desechar la posibilidad real de influencias foráneas sobre las comunidades para explicar la evolución de una cultura.

Uno de los puntos donde mayor repercusión tuvo esta Nueva Arqueología fue el estudio del fenómeno megalítico. Se clarifica su origen neolítico y su larga perduración, durante probablemente tres mil años, hasta la transición a la Edad del Bronce en sus etapas finales (Bosch Gimpera 1966). Las investigaciones de los Leisner permiten de este modo descartar el tardío desarrollo del megalitismo y la evolución desde los *tholoi* más evolucionados a las tumbas más toscas, al precisar su origen en el V milenio. Y al mismo tiempo se constata que la cultura española de las cuevas no es el origen de la cerámica campaniforme, sino que Sangmeister considera el tipo "internacional" o "marítimo" como el más antiguo, que desde Portugal se extiende a Bretaña, el Bajo Rhin e Inglaterra, donde se gestan los estilos "clásicos" de reflujo (Bosch Gimpera 1971). El cambio en los estudios prehistóricos no se limita a reorganizar las cronologías y los cuadros culturales, sino que se produce un incremento del interés por los aspectos económicos y sociales, por un nuevo enfoque teórico.

Al comienzo de los setenta, Maluquer (1972) tiene una idea del proceso prehistórico peninsular muy similar al actual, pese a reconocer la escasez de datos. Durante el V milenio ya existe una agricultura cerealista bien desarrollada en el Levante, ligada a la cerámica cardial (fecha de 4560 ± 160 a. C. para la cueva de l'Or, en Valencia), y que se acompañaría de la ganadería. Admite desconocer los mecanismos de expansión

de la agricultura y si esta difusión se limitó a las técnicas o fue acompañada de población, pero sin que eso le impida establecer en dos milenios el tiempo necesario para que la agricultura se generalizase hasta el oriente de la Meseta, el Bajo Aragón y el interior de Cataluña. Maluquer sigue hablando de una colonización mediterránea como origen de la metalurgia y del megalitismo, en un momento poco preciso a finales del IV milenio, y de su rápida difusión por el sur y suroeste peninsular. Para este investigador, la penetración del megalitismo llega a Salamanca, Zamora y León, mientras el resto de la Meseta aparece en gran parte despoblado, aunque con filtraciones megalíticas a lo largo de la cuenca del Duero donde tal vez la falta de sepulcros megalíticos deba relacionarse con la carencia de piedra apropiada para tales construcciones (Maluquer 1960a: 131).

Mientras el nuevo ritual funerario colectivo comienza a mediados del IV milenio, la cultura del vaso campaniforme no aparecería hasta mil años más tarde y su origen ya no está tan claro como anteriormente. Destaca en el mundo campaniforme el uso de tumbas individuales, testimonio de la tendencia a la concentración del poder; visible también en la aparición de individuos dotados de símbolos de poder, como las armas de cobre. La economía básica de las gentes campaniformes, a parte de su actividad minera, es pastoril, lo que hubo de contribuir a su expansión por todo el territorio al dotar a las poblaciones de un alto grado de nomadismo.

Llegados a este punto, es el momento de detenerse brevemente y reflexionar sobre lo que se sabía hasta ahora de la Meseta Norte respecto al periodo concreto de la Prehistoria reciente. Se va a producir a partir de estos años un impulso y un cambio tan importantes que permiten hablar de un punto de inflexión para los estudios meseteños, y en realidad para toda la Prehistoria mundial. Una **nueva generación de prehistoriadores** y nuevos puntos de vista van a irrumpir en el ámbito de nuestra región, intensificando la cantidad y la profundidad de los trabajos.

Maluquer en 1949 aludía a la sensación de que la Prehistoria de la Meseta iba a remolque de lo que ocurría en las zonas litorales de la península. Al respecto escribe una década después que está constatada “la menor densidad absoluta de yacimientos conocidos, en consecuencia de bibliografía, en relación a otras zonas como Levante o Cataluña y aun Galicia o el Sudeste (...) y como consecuencia la Meseta se presenta como una zona neutra en la que se reflejan o estancan las culturas periféricas, sin que se les conceda capacidad creadora alguna hasta un momento muy tardío e incluso entonces se atribuya a la Meseta un simple papel de tránsito, de puente entre grupos procedentes del norte del Pirineo y objetivos cultos mediterraneizados del mediodía” (Maluquer 1960a: 125-6). Y todavía algo después un artículo de Bosch Gimpera (1966) nos permite

apreciar que pocas cosas habían hecho variar este panorama. Se conoce un número muy limitado de yacimientos, la mayoría a través de hallazgos superficiales o descubrimientos casuales y sólo algunas honrosas excepciones, como las excavaciones en el cerro del Berrueco, iluminan la historiografía al uso.

Pero, como decimos, a partir de los primeros años setenta comienzan a cobrar peso investigadores recién salidos de las Facultades que, aprovechando un ambiente favorable en las instituciones durante esos años y beneficiados por las corrientes renovadoras dentro de la Prehistoria europea y mundial, acometen multitud de excavaciones e investigaciones pretendiendo dar un nuevo sentido a nuestra Prehistoria.

En estos años se manifiesta un cambio conceptual en la disciplina científica que constituye la prehistoria. Dentro del ciclo Positivista-Clásico, desarrollado aproximadamente hasta el momento de la "Revolución del carbono-14" y la aparición de la Nueva Arqueología y que forma el grueso de la tradición, se detecta un confusionismo teórico-metodológico, uno de cuyos ejemplos es la imposibilidad de distinguir en la periodización tradicional lo que son periodos tipológicos de las verdaderas fases culturales e históricas (Vicent 1982). Tras esquemas teóricos aparentemente de alcance restringido, se formulaban conclusiones de gran alcance: así una secuencia tipológica se transformaba en un proceso de evolución cultural, o la difusión de un tipo arqueológico tenía su rápida trasposición al plano cultural o incluso al histórico.

La crisis de la disciplina se debió a las contradicciones del modelo metodológico positivista y a la esterilidad a que conducía esta línea de trabajo, pero se ve acelerada por la "Revolución Tecnológica", por la aplicación de nuevos métodos de adquirir información a través de diversos medios técnicos y científicos, entre otros factores (Vicent 1982). En los años setenta se instalan en España los primeros laboratorios palinológicos y los equipos de radiocarbono, lo que produce una gran familiaridad con la aplicación de técnicas físicas, químicas, biológicas y matemáticas (Vázquez y Risch 1991). La ingente introducción de nuevos datos, gracias al uso de nuevos métodos, no se veía acompañada de un cambio en el objeto de la Prehistoria, en el "modelo de racionalidad general que sustenta los programas de investigación".

Entre las salidas a la crisis, la más seguida en los años setenta entre los jóvenes arqueólogos españoles es la del Positivismo Modificado o Reformismo Pragmático. Se trata de una flexible estrategia de investigación, sin sólida base epistemológica, en la que se daba una radicalización de la reacción antiteórica, desde la que se postulaba una reconstrucción histórica no a través de la interpretación teórica del registro arqueológico,

sino mediante su construcción empírica. Es un sistema que se limita a lo meramente descriptivo y que confía en que los hechos materiales son cognoscibles por observación directa, lo que disminuye la capacidad de integración y explicación de estos datos (Vicent 1984).

No obstante, al mismo tiempo surge una vía cientifista que pretendía la construcción de la Prehistoria como ciencia. Sus inicios están ligados a una reacción contra el Positivismo clásico que imperaba entonces en los círculos más dominantes de la investigación prehistórica, lo que condujo a la unificación de diversas corrientes teóricas bajo un mismo bloque. En el denominado "Cientifismo" o "Neopositivismo" se impone el método hipotético-deductivo como canon práctico de investigación, lo que supuso un intento por formular leyes generales que relacionasen entre sí los hechos y pusieran de manifiesto sus conexiones. En realidad, como pone de relieve Vicent (1982), sólo se llegaría a formular hipótesis corroboradas (el nivel más bajo del proceso científico), pero no se lograba superar el nivel descriptivo del conocimiento. A lo sumo se procedió a usar teorías procedentes de otras disciplinas, lo que aunque no dotaba a la Prehistoria de un aparato teórico propio, constituyó una de las alternativas más sugerentes. El elemento más destacado del Cientifismo lo representó la "Nueva Arqueología".

En los años ochenta se comienza a discutir en España los fundamentos teóricos y metodológicos de la disciplina, aunque en estos comienzos se observa una cierta hostilidad a la discusión (Vázquez y Risch 1991). Se proponen ahora distintas teorías como alternativa al neopositivismo, lo que abrió un debate fluido en el que parecía ir a bloquearse a corto plazo el desarrollo "normal" de la disciplina, puesto que al no existir patrones universalmente aceptados, la práctica de la investigación está abocada a la atomización de los resultados (Vicent 1991a). El episodio más relevante de este proceso sería la incorporación de la Teoría Crítica, puesto que el conocimiento científico aparece ante ella como un producto social, cuyo sentido depende de su vinculación con intereses pertenecientes a la esfera de la praxis social.

Para el panorama que se abre a partir de los años setenta, la mayoría de autores (Hodder 1988; Martínez Navarrete 1989; Hernando 1992; Ruiz Rodríguez 1993) diferencia tres vías metodológicas: procesual o cientifista, materialista y post-procesual. La Arqueología Procesual se preocupa por el estudio de los procesos de cambio en una cultura dada explicando los fenómenos de los que se ocupa, elaborando leyes generales y defendiendo en general el carácter endógeno de cambio cultural, que sólo se producirá si resulta adaptativo y beneficioso para el sistema. Arturo Ruiz (1993) destaca cómo la Arqueología funcionalista dentro de su versión procesual, pese a desarrollarse en España

cuando ya es criticada en el resto del mundo, tiene el valor de abrir un importante debate teórico y de proporcionar nuevos caminos para la Arqueología al recuperar el espacio como factor de análisis y la naturaleza como espacio social, con sus vertientes económica, ecológica e incluso tecnológica.

Dentro de las aproximaciones materialistas, se incluyen dos vías: el Materialismo dialéctico, que atribuye un carácter conflictivo, dialéctico, a los procesos históricos, cuyas transformaciones se producen como resultado de las contradicciones aparecidas entre los niveles estructurales; y el Materialismo vulgar, caracterizado por un excesivo reduccionismo al considerar la tecnología y el medio los únicos factores causales de transformación cultural.

Para la Arqueología denominada Radical o Post-Procesual, se separan la Teoría Crítica, el neo-marxismo y el estructuralismo. La Teoría Crítica analiza la "falsa conciencia" de los arqueólogos en la actividad que realizan y los verdaderos compromisos de ésta con la realidad. Según el Neo-marxismo la contradicción y el conflicto son fundamentales para comprender el proceso cultural, jugando un papel primordial la superestructura y la ideología. A su vez el Estructuralismo defiende que la mente humana está regulada por una serie de estructuras que se manifiestan en las actividades conscientes y, a través de éstas, en las manifestaciones materiales (los distintos grados de interacción entre los grupos sociales y los sistemas simbólicos marcan enfoques distintos: arqueología estructural, cognitiva y simbólica). El registro es interpretado como un sistema de signos que aúna significante (elemento material) y significado (contexto e intencionalidad).

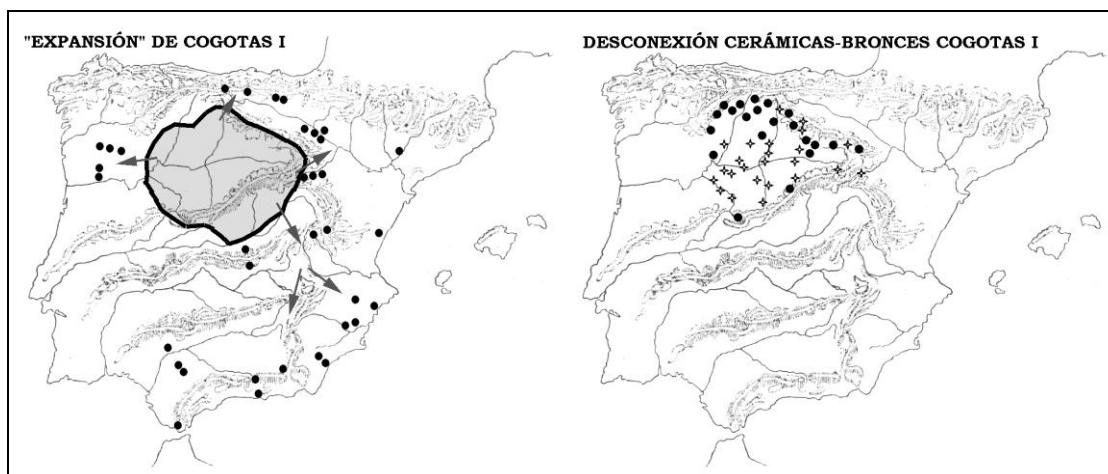
Dentro de la Meseta Norte, como en toda España, la década de 1970 se podría caracterizar por la aparición de una gran cantidad de nuevos arqueólogos que proporcionan un gran dinamismo al mundo de la Prehistoria. Sus licenciaturas y primeros estudios coinciden con la Reforma de las Universidades a principios de esa década, lo que les permitió acceder a un puesto de trabajo como docentes desde el cual proseguir sus investigaciones. Puede considerarse que estos años se mantienen inmersos en las características descritas por Alcina (1975: 68-9): ausencia de una base teórica, nivel descriptivo generalizado, nivel interpretativo exclusivamente historicista y ausencia de estudios interdisciplinares. Ello sin dejar de reconocerse el recurso a análisis físico-químicos y biológicos y la mejora de las técnicas de excavación.

Entre los autores más destacados de estos años hay que comentar el papel de Jorge Juan Eiroa, Socorro López Plaza, Germán Delibes, Alfredo Jimeno, M^a Dolores

Fernández-Posse, M^a Rosario Lucas Pellicer, Julio Fernández Manzano y Juan Antonio Gómez Barrera. Su orientación teórica puede considerarse dentro del Reformismo Pragmático en todos los casos, con una preocupación centrada fundamentalmente en el establecimiento de una periodización detallada y minuciosa de la Edad del Bronce a través de la evolución de las producciones cerámicas. En otras corrientes se encuentran autores que se acercan al estudio de la Meseta Norte desde ámbitos más amplios, como Marisa Ruiz-Gálvez y Richard Harrison.

Con este grupo como presencia constante a partir de estos años, podemos delimitar varias etapas por las que van pasando casi todos ellos. En los primeros años setenta se mantienen en buena medida los esquemas interpretativos anteriores, pero al mismo tiempo se van dando a conocer numerosos nuevos yacimientos que van a permitir definir mejor la prehistoria de las tierras interiores de la península. Y ello conduce en la segunda mitad de los setenta y primera de los ochenta a manifestar todos estos jóvenes investigadores una labor centrada en definir tipologías cerámicas y ajustar sus cronologías (véase por ejemplo las investigaciones relativas a fechar Cogotas I en Fernández-Posse 1998: 19-20). En los ochenta la preocupación tipológica alcanza también a las producciones metálicas. Al mismo tiempo desde mediados de los ochenta hay un interés creciente por el tema de los rituales, aunque limitado inicialmente a la descripción de las costumbres funerarias y sólo con una vocación más interpretativa en los años noventa. Punto aparte lo constituye el análisis del arte rupestre que, desconectado en gran medida de los otros análisis, cobra cierto protagonismo desde los años ochenta. Muchos de estos temas se han mantenido hasta la actualidad, con nuevas publicaciones que han venido a enriquecer los debates ya planteados, pero además desde finales de los noventa se aprecia el interés creciente por tratar aspectos simbólicos y sociales. Dado que los estudiosos que ocupan este largo periodo de tres décadas son apenas un puñado de personas, vamos a comentar brevemente su evolución y sus principales aportaciones.

Eiroa realiza sus primeros trabajos en Ávila (Sonsoles y Aldeagordillo), y en las publicaciones posteriores se centra en la descripción de los restos recogidos (Eiroa 1970 y 1973). Su idea de la Edad del Bronce retoma viejos esquemas de años atrás y encuadra las evidencias dentro de un grupo marginal y retrasado donde llegan degenerados los rasgos del núcleo portugués y de la cultura andaluza. Un lustro después, al publicar los resultados de su excavación en la cueva del Asno (Los Rábanos, Soria), denuncia la inutilidad de los términos "neo-eneolítico" o "cultura de las cuevas" y trata de acomodar sus descubrimientos a un esquema evolutivo de mayor precisión para la Edad del Bronce, pero siempre a partir de las tipologías cerámicas (Eiroa 1979).



2.3. Algunos de los temas que preocupaban en la década de 1980.

Fernández-Posse (1979 y 1981) presenta ahora los resultados de sus excavaciones en la cueva de Arevalillo (Segovia). El centro de su argumentación se dedica a analizar la evolución de las técnicas cerámicas entre los periodos Campaniforme y el momento de vigencia de las decoraciones tipo Boquique. Esta evolución se veía complementada y precisada mediante la obtención de dataciones radiocarbónicas. Durante los años ochenta se dedicará a la elaboración de una seriación de las cerámicas características de Cogotas I, fundamentalmente a partir de la evolución producida en el uso de distintas técnicas decorativas y en la evolución de las formas cerámicas desde los siglos XV-XIV, así como su expansión a la periferia peninsular fuera de la cuenca del Duero (1982, 1984), aunque sin dejar de tratar otros aspectos como el poblamiento (1986: 476). Esta propia autora califica su trabajo como una “periodificación tripartita de corte organicista”, seriando temporalmente las vasijas según su variabilidad morfológica y considerando al mínimo las diferencias espaciales (1998: 20). Más recientemente, y en paralelo a sus publicaciones sobre otros periodos de la prehistoria, ha abordado el tipo de poblamiento de los grupos de la Edad del Bronce Final (1998: 112-20).

M^a Socorro López Plaza dedica sus trabajos de los años setenta a dar a conocer un gran número de yacimientos abulenses, salmantinos y zamoranos de época calcolítica, fundamentalmente precampaniformes, tratando de definir los rasgos materiales de estos poblados. Su estudio más revelador es que el realiza acerca de la cerámica eneolítica del Suroeste de la Meseta, cuya aportación principal es el empleo, junto a la morfología y la decoración, de unos criterios técnicos apoyados por el empleo de análisis por difracción de rayos X (López 1979). Posteriormente, sin abandonar el estudio de yacimientos de

similar cronología (1987; López y Arias 1988-89), aborda también el estudio de los factores de localización de los megalitos salmantinos y de los poblados sincrónicos (1991).

Alfredo Jimeno ha publicado trabajos en los que documenta el desarrollo de la Edad del Bronce en el oriente de la Meseta Norte, sobre todo en referencia a sus momentos iniciales (1988, Jimeno y Fernández Moreno 1992a y 1992b). En este sentido tienen gran importancia sus excavaciones en Los Tolmos de Caracena para definir los rasgos materiales y el tipo de poblamiento durante el Bronce Medio (Jimeno 1984, Jimeno y Fernández Moreno 1991a), así como la labor desarrollada para definir los contextos del Bronce Antiguo (Jimeno, Fernández y Revilla 1988). Entre sus últimos trabajos es especialmente reseñable la memoria de la excavación de Cueva Maja, un contexto del Bronce Antiguo con un profundo significado ritual (Samaniego, Jimeno, Fernández y Gómez 2001).

Dentro del apartado del arte prehistórico, destacan Gómez Barrera, centrado en las manifestaciones sorianas (1982, 1990a, 1990b, 1992), y Lucas Pellicer, dedicada especialmente al estudio del cañón del río Duratón (1981, 1989, 1990). El primero trata de aunar la descripción con la interpretación del arte prehistórico, llegando a la conclusión de que, aunque en algunos casos se plasmen ídolos y ceremonias religiosas, no siempre tiene un fin exclusivamente religioso, sino que predomina la representación de lo cotidiano –pastoreo, caza, recolección, agricultura y otras escenas de las actividades diarias– (Gómez Barrera 1990a: 65-6). Lucas Pellicer, por contra, incide más en los aspectos mágicos y transcendentales de las representaciones (1990).

Richard J. Harrison, sin entrar a analizar de manera monográfica la prehistoria de la Meseta Norte, ha venido haciendo referencia a ella primero desde trabajos sobre la Península Ibérica y luego desde sus monografías sobre el yacimiento zaragozano de Moncín. Entre sus aportaciones más conocidas están su tesis sobre “las culturas” del vaso campaniforme en la península (Harrison 1977) y la aplicación del modelo de Sherratt sobre la Revolución de los Productos Secundarios a este mismo ámbito territorial a partir del 2000 a. C. (Harrison y Moreno 1985).

Por su parte Marisa Ruiz Gálvez ha tenido el acierto de acercar a los prehistoriadores castellanos algunas interesantes teorías desarrolladas sobre todo por estudiosos británicos. Nos referimos a la intencionalidad de los depósitos y escondrijos de objetos de bronce (Ruiz Gálvez 1979 y 1982) y al papel de los intercambios de útiles y de la exogamia dentro del ámbito europeo atlántico (ídem 1988, 1992a, 1992b y 1998),

básicamente durante el Bronce Final. Luciano Municio se ha especializado en el estudio del periodo neolítico y calcolítico inicial en las cuevas de la provincia de Segovia, que se ha plasmado en varios artículos fundamentalmente durante los años ochenta.

Especial atención merece la figura de Germán Delibes, pues su labor abarca todo el amplio espectro del Calcolítico y la Edad del Bronce. Al comienzo de los años setenta sus interpretaciones se ven lastradas por el peso de las corrientes tradicionales. Así pueden encontrarse en alguno de sus trabajos alusiones al uso de análisis anatómico de los restos óseos de las tumbas como medio de conocer la filiación étnica de los individuos inhumados (Delibes 1971), como cuando dice sobre las gentes megalíticas de Segovia y Soria que “los representantes de este grupo cultural son gentes doliocéfalas que contrastan con los mesobraquicéfalos campaniformes atestiguados en algunas cuevas de esta misma zona” (ídem 1976-77: 146; también se puede encontrar en Martín Valls y Delibes 1974: 48 y en Delibes 1977: 160). Se trata de identificar a la población portadora de los vasos campaniformes desde un punto de vista racial, dentro de un esquema todavía vigente aquellos años (vid. Moure 1977: 441).

O emplea explicaciones para el comienzo de la Edad del Bronce que continúan encuadradas en esquemas cronológico-culturales en los que las poblaciones arcaicas de “pastores eneolíticos de la Meseta” reciben el “influjo dolménico” desde tierras salmantinas en un momento algo posterior a 1800 a. C. (Delibes 1972). En definitiva, se deja arrastrar por la vieja creencia de que cada cultura es un pueblo diferente que desplaza a los anteriores, como cuando se refiere a la expansión del megalitismo: “tal vez por la misma presión dolménica los antiguos pobladores de las penillanuras [–grupos de pastores–] se ven relegados al sector periférico montañoso donde encuentran buenas condiciones de defensa, pero a costa de afrontar situaciones muy precarias” (ídem 1976-77: 147). Similar dualidad, pero reducida a los aspectos puramente económicos, reconoce para los enclaves del occidente de la Meseta, de los cuales aquellos emplazados en castros defensivos se ocupan en labores pastoriles mientras que los del llano practicarían “una agricultura itinerante basada en la quema de bosque” (Martín Valls y Delibes 1975a: 547), sobre “suelos sueltos, laborables sin esfuerzo y a base de instrumentos sencillos como pueda ser el palo cavador” (Martín Valls y Delibes 1974: 49).

Sin embargo, se trata de unos artículos iniciales que pronto se ven superados por la labor posterior. En primer lugar se dedica a incrementar incesantemente la lista de yacimientos conocidos en toda la Meseta Norte. Trabaja dentro de las provincias de Zamora y Salamanca junto a Ricardo Martín Valls y dan a conocer los resultados de sus prospecciones en el Boletín del Seminario de Arte y Arqueología de la Universidad de

Valladolid entre los años 1973 y 1982, pero al mismo tiempo publica noticias de yacimientos de toda la Meseta Norte –continuando de este modo el trabajo iniciado modestamente en décadas anteriores por investigadores de ámbito provincial como César Morán, Blas Taracena, Teógenes Ortego, José María Luengo, Saturio González o Basilio Osaba. Además, junto a este mismo investigador, contribuye a la definición del campaniforme Ciempozuelos dentro de nuestra región a través de varios artículos y libros (destacan Martín Valls y Delibes 1974, Delibes 1977 y Delibes y Municio 1982). Ante el fenómeno campaniforme, se ha considerado su posición de los años setenta dentro de un enfoque histórico-cultural, para pasar en los ochenta a una interpretación funcionalista (Martínez Navarrete 1989: 304).

Entre los temas que aborda en relación con el campaniforme Ciempozuelos, además de la definición tipológica de las producciones cerámicas y metálicas, está el de las formas de vida. Al respecto sostiene que las gentes campaniformes eran esencialmente nómadas y mientras en la zona segoviana mantenían una economía pastoril, en el centro de la cuenca del Duero posiblemente fueran agricultores (Delibes 1977: 135-7). Pero el apartado que más interés centra en sus trabajos es el análisis de las distintas modalidades de enterramientos aplicadas en esta época (idem: 160-1; Delibes y Fernández-Miranda 1981, Delibes y Santonja 1987; Delibes 1987, Martín Valls y Delibes 1989). A finales de los años ochenta plantea la posibilidad de que la novedad campaniforme sea una incorporación al sustrato preexistente, y no una drástica suplantación cultural. Habla ahora de Ciempozuelos “como una civilización de marcada raíz indígena, rechazando de plano viejas concepciones en las que se proponía la afluencia de grupos nortepirenaicos a Iberia desde finales el III milenio” (Delibes 1987: 51). Defiende además la teoría de que existe un binomio de poblados ricos en cerámicas Ciempozuelos junto a otros sin tales producciones; los primeros serían centros de distribución de esas cerámicas y el resto sólo las recibirían (Martín Valls y Delibes 1989: 72-3), considerándose estos testimonios manifestaciones materiales exclusivas de una élite social (idem: 87).

Para estos mismos siglos ha incidido a través de varios artículos en el análisis de las primeras producciones metalúrgicas, primero desde un punto de vista simplemente tipológico (Delibes 1977), pero en seguida tratando de conjuntar los aspectos morfológicos con los de las aleaciones de las piezas (Delibes y Fernández-Miranda 1981, Delibes 1990) y más recientemente con problemas de fabricación (Delibes, Fernández y Herrán 1999). Del mismo modo ha pasado de considerar de forma vaga que la lejanía de los veneros de cobre obligaba a importar piezas elaboradas o a la llegada de grupos humanos alóctonos (Martín Valls y Delibes 1974: 50) a abordar aspectos difíciles como

los procesos de producción con las labores mineras, de fundición y de taller (Delibes, Fernández y Herrán 1999).

También en unión de Martín Valls inicialmente, pero después en solitario y en colaboración con otros prehistoriadores, acomete también el estudio del grupo Cogotas I. Dentro de este campo aborda el problema del origen de las técnicas decorativas de boquique y excisión, así como sus precedentes (Martín Valls y Delibes 1976a; Delibes 1978; Delibes y Fernández Manzano 1981; Delibes, Fernández Manzano y Rodríguez Marcos 1990); de la cronología de Cogotas I y su tipo de poblamiento (Martín Valls y Delibes 1972; Delibes 1983a; Delibes y Fernández-Miranda 1986-87). Respecto a la dispersión, es fundamental la idea de que las cerámicas se irradian desde un centro difusor a buena parte de la Península. Estos temas de interés –origen, dispersión y cronología– son los que según Trigger y Vicent encajan en los enfoques historicistas (Fernández-Posse 1998: 21).

El de la cronología es uno de los temas en el que más atención centró sobre todo durante los años ochenta. Una vez fijado el final del campaniforme Ciempozuelos hacia el años 1700 a. C. (Martín Valls y Delibes 1974: 47-8) y la existencia de un “horizonte” protocogotas desde aproximadamente 1400-1300 a. C. (Delibes y Fernández Manzano 1981: 67), el principal problema residía en enlazar Ciempozuelos y Cogotas I, puesto que entre ambas “culturas” se producía un lapsus de 300 años, en los que inicialmente sólo tenían cabida las cerámicas lisas de Cardenosa (Delibes 1983a: 87-88).

Respecto a la cerámica, mientras inicialmente reconoce que el boquique y los temas incisos tienen su origen en lo campaniforme, manifiesta enormes dudas sobre el indigenismo de la excisión (Delibes 1978: 241-4). Pocos años después admite que todas estas técnicas se han tomado de la tradición local, igual que otros aspectos técnicos y decorativos, como la aplicación de pasta blanca y la decoración interior de los bordes (ídem 1983a: 86). A principios de los ochenta coinciden trabajos suyos (Delibes y Fernández Manzano 1981) con los de Jimeno y Fernández-Posse en el intento de definir la secuencia cronológica de Cogotas I. Especial relevancia tiene el estudio tipológico de las cerámicas de La Requejada (Delibes, Fernández Manzano y Rodríguez Marcos 1990). Para explicar la difusión de las cerámicas de estilo Cogotas I recurre primero a la trashumancia ganadera practicada por sus autores –con Molina– y después al intercambio de mujeres a larga distancia –con Ruiz-Gálvez–.

El tema de las costumbres funerarias ha sido abarcado por Delibes en numerosas ocasiones, tanto para contextos de época neolítica (Delibes y Santonja 1986b; Delibes,

Alonso y Rojo 1987), calcolítica (Delibes y Santonja 1987; Delibes 1987 y 1988) y de la Edad del Bronce (Delibes 1978, Delibes, Viñé y Salvador 1998). En todo caso sus enfoques pese a ser generalmente descriptivos, centrados en las evidencias identificadas en las excavaciones, no dejan de hacer alusiones someras a aspectos rituales o sociales: palimpsestos doménicos y no igualitarismo en las tumbas colectivas (Delibes, Rojo y Alonso 1987). Dentro del megalitismo ha distinguido dos focos dolménicos, “por una parte el occidental, asentado en las penillanuras de Salamanca y Zamora, por otra el burgalés, estrechamente conectado con el grupo megalítico riojano y del extremo meridional del País Vasco” (Delibes 1987: 39).

Dentro del periodo neolítico han abundado los trabajos realizados junto a Rojo Guerra, centrados en la comarca de La Lora burgalesa (Delibes y Rojo 1988 y 1992, Delibes, Rojo y Represa 1993) y otros más generales junto a Manuel Santonja (Delibes y Santonja 1986a, 1986b, 1987). También se ha aproximado al tipo de poblamiento sincrónico a las tumbas, en este caso tanto en solitario como junto a Pilar Zapatero, prevaleciendo la idea de que se trataba de gentes itinerantes (Delibes 1995c: 70, Delibes y Zapatero 1996).

Otro de sus temas recurrentes ha sido el de las producciones metálicas, trabajando sobre todo en precisar la evolución tecnológica y tipológica de estas piezas en la Meseta Norte desde el Calcolítico (Delibes 1980, 1990) al periodo Bronce Final/Primera Edad del Hierro (Delibes y Mañanes 1979; Delibes 1983b; Delibes y Fernández Manzano 1986; Delibes, Fernández y Celis 1992-3), sin olvidar el Bronce Antiguo (Delibes y Fernández Miranda 1981) y Medio (Delibes, Rodríguez Marcos y Santonja 1991). Dentro de la metalurgia se puede apreciar la relación de los trabajos de Delibes con los de Julio Fernández Manzano, cuyos caminos resultan paralelos en este campo desde 1978. Esto no impide que destaquen de éste varios estudios realizados por separado (Fernández Manzano 1986, Fernández, Herrán y otros 1997). Fernández Manzano en su tesis publicada en 1986, además de presentar un excelente catálogo, trata de determinar si la Meseta Norte es otra de las provincias del Bronce Atlántico y si existe correspondencia entre los depósitos metálicos y Cogotas I (Fernández-Posse 1998: 30).

No ha faltado una ocasión en la que se ha defendido que “el territorio donde estaban los veneros cupríferos meseteños fue dominio de las poblaciones Cogotas I que, como propietarias, ejercieron el control de ese bien tan codiciado en el mercado atlántico”, de cuya actuación, los bronce atlánticos serían “materiales resultantes del intercambio de mineral” como “contrapartida al cobre exportado, seguramente hacia el norte” (Delibes y Fernández Manzano 1992: 211). Sin embargo, en la mayoría de obras

defienden la importancia de los talleres metalúrgicos del norte de Burgos y Palencia pese a la llegada de influjos exteriores: con “hachas de talón y dos anillas y determinados tipos de una anilla, de inequívoca factura meseteña y exportadas a otras latitudes europeas; la fabricación de pistiliformes de gran originalidad respecto a las más genuinas formas atlánticas, o algunas puntas de lanza muy localizadas espacialmente, traslucirían la gran originalidad de los focos metalúrgicos locales” (Fernández Manzano 1986: 143). Igual opinión se sostiene más recientemente, aunque sin descartar la llegada de algunos materiales importados (Delibes, Fernández, Fontaneda y Rovira 1999: 176). Al respecto de la metalurgia se recogen alusiones a la existencia de “un tipo de organización social fuertemente jerarquizada, en cuya cúspide un reducido grupo dominante sería el poseedor de algunos objetos, símbolo de su rango y estatus” (idem: 149) y reflexiones sobre la finalidad de los depósitos, donde se opta en la mayoría de ocasiones por una intención de carácter sacro (idem: 147, Delibes, Fernández y Pérez 1997).

En los últimos años Delibes ha ido presentando cada vez con más insistencia y profundidad aspectos simbólicos, sociales y económicos, que anteriormente trataba de forma muy somera. Así es como se encuentran referencias a los rituales y la sociedad dolménicos (1995c), las ofrendas metálicas de la Edad del Bronce (Delibes, Fernández y Perez 1997; Delibes, Fernández, Fontaneda y Rovira 1999: 174-5), los intercambios a larga distancia (Delibes y Rojo 1992; Delibes, Elorza y Castillo, 1995; Rojo, Delibes y otros 1996; Delibes, Viñé y Salvador 1998: 185; Delibes, Romero y Abarquero 2000), la definición de las jerarquías hereditarias del Calcolítico y el Bronce Antiguo (Delibes, Viñé y Salvador 1998: 183; Delibes, Herrán y otros 1995) y los comportamientos rituales de las gentes del Bronce Final (Delibes 2000-2001).

Entre los últimos prehistoriadores incorporados al debate están José Antonio Rodríguez Marcos, Manuel Ángel Rojo Guerra, Jesús M^a del Val Recio, Francisco Javier Fabián García, José Javier Fernández Moreno, José Ignacio Herrán Martínez, Jesús Celis Sánchez y Rafael de la Rosa Municio. Más jóvenes son Francisco Javier Abarquero Moras, Antonio Bellido, Soledad Estremera Portela, Blanca Samaniego Bordiu y Antonio Blanco González.

Rodríguez Marcos ha venido ocupándose de la caracterización de la Edad del Bronce a través de variados aspectos como el estudio de la funcionalidad de los hoyos (Rodríguez y Val 1990), la organización del espacio dentro de los poblados (Rodríguez y Abarquero 1994) y el tipo de poblamiento (Rodríguez 1993 y 1996), además de dar a conocer varios nuevos poblados excavados en la década de los años noventa. Rojo Guerra se ha dedicado especialmente a estudiar los tiempos neolíticos en el centro y oriente de la

Meseta Norte, primero junto a Delibes y actualmente junto a Michael Kunst (Rojo y Kunst 1996); si bien también merece destacarse su estudio sobre el poblamiento prehistórico de la laguna palentina de La Nava (Rojo 1987). Jesús del Val es autor de unos pocos artículos básicamente sobre el poblamiento calcolítico en la provincia de Zamora. José Ignacio Herrán ha publicado diversos estudios sobre el poblamiento calcolítico en distintas comarcas de la Meseta Norte y también ha participado con Delibes y Fernández Manzano en diversos proyectos de investigación sobre la metalurgia del bronce.

Fabián aborda en sus distintos trabajos varias manifestaciones funerarias englobadas cronológicamente dentro del Calcolítico, especialmente en la provincia de Ávila, destacando su diversidad formal (1992, 1995, 1997). Su figura ha sido incluida dentro del Normativismo (Díaz del Río 1996: 183) al sostener que “más vale por ahora una reflexión que el vértigo de una nueva teoría. Los hechos están ahí, no se trata de conjeturas” (Fabián 1995: 15). Fernández Moreno ha venido colaborando habitualmente con Alfredo Jimeno en casi todos los trabajos, lo que marca unas trayectorias similares para ambos, centradas en el final del Calcolítico y la Edad del Bronce; no obstante, se ve en éste una mayor preocupación por el Bronce Antiguo y la relación del arte prehistórico con otros contextos sincrónicos (Fernández Moreno 1990, 1991; Fernández y Gómez Barrera 1991). Jesús Celis ha elaborado varios trabajos sobre poblados de la Edad del Bronce en la provincia de León.

El problema de la dispersión de Cogotas I, planteado por Delibes como una disyuntiva entre la expansión de los poseedores originales –grupos trashumantes– o la comercialización del producto o de la idea (1983a: 89), ha venido a desarrollarse sólo al final de los años noventa a través del trabajo de este mismo autor junto a Francisco Javier Abarquero Moras (Delibes y Abarquero 1997, Abarquero 1999) en relación con las cerámicas. También han tratado, en relación con la movilidad de materiales sin movimiento de población durante el Bronce Medio, el caso de cerámicas llegadas a la Meseta desde el norte de los Pirineos (Delibes, Romero y Abarquero 2000: 120).

Otro tema que ha ocupado últimamente a varios prehistoriadores ha sido el de las costumbres funerarias de Cogotas I. Ángel Esparza (1990) realizó primero un estudio exhaustivo donde inventariaba todos los restos humanos conocidos y trataba de establecer unas pautas de comportamiento. Más recientemente González-Tablas y Fano (1994) y Delibes (2000-2001) han buscado soluciones alternativas más allá de lo que refleja el registro arqueológico.

También cabría mencionar otros estudios relevantes de los últimos años. Entre ellos está el establecimiento de varias fases en la cultura Cogotas I por Castro, Mico y Sanahuja (1995). O el que se ocupa del tránsito Cogotas I-Soto en las tierras vallisoletanas elaborado por Javier Quintana y Pedro J. Cruz (1996).

El panorama que se dibuja actualmente para la Meseta Norte es variado, tanto en autores como en temas tratados. El tradicionalmente elevado peso del normativismo no impide que despunten trabajos relevantes y originales que abren nuevas posibilidades para los próximos años. Tal vez no se cuente con una voluntad de crítica que obligue a confrontar posturas enfrentadas sobre temas determinados, pero a la larga las opiniones se van matizando. Es muy probable que esta región siga adoleciendo de ser un espacio marginal para los grandes temas que sirven de motor a las investigaciones europeas, pero esta traba se ha venido a desdibujar dentro del marco desintegrado que imponen las gestiones autonómicas y que han fragmentado el trabajo de casi todos los prehistoriadores españoles.

Más graves son otros nuevos problemas que han surgido en los últimos años. Sin duda, como en toda España, se sufre el yugo de la arqueología de gestión y su limitada coordinación con los centros de investigación. Pero posiblemente aún no seamos plenamente conscientes de la mucha información que se está perdiendo y del mucho trabajo que aún está por hacer a partir de los datos recogidos. Algunas empresas dedican parte de sus recursos a publicar los resultados de sus trabajos arqueológicos. Para el periodo que afecta a esta tesis cabe mencionar en especial a *Strato* (F. Javier Sanz, Jesús C. Misiego, Gregorio J. Marcos, Miguel A. Martín y F. Javier Pérez) y a *Aratikos* (Ángel L. Palomino, María José Negredo y F. Javier Abarquero). Sus publicaciones ofrecen un conjunto sumamente interesante de datos, y no dejan de incluir a menudo análisis técnicos (faunísticos, antropológicos, carpológicos, palinológicos, metalográficos o radiocarbónicos). Por desgracia son deudores de la premura con que se elaboran, lo que hace que pese demasiado la parte descriptiva y la síntesis a partir de trabajos anteriores, sin dar pie a nuevas interpretaciones y a abrir nuevas vías de investigación.

También la pérdida de peso de los estudios de prehistoria en las preferencias y salidas laborales de los universitarios castellanos y leoneses está sólo empezando a pasar factura en los réditos que habrían de producir las nuevas generaciones de especialistas. Pocos son los que se plantean seriamente dedicarse a la investigación, puesto que resulta dudoso el futuro profesional que le espera a quien se vuelca en esta opción al acabar la carrera. Y una vez doctorados, la cruda realidad hace que tengan que aparcar su

vocación si pretenden hacerse un hueco en el mercado laboral. Estos son los verdaderos problemas que van a lastrar las investigaciones en el futuro.

3. EL CONCEPTO DE CULTURA ARQUEOLÓGICA

Yo he visto cosas que vosotros no creeríais: atacar naves en llamas más allá de Orión, he visto rayos C brillar en la oscuridad cerca de la puerta de Tannhäuser... Todos esos momentos se perderán en el tiempo como lágrimas en la lluvia. Es hora de morir.

Blade Runner (the movie)

Las gentes del pasado han visto cosas efectivamente irrepetibles. Ellas contemplaron multitud de acontecimientos de los que tan sólo tenemos indicios y que nunca podremos más que imaginar: enterrar en los sepulcros dolménicos colectivos, fundir auténticos puñales de lengüeta y hachas de talón, cultivar siguiendo rudimentarias técnicas los campos que hoy se trabajan con tractores, adorar y agasajar a divinidades cuyos nombres se han perdido en la memoria...

Pero todo esto no se ha olvidado por completo y ha venido preocupando a sabios y eruditos desde mucho antes de que tomasen conciencia del interés científico de esa preocupación. Siempre ha existido quien buscase saber cómo fueron nuestros antepasados más remotos, aquellos de los que ya hemos perdido referencia directa.

A través de las próximas páginas trataremos de ir plasmando qué se entiende por cultura y cuán elevado es el grado de dificultad de definir a las culturas hoy desaparecidas y, dentro de éstas, a cada grupo o tribu. En los siguientes capítulos trataremos de definir rasgos concretos dentro de cada periodo y territorio concreto que, sin descartarlos, trasciendan los aspectos puramente materiales. Intentaremos entonces, al menos hasta donde nos sea posible, definir algunos aspectos de las culturas que se desenvuelven en la Submeseta Norte siguiendo los principios teóricos que vamos a mencionar en este capítulo.

La Arqueología prehistórica nació mucho antes de que en el siglo XIX se empezasen a poner los cimientos de su metodología científica. En realidad lo que nació entonces fue un modo de entender la arqueología como conjunto de técnicas eminentemente prácticas para extraer de la tierra evidencias del pasado. El sentido de la Arqueología había sido anteriormente, ya desde el Renacimiento, el estudio de la historia antigua, del más remoto devenir histórico de los seres humanos.

Los primeros "prehistoriadores" eran auténticos eruditos o anticuarios que, si bien por lo general no realizaban excavaciones arqueológicas, combinaban el estudio de

los restos materiales pertenecientes a eras pasadas con la consulta de textos escritos por autores clásicos –griegos y romanos– y leyendas (Daniel 1974: 34-57). Entre las leyendas encontramos referencias a druidas, duendes, brujas, gigantes y otros seres fantásticos que habrían poblado y aún poblarían la tierra. Eran estas historias las que llevaron a muchos de ellos a lanzarse a excavar en lugares de los que apenas se conocía más que las referencias míticas que se habían mantenido, transmitidas a menudo oralmente, a través de muchos siglos.

Obviaremos estas referencias que se acercan demasiado a lo excepcional. No obstante, destacaremos el hecho de que el pasado que reconstruían estos eruditos se refería a personas y su forma de vida, no a cacharros y otros objetos que éstas manejaban.

Es a este conocimiento de las mentalidades a lo que debería aspirar, pese a su dificultad, todo arqueólogo. Sin embargo, la historia de la Arqueología ha venido estando desde sus comienzos marcada por un lento avance y un complejo proceso de superación de las restricciones que imponía una documentación restringida la mayoría de las veces a unos limitados restos de cultura material.

Los primeros arqueólogos "científicos" trabajaron clasificando vestigios del pasado. En 1812, Thomsen ideó su clasificación de la Prehistoria siguiendo un criterio puramente tecnológico que le llevó a dividirla según los objetos fuesen de piedra, bronce o hierro. Cuando en 1865 John Lubbock publica *Prehistoric Times*, admite ya una serie de criterios cronológicos y económicos al distinguir entre los periodos Paleolítico, con animales extinguidos y siempre salvajes, y Neolítico, con animales similares a los actuales y algunos de ellos domésticos.

Pero el siglo XIX está dominado por la corriente conocida como evolucionismo unilineal, seguidora de la idea de que las culturas se ordenaban desde la más simple a la más compleja en un proceso continuo e invariable de mejora cultural. Según esta idea, el conocimiento de los pueblos extinguidos había de provenir más de la evidencia etnográfica que del registro arqueológico. Los datos arqueológicos, bajo la forma de artefactos, podían revelar el nivel de desarrollo alcanzado por una cultura determinada. Una vez fijado este nivel, eran ya los datos etnográficos referentes a los primitivos actuales que se hallaban al mismo nivel los que aportaban todo lo necesario para conocer la naturaleza de la vida asociada a aquella cultura (Trigger 1992: 142).

Por desgracia, la concepción de cultura que surge ahora dentro de la arqueología adolece de muchos defectos. En primer lugar, por influencia de los nacionalismos románticos del siglo XIX se da por sentado que la gente que vive en diferentes lugares se

comporta de formas diferentes. Los modelos de variación espacial se asimilan a entidades denominadas “culturas” arqueológicas que se distinguen por una pluralidad de tipos que se asocian de forma repetida y exclusiva dentro de una distribución bien definida. Esta idea no entra a considerar el peso del poder ideológico, económico o militar en el establecimiento de entidades como las tribus, las sociedades y los grupos étnicos, ni tampoco tiene presente la identificación autoconsciente de esos grupos. Por último se concede a esas entidades construidas de forma artificial un valor como actores dentro del escenario histórico similar al de individuos y grupos en la historia documentada (Shennan 1994: 5-14).

Entre los antropólogos evolucionistas, Edward B. Tylor formuló una definición de cultura que se basa en el método comparativo para lograr una interpretación detallada de las secuencias del cambio cultural. Tylor [1871] dice que "la cultura o civilización, en sentido etnográfico amplio, es aquel todo complejo que incluye el conocimiento, las creencias, el arte, la moral, el derecho, las costumbres y cualesquiera otros hábitos y capacidades adquiridos por el hombre en cuanto miembro de la sociedad". El concepto que empleó era deliberadamente amplio, lo que le permitía indicar los importantes lazos existentes entre los elementos de la historia (Kahn 1975: 12). Según sus principios, cada acontecimiento está en conexión con los anteriores mediante un tipo de influencia que recibe de ellos, por encima de una simple sucesión. El objetivo del etnógrafo es diseccionar en detalle las civilizaciones (sus tipos de útiles, armas, técnicas de manufactura, mitos, ritos, ceremonias, etc.) y clasificar todos estos detalles para descifrar su distribución en la geografía y en la historia, con lo cual cada elemento será característico de un espacio y de un momento evolutivo determinados (Tylor 1975: 33-4).

Algo más avanzado y dentro del historicismo cultural, desde las dos últimas décadas del siglo XIX, Franz Boas da cabida a la explicación del pensamiento y de las ideas como el foco primordial de la Antropología, buscando comprender el comportamiento humano en relación con sus factores determinantes (Kahn 1975: 14). Escribe en 1930 que "la cultura incluye todas las manifestaciones de los hábitos sociales de una comunidad, las reacciones del individuo en la medida en que se ven afectadas por las costumbres del grupo en que vive, y los productos de las actividades humanas en la medida en que se ven determinadas por dichas costumbres". La cultura sería, por tanto, el conjunto diferenciado de costumbres, creencias e instituciones sociales que parecen caracterizar a cada sociedad aislada, con sus particularidades que no tienen por qué

coincidir con los de ninguna otra cultura. Sobre esta base de la disciplina antropológica se va a formar la teoría arqueológica.

El desarrollo del concepto de cultura arqueológica se remonta a finales del siglo XIX, asociado a un enfoque histórico-cultural en el estudio de la Prehistoria. Varios arqueólogos comenzaron entonces a denominar culturas o civilizaciones a conjuntos de materiales arqueológicos prehistóricos geográfica y temporalmente restringidos, identificándolos como restos de diversos grupos étnicos (Trigger 1992: 157). Entre ellos, Kossinna propuso que las culturas son un reflejo inevitable de la etnicidad y, en consecuencia, las similitudes y diferencias en la cultura material podrían correlacionarse con las similitudes y diferencias en la etnicidad.

Vere Gordon Childe comenzó en *The Dawn of European Civilization* [1925] adoptando el concepto básico de Kossinna sobre la cultura arqueológica. Definió una cultura arqueológica como ciertos tipos de restos –recipientes, implementos, ornamentos, ritos funerarios, tipos arquitectónicos– que aparecen simultáneamente y durante un periodo dado en una zona concreta (Childe 1985: 31). La duración y los límites geográficos de cada cultura tenían que establecerse empíricamente y cada una de estas culturas tenía que situarse cronológicamente mediante la estratigrafía, la seriación y los sincronismos (Trigger 1992: 163).

En su interés por definir cada cultura, Childe consideró que eran la cerámica doméstica, los ornamentos y los ritos funerarios los elementos que tendían a reflejar los gustos locales y se resistían bastante al cambio, lo que les hacía sumamente útiles para identificar grupos étnicos específicos. Por otro lado, el marcado valor utilitario de los instrumentos, armas y muchos otros ítems manufacturados hacía que éstos gozasen de una rápida difusión y apareciesen en muy distintos grupos (ídem: 164) y ello permitía determinar cuáles eran las culturas sincrónicas.

Para los arqueólogos marxistas el objetivo de la disciplina arqueológica era explicar los cambios no a través de la tecnología, sino de la organización social (aunando modos de producción, tecnología, organización social y conceptos ideológicos). Ha de ser el conocimiento exhaustivo de una sociedad concreta lo que nos conduzca a una clara idea de su evolución, a través de conocer los fenómenos y procesos particulares que desencadenan el cambio.

Un poco al hilo de las teorías marxistas surge una nueva postura cuyo principal valedor es Childe. Entre los antropólogos que le influyeron se encuentra Durkheim, para quien las sociedades constituían sistemas integrados, formados por múltiples aspectos

interrelacionados. Se propicia así un interés creciente por las relaciones entre las sociedades humanas y su localización medioambiental, por las adaptaciones ecológicas de las culturas a sus ambientes (ídem: 235).

Explica así Childe que el arqueólogo se sirve de clasificar y comparar los utensilios y las armas de época prehistórica, de examinar las casas que edificaron, los campos que cultivaron y los alimentos que arrojaron para de este modo observar cambios en el sistema económico y adelantos en los medios de producción (Childe 1954: 15-17). Las sociedades sin escritura nos habrían dejado mucho más que unas muestras de sus útiles materiales, pues también podríamos alcanzar sus instituciones sociales, las supersticiones y la manera de comportarse (Childe 1965: 7). Para Childe, aspectos inmateriales de la cultura pueden encontrar expresión material permanente que nos permita reconocer la existencia de jefes o datos sobre las creencias –a través de los templos, santuarios, ídolos y amuletos. "La información arqueológica está constituida por los cambios del mundo material que resultan de la acción humana o, más sucintamente, por los resultados fosilizados del comportamiento humano" (Childe 1972: 9), aunque está limitada porque no alcanza a todas las manifestaciones del comportamiento humano y pierde muchas de ellas, desde las palabras, los movimientos y los gestos a los objetos realizados sobre materias degradables.

Esta importante cortapisa reduciría la Arqueología al estudio no ya de agentes individuales, sino de las sociedades (ídem, 16), pues el arqueólogo no podría superar el nivel de las generalidades admisibles para toda una sociedad, homogeneizándola, aunque reconociendo también los procesos de evolución.

Siguiendo el enfoque de Childe, los condicionamientos funcionales, el medio fisiográfico o el material explican muchos de los rasgos similares en la organización social o en la ideología de diferentes culturas que comparten el mismo modo de producción. Pero además hay que considerar que también influyen los modelos culturales preexistentes –divergencias históricas y sociales–, los contactos fortuitos con otras culturas y la interacción entre sociedades vecinas (Childe 1965: 40; Trigger 1992: 244).

Una postura no demasiado diferente a la de Childe mantenía Grahame Clark en la primera edición de *Archaeology and Society* [1939] cuando afirmaba que la Arqueología debía ser "el estudio de cómo [los seres humanos] vivían en el pasado". Para ello había que tratar de reconstruir sus economías, sus organizaciones políticas y sociales y sus sistemas de creencias y valores, en una búsqueda orientada a comprender cómo se

relacionaban cada uno de los diferentes aspectos de la cultura hasta configurar un sistema ordenado y coherente (ídem: 248).

Mientras Childe se centraba en el cambio social, Clark desarrolló sus investigaciones sobre el estudio de los asentamientos para elaborar interpretaciones sociales, políticas y religiosas de las sociedades prehistóricas.

Ya en los años sesenta, Lewis Binford pensaba que las culturas son medios extrasomáticos de adaptación de la humanidad a variaciones en el medio ambiente o en los sistemas culturales adyacentes o competidores (ídem: 277). Binford sigue a White [1949] al dividir las culturas en tres subsistemas interrelacionados: tecnología, organización social e ideología; aunque White pone de relieve el nivel tecnológico como motor de la evolución cultural. Harris, a su vez, ve la evolución cultural en relación con el determinismo tecnoambiental y tecnoeconómico.

La mayoría de estudiosos están de acuerdo en que los aspectos centrales de la adaptación son la tecnología, la economía de subsistencia y los elementos de organización social directamente ligados a la producción; los cambios adaptativos comienzan en estos aspectos y desde ellos se ramifican hacia otros como la religión, el ritual y la cosmovisión (Keesing 1993: 47).

Geertz intentó por vez primera aplicar la "teoría de sistemas" a la antropología [1966], un enfoque que subraya la necesidad de centrar la atención en las interrelaciones de las variables más que en los fenómenos mismos (Juliano 1986: 16). Siguiendo a Leroy [1981], "un sistema es un objeto complejo formado por componentes distintos ligados entre ellos por cierto número de relaciones"; estos componentes se denominan subsistemas. La modificación en una variable del sistema afecta al resto, que compensa, limita o expande su propia acción con el objeto de mantener una cierta estabilidad en el medio; si el cambio es muy grande, el sistema sufre un cambio en sus contenidos observables y en su estructura organizativa (ídem: 20).

Es en estos años cuando se aplica la teoría de sistemas a la Arqueología, lo que contribuyó a identificar numerosos factores interrelacionados que desencadenan el cambio cultural. Sin embargo, la Nueva Arqueología pone un gran énfasis en el determinismo demográfico y ecológico, dejando a los grupos humanos en el papel de víctimas pasivas. El materialismo dialéctico no niega la importancia de los factores ecológicos, pero sitúa la causa principal de las transformaciones culturales dentro del terreno social. Asimismo hay una creciente tendencia a abandonar el estudio de las sociedades o las culturas como unidades cerradas y fuertemente cohesionadas,

prestándose más atención al papel desempeñado por los estímulos externos en el desencadenamiento del cambio cultural. En muchos casos tales estímulos serán difíciles de evaluar, ya que proceden no sólo de presiones políticas y económicas de grupos vecinos, sino también del préstamo de ideas.

Estaríamos en un punto donde la Arqueología ha tomado consciencia de las cualidades distintivas de los datos arqueológicos y de la necesidad de comprender esas cualidades para llegar a conocer el comportamiento humano. Los artefactos se hacían, se utilizaban y con frecuencia se desechaban en contextos diferentes, no todos ellos representados por igual en el registro arqueológico.

David Clarke [1978] decía que la Arqueología era "la disciplina con teoría y práctica para la recuperación de modelos inobservables de comportamiento homínido a partir de huellas indirectas representadas en muestras malas". La interpretación científica de los datos arqueológicos depende del reconocimiento de que, de toda la gama de modelos de actividad de los homínidos y de los procesos ambientales y sociales que ocurrieron en el pasado, los arqueólogos sólo tienen acceso a la muestra de los restos materiales asociados que se han depositado en el registro arqueológico, que han sobrevivido para ser recuperados y que han podido ser recuperados.

Clarke explicó este proceso como cinco cuerpos de teoría: predeposicional y deposicional (relación de las actividades humanas, los modelos sociales y los factores ambientales y de sus huellas depositadas en el registro arqueológico), postdeposicional (procesos naturales y humanos que afectan al registro arqueológico), de la recuperación (relación entre lo que sobrevive en el registro arqueológico y lo que se recupera), analítica (tratamiento operacional de los datos recuperados, incluyendo la clasificación, la creación de modelos, las pruebas y los estudios experimentales) e interpretativa (relaciones entre los modelos arqueológicos establecidos a nivel analítico y los modelos ambientales y de comportamiento). Resume este mismo planteamiento en tres niveles básicos:

- 1/ la definición de las entidades fundamentales observables en los materiales, en sus estructuras, elementos y modelos, en los procesos que operan sobre ellos y en los efectos que dichos procesos tienen espacial y temporalmente sobre las entidades;
- 2/ la búsqueda de similitudes o regularidades repetidas en la forma, función, la asociación o secuencias de desarrollo entre las entidades particulares de cada área, periodo y ambiente;
- 3/ el desarrollo de modelos generales e hipótesis cada vez más extensos (Clarke 1984: 17).

En tal sentido, los arqueólogos han tenido éxito en la creación de un cuerpo cada vez mayor de datos y generalizaciones de bajo nivel sobre el pasado. Algo básico en esas generalizaciones son las tipologías, unas clasificaciones que reflejan los intereses de los arqueólogos en la datación, en la determinación de la función y en el estudio del material arqueológico.

No obstante, sobre esta base hay que tener presente que todo sistema teórico-metodológico tiene un límite en su desarrollo que obliga a modificar cada cierto tiempo los conceptos sobre los que se sustenta el trabajo de investigación (Vicent 1982: 12). En la Prehistoria se ha producido el uso de categorías arqueológicas, puramente taxonómicas, como instrumentos interpretativos, de rango teórico. El ejemplo más evidente de esto es la imposibilidad de distinguir en la periodización tradicional lo que son periodos tipológicos de las verdaderas fases culturales e históricas, ya que una secuencia tipológica se transforma en un proceso de evolución cultural (ídem: 22).

Normalmente existe un reducido interés en la importancia de las clasificaciones formales de los artefactos para el estudio de otros problemas que no sean la cronología y la clasificación cultural (Trigger 1992: 340). Sin embargo, hay que profundizar en el significado de la variación formal para el conocimiento de aspectos ecológicos, sociales, políticos, étnicos, simbólicos e ideológicos en las culturas prehistóricas.

Clarke (1984: 10) también hace hincapié en que los arqueólogos tratan los datos arqueológicos agrupándolos en entidades que se vienen asimilando a entidades históricas y sociales, cuando en realidad "la naturaleza del testimonio es tal que no existe una manera simple de equiparar impresiones arqueológicas con acontecimientos perdidos". Por esto considera que una cultura arqueológica no es un grupo racial ni una tribu histórica ni una unidad lingüística; los sistemas culturales son unidades íntegras en las que la cultura material es un mero subsistema –extraído de su contexto común– que se encuentra ligado a otros subsistemas, tales como la estructura económica, el dogma religioso, la lingüística, la psicología o la organización social (ídem: 36).

Establece cinco subsistemas que abarcan todos los ámbitos de la cultura (ídem: 88-89):

1. social (trama jerárquica de las relaciones personales presumibles, incluido el parentesco y el rango),
2. religioso (estructura de las creencias en relación con lo sobrenatural, recogidas en un cuerpo de doctrina y en una secuencia de rituales y que, conjuntamente, interpretan el ambiente de la sociedad en términos de sus propias percepciones),

3. psicológico (sistema integrado de las creencias del inconsciente colectivo inducidas en los individuos de una sociedad por su cultura, su medio y su lengua),
4. económicos (estrategia integrada por los métodos de subsistencia y los procesos de extracción que alimentan y equipan a la sociedad, así como los artefactos y recursos aplicados en ella) y
5. de cultura social o cultura material (constelaciones regladas de artefactos que delimitan las pautas de comportamiento del sistema considerado como un todo y que se reflejan en la tecnología del sistema).

Otras teorías no invalidan la teoría de sistemas, y así Colin Renfrew (1972) distingue los subsistemas social, proyectivo/simbólico, de subsistencia, tecnológico y de comercio y comunicación.

En la actualidad conviven un gran número de tendencias y corrientes de investigación. Dentro de ellas existe una preocupación por la jerarquía de niveles de estudio: miembros de familias, familias que forman comunidades, comunidades que son componentes de sociedades y sociedades que forman esferas de interacción más amplias (Trigger 1992: 311). No obstante, parece claro que la entidad social a estudiar viene determinada por el problema que se investiga.

Pero se viene produciendo en las últimas décadas un alejamiento de algunas de las corrientes antropológicas y arqueológicas, ya que las primeras han convertido las mentalidades y las ideas en uno de los principales puntos de análisis, por encima de las manifestaciones materiales y de comportamiento visibles en las culturas.

Ward H. Goodenough [1964] sostiene que la cultura equivale a un conjunto de reglas; es aquello que se necesita saber o creer en una determinada sociedad "de manera que podamos proceder de una forma que sea aceptable para los miembros de dicha sociedad". Se acerca, más que a los fenómenos materiales y al comportamiento, a "la forma que tienen las cosas en la mente de la población y los modelos de la misma para percibir las, relacionarlas e interpretarlas" (Kahn 1975: 20).

Según Goodenough, los objetos materiales no son algo neutro que refleje por sí solo la cultura que los ha creado, sino que lo que vemos nosotros no es lo mismo que ve un miembro de la cultura que lo creó (Goodenough 1975: 191). Las diferencias culturales entre los hombres no se deben simplemente a las cosas que observan, sino a las normas con arreglo a las cuales las observan. "Cultura (...) consiste en normas para decidir qué es (...) para decidir qué puede ser (...) para decidir qué es lo que uno piensa

acerca de (...) para decidir qué hacer con (...) y (...) para decidir cómo ponerse a hacerlo"[1961].

Bronislaw Malinowski [1931] ya dejó constancia de que los pertrechos materiales constituyen uno de los aspectos más evidentes de la cultura, pero no son una fuerza en sí mismos, puesto que se necesita el conocimiento para fabricar, manejar y utilizar los artefactos (desde útiles y armas hasta construcciones) y, además, se requieren también un sistema de valores morales, espirituales y económicos, una organización social y un lenguaje (Malinowski 1975: 86). Los detalles de los artefactos deben explicarse – desvinculándolos de las regularidades que se presentan entre distintas culturas por motivos funcionales– por el contexto cultural; es decir, la forma concreta en que un objeto es utilizado por un hombre o un grupo de personas, por las ideas, ritos y asociaciones ceremoniales que rodean su uso principal (ídem: 95). En cada cultura se encuentra un sistema de reglas o mandamientos que determina las actividades, los usos y los valores mediante los cuales se produce, almacena y reparte la comida, se manufacturan, poseen y utilizan los bienes, se preparan e incorporan las herramientas a la producción (ídem: 105).

Lévi-Strauss, dentro del estructuralismo, contempla las culturas como sistemas simbólicos compartidos, en los que las condiciones materiales de subsistencia y la economía constriñen (pero no explican) la cultura. A su vez, para los sistemas simbólicos, la cultura es un sistema de símbolos y significados compartidos que están no en la mente de la gente, sino entre esa gente (Keesing 1993: 50-51). Clifford Geertz escribía en 1965 que "la cultura estaría mejor contemplada no como complejos de pautas concretas de conducta –costumbres, usos, tradiciones, racimos de hábitos– sino como un conjunto de mecanismos de control –planes, recetas, reglas, instrucciones– para regir la conducta" (Geertz 1995: 51). Pero esto no hace de la cultura una realidad "superorgánica", una entidad conclusa en sí misma, sino un contexto dentro del cual pueden describirse los acontecimientos sociales, los modos de conducta, las instituciones o los procesos sociales de forma inteligible (ídem: 25-7). Esto coloca a las diversas clases de artefactos como elementos articulados en el fluir de la conducta que cobran su significación dentro de una estructura operante activa, y no en las relaciones intrínsecas que puedan guardar entre sí.

Todas estas estructuras que rigen el comportamiento de las personas expuestas a ellas se transmiten mediante el aprendizaje. Mediante la cultura la gente crea, recuerda y maneja las ideas, controlando y aplicando sistemas específicos de significado simbólico. A través de la enculturación la gente hace suyo gradualmente un sistema previamente establecido de significado y de símbolos que utilizan para definir su mundo, expresar sus

sentimientos y hacer sus juicios (Kottak 1994: 35). Al respecto, Geertz (1995: 88) dice que la cultura denota un esquema históricamente transmitido de significaciones representadas de símbolos, un sistema de concepciones heredadas y expresadas en formas simbólicas por medios con los cuales los hombres comunican, perpetúan y desarrollan su conocimiento y actitudes frente a la vida. Pero esto no hace de las culturas sistemas rígidos sino que, pese a estar constituidos por elementos mutuamente integrados, están expuestos a los cambios.

Entre los arqueólogos simbólicos y estructurales se está poniendo de relieve el importante papel desempeñado por la consciencia humana en el desencadenamiento del cambio, la importancia de los choques dentro de las comunidades y la inevitable carga ideológica de toda actividad humana. Los conflictos que surgen de intereses contradictorios se identifican como características vitales y omnipresentes de las sociedades humanas y como una fuente principal del cambio.

Dentro de este contexto juegan un papel importante los arqueólogos marxistas, que intentan explicar no sólo las regularidades de las interrelaciones culturales, sino también las particularidades, las diferencias individuales y los contextos específicos que distinguen un caso concreto de cambio social de otros (Trigger 1992: 317). No obstante, hay diferencias y mientras unos arqueólogos mantienen que la economía juega un papel dominante en la formación de la superestructura social, política y religiosa de todas las sociedades, otros enfatizan la reciprocidad entre todos estos niveles, destacando su atención hacia la religión y la ideología.

Es significativo el papel que recibe la cultura material en las relaciones de grupo, por encima de los condicionantes ecológicos o de la organización sociopolítica. La cultura material puede servir para legitimar la autoridad de determinados grupos de la sociedad o para diferenciar edades o sexos, pero también puede enfatizar las diferencias entre grupos étnicos o minimizarlas, según los casos. El enfoque conceptual de Ian Hodder se fundamenta en la convicción de que los arqueólogos necesitan examinar todos los aspectos posibles de una cultura arqueológica para comprender el significado de cada una de las partes que la componen. Hodder, como Childe, pone de relieve la importancia de las tradiciones culturales como factores que desempeñan un papel muy activo en la estructuración del cambio cultural. Estas tradiciones aportan gran parte del conocimiento, de las creencias y de los valores que influyen simultáneamente en el cambio económico y social, el cual a su vez las reforma (ídem: 329).

Los diferentes ámbitos de la cultura material –como cerámica, vestidos, peinados, tatuajes y modelos de casa– coinciden en ocasiones con las agrupaciones tribales, pero en otras no; y esta elevada variabilidad puede proporcionar indicios sobre los modelos de comportamiento humano (Hodder 1978a: 13). Para Hodder es probable que la incapacidad de correlacionar cultura material y no-material se deba a una metodología demasiado simplista que ha ignorado las cuestiones más fructíferas. Reivindica una división minuciosa de los componentes de cada cultura para examinar su estructura y relaciones (ídem: 24).

Los sistemas culturales varían constantemente, ya que en un sistema profundamente institucionalizado con límites bastante rígidos y estrechos, su capacidad de asimilar e incorporar variedad en vías de difusión resultará perjudicada, con lo que puede acabar derrumbándose si se produce una contradicción extrema. No obstante, la muerte de un sistema sociocultural suele dar origen a una nueva alternativa, sin que sea necesario un cambio en la población. De hecho el nacimiento de un nuevo sistema suele ir acompañado por la supervivencia de grandes porciones de los valores de los viejos subsistemas, que son redistribuidos adaptados a la nueva disposición surgida como consecuencia del cambio (Clarke 1984: 85-6).

La cultura es entendida por muchos antropólogos como algo aprendido que permite predecir si una acción particular será o no aceptada por aquellos que siguen las mismas normas de conducta. La cultura ayuda así a predecir qué determinadas clases de comportamientos y de acontecimientos son altamente improbables e incluso pueden constituir una violación de las normas y qué otros fenómenos serían aceptables según esas mismas normas (Goodenough 1975: 194-6). La gente desarrolla "recetas" o fórmulas para muchos propósitos que se repiten, lo que les permite reducir la cantidad de improvisación necesaria y al mismo tiempo añadir restricciones a la actividad humana. Toda receta incluye un conjunto de condiciones que deben cumplirse; requisitos tales como los materiales brutos, las herramientas, las habilidades, el tiempo, el espacio y el personal, y otros sobre cómo organizarse o relacionarse eficazmente (ídem: 215).

María Jesús Buxó asegura que el estudio de la cultura en antropología es sólo el análisis y la explicación de las costumbres, los comportamientos y las instituciones en apariencia. Su objetivo final coincide más bien con “llegar a saber cómo el ser humano idea sobre la realidad para producir formas de vida particulares” (Buxó 1984: 33). Es el modo de entender la realidad lo que se estructura en forma de cultura, de modo que los propios procesos cognitivos actúan selectivamente en función de significados y emociones culturalmente definidos. Dentro de los significados de cada cultura tienen cabida el

pensar colectivo e individual en situaciones ecológicas, económicas, sociales y políticas específicas. Pero siempre debe tenerse presente que la cultura no es un sistema cerrado, sino abierto y dinámico (ídem: 33-34).

Por su parte, Esteva Fabregat establece una serie de determinantes que influye en la configuración de cada cultura, en concreto el ambiente específico dentro del cual se mueve cada hombre, que cambia a su vez paulatinamente a medida que se van adoptando nuevas técnicas y normas. Todos los sistemas culturales incluyen una gran cantidad de unidades culturales (rasgos, complejos, patrones, instituciones, formas de organización, actitudes, valores, ideas, etc.), cada una de las cuales se relaciona con el mundo físico y da lugar a las cosas, los artefactos, las plantas, el sistema ecológico y otros elementos (Esteva 1984: 76-8).

Algunos arqueólogos consideran que si se estudia el material producido por la gente del pasado, se puede reconstruir qué hicieron y posiblemente por qué, dentro de concepciones en las que los datos imponen una interpretación y prevalecen sobre la teoría. Pero sin duda en toda exposición de los datos subyace un modelo de razonamiento que incide en el resultado.

En los últimos años se trata de inferir el comportamiento humano a partir del registro arqueológico, pero estas correlaciones indican sólo aquello que sucedió en el pasado sin proporcionar explicaciones de por qué sucedieron los acontecimientos. Tales explicaciones requieren un relato de la regularidad que vincula causa y efecto. En el caso de condicionantes naturales actuando sobre el comportamiento humano se podría determinar el efecto de la causa natural específica y el tipo de respuesta psicológica y fisiológica humana que requiere, pero hay que tener presente el peso de factores culturales, el pensamiento y la intención en el conocimiento del comportamiento (Trigger 1992: 349). Los sistemas culturales incluyen modos de comportamiento aprendidos y sus manifestaciones son transmitidas socialmente de una sociedad o de un individuo a otros.

El simbolismo es demasiado complicado y específico como para que pueda explicarse plenamente en términos de condicionantes y circunstancias materiales, e incluso ambos aspectos pueden enzarzarse en una relación dialéctica que provoque importantes transformaciones (Hodder 1990: 381). Hodder concibe las culturas como esquemas de organización de las acciones que son significativas y vinculantes para los individuos envueltos en ellas, ya que influyen en cómo perciben y actúan sobre el mundo que les rodea. Para comprender las intenciones, valores y esquemas de organización, es necesario tratar de comprender los entresijos de los acontecimientos (ídem 1987: 2). El

modo en que aspectos de organización y de comportamiento se reflejan en la cultura material resulta la clave para interpretar los datos arqueológicos. Una posibilidad es generar modelos de cómo las variaciones en el comportamiento repercuten en la variación de los restos materiales, probándose a continuación arqueológicamente. Pero en realidad esto es difícil de lograr desde el momento en que los arqueólogos no pueden examinar el comportamiento con independencia de lo material (Longacre 1981: 49).

Baudel [1973] reconoce tres escalas o niveles en el proceso histórico, aunque en realidad correspondan a divisiones arbitrarias de un continuum:

- 1/ a muy largo plazo hay rasgos permanentes, de lenta variación o recurrentes;
- 2/ este ámbito se refiere a la historia social o de las estructuras, la historia de los destinos colectivos, las condiciones sociales de existencia y las tendencias generales con un ritmo de cambio lento pero perceptible;
- 3/ incluye lo que atañe a los individuos y a los acontecimientos efímeros (Hodder 1987: 2).

Hodder pone de relevancia la importancia de los artefactos recuperados por los arqueólogos como resultado de acciones individuales y, por tanto, del papel de los individuos en la variabilidad arqueológica por encima de los comportamientos predecibles y las normas sociales generales (ídem: 6).

Los arqueólogos han llevado a cabo importantes avances en la inferencia del comportamiento humano a partir de los datos arqueológicos, especialmente en el campo de la tecnología, la subsistencia, el intercambio, los modelos de poblamiento y algunos aspectos de la organización social. Todo esto contribuye a un conocimiento más disciplinado y global de lo que sucedió en el pasado. A pesar de todo, Hodder ha demostrado que esos datos son insuficientes para revelar los contextos sociales dentro de los cuales se movían las materias primas en el espacio (Trigger 1992: 357). Pero ya Trigger (ídem: 362) llama la atención sobre el hecho cierto de que, pese a las pretensiones de los teóricos y de los arqueólogos en general, se haya avanzado más en el conocimiento de las economías prehistóricas que en el de las organizaciones y, más acusadamente, en el de las ideologías. Pese a que el objetivo de los prehistoriadores es exponer y explicar los fenómenos de que se ocupa para explicar el registro arqueológico, parece que no se hubiera logrado trascender el nivel descriptivo del conocimiento o, de hacerse, se reduce a sistematizar los niveles más bajos del proceso científico (Vicent 1982: 44).

Los estudios etnoarqueológicos han revelado la complejidad de las correlaciones entre cultura material y el comportamiento humano. A través de la arqueología

experimental se conoce cómo se realizaron los artefactos y mediante análisis físico-químicos puede determinarse la difusión de las materias primas. Pero los detalles de la organización de las relaciones de parentesco, de los sistemas políticos y de los valores sociales son mucho más variados y las causas específicas de esa variedad, mucho más difíciles de establecer. Explicar por qué sucedieron las cosas lleva a los arqueólogos más allá de su propia disciplina y les obliga a recurrir a un amplio espectro de teoría de las ciencias sociales en un esfuerzo por interpretar los modelos de comportamiento que han inferido previamente a partir de los datos arqueológicos (Trigger 1992: 369).

Otro punto de consideración son los límites a los que debe adscribirse una cultura material. Ya hemos aludido a la definición de cultura dada por Childe. Al analizar los artefactos hay que tener presente que mantienen tres tipos de relaciones: con otros artefactos (su contexto), con la gente (sus tradiciones, costumbres, ritos...) y con el medioambiente existente en el momento de la fabricación y uso. Esto podría contemplarse para cualquier otro elemento de la cultura y siempre teniendo presente que algunos aspectos de la cultura son parches y retazos llegados desde fuera, otros son históricamente estables y algunos más, funcionalmente adaptativos (Service 1964: 374).

Autores como Renfrew (1984: 38) son más optimistas y creen que aunque la distribución de artefactos no puede asociarse automáticamente al campo social o a la información étnica, eso no obstaculiza la formulación de cuestiones sociales: unidades administrativas o étnicas y su territorio, tipo de poblamiento y su sedentariedad, la jerarquía de poder, de prestigio y de riqueza el grado de centralización de la administración política, religiosa o económica, el grado de especialización agrícola y tecnológica y las relaciones con los vecinos. Para ello propone apoyarse fundamentalmente en el estudio del poblamiento, las condiciones ecológicas, la distribución de los artefactos y la estructura espacial de la sociedad, por encima incluso de los rasgos de los simples objetos (ídem: 40-9).

La dificultad de definir unidades que puedan corresponder a "tribus" o "sociedades" es evidente y Naroll [1964] ha sugerido varios aspectos subjetivos aplicables para definir las similitudes y unidad de tales unidades:

- 1/ la distribución de rasgos particulares,
- 2/ vecindad territorial,
- 3/ organización política,
- 4/ lenguaje,
- 5/ adaptación ecológica y
- 6/ estructura de las comunidades locales (Hodder 1978a: 3-4).

Clarke establece una jerarquía de las principales entidades arqueológicas que, dispuestas por orden decreciente de complejidad sistémica, son: atributo, artefacto, tipo, conjunto, cultura, grupo cultural y tecnocomplejo (Clarke 1984: 183). Se trata de una estructura sostenida sobre criterios de materiales y artefactos, que no contempla aspectos relativos a lo no material. De todas las entidades, queremos incidir sólo en tres. El "tipo" alude al artefacto tipo específico, una población homogénea de artefactos que comparten una gama de atributos sistemáticamente recurrentes en un conjunto politético dado. Una "cultura" se considera un conjunto politético de categorías comprensivas de artefactos tipo que se presentan sistemáticamente juntas en conjuntos dentro de un área geográfica limitada. "Tecnocomplejo" es un grupo de culturas caracterizadas por conjuntos que comparten una gama politética pero tipos diferentes específicos de las mismas familias generales de artefactos tipo, compartidos como una respuesta ampliamente difundida y enlazada a factores comunes en el ambiente, la economía y la tecnología.

El problema surge al tratar de equiparar estas divisiones basadas en criterios materiales con las realidades sociales y culturales. La cultura arqueológica definida por Clarke representaría una entidad real, ligada por una serie de vínculos, al menos en el campo de lo material, pero es difícil conocer su equivalencia con grupos familiares, tribales o sociedades.

Dentro de las manifestaciones materiales se pueden identificar dos factores que influyen en el "estilo" de su acabado. En palabras de Shennan, existe un estilo emblemático que responde a la identidad o la afiliación consciente de una población o un grupo social (edad, sexo o clase social). Y al mismo tiempo hay un estilo asertivo-afirmativo que proporciona información sobre la identidad individual y depende de decisiones del fabricante y de las propiedades naturales, funcionales y sociales del objeto. Este segundo está sometido a una selección natural en la que priman los aspectos positivos, con lo que las decisiones se basan en la imitación de prácticas transmitidas culturalmente, en especial las que tienen más éxito en esa sociedad concreta (Shennan 1994: 18-22).

Clarke es consciente de esta dificultad. Analizando las poblaciones bantú, se observó que un área multitribal sumaba unos 3.000-5.000 artefactos tipo, de los cuales no todos eran compartidos por las tribus y sólo unos 1.000-2.000 artefactos o elementos eran suficientes para codificar las principales manifestaciones culturales de cada una de esas tribus. No obstante, un recuento demostró que de 2.000 artefactos caracterizando a una tribu, sólo un máximo de unos 450 artefactos podrían sobrevivir en condiciones arqueológicas favorables. En condiciones óptimas de excavación y preservación, el

prehistoriador no contaría con más del 15% de la cultura básica, lo que pone de manifiesto que "la intervención arqueológica reposa en la microvariación de una muestra muy pequeña del sistema cultural" (Clarke 1984: 336).

Las cortapisas reconocidas por Clarke no acaban aquí. Según los datos de que dispone, una tribu cualquiera comparte al menos el 30% de sus "artefectos" específicos con otra tribu dispuesta en un radio de unos centenares de kilómetros; e incluso, sus "artefectos tipo" pueden coincidir en un 90% con los de una tribu vecina relacionada política, histórica, geográfica o lingüísticamente (ídem: 338). Dentro de esta elevada similitud entre grupos, es indudable la existencia de áreas de dispersión con una decreciente influencia conforme nos alejamos hacia el exterior del área central, perdiéndose y variando algunos rasgos o "atributos".

Será en los elementos materiales que no resultan objeto de comercio o intercambio en los que se manifestará con mayor intensidad el descenso de similitud a medida que se incrementa la distancia. Asimismo dos elementos con similar función o papel en la sociedad, por lo general serán excluyentes y la distribución de uno evitará la del otro (Hodder 1978b: 170).

La interacción entre grupos que se manifiesta en sus artefactos es manifestación de una relación mucho más amplia que afecta a la lengua, la economía y los ceremoniales. Childe y Daniel ya notaron que los límites de distintos ámbitos de una cultura no coinciden necesariamente y que esta divergencia se da también al comparar los aspectos materiales y no-materiales (Childe 1965: 48; Daniel 1968: 124). Rowlands [1971] sugiere, para el caso concreto de la metalurgia, que el cambio en la tradición del trabajo de los metales no debe relacionarse con diferencias culturales, sino más bien con variaciones en la organización industrial o tecnológica (Hodder 1978a: 15).

Las relaciones entre grupos humanos han de evaluarse en función de factores como la distancia, el modelo de poblamiento, las dimensiones del centro irradiador, la cercanía a centros competidores y el tipo de bienes con que se esté tratando, pero a ello debemos sumarle los factores sociales (ídem 1978b: 155). La distancia está relativizada por la existencia de vías de comunicación, como ríos o pasos naturales, o el valor social y económico de los objetos. A la hora de adoptar una novedad también son determinantes varios aspectos destacados por Roger y Shoemaker [1971]:

1/ atributos considerados de las innovaciones (ventajas relativas, compatibilidad, complejidad, facilidad de asimilación),

- 2/ tipo de decisión sobre la innovación (opcional individualmente, colectiva, de la autoridad),
- 3/ vías de comunicación (interpersonal, en acontecimientos ocasionales...),
- 4/ naturaleza del sistema social (normas tradicionales o abiertas a las innovaciones, capacidad de asimilación),
- 5/ nivel de esfuerzo y presión de los agentes divulgadores (ídem: 172).

Beals [1973] nos pone sobre la pista de que la adopción de un nuevo aspecto de la cultura es un fenómeno largo y lento, sometido a complejos procesos de sincretismo, selección, reinterpretación y rechazo. Las barreras a la difusión son múltiples: el grupo receptor debe necesitar la idea / estilo / o innovación y percibir tal necesidad, debe saber cómo satisfacer esa necesidad y tener los medios de acceder a los materiales o servicios que requiere esa idea / estilo / o innovación, y también puede haber obstáculos geográficos, ecológicos o físicos (ídem 1978c: 246-7).

La "identidad como grupo" es un factor importante, ya que puede actuar como barrera para la dispersión de determinados rasgos. Algunas partes de la parafernalia de una cultura pueden reflejar interacción entre grupos, pero otras marcarán la separación y la identidad propia. Beals [1973] sugiere que la aculturación tiene a menudo más relación con el prestigio que con la utilidad o la mejora de las formas de vida; prestigio y rivalidad pueden potenciar la mayor dispersión de ciertos bienes (ídem: 262).

La etnicidad se sustenta en un sentimiento colectivo de identidad, pero para diferenciar a un grupo étnico de otro no se puede pretender tomar unos rasgos que muestren diferencias culturales objetivas, sino que sólo serán significativos aquéllos que los individuos implicados consideren significativos (Pujadas 1993: 49).

Asimismo se ha propuesto una más rápida difusión de la cultura material que de los conceptos y formas sociales; y aún dentro de la transmisión de ideas, las técnicas de manufactura y de cocina serían las primeras, seguidas de los conceptos religiosos y después los sociales y filosóficos (Hodder 1978c: 266).

Pero el efecto de la interacción no puede llegar a conocerse sin tener presente que diferentes actividades pueden provocar el mismo modelo de distribución de un artefacto o elemento y que los procesos de formación de los contextos arqueológicos repercuten también sobre los datos recogidos (ídem 1978b: 156). Muchos artefactos se transportan al abandonar un poblado, unos artefactos son más frágiles o más fáciles de perder que otros, diferentes objetos se arrojan en diferentes lugares y distintas sociedades depositan distintos objetos de maneras muy diversas.

Un recurso más a tener en cuenta son los testimonios históricos sobre las culturas y tribus antiguas que nos proporcionan culturas contemporáneas a ellas que ya han alcanzado el conocimiento de la escritura. Estos testimonios resultan de suma utilidad, ya que la identificación y clasificación etnográfica empleada por los autores antiguos aún a los atributos distintivos del vestir y el comportamiento, los aspectos peculiares de la cultura material, la organización social, la filiación lingüística y la nomenclatura tribal de sus vecinos bárbaros (Clarke 1984: 355). Por desgracia, sólo disponemos de esta ayuda para los momentos más recientes de la prehistoria, con informaciones siempre muy sesgadas e incompletas, con grupos ya bien alejados de los que nos interesan en este caso.

No obstante, por esta vía en algunos casos se pueden rastrear explicaciones a determinados comportamientos que se mantienen a lo largo de muchos siglos, por más que se produzcan cambios en la estructura de los mismos, a partir de su evolución posterior y determinadas evidencias materiales.

4. CULTURA MATERIAL

La intención de este capítulo no es la de ser excesivamente minuciosos, recogiendo todos los tipos de materiales, todos sus ejemplares y sus correspondientes paralelos dentro de un ámbito territorial y espacial determinado. Más bien nuestra pretensión es relativamente modesta y nos limitaremos a presentar una visión general del periodo a través de los objetos que se han conservado hasta la actualidad. No se utiliza aquí ninguna nueva tipología, ya que hemos renunciado a hablar de todos los tipos y sus variantes para centrarnos en las pautas generales.

Si hubiésemos contemplado la posibilidad de hacer amplias clasificaciones de los materiales, eso hubiera colmado con mucho la extensión de este trabajo y nos habría obligado a realizar análisis químicos en busca de las composiciones de los materiales o tratando de reconocer las huellas del uso recibido. Nada de esto se ha hecho, pero se ha tratado de recoger todo lo que se sabe hasta ahora, sintetizándolo de tal modo que evitase en la medida de lo posible la pesadez de párrafos repletos de nombres de yacimientos, en busca del origen y la expansión de cada rasgo. Y se ha intentado, cuando era viable, de dar relieve a los factores principales manifestando sobre todo los cambios a lo largo del amplio periodo de tiempo que abarcamos.

La alfarería

~ Las técnicas de elaboración

Las cerámicas están determinadas por tres factores principales: la selección de materias primas, los intereses de la comunidad que las usa respecto a su eficacia y efectividad funcional y, por último, la elección de formas y medidas y las disposiciones técnicas respecto a la manufactura y cocción por parte del ceramista (Colomer 1996: 54). El modo de fabricación de las cerámicas es un tema para el que nuestro desconocimiento es casi total. Se tiene constancia de algunas estructuras que han querido ser identificadas como hornos (Pérez Rodríguez y Fernández 1993), pero poco más han deparado las excavaciones.

Los alfareros de cualquier cultura han de realizar un trabajo largo, complejo y delicado (vid. González 1989: 111-86), pero el alfarero tiende a repetir minuciosamente los materiales y los modos de fabricación, así como las formas y decoraciones. Incluso es fácil, como ocurre en el pueblo africano de los kalinga, que se mantenga una fuerte

semejanza entre los vasos hechos por una madre y por sus hijas, y también se reconoce un estilo característico de cada población (Longacre 1981: 62). Se mantienen las tradiciones conocidas sin arriesgarse a variar los modelos (Lévi-Strauss 1986: 162-3). El trabajo del alfarero supondría varias jornadas de faena, aunque no necesariamente de ocupación exclusiva. Ello se debería a las numerosas tareas que requiere: extracción de la tierra, preparación del barro, modelado, decoración, secado y cocción.

La primera faena consiste en la extracción de la arcilla, materia prima indispensable para el modelado de las piezas. A veces se combinan tierras procedentes de varios lugares y se añaden arenas o elementos vegetales como desgrasantes, según el uso final que vaya a recibir la vasija. Para preparar la masa de barro se requiere mezclar la tierra con agua y un amasado con las manos o los pies para homogeneizar la pasta. Una vez que el barro ha sido bien amasado, puede empezar a modelarse, en este caso a mano y sin la ayuda de torno, para conseguir levantar los recipientes deseados.

El modelado de los vasos suficientes para llenar el horno exigiría varios días, dependiendo del tipo de vasijas que fueran a cocerse (tamaño, acabado, decoración, etc.). Los vasos pequeños pudieron hacerse a partir de un bloque de arcilla, dándole la forma a base de presión, mientras que los mayores habrían de hacerse poco a poco añadiendo tiras o rollos de barro que se van superponiendo para obtener la forma deseada. No obstante, estos procesos no quedan reflejados en el producto final si el tratamiento de la superficie ha sido cuidadoso. Tampoco sería inusual el uso de soportes cóncavos de materia vegetal (cestería, madera o frutos vacíos) como molde de la base sobre el que levantar la vasija. De ellos se han conservado excepcionalmente huellas en la base de algunos recipientes. Así ha ocurrido, por ejemplo, en un vaso de estilo protocogotas del Teso de la Macañorra (Geria, Valladolid) (Arranz y otros 1993: 78).

Una vez conseguida la forma, la superficie se regulariza con las manos o alisándola con una piedra plana, una espátula de madera o hueso o un trozo de cuero. En el tratamiento de la superficie se incluye el diseño de diversos motivos decorativos, ya sean incisos, impresos o con otras técnicas, y la aplicación de asas, mamelones, cordones y engobes de distinta naturaleza. A continuación se deja secar y finalmente se procede a la cocción dentro del horno, que podrá ser más o menos complejo y de ello dependerá la calidad y la homogeneidad del acabado. El secado requería realizarse lentamente a la sombra para evitar que se agrieten las paredes por una evaporación del agua excesivamente rápida, al menos durante un día.

Los hornos identificados en los poblados palentinos de La Huelga (Dueñas) y La Venta (Alar del Rey), ambos adscritos a la Edad del Bronce, comparten varias características (Pérez y otros 1994; Pérez y Fernández 1993, respectivamente). Sus dimensiones rondan los 2 m de diámetro en la boca y sus profundidades oscilan entre 80 y 107 cm, lo que les dota de una gran capacidad, por encima de lo habitual en el resto de los hoyos encontrados en poblados de esta época. Pero además presentan un suelo preparado con cantos en la base, a los que se suman arena y arcilla en La Huelga. Sobre éste hay un nivel oscuro con abundantes maderas quemadas. En La Venta hay que destacar la existencia de una capa de pellas de barro de color rojizo intenso, rubefactadas, que pudieran proceder de la preparación de las paredes del horno o del cierre de la boca.

La tecnología existente en este periodo no ha alcanzado aún a desarrollar hornos donde se diferencie la cámara de cocción y la de combustión mediante una parrilla que las separe. Este modelo avanzado no se aplicará hasta el siglo X AC, al comienzo de la Edad del Hierro (Bellido 1996: 61).

Dentro de las limitaciones impuestas por la sencillez de los hornos, existen diversas variantes posibles. Básicamente se procede a la acumulación de las cerámicas que se van a cocer rodeadas, mezcladas y cubiertas con abundante leña, aunque partiendo de este principio pueden realizarse a ras de suelo, dentro de fosas más o menos profundas, en el interior de sencillas estructuras o cubiertas de mogotes de tierra (Licka 1991: 205). Los resultados prácticos son variables. En estos sencillos hornos se suele prender el combustible desde la parte inferior o desde un extremo del montón (Orton y otros 1997: 147). Las cocciones a ras de suelo exigen una gran cantidad de combustible y están constreñidas por una cocción irregular y un rápido enfriamiento que provocan diferentes grados de cocción y la rotura de muchos vasos, mientras que se alcanzan resultados más homogéneos con los hornos dentro de fosas, donde la temperatura es más uniforme y el enfriamiento más lento (Arnal 1989).

En este punto queremos reflexionar sobre la escasa utilidad de la pretendida tobera del horno de La Venta (Pérez y Fernández 1993: 54). Primero, se trata de un caso excepcional puesto que no se conocen evidencias similares en otras estructuras de combustión. Segundo, como sistema de encendido del horno en la práctica resulta difícil de ejecutar el correcto llenado de paja y está expuesto a un fácil ahogamiento de las llamas. Y tercero, la introducción de aire en un punto concreto de la fosa habría de causar una desigual distribución de la temperatura. Por tales motivos manifestamos ciertas dudas sobre la funcionalidad de este elemento.

Respecto a la cocción, incluyendo el tiempo necesario para el enfriamiento del horno, duraría aproximadamente día y medio. Además el día elegido para encender el horno deberá ser propicio climatológicamente, sin lluvia ni viento fuerte que pudiesen enfriar la estructura y su contenido. La temperatura máxima alcanzada en estos primitivos hornos se situaría por debajo de los 700° C (Martín y otros 1985: 172). Análisis de las cerámicas neolíticas de La Vaquera (Torreiglesias, Segovia) constatan que en los niveles inferiores se han rebasado los 500° C en las cerámicas decoradas, mientras que en las lisas no se superan los 300° salvo en breves momentos cercanos a los 500° – atribuidos a un uso culinario– (Rubio y Blasco 1988-89: 152). No obstante, los datos de La Vaquera han sido corregidos con posterioridad y se ha indicado la realización de cocciones a una temperatura entre 700 y 850° y, sólo en los vasos decorados a la almagra, una segunda cocción a una temperatura por debajo de los 400° tras la aplicación del hierro molido mezclado con agua y arcilla (Estremera y Valle 1999: 51).

Minuciosos análisis de las pastas de cerámicas calcolíticas han permitido determinar que la cocción no alcanzaba los 800° C y superaba los 500° (López Plaza 1979: 69). Al analizar el tipo de cocción –oxidante o reductora– que ha sufrido cada tipo de vasija (ídem: 70-3) se aprecia cómo todas las cocciones se repiten en casi cualquiera de las formas. No obstante, con alguna repetición las piezas más pequeñas y de forma abierta coinciden con cocciones reductoras, mientras que muchos vasos globulares con cuello exvasado o recto y las piezas mayores han sufrido cocción oxidante. Las diferencias podrían deberse a la distribución de los vasos en el interior del horno, donde unos estarían colocados en zonas más aireadas que el resto.

Estos datos indican la dedicación y minuciosidad que se exigían al alfarero. Aunque sin que ello implique en ningún caso que se trate de un trabajo exclusivo de unos pocos especialistas, puesto que los materiales eran fáciles de obtener y tan sólo se requería un aprendizaje que bien pudo realizarse de padres o, más probablemente, de madres a hijas. Ahora bien, este aprendizaje no se desarrollaría mediante instrucción, sino a través del ejemplo, como ocurre en otras alfarerías primitivas (Stanislawski y Stanislawski 1978: 72).

Hemos de suponer que en las sociedades primitivas esta artesanía estaba en manos de las mujeres, al menos en lo que hace referencia al modelado de las vasijas. Mano de obra femenina ocupada en este trabajo se ha mantenido en la península Ibérica en alfarerías rudimentarias que emplean un modelo de torno bajo, en concreto en Zamora, Galicia, Cuenca, Guadalajara y también en Portugal (Seseña 1997: 61). Podemos conocer algo más de ellas a través del estudio de un caso concreto, el de Pereruela,

Moveros y Carbellino en la provincia de Zamora. Pese a que somos conscientes de lo mucho que separa a esta artesanía del trabajo prehistórico, queremos destacar varios aspectos. El oficio se transmitía de madres a hijas, que comenzaban a ayudar ya con trece años haciendo las piezas más sencillas y en la preparación del barro, mientras que el hombre se ocupa sólo de lo que se refiere al horneado. El trabajo se desarrollaba sobre todo en primavera, pero también en otoño, y hasta la Guerra Civil, el número de mujeres que se dedicaban a la alfarería era muy elevado (Cortés 1987).

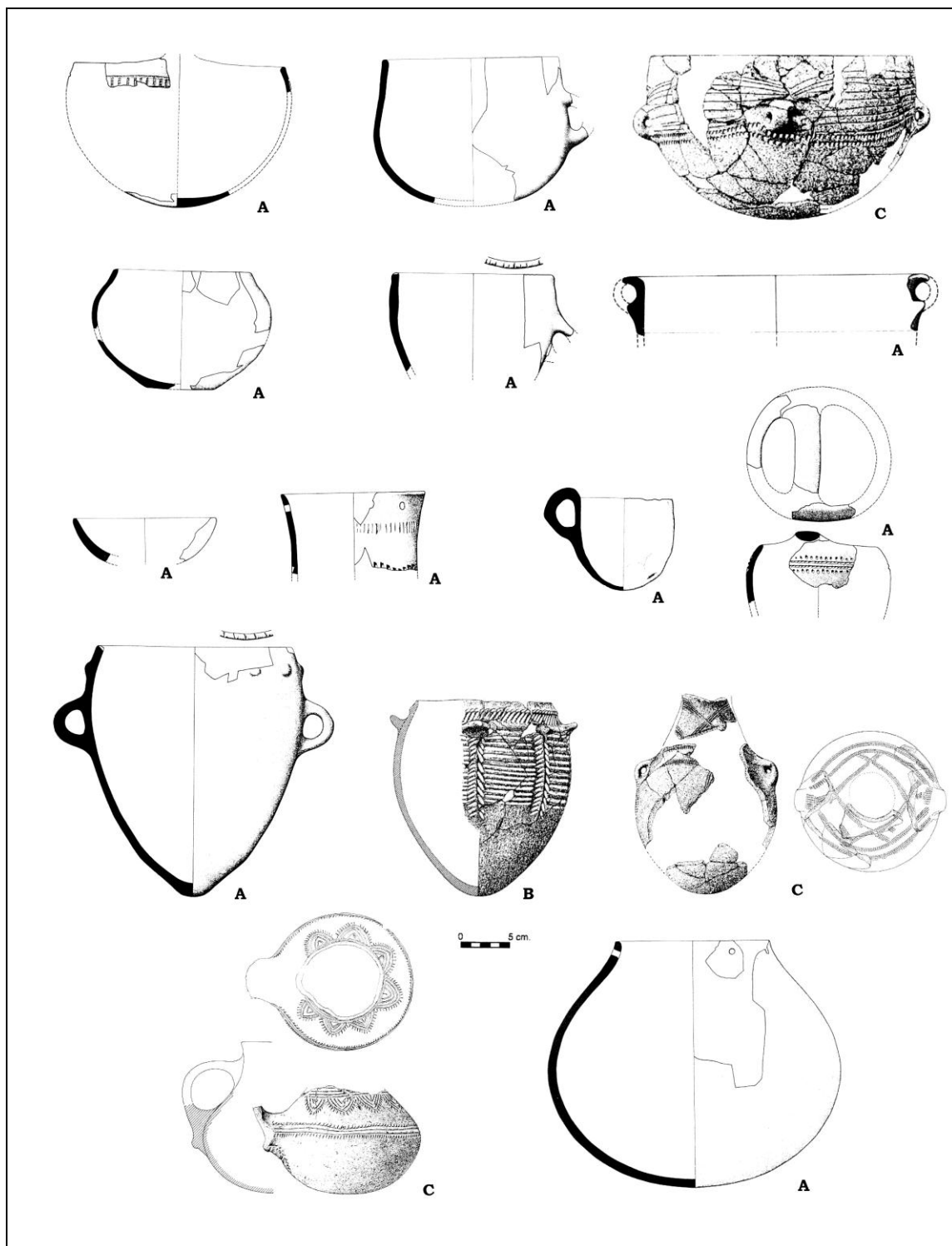
Queremos llamar la atención también sobre la existencia de marcas seriadas o repetidas con similares trazos que identifican la producción de cada alfarero, puesto que éstas son creadas por razones comerciales en sociedades industrializadas o al menos muy modernizadas. En sociedades primitivas nadie firma sus cuencos, lo que no impide que cada alfarero pueda reconocer su propia cerámica por su particular estilo pictórico (Stanislawski y Stanislawski 1978: 73). Para los alfareros es fácil identificar al autor de un vaso observando rasgos como el espesor del borde, de las paredes y de la base, la longitud y ángulo del labio, la forma y proporciones de la vasija y la decoración (Longacre 1981: 62). Los pueblos primitivos manifiestan este comportamiento y así se mantienen estilos propios de determinadas familias en actividades como la talla de madera –por ejemplo, en Nueva Guinea– (Pijoan 1944: 44-5).

Los estudios cerámicos se centran habitualmente en las formas y decoraciones de los productos acabados, con el objetivo fundamental de reconocer diferencias entre grupos humanos, artesanos, comarcas o épocas (Orton y otros 1997: 24-5). El primer paso en este sentido es la realización de estudios funcionales, examinando las relaciones contextuales de la cerámica con otras piezas, los residuos del contenido y el tratamiento de las superficies, las propiedades físicas de las pastas y las huellas de uso. Asimismo la función de las vasijas está ligada al estudio tridimensional de los vasos y a sus dimensiones. Las diferentes capacidades de determinados vasos se han relacionado con su utilización como contenedores. Los estudios en el poblado almeriense de Gata han conducido a deducir la existencia de vasos para el consumo de alimentos, de menos de 5 litros de capacidad, otros para el procesamiento alimentario y el almacenamiento para consumo, entorno a 8 litros de capacidad, y por último unas de gran capacidad, con una media de 48 litros y un caso excepcional de 105, para el almacenamiento especializado (Colomer 1996: 55).

- Las producciones

La aparición de la cerámica en el *Neolítico* se ha vinculado con su utilización como componente de un amplio lote de tecnologías asociadas a la comida: nuevas estrategias de producción, consumo y almacenamiento (Jones 1999: 7). Con anterioridad los recipientes serían exclusivamente de fibras vegetales (mimbres, corteza de madera, hierbas) y de frutos huecos (por ejemplo, calabazas), pero éstos no dejan huellas en el registro arqueológico más que de forma excepcional. Pese a la rapidez con que pueden fabricarse, tienen la desventaja de que mientras unos no sirven para contener los líquidos, los otros se ven limitados en su tamaño y en su forma por las propias del fruto que se vacía para convertirlo en recipiente. Además a causa de su materia prima no soportan las llamas, lo que impide su uso para cocinar los alimentos.

Dentro del ajuar cerámico neolítico (fig. 4.1) los pocos conjuntos bien conocidos corresponden a la cueva de la Vaquera (Torreiglesias, Segovia), la cueva de la Nogaleta (Villaseca, Segovia), la Galería del Sílex (Atapuerca, Burgos) y la Peña del Bardal (Diego Álvaro, Ávila) (Zamora 1976 y Estremera 1999 y 2003, Municio y Ruiz-Gálvez 1986, Apellániz y Domingo 1987, Gutiérrez 1962, respectivamente). Destacan las formas globulares, de boca cerrada como las botellas con un cuello estrecho y recto, pero también los cuencos ovoides y semiesféricos –a veces casi esféricos– y los vasos de paredes rectas. Aparecen los fondos cónicos y los bordes de las vasijas suelen ser de labios simplemente redondeados, junto a unos pocos vueltos hacia el exterior. Se aplican asas tuneliformes y mamelones en las paredes y asas diametrales sobre la boca.



4.1. Cerámica neolítica: A. Galería del Sílex (Atapuerca, Burgos), B. Cueva de la Vaquera (Torreiglesias, Segovia), C. La Lámpara (Ambrona, Soria).

Las decoraciones predominantes son las incisas, elaboradas con punzones anchos que consiguen acanaladuras agrupadas en series de líneas paralelas. Habitualmente se trata de líneas que circunvalan toda la pared exterior de la vasija o de líneas más cortas formando frisos o rodeando asas, dispuestas de tal modo que alternan series horizontales

y verticales. Un dibujo más complejo lo constituyen triángulos rellenos de líneas horizontales, de los que cuelgan cortas líneas a modo de flecos. Hay motivos impresos que separan las líneas acanaladas o se disponen en parejas de cortos trazos que convergen oblicuamente entre sí, a modo de espigas. No obstante, este motivo se realiza más habitualmente mediante incisión. En algunos casos aparecen líneas paralelas de boquique. También se decora con cordones o verdugones adornados con series de pequeñas impresiones. No faltan los vasos con engobe “a la almagra”. En buena medida la mayoría de los motivos decorativos imitan las labores de cestería, quizás como un recuerdo del aspecto que tenían los más antiguos recipientes utilizados.

Dentro de este panorama uniforme se detectan algunos elementos de mayor modernidad en yacimientos concretos, como una disminución paulatina del porcentaje de piezas decoradas en La Vaquera desde 60% en el nivel XXIII al 7% en el XVI (Municio 1988: 313) y en el poblado al aire libre de La Velilla (Osorno, Palencia) (Delibes y Zapatero 1996: 47). Otras manifestaciones de modernidad son la decoración con una línea de pastillas repujadas en el borde (en la Galería del Sílex) y la decoración de un borde con impresiones (en la cueva de La Nogaleta) (Municio 1988: 313-6).

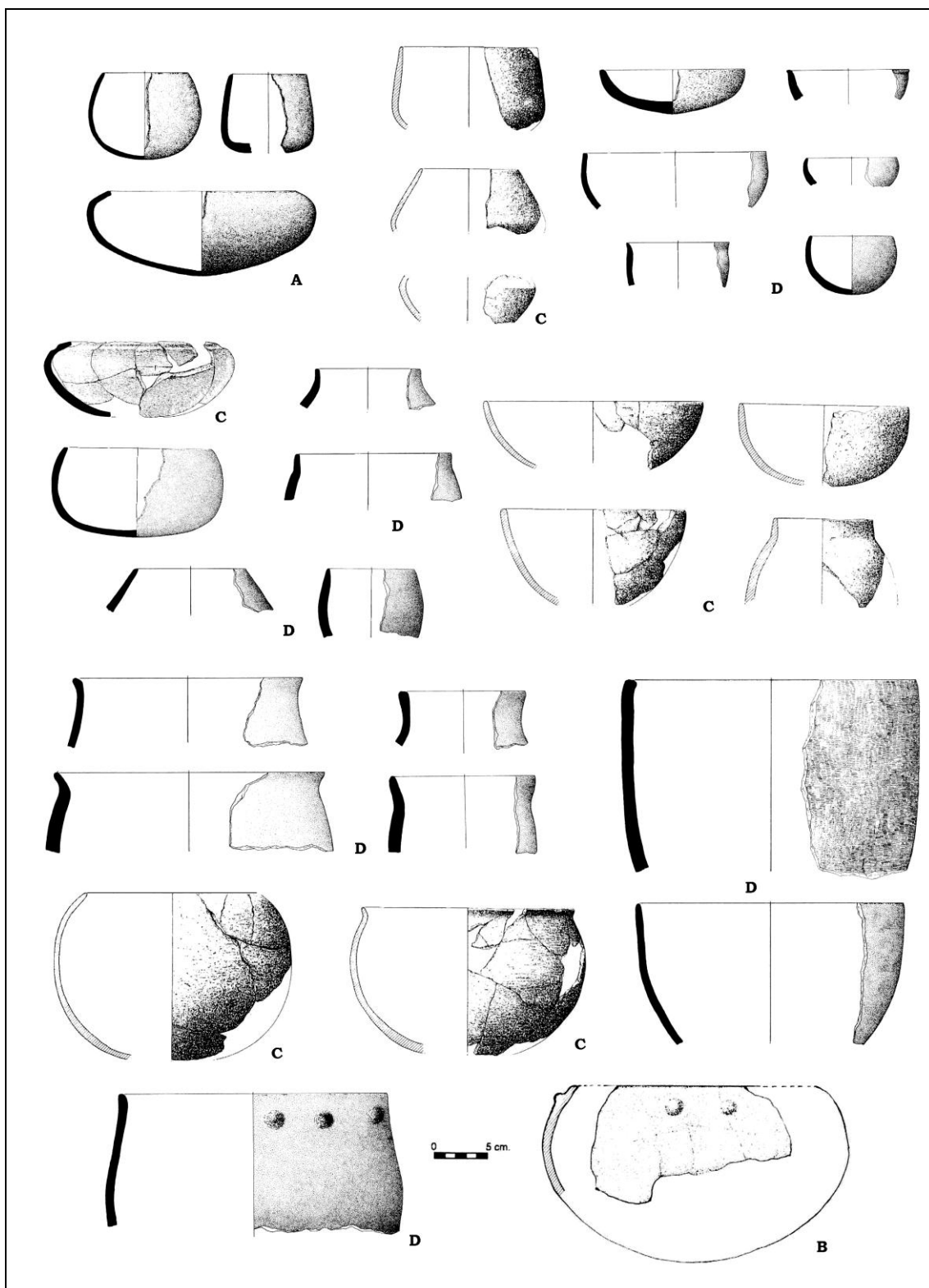
Rasgos más detallados de la evolución cerámica se han establecido a partir de la secuencia estratigráfica de la cueva de La Vaquera (Estremera 1999 y 2003: 90-7). En la Fase I se identifican recipientes ovoides con fondo cónico (exclusivos de este momento inicial) y vasijas globulares con cuello. Abundan los vasos decorados, que combinan diseños incisos e impresos con elementos plásticos (asas de cinta, orejetas y mamelones), y se aplica un engobe “a la almagra” tanto en vasos lisos como decorados. No obstante, se aprecia una evolución con la progresiva disminución de la pintura a la almagra (del 50% de vasos al 8-9%) y un aumento de decoraciones de incisión y la aparición de boquique, mientras disminuyen los acanalados. En la Fase II predominan los vasos hemisféricos, con pocas asas y elementos plásticos; reduciéndose además drásticamente la decoración, que recibe diseños más sencillos, y el tratamiento a la almagra. La Fase III manifiesta la continuidad de los cuencos de casquete esférico, mientras se aprecia la falta de elementos de prensión, de toda decoración y del engobe a la almagra. Estas dos últimas fases tienen el interés adicional de coincidir cronológicamente con los sepulcros colectivos de tipo megalítico, lo que permite establecer comparaciones entre el ajuar doméstico y el funerario.

Sincrónico a la Fase I de La Vaquera es el yacimiento de La Lámpara (Ambrona, Soria), donde las decoraciones suponen el 16,6% del conjunto y se aplican incisión,

impresión, aplicación y acanaladura, destacando entre las formas un vaso bitroncocónico, un cuenco y una botella (Rojo y Kunst 1996: 104-5).

Hasta aquí nos hemos referido a los materiales encontrados en los poblados, puesto que en el interior de los sepulcros resulta excepcional el hallazgo de vasijas cerámicas. Éstas se reducen a unos pocos fragmentos diminutos, la mayoría de los cuales aparecen en el relleno del túmulo. Sólo excepcionalmente pueden referirse tres vasos con forma de botella incluidos en el ajuar de El Miradero (Villanueva de los Caballeros, Valladolid), que tienen la peculiaridad de ser macizos, salvo en la boca donde los cierra un tapón también cerámico (Delibes y otros 1993: 63). Como la mayoría de los útiles encontrados en los dólmenes, carecen de un uso real y se trata de ofrendas rituales entregadas posiblemente para uso de los difuntos en el mundo de ultratumba.

Dentro de los poblados que se consideran ya del inicio del *Calcolítico* (fig. 4.2) se aprecia una continuidad en las formas predominantes: cuencos hondos de borde ligeramente entrante, cuencos semiesféricos y cuencos esféricos, junto a vasos globulares (Martín Valls y Delibes 1975b: 451; Martín Valls y Delibes 1976b: 423-4 y 433; Pérez, Fernández y Puertas 1990: 96; Herrán y otros 1993: 30-33; Delibes y otros 1995: 46; Herrán y otros 1996; Fabián 2003: 20). Además aparecen formas nuevas, como las cazuelas de carena media/baja y borde abierto, los vasos de perfil en “S” y las fuentes (Martín Valls y Delibes 1982: 62; López Plaza 1987: 53; Fabián 1997: 38). López Plaza (1979: 76-7) reconoce vasos esféricos, semiesféricos, en casquete esférico, de paredes altas y rectas o ligeramente abiertas y vasos de almacenamiento con cuello indicado, recto o exvasado. También hay coladores o queseras y cucharas.



4.2. Cerámica calcolítica: A. Donhierro (Segovia), B. Peña del Águila (Muñogalindo, Ávila), C. Las Pozas (Casaseca de las Chanas, Zamora), D. Dolmen del Prado de las Cruces (Bernuy-Salnero, Ávila).

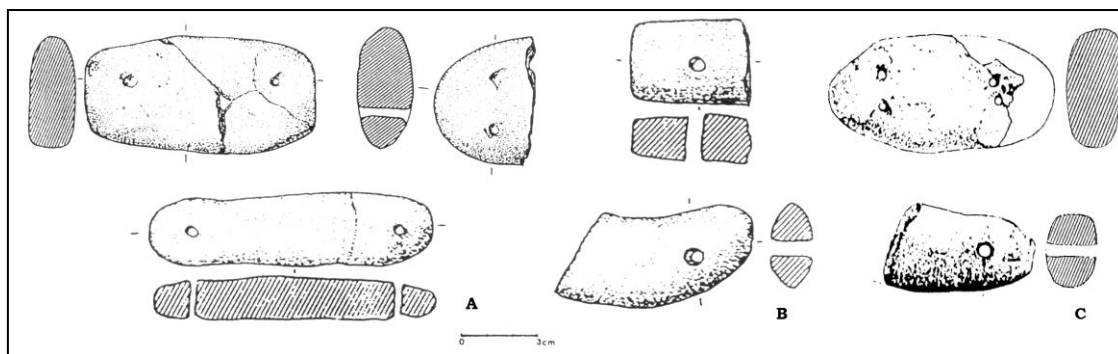
Respecto a las decoraciones, continúan siendo minoritarias. En El Alto del Quemado (Narrillos del Alamo, Ávila) se ha cuantificado en un 5,5% la cerámica

decorada respecto al total (López Plaza 1987: 53), en el poblado zamorano de Las Pozas, en un 0,3% (Delibes y otros 1995: 46) y en El Soto (Valdezate, Burgos) se reduce a un 0,06% (Palomino y otros 2003: 73). Se reconocen acanaladuras horizontales bajo el borde de los cuencos, pero también motivos incisos simples como triángulos rellenos de puntos impresos colgando bajo el borde y figuraciones oculadas en la superficie de los vasos. Mediante incisión aplicada con peine se dibujan bandas horizontales y otras de ondas, que son más frecuentes en Salamanca, Zamora y Ávila. Tampoco son inusuales las pastillas repujadas en relieve distribuidas en bandas horizontales bajo el borde del recipiente. Asimismo no faltan las aplicaciones de mamelones y cordones con incisiones horizontales o transversales junto a borde en vasos esféricos o semiesféricos.

En algunos vasos salmantinos, abulenses y excepcionalmente uno palentino se han plasmado motivos pintados que forman líneas oblicuas y horizontales. Uno de los lotes más abundantes de estas cerámicas pintadas en negro procede de Fuente Lirio (Muñopepe, Ávila), y en él se ve que los motivos predominantes son los triángulos, aunque también se plasman líneas horizontales y verticales, franjas horizontales hechas con líneas cortas y frisos de guirnaldas (Fabián 2003: 26). Resulta significativo que esta pintura se logra con resina de pino mezclada con colorantes, aunque no se precisa si se aplicaba antes o después de la cocción (idem). En un yacimiento del noroeste leonés se ha aplicado a algunos vasos una decoración incisa de triángulos rellenos de pequeños trazos en forma de “S” y en otros con impresiones en forma de “C” –en lugar de las tradicionales impresiones de puntos–, disponiéndose éstas además en serie formando bandas horizontales (Fernández, Fernández-Posse y Fernández 1999: 106).

En algunos yacimientos las tradicionales decoraciones de ondas a peine, aparecen junto a otras con sencillas decoraciones incisas de retícula y zig-zag, de cierto sabor Ciempozuelos, como en el Cerro del Ahorcado (Madridanos, Zamora) (Martín Valls y Delibes 1976b: 423-4).

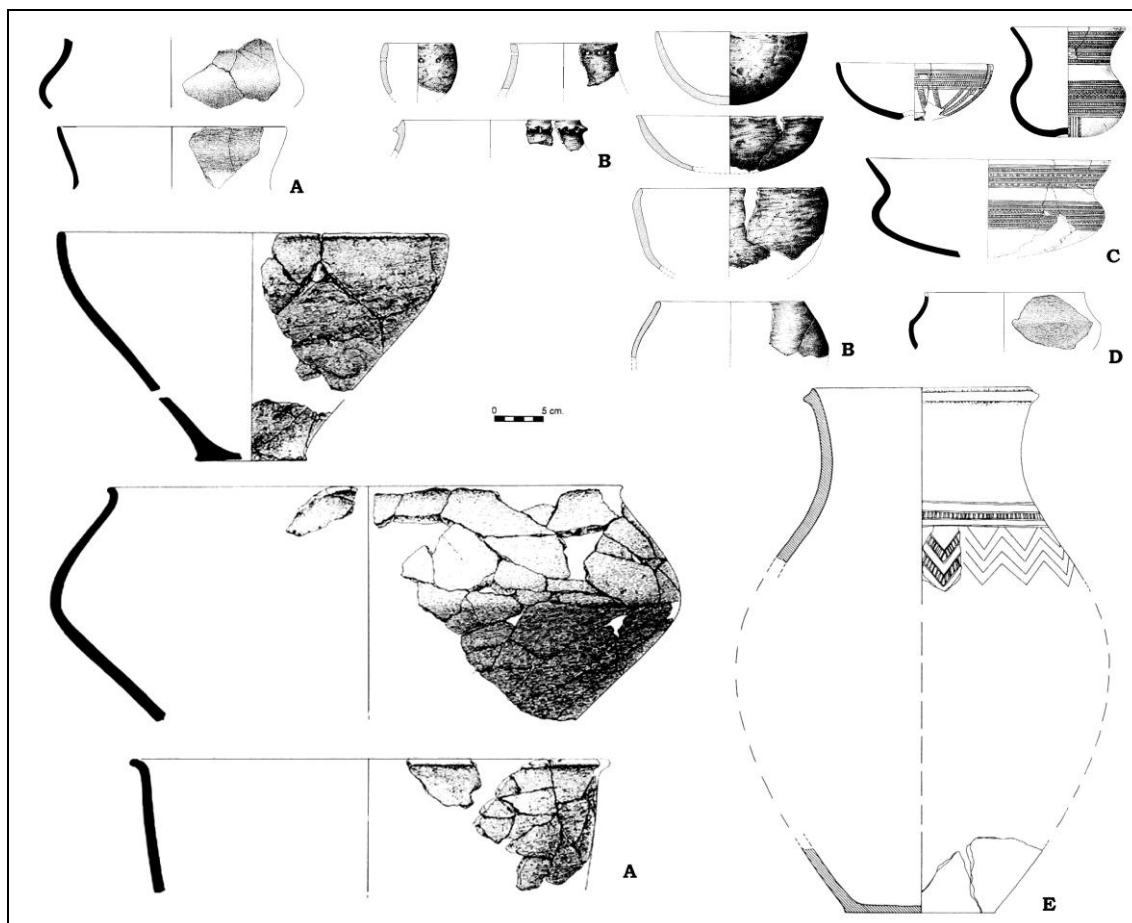
En barro se elaboran también los morillos o ídolos de cuerno, procedentes en su mayoría de poblados y que presentan parte de su superficie quemada, lo que favorece su interpretación como elementos funcionales relacionados con el fuego. Su área habitual de hallazgo se encuentra en el suroeste peninsular, si bien las piezas más septentrionales proceden de Zamora en contextos datados al comienzo del III milenio AC. (Delibes y Val 1990: 75). Otras piezas hechas de barro cocido son las pesas de telar, de formas rectangulares, ovaladas y de creciente recogidas en diversos yacimientos zamoranos, salmantinos y abulenses (fig. 4.3) (Cardito Rollán 191: 136-42).



4.3. Pesas de telar: A. Teso del Moral (Cuelgamures, Zamora), B. Peña del Águila (Muñogalindo, Ávila), C. Las Pozas (Casaseca de las Chanas, Zamora)

A partir del final del 2400 AC hacen su aparición los primeros *recipientes campaniformes* (fig. 4.4) (Delibes y Municio 1982: 66-72). De sus primeras muestras hay que destacar los campaniformes marítimos descubiertos en el interior de los dólmenes salmantinos de Aldeavieja y Salvatierra de Tormes, del poblado salmantino de La Mariselta (El Berrueco, El Tejado) y la cueva segoviana de La Tarascona. Se trata de vasos con perfil en “S” y decorados con bandas de puntillado oblicuo. Manifestarían la llegada de influjos portugueses desde el estuario del Tago al Suroeste de la Meseta.

Otro grupo de recipientes se incluye dentro del campaniforme puntillado geométrico, considerado algo más moderno que el anterior y del que se han encontrado ejemplos en la cueva antes mencionada de La Tarascona y en Villar del Campo (Soria). Se caracterizan por combinar los motivos puntillados con otros de triángulos rellenos de puntos y frisos de “dientes de lobo”.



4.4. Cerámica campaniforme: A. El Tejar (Arrabal de Portillo, Valladolid), B. Cueva de Arevalillo (Cega, Segovia), C. tumba de Perro Alto (Fuente Olmedo, Valladolid), D. Cueva del Padre Saturio (Santo Domingo de Silos, Burgos), E. El Perchel (Arcos del Jalón, Soria).

Estas pocas muestras son el prelude de la extensión por toda la Meseta Norte del estilo campaniforme Ciempozuelos al final del III milenio y el principio del II AC. Dentro de este periodo, pese a que las características piezas decoradas han concentrado la atención de los investigadores, continúa siendo predominante la cerámica lisa y así se ha constatado en yacimientos como El Guijar (Almazán, Soria) (Revilla y Jimeno 1986: 160). Las formas más comunes son los cuencos (con variantes semiesféricas, troncocónicas y de paredes verticales), vasos globulares, vasos de perfil en “S” y grandes vasijas globulares con borde destacado (idem: 160-3). Similares producciones se encuentran en la cueva de Arevalillo de Cega (Segovia), donde los cuencos semiesféricos, de paredes verticales y de globo de lámpara suman el 69% de las vasijas, acompañados de las ollitas globulares (31%) (Fernández-Posse 1981: 46-8).

En las tumbas se recogen tres piezas típicas de forma repetida: vaso, cazuela y cuenco. El vaso, de perfil en “S”, tiene menos de 20 cm de diámetro en la boca y más de 12,5 cm de alto; las cazuelas son más bajas y anchas, de 20-27 cm de diámetro en la boca y 7,5-10 cm de altura; y el cuenco es hemiesférico y de menores dimensiones que la

cazuela, puesto que es habitual que aparezca colocado en su interior (Delibes 1977: 88-9).

Las decoraciones son incisas e impresas, con temas geométricos que se disponen en franjas divididas a su vez en varios frisos (Martín Valls y Delibes 1989: 41). Se distribuyen en tres zonas separadas por áreas lisas: en el borde, bajo el estrechamiento del cuello y en las proximidades del umbo. Adoptan la forma de bandas horizontales que incluye diversos motivos, pero además en los cuencos y otras vasijas parten bandas verticales de la banda inferior que confluyen en el fondo. En otras ocasiones la disposición en el fondo es de anillos concéntricos y excepcionalmente se disponen series de ángulos inscritos cuyo vértice converge hacia el umbo. Tampoco faltan los motivos que ocupan la parte interior del borde, usualmente zig-zag en series paralelas.

Delibes (1977: 91-4) ha ordenado los motivos decorativos en 15 modelos que podemos sintetizar en los siguientes: 1. líneas horizontales, 2. friso con líneas transversales y oblicuas, 3. frisos de triglifos y metopas (con dos, tres, cuatro o cinco triglifos; o con disposición alternante de triglifos y metopas), 4. friso con reticulado oblicuo, 5. friso de una espiga con guía central, 6. espiga de gran tamaño, 7. diversos zig-zags (simple enmarcado, con una, dos, tres o cuatro líneas), 8. zig-zags con diversos rayados exteriores (líneas individual, doble o triple) o interior, 9. cordones pseudoexcisos (trazos incisos, impresiones circulares o triangulares), 10. triángulos impresos, y 11. óvalos jalonados por trazos verticales.

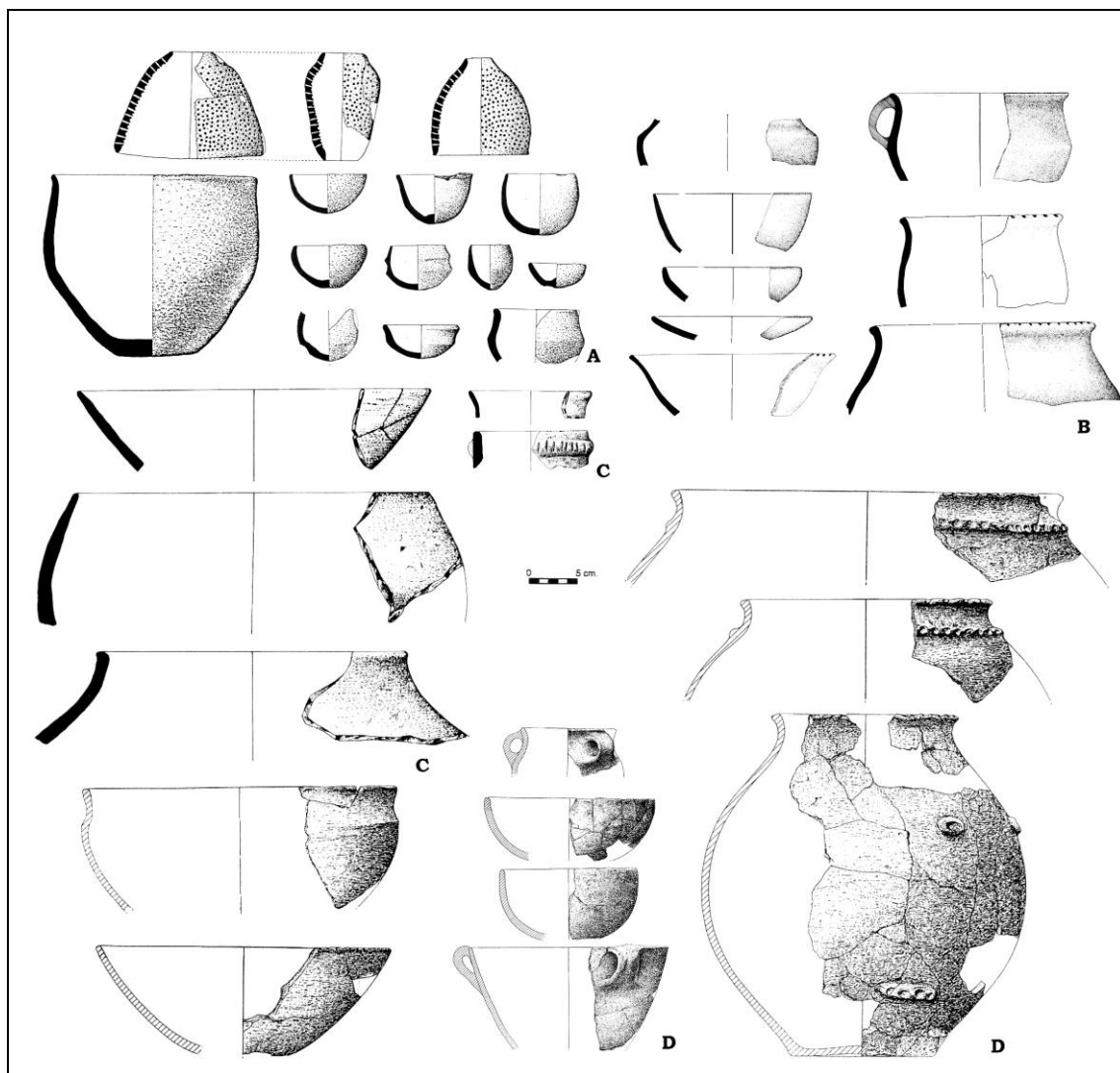
Pero junto estas cerámicas se recogen otras bien distintas y menos llamativas (fig. 4.5). Hay vasos de acabado rugoso, otros con cordones digitados y un gran número de piezas lisas. Se ha considerado que son fruto de un periodo posterior al fenómeno campaniforme y previo al inicio del estilo Cogotas I, configurando lo que sería el *Bronce Antiguo* de la Meseta. No obstante creemos que estas cerámicas conviven en la mayoría de yacimientos con las decoraciones Ciempozuelos, con lo que se trataría de materiales de similar cronología o que al menos se solaparían en buena medida. El problema de su individualización como una fase distinta vendría dado por el carácter de las cerámicas campaniformes, que aparecen con un fuerte valor social y simbólico que las individualiza del resto de las cerámicas. Por tanto su alta presencia, su escasez o su ausencia de determinados yacimientos o contextos concretos sincrónicos debería explicarse acudiendo a razonamientos de este tipo antes que a meras diferencias cronológicas.

De hecho en cierto número de yacimientos se documenta la coexistencia de cerámicas identificadas como del Bronce Antiguo con otras decoradas de fuerte sabor

campaniforme. Así se constata, por ejemplo, en la cueva del padre Saturio y el Alto del Picacho, en las proximidades de Santo Domingo de Silos (Burgos) (Delibes, Esparza y otros 1988: 36-9); en La Mesta en la Atalaya (Renieblas, Soria) (Jimeno y Fernández 1991b) y en El Castillo (Barrios de Luna, León) (Celis 2000-2001): 88-9). El Bronce Antiguo sin campaniforme parece identificarse mejor en buena parte de la provincia de Soria, lo que puede deberse a una evolución local que provocase al desaparición más rápida de estas decoraciones. A este respecto también hay contextos del Bronce Antiguo donde las cerámicas decoradas recuerdan a lo campaniforme pero al mismo tiempo están más cercanas a motivos protocogotas, como en Cueva Maja (Cabrejas del Pinar, Soria) (Samaniego y otros 2001: 71-6).

En el grupo de cerámicas comunes se incluyen cuencos lisos semiesféricos, de casquete, planos, troncocónicos, de borde reentrante y de borde prolongado al exterior, mientras que han desaparecido los cuencos hondos de paredes verticales y forma cilíndrica. Las grandes vasijas poseen amplio cuerpo globular y bordes cortos, rectos o vueltos al exterior; sus paredes exteriores son rugosas en algunas zonas y se decoran con digitaciones y ungulaciones en el borde y cordones impresos por debajo del cuello. Los vasos globulares carecen de bordes vueltos y es más rara la decoración de cordones, aunque no las digitaciones en el borde. Los vasos de perfil en “S” están poco representados, tienen cuello troncocónico, un borde pequeño vuelto y sus decoraciones son similares a los vasos globulares. También son escasos los vasos carenados, con carena baja o media. Todos estos recipientes tienen su adscripción cronológica en momentos campaniformes y algunos perduran hasta el Bronce Medio (Jimeno, Fernández y Revilla 1988).

Dentro del conjunto de las producciones de estilo campaniforme ciempozuelos se han identificado algunas peculiaridades comarcales. En la comarca burgalesa en torno a Silos se ha señalado como rasgos propios la rareza del tema de zig-zag inciso, habitual en las campiñas meridionales del centro de la cuenca del Duero y en la Meseta sur, el empleo reiterado de pequeñas impresiones triangulares contiguas formando frisos para separar las fajas decorativas –elemento también presente en la segoviana cueva de Arevalillo de Cega– y un aire descuidado en el acabado de las vasijas (Delibes, Esparza y otros 1988: 45). Similar aspecto descuidado en la decoración se ha atribuido tradicionalmente a los vasos campaniformes del área oriental de la Meseta –conocidos como de estilo “Silos” – y a los que se suele atribuir una mayor modernidad que los de estilo Ciempozuelos clásico (Jimeno y Fernández 1991b: 58).



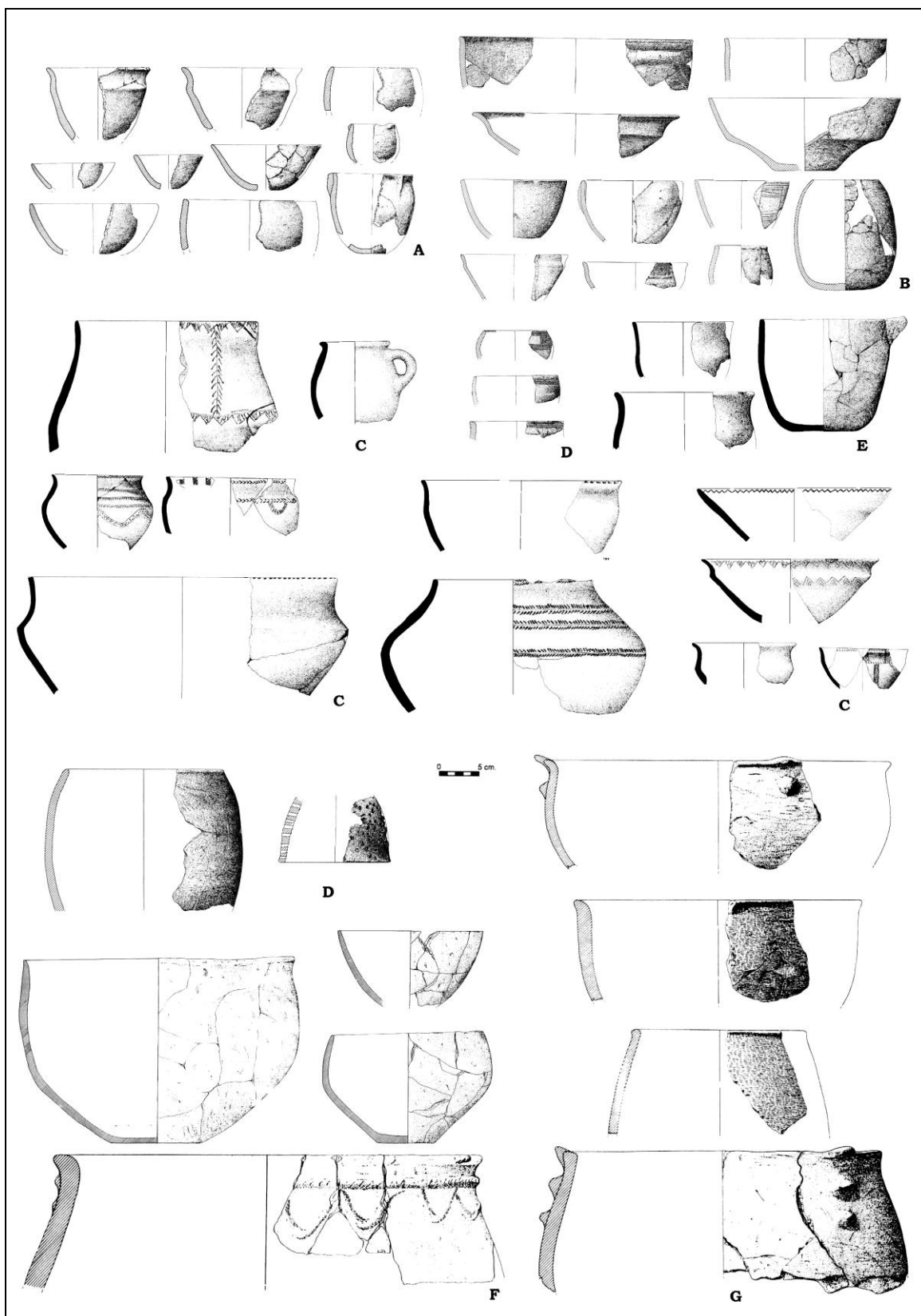
4.5. Cerámica del Bronce Antiguo: A. El Castillo (Cardenosa, Ávila), B. Parpantique (Balluncar, Soria), C. Cueva de la Toca (Soria), D. El Pico Romero (Santa Cruz de la Salceda, Burgos).

Para lo que se conoce como *Bronce Medio* (fig. 4.6), desde aproximadamente el 1700 AC, suele trabajarse dividiendo los recipientes en dos grupos, uno con aquellos que presentan acabado más cuidado (desgrasantes de pequeño tamaño y superficies espatuladas o bruñidas), paredes más finas y decoraciones minuciosas y otro con paredes gruesas y más toscas y decoraciones más groseras. Los porcentajes de decoraciones son bastante variables según los yacimientos, aunque puede deberse a lo sesgado de cada muestra, como se aprecia al comparar el 20% de piezas decoradas de El Carrizal (Cogeces del Monte, Valladolid) y el 17% de El Balconcillo del cañón del río Lobos (Ucero, Soria) con el 5,9% de Las Empedradas (Fuentecén, Burgos) (Rodríguez Marcos 1993: 67, Rosa 1991: 71 y Palomino y Rodríguez 1994: 63, respectivamente) o con casi un tercio de las cerámicas en La Plaza (Cogeces del Monte, Valladolid) (Delibes y Fernández Manzano 1981: 62).

Entre las primeras, las formas más habituales son las cazuelas de carena media-alta y los cuencos de diversos tipos. De éstos los más abundantes son semiesféricos, pero hay también cónicos (muy abiertos) y globulares. Sus decoraciones son mayoritariamente incisas y sólo de forma excepcional se efectúan con impresión (ésta suele representar sólo el 1 o 2% de los motivos). Entre los motivos incisos hay espigas formando líneas aisladas o agrupadas, líneas en zig-zag aisladas o agrupadas, bandas con retícula oblicua, triángulos con rayado interior y cortos trazos verticales u oblicuos que no raras veces se enmarcan con dos líneas. Las decoraciones impresas se reducen a series horizontales de puntos y de círculos. Se disponen en frisos corridos horizontales que pueden colocarse en el lado interior del borde, y al exterior bajo el labio, en la carena y bajo ella y en ocasiones en bandas verticales que confluyen de forma radial hacia el fondo. Al interior del borde sólo se aplican zig-zags y espigas.

El segundo grupo de recipientes incluye un gran número de ollas globulares con borde exvasado, recto o reentrante, ollas de forma casi cilíndrica, vasos de perfil en “S”, cuencos semiesféricos y globulares y diversos ejemplares de queseras o coladores. Las decoraciones se reducen a cortos trazos incisos e impresos dispuestos sobre el labio o en cordones que se distribuyen horizontalmente bajo el borde o cuelgan de uno horizontal formando ondas y triángulos. Estos cordones también pueden ser lisos. No faltan orejetas y mamelones sobre las ollas aplicados para facilitar su manipulación.

En algunos poblados se han descubierto cucharas de cerámica que por sus dimensiones pueden calificarse de cucharones.



4.6. Cerámica del Bronce Medio: A. El Carrizal (Cogeces del Monte, Valladolid), B. El Teso de la Macañorra (Geria, Valladolid), C. Los Tolmos (Caracena, Soria), D. El Cementerio (Quintanilla de Onésimo, Valladolid), E. El Balconcillo (Ucero, Soria), F. La Huelga (Dueñas, Palencia), G. Las Empedradas (Fuentecén, Burgos).

Existen algunos elementos peculiares de zonas concretas de la Meseta Norte. En La Huelga (Dueñas, Palencia) se recogieron varios ejemplos de decoraciones realizadas con peine de 3 o 4 púas que plasmaban triángulos colgados y frisos de líneas horizontales (Pérez, Misiego y otros 1994: 13). Este motivo no será extraño en vasijas del final del II milenio, si bien elaboradas a boquique, lo que podría traslucir una cierta modernidad de esta pieza o tal vez el preludio de los cambios en la producción alfarera. En el poblado del Teso de la Macañorra (Geria, Valladolid) se aplica una decoración de triángulos rayados al interior del borde, desconocida en otros yacimientos (Arranz y otros 1993: 78).

Asimismo se aprecia en algunas pocas vasijas la llegada de influencias estilísticas y formales desde fuera de la Meseta e incluso a veces de cerámicas. Tal origen foráneo tendría la pequeña cazuela carenada recogida en la cueva del Asno (Los Rábanos, Soria), cuya decoración, forma y sintaxis decorativa sitúan su procedencia dentro del grupo Duffaits, de en torno al siglo XVIII AC en el centro y oeste francés (Delibes, Romero y Abarquero 2000: 104). Algo anterior sería un vaso “epicampaniforme” del dolmen de Ciella (Sedano, Burgos) cuya forma y sintaxis decorativa coincide con cerámicas de tierras catalanas fechadas hacia 2000 AC (Delibes y Rojo 1992: 387). También desde estas tierras llegaría el vaso con asa de apéndice de botón recuperado en Los Tolmos de Caracena (Barril y Ruiz Zapatero 1980: 215).

De un momento subsiguiente serían los restos recogidos en el yacimiento vallisoletano de “El Cementerio”, en Quintanilla de Onésimo. Las formas y decoraciones son en su mayoría similares a las que acabamos de resumir, si bien se pueden reconocer algunas novedades (Rodríguez y Abarquero 1994: 41-2). Se trata de un pequeño porcentaje de cerámicas sobre las que se han aplicado dibujos con la técnica de boquique, en concreto una línea horizontal de la que cuelga un tema de guirnalda u ondas. Además con impresión se elabora una serie de puntos dispuestos en ondas. Una última variación reside en la decoración del interior del borde con, además de las ya habituales y mayoritarias de zig-zag y espigas, trazos oblicuos y retícula.

Otro yacimiento que podría encajar en este momento de cambio es el de Las Empedradas (Fuentecén, Burgos), cuyos rasgos generales coinciden con los anteriormente descritos. Sin embargo, la diferencia es debida a la aparición, aún muy reducida, de la técnica de boquique que se aplica a motivos tradicionalmente elaborados con incisión, como las espigas. Este motivo no aparecerá con frecuencia elaborado a boquique en las cerámicas posteriores. Otros elementos de modernidad son el importante peso de los motivos reticulados incisos y la cercanía de la forma de algunos vasos carenados a aquellos de la plenitud de Cogotas I (Palomino y Rodríguez 1994: 68). También algo de

boquique aparece ya en La Cuesta de la Horca (Cevico Navero, Palencia) (Rodríguez 1996).

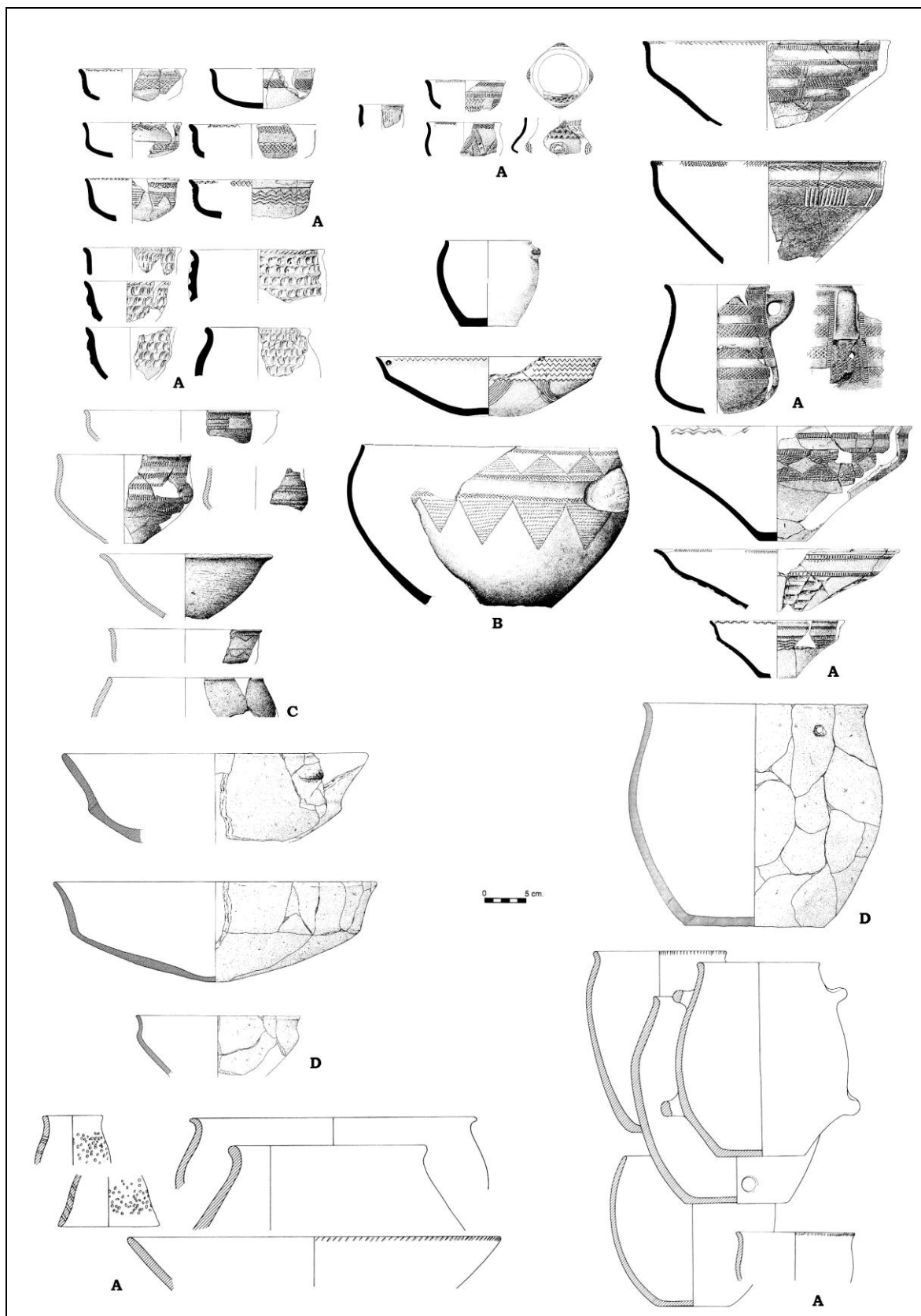
Fernández-Posse (1986: 478) considera que la excisión y el boquique van unidos y surgen de la misma tradición cultural hispana, sin influencia extranjera. Los elementos de Cogotas I surgirían de varios ámbitos diferentes desarrollados en la Meseta Norte durante el Bronce Medio: cerámicas campaniformes tipo “Silos” en el oriente, grupos de ascendencia precampaniforme con decoraciones incisas y punteadas en el occidente, grupos de ascendencia neolítica con decoraciones de boquique y otras impresiones en el suroeste y grupos con Bronce Medio “auténtico” en la zona meridional. Se documentarían en los siglos XVIII y XVII AC y se conjuntarían para dar lugar a lo que se conoce como cultura Cogotas I (ídem: 479). En realidad estas influencias decorativas y morfológicas existirían como explicación a las características cerámicas de Cogotas I, pero resulta más difícil explicar su combinación en torno al año 1700 AC para dar origen a una nueva cultura. Lo que definimos ahora como Cogotas I va surgiendo poco a poco, evolucionando y tomando elementos que van a desarrollarse a lo largo de varios siglos, sin que quepa pensar en la confluencia simultánea de varias tradiciones. Estaríamos más bien ante la recuperación de elementos anteriores de forma paulatina y aplicados de forma distinta a como eran conocidos. La propia autora reconoce la existencia de una evolución y la adopción de técnicas decorativas en distintos momentos; primero la incisión y el punteado, luego el boquique y la excisión (ídem: 480).

Las cerámicas de la *plenitud de Cogotas I* (fig. 4.7), en torno al año 1200 AC, han sido estudiadas con detalle a través de los hallazgos de La Requejada (San Román de la Hornija, Valladolid) (Delibes, Fernández y Rodríguez 1990). Se aprecia el reducido peso de las cerámicas de más fino acabado, que suponen sólo el 18% del total de fragmentos recogidos. Escaso es asimismo el repertorio formal de estos vasos. Entre los decorados casi todos corresponden a vasos troncocónicos (82,5%), con cuerpo en forma de tronco de cono invertido y borde vertical, acompañados de escudillas de pequeño tamaño (14,2%) y, minoritariamente, vasitos de cuerpo globular, un cubilete tetraglobular y una jarra de perfil en “S”. Los no decorados varían esta proporción, pues la forma más abundante es la escudilla (47%), seguida de los vasos troncocónicos (29,4%) –de un aspecto más vertical que los decorados– y los cuencos (23,5%), desconocidos en el grupo de cerámicas decoradas. En otros yacimientos se reconocen formas nuevas como los soportes-carretes (Fernández-Posse 1986: 482).

Respecto a las técnicas decorativas (Delibes, Fernández y Rodríguez 1990: 75-7), en el poblado de La Requejada hay incisión (45,2%), aplicada sobre todo a retículas –en

bandas horizontales y dentro de rectángulos y triángulos– y líneas que sirven de guía a cortos trazos verticales –conocidas como líneas cosidas–, pero también a zig-zags y espigas; boquique (23,6%) plasmado principalmente en ondas o guirnalda que penden de la carena y –menos– dispuestas en líneas, triángulos, zig-zags, retículas, series de ángulos y círculos concéntricos; excisión (18,8%) en cenefas de triángulos enfrentados y con un zig-zag en resalte, además de en dameros, series de triángulos y estrechas bandas, e impresiones de cordones zigzagueantes hechos con puntos y pequeñas marcas triangulares. Al interior del borde se decora sobre todo con incisión y los motivos son zig-zags, líneas cosidas, aspas, espigas y retículas, aunque también hay zig-zags a boquique y series de impresiones triangulares. Es común la presencia de dos o más de estas técnicas sobre el mismo vaso, siendo la combinación más habitual la suma de incisión y boquique. En la composición, los vasos troncocónicos muestran una estrecha banda bajo el borde (con dibujos predominantemente incisos) y el motivo principal en un ancho friso a la altura de la carena que deja el tercio inferior liso, salvo cuando se han realizado motivos radiales en torno al fondo. Para las cazuelas la decoración se reduce a un único friso hacia la mitad del borde (ídem: 78).

Los vasos del grupo de producciones comunes tienen una pequeña muestra de ollitas globulares y cuencos hondos decorados con digitaciones dispuestas en series horizontales sobre su pared exterior. La mayoría son lisas o reducen sus adornos a impresiones en el labio y cordones con ungulaciones. Lo más numeroso son las ollas (66,7%) de cuerpo más o menos globular, seguidas de las orzas (14,8%) –más anchas que las ollas–, los vasos troncocónicos (7,4%) y los cuencos de perfil en “S” y desarrollo vertical (7,4%) (ídem: 80). Los elementos de prensión utilizados son mamelones planos y asas verticales.



4.7. Cerámica del Bronce Final: A. La Requejada (San Román de Hornija, Valladolid), B. Teso del Cuerno (Forfoleda, Salamanca), C. Teso de la Macañorra (Geria, Valladolid), D. La Aceña (Huerta, Salamanca).

Las características descritas para este yacimiento concreto sirven perfectamente para las cerámicas de otros yacimientos excavados. Se mantienen en ellos los vasos troncocónicos, seguidos de cuencos y escudillas, como formas realizadas dentro de las producciones finas y también se repiten las mismas técnicas y motivos decorativos. Y lo mismo ocurre con las producciones comunes. Así se documenta en yacimientos como La Aceña (Huerta, Salamanca) (Sanz, Marcos y otros 1994), El Teso de la Macañorra (Geria, Valladolid) (Arranz y otros 1993), Pórragos (Bolaños de Campos, Valladolid) (Fernández Manzano y Palomino 1991), Abarca de Campos (Palencia) (Lión y Lión 1990), el castro de la Barbolla (Soria) (Jimeno y Fernández Moreno 1983: 323-4) o Las Carretas (Casaseca de las Chanas, Zamora) (Martín Valls y Delibes 1978: 326-8).

No obstante las repetidas similitudes, pueden vislumbrarse algunos elementos peculiares en algunos yacimientos. En La Aceña entre los motivos impresos hay circunferencias (Sanz, Marcos y otros 1994: 82), igual que los encontrados en un fragmento cerámico del yacimiento también salmantino de Cancho Enamorado (Cerro del Berrueco, El Tejado) (Martín Valls y Delibes 1976a: 7). Y en El Teso de la Macañorra se encuentra un fragmento con un rectángulo relleno de cortos trazos oblicuos impresos (Arranz y otros 1993: 81). En un par de yacimientos salmantinos, el Pino de Tormes y el Cerro del Castillo (Carpio Bernardo) se encuentran vasos troncocónicos y globulares decorados con líneas de impresiones de uñas (Martín Valls y Delibes 1973: 397).

En otros casos se manifiesta una evolución, una cronología algo posterior. Así en Almenara de Adaja se manifiesta un absoluto predominio de la técnica de boquique (69%), seguida de la excisión (34,5%) y con un papel muy reducido de la incisión (20,7%) y la impresión (13,8%) (Balado 1989: 73). Un nuevo rasgo es que entre los temas decorativos aplicados al interior del borde se encuentran líneas de triángulos excisos (ídem: 71), cuando en La Requejada estaba ausente esta técnica de los motivos dispuestos en esta zona de los vasos. La morfología de las vasijas también refleja signos de modernidad a través de determinados recipientes bitroncocónicos, como el del yacimiento vallisoletano de Carricastro (Tordesillas) (Martín Valls y Delibes 1976a: 9) y el del Cerro del Castillo (Martín Valls y Delibes 1973: 397); o la copa de fuste macizo y corto y peana hueca de Carpio Bernardo (Villagonzalo de Tormes) (Martín Valls y Delibes 1976a: 8), éstos dos últimos salmantinos.

Se atribuye a este periodo final de Cogotas I unas formas más cercanas en su aspecto a urnas, de perfil bitroncocónico, además de vasijas de boca cerrada, como jarras con asa de cinta. Al mismo tiempo las decoraciones dibujan complicados esquemas con zonas punteadas, retículas y abundante excisión (círculos exentos, dameros amplios,

dobles hachas, anillos, etc.), donde el boquique y la incisión cumplen un papel puramente auxiliar. Pero estos motivos se distribuyen de forma desigual, puesto que las retículas y las líneas cosidas abundan en Valladolid y Zamora, mientras que en el área abulense y madrileña las decoraciones más destacadas consisten en zonas punteadas, boquique y zigzag (Fernández-Posse 1986: 484).

En *el conjunto de la evolución* de este periodo de cuatro mil años puede apreciarse una serie de cambios paulatinos y graduales. En el Neolítico tanto las formas como las decoraciones se relacionan con recipientes de cestería y frutos vaciados, con una intención primordial de contenedores de alimentos, pero también para su preparación y cocinado. Desde el comienzo del Calcolítico se aprecia además la voluntad de crear un servicio de mesa comunitario que cuente con cuencos y cazuelas, estos recipientes se mantendrán a lo largo del tiempo sin más cambios que variaciones menores en su morfología y su decoración. En el Calcolítico aparecen además los coladores usados para fabricar queso. Sólo se aprecian novedades significativas durante la Edad del Bronce, momento en el que se introducen las jarras y soportes bitroncocónicos en forma de “carrete”.

Respecto a las decoraciones llama nuestra atención el elevado porcentaje de vasijas que reciben este tratamiento en los momentos iniciales del Neolítico, para disminuir a continuación. Tal vez sea debido a una intencionalidad de imitar el aspecto de los recipientes elaborados con materiales vegetales. Una vez superada esta etapa, las decoraciones se hacen mucho menos frecuentes. En todo caso se disponen en la parte superior de los vasos, que es la más visible y la más alejada de las zonas de sustentación.

En el inicio del Calcolítico se produce una menor aplicación de motivos decorativos, siendo éstos además de una gran sencillez; no obstante encontramos ahora motivos de un fuerte contenido simbólico que no será fácil identificar en otros momentos: las representaciones circulares, “oculadas”. Su interpretación tradicional era su asimilación a una “Diosa-Madre”, aunque no han faltado autores que dudasen de su vinculación con cualquier carácter antropomórfico o divino (Martín y Camalich 1982: 273-6). Más recargadas son por lo general las decoraciones de momentos posteriores, cuyos motivos geométricos son de difícil interpretación, puesto que podrían ser representaciones simbólicas relativas con sus cosmogonías y sus dioses (Golan 1991), tanto como referirse rasgos identificativos de cada grupo, sin que dejen de cumplir por ello una función eminentemente artística y decorativa a nuestros ojos actuales. Lo que parece indudable es que sobre el papel de factor protector o propiciador predomina el de ostentación, desde el momento en que no se decoran los grandes recipientes contenedores

para almacenaje de alimentos y los trabajos más minuciosos se concentran en vasijas para el servicio de mesa comunitario.

Cabría considerar además, que junto a una pretendida evolución interna de las cerámicas, también debe señalarse la llegada de determinadas influencias exteriores. Las más llamativas son las formas y decoraciones campaniformes, que se adoptan y toman un carácter especial local. Pero también cabría reflexionar sobre las influencias que se ejercen entre las producciones alfareras de distintos grupos humanos del occidente europeo durante el Bronce Medio y Final. Esto tiene su máxima plasmación en el creciente peso de las decoraciones excisas que se manifiesta al final de este periodo.

El utillaje lítico

A pesar del importante peso de la cerámica en los yacimientos a partir del Neolítico, los instrumentos de piedra siguen siendo el principal elemento de corte y raspado, incluso tras la implantación de los útiles de metal. Para el trabajo de la talla se requiere una materia prima, que por lo general será sílex, y un elemento de golpeo. Este segundo será un percutor directo de piedra, madera o asta o un elemento de presión, o compresor, como un asta de ciervo (Piel-Desruisseaux 1989: 4-7). Muestra de esta actividad son algunos percutores de piedra recogidos en yacimientos neolíticos: un canto esférico de cuarcita del dolmen salmantino de Castro Enríquez (Aldehuela de la Bóveda) (Delibes y Santonja 1986: 37) y una piedra de sílex de Altotero de Modúbar con morfología oblonga que muestra marcas de percusión en un extremo distal y, de forma menos intensa, en un lateral (Arnáiz y Esparza 1985: 24).

De mayor entidad es el lote de instrumentos encontrado en el interior de un hoyo del yacimiento calcolítico de Los Cercados (Mucientes, Valladolid). Incluye dos astas de cornamenta de ciervo usadas como percutor, varias leznas y picos de hueso y algunas piezas de cuarcita usadas probablemente para retocar (Delibes, Herrán y otros 1995: 57). Las astas conservan la púa pero la zona de unión a la rama central ha sido raspada, sin duda para mejorar su calidad como percutor, y en sus cabezas presentan numerosas muescas, testimonio de su uso repetido (idem).

Respecto a las materias primas utilizadas, se sabe que es común recurrir a piedras adecuadas pese a que las fuentes de aprovisionamiento no estén cercanas. Para el caso de los dólmenes salmantinos se ha considerado que los utensilios de sílex se elaboraron casi siempre en soportes laminares procedentes del sur del Sistema Central y

de los afloramientos terciarios del Duero. Ahora bien la rareza de núcleos de láminas en los poblados hace pensar que buena parte del sílex se transportó ya convertido en láminas (Santonja 1987: 205), lo que haría más fácil su movimiento en áreas tan amplias.

~ Neolítico

Vamos a diferenciar aquí, dentro del periodo neolítico, aquellos útiles recogidos en las tumbas (fig. 4.8: B, C, D, E) de aquellos otros recuperados en los poblados (fig. 4.8: A). Entre los *contextos habitacionales* más antiguos se encuentra el de la cabaña de La Velilla (Osorno, Palencia), donde se localizaron laminitas y raspadores de cuarzo junto a lascas, láminas de sílex y algunas hachas pulimentadas (Delibes y Zapatero 1996: 46). Este yacimiento cuenta con el aliciente de poder comparar su conjunto lítico con el del sepulcro construido encima. En la cabaña y los hogares hay predominio de los elementos líticos en bruto sobre los retocados, al contrario de lo que ocurre en la tumba. Además sólo hay cuatro geométricos en el poblado frente a más de cincuenta en la tumba.

En el interior de la cueva de La Vaquera se constata en los momentos más antiguos –Fase I– el uso del sílex y cristal de roca para elaborar casi exclusivamente soportes laminares; en su mayoría láminas simples (58,6%), acompañadas de muescas y denticulados junto a algunos microlitos en forma de segmentos de círculo (Estremera 1999: 248 y 2003: 149-57). En momentos posteriores pierde peso el uso de cristal de roca y aunque continúan dominando los soportes laminares, desaparecen los geométricos y predominan las láminas. En la fase final del Neolítico se siguen produciendo láminas, pero de mayor tamaño y aparecen ya algunas muestras de retoque plano (idem 199: 249).

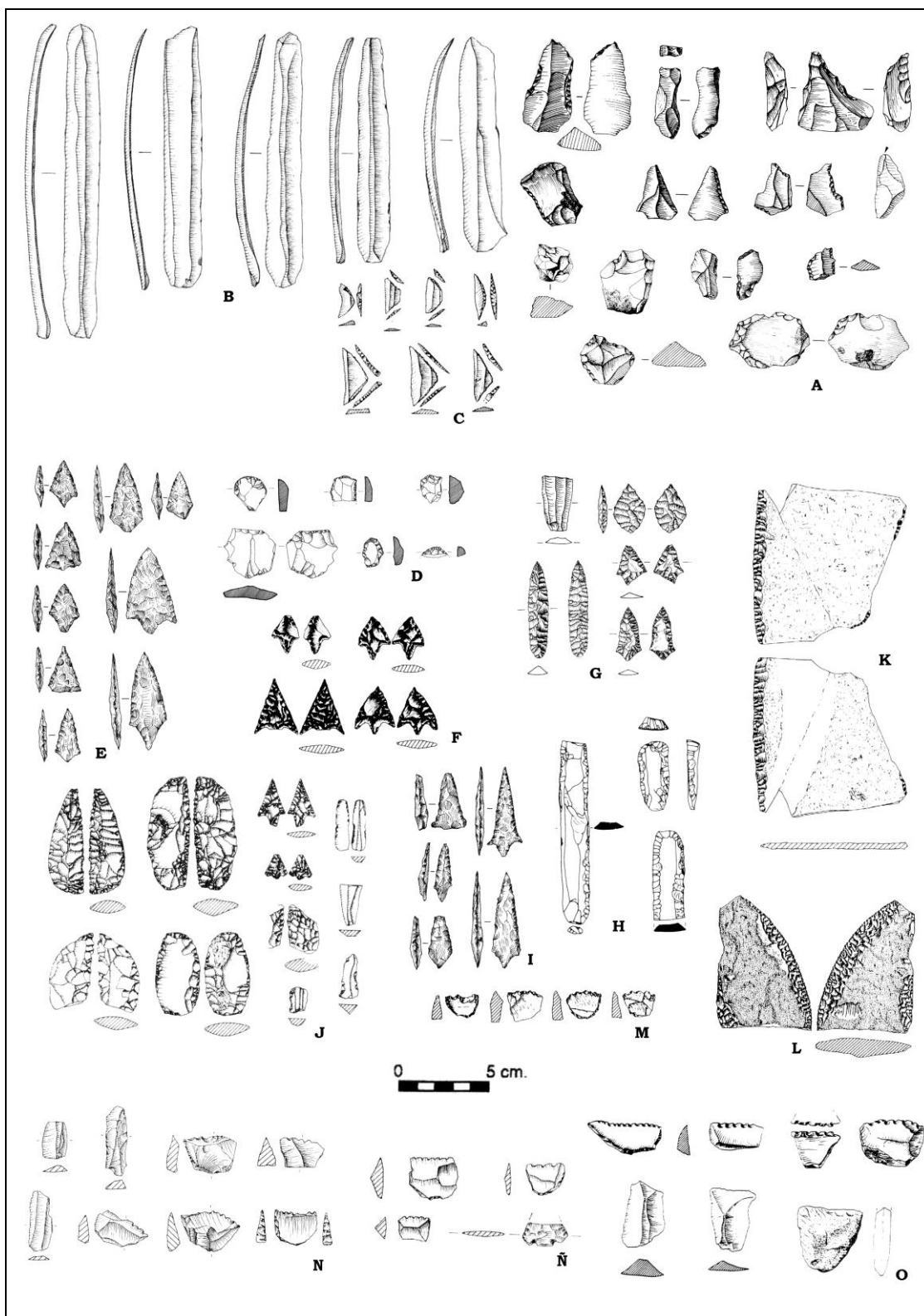
La industria lítica del yacimiento del Altotero de Modúbar (Burgos) presenta el inconveniente de proceder de una recogida superficial sin que se conozca con exactitud su contexto, pero resulta significativo por ser un conjunto numeroso. Dentro de los productos desbastados se incluyen lascas (51,36%), restos de talla (28,08%), láminas (15,29%), junto a unidades base (4,56%), cantos tallados (0,45%) y percutores (0,22%) (Arnáiz y Esparza 1985: 12). Entre las peculiaridades de esta industria hay que mencionar que las láminas son de forma irregular, con secciones heterogéneas y a veces espesas, presentándose pocas de ellas con aristas paralelas en la cara dorsal (idem: 13). La mayoría de la industria está constituida por útiles únicos (55,75%), otros dobles (10,57%) y el resto son útiles con retoques complementarios. Se reconocen entre los útiles primarios únicos: raederas –10 sobre lasca y 2 sobre lámina–, puntas –2 sobre lasca–, raspadores –la mayoría de los 10 recogidos son convexos–, denticulados –9 piezas–; truncaduras –9–,

perforadores -3-, láminas con dorso -2-, láminas con dorso y truncadura -1-, bitruncaduras o geométricos -1 semicircular y otro triangular- y buriles -2-; además de dos puntas pedunculadas. Entre los tipos primarios compuestos hay raederas, buriles, raspadores y un perforador (ídem: 15-23).

En conjunto destaca la abundancia de útiles confeccionados sobre lasca frente a los laminares, que es atribuida a causas culturales, lo cual resulta común en yacimientos sincrónicos del área vasca y navarra donde se aprecia un gran desarrollo de tipos como raspadores carenados, raederas y denticulados (ídem: 24-7)

En los *contextos funerarios* se descubren casi exclusivamente microlitos geométricos, láminas u hojas y hachas pulimentadas. Otros útiles minoritarios en los dólmenes son algunos pocos raspadores, perforadores, denticulados y microburiles (Santonja 1987: 206; Delibes y otros 1993: 36).

Las hachas serían utilizadas, según las variaciones en su sección y simetría, como hacha, azuela o gubia. Fábregas (1984: 132-146) establece una tipología en la que distingue útiles de corte simple que incluyen hachas (perfil simétrico en la zona activa y desequilibrio del filo visto sobre el plano; mayor grosor sobre anchura que las azuelas), azuelas (zona activa asimétrica y con una cara más plana que la otra), gubias (filo muy estrecho y zona activa asimétrica; forma alargada), láminas de azada (gran anchura en relación con su espesor, zona activa asimétrica y gran longitud) y cinceles (gran longitud, escasa anchura en relación con el espesor y zona activa simétrica y asimétrica indistintamente). Hay además útiles con doble corte que pueden ser azuelas o hachas. Un conjunto variado -con cuatro hachas, un cincel, una gubia y una lámina de azada- se recogió en el túmulo de La Dehesa de Río Fortes (Mironcillo, Ávila) (Estremera y Fabián 2002: 27).



4.8. Material lítico: A. Altotero de Modúbar (Burgos), B. Dolmen de Terriñuelo (Aldeavieja, Salamanca), C. Dolmen de El Miradero (Villanueva de los Caballeros, Valladolid), D. Dolmen del Prado de las Cruces (Bernuy-Salineru, Ávila), E. Dolmen de Terriñuelo (Salvatierra, Salamanca), F. Los Doce Cantos (Herrera de Pisuerga, Palencia), G. Dolmen de Terriñuelo (Aldeavieja, Salamanca), H. Cueva de la Casla (Segovia), I. Dólmenes de Gejuelo del Barro y de Lumbo de Valdesancho (Salamanca), J. Llanos de Magaz (Palencia), K. El Ollar (Donhierro, Segovia), L. Los Azadones (Monzón de Campos, Palencia), M. Las Solanillas (Amusco, Palencia), N. El Cementerio (Quintanilla de Onésimo), Ñ. El Carrizal (Cogeces del Monte, Valladolid), O. Las Empedradas (Fuentecén, Burgos).

Los ejemplares de hacha más pequeños son de 10 cm o menos y pudieron servir como piezas votivas. Muchas de las hachas burgalesas son de ofita, una piedra cuyas canteras más próximas se localizan en el afloramiento diapírico de Poza de la Sal (Delibes y otros 1993: 36). Los ejemplares salmantinos han sido fabricados en su mayoría a partir de diabasas de origen local y una pared rocosa de Vilvestre se ha interpretado como pulidor –el lugar donde se elaboraron– (Delibes y Santonja 1986: 168). Las diversas rocas locales empleadas en el ajuar del dolmen de Galisancho (Salamanca) son esquistos, corneana, anfíbolita, pizarra arenosa, tonalita y gneis (Santonja 1987: 205). Para su fabricación se parte de una lasca o un canto que se va puliendo en la zona del filo y en las áreas más salientes.

El conjunto recuperado en el túmulo palentino de La Velilla evidencia el predominio de la talla laminar (con un 40,5%) sobre la de lascas (30,2%), los indeterminados (con un 25,4%; entre los que destacan las puntas de flecha) y los núcleos (0,54%) (Zapatero 1990: 55). Dentro de los productos acabados, dejando al margen los menos representados, los principales son las láminas simples (19,4%), las láminas retocadas (7%), las piezas foliáceas (17,3%), las muescas y denticulados (4,3%) y los geométricos (4,8%) (idem: 56).

Las hojas oscilan entre 126 y 74 mm de largo, aunque pueden llegar casi a 20 cm de largo. Aparecen casi siempre sin retoque y presentan dos o tres nervaduras paralelas en su cara dorsal.

Entre los geométricos predominan los trapecios sobre triángulos, faltando casi los segmentos. Se tallan a partir de hojas en las que existe al menos una arista dorsal y un filo. El retoque en las truncaduras que delimitan su forma es directo, siendo excepcional el bipolar, que está ausente en Los Zumacales (Simancas, Valladolid) y en los dólmenes burgaleses, salvo en un segmento de círculo de La Cabaña (Sargentos de la Lora, Burgos) (Delibes y otros 1987: 190).

En los geométricos se aprecia una evolución, un contraste cronológico manifestado en la presencia más antigua de microlitos en forma de segmentos, mayoritaria en el poblado de La Velilla (Neolítico Medio) frente a sólo una representación del 3,3% en el monumento funerario que lo sella (Neolítico Final) (Delibes y Zapatero 1996: 50). Estos segmentos faltan o son minoritarios en otros sepulcros, como Los Zumacales y Las Arnillas (Moradillo de Sedano, Burgos). En todos ellos además aparecen más microlitos de forma trapezoidal que triangular. También como modelos arcaicos se

presentan microlitos triangulares con truncaduras cóncavas e incluso con ápice, como en el “tipo Cocina”, recogidos en dólmenes de la Lora burgalesa (Delibes y Rojo 1992: 385; Delibes y otros 1993: 33-4).

El sílex se usa como materia prima en dólmenes salmantinos, burgaleses y vallisoletanos (Delibes y Santonja 1986: 163; Delibes y otros 1987: 190), pero también en la cueva de La Nogalera (Villaseca, Segovia) y de La Vaquera (Torreiglesias, Segovia) (Municio 1988: 322 y Zamora 1976: 62, respectivamente). En el Altotero de Mondúbar se emplea también el sílex y sólo excepcionalmente cuarzo y cristal de roca (Arnáiz y Esparza 1985: 10).

En los poblados se recogen muelas de granito y arenisca, como ocurre en La Velilla (Delibes y Zapatero 1996: 47). También pueden recogerse en los contextos funerarios, aunque procedentes del túmulo.

Existen diversos elementos de adorno que se fabrican tanto en piedra como en hueso. Nos referimos a las cuentas de collar. Se encuentran minúsculas arandelas de pizarra, de unos 3 mm de diámetro, cuentas esféricas –en tonelete o cilindro– de variscita, calcita o azabache y cuentas de ámbar. En general se trata de materiales que protagonizan un intercambio a larga distancia que permite en ocasiones su llegada desde zonas extrameseteñas y su difusión por toda la Meseta Norte. Sin embargo, no siempre es así y, por ejemplo, en el túmulo de La Velilla se encuentran cuentas de lignito, conchas de molusco, cuarcita y ámbar (Zapatero 1990: 59), combinando materiales fáciles de encontrar en las proximidades del enterramiento con otros llegados obligatoriamente mediante intercambio. Del mismo modo pueden considerarse las cuentas de variscita tuneliformes y discoidales, las de pizarra y una de caliza recuperadas en diversos dólmenes zamoranos (Palomino 1990: 196). Y en los dólmenes salmantinos hay convivencia de materiales como esquistos micáceos, pizarras o feldespatos potásicos, todos ellos locales, junto a otros menos numerosos procedentes de regiones distantes y afloramientos más restringidos, como variscita, esquistos carbonosos, serpentina y cuarzo rosado. Esto queda patente en La Veguilla I (Alba de Tormes), donde las cuentas de los materiales locales, más comunes, suman el 92% del total (Santonja 1987: 207).

Hay que referirse por último al hallazgo de prismas de cuarzo o de cristal de roca, sin trabajar, en el interior de contextos funerarios salmantinos, zamoranos, burgaleses y palentinos (Delibes y Santonja 1986: 171; Delibes y otros 1993: 39; Delibes y Zapatero 1996). Tampoco faltan de forma más esporádica en yacimientos de comienzos del Calcolítico, como la Cueva de Las Tres Ventanas (Corullón, León) (Fernández

Manzano y otros 1999: 109). Excepcionalmente hay algunos en cuya punta se elabora una arista semejante a la de un buril (Santonja 1987: 206).

No están ausentes algunos ídolos, como dos fragmentos de ídolo-placa y un ídolo cilíndrico liso del dolmen de La Ermita (Galisancho, Salamanca), que reflejan la existencia de contactos con Extremadura y la Beira Baja, donde estos objetos son abundantes (ídem: 207).

- Calcolítico y Edad del Bronce

Con el paso paulatino hacia el *Calcolítico* se aprecia una progresiva especialización hacia los útiles foliáceos (fig. 4.8: F a M), como las puntas rómbicas y las de pedúnculo incipiente, que se transforman en puntas con aletas y en piezas ovales (Arnáiz y Esparza 1985: 30). Seguirá predominando el uso del sílex, aunque éste conviva con otros materiales minoritarios, principalmente la cuarcita y el cuarzo. Se manifiesta la convivencia de lascas y láminas, con retoque plano, cubriente y bifacial.

Dentro del dolmen del Prado de las Cruces (Bernuy-Salineró, Ávila) se documenta una larga secuencia que abarca el final del Neolítico y todo el periodo calcolítico, lo que dificulta precisar la evolución de las industrias líticas sin que por ello dejen de ser representativas. Los tipos más abundantes son las láminas y laminillas, algunas con retoque, las puntas de flecha (de cuerpo triangular y base convexa, de cuerpo triangular y aletas incipientes, de cuerpo triangular y pedúnculo corto en la base y romboidales; todas con predominio del retoque bifacial cubriente y todas, salvo una, elaboradas sobre lasca) y los microlitos (trapezios y triángulos escalenos fabricados sobre soporte laminar). Otros útiles presentes son los denticulados de tipo trapezoidal (elementos de hoz), raspadores sobre lasca, lascas retocadas y una alabarda hecha en sílex tabular con retoque bifacial marginal. También hay prismas de cristal de roca (Fabián 1997: 68-78).

En el poblado calcolítico precampaniforme de Los Cercados (Mucientes, Valladolid) predominan las piezas sobre lasca sobre las laminares. Entre los útiles acabados destacan los foliáceos, con retoque plano, cubriente y bifacial, aplicados a puntas de flecha, cuchillos, dientes de hoz y raspadores. Minoritarios son los raspadores con retoque simple, los denticulados y los perforadores (Delibes y otros 1995: 57). Industrias similares, con varios modelos de puntas, sierras y foliáceos se han documentado en Cantazorras (Donhierro, Segovia), Fuente Lirio (Muñopepe, Ávila) y en los yacimientos zamoranos de Las Pozas (Casaseca de las Chanas, Zamora), El Cerro del Ahorcado (Madridanos), El Canchal (Peleas de Abajo) y Los Bajos (Vecilla de Trasmonte)

(Delibes 1973: 386, Fabián 2003: 35; Martín Valls y Delibes 1975b: 452, ídem 1976b: 424 y 433 y Larrén 1999: 61-2, respectivamente).

Dentro de un ambiente sincrónico encontramos en el poblado de Santa Cruz (Roa, Burgos) una industria predominantemente lascar, donde junto a lascas simples sin retoque y unas pocas con retoque sólo destacan una punta de flecha de aletas y pedúnculo (con retoque plano, cubriente y bifacial), una pieza con retoque cubriente, bifacial y plano (con lustre de cereal) y una gran pieza plana elaborada con sílex-placa en la que se ha aplicado retoque lateral, simple, profundo y bifacial (Herrán, Iglesias y Palomino 1993: 34).

Más ejemplares de piezas de sílex-placa se han recogido en yacimientos de Palencia (Herrán, Fernández y Pérez 1996: 72) y en la tumba de El Ollar (Donhierro, Segovia) (Delibes 1988).

En poblados abulenses se documentan puntas de flecha foliáceas, seguidas en frecuencia por las triangulares con base en ángulo y las triangulares, aunque al final del Calcolítico las flechas triangulares y foliáceas son secundarias frente a las pedunculadas y con aletas (López Plaza 1987: 56 y 62). En la cueva segoviana de Casla el utillaje lítico está compuesto por cuchillos de hoja de sílex con retoque simple (a veces sólo en su contorno y otras en toda su superficie), un raspador en extremo de hoja y puntas de flecha con aletas y pedúnculo de retoque bifacial cubriente (Municio 1981: 176). En el sector correspondiente al poblado de la cueva de Los Enebralejos (Prádena, Segovia) se recuperaron en cantidad considerable unas grandes hojas de sección triangular o trapezoidal, retocadas por lo general en todo su contorno y que parecen haber servido como hoces, junto a puntas de flecha de aletas y pedúnculo, triangulares con pedúnculo y algunas romboidales (Municio y Piñón 1990: 63).

Tampoco faltan útiles en piedra pulimentada, como una azuela y otra de grandes dimensiones y con una acanaladura paralela al filo en un lado, del yacimiento de Santa Cruz (Herrán, Iglesias y Palomino 1993: 36). O hachas pulimentadas de basalto y gabro oscuro de Las Pozas (Martín Valls y Delibes 1975b: 451), o la de gneis de la Cueva de las Tres Ventanas en Corullón (Fernández Manzano y otros 1999: 109) o varias de fibrolita en la cueva de Los Enebralejos, en Prádena –junto a un martillo posiblemente de gabro– (Municio y Piñón 1990: 66). No es frecuente el hallazgo de alisadores, como uno de fibrolita recogido en Casla (Municio 1981: 174) o la afiladera de Los Bajos en Vecilla de Trasmonte (Larrén 1999: 61).

Se repite en multitud de asentamientos la aparición de molinos y molenderas, como los de granito y gneis de la cueva de Los Enebralejos (Municio y Piñón 1990: 66).

Las cuentas de collar de piedra continúan en uso durante los momentos iniciales del Calcolítico. Se han encontrado 1.560 en el dolmen del Prado de las Cruces, de las cuales sólo un 2% son tubulares mientras que el resto son anulares. Respecto a sus materiales predominan cloritoesquisto, mica y esquisto sericítico, junto a otras de variscita (procedentes de Palazuelo de las Cuevas, en Zamora), moscovita y una de marfil y otra de carbón vegetal (Fabián 1997: 84-5). Cuentas de variscita se han encontrado también en El Alto del Quemado (Narrillos del Álamo, Ávila) (López Plaza 1987: 56-7). Otras 103 cuentas se recogieron en la tumba del Ollar (Donhierro, Segovia), sesenta y tres discoides de feldespato y cuarenta en forma de oliva hechas con variscita –éstas probablemente del Aliste zamorano– (Delibes 1988: 230). De la gruta segoviana de Casla proceden dos cuentas de hueso –una discoidal y otra en forma de tonelete– y quince de “calaíta” –cuatro discoidales, nueve cilíndricas y dos de tonelete– (Municio 1981: 177).

Durante el final del Calcolítico las industrias líticas son muy similares a las anteriores. Presentan láminas retocadas, raspadores y algunos dientes de hoz (Revilla y Jimeno 1986: 169; Jimeno y Fernández Moreno 1991b: 49), aunque tal vez resulten más prototípicas las puntas de flecha con retoque plano cubriente. Éstas pueden ser triangulares de ancho pedúnculo, romboidales con ancho pedúnculo y pequeños apéndices laterales y de aletas y pedúnculo. Este último modelo es el que aparece en los ajuares de varias de las tumbas campaniformes más conocidas. También habría que destacar en este momento los brazales de arquero hechos con arenisca, de forma rectangular o lados ligeramente cóncavos y con una perforación en cada extremo (Delibes 1977: 121). En Peñalba de San Esteban (Soria) se recogió un pulidor de arenisca para punzones de hueso (Jimeno, Fernández y Revilla 1988: 92). En el túmulo de La Dehesa de Río Fortes (Mironcillo, Ávila) se encontró una maza de piedra pulimentada y con perforación cilíndrica, que se fecha en esta época y posiblemente llegó desde las costas portuguesas o gallegas hacia 2500 AC (Estremera y Fabián 2002: 30-1).

Poca relevancia tiene la industria lítica durante el resto de la *Edad del Bronce* (fig. 4.8: N a O). Sigue siendo el sílex la materia prima más utilizada, acompañada en pequeña proporción por la cuarcita y el cuarzo. También es predominante la presencia de instrumentos elaborados sobre lasca frente a los de lámina. En yacimientos de en torno al siglo XVI AC se encuentran algunas puntas de flecha de aletas y pedúnculo, pero lo más abundante son los dientes de hoz o denticulados de forma tendente al rectángulo o al semicírculo. Éstos cuentan con retoque bifacial en los lados no útiles y unifacial o bifacial

en la zona dentada, que reúne entre cuatro y diez dientes. Junto a esto abundan las lascas, por lo general sin retoque; apareciendo algún raspador y cuchillo ocasionales y núcleos discoidales y ovales.

Rondando el año 1200 AC se pueden fechar varios fragmentos de hojitas de sílex sin retocar, un hacha pulimentada y una pequeña punta de flecha de aletas y pedúnculo encontrados en un hoyo de Barcial de Barco, en Zamora (Rodríguez y Val 1990: 203).

Menudean en todos los poblados los fragmentos o piezas enteras de molinos barquiformes y molenderas, elaborados en granito y, en menor medida, arenisca. Tampoco es extraño encontrar hachas pulimentadas, como una de fibrolita del poblado burgalés de Las Empedradas (Palomino y Rodríguez 1994: 65).

El utillaje óseo

Otra parte importante de los útiles fabricados por las gentes prehistóricas se hacían sirviéndose de huesos y astas, aunque al tratarse de materiales orgánicos no siempre se ha producido su conservación hasta la actualidad. Gracias a los que han llegado a nosotros podemos conocer cómo era este instrumental, que seguramente tuviera relación y ciertas semejanzas con el elaborado en pequeño tamaño sobre madera. Son las condiciones marcadas por el paso del tiempo y la degradación natural en la tierra las que nos impiden conocer las obras hechas en madera, así como las de fibras vegetales.

En el trabajo para obtener instrumentos como los punzones, se prepara el hueso largo mediante hendidura para proceder a continuación a raspar y pulir. No obstante, es difícil identificar las fases de fabricación a partir del útil usado (Piel-Desruisseaux 1989: 207). La extremidad basal suele conservar una epífisis entera o media para permitir una mejor aprehensión. Las agujas son elaboradas mediante la extracción de pequeñas esquirlas a partir de huesos o astas utilizando un útil de sílex, raspando a continuación para adelgazarla, perforando la cabeza y terminando por pulir la pieza (ídem: 230).

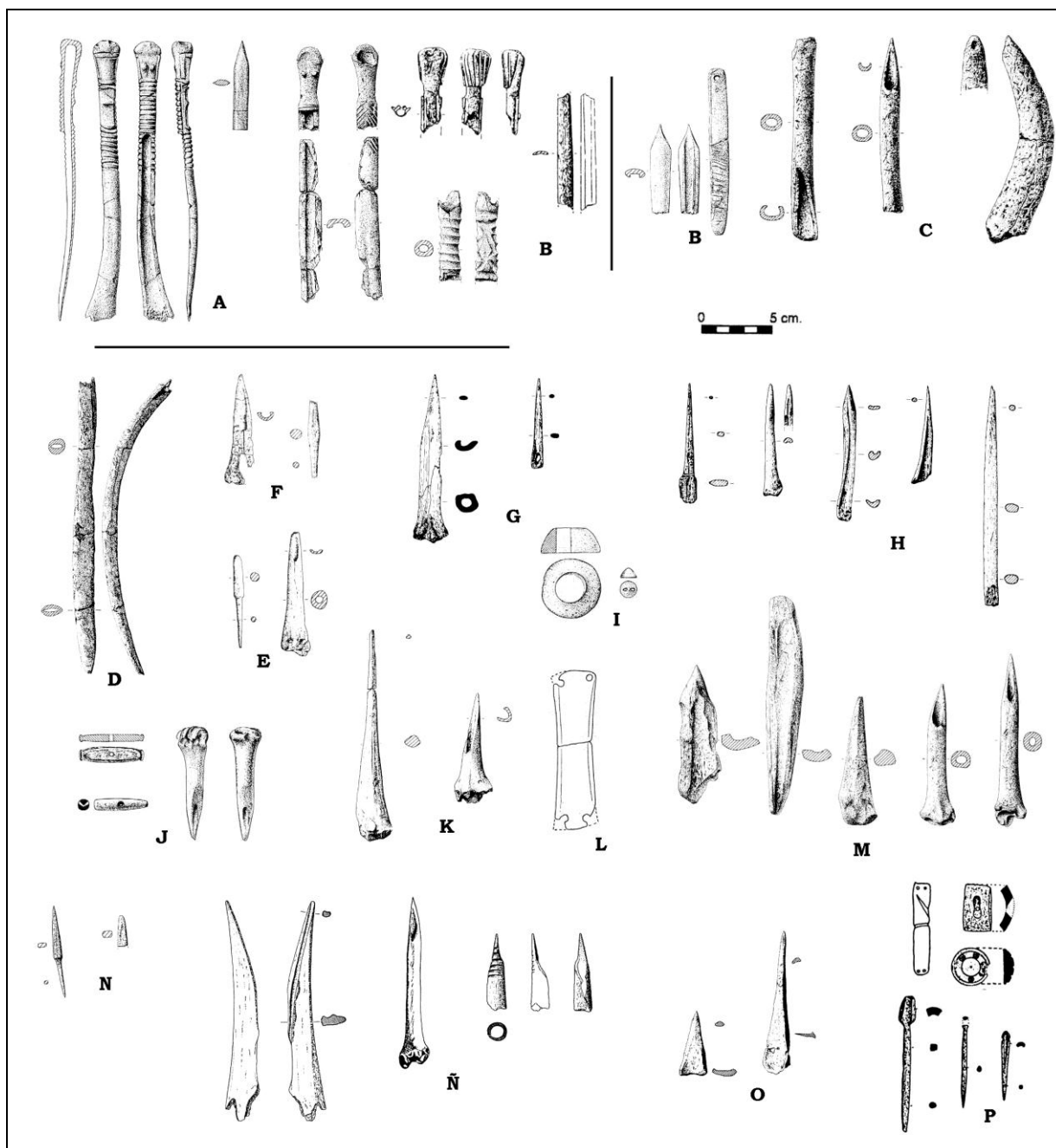
- Neolítico

Veamos primero las *zonas de habitación* (fig. 4.9: C). En la cueva de La Vaquera se aprecia a lo largo de una secuencia que va desde mediados del VI milenio AC a la primera mitad del III, una continuidad del utillaje óseo, reducido a sencillos punzones elaborados sobre metápodos y tibias de cabras y ovejas –aunque también se usa una vez hueso de zorro– (Municio 1988: 323; Estremera 1999 y 2003: 169-76). La técnica más

frecuente de elaboración es el ranurado longitudinal del hueso. Otros útiles son herramientas biseladas (alisadores, cuchillos para materias blandas y bruñidores) hechos sobre huesos de bóvido y cérvido (Estremera 2003: 173-4). Además se recogieron cuentas de collar y dos anillos, correspondientes a las fases neolíticas de la cueva. En la cabaña de La Velilla se identifica una espátula simple de extremo redondeado junto a los punzones; y en los hoyos algo más modernos los objetos de hueso han sido fabricados de modo similar (Delibes y Zapatero 1996: 46-7).

Dentro de los *contextos funerarios* (fig. 4.9: A y B) encontramos repetidamente punzones sobre metápodos de ovicáprido (con puntas muy agudas y a veces conservando parte de la epífisis), agujas sobre esquirlas de hueso y espátulas sobre tibias de ovicáprido. Éste es el elemento más original, sobre el que se diferencian la cabeza (pulida y sólo excepcionalmente decorada), el cuerpo (soporte de decoración con acanaladuras y calados) y el extremo funcional cortado a media caña y con un frente ancho (Delibes y otros 1987: 190). Han sido interpretadas tradicionalmente como ídolos y aunque predominan los diseños geométricos, en ocasiones se pueden reconocer representaciones femeninas (Delibes y Zapatero 1996). Como inusual puede considerarse el puñal elaborado sobre un fémur humano de Las Arnillas (Delibes y otros 1993: 37).

Otros elementos de hueso que aparecen en los sepulcros son colgantes, como los de Los Zumacales, y cuentas de collar cilíndricas o en forma de aro elaboradas sobre una diáfisis, como las de Las Arnillas (Delibes y otros 1987: 185-6). Otros colgantes están elaborados sobre conchas marinas, como los de los dólmenes de la Lora burgalesa –trivia– y los de los sepulcros palentino de La Velilla –trivia– y vallisoletano de El Miradero –dentralia–, procedentes del Mediterráneo y el Atlántico. Similar origen tiene el brazalete de pectúnculo –glycimerys– del dolmen de Cubillejo de Lara (Burgos), llegado probablemente a través del valle del Ebro (Delibes y Rojo 1992: 387).



4.9. Material óseo: A. Túmulo de El Miradero (Villanueva de los Caballeros, Valladolid), B. Túmulo de La Velilla (Osorno, Palencia), C. La Lámpara (Ambrona, Soria), D. Los Doce Cantos (Herrera de Pisuegra, Palencia), E. Soto (Dueñas, Palencia), F. Los Llanos (Magaz, Palencia), G. Cueva de la Casla (Segovia), H. Cueva de los Enebralejos (Prádena, Segovia), I. La Peña (Villabuena del Puente, Zamora), J. Las Pozas (Casaseca de las Chanas, Zamora), K. Santa Cruz de Roa, Burgos), L. Grajal de Campos (León), M. Fuente la Mora (Fuente de Santa Cruz, Segovia), N. Pico Romero (Santa Cruz de la Salceda, Burgos), Ñ. El Cogote (La Torre, Ávila), O. Las Empedradas (Fuentecén, Burgos), P. El Castillo (Cardeñosa, Ávila).

~ Calcolítico y Edad del Bronce

El instrumental no varía mucho durante el *Calcolítico* (fig. 4.9: D a H), caracterizándose casi exclusivamente por la realización de punzones que pueden conservar o no la epífisis (Municio y Piñón 1990: 66; Herrán, Iglesias y Palomino 1993: 37; Herrán, Fernández y Pérez 1996: 72-3). También hay espátulas, como un candil de

cervus, pelado y pulimentado, de Los Doce Cantos (Herrera de Pisuergra, Palencia) (Pérez, Fernández y Puertas 1990: 97), otra sobre costilla de ovicáprido de Los Llanos (Magaz, Palencia) (Herrán, Fernández, Pérez 1996: 73) o una tercera de El Canchal (Peleas de Abajo, Zamora) (Martín Valls y Delibes 1976b: 433). De la cueva de Los Enebralejos, además de varias espátulas, proceden un cincel sobre asta de ciervo –primero quemado y luego pulimentado– y una punta de flecha fusiforme sobre otro fragmento de asta (Municio y Piñón 1990: 66). Además en la Cueva de Las Tres Ventanas (Corullón, León) se recogió un bruñidor de hueso (Fernández Manzano y otros 1999: 109). Una aguja de hueso de sección aplanada y perforación ovalada en un extremo procede de la cueva sepulcral de Casla, en Segovia (Municio 1981: 176). Y en Fuente Lirio (Muñopepe, Ávila) se documentaron punzones, bruñidores, un cincel, un buril y varias espátulas (Fabián 2003: 40).

Excepcional puede considerarse una esquirra de hueso encontrada en Las Pozas (Casaseca de las Chanas, Zamora) en la que se había tallado una cabeza con ojos, nariz y pómulos, aunque por desgracia se halla fragmentada a la altura del cuello (Delibes y Val 1990: 77). Este pequeño ídolo antropomorfo es una pieza única en la Meseta Norte, pese a manifestar fuertes semejanzas con otros andaluces, como el sevillano del Cerro de la Cabeza.

Coincidiendo en el tiempo con los *materiales campaniformes* se encuentran unos pocos objetos singulares (fig. 4.9: I y J). Se recogieron un botón de perforación en “V” de forma cónica y una arandela circular, posiblemente usada como enmangue de un puñal de lengüeta, de la tumba de La Peña (Villabuena del Puente, Zamora) (Maluquer 1960). Así mismo en Grajal de Campos (León) y El Castillo de Cardeñosa (Ávila) fueron encontrados sendos brazales de arquero de hueso, rectangulares de lados cóncavos y con dos perforaciones en cada lado (Delibes 1977: 121). No faltan tampoco puntas pedunculadas, como las de Cueva Maja (Cabrejas del Pinar, Soria), usadas para raspar o hendir (Samaniego y otros 2001: 84) (fig. 4.9: K a N y P).

Hacia 1700 AC, junto a las cerámicas *Protocogotas* sólo encontramos entre los útiles elaborados con hueso punzones sobre esquirras de hueso y metápodos de oveja y cabra, que en ocasiones son decorados con acanaladuras transversales como ocurre en el yacimiento abulense de El Cogote (Caballero y otros 1993: 99). También se realizan espátulas sobre costillas y pequeñas agujas de sección circular (fig. 4.9: Ñ y O).

Ya dentro de poblados Cogotas I sigue trabajándose con punzones de hueso, sin que falten las agujas con ojal, como la de Las Carretas (Casaseca de las Chanas, Zamora) (Martín Valls y Delibes 1978: 328).

El instrumental metálico

Uno de los principales aspectos de todo este amplio periodo es el dominio de los metales, no tanto por lo que tiene de novedad tecnológica, sino sobre todo por las repercusiones que resultan dentro del ámbito de las relaciones sociales y también en el de las relaciones comerciales a larga distancia. La relevancia de este tipo de manufacturas procede en parte de que se someten a una mayor estandarización que la alfarería o el trabajo de la piedra y el hueso, lo permite en algunos casos identificar zonas geográficamente reducidas con tipos o variantes concretas de algunos objetos.

~ Calcolítico

El *inicio del uso de los objetos de cobre*, como ha destacado Montero (1994: 304-5), apenas tiene una repercusión inmediata económica o social, sino que se suma a una serie de cambios ya desatados, por más que se convierta en una de las manifestaciones más llamativas de los mismos. Entre las primeras muestras de piezas de cobre en la Meseta Norte (fig. 4.11: A a C) hay que citar:

- el puñal afalcado de El Ollar (Donhierro, Segovia),
- los puñalitos con escotaduras de Las Cañamonas (San Cristóbal de Entreviñas, Zamora), Los Bajos (Vecilla de Trasmonte, Zamora) y Cuesta Redonda (Muriel de Zapardiel, Valladolid),
- las hachas planas de la cueva de Los Enebralejos (Prádena, Segovia) (Municio y Piñón 1990: 67), del Cerro del Ahorcado (Otero de Sariegos, Zamora), de Los Itueros (Santa María del Arroyo, Ávila), de La Peña del Águila (Muñogalindo, Ávila) (Delibes, Fernández y Herrán 1999: 68), del domo de La Rábida II (Salamanca) y Madridanos (Zamora) (Delibes, Fernández, Fontaneda y Rovira 1999: 20)
- y los punzones de numerosos yacimientos, como Las Pozas (Casaseca de las Chanas, Zamora) (Delibes y otros 1995: 52), El Ollar (Delibes 1988: 228), Cantera de Halagas (La Colilla, Ávila), Los Itueros, La Teta (Gilbuena, Ávila), Aldeagordillo (Ávila) o Picón del Rey (Cerralbo, Salamanca).

Hay además otros elementos como el puñal de remaches del Picón del Rey y el cincel de Los Bajos (Delibes, Fernández y Herrán 1999: 68).

Los hallazgos más antiguos que han podido ser datados con precisión son los de La Teta, Las Pozas y Los Itueros, del 3000-2900 AC. La novedad tecnológica parece llegar desde el Sureste peninsular y, dado lo blando del metal, sólo recibiría uso ornamental

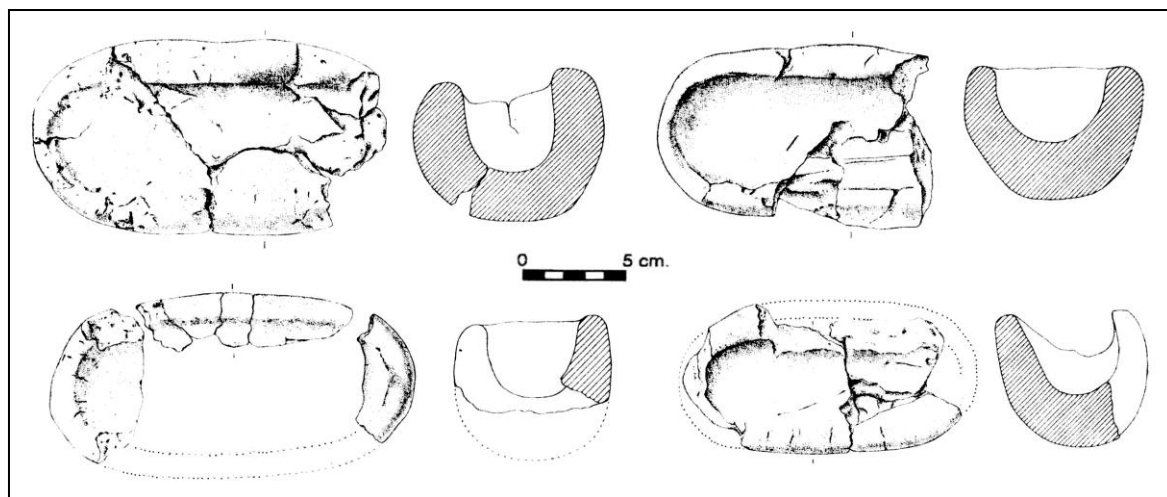
(ídem: 88-9) pese a que las formas de los objetos (armas y hachas) ya nos indican su valor como símbolos de prestigio y poder personal.

Las hachas planas aparecen por vez primera en contextos calcolíticos precampaniformes, si bien continúan con posterioridad hasta el final de la Edad del Bronce, lo que dificulta su datación precisa. Morfológicamente se pueden dividir en dos grupos, según su sección transversal sea biconvexa –sin ejemplares conocidos en la Meseta Norte– o rectangular (éste subdividido varios modelos según sea su forma triangular, rectangular o trapezoidal) (Delibes, Fernández, Fontaneda y Rovira 1999: 22-24). En esta época nos interesan en especial las triangulares, que tienen una base reducida, perfiles laterales rectos o ligeramente convexos y filo curvo más ancho que la hoja, puesto que se fechan en el Calcolítico y Bronce Antiguo. Este dato viene corroborado por el hecho de que su composición es cobre puro (por encima del 98%). Las hachas de forma trapezoidal tienen escasa diferencia de anchura entre el filo y la base –algo más ancho el primero–, flancos un poco convexos y filo ligeramente curvo. Estas piezas se fabricaron con cobre y arsénico, lo que permitiría fecharlas hasta el Bronce Medio. El último subgrupo, de hachas de forma rectangular, se identifica con piezas mediterráneas calcolíticas y del Bronce Antiguo.

Las hachas se producen mediante fundición en molde y con un tratamiento posterior de forja en frío y recocido del metal; centrándose la forja en el área del filo. Parece que se utilizaron moldes bivalvos rellenos por el talón en posición vertical (Delibes, Fernández, Fontaneda y Rovira 1999:130).

El cuchillo afalcado de El Ollar está fabricado con cobre arsenical, con una tecnología fundidora primitiva y forja en frío (Delibes 1988: 228). Sigue un modelo conocido en Andalucía y Portugal, sobre todo en el curso inferior del Tago (Vila Nova de San Pedro), y del que las únicas muestras ajenas a estas zonas son ésta segoviana y otra de Pastoría, en el curso alto del Tamega, al norte de Portugal (ídem: 231-2).

Junto a los productos acabados hay que destacar el hallazgo de crisoles en los yacimientos zamoranos de Las Pozas (Casaseca de las Chanas), La Alameda (Peleagonzalo) y Villardondiego y el vallisoletano de Los Cercados (Mucientes), además de vasos con adherencias metálicas en Las Cañamonas (Zamora) (fig. 4.10) (Delibes, Fernández y Herrán 1999: 81). Similares crisoles se mantienen en los poblados campaniformes, como el de Arrabal de Portillo (Fernández Manzano y Rojo 1986: 57).



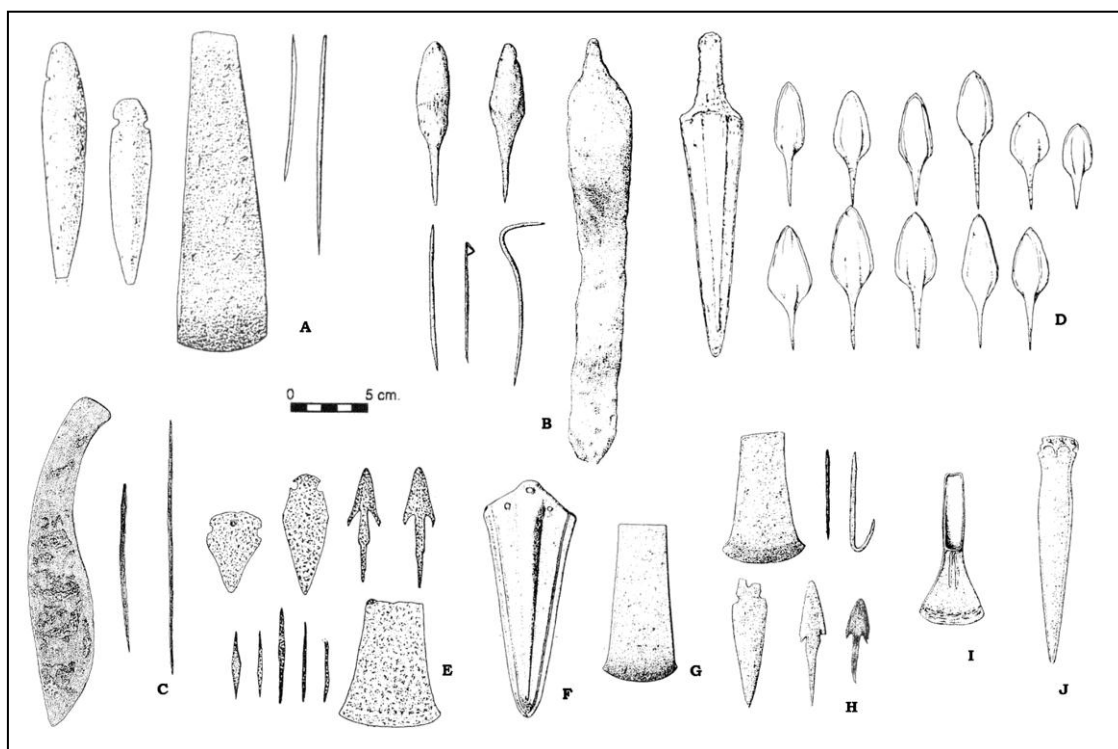
4.10. Crisoles de la Tierra del Vino zamorana

Los crisoles calcolíticos son ovalados, de 15 cm en su eje mayor y modelados en barro tosco, con paredes gruesas y carentes de asas y pico vertedor (Martín Valls y Delibes 1981: 180). Hay que tener presente que previa al fundido en crisoles era la obtención del cobre a partir del mineral, lo que se conseguía empleando grandes vasijas de boca muy abierta y poca altura, a modo de cazuelas, en las que se mezclaban mineral y combustible.

~ El final del Calcolítico y el Bronce Antiguo

Los productos elaborados hasta este momento reflejan una preocupación sólo por crear útiles, además dentro de una escasa variedad de tipos. A partir del año 2400 AC se produce un incremento de las manifestaciones materiales dentro del ámbito metalúrgico, tanto en cantidad como en tipos (fig. 4.11: D a G).

Se mantienen los punzones, casi siempre de sección cuadrada y a veces circulares o con ambas, de los que se han identificado ocho moldes de arenisca y diorita en El Castillo de Cardenosa (Delibes 1977: 112). También siguen las hachas planas, como las de Arevalillo de Cega (Segovia) (Fernández-Posse 1979: 63) y cueva Picacho (Silos, Burgos) (Delibes, Fernández, Fontaneda y Rovira 1999: 20).



4.11. Metales del Calcolítico al Bronce Medio: A. Calcolítico precampaniforme, puñales de Cuesta Redonda (Valladolid) y Las Cañamonas (Zamora), punzones de Los Itueros (Ávila) y Colmenares (Valladolid) y hacha plana del dolmen de la Rábida II (Salamanca), B. materiales precampaniformes de varios lugares de Ávila, C. tumba de El Ollar (Donhierro, Segovia), D. tumba campaniforme de Fuente Olmedo (Valladolid), E. poblado del Bronce Antiguo del Castillo de Cardenosa (Ávila), F. alabarda de Fariza (Zamora), G. hacha plana de Cueva Tino (Palencia), H. Los Tolmos (Caracena, Soria), I. El Bierzo (León), J. Villaviudas (Palencia).

Las puntas Palmela aparecen componiendo el ajuar de las tumbas campaniformes; si bien en el caso de las dos encontradas en Grajal de Campos (León) pudieron encontrarse clavadas en el cráneo de un individuo que había muerto a causa de tan tremenda lesión (Delibes 1977: 31). Poseen una ancha hoja plana ovalada de sección lenticular y un pedúnculo de sección cuadrada o circular, cuya longitud suele ser similar a la hoja. Se ordenan en tres modelos. Uno es de hoja oval, el segundo tiene el pedúnculo formado por estrangulamiento de la hoja con dos escotaduras y el tercero se caracteriza por su pedúnculo ancho que confiere a la punta una forma romboidal (ídem: 110). Éste último sería algo más moderno, pero todos los ejemplares se fundieron en cobre. Su forma se conseguía por martilleo de varillas losángicas, y no por molde, que en algunos casos es en frío y en otros se hace en caliente con sucesivas recocciones (Delibes, Fernández, Fontaneda y Rovira 1999: 29-30). La cronología se ajusta principalmente entre los años 2200 y 1900 AC, pese a la existencia de ejemplares aislados recogidos en contextos Cogotas I (cueva de Arevalillo de Cega y depósito de Padilla de Abajo).

La tercera pieza es el puñal de lengüeta, que también aparece habitualmente en los ajuares campaniformes. Constan de una espiga corta rectangular –configurada mediante martilleo lateral– y hoja triangular plana con bordes biselados por martilleo. Sus dimensiones suelen rondar los 25 cm, aunque sobrepasa los 35 en los ejemplares de La Obispa (Burgos) y Arrabal de Portillo (Valladolid). Entre los más antiguos se encuentra el del dolmen salmantino de Aldeavieja de Tormes; mientras que entre los más modernos está uno de la provincia de León con surcos decorativos en la hoja, fechado hacia el 2000-1900 AC. Todos ellos han sido forjados en cobre, con similares procesos a los empleados en las puntas Palmela (ídem: 32-3).

Varios fragmentos cerámicos del Pico del Castro (Quintanilla de Arriba, Valladolid) y la cueva de la Vaquera (Torreiglesias, Segovia) dan fe del uso de vasijas-horno en época campaniforme para obtener el metal a partir del mineral. Similar sistema de reducción se sigue aplicando durante el Bronce Medio (ídem: 149).

También comienza ahora la producción de una joyería áurea cuyos testimonios se recogen en contextos funerarios. Se trabaja el oro por martilleo en frío para conseguir chapas, que según sus dimensiones y forma, pudieron servir como diadema o adorno de cuello (en el dolmen salmantino de Teriñuelo de Aldeavieja de Tormes y la tumba de Fuente Olmedo), como la cintita que adornaría del mango del puñal de lengüeta (en la tumba zamorana de Villabuena del Puente), como funda de un botón (en la tumba soriana de Villar del Campo) y como cuenta de collar (una docena de ellas tubulares en el dolmen de Aldeavieja de Tormes y cinco bicónicas en el dolmen también salmantino de La Ermita, en Galisancho). En otros casos su aplicación decorativa está menos clara, como en la chapa de oro del dolmen del Prado de las Cruces (Bernuy Salinero, Ávila), otra del enterramiento de La Peña de la Abuela (Ambrona, Soria), las dos rectangulares de la tumba en fosa de Valdeprados (Aldea del Rey Niño, Ávila) y otras cuatro rectangulares del dolmen de Galisancho. En el dolmen de la Veguilla (Alba de Tormes, Salamanca), junto a dos pequeñas laminillas, se encontró un torques de paletas fabricado con un alambre de sección circular de 2 mm de diámetro.

Algo más avanzadas, consideradas como del Bronce Antiguo, son:

- hachas planas (Cueva Tino –Villaescusa de las Torres, Palencia–, El Castillo de Cardenosa –Ávila–, cueva de los Huesos –Pedraza, Segovia– y la cueva de los Enebralejos –Prádena, Segovia–),
- punzones (Solana Angosta –Bernuy Salinero, Ávila–, Cueva Maja –Cabrejas del Pinar, Soria– y Los Barrios de Luna –León–),

- puñales con escotaduras (Tolbaños –Burgos–) y otros con lengüeta (Aspariegos) y con remaches (El Castillo de Cardenosa).

Se documentan novedades a través de:

- las puntas de aletas y pedúnculo (Peñaranda de Duero –Burgos– y El Castillo de Cardenosa),
- la espada de Sabero (León),
- las puntas de pedicelo largo (Encinas de Esgueva, Valladolid)
- y las alabardas (Autilla del Pino –Palencia– y Fariza de Sayago –Zamora–) (Delibes, Fernández y Herrán 1999: 68, 71-2).

Típicas de este periodo son las alabardas, un arma de inspiración atlántica. Las alabardas de tipo Carrapatas están documentadas en la zona portuguesa de Guimaraes y Tras-os-Montes. Se caracterizan por su hoja triangular muy ancha y de lados rectos o convexos, con un fuerte nervio central hecho a molde y una pequeña placa de empuñadura, casi siempre triangular, con tres orificios para los roblones. El cobre con que se fabrican tiene un elevado porcentaje de arsénico. Para su elaboración se utiliza un molde bivalvo de piedra, luego se aplica un martilleado en los filos y finalmente un pulido. Se han encontrado en el interior de depósitos del Bronce Antiguo, como parece que ocurrió en el ejemplar de Fariza. Se estimarían como elementos de prestigio, según se deduce en función de la cantidad de metal que requieren y de su representación en estelas como la leonesa de Tabuyo del Monte (Delibes, Fernández, Fontaneda y Rovira 1999: 37-42).

Las hachas se recogen mayoritariamente en los poblados, como los punzones y puntas de flecha, mientras que en las tumbas se depositan elementos de oro y –como novedad– plata junto a puñales y puntas de jabalina, del mismo modo que ocurría durante el Calcolítico. De oro es el torques de extremos ensanchados del dolmen de La Veguilla (Alba de Tormes, Salamanca) y de plata, una chapita de Santioste (Oteros de Sayago, Zamora) y una pulsera filiforme de la palentina Cueva Tino.

Las coladas del Calcolítico y el Bronce Antiguo son mayoritariamente de cobre puro, si bien en el 22,17% el arsénico supera el 1%. Los cobres puros son típicos del precampaniforme, pero durante el campaniforme hay una importante presencia de cobre arsenicales (en puntas Palmela y puñales de lengüeta), que se reduce en el Bronce Antiguo (idem:83-7). Respecto al trabajo posterior al fundido, las hachas planas se someten a una forja en frío en la zona del filo (y excepcionalmente a un recocido posterior); también similar tratamiento sufrieron las puntas Palmela (idem: 82-3).

- Edad del Bronce Medio y Final

En la Edad del Bronce los crisoles serán circulares y dotados de una piquera (Martín Valls y Delibes 1981: 183). La introducción de la aleación de cobre y estaño (bronce) llega a la península Ibérica desde Centroeuropa a través de Los Pirineos, constatándose los hallazgos más tempranos en las Bárcenas Reales (Navarra) en fechas de 1890-1750 AC. No obstante el bronce no se generaliza hasta el Bronce Final y en muchos yacimientos, como en el soriano de Los Tolmos de Caracena, las piezas metálicas se funden en cobre (Fernández-Miranda, Montero y Rovira 1995: 63-4).

La aplicación de la nueva aleación con estaño se relaciona con un mayor intercambio cultural en zonas como el sur de Francia y el valle del Ebro. Tiene así mismo su reflejo en otros elementos como las asas con apéndice de botón, los vasos polípodos y las formas metálicas nuevas, como hachas de rebordes y puñales con acanaladuras paralelas a la hoja. También llegarían a través de esta vía los palstaves sin asas, el yunque y la lanza del depósito leonés de Valdevimbre y el estoque de Palencia (Delibes, Romero y Abarquero 2000: 117). Además el hecho de que esta aleación llegue a través de tierras septentrionales y alcance el sur (La Mancha, la costa levantina, el Sureste y las Baleares) con casi dos siglos de retraso manifiesta que el mar Mediterráneo no servía entonces como vía de comunicación desde Italia, donde los bronce se producían desde el Bronce Antiguo (Fernández-Miranda, Montero y Rovira 1995: 67).

Dentro de los poblados datados en el *Bronce Medio* no suelen ser comunes los hallazgos de objetos metálicos (fig. 4.11: H a J), reduciéndose a:

- hachas planas (Los Tolmos de Caracena, Soria),
- sencillos punzones (El Castillo de Rábano, Valladolid; Los Tolmos; El Cogote –La Torre, Ávila–)
- y puñales de varios tipos, con escotadura (El Berrueco, Salamanca, y Yuba, Soria), de lengüeta (Mondreganes, León) y de remaches (Villasabariego, León, y Cardeñosa, Ávila; todos ellos similares a los conocidos para épocas anteriores).

No faltan otras piezas como agujas de sección circular y pequeñas arandelas. Continúan también las puntas de aletas y pedúnculo (Los Tolmos, San Martín de Valvení –Valladolid–, el Castillo de Cardeñosa –Ávila– y el Balconcillo del cañón del río Lobos –Soria–). Más interesantes, por su novedad, son las espadas de tipo argárico de Cea (León), Santa Olalla de Bureba (Burgos) y las dos de Villaviudas (Palencia), así como un estoque o rapier palentino y el hacha de talón sin anillas de El Bierzo.

Los puñales reciben tras su fundición, por lo general, un forjado en frío, un recocido y un nuevo forjado final; pero en algunos casos no llega aplicarse el forjado final o el recocido (Delibes, Fernández, Fontaneda y Rovira 1999: 140).

Las hachas planas de este periodo son de esquema trapecial y flancos, en mayor o menor medida, convexos. Una primera variante, esbelta, es de lados paralelos en la zona más próxima a la base y tiene filo curvado; su porcentaje de estaño oscila entre el 12 y 17% y se adscribe al Bronce Medio (Los Tolmos de Caracena, en Soria) y Final (Las Cogotas, en Ávila; Carpio Bernardo, en Salamanca; y el castro de Ardón, en León). La segunda variante es más corta y ancha, con lados rectos y divergentes, el porcentaje de estaño oscila entre el 4 y 7,3% y se fecha en el Bronce Antiguo y Medio (ídem:46-8). Se hacen a molde, recibiendo luego un forjado y recocido que puede aplicarse varias veces, sobre todo centrado en la zona del filo (ídem: 139).

Las puntas de flecha pedunculadas y con aletas se elaboraron durante casi toda la Edad de los Metales. Son de pequeño tamaño, hoja pseudotriangular y alerones con la base aguzada. Algunos ejemplares tienen un ensanchamiento en el vástago (Los Tolmos de Caracena y Tudela de Duero, en Valladolid), mientras otros se caracterizan por presentar los flancos de la hoja rectos y un ligero engrosamiento en la hoja (San Martín, Valladolid). En ambos casos el porcentaje de estaño es muy bajo por lo general, aunque en alguna pieza llega casi al 10%, datándose éstas ya en el Bronce Final (La Mesa del Carpio Bernardo, en Salamanca, y Carricastro, en Valladolid) (ídem: 54).

De las espadas argáricas, la de Villaviudas es corta y ancha, de perfil levemente pistiliforme y con seis clavos de enmangue dispuestos en arco y surcos marginales en la hoja. Su morfología resulta muy similar a las de Cueva Llusa de Ogarrio (Cantabria) y Santa Olalla de Bureba. La de Cea es más estilizada y sin surcos decorativos en la hoja, con lo cual se encuadra mejor dentro de los ejemplares del sur peninsular. La de Villaviudas (cobre con algo de arsénico) se fecha en el Bronce Antiguo, a partir del 2100 AC, mientras que la de Cea (bronce) se encuadraría en torno a 1700-1600 AC. El contexto de su hallazgo se relacionaría con depósitos y ofrendas de carácter votivo (ídem: 56-61).

El estoque o rapier de Palencia es un arma muy larga y esbelta, algo distinta de los modelos de la península Ibérica del Bronce Final I. Sería una manufactura local que imita piezas europeas, pero con una composición de cobre arsenical, lo que incitaría a considerarlo un producto antiguo fechado, a diferencia de los estoques europeos de hacia 1500, en el siglo XVIII AC (ídem: 61-2).

En el Bronce Medio conviven los cobres, cobres arsenicales y los primeros bronces de estaño; y así se aplican las distintas aleaciones sobre los mismos tipos de instrumentos (espadas de tipo argárico, hachas planas, puntas de aletas y pedúnculo, leznas y puñales), sin que los bronces representen más que un 20% de los objetos (Delibes, Fernández y Herrán 1999: 91). El sistema de reducción mediante vasijas-horno sigue en uso durante el Bronce Medio, según se constata en el yacimiento palentino de Cueva Rubia, si bien las condiciones de trabajo habrían cambiado para alcanzar temperaturas más elevadas, de 1000-1100°, gracias a ambientes más reductores y al mayor consumo de combustible (ídem: 149). El análisis de minerales parcialmente reducidos de poblados de Navamoral de Béjar (Salamanca) y Mingorría (Ávila) reflejan el procesado conjunto de minerales de cobre, estaño y plomo en el horno de fundición (ídem).

Las joyas de oro no son muy abundantes, si bien cabría fechar en esta época brazaletes acintados de aro cerrados por completo, como el de Fuencaliente de Valdelucio (Burgos) y el del dolmen de El Torrión (Navamorales, Salamanca). Se caracterizan por los nervios o aristas exteriores, que son cinco en el primero de los brazaletes y seis en el segundo (ídem: 115-116). También de ahora, y recogida en el interior de un hoyo del poblado de El Castillo de Rábano (Valladolid), es una cuentecita esférica de oro.

Durante el *Bronce Final* se multiplican de forma sustancial los tipos de útiles bronceíneos (fig. 4.13). Eso no es óbice para que de nuevo se aprecie la continuidad de determinados útiles desde épocas anteriores, como las hachas planas –en Quintanadueñas, Burgos, en Carricastro, Valladolid, y en La Mesa del Carpio, en Salamanca– (Delibes y Fernández Manzano 1992: 208; Delibes, Fernández, Fontaneda y Rovira 1999: 20) o los puñales de roblones –en el Castro de Ardón, León– (Celis 1993).

La tecnología extractiva está reflejada en varios vestigios de cronología poco precisa recogidos en la cueva de La Profunda (Cármenes, León). En primer lugar hay una pieza de cobre, de forma parecida a las hachas, cuya función se interpreta dubitativamente como cuña, lingote o tapa de molde. Junto a ella se conservan tres mazas de piedra elaboradas sobre un canto rodado de cuarcita de forma ovoidal, al que se ha practicado una entalladura para facilitar su unión a un mango. Sirvieron para extraer el mineral mediante golpeo, machacado y triturado (Blas Cortina 1989: 148-51).

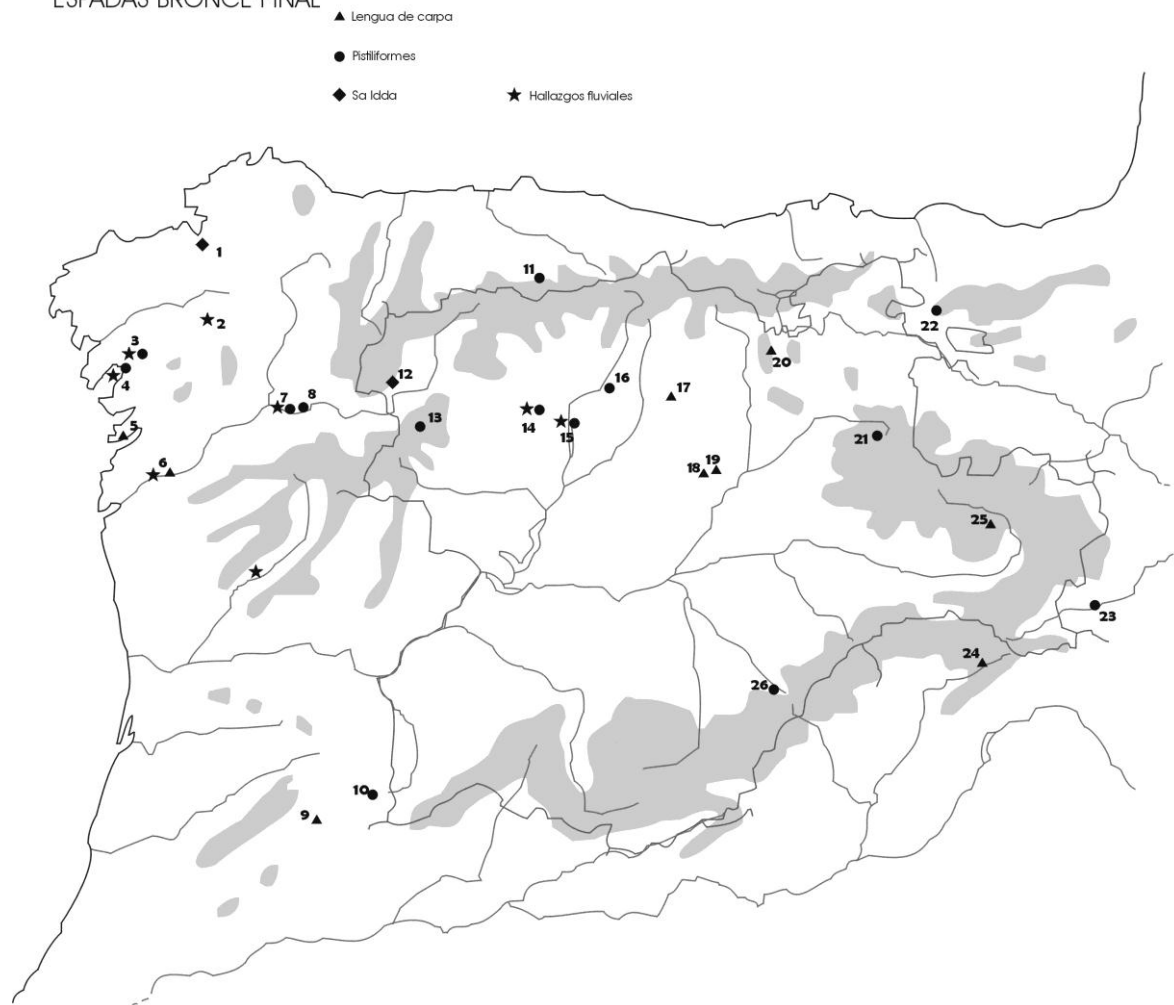
Se han encontrado unos pocos moldes, como el de hachas de apéndices laterales de Gusendo de los Oteros (Blas Cortina 1984-85), el de puntas de lanza tubulares de Piedrahita (Mucientes, Valladolid) (Delibes 2000: 35) o los de hachas planas encontrados

en Carricastro (Delibes y Fernández Manzano 1992: 208). El molde de Gusendo es de una arcilla con desgrasantes vegetales, similar a la pasta de los vasos cerámicos (Blas 1984-85: 281). La valva encontrada, perteneciente a un molde bivalvo, estuvo sometida a entre 550 y 850°, que sería la temperatura del metal fundido (ídem: 283). Las aleaciones mayoritarias en el comienzo de este periodo son bronce binarios, con estaño normalmente en una proporción entre el 10 y 20%, aunque en los goterones de fundición y pequeños lingotes de Carricastro se ha constatado la presencia de plomo hasta un 4% (Delibes y Fernández Manzano 1992: 208-10).

En el Bronce Final I, entre los años 1400 y 1300, aún no se aprecia la irrupción de las influencias europeas. Se corresponden a este momento diversas puntas de lanza (con amplios alerones y anchos tubos para ajustar el asta), regatones, puñales (los del depósito de Valdebimbre, en León, son de hoja triangular y enmangue por clavos), las primeras hachas de talón, hachas planas, una sierra y un yunque (de Valdebimbre) y brazaletes de bronce (Fernández Manzano 1986: 33-46). A partir del Bronce Final II se aprecian ya en su plenitud los cambios que propicia la influencia del círculo atlántico. Entre ellos se encuentra la proliferación de depósitos, como los burgaleses de Coruña del Conde, Huerta de Arriba, Padilla de Abajo y Santibáñez de Zarzaguda, el soriano de Covaleda y el leonés de Camposalinas.

Las espadas de puño tripartito (fig. 4.12) se dividen en los modelos de hoja pistiliforme (las leonesas de La Cabrera, río Esla, Museo de San Marcos y Veguellina de Órbigo y otra de Segovia), de hoja de lengua de carpa (dos de Sigüenza, una palentina de Saldaña y una burgalesa de Peña Amaya) y otras que se aproximan a este último modelo (Paredes de Nava, Museo de Valencia de Don Juan y Villafranca del Bierzo).

ESPADAS BRONCE FINAL



4.12. Mapa con las espadas de la Edad del Bronce Final en el noroeste de la Península Ibérica. *La Coruña*: 1. Río Mero, 2. El Burgo. *Pontevedra*: 3. Cordeiro, 4. Catoira, 5. Hío, 6. Santa María de Oleiros (2). *Orense*: 7. San Estebo de Río Sil, 8. Mournás. *Portugal*: 9. Teixoso, 10. Vilar Maior. *Asturias*: 11. Sobrefoz (Ponga). *León*: 12. Villafranca del Bierzo, 13. La Cabrera, 14. Veguellina de Órbigo, 15. Río Esla, 16. Villaverde de la Chiquita. *Palencia*: 17. Saldaña, 18. Frechilla, 19. Paredes de Nava. *Burgos*: 20. Humada, 21. Cabañas de Juarros. *Álava*: 22. Solacueva de Lacoymonte. *Zaragoza*: 23. Alhama de Aragón. *Guadalajara*: 24. Sigüenza (2). *Soria*: 25. Ocenilla. *Segovia*: 26. Segovia.

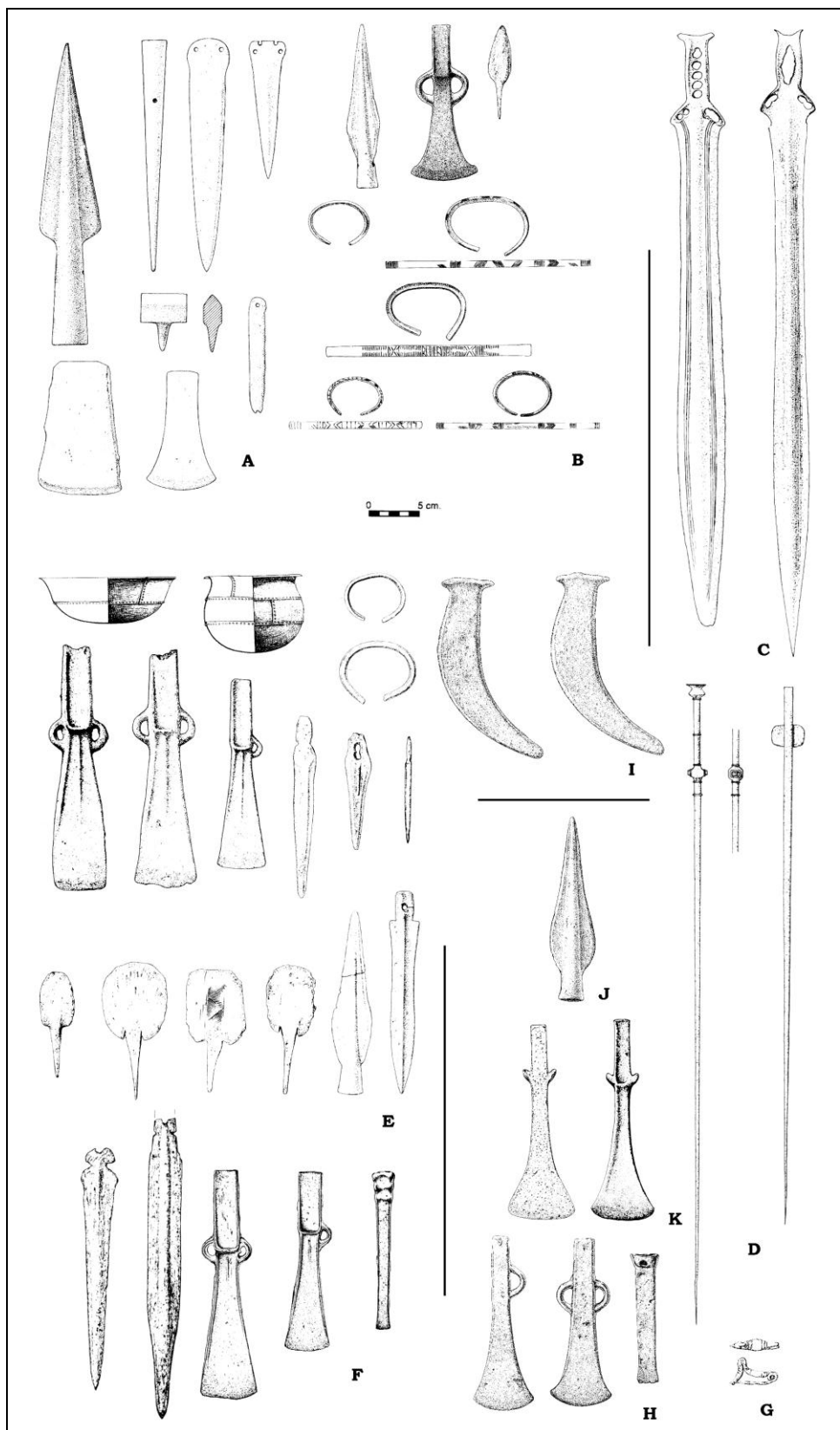
La mayoría de pistiliformes, del Bronce Final II, se concentran en el Noroeste peninsular y su descubrimiento se ha producido en el cauce de ríos, lo que vendría provocado por su deposición con fines votivos. El ejemplar de La Cabrera, con clavos en lugar de largos calados, parece más antiguo que el resto o tal vez sea una importación en relación con prototipos centroeuropeos de Hemigkofen (Delibes, Fernández, Fontaneda y Rovira 1999: 65) que pudo llegar desde Francia (Fernández Manzano 1986: 58). Rasgos de modernidad en estas espadas de hoja pistiliforme son la existencia de calados largos en lugar de pequeños agujeros para roblones (ejemplares de San Marcos y Veguellina), el cambio del esquema en “U” en favor de otro en “V” en las guardas (río Esla), el uso de hojas sin nervios decorativos y cada vez más esbeltas (río Esla) y la presencia de ricasso en el arranque de las hojas (Segovia, río Esla). Estas evidencias de modernidad se asocian

al influjo de los nuevos modelos de espadas, puesto que parecen convivir con las de lengua de carpa al principio del Bronce Final III. Sin embargo, estas últimas se asocian a una distribución centrada sobre todo en el suroeste peninsular (Delibes, Fernández, Fontaneda y Rovira 1999: 65).

Las espadas de lengua de carpa tienen empuñadura plana, calados en la empuñadura, muescas de ricasso muy claras y nervadura central en la hoja. Hacia el 950 AC se situarían las palentinas de Saldaña y Frechilla, pero la palentina de Paredes de Nava y otra “de la región” responden a una morfología más moderna. Los rasgos peculiares, que marcan una cronología de las postrimerías del Bronce Final III en torno a 900 AC, son el pivote cilíndrico que remata la empuñadura y los ricasso muy señalados. Sin embargo, cuentan con algún elemento que señala cierta mezcla con las espadas pistiliformes, como la forma de la hoja, los orificios en la empuñadura en lugar de un largo calado. También entre las más modernas se incluye la espada de Ocenilla (Soria), de bronce ternario (Rovira y otros 1992: 254), con las incisiones de la hoja curvadas hacia dentro en su inicio, un marcado nervio y un especialmente alargado extremo en forma de “lengua de carpa” (Fernández Manzano 1986: 100-103).

Las puntas de lanza de enmangue tubular resultan difíciles de clasificar. La mayoría se han recuperado descontextualizadas y además el diseño de su hoja y tubo sufre pocas alteraciones con el paso del tiempo. Su producción se iniciaría en el siglo XVII AC, pero no está claro su final, que no viene impuesto por el inicio de la Edad del Hierro, puesto que se encuentran en contextos del Hierro I.

Las atlánticas del Bronce Medio se definen por una boca del tubo ancha y un orificio para el clavillo de enastado amplio y de contorno irregular, mientras que en el Bronce Final el tubo exento es más reducido y los alerones más pequeños (Delibes, Fernández, Fontaneda y Rovira 1999: 70). Además se distinguen algunos tipos peculiares. Una punta de Palencia con silueta pararromboidal y extremos de acusada convexidad se adscribe a un tipo fechado en el inicio del Bronce Final, en los siglos XIV-XIII AC, de acuerdo con su relación con un modelo británico y su aleación de bronce binario. Así mismo las piezas más modernas se caracterizan por contar con un nervio anguloso, casi en arista.



4.13. Metales del Bronce Final: A. depósito de Valdevimbre (León), B. depósito de Padilla de Abajo (Burgos), C. espadas de La Cabrera (León), D. asadores de El Berrueco (Salamanca) y Regelina (León), E. depósito de Huerta de Arriba (Burgos), F. depósito de Saldaña (Palencia), G. fíbula de codo de San Román de Hornija (Valladolid), H. hachas de Dehesa de Romanos (Palencia) y Renedo de Amaya (Burgos) y cincel de Saldaña (Palencia), I. depósito de Torre de Babia (León), J. punta de lanza de la provincia de Soria, K. hachas de apéndices laterales leonesas de Posada de Valduerna y San Justo de la Vega.

La punta de Villanueva del Rebollar, cuya morfología corresponde al Bronce Final III, cuenta además con un pasador de hierro, al tiempo que una de la provincia de Palencia presenta el tubo facetado. Estos rasgos, unidos a que su composición es bronce ternario, indican una cronología entre los siglos IX y VIII AC. Estas dos piezas, sumadas a otras leonesas (Mozos, Mansilla y Bembibre) y palentinas (Monte Bernorio, Calahorra de Boedo y Cisneros), han dado pie a hablar de la existencia de un taller especializado durante el Hierro I (ídem: 71-2).

Los cinceles de cubo se concentran en el sector occidental de la península, lo que vendría a deberse a su origen atlántico. Se datan en el Bronce Final II-III. Hay en Saldaña –Palencia-, Camposalinas –León- y Oteros de Sariego –Zamora-, de tubo circular y embocadura de molduras; mientras que otro ejemplar de Saldaña se diferencia del resto por su tubo cuadrangular, la embocadura abocinada y un agujero para insertar un machón (ídem: 75-6).

Las hachas de apéndices laterales tienen hoja simple de forma entre rectangular y triangular, con dos protuberancias cilíndricas en los flancos para facilitar el enmangue. Delibes y Fernández (ídem: 80-83) distinguen tres modelos según la forma del cuerpo de las hachas y la disposición de las protuberancias de enmangue. No se pueden fechar antes del año 1200 AC.

El tipo A es de cuerpo rectangular con la base casi de la misma anchura que el filo y siempre con apéndices perpendiculares. El tipo B posee hoja trapezoidal que aumenta progresivamente desde la base al filo y cuenta con dos variantes: la B1 tiene flancos rectilíneos y apéndices normalmente perpendiculares y la B2 tiene lados cóncavos y en ocasiones los apéndices son oblicuos. El último tipo, el C, es de cuerpo esbelto, muy estrecho en la base y con amplio filo frecuentemente acampanado, y apéndices oblicuos, a veces curvos. Los ejemplares del tipo A se concentran en el oriente de la Meseta (Burgos, Soria y Segovia), con lo cual posiblemente fueron elaborados allí. Los del tipo B2 se agrupan también, en este caso en Palencia y León, lo que parece ligarlos al tipo C, restringido también al norte de esas provincias (al sur de la cordillera cantábrica, entre el valle del Pisuerga y el Bierzo) –salvo unos pocos ejemplares asturianos y el excepcional hallazgo de una de estas hachas en la localidad granadina de Campotéjar-. Evidencias de su producción local son un molde en el castro leonés de Gusendo de los Oteros (Blas Cortina 1984-85). Su cronología encaja con el Bronce Final II-III, aunque el tipo C parece

algo más moderno que el resto, a partir del siglo X y ya en contextos del tipo Soto de Medinilla (Delibes, Fernández, Fontaneda y Rovira 1999: 80-3).

Las primeras hachas de talón de la Meseta serían una serie de modelos sin anillas importados y similares a piezas del norte de los Pirineos, que se concentran en torno a la cornisa cantábrica. Este tipo de hacha, además de su hoja y las anillas, tiene una garganta delimitada por rebordes laterales y un talón. Existe una variante típica de Galicia y el norte de Portugal, de diseño rectangular alargado, con filo corto y recto. Pero éste tiene escasa presencia en la Meseta, donde se identifican piezas correspondientes a otro grupo difundido, además de en la Meseta Norte, en Asturias, Cantabria y País Vasco.

Esta segunda variante se caracteriza por una garganta poco marcada, talón recto y hoja en forma creciente con el filo convexo. Y dentro de estos rasgos generales aún cabe distinguir tres subtipos atendiendo sobre todo a la forma de la hoja (ídem: 92): A- lámina de tendencia rectangular, con flancos rectos y ligeramente abiertos en su último tramo, junto al filo, y garganta rebordeada sólo en la mitad de su longitud; B- hoja trapecial; y C- hoja estrecha y con filo muy abierto. La cronología es más o menos similar para los tres subtipos, teniendo el B la mayor difusión en el área, mientras que el C se concentra en torno a la cordillera cantábrica a la altura de Asturias y León. Se funden todos en bronce binarios, dentro del Bronce Final II y siguen fabricándose en el Bronce Final IIIa, dentro del siglo X AC, pero sin llegar a fundirse con bronce ternarios hasta el siglo IX (ídem: 93). No obstante, algunas hachas cuentan con una composición ternaria y acanaladuras en sus hojas —en lugar de los habituales nervios—, lo que las sitúa en un momento más moderno, del siglo IX AC.

Las hachas planas con anillas constituyen un modelo poco frecuente, del que se distinguen unas planas de cuerpo trapecial (con unos ejemplares de flancos rectilíneos y anchura creciente de la base al filo frente a otros más esbeltos con base estrecha, filo muy expandido y flancos cóncavos) y otras con talón levemente insinuado y somera garganta (con dos variantes semejantes al primer tipo). De nuevo las hachas más esbeltas guardan relación con el área asturiana y leonesa. Estas hachas planas están restringidas al Alto Ebro y norte de la Meseta, lo que las hace una producción muy peculiar. Su composición es un bronce ternario, pero con poco plomo, y se datarían probablemente en el siglo X y en parte del IX AC. (ídem: 99).

Las puntas de lanza son piezas fundidas, aunque a veces se someten a forja y recocido para acabar su forma. Las hachas han sido fundidas, forjadas, recocidas y vueltas a forjar en frío selectivamente en el filo. El metal de los rebordes de las valvas

suele eliminarse con abrasivos, pero otras veces se hace aplastándolos a martillazos (Delibes, Fernández, Fontaneda y Rovira 1999: 146-7).

Las navajas de afeitar son poco frecuentes en la península Ibérica, pero se encontraron cuatro en el depósito de Huerta de Arriba. Tienen hoja rectangular u ovalada y un pedúnculo de bordes rectos y sección cuadrada, asemejándose a otras piezas del occidente europeo. Una de ellas presenta en su parte central una decoración incisa de triángulos rallados. Las peculiares muescas que presentan tres de las navajas en la unión de la hoja y la espiga permiten incluirlas en un tipo fechado aproximadamente en la segunda mitad del siglo XI AC. (Fernández Manzano 1986: 88).

Se conocen varias pulseras de bronce, de sección elíptica y forma circular. Se fabrican en bronce binario y su decoración se logra, una vez fundidas y rematadas por martilleo, mediante finas labores de buril o cincel que a través de finos surcos dibujan motivos ornamentales geométricos. Los brazaletes palentinos de Osornillo y Fuentes de Valdepero tienen diseños similares a los franceses de tipo Bignan (elipses partidas), del mismo modo que ocurre con el salmantino del Berrueco y el leonés de Astorga, si bien la sección de los franceses es semicircular (Delibes, Fernández, Fontaneda y Rovira 1999: 102-103). Su fabricación tendría lugar según Delibes y Fernández entre los años 1350 y 900 AC, sin mayores precisiones (ídem: 104).

Ya durante el Bronce Final II, se identifican brazaletes abiertos de sección elíptica que están bien fechados en los casos de Huerta de Arriba y Padilla de Abajo en torno al año 1050 AC. De ellos tres son lisos, pero cuatro de Padilla presentan extremos adelgazados y decoración incisa de ángulos enfrentados por el vértice y trazos rectos paralelos, faltando siempre los motivos curvos. Muy parecido a éstos es uno procedente de Amusquillo de Esgueva (Valladolid), cuyas decoraciones llegan a formar unas amplias bandas de zig-zag (Fernández Manzano 1986: 89-93).

Las fíbulas de codo son peculiares del Suroeste de Europa, conociéndose cinco en la Meseta: Mansilla de las Mulas (León), San Román de Hornija (Valladolid), El Berrueco (Salamanca), Silos (Burgos) y otra de la provincia de Burgos. Se recuperan en contextos Cogotas I, fechados hacia el 950 AC (ídem: 128). El modelo tiene su origen en Chipre y las piezas meseteñas se caracterizan por un resorte de doble vuelta, marcado gallonamiento en el arco (que se decora con incisiones paralelas, salvo en Silos, donde se aplica un motivo reticular). El arco es simétrico, salvo en la pieza de San Román de Hornija, lo que relaciona a ésta con las de la Ría de Huelva datadas entre el 1000 y 900 AC. Por su parte la sencillez de la recogida en Mansilla de las Mulas, sin relieve, invita a

fecharla en un momento temprano en torno al 1000 AC. El resto de fíbulas podrían encajar en la segunda mitad del siglo X (idem: 130-1).

De Paredes de Nava procede el único ejemplar conocido en la península de *tranchet* o cuchilla, con forma triangular, lámina ancha y una zona proximal para enmangar diferenciada mediante una moldura. Se relaciona con tipos atlánticos, y se dataría probablemente entre el 1000 y 800 AC. (idem: 120-121).

Otro tipo minoritario son las hoces, que consisten en una lámina curva con el corte longitudinal cóncavo. Las dos leonesas de Torre de Babia constituyen un tipo local, de botón, parecido al documentado en tierras asturianas y portuguesas, por más que aquí no cuentan con decoración ni con nervadura. Se conoce además un molde univalvo de arenisca de Sacaosjos, también en León, para elaborar útiles de este tipo. Se fechan en el Bronce Final III (idem: 121-123).

Los asadores parecen llegar a la península desde tierras mediterráneas, como indica su distribución por el suroeste. Se caracterizan por su forma alargada, con uno de sus extremos en forma de asa y el otro aguzado. En la Meseta Norte se conocen dos de El Berrueco –uno con asidero vasiforme que lo aproxima a piezas portuguesas del Alentejo–, que se fechan entre los años 900 y 800 AC. (idem 127-8).

Los ganchos de carne se dividen en una zona distal (con el garfio), el cuerpo central (con una o varias varillas) y el asidero. Las piezas de Cantabrana (Burgos) y el castro de Barrios de Luna (León) reproducen el modelo británico de cabeza en “T”, doble garfio rizado y con una contera como remate de la base, distribuido por Irlanda, Escocia e Inglaterra. Su cronología es del final de la Edad del Bronce, en torno al año 800 AC, y llegarían directamente desde las islas británicas (Delibes, Fernández, Fontaneda y Rovira 1999: 107).

Los calderos de bronce son numerosos en las islas británicas, pero en la Península Ibérica se concentran en el Norte y Noroeste. Dentro de la Meseta están los de Lois y Villaceid, en León, Huerta de Arriba, en Burgos, Monte Bernorio, en Salamanca, y Sanchorreja, en Ávila. Se fabrican aunando las técnicas de fundición, martilleo y remache en un momento de transición entre las edades del Bronce y el Hierro, a partir del año 850, y corresponden al tipo B de Hawkes (Fernández Manzano 1986: 124).

Ornamentos de oro adscritos a este periodo son el torques de extremos ensanchados (cónicos y macizos) de tipo “Tara” irlandés, con decoración incisa de zig-

zag, recogido en Castrojeriz (Burgos) e incluido en la tradición orfebre del Bronce Atlántico. Resulta similar a las joyas del tesoro de Bodonal de la Sierra (Badajoz).

Reflexiones cronológicas

En las páginas previas hemos desmenuzado la evolución de los objetos producidos y usados durante un amplio periodo de tiempo. Para ello los hemos dividido en cuatro apartados según su material y técnica de elaboración: cerámica, piedra, hueso y metal. Nos gustaría ahora dar una visión de conjunto que destaque los cambios que se producen y los ubique en su momento, relacionando diferentes factores.

Las primeras evidencias de la neolitización, con todo lo que ello implica (economía de producción, trabajo de la piedra pulida, alfarería) se remontan a mediados del VI milenio AC. Estamos ante un tipo de sociedad agricultora y ganadera, donde el almacenamiento tiene una importancia trascendental, como puede verse en los contenedores cerámicos que fabrican, entre los que destacan las formas globulares, con boca cerrada. Su cocción se logra empleando hornos que son simples hoyos donde se disponen los vasos para cocer y el combustible. Esta tecnología no varía demasiado a lo largo de los siguientes milenios y sólo durante la Primera Edad del Hierro las gentes de la Meseta se servirán de estructuras donde están separadas la cámara de cocción de los vasos y la zona donde se consume el combustible. Es llamativo que los primeros recipientes cerámicos presenten por lo general un elevado porcentaje de piezas decoradas (cerca del 60%), que paulatinamente va descendiendo en estos siglos iniciales hasta rondar unos porcentajes cercanos al 10%.

La industria lítica incluye variados útiles elaborados sobre lasca y lámina, además de las primeras hachas pulimentadas. Características de este momento son unas esbeltas láminas, generalmente sin retoque, posiblemente de uso puramente ornamental o simbólico debido a su fragilidad. En hueso se confeccionan básicamente punzones, instrumental que se mantendrá en uso durante toda la prehistoria. Frecuentes durante estos siglos son las cuentas de collar, de piedra o hueso, un elemento ornamental que desaparecerá prácticamente desde el Calcolítico.

Además es fundamental para su funcionamiento la cohesión del grupo en términos de igualitarismo. Al menos así parece quedar de manifiesto a través de sus rituales funerarios cuando se entierren en sepulcros colectivos entre aproximadamente el 4100 y el 3400 AC. Peculiares de este momento son unas espátulas de hueso decoradas

que eran depositadas en los sepulcros. En apariencia estamos durante estos siglos ante grupos muy cerrados sobre sí mismos, autosuficientes tanto en alimentos como en sus ajuares domésticos y herramientas. No obstante, se constata la existencia de intercambios a larga distancia que sirven para obtener determinados objetos de uso sólo ornamental, como cuentas de collar fabricadas con piedras como la variscita o la pizarra. En este sentido se aprecia la importancia del valle del Ebro como transmisor de determinados materiales (conchas marinas y algunas cerámicas), aunque también llegan a la Meseta algunos objetos desde territorios atlánticos.

Se trata de una manifestación propia del final del Neolítico que seguramente anuncia cambios sociales que no estallarán hasta el comienzo del III milenio AC. Aparecen ahora en los poblados vasijas destinadas a la celebración de comidas comunitarias (cazuelas y fuentes) –aunque ya abundaban con anterioridad los pequeños cuencos– y elementos rituales relacionados con el fuego donde se prepara la comida (morillos). Lo más llamativo es la presencia de los primeros objetos fundidos en cobre –puñales, hachas y punzones. Se consideran manifestaciones del establecimiento de las primeras jefaturas que hacen valer su poder a través de celebraciones festivas comunitarias y de determinadas armas y herramientas exclusivas. También resulta relevante la elaboración de los primeros coladores o encellas, empleados para la fabricación del queso y que dan testimonio del aprovechamiento secundario de los recursos animales. En el utillaje de piedra hay una progresiva especialización hacia los útiles foliáceos, con retoque plano, cubriente y bifacial.

Los útiles de metal se funden en moldes, previa reducción del mineral en vasijas-horno. Luego se les da un acabado mediante martilleado en frío y recocido. Estos procesos no varían durante todo el II milenio, pese a la implantación de una nueva aleación y sólo se nota una elevación en las temperaturas de fusión, lo que requería ambientes más reductores y mayor cantidad de combustible dentro de los hornos.

Estos cambios son sólo el inicio de un proceso que intensifica su ritmo a partir del año 2400 AC, con la aparición de los primeros recipientes campaniformes. Estamos ante una moda que se comunica a través de un amplio territorio para marcar los mismos gustos entre los individuos dirigentes de diferentes aldeas. Hay elementos propios de la península Ibérica junto a otros más restringidos espacialmente y algunos que pueden considerarse unificadores de buena parte de Europa occidental. Como casi exclusivos de los siglos que rodean el año 2000 AC pueden considerarse los puñales de lengüeta, las puntas Palmela, los brazales de arquero y los botones de hueso de forma cónica, además de empezar ahora el uso de objetos de oro. Así mismo dentro de las tumbas individuales

cobra relevancia la deposición como ajuar de unas piezas determinadas de alfarería: vaso, cuenco y cazuela.

Durante este milenio las cerámicas van cambiando de forma paulatina. Primero las decoraciones incisas e impresas ven cómo se les suma una técnica mixta conocida como “de boquique” y más adelante cobran protagonismo los motivos excisos. Entre las formas, siguen siendo importantes las ollas, las cazuelas y los cuencos aunque aparecen también algunas jarras, e incluso al final del milenio vasos bitroncocónicos. En las cazuelas la disposición de la carena es más elevada. Los objetos de oro, relativamente abundantes durante el periodo que se elaboran los vasos campaniformes desaparecen del registro arqueológico prácticamente durante toda la Edad del Bronce.

A mediados del II milenio se documentan novedades como los puñales con remaches, las puntas de aletas y pedúculo, las alabardas y las primeras espadas. Se aprecia también ahora la llegada de influjos desde el centro de Francia al oriente de la Meseta a través de algunos materiales cerámicos con tal procedencia, y también desde el noreste peninsular, además de contactos con la zona norte portuguesa reflejados sobre todo en determinadas piezas metálicas.

Es en los últimos siglos del milenio cuando se aplica la nueva aleación de cobre y estaño llegada desde el sur de Francia. Coincide con una intensificación de las relaciones dentro del ámbito de la Europa atlántica que se plasma en el incremento de los diferentes tipos de útiles metálicos. Primero son hachas de talón sin asas, yunques, puntas de lanza, regatones y estoques; luego, espadas de puño tripartito, cinceles de cubo, hachas de apéndices laterales, de talón con asas, planas con anillas, navajas de afeitar, cuchillas, hoces, fíbulas de codo, asadores, ganchos de carne y calderos. La mayoría son piezas comunes en todo el occidente europeo, manifestaciones de relaciones a larga distancia, pero también existen piezas características del norte de la Meseta Norte, como determinados tipos de hachas.

Al final de este periodo existirá una relativa continuidad en los utensilios metálicos, pese a la introducción de pequeños objetos de hierro, mientras que se detectan cambios más importantes en otros aspectos. Las producciones cerámicas adoptan nuevas formas y decoraciones, pero más relevantes serán las variaciones en el poblamiento, en el aprovechamiento de los recursos, en los comportamientos rituales y religiosos y en las relaciones sociales.

En estas líneas de síntesis, como en la mayoría de trabajos puede quedar la sensación de homogeneidad en la cultura material dentro de amplios territorios. Pero no es

esa nuestra intención. Sin negar su utilidad para delimitar a grandes rasgos los cambios temporales, queremos destacar las variaciones espaciales. Existirían muchos caracteres específicamente locales en todas las manufacturas, especialmente en las más sencillas. Ya hemos aludido más arriba a la existencia de peculiaridades estilísticas que individualizarían a cada alfarero. Eso puede ampliarse a otras producciones, como los objetos de bronce.

A lo largo de este capítulo no hemos dejado de referirnos, allí donde podíamos, a algunas peculiaridades morfológicas y sobre todo decorativas que se escapaban a las pautas generales. Estos rasgos son el elemento que nos puede ayudar en el futuro a afinar nuestro conocimiento de las comunidades prehistóricas, que definan ámbitos familiares o a poblaciones concretas. Pero sobre los motivos puntuales, habría que tratar de analizar con exhaustividad los esquemas decorativos, una labor que exige el conocimiento profundo de las producciones de cada uno de los poblados.

5. ECONOMÍA, SOCIEDAD Y TERRITORIO

I read the news today, oh boy.
Four thousand holes in Blackburn, Lancashire.
And though the holes were rather small,
they had to count them all.
Now they know how many holes it takes to fill the Albert Hall.
A day in the life, The Beatles

El poblamiento: rasgos de los asentamientos

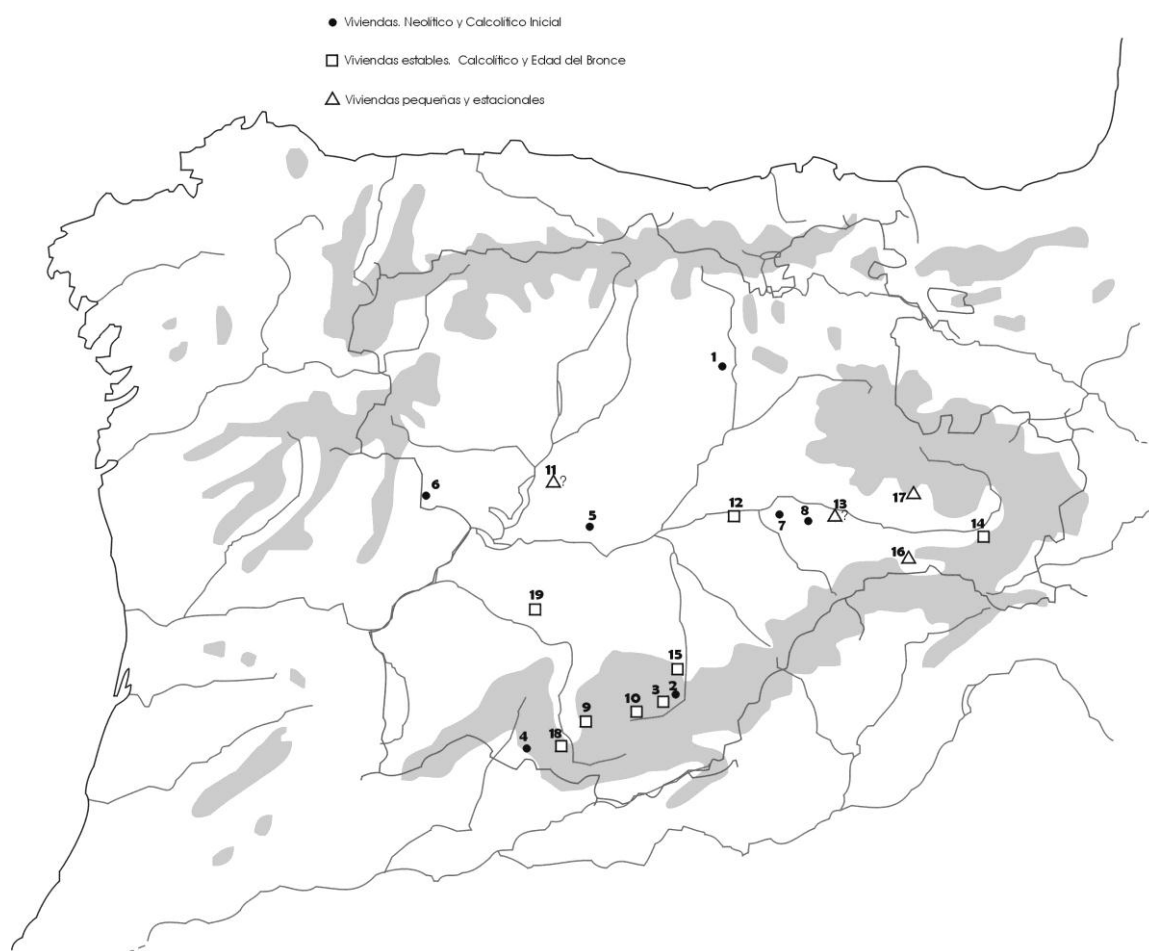
Hoyos, hoyos y más hoyos. ¿Hasta dónde queremos o creemos que podemos llegar excavando las fosas que aparecen en multitud de poblados prehistóricos? Repasando en la bibliografía los estudios sobre esta época, cualquiera podría tener la impresión de que las gentes desarrollaban una intensa "vida subterránea". El tiempo apenas nos ha dejado otras estructuras en los poblados más que las subterráneas. Ya hemos aludido en un trabajo anterior a los factores que determinan esta situación (Bellido 1996: 82). Son los propios materiales de construcción los que inciden en la rápida destrucción de las construcciones. En la mayoría de poblados las cabañas tienen como principal material la madera, cuya ruina, a diferencia de las levantadas con adobe o piedra, produce estratos de derrumbe poco potentes que apenas pueden proteger los niveles de ocupación subyacentes. No parece habitual tampoco la superposición de estructuras, lo que impide que las nuevas cabañas protejan a la construidas anteriormente. Todo esto propicia en la mayoría de los casos su desaparición por la incidencia de procesos erosivos, que acaban eliminando con relativa facilidad las evidencias superficiales.

Sólo en lugares donde la actividad postdeposicional determina la acumulación de sedimentos sellando los niveles anteriores se han conservado restos significativos de cabañas (fig. 5.1). El ejemplo más destacado de estos procesos lo encontramos en el yacimiento de Los Tolmos de Caracena (Jimeno 1984: ??). Su ubicación en una zona baja junto a un elevado tolmo ha sido determinante para que los materiales procedentes de la erosión de la zona superior se hayan ido acumulando sobre los niveles prehistóricos, protegiéndolos.

Existen más casos donde se han conservado evidencias de las cabañas, en esta ocasión gracias a que sus muros fueron levantados, al menos parcialmente, con adobe (cerro del Parpantique, Soria), piedra (Cantera de Halagas y Los Itueros, en Ávila) o entre afloramientos rocosos (El Castillo de Cardenosa, en Ávila, y el cerro del Berrueco, en

Salamanca). En estos pocos ejemplos se aprecia que el urbanismo, como en toda Europa durante este periodo –y hasta el inicio del primer milenio AC– (Harding 2003: 78) se reduce a la agrupación de unas cuantas cabañas dispersas, independientes entre sí estructuralmente y sin evidencias de organización planificada en el conjunto del poblado.

CABAÑAS



5.1. Mapa con los yacimientos donde se han identificado cabañas. *Neolítico*: 1. La Velilla (Osorno, Palencia). *Calcolítico*: 2. Cantera de Halagas (La Colilla, Ávila), 3. Fuente Lirio (Muñopepe, Ávila), 4. La Solana (Navalmoral de Béjar, Salamanca), 5. Las Peñas (Villardondiego, Zamora), 6. El Pedroso (San Martín del Pedroso, Zamora), 7. El Soto (Valdezate, Burgos), 8. Campo de fútbol (Moradillo de Roa, Burgos). *Calcolítico Final-Bronce Antiguo*: 9. Alto del Quemado (Narrillos del Álamo, Ávila), 10. Los Itueros (Santa María del Arroyo), 11. Santioste (Otero de Sariego, Zamora), 12. El Pico del Castro (Quintanilla de Arriba, Valladolid), 13. Pico Romero (Santa Cruz de la Salceda, Burgos), 14. Cerro del Parpantique (Balluncar, Soria). *Bronce Medio*: 15. El Castillo (Cardeñosa, Ávila), 16. Los Tolmos (Caracena, Soria), 17. El Balconcillo (Ucero, Soria). *Bronce Final*: 18. Cerro del Berrueco (El Tejado, Salamanca), 19. El Teso del Cuerno (Forfoleda, Salamanca).

Poco puede decirse sobre las cabañas; en primer lugar por el reducido número de las conocidas y en segundo porque en escasas ocasiones su conocimiento viene acompañado de la publicación de planos detallados o de análisis minuciosos (vid. Bellido 1996: 50-3). Prescindiendo de clasificaciones en exceso simplistas como la de Robbins

(1966, citado en Ruiz Zapatero y otros 1986), que opone asentamientos móviles con casas redondas y pequeñas a poblados permanentes con casas rectangulares y grandes, parece que se pueden dividir las estructuras de habitación de la Meseta Norte en dos grupos según su tamaño y complejidad.

Hay una serie de viviendas menores que poseen forma oval o rectangular con esquinas redondeadas construidas con postes de madera y barro, a veces con un rebaje en su suelo, y unas dimensiones que oscilan entre 6 y 15 m². Carecen por lo general – aunque no siempre – de hogar en su interior y responden *a priori* a una ocupación estacional. Ejemplo seguro de tal estacionalidad son sólo las de Los Tolmos (Caracena, Soria), aunque tal vez también lo sean las poco conocidas de El Balconcillo (Ucero, Soria) y las vinculadas a una explotación de sal de Santioste (Otero de Sariegos, Zamora) –esta con hogar. También tendrían cabida aquí las cabañas del poblado del Cerro (La Horra, Burgos), por más que una de ellas alcance 16,5 m² y destaque por la peculiaridad de incluir en su esquina noroeste un pequeño silo subterráneo. Y así mismo podría incluirse la cabaña del Pico Romero (Santa Cruz de la Salceda, Burgos), de 11-13 m² y un hogar interior; y otras cuatro más de El Soto (Valdezate, Burgos) que oscilan entre 3 y 10,7 m².

En el segundo grupo, de viviendas grandes, se manifiesta una mayor diversidad donde tienen cabida estructuras ovales, circulares y rectangulares con paredes soportadas por postes de madera junto a otras que combinan los postes con un zócalo de piedra, tapial o adobe. En su mayoría cuentan con postes centrales de sustentación y hogar. Aquí se incluyen Los Itueros (Santa María del Arroyo, Ávila), Cantera de Halagas (La Colilla, Ávila), Fuente Lirio (Muñopepe, Ávila), El Teso del Cuerno (Forfoleda, Salamanca), Moradillo de Roa (Burgos), el cerro del Parpantique (Balluncar, Soria), el pico del Castro (Quintanilla de Arriba, Valladolid), Las Peñas (Villardondiego, Zamora), Los Bajos (Vecilla de Trasmonte, Zamora) y el cerro del Berrueco (El Tejado, Salamanca). En este grupo las dimensiones varían entre 25 y 40 m². No obstante, algunas del Calcolítico inicial tienen un tamaño expresivamente menor que llega a rondar los 10 m² o algo más, aunque mantienen las pautas generales en cuanto a forma, materiales de construcción y presencia de hogares. Y ello sin perjuicio de que con esta cronología haya cabañas de un tamaño mayor: Las Peñas, Los Bajos, probablemente cerca de los 23 m²; Fuente Lirio con 28 m²; Cantera de Halagas, con casi 20 m².

Estas construcciones parecen pertenecer a los poblados más estables y coinciden con una mayor complejidad y una estructuración de su espacio interior, siendo este factor y no el tamaño o la forma de la construcción lo que determinaría su adscripción a asentamientos estables (cf. Ruiz Zapatero y otros 1986). Se tiene constancia de ello por la

presencia del hogar, además de zonas donde se concentran vasijas de almacenamiento (en la choza B1 del cerro del Berrueco y en el cerro del Parpantique); e incluso se individualiza en el Parpantique una zona de trabajo dentro de las cabañas (Jimeno y Fernández 1992a: 89). También en Fuente Lirio se ha identificado una zona donde pudo disponerse un telar y otra donde había un hoyo que posiblemente sirvió como silo de almacenamiento (Fabián 2003: 14-18). Se ha calculado que en estas casas, en cuyo interior se desarrollaban diversas actividades (tejido, trabajo de la piel, preparación de la comida, elaboración de utensilios...), cada adulto necesitaba unos 6 m², con lo que las cabañas de unos 25 m² darían cobijo a familias con unos seis miembros (Harding 2003: 44).

Si nos centramos en las viviendas mayores, no se aprecian cambios significativos en sus dimensiones a lo largo del tiempo, salvo en el caso de aquellas pertenecientes al primer Calcolítico que tienen un tamaño menor al resto. Tampoco podemos precisar si las variaciones en los tamaños y características de las cabañas de un mismo poblado tienen alguna trascendencia social. No parece relevante la oscilación entre 26 y 32 m² en las dimensiones de las cabañas de El Berrueco.

En un momento bastante más antiguo, hacia el 5000 AC, se ha documentado una cabaña oval construida con una estructura de varios postes de madera en el yacimiento de La Velilla (Osorno, Palencia) y que sólo ocupa 12 m² aproximadamente (Delibes y Zapatero 1996: 339-40). Presenta un hogar en su centro construido con cantos de cuarcita y una zona delimitada en el sector SE de la cabaña que posiblemente funcionó como vestíbulo (ídem). Por sus características la cabaña corresponde a un poblado relativamente estable, mientras que sus dimensiones nos permiten establecer una semejanza con las cabañas menores del Calcolítico Inicial.

Cabría así establecer una división cronológica en dos subgrupos de cabañas, unas del Neolítico y Calcolítico Inicial, más pequeñas, y otras significativamente mayores al menos desde el periodo Campaniforme, lo que parece indicar un cambio significativo a partir del año 2700-2450 AC, coincidiendo con una marcada jerarquización que se manifiesta en otros aspectos, como los ajuares funerarios. Las causas estarían en modificaciones en la estructura familiar o, más probablemente, a una compartimentación del interior de las cabañas con una especialización espacial de distintas actividades que con anterioridad se realizarían en el exterior.

Respecto a los hoyos, parece hoy claro que sirvieron para el almacenamiento de alimentos: su uso como graneros viene indicado ya en escritores de época romana como

Plinio y Varrón; y continuó hasta época reciente, tal como lo testimonian los estudios antropológicos (VV.AA. 1979). Sin embargo, no resulta tan seguro tratar de determinar qué productos se almacenaban, bajo qué circunstancias y con qué finalidad.

En primer lugar, Peter J. Reynolds (1979: 128-30) ha demostrado la posibilidad de servirse de cada uno de estos silos durante un periodo de tiempo ilimitado con sólo proceder a realizar una cuidada limpieza anual que destruya las bacterias e insectos que podrían dañar el grano. Y otras pruebas de esta misma utilización continuada se encuentran en el uso de los graneros subterráneos de época moderna situados bajo las viviendas (Bellido 1996: 33).

Pero hay que olvidar la imagen que proporcionan habitualmente los campos de hoyos, como una amplia extensión repleta de silos, y debemos pensar más bien que sólo unos pocos de ellos eran utilizados simultáneamente, lo cual induce a descartar una larga reutilización. En este sentido se han aducido diferentes razones para reducir la vida útil de estos silos. Una es el tipo de suelo en que se excava el silo y su mayor o menor impermeabilidad. Otra es el posible abandono de aquellos silos que han sufrido en una ocasión una inundación o la invasión de roedores (Reynolds 1979: 76). Abundando en tal idea Reynolds sostiene que los hoyos para almacenamiento de grano en época prehistórica eran usados sólo durante 5-10 años, necesitando ser remplazados después (ídem). Esta estimación proporciona una referencia sumamente útil a la hora de realizar cálculos sobre la cantidad de grano almacenado y su relación con el número de habitantes de cada poblado (Díaz-del-Río y otros 1997: 108).

Ahora bien, no hay por qué aceptar este cálculo para los poblados meseteños cuando sabemos que Reynolds se basa en el estudio de lejanos poblados británicos de la Edad del Hierro. Asimismo podrían influir factores no considerados, como el periodo real de ocupación de cada poblado concreto, el componente geológico de su sustrato y el tipo de aprovechamiento que se obtenía del entorno –y unido a ello, las necesidades de almacenamiento–, aspectos todos ellos poco estudiados en los yacimientos de la Meseta Norte.

Olvidemos por un momento el problema de durante cuánto tiempo se usaron los silos y centrémonos en su capacidad. Los estudios realizados en Moncín (Zaragoza) y en Las Matillas (Madrid) han permitido establecer dos grupos de estructuras: por un lado, unas de pequeñas dimensiones –aproximadamente 330 litros en Moncín y por debajo de 610 en Las Matillas– y, por otro, hoyos mayores –de 1150 a 1750 l en Las Matillas y en torno a 1300 l en Moncín– (Harrison y otros 1994; Díaz-del-Río y otros 1997: 96). Esto

permite establecer dentro de los hoyos empleados como silos –que serían los mayores– una relativa homogeneidad en su capacidad de almacenamiento, mientras que las estructuras menores hubieron de recibir usos distintos, como hogares y hornos.

Analizando los hoyos de la Meseta Norte, vemos que también existe una división en dos tamaños que mantienen similares proporciones a lo mencionado. Las dimensiones medias durante el periodo del 3000 al 1000 AC se mantienen en torno a los 850 litros, salvo durante el Bronce Medio que sube hasta casi 1.000 (Bellido 1996: 37). Esta regularidad podría haberse visto afectada por el hecho de que en casi todos los yacimientos se ha destruido, y desaparecido, la zona de la boca de los hoyos, con lo que desconocemos sus tamaños reales. Para tratar de percibir alguna evolución en las dimensiones, hemos decidido considerar sólo aquellos que superan los 850 l.

	Hoyos computados/Total	Porcentaje	Capacidad media	Hoyos mayores
Calcolítico Inicial	6/11	54%	1.283 litros	1.670-1.539 litros
Campaniforme	1/3	33%	1.413 litros	1.413 litros
Calc. Final- Bronce Inicial	4/8	50%	1.657 litros	2.759 litros
Bronce Medio	35/104	34%	1.325 litros	3.028-2.544 litros
Bronce Final	48/180	27%	1.117 litros	2.719-2.389 litros

Gráfica: Capacidades de los hoyos que pudieron servir como silos.

Hemos recurrido aquí a los datos que elaboramos en una publicación anterior (gráfica 1, en Bellido 1996: 35-6; añadiendo los datos publicados posteriormente de Fuente Lirio –Muñopepe, Ávila–, Pico Romero –Santa Cruz de la Salceda, Burgos–, Las Empedradas –Fuentecén, Burgos–, El Cerro –La Horra, Burgos–, La Calzada –San Mamés de Campos, Palencia–, Sacaojos –Santiago de Valduerna, León–, Manrubio I –Castrillo de la Guareña, Zamora– y Las Carretas –Casaseca de las Chanas, Zamora–). Se incluyen sólo las fosas que por su morfología podrían corresponder a silos, eliminando tanto los pequeños hoyos de poste y hornos como las grandes extensiones que servirían tal vez de charcas y fosos defensivos. Esto supone descartar a una elevada proporción de los hoyos excavados, que si se analizase el conjunto de excavaciones desarrolladas en la Meseta Norte, reduciría el número de hoyos dignos de consideración a aproximadamente un 15 o 20 %.

El resultado es de nuevo bastante regular, oscilando entre 1.100 y 1.400 l, salvo en los hoyos datados en el Calcolítico Final-Bronce Inicial que llega a 1.657 l, y las oscilaciones podrían ser debidas a lo reducido de la muestra. No obstante, encontramos una pauta de variación si atendemos exclusivamente a las dimensiones de los hoyos

mayores, sin buscar dimensiones medias. Aquí vemos –de nuevo constreñidos por el escaso número de hoyos conocidos para alguno de los periodos– cómo durante los momentos iniciales del Calcolítico no se superan los 1670 l, mientras que en la Edad del Bronce rondan en torno a los 2500, con un hoyo excepcional de 3028 l. Llamativo resulta el leve descenso producido en el Bronce Final (que no cabe atribuir a limitaciones en la muestra, pues es el periodo con mayor número de estructuras).

El aumento en la capacidad de los silos puede relacionarse con varios factores. Uno es el incremento de población debido a un crecimiento en el número de individuos dentro de cada poblado, lo que obligaría a acumular mayor cantidad de grano en los silos colectivos. Si hubiesen sido silos familiares, una posibilidad es que el aumento poblacional se hubiese reflejado, al crecer el número de grupos familiares, en un mayor número de silos dentro de los poblados. Sin embargo, si relacionamos el aumento en el tamaño de los silos con el aumento en el tamaño de las cabañas, cabe contemplar que lo que haya tenido lugar sea un crecimiento en el número de miembros de la unidad familiar. Las implicaciones sociales que esto implica desde el punto de vista de disponibilidad de fuerza de trabajo es tremendamente sugerente.

Díaz-del-Río defiende el uso del grano de los silos para consumo humano y considera que se almacenaba para mantener a la población durante un año, hasta la siguiente recolección (Díaz-del-Río y otros 1997: 108). Podría objetarse que olvida el problema de los años con malas cosechas, que habrían de solventarse con el grano almacenado como excedente o con una base económica muy amplia y diversificada que permitiese solventar la carencia de cereal con otras fuentes de alimentación (vid. por ejemplo, Jarman, Bailey y Jarman 1982: 235-7 y Martínez Navarrete 1988: 113-7). En este caso habría que conocer el papel jugado por las élites como acumuladores y redistribuidores de la riqueza, incluyendo dentro de ella el grano cosechado por los miembros del grupo. El hallazgo de silos y vasijas dentro de las viviendas de algunos poblados da fuerza a la posibilidad de que el uso de ciertas partes de la cosecha se mantenía bajo el control de cada unidad familiar, siendo utilizadas según sus necesidades particulares. No obstante, tal hecho no anula que otra porción de la cosecha sea controlada por algún jefe.

Esto nos conduce a un segundo factor posible en el aumento de la capacidad de los silos. Podría residir en un mayor peso de las élites, en un aumento de su importancia dentro del grupo como organizador de la vida social y también fuera del grupo por la necesidad de mantener unas relaciones comerciales y sociales con otros grupos. En tal caso los jefes habrían requerido que se apartase una mayor cantidad de grano del

conjunto de la producción con destino a los usos comunales bajo su "gobierno" o "dirección".

Es posible que se entregase al jefe una parte de la cosecha anual, pero ¿se incluía en esa "entrega" las semillas necesarias para la siguiente cosecha? y ¿esta parte separada del consumo familiar era gastada cada año –ya fuera en festejos comunitarios, en la alimentación de las élites o en intercambios– o se mantenía una reserva que superase estas necesidades constantes en previsión de la posibilidad de que existiesen años malos en los que fuese necesaria una redistribución del grano? Por desgracia actualmente desconocemos si existieron estructuras comunales o dependencias propias de los jefes que nos proporcionen algún indicio que precise el papel que jugaron estos personajes. Al contrario, los hoyos se extienden en los poblados sin manifestar peculiaridades que permitan asociarlos a los jefes y a las familias por separado.

Al mismo tiempo habría que dilucidar cuál es el grano guardado como simiente y, de forma encadenada, cuál la cantidad y la calidad de las tierras cultivadas y el rendimiento que se obtenía de ellas. De nuevo esto nos obligaría a analizar el entorno de cada poblado concreto y tratar de reconocer cuáles fueron las tierras cultivadas y el modo de explotación.

Sea cual sea el motivo del aumento en la capacidad de los silos, resulta inevitable que se consiguiese previamente producir una mayor cantidad de grano. Y esto pasaba sin duda por un aumento bien de la productividad, bien de la superficie cultivada. En este caso implicaría una mayor inversión de trabajo por parte de los agricultores, lo que pudo derivar tanto del aumento del tamaño de las familias como del uso de la fuerza animal, elementos ambos que sí parecen haber incidido desde el final del Calcolítico.

Ya hemos aludido en otro lugar a la más que probable separación de los hoyos y de las cabañas (Bellido 1996: 70-1; a lo que se añaden las alusiones al respecto en El Parpantique de Balluncar –Jimeno 1988: 114– y en Las Peñas, en Villardondiego –Delibes y otros 1995: 50–). Se delimitarían dos áreas distintas dentro de los poblados, una con las viviendas y otra con los hoyos, aunque la separación es, las más de las veces, sólo de unos pocos metros. No se encuentran fosas –entre otras– en el interior de las cabañas de Los Tolmos de Caracena (Soria), El Teso del Cuerno (Forfoleda, Salamanca), El Berrueco (El Tejado, Salamanca), Cantera de Halagas (La Colilla, Ávila) ni Los Itueros (Sta. M^a del Arroyo, Ávila), y por ello cabría pensar que generalmente se disponen en zonas de uso común dentro de los poblados.

Esto implicaría que tanto la acción de llenarlos y sellarlos como la de abrirlos y vaciarlos, serían realizadas no como una actividad privada y de carácter familiar, sino que tendrían un valor social y comunal. Llenar y vaciar los silos sería una actividad realizada de cara a la comunidad, tanto si los almacenes son familiares como comunales y si cada familia disponía libremente de su contenido o se procedía a realizar repartos equitativos entre todos los miembros del poblado. El reconocimiento de la propiedad familiar de los silos no destruiría el carácter comunitario de la acción. Lo que sin duda implicaba esta ubicación en zonas comunes del poblado era una simultaneidad y coordinación por parte de todas las unidades familiares del grupo humano a la hora de abrir y cerrar los silos, algo que no estaría asegurado si se hubieran dispuesto en el interior de las cabañas o en zonas escondidas o alejadas del poblado. En este supuesto, cada individuo o familia habría podido actuar a espaldas de la colectividad y se rompería la necesaria solidaridad del grupo.

Si el grano se hubiese destinado a satisfacer las necesidades del consumo diario, habría que sopesar varios factores. En primer lugar las dimensiones de los hoyos dan cabida a una gran cantidad de grano, posiblemente más del que necesitaría una familia a lo largo del año. Si se considera que en cada silo podían caber hasta 30 fanegas de trigo limpio, y que el consumo anual de diez adultos estaría en torno a 18 fanegas (según Díaz-del-Río y otros 1997: 108), podemos suponer que se almacenaba más allá de las necesidades de una familia simple. Según ese cálculo posiblemente un solo silo tendría cabida para reunir todo el grano que se necesitase consumir en el poblado en un año, produciéndose así un almacenamiento comunal del grano.

No obstante, siguiendo unos criterios distintos –que detallamos más adelante–, el consumo anual de trigo una persona adulta se sitúa en 182,5 Kg. Esto quiere decir que un silo de 850 litros de capacidad, donde habría espacio para algo más de 15 fanegas –el equivalente a unos 700 Kg de trigo (Giro Miranda 1985, Vicente 1995: 94)–, serviría para almacenar la comida anual de cuatro personas adultas. En principio eso podría equivaler a las necesidades de una familia nuclear para todo el año.

Pero esa disponibilidad del grano tomándolo de un mismo silo repetidas veces a lo largo de todo el año, obligaría a abrir los silos frecuentemente y sacar lo que se requiriese para un plazo corto de tiempo, lo que redundaría en que se arruinase con facilidad su contenido. Al estar usándolos repetidas veces, el cierre perdería hermeticidad y más fácilmente entrarían los roedores y otras plagas, al tiempo que se eliminaría la atmósfera de anhídrido carbónico que impide el crecimiento de determinados hongos y bacterias (Bellido 1996: 30). Así parece poco probable que se vaciasen poco a poco. No

obstante, podría producirse el vaciado de una sola vez y proceder al reparto de su contenido entre todas las familias de la aldea, lo cual implicaría la existencia de un individuo que sirviese como redistribuidor, estableciese las partes en que se dividiría el contenido y garantizase su justo reparto.

Descartamos de este modo el uso particular, según las necesidades independientes de cada familia, del grano guardado en los silos subterráneos, lo que implica buscar una explicación a la satisfacción de la demanda diaria de pan. Para ello contamos con el testimonio de vasijas dispuestas en áreas de habitación que contendrían el grano que se molía habitualmente para elaborar el pan de consumo diario. Grandes tinajas con este uso se han encontrado en las chozas de El Berrueco (Salamanca) (Maluquer 1958: 46) y del cerro del Parpantique (Soria) (Jimeno y Fernández Moreno 1992a: 89), mientras que en la cueva de Arevalillo (Segovia) apareció un encanchado de piedra donde pudieron disponerse recipientes de cestería con el mismo fin que las tinajas (Fernández-Posse 1981). Estos hallazgos coinciden generalmente con la proximidad a lugares donde se encuentran molinos barquiformes que servían para la preparación de los alimentos, dentro de los mismos espacios de habitación.

Los contenedores relacionados con el consumo diario tienen una menor dimensión que los silos. En el poblado de Gatas (Almería) se han establecido varias categorías en estos recipientes: (1) recipientes relacionados con el consumo directo y la distribución de alimentos, que no superan los 5 litros de capacidad, (2) recipientes vinculados con actividades de procesamiento y almacenaje de provisiones, con una capacidad mediana en torno a 8 litros, y (3) recipientes de almacenamiento especializado en el interior de las casas, con una capacidad media de 48 litros y un caso excepcional de 105 litros (Colomer 1996: 55).

Si, como creemos, en el uso de los almacenes subterráneos estamos ante una actividad colectiva, realizada en común, podemos pensar que el contenido de los silos no recibía un uso familiar, sino que tenía también un destino colectivo. Las posibilidades son varias.

La primera sería su uso alimenticio dentro de grandes festines y fiestas comunales, pero dada la gran capacidad de los silos habría grano suficiente para hacer una cantidad desproporcionada de tortas o panes. Un silo de 1500 litros de capacidad relleno por completo tiene cabida para cerca de 1.200 Kg de trigo. Transformado en pan, alcanza algo más de 1.400 Kg, lo que representan unas 2.800 raciones diarias de pan para alimentar a personas adultas. A todas luces, representa una cantidad sumamente

elevada para consumir sólo en una celebración extraordinaria. Eso sin contar que el pan sería sólo una pequeña parte de los alimentos consumidos, pues habría que incluir además frutas, legumbres, carnes y pescados, que constituirían la parte principal del menú. Nos cuesta admitir por tanto que el contenido de los silos tuviese una finalidad puramente alimenticia para ocasiones excepcionales y festivas.

Otro posible uso sería constituir la reserva para épocas de penuria, pero dejaría en evidencia un problema previo sin resolver: la necesidad de guardar grano que sirva como simiente para la siguiente cosecha. La siega y la siembra son dos labores fundamentales para la supervivencia de las sociedades agrícolas y en las que se ven implicados todos los miembros de la comunidad. Esto pone de manifiesto el valor que la simiente tiene para todos los individuos de una aldea como grupo y reforzaría el valor de los silos. Ahora bien, la recogida de la cosecha se produce en junio y julio y tan sólo tres meses después, en octubre y noviembre, se realiza la siembra del trigo y el centeno. En este caso resultaría innecesario guardar el grano en silos cerrados, pero no sería así si la siembra fuese tardía, en primavera, como ocurre con la cebada y la avena. Además el periodo óptimo de utilización de los silos subterráneo coincide además con los meses más fríos, pues en verano el aumento de la temperatura del suelo incrementa la actividad de los microorganismos y crece el riesgo de arruinarse su contenido (Reynolds 1974: 123).

Admitiendo su propiedad comunal y que los meses más aceptables de utilización son los fríos, los dos usos más probables son la salvaguarda de la semilla en el caso de siembra primaveral y de los alimentos a medio plazo. Ahora bien, para la semilla bastarían silos pequeños puesto que, en primer lugar, no incluirían a los cereales sembrados en otoño y, en segundo, la simiente sería una pequeña parte del conjunto de la cosecha. Según cálculos que detallamos más adelante, un poblado con unos 25 adultos podría guardar todas las semillas de trigo necesarias para la siembra en un solo hoyo. Esto resulta sumamente interesante, puesto que si los silos tuviesen este destino, estaríamos ante un caso en el que todos los miembros del poblado guardaban la simiente en común y procedían después a su reparto después de haber pasado varios meses protegida por la Madre Tierra.

La interpretación de los silos como almacenes colectivos de grano de los que se haría uso en las épocas de penuria y escasez, cobra del mismo modo importancia. La principal de estas épocas, repetida con periodicidad anual, coincide con los meses primaverales previos a la recolección de la nueva cosecha. Es probable que sea en este momento cuando se abren los silos y se reparte de una sola vez su contenido entre todos los habitantes del poblado. A más largo plazo, las plagas, sequías o inundaciones pueden

hacer necesario recurrir a reservas almacenadas para abastecer a la comunidad. Aquí de nuevo tenemos una actividad comunal en la que, como en la anterior, se hace necesaria la presencia de un personaje que actúe como regulador de la actividad, velando por que se ejecute con limpieza y justicia, mirando por los intereses de todos equitativamente.

Dejando al margen los silos, un elemento más de la vida cotidiana son los actos de contenido religioso y simbólico, pero éstos parecen dejar escasas evidencias dentro de los poblados. De entre las pocas cabañas conocidas hasta la fecha ninguna parece haber cumplido la función de santuarios, lugares de sacrificios o de adoración. Hay que pensar más bien que los lugares sagrados se disponían en relación con el territorio, fuera de los poblados, como se aprecia a través de las cuevas, abrigos y lugares al aire libre con pinturas y grabados, ausentes de los lugares de habitación aunque a veces no muy alejados de ellos.

No obstante, dentro de los poblados se constata la existencia de hoyos donde parecen haberse realizado ofrendas de carácter cultural y propiciatorio (Blasco y otros 1984-85, Valiente 1992). Más adelante analizaremos el simbolismo de estos cultos, pero ahora es el momento de definir las características de los hallazgos. Los hoyos donde se depositan estas ofrendas no difieren en nada del resto de los que componen los campos de hoyos, lo cual impide identificarlos como tales y separarlos del resto. Coinciden sus dimensiones y su morfología e incluso habitualmente son similares sus niveles superiores de relleno. Sobre su localización, tampoco siguen una pauta determinada, encontrándose de forma aleatoria dentro de los campos de hoyos, dispersos e intercalados entre el resto de las fosas.

Respecto a su contenido, los hoyos que más claramente corresponden a ofrendas son aquellos con restos de animales salvajes, como cornamentas de ciervos, y domésticos, fundamentalmente cráneos, columnas vertebrales y patas de bóvidos (hallazgos de La Huelga, en Palencia, y Las Pozas y Villardondiego, en Zamora). Se trata en todo caso de las partes del animal que poseen menor aprovechamiento alimenticio y, al mismo tiempo, un mayor valor simbólico, lo que las convierte en un elemento de ofrenda habitual en muy diversas culturas (Bellido 1996: 46-7).

La ubicación de estas ofrendas dentro de los poblados y, más concretamente, en el interior de hoyos que con anterioridad han servido como silos tiene un valor intencional. El sentido de elegir esta localización se relacionaría con un deseo de agradecer la buena conservación de las cosechas en el interior de los silos (Cunliffe 1992: 78-9). Pero no estamos ante un ritual desarrollado en todos los silos, sino sólo en unos

pocos. Tal vez este rito sólo tenía lugar en ocasiones de peligro de catástrofe natural o al fundar un nuevo asentamiento, aunque el hecho de no conocer ningún poblado en toda su extensión nos impide valorar con exactitud estas hipótesis. Estas ofrendas se realizan al menos desde el 3000 al 1000 AC, sin que puedan apreciarse variaciones en el ritual a lo largo del transcurso de este tiempo.

Un último aspecto que queremos destacar dentro de los poblados es la construcción de empalizadas y murallas (Bellido 1996: 64-6). Se sabe de la presencia de toscos muros defensivos levantados con piedra cubriendo las zonas más expuestas de los poblados en alto. Parece lógico que estos enclaves excepcionales –sólo una pequeña porción del total de asentamientos conocidos– se protegieran y acentuasen artificialmente sus ventajas defensivas. No obstante, no faltan algunos casos de poblados en llano donde se han exhumado tramos de empalizadas vegetales, a los que en los últimos años se han sumado multitud de nuevos ejemplos gracias al testimonio de fotografías aéreas. A través de estos documentos se puede apreciar la existencia de concentraciones de hoyos en el interior e inmediaciones de grandes estructuras circulares –que oscilan entre 70 y 150 metros de diámetro–, en ocasiones con dos o tres de tales estructuras concéntricas. La cronología de estos yacimientos oscila entre el Calcolítico Inicial y el Bronce Final (Olmo 1999: 48-9).

Para estas construcciones se ha propuesto que sirviesen como murallas protectoras de los yacimientos, ya fueran poblados o santuarios (Delibes 2000-2001: 300-1). Personalmente nos inclinamos por considerarlos poblados, ante la falta de evidencias que permitan establecer relaciones y coincidencias con otros espacios de los que se conoce con certeza un uso cultural. También Díaz-del Río (2003: 74) los considera poblados tras analizar las características de sus cabañas y los materiales recogidos. Así mismo proponemos recuperar una hipótesis que propusimos hace unos años (Bellido 1996: 66) y en la cual sugeríamos la relación entre los espacios ocupados por los hoyos y los lugares donde se dispondrían los encerraderos del ganado.

En primer lugar, ya hemos aludido a la frecuente separación de cabañas y hoyos, con lo que es posible que las viviendas no estuviesen coincidiendo espacialmente con los hoyos. Además resultaría imprescindible contar con encerraderos de ganado donde guardar y proteger los rebaños cuando no andaban pastando y deambulando por el territorio. Sin duda eran estos rebaños la principal riqueza de los poblados del centro de la cuenca del Duero y existirían sistemas para su protección como sencillos cercados. Proponemos así la conjunción en el mismo espacio, protegidos por la empalizada, de las dos principales riquezas de estas gentes prehistóricas: su ganado y el grano cosechado y

conservado dentro de los silos subterráneos. No es un caso infrecuente en muchos pueblos agricultores que silos y establos vayan unidos. Por ello creemos que estas construcciones que delimitan los asentamientos acogerían en su interior establos y silos, sin descartar que algunas zonas se reservasen para las viviendas.

Modelos de poblamiento

Si son escasas las evidencias datadas en el Paleolítico Superior dentro de la Meseta Norte, poco también se sabe acerca de la ocupación durante el Epipaleolítico y hasta que la neolitización alcanza estas tierras. Cabe mencionar evidencias como los niveles inferiores de la cueva burgalesa del Nispero y los abrigos de Ligos y del valle del Henar(Soria), otros de la cuenca del Eresma y Estebanvela (Segovia), las cuevas de Ojo Guareña (Burgos) y las de La Uña y El Espetín (León). Todos estos yacimientos deparan industrias líticas encuadrables en el Epipaleolítico microlaminar (Neira y Bernaldo de Quirós 1996, Jiménez Guijarro 1999: 494-5, Corchón 2002). Se ha llegado a plantear, en el caso de las cuevas leonesas, que estemos ante ocupaciones veraniegas de gentes venidas desde el Norte (Neira y Bernaldo de Quirós 1996: 24). Se trataría de zonas periféricas de la Meseta ocupadas en relación con otras áreas con mayor densidad humana: la cordillera cantábrica y los valles del Ebro y alto Tajo.

Para los momentos más antiguos del Neolítico apenas hay constancia de unos pocos yacimientos en cueva y al aire libre, que hubieron de ser muy escasos o de poca entidad y que comienzan a ser algo mejor conocidos en el final del Neolítico. De hecho se ha constatado que algunas zonas de la Meseta Norte son pobladas en el Neolítico, proponiéndose la llegada de población alóctona (Kunst y Rojo 1999: 268). Se ha llegado a sugerir incluso, restando valor a los indicios epipaleolíticos, que la colonización neolítica suponga el punto de partida de la ocupación humana de la Meseta Norte en el Holoceno (Delibes y Fernández 2000: 96).

Entrando de lleno en momentos avanzados del Neolítico, pese a la probable desaparición de muchos sepulcros neolíticos por causas antrópicas relacionadas con la explotación agrícola contemporánea, el aprovechamiento de sus materiales para construir nuevos edificios y otros procesos de destrucción (Bellido 1993), lo cierto es que el problema de su dispersión tal como la conocemos actualmente puede proporcionarnos un panorama aproximado del poblamiento de la Meseta Norte. Tanto el inventario de monumentos megalíticos (Delibes, Palomino y otros 1992) como el de lugares de habitación (Iglesias y otros 1996) permiten presentar la imagen de una Meseta ocupada

en casi toda su extensión, pese al vacío existente en buena parte de la provincia de León. Asimismo las zonas con mayor ocupación corresponden al sureste de Salamanca-suroeste de Ávila, a Zamora, al occidente de Valladolid y al noroeste de Burgos, aunque se disponen otros enclaves más dispersos y aislados hasta rellenar buena parte de la Meseta Norte. Esta presencia humana se ve con claridad en los trabajos sobre los monumentos funerarios del Neolítico Final en Salamanca (Delibes y Santonja 1986a) y Burgos (Moreno 1999).

Su implantación sobre el territorio parece responder sólo a una adaptación a las características propias de cada zona en vías a obtener el mejor aprovechamiento posible. Así en los márgenes montañosos ocupan la cima o las laderas de los puntos más elevados, donde se obtiene un mejor aprovechamiento ganadero, y en las tierras llanas se disponen junto a ríos y lagunas sobre suelos arenosos fáciles de labrar (Iglesias y otros 1996: 724). En todo caso el escaso número de los conocidos induce a pensar que se trata de hábitats dispersos, aparentemente sin ningún tipo de jerarquización ni sometidos a criterios de complementariedad, sino basados más bien en la autosuficiencia de los recursos básicos de subsistencia. Por otra parte existiría un aprovechamiento extensivo de tales recursos, dada la gran separación entre poblados, al tiempo que muchos valles parecen quedar desocupados. Todo ello resulta indicativo de un número reducido de pobladores en estos momentos.

No obstante, el poblamiento neolítico que las prospecciones han reconstruido en el Valle de Ambrona permite distinguir dos tipos de asentamientos. El mayoritario –30 de 33– es un modelo de poblado dispuesto en zonas bajas ocupando las laderas cercanas a lagunas, pero sin estar en el fondo del valle y con un amplio dominio visual (Kunst y Rojo 1999: 264). Se plantea la duda sobre el papel de los otros tres asentamientos, que se sitúan en plataformas destacadas, rodeadas de laderas abruptas, con un gran dominio del territorio y con murallas. Ahora bien, sus investigadores reconocen que no se puede confirmar que las murallas pertenezcan a este periodo mientras no se proceda a su excavación, puesto que la ocupación humana en el mismo emplazamiento se prolonga durante el Calcolítico y puede que las murallas sean construidas en este momento (ídem: 265-6). Habría que mantener, por tanto, ciertas reservas sobre la cronología de estos yacimientos.

Durante el Calcolítico se aprecia una expansión en la ocupación del territorio, que se manifiesta con una mayor intensidad por toda la región. Se mantiene el vacío en parte de las tierras leonesas, si bien en el resto se incrementa significativamente el número de yacimientos conocidos. Destaca la novedad de la presencia humana en

montañosas septentrionales (como los de Amblés, Corneja, Becedillas o Tormes alto) aprovechan la ladera orientada hacia el sur sin adentrarse en la sierra, mientras que en las zonas llanas del norte de la provincia (adentrándose en tierras de Valladolid, Salamanca y Segovia) se establecen en las proximidades de cursos de agua y lagunas, en este caso muchas veces sobre lomas junto a las tierras pantanosas (fig. 5.2). Los poblados del área de montaña se clasifican en cuatro tipos de emplazamientos: a/ en una pequeña meseta en ladera, al borde del valle, b/ en un promontorio granítico delimitado por varias cárcavas, c/ en la ladera; y d/ excepcionalmente hay enclaves en el valle del Corneja en lo alto de montes a varios cientos de metros sobre el fondo del valle (idem: 176).

Parecida dualidad se ha identificado en Zamora, donde al mismo tiempo que hay algunos yacimientos pequeños que ocupan suaves colinas junto a la laguna de Villafáfila, otros se sitúan sobre cerros parcialmente amurallados, como ocurre en el caso de El Pedroso (Rodríguez y otros 1990; Delibes y otros 1995: 50-1). En el poblado en llano de Los Bajos se dispone así mismo una amplia zanja que delimitaría el área principal del poblado (Larrén 1999: 46), con lo que parece que las defensas artificiales no son exclusivas de enclaves elevados. Asentamientos con defensas artificiales se encuentran también en Salamanca y Ávila, donde se han identificado varios sobre un pequeño cerro protegidos por un foso o un foso y una muralla, como en El Alto del Quemado (López Plaza 1987: 59). Por su parte en Soria los hábitats ocupan preferentemente el reborde montañoso, mientras que son pocos los localizados en el centro del valle (Jimeno y Fernández Moreno 1992a). Además existen algunas diferencias dentro de Soria. En el sistema Ibérico conviven algunos en las zonas bajas junto a otros en elevaciones próximas; en el sistema Central ocupan de forma más aislada la parte superior de las sierras y dominan los cañones de los ríos; y por último en las planicies del Rituerto y el Duero, unos se disponen en llano próximos a los ríos y otros en lugares altos (idem; Revilla Andía 1985).

Pese a esta dualidad en el tipo de poblados, no se aprecia con claridad una jerarquización en la que los situados en cerros ejerzan un control o dominio sobre el resto. Aunque un proceso similar se constata en la segunda mitad del III milenio en el N de Portugal y ha sido interpretado como reflejo de una creciente desigualdad social (Díaz-Andreu 1995: 25), parece más adecuado en la Meseta pensar en una relativa independencia entre poblados cuyo emplazamiento responde a unas necesidades puntuales más vinculadas a la explotación del medio que les rodea antes que a otros factores. Sin negar una creciente preocupación por definir la individualidad de cada poblado frente al resto y la progresivamente más marcada existencia de jefaturas, no está

clara tal desigualdad entre unos poblados y otros, entendiendo como tal el establecimiento de centros de poder que rigen sobre amplios territorios con el control de varias estaciones desde una principal.

Por un lado, todos los asentamientos manifiestan en mayor o menor medida preocupaciones defensivas en la elección de su enclave, que suele estar dispuesto en zonas elevadas respecto al entorno. Por otro, predomina la adaptación de cada uno de ellos a las condiciones naturales del territorio, siendo similares todos los de una comarca concreta sin que pueda identificarse uno que aparente una posición dominante o de control sobre los demás. Así, por ejemplo, se suceden numerosos poblados por toda la ladera norte del valle de Amblés ocupando similares emplazamientos, de dimensiones parejas y a poca distancia unos de otros (1,5 o 2 Km) (Fabián 2003: 41), mientras en las tierras llanas del norte se disponen más dispersos y aprovechando la cercanía a los ríos. Destaca además el elevado número de poblados de esta etapa, que se manifiesta con más fuerza en determinadas zonas meseteñas.

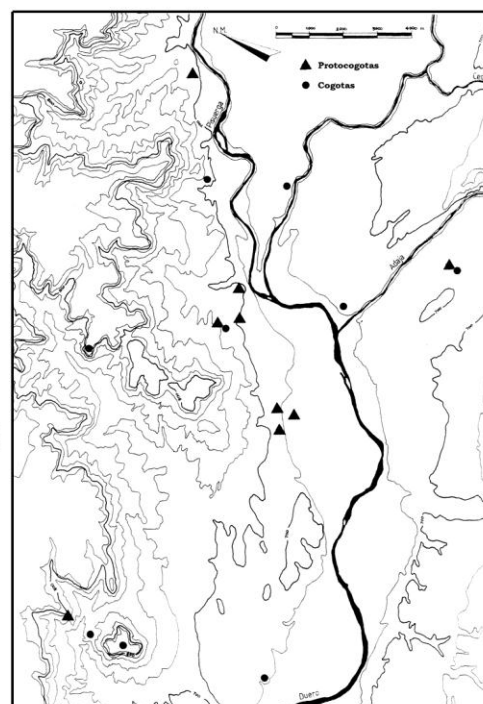
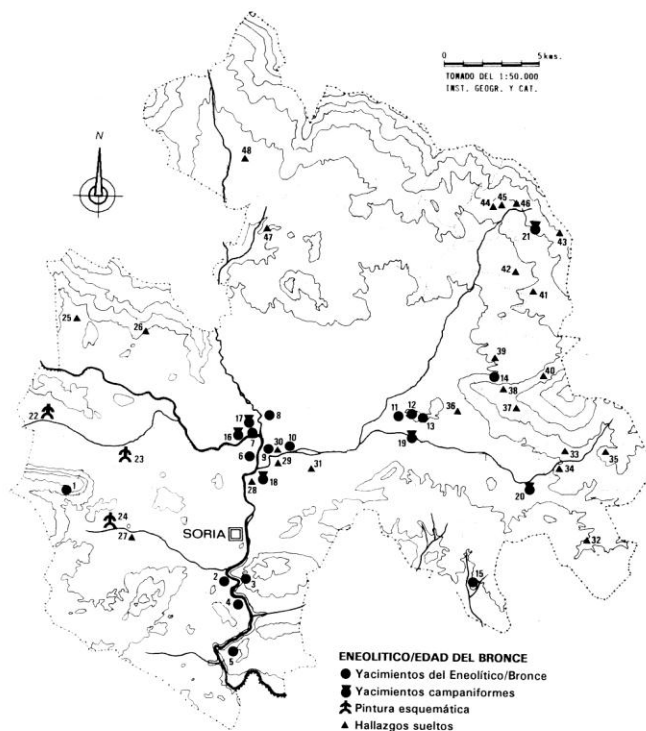
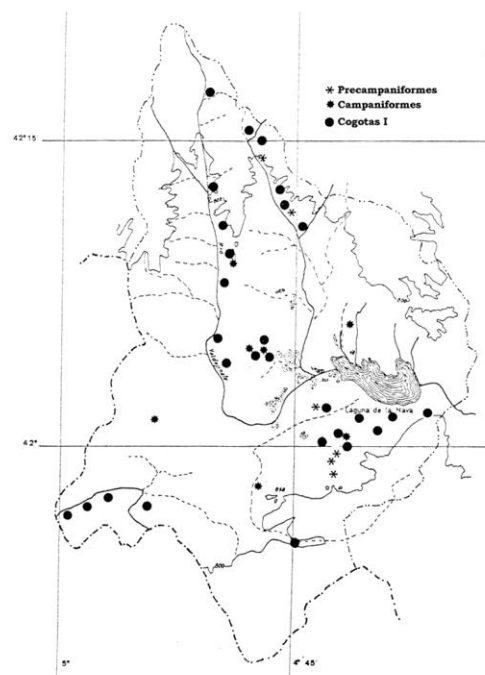
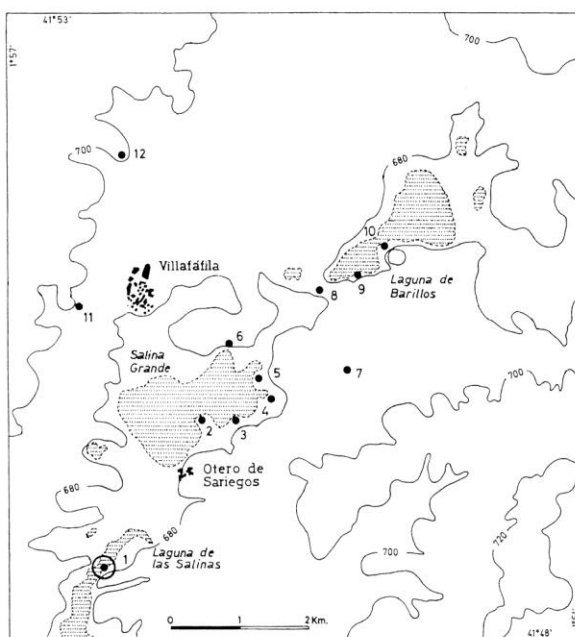
El Calcolítico Final-Bronce Inicial protagoniza una concentración de la población visible en la reducción del número de asentamientos. Nos encontramos sin duda con un momento de cambio y de establecimiento de fuertes jerarquías, como se ve claramente en los ajuares campaniformes. Además de la menor cantidad de poblados, tiene lugar la fundación de hábitats enclavados en cerros elevados que pueden presentar restos de amurallamientos. Ahora sí existe una auténtica preocupación por el control del territorio, visible por ejemplo en el valle de Amblés (Fabián 1995: 188) y en el sur de la provincia de Soria (Jimeno y Fernández Moreno 1992a).

Habría que valorar, no obstante, el poblamiento de determinadas zonas con recursos específicos. Nos referimos al caso de Villafáfila (fig. 5.3: 1), en torno a cuyas lagunas no parece existir una jerarquía clara en los numerosos asentamientos del Bronce Antiguo (Delibes, Viñé y Salvador 1998: 185). Tal vez se trate de ocupaciones estacionales que inciden en un territorio de forma intermitente, puesto que la época óptima para la obtención de la sal serían los meses de verano, calurosos y con pocas lluvias, mientras que el resto del año el esfuerzo requerido sería mucho mayor. Este periodo óptimo de aprovechamiento es normal en otras salinas a cielo abierto, dedicándose el resto del año a labores de mantenimiento (Sáiz Alonso 1989).

Esta estructuración del territorio con varios poblados en llano junto a uno situado en un emplazamiento elevado, prominente y de fácil defensa se manifiesta con mayor claridad durante el Bronce Medio y Final. El tamaño de las aldeas es además mayor

en esta etapa. Los poblados en llano mantienen como en momentos anteriores su disposición en las laderas más soleadas y la proximidad a los cursos de agua, como en la cuenca palentina de La Nava (Rojo Guerra 1987), junto al río Duero entre Valladolid y Tordesillas (Arranz y otros 1993) o en Soria (Jimeno y Fernández Moreno 1992a).

Dentro de la provincia de Valladolid faltan poblados en el interior de los páramos, apenas se encuentran en Tierra de Campos y en el Suroeste y, por contra, se concentran en los valles de los principales ríos y en el Sureste (Quintana y Cruz 1996). Mientras ahora se ocupan con especial intensidad zonas como la cuenca de La Nava, donde la mayoría de aldeas no distan más de 1500 metros (Rojo Guerra 1987: 413), otras parecen sufrir un despoblamiento por causas desconocidas, como ocurre en la provincia de Soria desde el Bronce Medio, reconociéndose aquí sólo unos pocos yacimientos principalmente en el centro de la cuenca del Duero (fig. 5.3: 2 y 3).



5.3. Mapas de poblamiento de varias zonas de la Meseta Norte: 1. Bronce Antiguo en el entorno de la laguna de Villafáfila, en Zamora (Delibes, Viñé y Salvador 1998), 2. Calcolítico y Edad del Bronce en la cuenca de la Nava, en Palencia (Rojo 1987), 3. Calcolítico y Edad del Bronce en la Altiplanicie soriana (Morales 1995), 4. Bronce Medio y Final en el valle del Duero entre Simancas y Tordesillas, en Valladolid (Arranz y otros 1993).

Lo más llamativo son los poblados fortificados, estudiados con mayor detalle en el centro de la Meseta, donde ocupan el borde del páramo, generalmente en pequeños salientes cuya zona de unión con el resto del páramo se cierra con amurallamientos de piedra (Rodríguez Marcos 1996). El territorio se organiza en pequeñas comarcas donde sincrónicamente conviven poblados en llano, muy cerca de la llanura de inundación,

otros en terrazas o alomamientos con cierto control visual y uno solo que ocupa una lengua de páramo o un cerro testigo. Así se aprecia en el área del valle del Duero entre Tordesillas y Peñafiel (fig. 5.3: 4) (Arranz y otros 1993: 83; Rodríguez Marcos 1993: 69). Y como acabamos de ver, este tipo de enclaves están ya establecidos desde el inicio del Calcolítico, sólo que el modelo de ocupación del territorio es distinto para estos momentos más avanzados de mediados del II milenio. Ahora se daría una relación de desigualdad social y de dependencia entre los dos tipos de asentamientos.

Más complicado resulta establecer el papel exacto de los hábitats en zonas elevadas. No parece que se trate de enclaves ocupados ocasionalmente para aglutinar a la población de todo el territorio en caso de necesitar hacer frente a alguna amenaza o para celebrar acontecimientos excepcionales, sino que contarían con una presencia humana constante similar al resto de poblados. Al menos hasta ahora se ha intuido la presencia de estructuras similares a las de otros asentamientos: cabañas y fosas (Rodríguez Marcos 1996: 96-7).

La limitación de las excavaciones desarrolladas hasta el momento –pocas y en áreas restringidas– imponen el desconocimiento tanto de su estructura interior como de si existen diferencias con los del llano. De existir, cabría esperar que se descubrieran indicios de que efectivamente aquí se establecieron centros de poder con un control coercitivo basado en la fuerza de las armas, en el prestigio personal, en la posesión de las mejores tierras, rebaños y medios de producción, en alianzas familiares o en las conexiones con el exterior. Tal vez se trata de centros redistribuidores encargados además de las relaciones de intercambio con otros grupos, donde se concentran los artesanos especializados y donde se celebran mercados y ferias periódicas acompañadas de celebraciones sociales y religiosas.

Así mismo los poblados en llano parecen tener una duración limitada a unas pocas décadas de forma continuada. No obstante, se vuelve a ellos de forma recurrente, con lo cual no es raro encontrar manifestaciones materiales que reflejan ocupaciones espaciadas en el tiempo, con periodos de abandono, pero que en conjunto abarcan buena parte de la Edad del Bronce (Bellido 1996: 87). Por contra el desarrollo de los poblados en alto se limita a un solo periodo de tiempo sin rupturas, no volviéndose a ocupar una vez abandonados. Quizás esta duración fuese mayor que en los asentamientos en llano, puesto que la permanencia no dependía de la explotación agrícola del entorno inmediato (su ubicación no ofrece unos recursos idóneos en este sentido).

La presencia de asentamientos centrales sobre enclaves de fuerte carácter defensivo invita a pensar una situación de lucha entre distintos grupos o en la necesidad de manifestar el prestigio y el control del poder de cara al interior del grupo propio. O tal vez las dos condiciones a la vez. Al ser grupos exógamos, con matrimonios entre personas de distintos poblados, todos intentarían fortalecer sus lazos con el grupo más fuerte y, al mismo tiempo, eso iría dejando en desventaja a los grupos más débiles. En esta situación de confrontación y alianzas, las rivalidades no tendrían como objetivo la conquista del contrario, aspecto que implicaría sociedades más centralizadas, sino que serían enfrentamientos donde estaba en juego el prestigio (Kristiansen 2001: 81-95) y, probablemente, también asegurarse el intercambio de mujeres (Meillasoux 1977: 52). De este modo, el grupo principal sería el que desarrollase un mayor almacenamiento de la producción agrícola, lo que le permitiría mantener el control de las subsistencias, y por ello su pujanza se manifestaría en alianzas matrimoniales.

Si el modelo de poblamiento centralizado se mantiene seguramente en muchas zonas desde el final del III milenio a principios del I, habrían de existir factores excluyentes que se imponen para descartar los emplazamientos elevados primitivos en favor de lugares nuevos. Entre las posibles causas cabría pensar, en primer lugar, en la derrota militar y un cambio de autoridades, que obligara a abandonar los poblados conquistados y a asentarse en uno nuevo. Esto se reflejaría en evidencias de destrucción, y saqueo, así como la aparición de individuos muertos en combate. Otra posibilidad es el abandono del territorio y el consiguiente despoblamiento de la zona, desapareciendo restos de ocupación humana durante al menos varias décadas. Pero estos son casos excepcionales que no sirven para explicar el modelo general de poblamiento en la Meseta.

Debemos indagar en elementos que permitan establecer una cierta continuidad del poblamiento, que se relacione con la reocupación que se constata en los poblados en llano. Por ello hay que destacar que a lo largo de todo el periodo se mantienen una serie de rasgos comunes. El principal de ellos es el emplazamiento defensivo, en un lugar elevado y de fácil defensa; pero además se disponen en enclaves cuyo entorno inmediato no cuenta con abundantes tierras de alto rendimiento agrícola, sino que más bien predominan las improductivas para el cultivo.

Junto a estas coincidencias, no se puede defender que conforme pasan los siglos, se vayan levantando poblados de mayores dimensiones. Más bien parece reconocerse una cierta aleatoriedad dentro del factor de la dimensión de los poblados desde el punto de vista de la evolución a lo largo del tiempo. Así, por ejemplo, en el centro del valle del

Duero conviven a no demasiados kilómetros de distancia un poblado en el Pico Aguilera (Villán de Tordesillas, Valladolid), para el que se ha calculado una extensión de poco más de cuatro hectáreas, con otro en la Plaza (Cogeces del Monte, Valladolid) de unas 28 hectáreas. Pocos siglos después, cercano al primero de estos poblados –cuando ya ha sido abandonado– se funda el de Carricastro (Tordesillas, Valladolid), con algo más de 34 hectáreas (datos del Inventario Arqueológico de Valladolid).

El panorama induce a pensar más bien en la existencia de cambios en la ubicación de los centros de poder. En ocasiones asentamientos que parecen concentrar más población y recursos son abandonados y se ocupan otros menores, otras veces se producen procesos de crecimiento de los centros de control del territorio. Las consecuencias de estos cambios inciden en la elección de los emplazamientos. Lo que en principio, de tratarse poblados en llano, no habría supuesto más que una ampliación o reducción del área amurallada, se encuentra con el obstáculo de que los asentamientos en alto están constreñidos y delimitados por la pendiente del borde del páramo que cierra todo o buena parte de su perímetro. Y, en los casos en que no se sitúan en cerros aislados, la estrecha lengua que forma un acceso fácil de defender no permite tampoco la ampliación del área de hábitat sin comprometer la seguridad del poblado. Por idénticos motivos, tampoco su reducción. De este modo el aumento de la población o la demanda de nuevos espacios para uso público o privado, conllevaría necesariamente el abandono del lugar la búsqueda de otro de mayores o menores dimensiones. Cabría además tratar de constatar si existen cambios en la extensión del territorio que domina cada poblado en alto.

Habría que enfrentarse ahora al problema de definir las relaciones de los poblados en alto con el resto. En los primeros sería donde reside el poder central y desde donde se controla el territorio circundante. Para ello albergarían los medios de transformación y de almacenamiento de la producción agrícola y ganadera, además de otras manifestaciones del poder central, como el establecimiento de artesanos y otros especialistas. También es probable que desde aquí se controlase la cabaña ganadera, teniendo en cuenta su trascendencia como elemento generador de riqueza, la movilidad de este recurso y la posibilidad de utilizar los terrenos improductivos de los alrededores como lugar de pastoreo. Su papel sería preponderante y regulador, desde el momento en que sólo se encuentra uno de estos castros dentro de un área concreta durante un periodo que abarcaría varios siglos. Aunque de nuevo nos enfrentamos al problema de definir sus relaciones con el resto de poblados circundantes.

Parece que la mayoría de los poblados en llano tienen cierta estabilidad y no se ocupan sólo estacionalmente mientras duran los trabajos de cosecha. Un indicio de ello es que cuentan con sistemas de almacenamiento para el grano, aunque de capacidad limitada y posiblemente reducida al abastecimiento de las necesidades alimenticias anuales del grupo. En este mismo sentido se pueden valorar análisis de las épocas de matanza del ganado y los requerimientos a que obliga por el trabajo agrícola (Bellido 1996: 82-6). Su duración vendría dada por la propia rentabilidad y fecundidad de los campos de cultivo.

En todo caso, a falta de excavaciones en estos yacimientos, desconocemos demasiadas cosas como para pretender definir detalladamente la actividad desarrollada en ellos. Esa misma carencia impide precisar con exactitud cuantos poblados existen simultáneamente dentro del territorio de un mismo poblado elevado. Las actuales apreciaciones, basadas sobre todo en tipologías cerámicas, no permiten grandes precisiones y admiten amplios periodos que llegan a abarcar hasta tres o cuatro siglos.

Respecto a la transición hacia la Edad del Hierro, se trata de un proceso poco claro para las actuales investigaciones. Hay quien plantea la llegada de nuevos pobladores que sustituyen a los anteriores y quien sostiene que se trata de una evolución rápida producida dentro de la población preexistente. Parece claro que se produce un cambio relativamente brusco. Muchos factores incidirían en él: aumento de población, que obliga a una intensificación del aprovechamiento y a estabilizar el poblamiento, y mayor número de poblados que aúnan las necesidades defensivas con la disponibilidad de tierras de cultivo y que por ello necesitan ocupar lugares distintos a los que utilizaban anteriormente (Quintana y Cruz 1996). Otros hablan de las repercusiones del cambio climático (López y Blanco 2003) o de la introducción de nuevos sistemas de aprovechamiento agropecuario –abonado, rotación de cultivos, barbecho– (Delibes 2000-2001: 294).

El resultado es que en el poblamiento parece romperse el esquema mantenido durante la Edad del Bronce, de territorios jerarquizados, para pasar las gentes a concentrarse en unos pocos núcleos que cabría ver como el germen de las futuras ciudades-estado vacceas. El paso de un sistema a otro ha de estar sin duda relacionado con un cambio en las estructuras de poder, al tiempo que iría unido a una mayor presión sobre la posesión de la tierra. Todo ello conduciría en el transcurso de unos pocos años al establecimiento de asentamientos permanentes situados en las tierras más fértiles y de mejor aprovechamiento agrícola y ganadero.

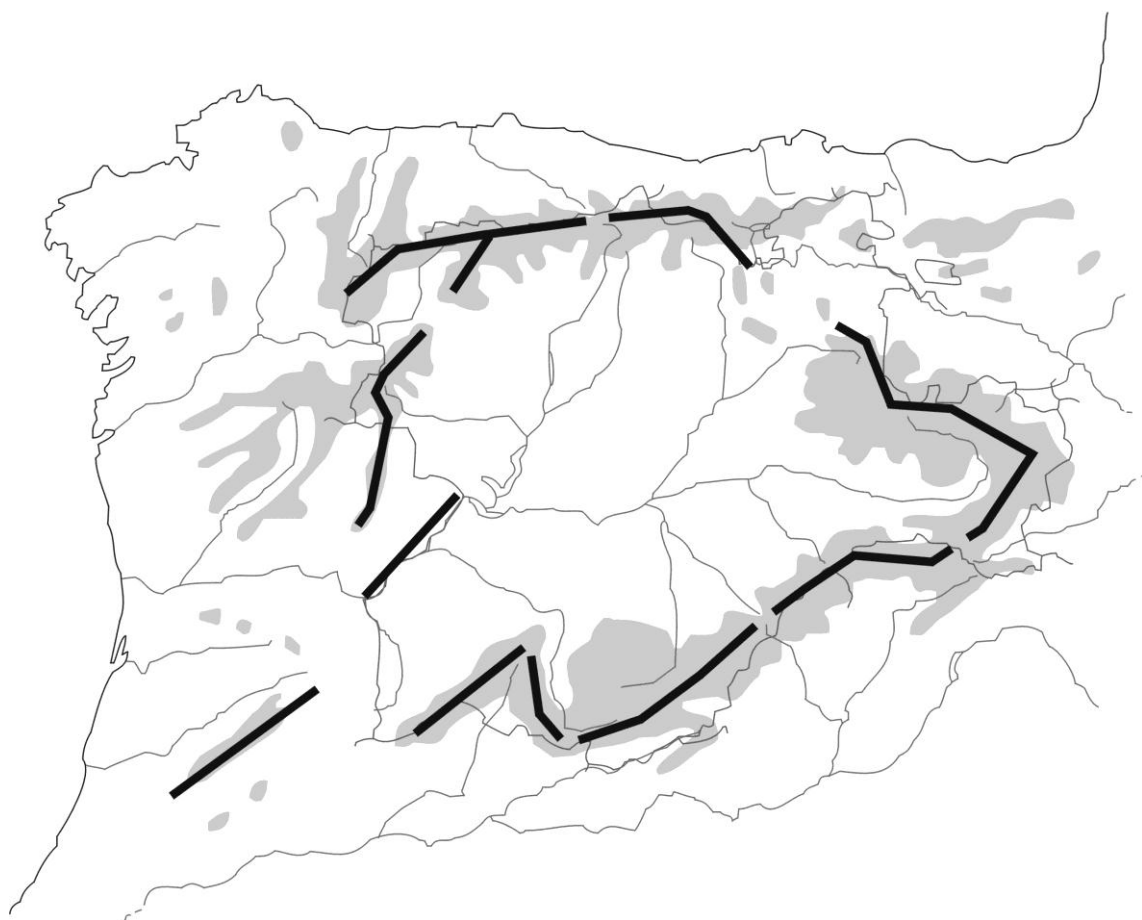
Territorio: un espacio regional

El territorio es la porción del espacio y de la naturaleza sobre la que una sociedad determinada reivindica y garantiza a todos o a parte de sus miembros una serie de derechos estables. Estos derechos comprenden el acceso, el control y el uso de todos o parte de los recursos que allí se encuentran y que dicha sociedad desea y es capaz de explotar (Godelier 1989: 107).

El estudio del poblamiento prehistórico acostumbra a realizarse a partir del conocimiento de los poblados y de las relaciones que establecen unos con otros, así como del tipo de actuación que cada uno tiene sobre el territorio circundante. Desde este punto de vista, para un periodo de la Historia sin organización estatal, no puede superarse la escala local y la definición de grandes "culturas" queda como un aspecto puramente metodológico, una ayuda para delimitar los ámbitos de estudio y establecer relaciones culturales a gran escala. Ciertamente el establecimiento de grandes modelos regionales o nacionales llega en ocasiones a reducirse a una simple concesión a la realidad política-administrativa contemporánea al investigador.

Sin embargo, el establecimiento de modelos de ámbito regional no ha de ser por fuerza una labor ficticia. El territorio está delimitado en áreas geográficas específicas dotadas de una serie de características homogéneas. En ocasiones la ruptura o división queda marcada con claridad: la disposición encajada de un valle, entre altas montañas y sin pasos naturales de comunicación, o el aislamiento forzado por el mar que rodea una isla son ejemplos donde resultaría evidente la separación respecto a grupos ajenos.

Podemos establecer una de estas áreas geográficas merced a la existencia de una amplia cuenca fluvial, la del río Duero, cerrada por varios sistemas montañosos, el Cantábrico, el Central y el Ibérico. Dentro de ella, el relieve es mucho más accidentado y compartimentado en su curso bajo que en sus tramos medio y alto, lo que a su vez permite diferenciarlos. De este modo conseguimos definir un territorio con unos rasgos morfológicos comunes, pese a las diferencias existentes en su interior, bien comunicado y con unos límites bien marcados (fig. 5.4).



5.4. Límites naturales de la Meseta Norte.

Aunque sin duda se reconocen zonas que permiten el contacto con el exterior, puesto que el territorio no es tan abrupto como para convertirse en una isla en medio del océano. Existen vías naturales en el Noroeste (León) hacia el Bierzo y Galicia, en el Noreste (Burgos) hacia el valle del Ebro, en el Este (Soria) hacia Aragón y la Meseta Sur y en el Suroeste (Salamanca) hacia Cáceres. Dentro de estas zonas abiertas los contactos permitirían la llegada de influencias, y al mismo tiempo la salida de elementos materiales e inmateriales característicos de la Submeseta Norte.

Dentro de diversos estudios regionales se ha hablado de que la plenitud de Cogotas I supone la extensión o expansión de esta cultura hacia el valle del Ebro y el área madrileña (Castro y otros 1995: 101-2). En realidad podríamos estar simplemente ante lugares donde la interacción es mayor y llegan por ello determinados objetos, en este caso vasos cerámicos. En este punto habría que definir si la semejanza de estas zonas con la Submeseta Norte es un fenómeno que se produce con continuidad o es sólo un

acontecimiento puntual. Del mismo modo sería necesario ir más allá del análisis de la cultura material.

Volviendo al área que aquí nos interesa, ¿estamos ante una cultura que tiene una visión de sí misma como tal, independiente de otras grandes culturas regionales? Desde el momento en que no podemos caracterizar una cultura a través de un tipo de recipientes cerámicos, la respuesta es que no lo sabemos. Y tampoco puede saberse si existe una conciencia de individualidad entre los distintos poblados, en la que manifiesten la defensa o preeminencia de unos rasgos propios frente a los de otros poblados que ellos vean situados bajo otra órbita de influencia cultural. Tampoco se trata simplemente de que una cultura esté constituida como tal unidad en la Submeseta Norte, mientras los grupos humanos de fuera se limitan a reflejar o a asimilar lo que le proporciona el contacto con una cultura plenamente constituida.

Los grupos se ven restringidos en su desarrollo por su entorno natural, pero a la vez dejan marcada su propia impronta peculiar, su huella, sobre éste. Para conseguir apropiarse de las realidades naturales, las gentes prehistóricas combinan gestos y conductas "materiales". Actúan sobre aspectos visibles y tangibles y aplican señales y comportamientos que podríamos denominar "simbólicos", para actuar sobre su trasfondo invisible (Godelier 1989: 108). Estos comportamientos se presentan constantemente como la necesidad de definir la individualidad de cada grupo frente a sus vecinos. En todas las sociedades las formas de propiedad del territorio revisten la forma de relaciones sociales (ídem: 117).

Como hemos advertido antes, la propia configuración del territorio determina unos espacios de mayor interacción entre grupos. Y en tal sentido la Submeseta Norte resulta un caso especialmente significativo, al presentarse bien cerrada por zonas montañosas y propiciar una mayor relación entre los grupos de su interior que con los del exterior.

Durante el final de la Edad del Hierro los textos de cronistas romanos nos proporcionan la visión de un panorama fragmentado donde coexisten sobre este amplio espacio meseteño: vacceos, vettones, arévacos, astures, turmogos, cántabros, berones, pelendones... Las divisiones que marca esta multiplicidad de grupos culturales resultan un esquema muy apetecible para tratar de adaptar a la Edad del Bronce, si bien la realidad nos impide realizar una operación tan sencilla como banal. Las manifestaciones materiales se nos presentan demasiado homogéneas como para tratar de establecer divisiones seguras y es el testimonio de personas coetáneas a los pueblos prerromanos lo

que permite establecer las diferencias, que la arqueología acepta sin poder en muchos casos fijar los límites exactos.

Para la Edad del Bronce, la arqueología no alcanza a precisar si la mayoría del territorio de la Submeseta Norte era ocupado por una sola tribu o pueblo, con diversas aldeas dispersas por todo el territorio, o si existían diferentes tribus.

No obstante, en este momento de la prehistoria, con una “sociedad tribal segmentaria”, la estructura social está asentada básicamente sobre los vínculos familiares y los mecanismos tributarios (Díaz-del-Río 2001: 10). No puede admitirse que hubiese existido una cultura peculiar y propia de la Submeseta Norte, sino que lo que se encuentra son varios grupos humanos independientes que se relacionan entre sí y, como consecuencia de ese contacto y esa relación, llegan a compartir una serie de rasgos comunes que tienen su máxima manifestación arqueológica en su panoplia, en los objetos que fabrican y usan. La interacción entre comunidades cercanas se refleja en que comparten ideas; en este caso son las mismas concepciones simbólicas las que permiten elaborar vasijas similares en forma y diseños decorativos. Cuando las vasijas se encuentren, como en Cogotas I, de forma excepcional en extensiones mucho mayores habrá que pensar en un intercambio de objetos e ideas, pero no de expansión de toda una cultura. Será manifestación del éxito de unas determinadas concepciones o tal vez simple reflejo de un incremento en las interacciones y los contactos a larga distancia entre grupos alejados.

En principio para el investigador arqueológico no existe más delimitador entre culturas que las diferencias reflejadas en los restos materiales. Y pese a las cortapisas que ello impone, está claro que en todas las culturas primitivas se presenta el deseo de diferenciarse del otro, de marcar distancias entre los grupos de modo que se permita mantener la independencia y los rasgos propios. Todas las gentes de un asentamiento manifiestan el deseo de acentuar su separación con el resto, el Nosotros frente a los Otros (Claustres 1996: 2002-3).

En el mundo antiguo europeo existen símbolos que sirven para marcar la separación entre grupos distintos y al mismo tiempo para protegerse de ellos, a modo de señales territoriales. Los griegos colocaban piedras al borde de los caminos para protegerlos. Comenzaron siendo un símbolo de Hermes y posteriormente su forma se antropomorfizó, se hizo humana. Estos símbolos pétreos (o *hermai*) subrayan la soledad de los caminos, el miedo que inspira la noche y sirven para proteger al viajero, la casa y los campos (Eliade 1974: I, 272-4).

Los pilares de piedra se podía encontrar hasta hace pocos años dentro de España, Portugal y Francia, sobre todo en zonas de montaña, con la finalidad de indicar el camino. Eran especialmente útiles en los días de niebla o con nieve (Krüger 1995: 22-3). Junto a los simples indicadores de caminos hay también pedestales de piedra en cuyos nichos se instalan figuras de santos, pero sin perder su primera utilidad (ídem: 24-5).

Dentro de la Península Ibérica se han encontrado manifestaciones de este tipo que se han adscrito a la Edad del Bronce. Nos referimos a las estelas, un tema que cuenta con una amplia bibliografía tanto por las noticias con los sucesivos hallazgos como por trabajos de síntesis.

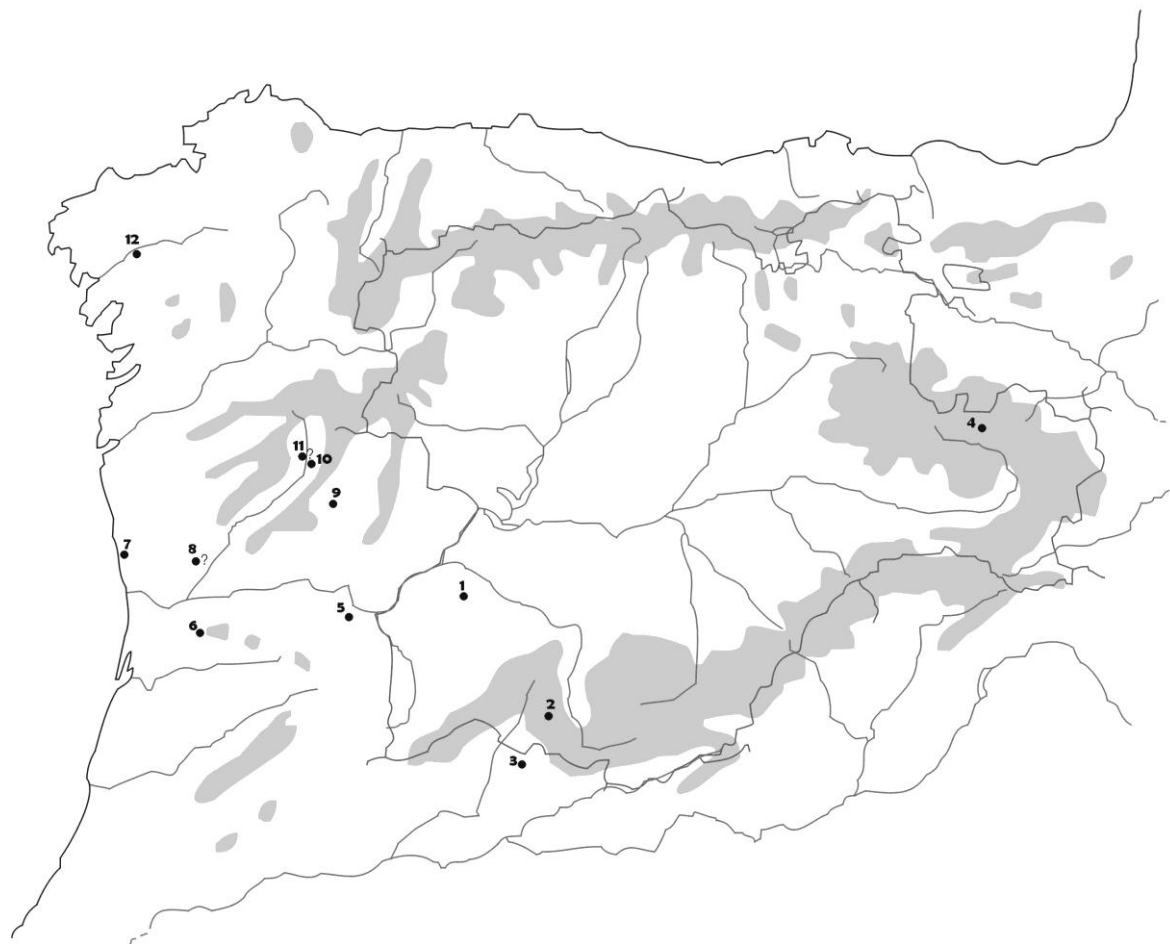
Los distintos autores que han estudiado las estelas y los ídolos han centrado sus investigaciones en identificar el origen de tan peculiares manifestaciones. Se han barajado influencias atlánticas, indoeuropeas, fenicias y egeas (vid. Galán 1993: 15) sin que hasta ahora pueda concluirse el debate sobre este tema. El mayor problema reside en encuadrar las estelas cronológicamente, ya que fijar su momento inicial parece ser el modo de concretar a quién corresponde atribuirlos. La discusión pertenece en realidad a las estelas del suroeste, consideradas como un bloque adscrito al Bronce Final-Hierro I. Este grupo no llegaría al sector noroccidental de la península y, por tanto, el territorio de la Submeseta Norte permanece alejado de tan problemático aspecto de la prehistoria ibérica.

Sin embargo, en Salamanca, zona limítrofe con el Suroeste, se reconocen dos tipos de estelas. Por un lado se encuentran las estatuas, como la de Valdefuentes de Sangusín; por otro se agrupan estelas como las de Agallas, Los Santos y Ciudad Rodrigo I y II. Las estatuas se relacionan con otras piezas del Noroeste portugués y el grabado cántabro de Ruanales y su cronología se fija, de modo impreciso, en la Edad del Bronce. Las estelas tienen elementos más abstractos (adornos sobre la cabeza, collares, cinturón y detalles anatómicos) y se asocian con otras piezas extremeñas. Algunos autores las fechan en el Bronce Final por la presencia de torques (Bueno 1991: 87), aunque elementos como las alabardas son más antiguos (2350-2200 AC).

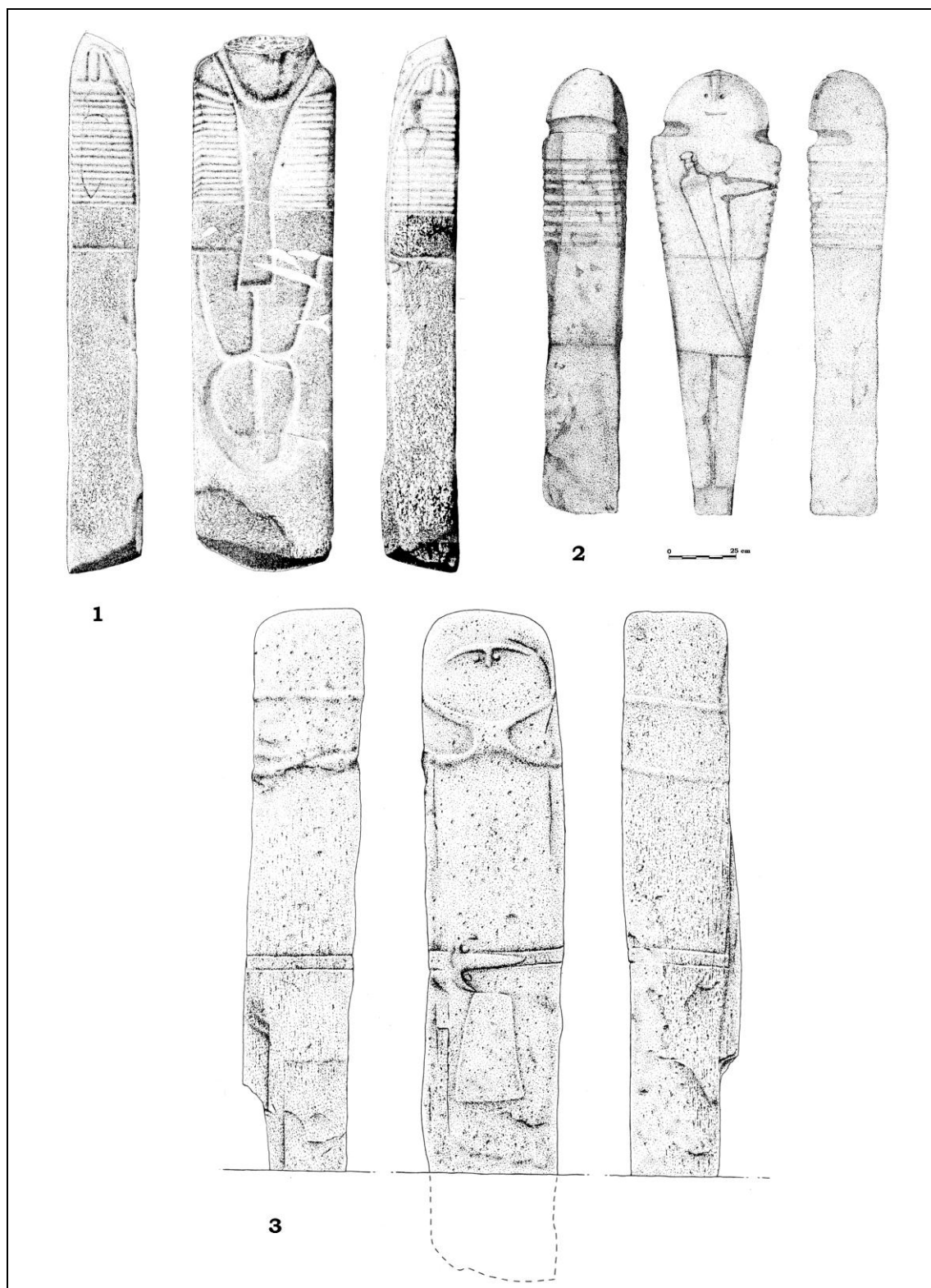
Un tercer grupo son representaciones rectangulares acompañadas o no de armas (ídem: 91). Se incluirían aquí piezas cantábricas como Peñatu (Asturias), Tabuyo del Monte (León), Sejos I y II y San Sebastián de Garabandal (Cáceres). Todas ellas cuentan con un personaje de forma rectangular rematada en semicírculo, con cuerpo envuelto en un manto de elementos geométricos. Se relacionan con estelas portuguesas de Crato y Nossa Sra. da Esperanza, la pintura de Fresnedo (Asturias) y el grabado de Monte da Laje (Valença, Portugal).

Los temas más conflictivos, y al mismo tiempo los más interesantes de cara a comprender este fenómeno, son la delimitación de los distintos tipos de manifestaciones, fijar la cronología de este grupo tan dispar de manifestaciones y conocer la intencionalidad de su realización.

ESTATUAS-MENHIR



5.5. Mapa con las Estatuas-Menhir del noroeste de la Península Ibérica. *Salamanca*: 1. Tremendal de Tormes, 2. Valdefuentes de Sangusín. *Cáceres*: 3. Segura de Toro. *Soria*: 4. Villar del Ala. *Portugal*: 5. Longroiva, 6. Ermida, 7. Povo de Varzim, 8. Serra Boulbosa, 9. Bouça, 10. Chaves, 11. Faiões. *La Coruña*: 12. Troitosende.



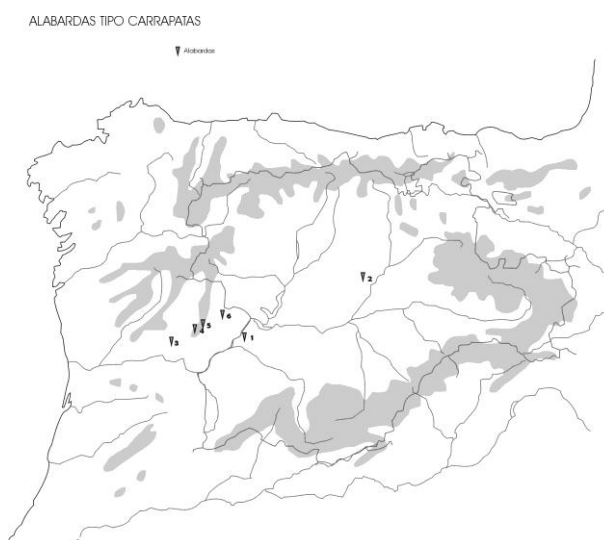
5.6. Estatuas-menhir de 1. Tremendal de Tormes (Salamanca), 2. Valdefuentes de Sangusín (Salamanca) y 3. Villar del Ala (Soria).

Las denominadas "**estatuas-menhir**" (fig. 5.5 y 5.6) son una manifestación poco habitual en la Submeseta Norte, encontrándose más comúnmente en el tramo portugués del valle del Duero (Oliveira1999a). Pueden definirse como piedras de forma alargada

verticalmente, con grabados en su superficie que les hacen adoptar la forma de un guerrero. Las técnicas de decoración son el grabado y el bajo relieve. Su sección es rectangular y presentan varias caras decoradas, no sólo la frontal –como ocurre en las estelas del Suroeste–, lo que les dota de tridimensionalidad.

La estatua de Tremedal de Tormes (Salamanca) tiene una figura trapezoidal sobre el pecho (identificada como una estola), costillas marcadas, cinturón y óvalos en la parte inferior dibujando las piernas. Porta además a los costados un par de espadas, una de ellas con pomo circular. Por su parte, la de Valdefuentes de Sangusín (Salamanca) cuenta con una alabarda grabada y una espada, además de grabarse las costillas. Más problemática resulta la estatua de Villar del Ala (Soria), que para Romero (1981) sería atribuible al Bronce Final III, mientras para la mayoría de autores se encuadra entre mediados del III milenio y el primer cuarto del II (Arnal 1976; Bueno 1983). Bueno (1991: 92) señala que el esquema facial en T de esta estatua indicaría su factura durante el Calcolítico. Nosotros preferimos aceptar la cronología más antigua, en principio por la excepcionalidad de los broches de cinturón tipo garfio en la península (cuya identificación con uno de los motivos grabados en esta estatua es la referencia principal que sirve a Romero para fecharla en el Bronce Final); pero también porque en caso contrario se constituiría en un ejemplo aislado, mientras que de este modo se engloba dentro de un fenómeno más amplio.

La cronología del conjunto viene proporcionada por la presencia de alabardas entre los motivos representados sobre estos menhires. Se trata de un tipo de objeto con una dispersión que abarca buena parte de Europa, pero que si consideramos sólo los ejemplares del grupo denominado "Carrapatas", se reduce a un sector concreto del valle del Duero. Es un arma del Bronce Inicial y se han establecido tres tipos para clasificar las peninsulares: argárico, Montejícar y Carrapatas. A la zona Noroeste peninsular corresponde el tipo Carrapatas, con pequeñas variantes (fig. 5.7). La mayoría de piezas (nueve) se han



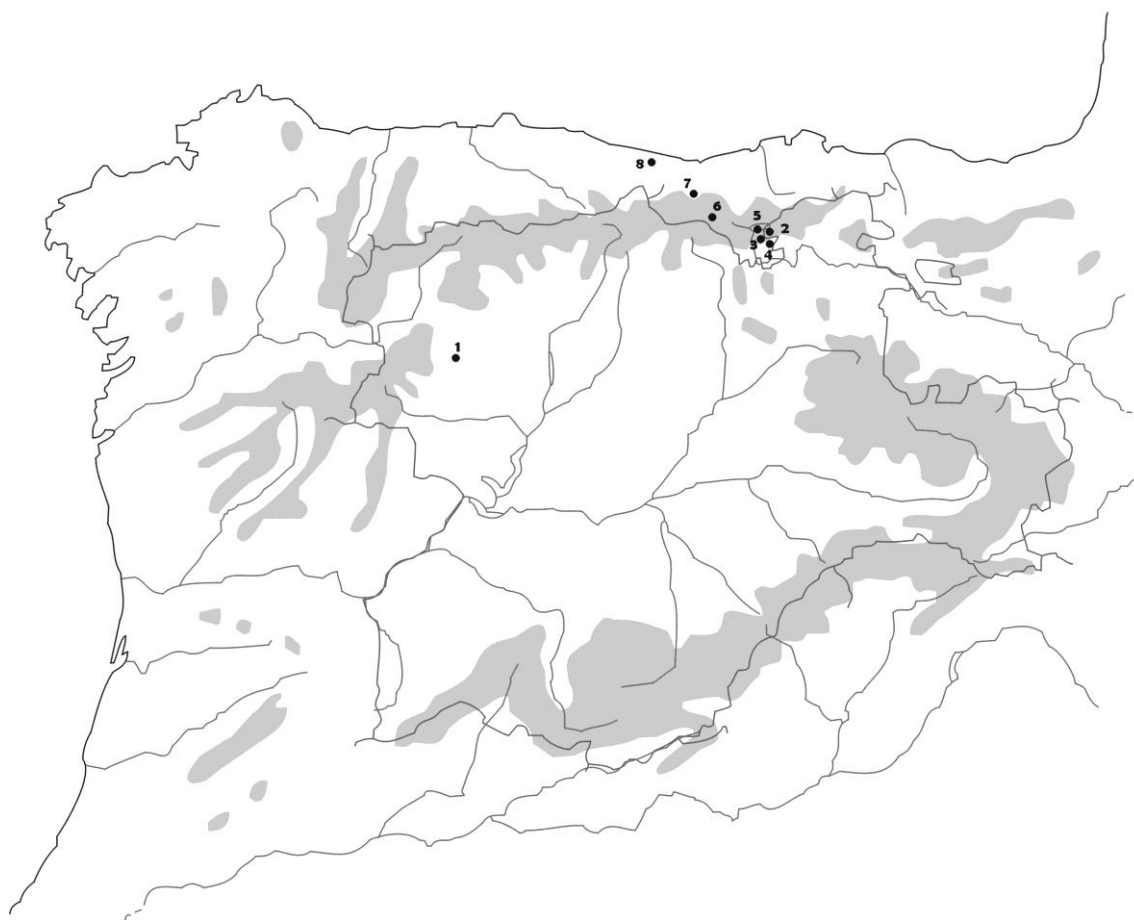
5.7. Mapa con las alabardas tipo Carrapatas. *Zamora*: 1. Fariza de Sayago. *Palencia*: 2. Autilla del Pino. *Portugal*: 3. Abreiro (Mirandela), 4. Vale Benreiro (Serra de Bornes), 5. Carrapatas (Macedo de Cavaleiros), 6. Vimioso (Alto de Pereiras).

recogido en el distrito portugués de Bragança (Tras os Montes), pero a ellas se unen otras como la de Leiro (Rianxo, La Coruña), de tipo atlántico. La importancia simbólica de este arma es muy relevante en una extensión superior a aquella donde se han recuperado ejemplares si tenemos en cuenta su plasmación en grabados al aire libre gallegos y sobre las estatuas-menhir.

Los contextos no se conocen de forma detallada, pero por las asociaciones de útiles metálicos en los casos de Leiro (La Coruña) y Pantoja (Toledo) se han fechado en torno al año 2400-2050 AC. La espada presente en la estatua de Sangusín ha sido relacionada con los modelos argáricos y fechada a incios del II milenio por Primitiva Bueno (1991: 94). Por su parte López Plaza, Sevillano y Grande del Brío (1996) reconocen la presencia de estas estelas a lo largo de la Edad del Bronce, estableciendo la existencia de ejemplares del Bronce Antiguo (Longroiva, Boulhosa), Medio (Preixana) y Final (Faiões, Chaves, Bouça y Póvoa de Varzim).

Los **ídolos esquemáticos** (fig. 5.8 y 5.9) se caracterizan por su forma rectangular o trapezoidal dispuesta verticalmente, con su remate superior en arco y el interior relleno de una serie de bandas horizontales. Sus motivos se representan mediante grabado y a veces parcialmente pintados, como el del Peñatu. Habitualmente ocupan paneles al aire libre, aunque en ocasiones se disponen sobre bloques individuales a modo de estelas, como las dos de Sejos.

La figura principal se acompaña de puñales de lengüeta en Peñatu, Peña Lostroso, Sejos II y Tabuyo del Monte; y este último dispone además de una alabarda. Respecto a las bandas, su número oscila entre ninguna en El Redular, tres en Sejos I, cinco en Peñalaveja y Sejos II, seis en Tabuyo, siete en Peñatu y nueve en San Sebastián de Garabandal (también conocido como Hoyo de la Gándara). El interior de las bandas es predominantemente liso, pero en San Sebastián de Garabandal y Tabuyo del Monte se rellenan con líneas de zig-zag. Asimismo en Peñatu las bandas interiores son lisas, pero las dos que rodean la figura tienen trazos oblicuos y una línea en zig-zag. Otros rasgos dotan de singularidad a este ídolo. Se trata del único en el que se ha representado una cara claramente reconocible. Y además el puñal manifiesta cierta modernidad respecto a los otros por la presencia de remaches como sistema de enmangue.



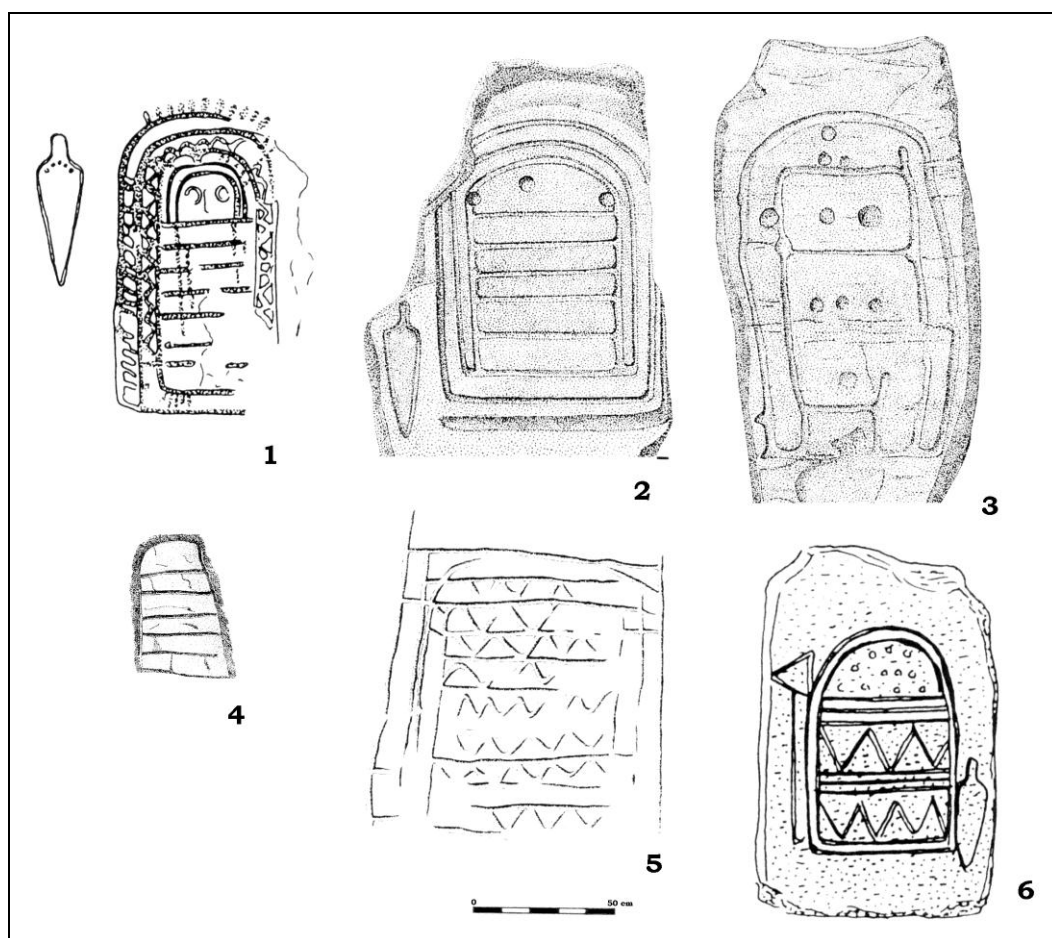
5.8. Mapa con los ídolos esquemáticos del noroeste de la Península Ibérica. *León*: 1. Tabuyo del Monte. *Burgos*: 2. Portillo Viejo (Alfoz de Santa Gadea). *Cantabria*: 3. Peña Lostroso (Las Rozas), 4. El Redular (Ruanales), 5. Peñalavieja (La Aguilera), 6. Sejos (valle de Polaciones), 7. Hoyo de Gándara o San Sebastián de Garabandal (Rionansa). *Asturias*: 8. Peñatu de Vidiago (Llanes).

En líneas generales todos los autores coinciden en fecharlos en el Calcolítico Final y Bronce Antiguo (segunda mitad del III milenio AC). De nuevo la presencia de un tipo concreto de armas sirve para aportar una cronología aproximada a todo el conjunto.

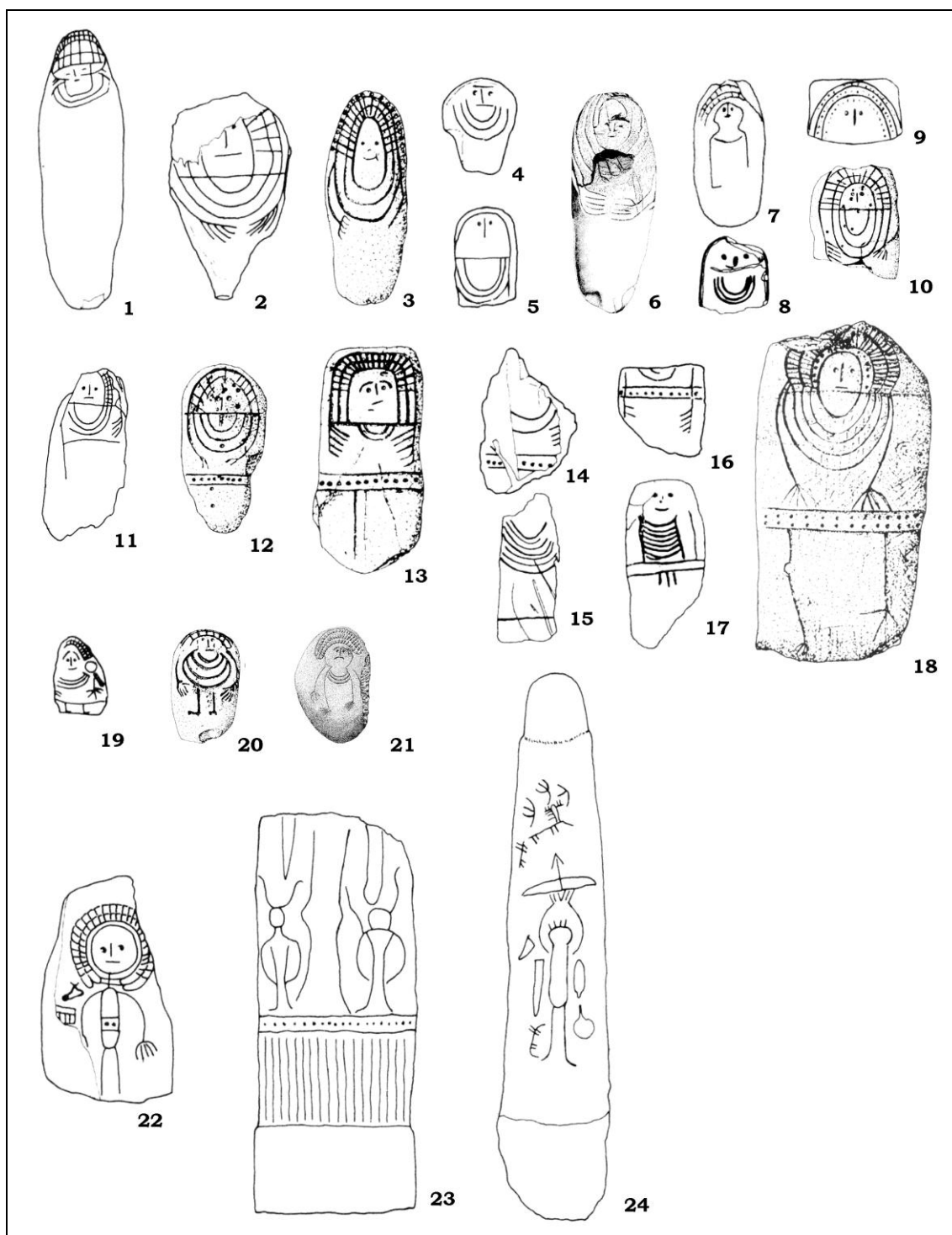
Para su seriación Bueno, Piñón y Prados (1985) establecen tres fases basadas en los atributos que acompañan a los ídolos: la primera es de antropomorfos sin armas, hacia 3000 AC, la segunda de antropomorfos "campaniformes" (puñal de lengüeta), hacia 2500 AC; y la tercera de antropomorfos con campaniforme y elementos del Bronce Antiguo (puñal mixto de lengüeta y remaches y alabarda), hacia 2150 AC.

La importancia de la ausencia o presencia de las armas puede ser grande a la hora de considerar la simbología de los ídolos, pero como criterio cronológico resulta difícil de confirmar. Para estar seguros de su valor cronológico, deberíamos contar con

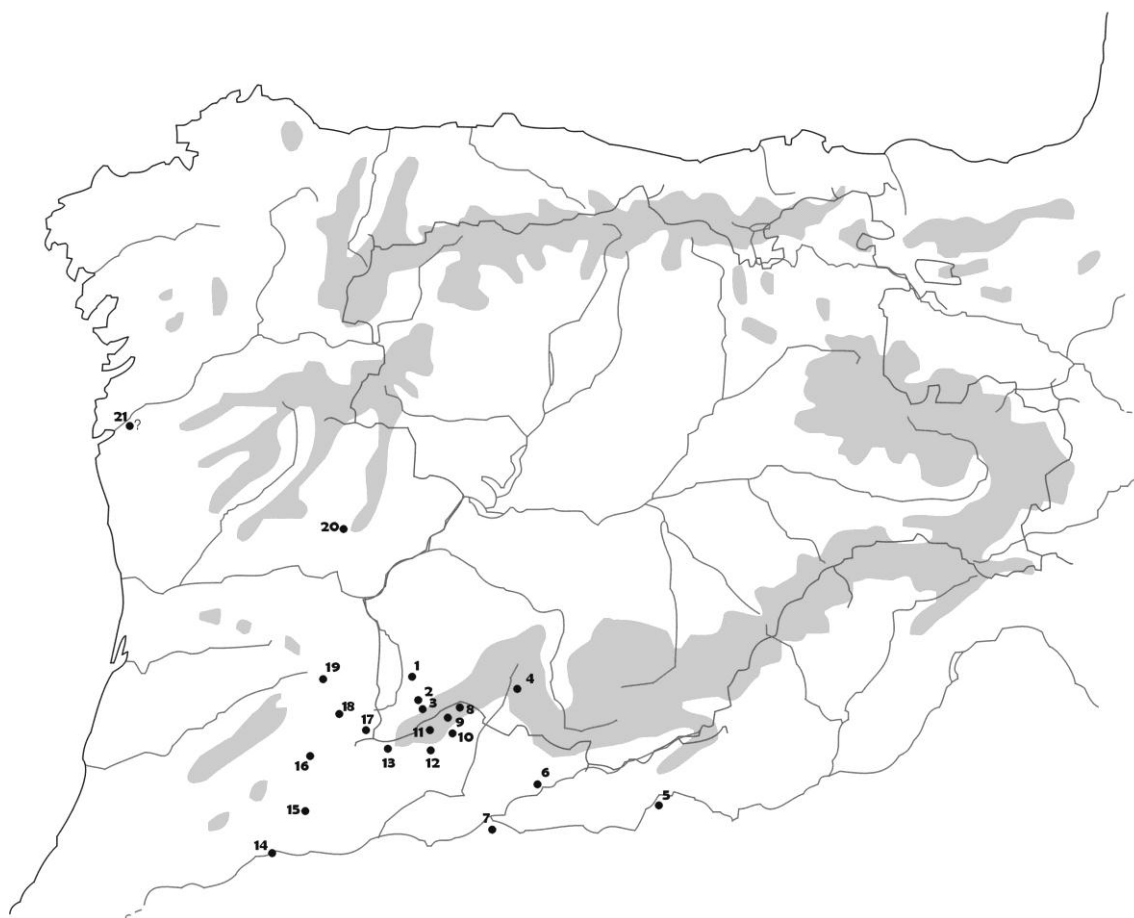
algún otro tipo de referente que sirviese para datar el momento de su realización. Por otra parte, las bandas con decoración en zig-zag podrían ser tomadas como un reflejo o una manifestación paralela a las clásicas decoraciones de la cerámica Ciempozuelos. En tal sentido encajarían perfectamente los ejemplares de Peñatu y Tabuyo del Monte, acompañados de armamento característico del Bronce Antiguo, pero habría que incluir además el de San Sebastián aunque carece de puñal o alabarda. Más relevantes son por tanto los contextos arqueológicos en los que han sido hallados algunos ídolos. La ubicación de algunos de ellos (como Peñatu o Peñalaveja) coincide con lugares elevados desde donde se domina visualmente un amplio terreno. Diversos autores (Bueno y otros 1985; Gutiérrez y García 1998: 185) los consideran marcadores del territorio, deidades protectoras de los bosques o de los muertos o señales en lugares de paso. Díez Castillo (1996-1997: 129-32) habla del carácter de frontera de las zonas de alta montaña donde se ubican y de la necesidad de marcar la posesión del territorio, sobre todo porque hasta el aprovechamiento de los yacimientos de mineral –avanzada la Edad del Bronce–, el aprovechamiento de los pastos sería sólo estacional entre el final de la primavera y la llegada de las primeras nieves (ídem: 139).



5.9. Ídolos esquemáticos: 1. Peñatu (Asturias), 2. Sejos II (Cantabria), 3. Sejos I (Cantabria), 4. Peñalaveja (La Aguilera, Cantabria), 5. San Sebastián de Garabandal (Cantabria), 6. Tabuyo del Monte (León).



5.10. Estelas: 1. Ciudad Rodrigo I (Salamanca), 2. Hernán Pérez V (Cáceres), 3. Robledillo de Gata (Cáceres), 4. Quinta do Conquino, 5. Crato (Portalegre), 6. Agallas (Salamanca), 7. El Cerezal (Cáceres), 8. Cabeço da Mina, 9. Nossa Sra. da Esperanza (Portalegre), 10. Hernán Pérez I, 11. Hernán Pérez IV, 12. Hernán Pérez II (Cáceres), 13. Hernán Pérez VI, 14. Hernán Pérez III, 15. Cabeço da Mina, 16. Hernán Pérez VII, 17. Cabeço da Mina, 18. Granja de Toniñuelo (Badajoz), 19. Riomalo de Abajo (Cáceres), 20. Ciudad Rodrigo II, 21. Cambroncino (Cáceres), 22. Torrejón del Rubio II (Cáceres). 23. San Martinho I (Castelo Branco). 24. San Martinho II.



5.11. Mapa con los Ídolos-Estela del noroeste de la Península Ibérica. *Salamanca*: 1. Ciudad Rodrigo, 2. Lerilla, 3. Agallas, 4. Los Santos. *Toledo*: 5. Las Herencias (2). *Cáceres*: 6. Jarandilla, 7. Torrejón el Rubio (4), 8. Riomalo de Abajo, 9. El Cerezo, “La Lancha”, 10. Cambroncino, 11. Robledillo de Gata, 12. Hernán Pérez (8), 13. San Martín de Trevejo. *Portugal*: 14. Cachão do Algarve (Castelo Branco-Portalegre), 15. San Martihno (Castelo Branco), 16. Meimao (Castelo Branco), 17. Fôios (Fregesia de Barançal, Guarda), 18. Barançal (Freguesia de Barançal, Guarda), 19. Longroiva (Guarda), 20. Cabeço da Mina, 21. Monte da Laje (Valença).

De los **guijarros-estela** o **ídolos-estela** (fig. 5.10 y 5.11) se conocen cerca de 20 piezas procedentes de un área que tiene su centro al suroeste de la Submeseta Norte. Ofrecen exclusivamente una representación antropomorfa que varía entre presentar todo el cuerpo y mostrar sólo la cara y las manos. El modelo genérico de este tipo de estelas tiene varias líneas en forma de arco sobre la cabeza (muchas veces con líneas transversales formando un reticulado) y otras líneas semicirculares bajo la cara, que se consideran diademas y torques, respectivamente. Algunas tienen una banda horizontal con una o dos líneas de puntos como relleno, que son consideradas un cinturón. Y el cuerpo, cuando se representa, queda reducido a las manos y unas esquemáticas piernas.

El soporte son grandes bloques trabajados parcialmente, y en el caso de Riomalo se trata de un molino de mano. El motivo se presenta grabado o piqueteado

exclusivamente sobre una cara del soporte y no siempre se reserva una zona de su base para servir de asiento de la estela.

Almagro Gorbea (1977: 195-7) establece seis grupos según los elementos constitutivos de las estelas: 1. cara semicircular sin boca, 2. cara ovalada y boca señalada, 3. cara ovalada, boca señalada y cinturón, 4. representaciones con piernas, 5. estelas extremeñas con tradición de guijarros-estela y 6. representaciones especiales. Habría que añadir un grupo más a tenor de los ejemplares de Cabeço da Mina, donde existen varios ejemplares que aúnan a los rasgos típicos de los ídolos-estelas otros más cercanos a las estatuas. Así dentro de un tamaño y una técnica propia de las estelas, se encuentran representaciones que les acercan a las estatuas: sobre todo, la delimitación del cuello, la ausencia de torques y la tridimensionalidad de la representación; además aquí encontramos cinturones rellenos con líneas de zig-zag (Oliveira 1999b: 138-9).

Respecto a la cronología, considera los ídolos-estela como un precedente de las estelas típicas del Bronce Final (Almagro Gorbea 1977: 188), destaca el carácter jerárquico de los individuos representados a través de su vestimenta (diademas, cinturón y torques). A diferencia de las del Bronce Final, carecen de elementos ajenos a la propia figura humana: espada, escudo, etc. El grupo de la Meseta o ídolos-estela lo formarían Hernán Pérez (I a VII), Crato, Nossa Sra. da Esperanza, Ciudad Rodrigo (I y II), Robledillo de Gata, Quinta do Conquihno, El Cerezal, Granja de Toniñuelo y Riomalo.

No obstante, dentro de la zona sí hay un grupo de *estelas del Bronce Final* con esta panoplia: Hernán Pérez (escudo, espada), San Martinho I (dos figuras con "cascos de cuernos"), San Martinho II (espada, espejo, fíbula, arco, flecha y animales), Meimao (escudo, espada, lanza); Torrejón el Rubio I (escudo con escotadura, espada, lanza, espejo, fíbula, carro y arco con flecha), Torrejón el Rubio II (fíbula y peine), Torrejón el Rubio III (escudo, espada y lanza), San Martín de Trevejo, Fôios, Baraçal...

El grupo de estelas del Bronce Final que ocupan el sistema Central y el valle del Tajo se caracterizan por la ausencia de figuración humana y por contar con el menor número de elementos (escudo, espada y lanza). Son el Grupo 1 de Galán Domingo (1993) y el IIA de Varela y Pinho (1977). Galán, por el análisis de proximidades, identifica este grupo dentro del área ocupada por las Beiras, Alta Extremadura y Baja Extremadura occidental y lo caracteriza por disponerse en las estelas escudos con escotadura, espada suelta, lanza, casco de creta, espejos, peines, carros, arcos y flecha, al tiempo que carecen de figuras humanas. Torrejón el Rubio II es una extraña mezcla, con un antropomorfo que recuerda a los ídolos estela por su cabeza, manos, diadema y cinturón, pero está

acompañado de un peine y una fibula como las estelas del Suroeste. La fibula es de codo, de tipo chipriota, con lo que se podría fechar a mediados del IX AC, como las recuperadas en la Ría de Huelva.

Existe cierta indefinición cronológica para los ídolos-estela. Almagro Gorbea (1977) ha visto relaciones entre ellos y el ídolo de Peñatu, lo que obligaría a admitir su vínculo con el Bronce Antiguo; y al mismo tiempo ha encontrado elementos muy similares en las estelas del Bronce Final de Torrejón del Rubio II y San Martinho II. Pero el grueso de ídolos-estela están sometidos a la indefinición cronológica que impone la ausencia de representaciones con panoplias de un momento determinado.

A pesar de las tipologías de Almagro Gorbea, los ídolos-estela constituyen un grupo muy homogéneo por las características de los motivos grabados y tan sólo varían por la presencia o no de algunos complementos (boca, manos, cinturón y pies). El paralelo más directo de estas figuras que puede ser fechado con precisión es Torrejón del Rubio II, al mismo tiempo que por proximidad geográfica se encuentran vinculadas al grupo 1 de Galán. Ahora bien, tal grupo se caracteriza por la ausencia de presencia humana (Galán 1993: 50), rasgo que lo diferencia claramente tanto de los ídolos-estelas como de las estelas del Bronce Final.

Repetidamente se viene fechando los ídolos-estela en el final del Bronce Medio, como una especie de tránsito entre ídolos más antiguos y los del Bronce Final que los sustituyen a mediados del siglo IX (Almagro Gorbea 1977: 188). Se trata de encontrar una continuidad cronológica entre manifestaciones que mantienen ciertas semejanzas. Pero ello hace olvidar que no se manejan estelas que se desarrollan sobre un mismo territorio y que no existen evidencias que las daten con seguridad, sino que más bien la argumentación se apoya básicamente en la ausencia de armas y otros elementos. Aspectos como la representación de torques que para Almagro es algo propio del Bronce Final, para Bueno puede adscribirse al Calcolítico Final-Bronce Antiguo (Bueno 1991: 89). Incluso Susana Oliveira (1999b: 140) se decanta por una cronología aún más antigua: entre el Neolítico Final y el Calcolítico.

Nos inclinamos, por nuestra parte, a situar este conjunto de ídolos también en el Bronce Final. Constituirían el grupo más septentrional de las estelas del Suroeste y se definirían por incluir de forma aislada una figura antropomorfa en cada uno de los bloques de piedra que sirve de soporte. La ausencia de cualquier panoplia puede responder a un estadio previo a la intensificación de los contactos con el mundo

mediterráneo a partir del siglo X AC, pero también al carácter propio de las gentes de la zona con unas condiciones que les diferencian del Suroeste peninsular.

Todos los distintos grupos de representaciones vistos en este apartado responden, a nuestro entender, a una misma concepción relacionada con la delimitación del territorio y el contacto entre grupos ajenos, sujetos a una relativa confrontación. Serían manifestación del intento de marcar las zonas de mayor diferenciación o de mayor conflicto entre distintos grupos. No se trata de que estemos en una tierra de nadie que sirva de frontera entre grupos sometidos a constantes hostilidades sino que, tal vez a causa de las limitaciones que impone el relieve y las características físicas del terreno, los contactos entre grupos humanos en estas zonas estaban sometidos a una mayor conflictividad. Una forma de testimoniar tal situación habría sido el empleo de estos hitos a modo de recordatorio y al mismo tiempo de elemento protector.

¿Podrían ir unidos a la ubicación de santuarios o cementerios? Indudablemente. Muchas culturas colocan estos lugares sagrados en zonas limítrofes, alejadas de lo que consideran las zonas de los vivos en donde desarrollan su vida habitualmente. Y estas estelas corresponden a una etapa de la Prehistoria para la que apenas conocemos unas pocas inhumaciones que no formarían parte del ritual funerario común a la mayoría. No obstante, no contamos con evidencias de ningún tipo junto a las estelas, lo que nos impide salir del campo de la especulación.

Por otra parte, las estelas ¿son evidencia de un poder paulatinamente más centralizado que deja su huella en el territorio como marca de posesión? La mayoría de las estelas coinciden cronológicamente con importantes signos de creciente complejidad social y del establecimiento de jerarquías, como los ajuares campaniformes. Para Eduardo Galán, estas representaciones serían un vehículo de propaganda política y social, sobre todo en el periodo de formación y de legitimación de los gobernantes a través de plasmar símbolos de estatus y poder (Galán 1993: 512). Las estelas reflejan para la mayoría de autores un proceso de sedentarización y mayor jerarquización y coinciden en el tiempo con la presencia de una mayor cantidad de objetos de bronce, manifestada en la realización de acumulaciones. Galán (1993: 71-2), por ejemplo, atribuye la presencia de hachas atlánticas en Extremadura al pago de derechos de paso por parte de gentes venidas desde el Norte.

En realidad habría que dudar que esas gentes tuvieran un sentido de control del territorio tan marcado como para establecer el pago de un peaje. La llegada de gentes de

fuera en camino hacia el sur resulta difícil de creer si se plantea como un pequeño grupo humano que establece una ruta comercial atravesando varios cientos de kilómetros de tierras inhóspitas pobladas por tribus con las que no ha establecido relaciones de intercambio. Además el pago de un peaje no podría hacerse, si hubiera existido, sólo con las comunidades que ocupaban puntos de paso obligado, sino que sería necesario hacerlo con todas las que jalonan el camino. Más adelante profundizaremos en los problemas que presenta plantear un comercio de largo recorrido en estas comunidades prehistóricas.

Estudiando la ubicación de las estelas a escala local, se constata su ubicación en zonas de paso montañoso y junto a vados o caminos próximos, pero también en zonas elevadas con una amplia visibilidad (Galán 1993: 36-8). Se trata de disposiciones donde destacan a la vista de las personas que salen de sus poblados y de lugares por donde es fácil que transiten las gentes prehistóricas. De este modo cobra sentido la interpretación de Bradley, que ve en las representaciones rupestres una forma de comunicación no verbal que proporciona información sobre la identidad distintiva de quienes las realizaron frente a sus vecinos; sería un lenguaje característico de las zonas limítrofes de los grupos humanos (Bradley 1991: 79). Vendría a constituir un lenguaje de signos para individuos en movimiento.

En Galicia los grabados son considerados como parte del sistema territorial, situados en torno a las áreas con recursos: en los puntos de entrada, alrededor de los límites y a lo largo de los valles que sirven como ruta de comunicación (Bradley y otros 1995: 366). Sin embargo, las imágenes con armas, ídolos y grandes ciervos machos rompen con esta norma general y se colocan en localizaciones elevadas y con mayor visibilidad (ídem: 366-7).

En el caso de las estelas de la Submeseta Norte no se tienen noticias de los contextos de procedencia de ninguna de las piezas, lo que impide relacionarlas directamente con rasgos geográficos. Ahora bien el análisis de su dispersión permite determinar algunas peculiaridades significativas. Nos referimos a su disposición en el reborde montañoso de la Submeseta y coincidiendo con las más importantes vías de comunicación hacia el exterior. Las dos zonas principales son el suroeste de Salamanca, en torno a los valles del Ágreda y del Alagón, y la cordillera Cantábrica, en los límites de las provincias de Cantabria y Asturias con Palencia y León.

La ubicación de las estelas puede servirnos para definir áreas limítrofes. No se trataría realmente de fronteras, ya que no puede pensarse en su existencia para este momento prehistórico, sino más bien de áreas donde las diferencias entre los grupos

humanos pretenden ser marcadas con especial realce. Cada grupo, independientemente de su ubicación sobre un territorio u otro, pretende establecer claramente diferencias con el resto, por más que requiera alianzas e intercambios con algunos de ellos.

Sin embargo, parece que determinados puntos de paso constituirían enclaves de mayor conflictividad, indudablemente condicionados por la llegada de influencias y materiales nuevos o simplemente distintos. No se trata de que el flujo de personas, ideas u objetos fuera mayor en estos lugares de paso, sino que mientras en zonas mejor comunicadas y conectadas existiría una mayor homogeneidad, donde hay vías de comunicación restringidas dicha coincidencia de ideas y manifestaciones sería menor y, por tanto, los contactos más complicados o conflictivos.

En este contexto, el papel de delimitación del territorio no sólo lo cumplen los ídolos, sino también determinados grabados y depósitos de metal (como los de espadas en el sector noroeste de la Submeseta). Y no hay que perder de vista que aunque pueda estar claro el momento en que se define el inicio de su uso, su presencia perdura a lo largo del tiempo y no es fácil definir cuándo pierden su valor de símbolo territorial.

Aprovechamiento del entorno

Las pocas evidencias de la época no permiten considerar la Meseta poblada durante el Epipaleolítico más que de forma esporádica y en zonas marginales. Hay por ello que partir de la idea de que las nuevas gentes que llegan a establecerse en estas tierras en el Neolítico aplican un modo de explotación ya bien elaborado. No se produce por lo tanto ninguna clase de tanteos ni de transición desde un modo de vida basado en la recolección y la caza hacia otro donde el protagonismo lo reciben la agricultura y la ganadería, sino que desde la arribada de los nuevos pobladores se desarrolla un sistema económico del segundo tipo que conjuga estas cuatro fuentes de recursos.

Nos faltan muchos datos para precisar cómo eran los trabajos agrícolas y ganaderos que se efectuaban a lo largo del Neolítico y la Edad del Bronce. Se recuperan en muchos yacimientos dientes de hoz empleados para la siega y molinos barquiformes para la molienda, pero se conoce menos sobre la forma de realizar los cultivos. Parece que no se practica el abonado directo de las tierras y sólo se introduce su aplicación en los momentos finales de todo el periodo, ya en la transición hacia la Edad del Hierro. Evidencias en este sentido se han recuperado en Navarra, donde se constata el uso de abono animal que proporciona nitratos a los campos en el Bronce Final-Primer Hierro

(García, Gracia y Munilla 1994: 18). Nada conocemos sobre los campos cultivados en la Meseta Norte (vid. Bellido 1996: 89-90); no hay marcas de arado, ni se ha localizado su ubicación exacta respecto a poblados concretos, a la vez que se han aprovechado en poca medida los estudios polínicos.

-Agricultura y ganadería

Dentro del panorama previo al Neolítico, sabemos que en el noroeste de la Península Ibérica se produce con el comienzo del Holoceno (hacia 8000-6600 a. C.) una expansión arbórea, primero de pinos y luego de quercus, para darse después la máxima expansión del bosque caducifolio (6500-4000 a. C.) (Carrión y otros 2000: 123-4).

Para el conjunto de la península se ha constatado el cultivo de escanda, trigo y cebada y la presencia de legumbres desde el **Neolítico** Inicial en el área levantina (Martí y Cabanilles 1987: 116-7; Bernabeu, Aura y Badal 1993: 273). Los instrumentos empleados en las distintas labores son hachas y azuelas de piedra pulimentada, palo cavador, hoces de madera con hojas de sílex. Estos trabajos se combinan con una ganadería que incluye ovejas, cabras, bueyes y vacas y cerdos; aprovechándose sobre todo la carne de cerdos, bóvidos y ovicaprinos, mientras que parece secundaria la explotación de recursos como la leche, la lana y la fuerza tractora (Martí y Cabanilles 1987: 118-21). Otra buena parte de las necesidades cárnicas se satisfacen mediante la caza de, fundamentalmente, ciervo, junto a corzo, cabra montés, jabalí, caballo, uro y conejo (ídem: 121).

El comienzo de la ocupación neolítica implica emprender una transformación del medio que permita disponer de campos de cultivo y de zonas de pasto para alimentar al ganado. En el entorno de la Meseta Norte se han encontrado evidencias de los cambios. Dentro del País Vasco se constata la explotación de zonas de media ladera y de montaña, más fáciles de deforestar y aclarar que los fondos de valle con suelos muy profundos; y los análisis polínicos manifiestan un aumento de la vegetación herbácea y arbustiva, con gramíneas, compuestas (margarita) y ericáceas (brezo), al tiempo que disminuye el robledal y los espacios que éste deja son ocupados por el pinar (Iriarte y Zapata 1996: 61-2). Este proceso se circunscribe al periodo 4900-3700 AC.

Algo similar se constata en la Lora burgalesa, en el valle del Ebro, donde una vegetación previa de pinares, abedulares y bosques de ribera junto a enebros, matorrales, helechos y especies de pedrizas sufre un cambio coincidiendo con la construcción de los dólmenes –hacia el 4300 AC– y aumentan los matorrales y las praderas de gramíneas (Delibes, Rojo y Represa 1993: 17). Para Galicia se habla de la explotación de suelos

ligeros con una agricultura cerealista mediante el sistema de tala y roza que obliga a largos periodos de barbecho (Bello y otros 1987: 148-9; Ruiz-Gálvez 1992: 224). Los datos paleobotánicos reflejan la presencia de bosques de robledales en extensas zonas, junto a la evidencia del cultivo de cereales como trigo y cebada y una progresiva deforestación de origen antrópico (Bello y otros 1987: 151-2).

El análisis palinológico realizado a través de un sondeo en la laguna de Las Sanguijuelas (Puebla de Sanabria, Zamora) refleja que en el Dryas superior III se produce un enfriamiento del clima que se mantiene durante el Preboreal y la primera mitad del Boreal (hasta aproximadamente el 6210 ± 190 a. C.). El cambio a partir de esa fecha refleja cómo pinos y abedules ceden su predominio a *quercus*, manteniéndose el pino en una tendencia ligeramente descendente hasta 4720 ± 145 a. C., con un periodo posterior de fluctuaciones pero de relativa homogeneidad hasta época histórica, posiblemente hacia el cambio de era (Menéndez y Florschütz 1961: 85). La primera fecha marca el comienzo de un clima más suave que abriría la posibilidad de ocupar la Meseta Norte por parte de nuevos grupos humanos, pero esta arribada posiblemente no sería efectiva hasta el VI milenio AC, reflejándose la presencia humana en un par de fuertes oscilaciones producidas en el porcentaje de *pinus* y de *quercus* durante el V y el III milenio (ídem: 86).

Estudios posteriores han confirmado que en periodo Boreal (7250-5050 a. C.) se produce un cambio climático que se ve acompañado por modificaciones en la vegetación (disminuye el abedul, se mantiene el pino y aumenta el *quercus*). En el periodo Atlántico (5050-3050 a. C.) comienza una caída del pino y ligero aumento de *quercus*, apareciendo las primeras evidencias de un clareo de origen antrópico en las comarcas cantábricas. Pero la actividad humana se vuelve más intensa en el Suboreal (3050-550 a. C.), con una fuerte disminución de las especies arbóreas en favor de las herbáceas (Salas 1992: 66). En definitiva, está constatado el inicio de la economía productora en algunas zonas del valle del Duero desde el VI milenio AC, extendiéndose a otras en el siguiente milenio.

El número de poblados neolíticos conocidos en la Meseta Norte no es muy elevado y la mayoría de ellos sólo se han documentado mediante prospección, lo que reduce en buena medida las posibilidades de saber su forma de interacción con el medio circundante. En el centro de la cuenca del Duero, en tierras de Valladolid, Zamora y sur de Palencia, las aldeas se ubican en tierras llanas, próximas a los ríos o pequeñas lagunas, de fácil explotación cerealista. Coinciden con suelos sueltos, con alto componente arenoso, que pueden ser cultivados sin mucho esfuerzo (Iglesias y otros 1996: 723-4; Delibes 1995). Otros poblados, en las zonas montañosas de Segovia, el centro de Burgos y

el sur de Ávila y Salamanca, se sitúan en elevados cerros o en rellanos de laderas coincidiendo con tierras pobres agrícolamente pero buenas para mantener rebaños de ganado ovino y para un aprovechamiento cinegético (Iglesias y otros 1996: 724).

Indicios más directos de la agricultura son los pólenes recogidos bajo el túmulo del Moreco (Sedano, Burgos) que confirman la presencia de campos de cereal en sus proximidades (Delibes y Zapatero 1996: 342). En los niveles del Neolítico Inicial de La Lámpara (Ambrona, Soria) se ha documentado la presencia del cultivo de trigo –*triticum monococcum*– y de ganadería (Rojo y Estremera 2000: 83), mientras que en la cueva de La Vaquera se recuperaron trigo y cebada, además de algunas leguminosas al final de ese periodo (ídem: 87).

El modelo de explotación agrícola que comienza a aplicarse ahora está basado en la necesidad de amplios periodos de barbecho, que se ven forzados por la ausencia de métodos de abonado controlado. Se trata probablemente de un barbecho forestal y arbustivo que obliga a una labor de tala y roza cada vez que quiere roturarse un nuevo campo (Martínez Navarrete 1988: 124).

Dentro de la ganadería, en La Velilla (Osorno, Palencia) se han recogido restos de cabra, oveja y cerdo –aunque también se cazaban ciervos– en niveles de hogares fechados hacia el 3300-3100 AC (Delibes y Zapatero 1996: 340). En La Vaquera (Torreiglesias, Segovia) se han hallado restos de oveja y cabra como principales especies, seguidas de cerdo, vaca, caballo, perro, corzo, ciervo y zorro, mientras que en Verdelpino (Cuenca) se encontraron oveja, cabra, cerdo, vaca, caballo, cabra montesa, uro, jabalí, ciervo y lince (Rubio 1988: 394-5).

En el comienzo del **Calcolítico** continúan las evidencias de polen de trigo y cebada en el País Vasco (Iriarte y Zapata 1996: 65). Dentro de Galicia se habla de que desde inicios del III milenio AC se usa un arado de tipo ligero que permitiría explotar las tierras bajas, de suelos pesados más productivos (Ruiz-Gálvez 1992: 222; Fábregas y Ruiz-Gálvez 1994: 150), lo que incide en un crecimiento de la población pese a limitaciones como la ausencia de abonado o de alternancia de cultivos con leguminosas en esta zona peninsular. Tales limitaciones repercuten en una importante degradación del medio (Ruiz-Gálvez 1992: 225). La ausencia de alternancia de cultivos en Galicia hasta la Edad del Hierro no impide su práctica en otras zonas de la península Ibérica, pues el haba (*vicia faba*) se encuentra desde mediados del IV milenio AC en el centro de Portugal y el Sudeste español (ídem).

El paisaje reconocido en el poblado de El Ventorro (Madrid) es abierto con dominio de herbáceas (las *cichoriae* o "dientes de león") y un porcentaje arbóreo alterado por el predominio de pólenes de pino, junto a álamos (vegetación de ribera próxima), además de encontrarse cereales y las crucíferas y Plantago que acompaña a estos cultivos (López y Arnanz 1994: 57). Es un medio degradado por la acción humana similar al documentado en otros yacimientos madrileños. Los análisis carpológicos y de huellas en la cerámicas han permitido recuperar semillas de trigo, cebada y leguminosas como habas y lentejas, además de encontrarse huellas de lino y esparto (Priego y Quero 1992: 376). En el Buraco de Pala (Mirandela, Portugal) se ha recogido un importante conjunto de semillas datado a mediados del III milenio donde junto a bellotas, amapolas de opio, trigo y cebada, también se recogieron habas (Sanchez 1987: 66).

En el yacimiento de Moncín (Borja, Zaragoza), el trigo fue el cultivo principal entre el 3000 y el 1500 AC, destacando también la cebada y las lentejas, mientras que no hay constancia de vid ni olivo domesticados ni de cultivos de regadío (Harrison y otros 1994: 507).

Parece admisible que ya se cultivasen leguminosas dentro de la Meseta Norte desde el Calcolítico a la luz de las evidencias que acabamos de describir en sus proximidades, y que se ven confirmadas por otros yacimientos extramesetanos del Bronce Medio. Por tanto cabe sospechar la existencia de una rotación de cultivos, pese a que no se haya confirmado de forma directa su práctica para momentos tan antiguos (Buxó 1991: 103-4). La realización de tal alternancia permitiría prolongar la fertilidad de los suelos y alargaría la duración de la vida de los poblados, aunque no garantizase un abonado completo ni eliminase la necesidad de desplazarse por el territorio.

Análisis efectuados en Cantabria reflejan a partir del 2360 a. C. la existencia de un paisaje con predominio de pino, junto a abedul, *quercus* y arce, con un predominio de las especies arbóreas, pero con algún momento de descenso en favor de las gramíneas (Mariscal 1993: 64-5). La paulatinamente creciente importancia de las gramíneas va haciendo disminuir el estrato arbóreo en una fase que abarca desde un momento impreciso de la secuencia y hasta el 930 a. C. (ídem: 67).

Respecto a la intensificación de las prácticas agrícolas, en el sondeo de la Laguna de Las Sanguijuelas (Puebla de Sanabria, Zamora), se comprueba que las gramíneas mantienen un porcentaje bastante bajo hasta la mitad del periodo Suboreal, algo después de una datación del 2240 \pm 60 a.C. (Menéndez y Florschütz 1961: 85). Resulta significativo que este aumento en el número de gramíneas coincida aproximadamente

con el final del Calcolítico, cuando otras evidencias indican que se está dando un importante desarrollo de las prácticas agrícolas. Esta actividad antrópica es especialmente clara en el entorno de los poblados, donde los análisis polínicos reflejan que las especies herbáceas –con *asteraceae*, gramíneas y *cerealía*, asteráceas y plantago, como más clara muestra de manipulación antrópica– suman cerca del 70% de los pólenes, frente al papel minoritario de los taxones arbóreos.

Así se confirma en Los Bajos (Vecilla de Trasmonte, Zamora) y en Viña de Esteban García (Salvatierra de Tormes, Salamanca) (Larrén 1999: 90). De modo similar se constata un elevado grado de degradación del medio en los poblados calcolíticos del valle de Amblés, en Ávila, con paisaje dominado por pastizales dedicados al ganado y con bosques muy abiertos y degradados (López y Blanco 2003: 226). Mientras en el Neolítico parece detectarse un paisaje bien forestado de bosque denso –sobre todo encinar–, la degradación del bosque se manifiesta en el Calcolítico junto a la presencia de pastos dedicados al ganado (López 2002: 42-4). En el caso concreto del poblado calcolítico de Fuente Lirio (Muñopepe, Ávila) domina un paisaje deforestado, con pocos árboles (encinar degradado y algo de enebro; mientras los pinares estarían alejados y dispuestos en zonas más elevadas de la sierra) cerca del poblado, donde está muy desarrollado el pastizal y se constata el cultivo de cereales (Burjachs y López 2003: 51-2).

Continúa ahora la itinerancia de la población, pero la aplicación de alternancia de cultivos permitiría mayor estabilidad. Díaz-del-Río (1999: 170) hace hincapié en la potencialidad de este sistema agrícola como factor de estabilidad de los grupos humanos y de lo innecesario de abandonar las aldeas por el agotamiento de los campos de su entorno. Sin embargo los poblados excavados muestran haber sido objeto de ocupaciones relativamente breves, probablemente prolongadas no más allá de unas cuantas décadas (Priego y Quero 1992: 358).

No contamos con métodos que nos permitan precisar con exactitud la duración de los asentamientos, ni el C-14 ni el estudio de la cultura material nos dejan llegar a tanto actualmente, pero sobre todo por las decoraciones cerámicas (ya sean propias del Calcolítico Inicial, del Campaniforme-Bronce Antiguo, Protocogotas o Cogotas Pleno) sabemos que se adscriben a etapas que hoy somos capaces de ceñir a unos pocos siglos. Y las evidencias de que disponemos nos inducen a descartar en la mayoría de casos que la ocupación se prolongase más allá de una de esas etapas: por ejemplo, calcolítico inicial en el yacimiento zamorano de Casaseca de las Chanas (Val 1992), campaniforme en el abulense de Aldeagordillo (Fabián 1992), protocogotas en el también abulense de

Mingorría (González-Tablas 1984-5) y cogotas en el vallisoletano de San Román de la Hornija (Delibes y otros 1990).

Cuando se da el caso de que se constate la existencia de yacimientos con varias ocupaciones, no suele existir una continuidad, puesto que se producen vacíos en el desarrollo cronológico que se reflejan en la ausencia de evidencias materiales de etapas intermedias. Varios son también los ejemplos en este sentido, y así hay yacimientos con una ocupación campaniforme y otra de un momento final protocogotas o de pleno Cogotas, como en la segoviana cueva de Arevalillo (Fernández-Posse 1981), el caso palentino de Dueñas (Pérez y otros 1994) y el vallisoletano de Almenara de Adaja (Balado 1989). E incluso cuando son dos etapas relativamente más próximas, existen evidencias que inducen a sospechar en que se produjo un periodo de abandono, como en el yacimiento vallisoletano de Geria (Arranz y otros 1993), donde pese a documentarse las fases protocogotas y cogotas, falta el momento intermedio de transición entre ambas.

La explotación se basaría en un barbecho con un largo periodo de descanso, mayor de veinticinco años, al tiempo que necesitaría reservar amplios espacios libres de explotación para permitir la correcta regeneración de la tierra (Boserup 1984: 37). Sería preciso además otorgar un papel destacado a la ganadería, a la explotación del bosque y contar con bajas densidades de población, todo ello para evitar el agotamiento de unos recursos que resultan frágiles y difíciles de controlar con el sistema aplicado (Martínez Navarrete 1988: 127-8).

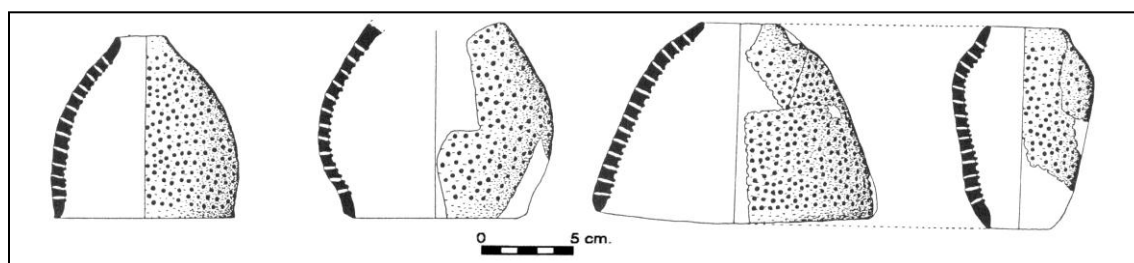
Aunque no contamos con evidencias directas de ello, seguramente desde el final del Neolítico se introdujo el uso del arado en la Meseta Norte, como ocurre al mismo tiempo en casi toda Europa –Dinamarca, Gran Bretaña o Italia, por ejemplo– (Sherratt 1983: 91). Esta novedad hizo posible el sistema extensivo de explotación agraria, con amplios espacios de bosque abierto, que favoreció al mismo tiempo la expansión de la cabaña ganadera.

Otro cambio relevante de este periodo tiene relación con la rentabilidad obtenida del ganado: se saca provecho de la lana y la leche de las ovejas, así como de la fuerza de tracción de vacas y bueyes (Sherratt 1983: 93-5; Barker 1985: 76; Harrison y Moreno 1985: 51). Este nuevo aprovechamiento del vacuno hace que cobre una mayor importancia desde el Neolítico Final y Calcolítico (Pérez Ripoll 1999: 97), aunque otros autores ponen el punto de inflexión ya en el Calcolítico, entre el 2950 y 2500 AC (Harrison y Moreno 1985: 79). Se habla además de que a partir del Calcolítico se extiende ampliamente por el occidente de Europa el caballo (Sherratt 1983: 92-3).

Dentro de Moncín se utilizan las legumbres y la paja como alimento para el ganado, cuyos corrales no se disponían en la zona central del asentamiento (Harrison y otros 1994: 508). Buena parte de los machos ovicápridos se sacrifican antes de los dos años de edad para aprovechar su carne, mientras que las hembras se conservan porque son ellas las que aseguran la continuidad del rebaño. De igual modo se procede en el caso de los bóvidos y también con los caballos, si bien en éstos parece claro su empleo para la monta y para tareas de tracción (ídem: 461-66).

En el poblado madrileño excavado en El Ventorro y fechado en un momento avanzado del Calcolítico se aprecia la casi nula presencia de fauna salvaje (1-3% del total) entre la que destacan ciervos machos adultos. En la población de bóvidos predominan los individuos adultos y, dentro de éstos, las hembras (al menos el doble); el mismo predominio de adultos se encuentra entre ovejas y cabras (con un mayor número de cabras, tal vez por la pobreza de pastos), los cerdos son adultos y subadultos (Morales y Villegas 1994: 40-3). No obstante, debe tenerse presente que los restos objeto de análisis parecen haber sido sólo aquellos que sirvieron como comida, y además se estima un porcentaje mínimo de pérdida de piezas óseas superior al 99% (ídem: 47-8).

Un panorama similar se encuentra en el yacimiento calcolítico inicial de Las Pozas (Casaseca de las Chanas, Zamora). Abundan los adultos en el ganado ovino y bovino (90 y 80%, respectivamente), mientras que todos los cerdos fueron sacrificados antes de cumplir los dos años. En los huesos estudiados se manifiesta un uso cárnico, si bien las vacas se emplearon como animales de carga (Morales 1992: 71) y de las ovejas se aprovecharon también la leche y la lana (ídem: 73). Aquí, a diferencia de lo ocurrido en El Ventorro, los animales salvajes representan el 30,65% del NMI. También es importante la caza (17%) en Fuente Lirio (Muñopepe, Ávila) (Riquelme 2003: 60).



5.12. Queseras recuperadas en El Castillo (Cardenosa, Ávila)

El reducido lote de huesos estudiado del yacimiento campaniforme de Arrabal de Portillo (Valladolid) apenas permite constatar la presencia de caballo, cerdo, cabra, vaca y, entre la fauna salvaje, ciervo y conejo (Salvador y Cuesta 1986). Lo más significativo es

constatar que de nuevo, salvo en el caso del cerdo, el resto fueron sacrificados en edad adulta. En el poblado de Tierras Linderas (La Mata de Ledesma, Salamanca) se han recogido huesos de caballo, bóvido, oveja, ciervo, jabalí, zorro y lobo (López y Arias 1988-89: 188); mientras que en El Teso del Moral se identificaron caballo, bóvido, cabra, cerdo, perro, ciervo y corzo (López y Arias 1978: 213); en Aldeagordillo (Ávila), caballo, bóvido, ovicáprido, cerdo, ciervo y conejo (Eiroa 1973) y en Santioste (Otero de Sariegos, Zamora), caballo, bóvido, oveja, cerdo, ciervo, conejo, corzo y erizo (Delibes y otros 1998: 177).

El **Bronce Medio** del País Vasco ha deparado el hallazgo de algunos granos de trigo y mijo, mientras que en el Bronce Final –desde el 1200 AC– se constata una creciente presión sobre el medio como refleja el descenso del estrato arbóreo y el aumento de las plantas asociadas a las actividades agrícolas cerealistas (Iriarte y Zapata 1996: 76-7). Similar evolución parece darse dentro de Galicia, en un fenómeno que ha querido asociarse a la parcelación de tierras (Fábregas y Ruiz-Gálvez 1994: 155-6). Y los mismos resultados arrojan los análisis realizados en yacimientos conquenses y madrileños, con una creciente importancia de los pólenes de gramíneas y de plantas asociadas a los cultivos (López 1986: 152-3). Rodeando el Caserío de Perales (Getafe, Madrid) se desarrollarían cultivos de regadío con leguminosas o fabáceas, mientras que las áreas de agricultura cerealista estaría algo más alejadas del poblado (Díaz-del-Río 2002: 27).

Dentro de una cabaña del yacimiento de El Recuenco (Cervera del Llano, Cuenca) se han recogido granos de *Hordeum vulgare* y de *Triticum aestivum*, además de identificarse en los fragmentos de cerámica improntas de cañas de carrizos (*Phragmites australis*), gramíneas y cebadas (*hordeum vulgare*), encina y bellota (*quercus rotundifolia*), lino (*linum usitantissimum*), trigo (*triticum sp*) y haba (*vicia faba*) (Rivera y otros 1994: 173). Los análisis en el yacimiento de Las Matillas (Alcalá de Henares, Madrid) proporcionaron semillas de trigo y cebada, y evidencias de especies crucíferas propias de campos de cultivo, campos abandonados y bordes de caminos (Díaz-del-Río y otros 1997: 106).

Más escuetos son los datos para la Meseta Norte, pero la excavación del poblado de la Cueva de Arevalillo (Arevalillo de Cega, Segovia) deparó el hallazgo de varias bolsadas con granos de trigo (*triticum estivum-compactum*) y gran cantidad de cotiledones de bellotas (López 1980: 430).

El entorno de La Gravera de Puente Viejo (Mingorría, Ávila) se caracteriza por el paisaje abierto, muy deforestado y dominado por las praderas de gramíneas, con campos

de cereal cercanos al poblado y, más alejadas, algunas manchas muy dispersas de robledales, acebuche y olivo silvestre (López y Blanco 2003: 226-7). Los análisis polínicos realizados en el poblado del Bronce Medio de Los Tolmos (Caracena, Soria) confirman el predominio de la pradera, con herbáceas, gramíneas y cichoriáceas, junto a manchas arbóreas de pino, encina y abedul y árboles de ribera como el chopo, el álamo y el sauce (López 1984: 338). Dentro de la cabaña ganadera se encuentran ovejas, cabras, vacas, cerdos, caballos y perros, junto a restos de liebre y ciervo (Soto 1984: 325). Se atribuye a este asentamiento un aprovechamiento pastoril estacional que explota los pastos para alimentar ovejas, cabras, bóvidos y caballos, al tiempo que se siembran cereales de ciclo corto cerca de las cabañas (Jimeno y Fernández Moreno 1991a: 101-3).

En el poblado también soriano de El Balconcillo (Ucero, Soria) se ha comprobado la existencia de caballo, vaca, cerdo, oveja, cabra y perro, junto a corzo y jabalí, aunque en una cantidad indeterminada (Rosa 1993: 247). Y en el poblado de Zorita de los Molinos (Mingorría, Ávila) se ha observado el sacrificio de los bóvidos a corta edad, con un aprovechamiento fundamentalmente cárnico (Delibes 1995a: 81).

Cuando se llega a los últimos compases de la Edad del Bronce se produce un nuevo cambio en el aprovechamiento agrícola y ganadero. Dentro de la provincia de Valladolid existe entonces una preferencia por los valles de los ríos principales, con tierras fértiles, abundancia de agua y fáciles comunicaciones, y por el sector Sudeste de las campiñas meridionales. Al mismo tiempo se marginan los páramos y el Oeste de la Tierra de Medina por la pobreza de sus suelos, los pocos cursos de agua de entidad y la escasez de precipitaciones (Quintana y Cruz 1996: 41-43). Además de esta elección que prima la disponibilidad de agua y tierras fértiles, hay un factor más a considerar que se manifiesta al comparar dos zonas aparentemente similares, Tierra de Campos y el sector Sudeste de las campiñas, la primera de las cuales permanece desocupada mientras la segunda no. Ambas tienen un terreno alomado, con precipitaciones en torno a 400-450 mm anuales, redes fluviales secundarias y presencia de lagunas; sin embargo, la presencia de lagunas (importante por ofrecer tierras fértiles y agua y pastizales todo el año) es más importante en las campiñas y, sobre todo, aquí los suelos son más sueltos y fáciles de trabajar con técnicas rudimentarias que los pesados terrenos arcillosos de Tierra de campos (idem: 43-4).

El vacío poblacional de la Tierra de Campos desaparecerá a partir de la **Edad del Hierro**, gracias a la introducción de nuevas técnicas que permiten rentabilizar estos terrenos. Se incluyen entre las mejoras la introducción de nuevas plantas, la renovación del utillaje agrario metálico y la parcelación de las tierras (Ruiz-Gálvez 1992: 230). La

consecuencia más clara es una creciente sedentarización, acompañada tal vez de un aumento demográfico, que incrementa la presión humana sobre el medio y conduce a ocupar comarcas antes despobladas, en concreto Tierra de Campos y la campiña de Villalar (Quintana y Cruz 1996: 48-50).

El cambio en la transición Bronce-Hierro ha querido relacionarse también con un evento paleoclimático que tendría lugar hacia 850-760 AC (a partir del 800 a. C. en fechas sin calibrar), en la transición entre el Subboreal y el Subatlántico (López y Blanco 2003: 221). Se pasa de un clima cálido y seco a otro húmedo y frío en el transcurso de aproximadamente un siglo, lo que hubo de dejar su impronta en las sociedades, que estarían adaptadas a mantener un equilibrio población-recursos dentro de las condiciones anteriores (ídem: 222). En el valle abulense de Ámbles, de un poblamiento sumamente dependiente de los cursos de agua menores y de los humedales, con un patrón de ocupación disperso y lineal donde sólo hay núcleos domésticos pequeños, se pasaría a poblados mayores y con una marcada territorialización (ídem: 224).

Durante la Edad del Bronce posiblemente no se cultivaron la vid ni el olivo, ni existió una horticultura intensiva en la Meseta Norte, a semejanza de lo que se ha documentado en Moncín (Borja, Zaragoza). Además la alternancia de cultivos entre leguminosas y gramíneas no aseguraba la suficiente fertilidad al suelo como para proporcionar su completa regeneración. Sin embargo, la estabilidad de los hábitats desde el comienzo de la Edad del Hierro obliga a considerar que se aplican otros sistemas de abonado más efectivos, en concreto hay que pensar en el empleo de estiércol. Y también cabe pensar en una intensificación del cultivo de las huertas con el objetivo de aumentar su rendimiento.

Los análisis carpológicos en los niveles iniciales del Soto de Medinilla (Valladolid), fechados en 920-905 AC, han deparado el hallazgo de gramíneas (*triticum aestivum/durum* y *hordeum vulgare*), junto a semillas de plantas que crecen en sembrados y tierras incultas (*lolium*) y otras de prados y herbazales (plantago). Pese a esta continuidad aparente, los cambios han de ser efectivos y habría que pensar en una rápida evolución hacia una agricultura muy parecida a la existente hacia el cambio de era.

Entre los aspectos más interesantes de la agricultura romana está el cultivo de árboles frutales y de huertas con col, lechuga, alcachofa, cilantro, zanahoria, ajo, cebolla, espárrago, rábano, nabo, calabaza, puerro y apio, entre otras plantas (Columela 1959: 141-2). Además se reconoce la utilidad del cultivo de altramuz, haba, lenteja, guija y alverjón para estercolar la tierra, aunque se admite una mayor efectividad del estiércol de

ave, seguido del humano y el de los cuadrúpedos, además de usarse ceniza y hollín (ídem: 65-7).

-Minería

Desde el Neolítico Final y durante el inicio del Calcolítico se mantienen la explotación de las minas de variscita del noroeste de Zamora (Campano y otros 1986). Uno de los afloramientos es el de “La Cerca” (Palazuelo de las Cuevas), un cerro en cuya cumbre aflora el mineral. En esta zona se han realizado las labores de extracción, consistentes en grandes hoyos, de hasta 20 metros de diámetro máximo y entre cinco y siete de profundidad, dispersos por toda la cumbre (ídem: 14). En “El Bostal” (Sejas de Aliste) se documentó la existencia de una posible boca de mina, hoy colmatada (ídem: 15). La explotación de minas en época romana hace que, a falta de excavaciones, no se conozca con exactitud los métodos de extracción de la variscita.

Durante el **Calcolítico** los datos sobre el beneficio de las vetas de cobre son imprecisos en la Meseta Norte. Se localizan recursos cupríferos en zonas concretas, como el norte de Palencia y Burgos (Blas Cortina 1987: 75), en el norte de León (Blas Cortina 1989: 143) y en general en todo el reborde septentrional de la Meseta, junto a mineral de estaño en el occidente de Zamora y Salamanca (Fernández Manzano 1986: 149).

Se ha constatado la existencia de pequeñas mineralizaciones en la provincia de Ávila que pudieron servir a los grupos prehistóricos, aunque no existen evidencias directas de ello. Así Delibes (1995a: 43) señala en torno a la ciudad de Ávila la coincidencia de pequeños afloramientos cupríferos y asentamientos calcolíticos, con emplazamientos donde debió pesar mucho esta disponibilidad de mineral de cobre (Fernández Manzano y otros 1997: 536). Aunque sólo se tendrá seguridad de su explotación en la Edad del Bronce, a este momento corresponde el hallazgo en algunos yacimientos meseteños de crisoles con restos de cobre (Delibes y otros 1995: 54). Dentro de estos poblados calcolíticos se han encontrado algunas evidencias en tal sentido: en Aldeagordillo, mineral de malaquita sin procesar, goterones de fundición y un crisol, en Cantera de Halagas, mineral y escorias procedentes de la reducción, y en Cerro Hervero, un crisol (Fernández Manzano y otros 1997: 530).

Para los poblados calcolíticos zamoranos se ha sugerido un modelo de explotación del cobre con extracción del mineral a partir de trincheras a cielo abierto próximas a los poblados, puesto que estos afloramientos cupríferos son muy abundantes en zonas como el Aliste (Delibes y Val 1990: 71).

En niveles de ocupación de los yacimientos precampaniformes de Aldeagordillo (Ávila), muy próximo a zonas con mineralizaciones de cobre, y de Cueva Rubia (Villaescusa de las Torres, Palencia) se han recogido fragmentos de malaquita (Delibes, Fernández y Herrán 1999: 80). Además en el Pico del Castro (Quintanilla de Arriba, Valladolid) fue hallado un horno-vasija de época campaniforme, con restos de adherencias de cobre, hierro y arsénico. Parecida composición tienen los restos de otro horno-vasija de la Cueva de la Vaquera (Torreiglesias, Segovia), fechado ya en el Bronce Antiguo (ídem: 81).

Otra muestra de los trabajos metalúrgicos son los crisoles, entre los que destacan los seis de La Alameda (Peleagonzalo, Zamora) junto a los de otros yacimientos zamoranos (Las Pozas en Casaseca de las Chanas, Las Peñas en Villardondiego y Los Bajos II en Vecilla de Trasmonte), abulenses (Los Itueros en Santa María del Arroyo, Aldeagordillo y el cerro Hervero en la capital), vallisoletanos (Mucientes) y palentinos (Cueva Rubia). El análisis de varios de La Alameda, Las Peñas y Cueva Rubia manifiesta que se trata de cobres ferruginosos. Por último se han analizado goterones, que pueden proceder de los procesos de reducción de mineral (como el de La Solana en Navamoralejo de Béjar, Salamanca, con un alto porcentaje de hierro) y del proceso de vertido en los moldes (según parecen los de los yacimientos abulenses de Aldeagordillo, La Teta en Gilbuena, El Hontanar en Encinares y El Tomillar en Bercial de Zapardiel y el burgalés de Los Cenizales en Moradillo de Roa) (ídem). Falta el hallazgo de escorias y de lingotes y moldes.

La explotación de la sal se ha documentado en Villafáfila (Zamora), con un proceso basado en el secado por combustión mediante calor producido artificialmente. Se reconocen varias áreas funcionales específicas (Delibes y otros 1998: 173-4). Por un lado hay hornos utilizados como hervideros de sal sobre los que se colocaban grandes vasijas con salmuera para conseguir una primera concentración. Con la salmuera obtenida, ya casi a punto de cristalización, se llenan unos pequeños cubiletes en los que termina de fraguar la sal adoptando la forma de lingotes o panes fácilmente transportables. Para ello se colocan estos vasos en unos soportes cilíndricos colocados sobre un suelo con brasas y, una vez finalizada la evaporación, se rompen los vasos para extraer la sal.

Lo más significativo de esta salina es que la ocupación sería posiblemente estacional, limitada al verano, cuando la concentración de sal en el agua es mayor y resulta más fácil su obtención (ídem: 172).

También existen indicios de la explotación intensiva del sílex en el área de los Montes Torozos, en Valladolid, donde se encuentra una elevada concentración de nódulos

de este material en depósitos secundarios. Pese a la debilidad de los testimonios, la abundancia de nódulos de sílex y la alta densidad de yacimientos prehistóricos, unido al conocimiento de un taller especializado en el poblado de Los Cercados (Mucientes, Valladolid) fechado en el 2030 \pm 60 a. C. y al descubrimiento de un amplio radio de distribución de las piezas líticas procedentes de esta zona (Delibes y otros 1995: 57), inducen a reconocer el mantenimiento de una manufactura especializada.

Sin embargo, nada puede decirse sobre el modo en que poblados como Los Cercados aprovechaban los recursos líticos circundantes, posiblemente de forma temporal y no continuada, como ocurre en la mina granadina de sílex de La Venta (Ramos Millán 1998: 20).

Durante la **Edad del Bronce** está perfectamente documentado el trabajo en los afloramientos de malaquita a través de los tres martillos de granito y diorita recuperados en El Castillo (Cardenosa, Ávila), de cuerpo esférico o cilíndrico y con un surco por el que se ceñía la sogá que los unía al mango (Delibes 1995a: 76). Confirman esta explotación el hallazgo de varios moldes en el mismo yacimiento, lo que lleva a Delibes a insinuar la existencia de poblados especializados en las labores metalúrgicas (ídem: 77-8). En la mina Junquera (en el casco urbano de Ávila) se descubrieron hachas pulimentadas de fibrolita (Delibes, Fernández y Herrán 1999: 80), lo que podría ser indicio de su explotación en este periodo.

Mientras las primeras explotaciones mineras calcolíticas se efectuarían en trincheras a cielo abierto, durante la Edad del Bronce se aprecia una intensificación que conduce a crear, por ejemplo en tierras asturianas, galerías de desarrollo complejo y notable longitud (Blas Cortina y Fernández-Tresguerres 1989: 185). En la mina El Milagro (Onís, Asturias) las labores se inician en una gran oquedad superficial de la que parte un pozo con 40-45° de inclinación y 10 m de longitud, mientras en las minas del Aramo (Riosa, Asturias) el conjunto alcanza 150 m dispuesto en una intrincada red de galerías de diversos tamaños (Blas Cortina 1998: 73-7). Los métodos de extracción del mineral son el empleo de la torrefacción, y el uso de mazas de piedra y picos, cuñas y palancas de cornamenta de ciervo.

Minas similares se encuentran en el norte de León, posiblemente explotadas en la Edad del Bronce, como La Profunda, Oblanca (Villar de Cos) y Mina Colón (Busdongo-Villamanín). En la última de ellas se ha recuperado una posible cuña de piedra pulimentada, mientras que en la primera se encontraron cuatro hachas de cobre tal vez usadas como cuñas y tres mazos mineros de cuarcita (Blas Cortina 1989: 148).

Minerales parcialmente reducidos se recogieron en La Corvera (Navalmoral de Béjar, Salamanca) y en la gravera de Puente Viejo (Mingorria, Ávila). En la Corvera, ocupada desde el inicio de Cogotas I hasta el final de la Edad del Bronce, hay un cobre casi puro y un bronce ternario, mientras que en Puente Viejo, datado en el Bronce Medio, se trata de un bronce binario (Delibes, Fernández y Herrán 1999: 80). No conocemos crisoles de este periodo ni tampoco escorias, aunque hay unos pocos moldes. Nos referimos a los de arenisca blanda o granito para fabricar varillas de sección circular – entre 5 y 8 cm de longitud– recogidos en el Castillo de Cardeñosa y al bloque de arenisca recogido en el Alto de la Loma (Quintanilla de Onsoña, Palencia) con la marca de un hacha plana en uno de sus lados y una acanaladura para varillas en la contraria (ídem: 82).

- Las tierras cultivadas en torno a los poblados

Pero volvamos al problema de la agricultura durante el Calcolítico y la Edad del Bronce para tratar de reconocer hasta qué grado incide sobre el medio natural.

Para ello necesitamos conocer en primer lugar cuáles eran las necesidades básicas que tenían estos grupos prehistóricos. Consideramos como tales las que han de hacer frente a la alimentación de todos sus miembros. La dieta básica se compone de varios productos. Entre las especies vegetales autóctonas de la península Ibérica podemos mencionar encinas, avellanos, pinos, castaños, manzanos, perales, cerezos, madroños, cebadas y avenas silvestres, leguminosas como altramuces y yeros, apio, lechuga, cardos, espárragos, rábanos y zanahorias. A ellas se suman desde el Neolítico nogales, olivos, viñas, higueras, ciruelos, melocotoneros, membrilleros, granados; cereales como trigo, cebada, centeno y mijo, y leguminosas como garbanzo, habas, lentejas y guisantes (Hernández Bermejo 1996: tablas 1 y 2). Pero no eran éstos los únicos componentes, pues la comida incluiría además pescados, huevos, productos lácteos y derivados, grasas y carnes.

Por encima de variaciones estacionales y de la disponibilidad de cada producto, la parte principal de la dieta era, como ahora, el pan. La cantidad media de pan consumida diariamente por una persona adulta está en 600 gr, según se deduce de diversos estudios en sociedades tradicionales de distintos puntos de España (Arranz Arranz 1990: 181, Contreras 1993: 53-4, Sánchez y Frades 1995: 13). Para calcular las necesidades de trigo hay que tener presente que no todo el pan era harina, puesto que ésta recibía una cantidad importante de agua que, durante la cocción en el horno, parcialmente se perdía. De esos 600 gr finales, aproximadamente 100 son agua y 500

harina (Giro Miranda 1985: 193, 222; Toussaint-Samat 1991, Sánchez y Frades 1995: 11-2).

Si establecemos en 0,5 Kg la cantidad de cereal que necesita una persona diariamente para alimentarse, al año suma un total de 182,5 Kg. Fijada esta cantidad, ahora tenemos que enfrentarnos al problema de establecer cuántos habitantes tenía un poblado prehistórico de los que, como hemos visto, conocemos tan poco sobre su estructura interna. Díaz-del-Río (1997: 170) establece que los grupos asentados en zonas de elevada fertilidad contarían con 40 adultos, aunque en otro lugar se habla de 20 adultos (Díaz-del-Río y otros 1997: 108). E incluso en el caso del poblado de El Ventorro se hace una extrapolación del área excavada y las cabañas encontradas en su interior (3) para calcular que en el área total del yacimiento hubo 30 cabañas unifamiliares, lo que es equiparado a una población de 150-200 personas (Priego y Quero 1992: 358).

Tomaremos como referencia 30 adultos (serían posiblemente ocho familias), a los que añadiendo los niños tendríamos como referencia para el consumo el equivalente a unos 40 adultos. Esto representa 7.300 Kg por año para alimentar a todo el poblado, pero ¿cuánto se necesita sembrar para obtener esta cantidad de cereal panificable?

Para intentar hacernos una idea de los rendimientos que se obtenían en las tierras de la Meseta Norte, acudimos a los documentos de época medieval y moderna. Ignoraremos los datos deparados por los trabajos experimentales que Reynolds realizó en Gran Bretaña, donde reproduce las técnicas de cultivo de la Edad del Hierro y no aplica abonos al área de cultivo, ya que sus resultados son excepcionalmente altos en comparación con los obtenidos en época histórica (Reynolds 1985: 399).

En 1338 el rendimiento obtenido por los monjes de Santo Domingo de Silos (Burgos) fue de 1:4,05 en el trigo y de 1:3,5 en la cebada (Martín Cea 1986: 62-3). En 1752 el catastro de Ensenada en las Tierras de Curiel y Peñafiel (Valladolid) refleja un rendimiento en los cultivos de trigo de 1:5,2 o 4,6 –según sean las tierras de mejor o peor calidad– y en los de cebada de 1: 5,6 o 6 (García Sanz 1989: 182). Las diferencias entre la agricultura prehistórica y la aplicada en estos dos ejemplos es considerable, sobre todo por las ventajas del arado romano frente al arado ligero utilizado en época prehistórica, pero también por el mejor abonado. No obstante, hay que tener presente que las tierras prehistóricas sólo se explotaban durante unos pocos años, en los que se obtenía el máximo rendimiento posible sin necesidad de abonar de forma artificial; mientras que las diferencias en el arado posiblemente sólo tuvieran una trascendencia importante en la explotación de los suelos más pesados (que no se cultivan hasta la Edad del Hierro) y

cuando ha de hacer más fácil y rápida la labor. Por otra parte las poblaciones prehistóricas son menores y ejercen una menor presión sobre el territorio, pudiendo elegir en cada zona los terrenos más aptos para el cultivo, desechando el resto.

Siguiendo este razonamiento, vamos a suponer que el rendimiento de los cultivos era relativamente elevado y alcanzaba 1:5. Eso obligaría a que, para obtener 7.300 Kg destinados al consumo humano, se recogiesen algo más de 1.800 Kg que fuesen reservados como simiente para asegurar la siembra al año siguiente. En total la cosecha habría de ser de unos 9.000 Kg.

Pero si ya sabemos que para alimentar a un grupo de 30 adultos era necesario sembrar 1.800 Kg de trigo, ¿cuánta extensión ocupaban los campos de cultivo? Volvamos a los datos de la Edad Moderna, tomados del catastro del marqués de la Ensenada. En Baltanás (Palencia) se siembran 3 o 2,5 fanegas de trigo –según sean tierras de mejor o peor calidad– y 5 o 4,5 de cebada por cada obrada de terreno, que equivale aproximadamente a media hectárea (García Colmenares 1993: 74). Por su parte en las Tierras de Curiel y Peñafiel (Valladolid) se siembran 2,3 o 1,7 fanegas de trigo y 3,5 o 2,4 de cebada por similar extensión (García Sanz 1989: 180). Las fanegas son una medida de capacidad que equivalen a 44-46 Kg de trigo y a 35-36 Kg de cebada (Giro Miranda 1985: 182, Vicente 1995: 94).

En este caso vamos a optar en nuestros cálculos por aquellos sembrados que aplican menor cantidad de semilla. Lo hacemos en primer lugar porque dejando mayor espacio entre plantas es como se obtiene un mayor rendimiento, al establecerse una menor competencia entre los brotes. Y en segundo porque las técnicas primitivas de arado no favorecerían el cultivo intensivo. De este modo, consideramos que se dedican 2 fanegas de trigo para cada obrada, es decir, 180 Kg por hectárea. Para los 1.800 Kg que requerían sembrarse, se necesitan por lo tanto 10 hectáreas de terreno cultivable.

De este modo, tenemos la extensión de los campos cultivados anualmente considerando sólo lo justo para las necesidades alimenticias anuales, y sin contemplar la existencia de excedentes que pudieran servir para el intercambio con otros grupos ni el almacenamiento de una reserva en previsión de malas cosechas. Dentro de este marco y partiendo de la existencia de un barbecho forestal que obligase a largos periodos de abandono de los campos de entre 15 y 25 años, habría que contemplar que sólo se cultivaría entre el 0 y el 10% de la tierra cultivable (Boserup 1984: 37). Para el caso de la Meseta Norte somos conscientes de que los poblados se abandonan durante periodos de

tiempo mucho mayores, algunas veces de un par de siglos y en ocasiones no vuelven a ser reocupados.

Entre los motivos que podrían haber llevado a ese comportamiento, la causa principal sería que la ocupación de un poblado sólo perdura mientras sigan existiendo tierras disponibles para roturar por primera vez en sus inmediaciones, pero en ningún caso se llegan a aprovechar roturándolas por segunda vez. Veamos qué nos lleva a pensar así.

Si contemplamos la necesidad de un barbecho largo con una elevada extensión de tierras disponibles, anualmente sólo se trabajaría el 2% de ellas. En tal caso (y pensando en un caso extremo en que las tierras, explotadas con poca intensidad debido a su alto desgaste, se abandonasen tras la primera cosecha) las 10 hectáreas anuales obligarían a disponer de 500 hectáreas totales de tierras cultivables. Y eso teniendo siempre presente que estamos evaluando las necesidades básicas para alimentar a la población, sin contemplar la producción de excedentes.

Ahora habría que delimitar el terreno de explotación de cada poblado. Lo más habitual es tomar un radio de 5 o 10 Km en torno a los asentamientos (Jarman y otros 1982: 32; Butzer 1989: 209-10). Eso nos da un amplio territorio de 78,5 y 314 Km² respectivamente, donde no habría ningún problema para desarrollar una agricultura con barbecho forestal. Chisholm (1968, citado en Jarman y otros 1982: 30) ha sugerido que 5 Km puede ser el límite de la explotación de subsistencia, más allá del cual el coste del trabajo supera las ventajas de cultivar más tierras. Pero en realidad este radio es demasiado amplio para ubicar los terrenos de cultivo. En realidad el factor clave es el tiempo de desplazamiento y suele recurrirse al equivalente al espacio que se alcanza en una o dos horas a pie desde el poblado, siendo habitual que en una hora se recorra una distancia aproximada de 2 kilómetros, con algunas variaciones según el terreno (vid. López García 1991).

Si observamos un asentamiento rural castellano en la Edad Moderna, constatamos que los campos de cultivo no se alejan en su mayoría más allá de 2 Km del núcleo de población, mientras que más allá de esa distancia están las tierras de cultivo ocasional, de peor calidad, y las zonas de monte y pastos (Bellido 1992). Y además dentro de este territorio no todo son tierras aprovechables, pues una buena parte lo ocupan pastos y puede haber zonas improductivas o inaccesibles. En el caso del pueblo vallisoletano de Pesquera de Duero, zonas improductivas son las laderas y la cumbre del

páramo, mientras que las inaccesibles –más del 25% del territorio– son las que quedan al otro lado del río Duero (ídem).

No existen estudios que analicen el territorio de explotación de los yacimientos de la prehistoria reciente en la Meseta Norte, aunque por ejemplo en el caso de El Carrizal (Cogeces del Monte, Valladolid). Dentro de un radio de 2 Km, apenas quedan un 25% de terreno cultivable después de eliminar las laderas más pendientes y la zona elevada de los páramos (Rodríguez Marcos 1993: 73), que son espacios tradicionalmente dedicados por los grupos rurales de época histórica a monte, mientras que en esta etapa de la prehistoria se encuentran despoblados. Esto reduce las 1256 hectáreas hipotéticamente disponibles en torno al poblado –en un radio de 2 kilómetros– a tan sólo 300, eso sin contar las zonas dedicadas a cultivos hortícolas o las praderas que no se cultivaban. Obviamente es éste un caso extremo, pero creemos que resulta significativo de que las limitaciones del medio son reales y explican que la posibilidad de agotar los recursos cercanos es un hecho. En este asentamiento los recursos no habrían permitido establecerse a un grupo tan numeroso por más tiempo que unas pocas décadas.

Antes de que se completase el ciclo de recuperación de la fertilidad del suelo en las parcelas ya abandonadas y diese comienzo un nuevo ciclo, se habría agotado la disponibilidad de tierras sin cultivar dentro del primer ciclo de roturaciones. De este modo, por simples criterios de rentabilidad y de subsistencia, se vuelve inevitable abandonar el asentamiento y elegir un nuevo emplazamiento donde estén disponibles tierras sin roturar que aseguren la estabilidad durante al menos otras cuantas décadas. Este es el modelo de comportamiento que creemos se desarrolló en la Meseta Norte durante el Calcolítico y la Edad del Bronce. Es la falta de adecuados métodos de abonado de las tierras la que impone su rápido agotamiento y obliga a un modelo de agricultura itinerante. La presencia de cultivos de leguminosas no aseguraría la completa reposición de los nutrientes sustraídos a la tierras y sólo a partir de la Edad del Hierro se aplicarían sistemas de abonado lo suficientemente intensivos como para reducir los periodos de barbecho y asegurar la fertilidad continuada de los campos y la estabilidad del poblamiento.

En ningún caso este tipo de barbecho largo perjudicó el mantenimiento de la cabaña ganadera, puesto que sin duda se mantuvieron terrenos en reserva dedicados a praderas (como las zonas húmedas en torno a labajos y corrientes de agua), al tiempo que las superficies que se agotaban para el cultivo agrícola seguían siendo útiles para el aprovechamiento ganadero como pastos.

El desarrollo del barbecho forestal se basa en una reducida densidad de población, entre 0 y 4 hab/Km² (Boserup 1984: 36-43), cifras que no están muy alejadas de las que existirían en la Meseta Norte hasta la Edad Moderna. Para el caso de una localidad ya mencionada, Pesquera de Duero (Valladolid), se tiene constancia de que en 1527, en un momento de importante crecimiento de la población, la densidad era de 5,6 hab/Km², y sólo a partir de ese momento se producirá un paulatino aumento que lleva a alcanzar 9,6 a finales del siglo XVI, 14,8 a mediados del XVIII y 19,3 al final de ese mismo siglo (García Sanz 1989: 306). Salvando las distancias temporales, es indudable que la densidad de población del IV al II milenio AC fue sumamente reducida, permitiendo sobradamente mantener una explotación tan extensiva como la requerida por una agricultura itinerante.

Similares comportamientos itinerantes se han constatado en poblados neolíticos de Alemania y Checoslovaquia. Pese a que su agricultura es más rudimentaria que la desarrollada durante la Edad del Bronce, resultan significativos varios datos. En el caso del poblado alemán de Kölh-Lindenthal la emigración se produjo a tan sólo tres o cuatro kilómetros de distancia del primer poblado (Childe 1985: 67), lo que nos indica el reducido territorio de explotación que se empleaba directamente en tierras de labor. Por su parte en el asentamiento checoslovaco de Bylany la ocupación se prolongó sólo durante catorce años, a lo largo de los cuales se abandonaron varias veces los campos de cultivo, pues se agotaban tras tres o cuatro años de siembra (Soudský y Pavlu 1972). Ambos casos son indicativos de que efectivamente la itinerancia es un modo de vida admisible para la prehistoria reciente de la Meseta Norte.

No obstante, existirían algunas diferencias entre estos ejemplos neolíticos y lo que ocurre en el Calcolítico y la Edad del Bronce en la Meseta. En primer lugar, las tierras del interior peninsular son más pobres que las centroeuropeas, aunque por contra ese aspecto se compensa con la existencia grupos humanos de menor tamaño (se habla de 150 habitantes en Bylany). En segundo, se ha reconocido la fragilidad del bosque en la Meseta Norte, que requiere un periodo más prolongado que en Centroeuropa para lograr su regeneración (Martínez Navarrete 1988: 124). Y en tercer lugar, las ocupaciones en la Meseta fueron sin duda más largas, y así se ha propuesto que en El Ventorro (Madrid) durasen entre cincuenta y cien años (Priego y Quero 1992: 358).

Y aún en la propia Meseta Norte existen variaciones que permiten hablar de una evolución a medida que transcurre el tiempo. Para llegar a apreciar los cambios habría que profundizar en los factores que explican y determinan el paisaje agrario en cada

momento y lugar, tanto los físicos –clima, relieve, suelos, cubierta vegetal y población animal– como los humanos –demográficos, tecno-económicos, sociales y culturales– (Vicent 1991b: 42-7). Los datos son aún muy incompletos pero hemos ido viendo evidencias de que la explotación agraria se intensifica en el III milenio AC, coincidiendo con un aumento en el número de poblados conocidos, el uso del arado ligero, el aprovechamiento de la fuerza de tracción animal y el cultivo de leguminosas. Sólo análisis de detalle permitirán definir con precisión los cambios que se producen dentro de la agricultura de barbecho largo hasta el comienzo de la Edad del Hierro.

Otro aspecto que debe ser valorado y al que pocas veces se ha prestado atención es la existencia de diferencias geográficas dentro de la Meseta y su influencia en el tipo de aprovechamiento económico. Se ha aludido de modo general para la Edad del Bronce a una dualidad entre los castros de las montañas septentrionales dedicados sobre todo a la ganadería y los poblados del centro de la cuenca del Duero, cuya ocupación principal sería la agricultura de roza (Martín Valls y Delibes 1975a: 547, Romero y Jimeno 1993: 173).

Aunque no se ha establecido con exactitud cuáles eran las limitaciones que imponía el medio a las gentes de la Prehistoria reciente –con excepciones como la imposibilidad de explotar con medio primitivos zonas como la Tierra de Campos (Quintana y Cruz 1996)–, sí se ha hecho para los tiempos actuales. Y así distintos autores han resaltado la pobreza agrícola de los suelos y su mejor utilización ganadera en zonas como la sierra de la Demanda y la Tierra de Pinares, entre Burgos y Soria (Giménez Romero 1991: 121-3). De hecho en la Tierra de Pinares se cultivan en la mayoría de municipios sólo entre el 3,5 y el 14% del territorio (idem: 127).

Relaciones entre distintos grupos: los intercambios

Toda comunidad primitiva aspira a la autonomía completa desde el punto de vista de su producción de consumo, sin tener que depender de grupos vecinos. Se trata de generar todos aquellos recursos deseados sin tener que acudir más allá del territorio que se controla, evitando las tensiones de la negociación con otras gentes. Sin embargo, las diferencias ecológicas, climáticas, físicas o las influencias pueden conducir a una sociedad a la necesidad –o a sentir tal necesidad– de un producto, material u objeto que no se encuentra a su alcance directo. Ello les obligará a mantener relaciones de intercambio con grupos vecinos o alejados (Clastres 1996: 140).

La interacción entre grupos vecinos –lo que Renfrew denomina interacción entre sistemas políticos similares– contempla un amplio número de variantes: imitación y emulación, competición, guerra e intercambio de bienes materiales y/o de información (Renfrew 1986: 1). Queda desbordado así el simple ámbito de los productos de consumo y se abre un amplio campo que da cabida a multitud de posibilidades. Esto pone de relieve que las jefaturas separadas o aldeas agrícolas igualitarias, pese a su autonomía en términos de sus relaciones de poder, no existen de forma aislada y mantienen mucho en común con sus vecinos. El carácter de estas relaciones hace difícil explicar los cambios como un proceso de origen exógeno o endógeno, puesto que la explicación pasa por considerar como una sola entidad a toda una región, pese al reconocimiento de múltiples flujos de interacción entre distintas unidades políticas (ídem: 6). Para reconocer la existencia de este modelo de interacción hay que constatar la existencia de semejantes formas de gobierno o de cambios organizativos o de innovaciones institucionales al mismo tiempo entre distintos grupos de una zona (ídem: 7-8).

A través de la interacción entre distintas comunidades con similar complejidad social, cada una buscará la alianza con determinados vecinos mientras aceptará o buscará el riesgo de la guerra y la confrontación con otros. Pero estas alianzas y luchas no son siempre entre los mismos grupos y los cambios son constantes, aunque no necesariamente rápidos y sin que desaparezca el dispositivo general de relaciones (Clastres 1996: 206).

Las redes de alianzas que afectan a estos grupos están imbricadas en la esfera del intercambio. El intercambio deja traslucir las buenas intenciones, pero además se refleja en el ciclo de fiestas con convites, en el intercambio de regalos con una significación que va más allá de lo económico y, sobre todo, en el intercambio de mujeres (ídem: 207). El establecimiento de relaciones matrimoniales entre grupos diferentes es un medio de sellar y reforzar las alianzas. Distintos autores han puesto de relieve la trascendencia de las alianzas matrimoniales durante la Edad del Bronce en Europa occidental (entre ellos Ruiz-Gálvez 1992b: 222; Garrido Pena 2000: 206) como forma no sólo de unir los intereses de distintos grupos, sino también como sistema de transmisión de la herencia. El intercambio de mujeres convierte a los maridos en aliados para el resto de su vida y entre dos linajes ligados de este modo circulará a partir de ese momento un flujo de bienes y servicios que se reproducirá en el tiempo (Godelier 1998: 67).

El estudio de las relaciones de intercambio entre los grupos prehistóricos ha contado con especialistas, como Marshall Sahlins (1977), que ponen de relieve que en estas sociedades lo que hoy consideramos procesos mercantiles no se sustentan sobre un marco de relaciones económicas, sino que se ligan a las instituciones no económicas,

como las de parentesco, religión o política. En este sentido, las relaciones de intercambio fluctuarían y se debilitarían según se diluyen los vínculos de parentesco. Este tipo de intercambio, denominado "don", establece una relación de desigualdad, de dominio del donante sobre el receptor.

Entre individuos del mismo clan, aunque sean de distintos grupos humanos, los regalos que se intercambian son básicamente objetos perecederos, alimentos especialmente. Entre individuos de distintos clanes se intercambian objetos no perecederos cuyo valor reside más en la calidad que en su cantidad: a mayor categoría del objeto, mayor es la deuda que se genera (Ruiz-Gálvez 1992a: 89).

Un modelo etnográfico que está presente a menudo cuando se considera el tema de los intercambios en la Prehistoria es el del *Kula* (una descripción se puede encontrar en Godelier 1998: 128-38). El kula se practica con aliados conseguidos a través de matrimonio. Todos los objetos o *kitoum* que circulan en los kula (collares y brazaletes) son objetos fabricados que tienen más o menos rango según su calidad y el trabajo que requiere su elaboración y que no en todos los casos se introducen en la ruta del kula. Cuando alguien tiene un kitoum, elige una dirección de intercambio con la esperanza de que alguien posea un collar del mismo rango y acepte cambiarlo por su brazalete. El objeto va siguiendo una ruta mientras pasa de mano en mano hasta que llega a alguien que está dispuesto a intercambiarlo, en tal caso el collar viaja en sentido inverso durante meses o años hasta que llega a manos de quien donó el brazalete.

En los dos extremos de la cadena se encuentran dos personas que poseen el derecho de propiedad inalienable sobre el objeto donado y el derecho a su uso. Mientras dura el intercambio, las personas intermedias no deben desviar el objeto para otros usos porque no tienen su propiedad, sino sólo su posesión (ídem: 135). En ningún caso se tiene interés en reemplazar pronto un kitoum por otro, sino que en realidad se busca enviarlo cuanto más lejos mejor porque lo que se pretende es crear deudas y que éstas se prolonguen el mayor tiempo posible, a fin de acumular prestigio. Cuando un objeto de igual valor y rango ocupa el lugar del don inicial, la deuda queda anulada (ídem: 138).

El tema de los intercambios nos introduce en el problema de los viajes en las sociedades primitivas. Mary W. Helms expone que en tales sociedades la mayoría de la población nunca sale de su lugar de origen (Helms 1988, citado en Ruiz-Gálvez 1992a: 92). Las comunidades prehistóricas serían predominantemente autárquicas y por ello no existiría la necesidad de continuos intercambios, sino más bien de reuniones periódicas, espaciadas temporalmente y orientadas hacia una serie bien delimitada de productos.

Renfrew (1993: 9) reconoce, junto al autoabastecimiento de las aldeas, reuniones periódicas de distintos grupos con el objetivo principal de comunicarse, antes que comerciar. Serían reuniones que implican intercambio de regalos y vincularían a las estructuras de poder existentes. El mantenimiento de este tipo de relaciones y su importancia quedan de manifiesto en el ensayo sobre el Don de Marcel Mauss. Para Mauss este tipo de intercambio es formalmente un regalo voluntario, desinteresado y espontáneo, aunque en realidad trasluce una obligación y un interés económico.

Las principales fuerzas "económicas" o de intercambio en las sociedades primitivas son el parentesco, el liderazgo y otras instituciones y el orden ritual (Sahlins 1977: 117). La transferencia de cosas implica en este caso la transferencia de una parte de la esencia de quien da hacia quien recibe. En tal sentido el donante establece un dominio mágico, religioso, moral, físico y espiritual sobre el receptor, que se mantiene hasta que tenga lugar un gesto recíproco de mayor o equivalente valor (Mauss 1924). El intercambio de dones establece un vínculo entre las partes de dicha relación que no elimina su individualidad, aunque la orienta hacia una inclinación común (Sahlins 1977: 189).

Mauss percibe que no todas las riquezas se intercambian. Unos bienes son alienables y participan en el campo de los dones, contradones y el intercambio, mientras otros son inalienables y siguen el camino de la transmisión y el arraigo en el tiempo (Godelier 1998: 53). Entre los segundos se encuentran bienes que no salen de la propiedad de una misma familia y que sólo pueden destruirse para su refundición, y Annette Weiner incluye aquí objetos preciosos, talismanes, saberes y ritos (citado en Godelier 1998: 54).

La práctica de intercambiar regalos es utilizada para negociar y sustentar las redes de afinidad, autoridad y obligación (Edmons 1993: 73). El intercambio de bienes exóticos sería probablemente controlado por las élites, bajo los principios de una economía de regalos: dos líderes se encontrarían y en el curso de una ceremonia uno ofrecería al otro bienes de valor, con la consiguiente reciprocidad (Brun 1993: 172), aunque podía demorarse en el tiempo y permanecía como un vínculo entre ambos. Esas reuniones e intercambios servían además para fijar y difundir las normas estéticas de las élites (ídem: 173).

Para Mauss no son los individuos, sino las colectividades las que se obligan mutuamente a través del intercambio, es decir, se implican clanes, tribus y familias por mediación de su jefe (Godelier 1998: 62). No obstante, la relación de los jefes con los

intercambios no se reduce a su papel de representantes de la comunidad, sino que tienen un interés particular en las transacciones desarrolladas. Esto es debido a que, mientras la aceptación de un regalo supone una obligación exterior para el grupo receptor, al mismo tiempo su posesión por parte de las élites les otorga una posición sobresaliente dentro de su propio grupo.

El objetivo de los intercambios no es la exportación de productos, sino la importación, sobre todo de objetos lejanos y apreciados o de materias primas y técnicas exóticas. La causa se encuentra en que confieren poder y prestigio a su poseedor (Dalton 1975 y 1977, citados en Ruiz-Gálvez 1988: 327). Estos objetos tienen un alto valor simbólico pero un nulo valor práctico (Dalton 1977). De hecho el valor de estas materias y objetos puede ser cambiante. Al aumentar su cantidad o hacerse accesible a un mayor número de personas, o al aparecer una nueva materia exótica que desplace a la antigua, pierden su valor simbólico y adquieren un valor económico (Ruiz-Gálvez 1988: 328).

Asimismo se admite que el volumen de mercancías transferidas desde un punto está en relación inversamente proporcional con la distancia recorrida. Esto resulta especialmente significativo en el caso del transporte terrestre, que era lento y lleno de peligros, por lo que se prefería el marítimo o el fluvial. Ahora bien, para el Bronce Final Atlántico se distinguen dos métodos operativos de distribución de bienes metálicos. Por una parte existiría un comercio de larga distancia que afectaba sólo a bienes de prestigio utilizados por los jefes y a los metales como materia prima, mientras que habría otros intercambios de corta distancia que funcionaban con todo tipo de objetos metálicos (Kristiansen 2001: 210).

La concepción de la relación con "los Otros" impediría los viajes de largo recorrido por territorio hostil. Cada comunidad es —o se concibe— como un conjunto acabado, autónomo y celoso de su autonomía, entre cuyos rasgos se encuentra asegurar el dominio de su territorio bajo el signo de la ley (Clastres 1996: 202). La dimensión territorial y su reafirmación implica la oposición frente al otro. En el campo de lo simbólico, el territorio de otros grupos es algo desconocido, donde los espíritus protectores del grupo propio pierden fuerza y donde abundan los espíritus hostiles. Mientras se transita por el territorio de los grupos aliados, se podrá recurrir a los lazos de afinidad, pero éstos existen sólo con quienes se tiene un vínculo directo y una cercanía física. Resulta algo realmente limitado y que se reduce extraordinariamente conforme aumenta la distancia. Las relaciones amistosas, de intercambio, sólo se desarrollan con grupos próximos y se excluye a los grupos alejados. De producirse, los viajes habrían de efectuarse transitando rutas alejadas del contacto con grupos desconocidos o enemigos,

además de que un individuo o un grupo de ellos no abandonaría su comunidad en condiciones normales para emprender un viaje largo.

Scarre (1993:1) cita un texto de Herodoto en el que se refiere a unas ofrendas que los Hiperbóreos (pueblo legendario del Norte de Europa) hicieron llegar hasta Escitia (Crimea) y desde allí fueron entregadas por cada nación a su vecina hasta que llegaron al Adriático y después, a través de los griegos, a Delos. La importancia de este relato reside en que confirma la idea de que determinados objetos viajaban cientos de kilómetros a través de una cadena de gentes distintas, ninguna de las cuales traspasaba los límites de sus propios territorios o los inmediatos vecinos. Se trataría además de intercambios no puramente comerciales y con unos objetos que se cargan de un fuerte significado simbólico o conceptual.

Si el intercambio terrestre no se produce como un comercio organizado, sino como intercambios paulatinos de un poblado a otro, eso supondría un viaje considerablemente lento. Objetos que son producidos en un momento determinado en su lugar de origen, no llegarían a su destino hasta mucho tiempo después, varios años más tarde y tal vez varias décadas. Además llegarían sólo piezas únicas y raramente pequeños lotes distribuidos en las zonas de destino. Por desgracia nuestras clasificaciones tipológicas no permiten por lo general afinar tanto las cronologías como para saber con precisión si fecha de fabricación de un objeto coincide con la fecha del contexto donde se recupera, además de que en éstos últimos su uso puede haber demorado muchos años su deposición final.

La principal red de comunicación del hombre son las vías naturales, ya sean acuáticas o terrestres. El problema para efectuar viajes cobra una dimensión distinta si en lugar de viajes terrestres se habla de viajes marítimos, ya que en tal caso los contactos con otras comunidades intermedias se minimizan en el recorrido. Los barcos pueden viajar sin tomar tierra mientras conserven provisiones de comida y bebida, y aun en el caso de que se agotasen se podría intentar una incursión rápida en territorio desconocido, que de ningún modo se arriesgaría a ser demasiado profunda y evitaría el contacto con los grupos locales.

El desplazamiento por mar es más rápido y más útil en las grandes distancias, además de resultar más económico al tener una mayor capacidad de carga. Las ventajas del viaje en barco, como vemos, son numerosas. Este medio de transporte además transita por una "tierra de nadie", puesto que el mar no pertenece a ninguna comunidad de tierra firme. De este modo no es necesario llegar a acuerdos o pagar tributos a ningún grupo

humano, sino que se puede tratar directamente con aquel grupo con el que se pretende realizar los intercambios, por muy distante que se encuentre, sin más requerimientos que una nave, una pequeña tripulación y víveres suficientes.

A este respecto es interesante el testimonio de los indios del Caribe. Allí antes de la llegada de Colón realizaban, a bordo de canoas impulsadas por remeros y las corrientes marinas, viajes entre las islas y al continente que se prolongaban durante diez jornadas y hasta veinte (Szaszdi 1984: 38-41).

Dentro del Mediterráneo durante la época romana, la estación invernal (del 11 de noviembre al 10 de marzo) se consideraba *mare clausum* y no se navegaba durante este tiempo (Iglesias 1994: 26). En el Atlántico, la navegación era más difícil porque los temporales se producían en mayor número e intensidad (idem: 24). Pero ello no fue impedimento en ningún caso para que se desarrollasen viajes marítimos en torno a las costas de toda la península Ibérica con intenciones de intercambio.

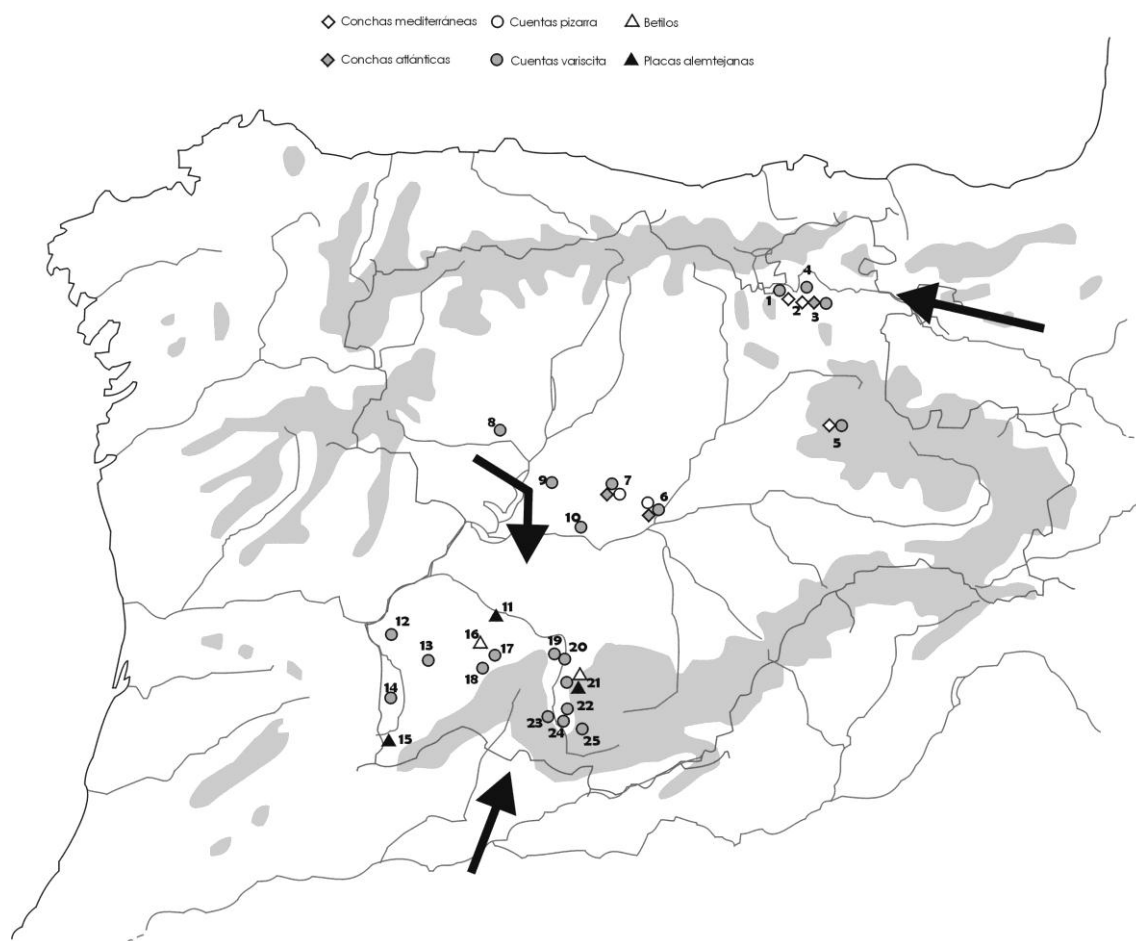
La Submeseta Norte queda relativamente alejada de las rutas marítimas debido a su carácter de región interior rodeada de montañas. Respecto a la navegación fluvial, desconocemos cualquier evidencia de que se hubiera desarrollado o de que existiesen embarcaciones que transitasen por los principales ríos de la Meseta. Esto obliga a desechar el tráfico acuático como motor orientador del intercambio de objetos entre los distintos grupos humanos aquí situados. Ello no es óbice para que los ejes fluviales, como organizadores del poblamiento, marquen las vías seguidas por determinados elementos en su difusión.

No obstante, estos intercambios no tienen por qué ser casuales, sino que vienen movidos por una demanda en el punto de destino y debería existir un elemento que sirviese como devolución del intercambio. Por eso las comunidades que participaban en este mecanismo necesitarían ser excedentarias en algún producto: cobre, estaño, oro, sílex, cereal, ganado, etc. Según la cantidad y el valor del producto que se generaba, así sería la importancia de cada grupo en el contexto de sus relaciones con los vecinos. Sin duda existen las relaciones, como evidencian los productos conservados de bronce y oro, pero también los molinos de granito y los útiles de sílex.

Muchos son los obstáculos para reconstruir las acciones de intercambio a partir los restos materiales que recuperan los arqueólogos. Y es que el intercambio tiene lugar en la esfera de la circulación, en una fase del ciclo vital de los objetos que queda oculto al registro arqueológico (Needham 1993: 166). Los intercambios que sufre un objeto

raramente están ordenados previamente, aunque tampoco están sometidos por completo al azar, puesto que se sujetan a las relaciones sociales que se va encontrando (ídem: 167).

OBJETOS FORÁNEOS. NEOLÍTICO



5.13. Mapa con los objetos intercambiados durante el Neolítico en Castilla y León. *Burgos*: 1. Sargentos de la Lora (La Cabaña), 2. Sedano (Las Arnillas), 3. Sedano (Fuentepecina), 4. Villaescusa de Butrón (Nava Alta), 5. Cubillejo de Lara. *Valladolid*: 6. Simancas (Los Zumacales), 7. Villanueva de los Caballeros (El Miradero). *Zamora*: 8. Granucillo de Vidriales (San Adrián), 9. Castronuevo de los Arcos (El Juncal), 10. Morales de Toro (Los Lastros). *Salamanca*: 11. Villarmayor (El Torrejón), 12. Lumbrales (La Navalito), 13. Castraz (Ermita de la Vega de Sepúlveda I), 14. Villar de Argañán (Los Castillos), 15. Casillas de Flores (Casa del Moro), 16. Aldehuela de la Bóveda (Castro Enríquez), 17. Matilla de los Caños (Linejo), 18. Carrascal del Obispo (Los Huelmos I), 19. Terradillos (La Torrecilla), 20. Alba de Tormes (La Veguilla I), 21. Galisancho (La Ermita), 22. La Tala (Coto Alto), 23. Aldeavieja de Tormes (El Teriñuelo), 24. Salvatierra de Tormes (Prado de la Nava), 25. Gallegos de Solmirón.

Ahora bien, los estudios permiten ir más allá de la simple constatación del desplazamiento de objetos, ya que es posible conocer el valor que cada material recibió en cada sociedad. Resulta de gran ayuda el descubrimiento de contextos excepcionales que muestren un instante de la actividad cotidiana, donde la sedimentación haya hecho posible la conservación de una imagen del uso diario de los objetos sin que haya sido posteriormente alterado (ídem). Sin embargo, ante la falta o la escasez de tales hallazgos, puede recurrirse a analizar otro tipo de contextos no tan esclarecedores pero más

habituales, como lugares de habitación abandonados, basureros o tumbas. Todo esto puede informarnos acerca del tipo de consideración que reciben los bienes según su estética, su carácter foráneo, su valor jerárquico o las connotaciones religiosas.

En todo momento hay que tener presente que las concentraciones de materiales pueden responder a distintas condiciones. Por un lado podemos estar ante el estadio final de la sucesión de movimientos, una vez finalizados los intercambios, o ante la evidencia de lugares centrales. Pero también hay que considerar la posibilidad de que en determinadas sociedades los objetos no acaben en ningún contexto representado arqueológicamente o se limiten a transitar hacia otras zonas, mientras que en otras se dé una sobrerrepresentación porque, por diferentes mecanismos, la mayoría pasen al registro arqueológico (ídem: 164-6).

En el caso concreto de la Meseta Norte, atenderemos a aspectos como la identificación de bienes intrusivos y de sus áreas de origen, el modelo de distribución de los objetos desde sus fuentes de origen y los contextos donde se recuperan los objetos para evaluar su valoración. Además reflexionando sobre la evolución espacial y temporal de los intercambios, trataremos de inferir algunos de los aspectos que los determinan.

Ya entre los pobladores neolíticos de la Meseta se encuentran evidencias del desarrollo de intercambios (fig. 5.13), del mismo modo que ocurre en toda Europa a través de la distribución de conchas del Mediterráneo para la fabricación de brazaletes, discos o cuentas de collar y el sílex y las piedras verdes empleadas en hachas y azuelas (Champion y otros 1988: 200-2).

Entre los ajuares de los megalitos burgaleses destaca un brazalete de *Glycimerys* del dolmen del Cubillejo de Lara, cuyo origen se sitúa en las costas mediterráneas y que se ha datado a mediados del IV milenio AC, antes del año 3700 (Delibes y Rojo 1988: 16). Su tráfico se ha relacionado con otros hallazgos del sur del País Vasco (Delibes y Rojo 1992: 385). Más conchas marinas, en este caso *dentalia*, sugieren una procedencia atlántica para determinadas cuentas de collar recogidas en las tumbas vallisoletanas de Los Zumacales (Simancas) y El Miradero (Villanueva de los Caballeros), fechadas en la segunda mitad del IV milenio -3205 ± 35 y 3165 ± 35 a. C.– (Delibes, Alonso y Rojo 1987: 184; Delibes y Rojo 1992: 385). Sin duda es atlántica la fuente desde donde llegan las *trivia* de Las Arnillas (Moradillo de Sedano, Burgos), en el alto valle del Ebro, recogidas en un contexto funerario de la segunda mitad del IV milenio AC -2625 ± 40 a. C.– (Delibes y Rojo 1992: 385).

Otro de los materiales objeto de intercambio es la pizarra, empleada en multitud de pequeñas cuentas de collar en forma de arandela, cuya localización es frecuente en tierras salmantinas y que han sido recogidas además en los sepulcros vallisoletanos de Los Zumacales y El Miradero (Delibes y Santonja 1986: 169; Delibes, Alonso y Rojo 1987: 192). Todas se encuentran en los ajuares funerarios de hacia 4300-3700 AC. También el sílex con el que se tallaron muchas piezas líticas parece haber sido intercambiado. En Salamanca se atribuye a la mayoría del sílex una llegada desde un lugar indeterminado del valle del Tajo (Delibes y Santonja 1986: 164).

Pero hasta la fecha la atención principal se ha centrado en la amplia distribución de las piezas de variscita, trabajadas para hacer cuentas de collar cilíndricas y de tonel y también colgantes triangulares, prismáticos y ovales, que se encuentran con mayor o menor profusión en sepulturas de toda la Meseta.

Las minas peninsulares mejor conocidas son las de Can Tintorer (Gavà, Barcelona), pero existen otras en La Encantada (Adra, Almería), en Trás-os-Montes y en Palazuelo de las Cuevas (Zamora). Éstas últimas, dentro de la Meseta Norte, se extienden además a otros términos municipales cercanos como El Poyo y Sejas de Aliste (Arribas y otros 1971; Campano, Rodríguez y Sanz 1985: 14).

El periodo de explotación de las minas de Gavà se desarrolla básicamente entre finales del V milenio AC y mediados del IV –fechas calibradas; en no calibradas entre 3400 y 2700 a. C.– (Villalba y otros 1998: 46). Para analizar el caso de las cuentas recuperadas en la Meseta Norte hemos de recurrir a los hallazgos de piezas acabadas encontradas principalmente en tumbas. Esto nos indica un periodo de explotación entre el Neolítico Final y el Calcolítico Inicial.

Se ha reconocido cómo la distribución de las piezas procedentes de Can Tintorer sigue la línea del valle del Ebro y alcanza las tierras del norte de Burgos, tanto las que quedan en el citado valle (Fuentepecina II, en Sedano) como ya dentro de la Meseta (Cubillejo de Lara) (Villalba y otros 1998: 58-60). Pero para el interior de la Meseta, las líneas de distribución están peor definidas. Durante una primera fase Neolítica, parece producirse una dispersión hacia el sur, si bien ésta viene determinada por la localización de la mayoría de yacimientos conocidos dentro del foco megalítico zamorano-salmantino (Campano y otros 1985: 15). Desde esta zona se manifestaría además una conexión con tierras portuguesas en el área del valle del Mondego, aunque más difícil es determinar el papel de los afloramientos variscíticos de Tras-os-Montes para explicar los hallazgos en el norte de Portugal.

Las cuentas de collar encontradas en la Lora burgalesa se han fechado entre 4250 y 3900 AC (Rojo y otros 1996: 240), mientras que en Cubillejo de Lara, a falta de dataciones radiocarbónicas, se les atribuye una mayor modernidad, poco antes del 3800 AC (Delibes y Rojo 1988: 16).

En un momento posterior, ya Calcolítico (fig. 5.14), se aprecia una mayor importancia del sector suroriental de la Meseta, puesto que los hallazgos se concentran en su mayoría dentro de las provincias de Ávila y Segovia. El menor número de hallazgos de este momento sería indicativo del rápido abandono que sufre la explotación de la variscita en esta fase. Estas variscitas calcolíticas de Salamanca y Ávila procederían en todos los casos de las más cercanas minas zamoranas (Fabián 2003: 48).

Dentro de este esquema general que comprende todo el conjunto de piedras verdes conocidas como "calaítas", es necesario establecer algunas precisiones. El análisis con difracción de rayos X (DRX) de los ajuares recogidos en los sepulcros burgaleses de Fuentepecina II (Sedano), La Cabaña (Sargentos de la Lora), Nava Alta (Villaescusa de Butrón) y Cubillejo de Lara han deparado la constatación del empleo de diversos materiales para tallar las cuentas de collar: talco, antigorita, moscovita, crisotilo y variscita (Rojo y otros 1996: 242). Su procedencia tiene distintos focos de origen (ídem: 243-5). El talco es muy abundante en la península Ibérica (Cataluña y Almería tienen importantes explotaciones) y no puede descartarse la existencia de pequeños yacimientos en la provincia de Burgos. El crisotilo y la antigorita pertenecen al grupo de la serpentinita, de la que se conocen yacimientos en los Pirineos pero también pudieron existir otros menores más cercanos. La moscovita es igualmente muy abundante en la península y ésta podría proceder de Fuentenebro en el sur de Burgos o del batolito de Poza de la Sal, en el norte. Por último, la variscita coincide en su composición química con los materiales de Can Tintorer.

Se aprecia así que junto a la amplia dispersión de determinadas materias primas desde focos muy alejados, se aprovechan al mismo tiempo otras materias similares más próximas y cuya disponibilidad es mayor. La finalidad perseguida sería asegurarse un abastecimiento más regular y seguro, aunque eso no eliminaría el uso de la fuente de origen más distante, puesto que sus productos gozarían sin duda de un mayor valor y estima.

Un ejemplo entre pueblos primitivos actuales de esta multiplicidad de materias primas parecidas lo encontramos en Nueva Guinea, donde determinados grupos humanos han de conformarse con hachas de piedra de pobre calidad por encontrarse fuera de los

círculos de comercio y no contar con buenos productos para cambiarlos con otras áreas que producen hachas mejores (Rowlands 1973: 592). El motivo de explotar peores vetas para realizar sus hachas reside en la desigual capacidad para entrar en las redes de intercambio (ídem: 591). Algo similar puede encontrarse en tiempos modernos dentro de la Meseta. La joyería popular zamorana se ha visto obligada a recurrir a cuentas de pasta vítrea y, más recientemente, plástico, que imitan a otras de mayor riqueza elaboradas en azabache y coral, debido a la pobreza de determinadas comarcas y a su lejanía respecto a las fuentes de abastecimiento en Asturias y Galicia. Aunque ello no impide la presencia minoritaria de cuentas de coral auténtico (vid. Piñel 1998: 62).

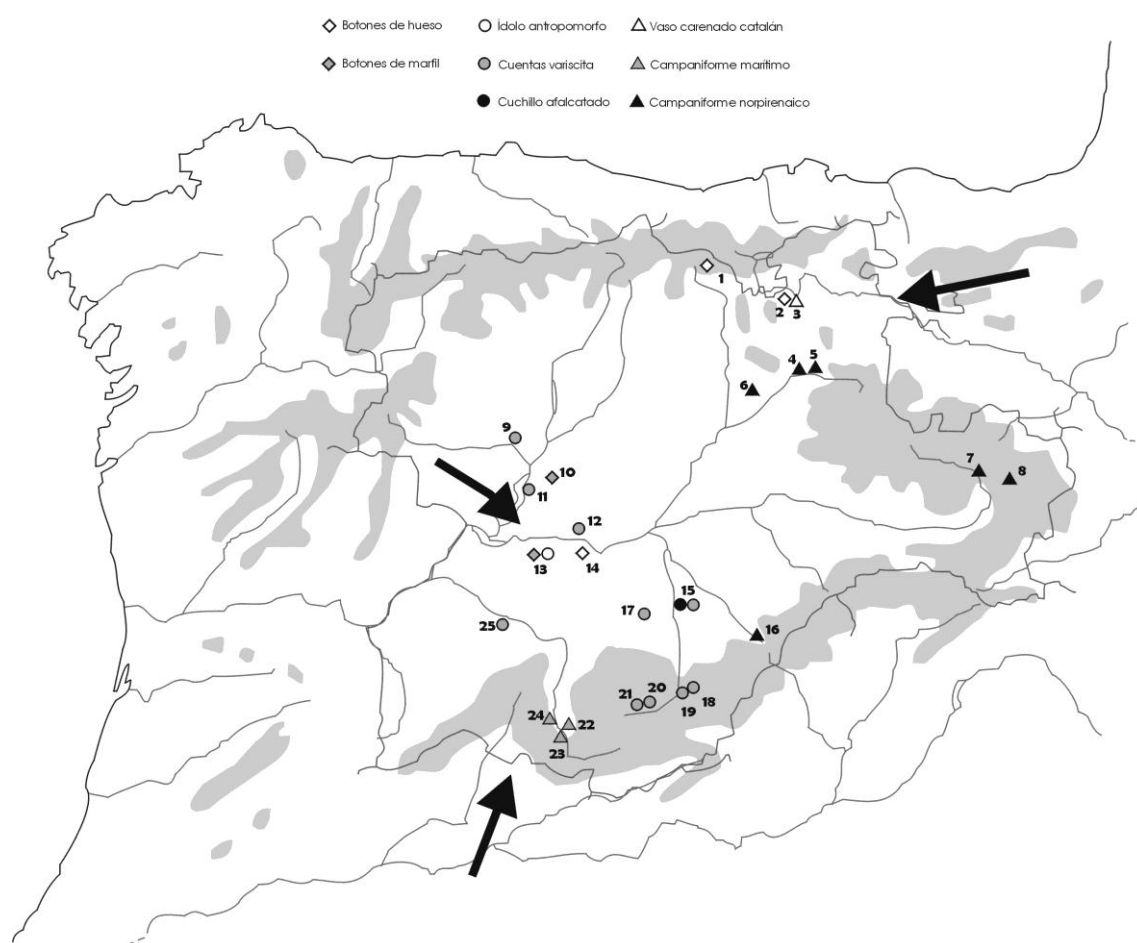
Existen además determinadas piezas arqueológicas cuya procedencia desde el exterior de la Meseta parece estar fuera de toda duda porque su excepcionalidad y sus características morfológicas sitúan su origen en otras zonas peninsulares. Nos referimos a dos betilos lisos y cilíndricos recuperados en los dólmenes de Castro Enríquez (Aldehuela de la Bóveda, Salamanca) y de La Ermita (Galisancho, Salamanca), y a dos placas grabadas de tipo alemtejano del dolmen de La Ermita (Delibes y Santonja 1986: 171), otra del dolmen del Torrejón (Villarmayor, Salamanca) y una más del dolmen de la Casa del Moro (Casillas de Flores, Salamanca) (López, Luis y Salvador 2000: 277). Estos ídolos habrían llegado aquí desde tierras cacereñas, dentro del gran foco suroccidental del megalitismo peninsular; al tiempo que se manifiesta su ausencia en las tumbas de la Beira (ídem: 172). Su datación se situaría a partir del inicio del IV milenio y mediados del III milenio AC, desde los últimos compases del Neolítico Medio y el inicio del Calcolítico (Bueno y Balbín 2000: 373-5).

Durante el inicio del Calcolítico se mantiene la circulación de la variscita hasta la segunda mitad del III milenio. Pero además se reconocen nuevas materias primas que llegan de fuera como el botón de marfil de Las Pozas (Casaseca de las Chanas, Zamora), que pudo alcanzar estas tierras desde el norte de África a través del estuario del Tajo (Delibes y otros 1995: 57). Dentro de los instrumentos de cobre se ha planteado, en razón de su composición, la posible importación de dos punzones de Prádena (Segovia) y La Colilla (Ávila) y un puñal de lengüeta de Palencia desde el País Vasco, e incluso de una pieza de Valdeprados (Ávila) desde el sur de Francia (Delibes, Fernández Manzano y Herrán 2003: 126).

Objeto de intercambio serían también los botones prismáticos de hueso con perforación en "V", típicos del área norte catalana y que llegan a encontrarse en el Alto valle del Ebro en el País Vasco y dentro del sepulcro de Las Arnillas (Moradillo de Sedano, Burgos) (Delibes 1983c: 132; Delibes, Rojo y Sanz 1986: 27), pero también dentro de la

Meseta en la tumba de La Peña (Villabuena del Puente, Zamora) (Maluquer 1960). Un botón cónico de hueso se recogió en Villabuena del Puente, de un tipo que sigue un modelo cuyo origen se encontraría en Centroeuropa (Delibes 1983c: 145-6). Todos ellos se han recogido en contextos campaniformes. En un yacimiento un poco más moderno se recogió el botón de la tumba de Santioste (Otero de Saregos, Zamora) hecho en marfil, que pudo provenir del Sureste peninsular atravesando tierras manchegas (Delibes, Viñé y Salvador 1998: 182).

OBJETOS FORÁNEOS. CALCOLÍTICO-BRONCE ANTIGUO



5.14. Mapa con los objetos intercambiados durante el Calcolítico y Bronce Antiguo en Castilla y León. *Palencia*: 1. Celada de Roblecedo (El Vado). *Burgos*: 2. Sedano (Las Arnillas), 3. Sedano (Ciella), 4. Burgos (Cerro del Castillo), 5. Cotar, 6. Castrojeriz. *Soria*: 7. Garray (Pozo de San Pedro), 8. Villar del Campo. *Zamora*: 9. Quiruelas de Vidirales (Las Peñas), 10. Otero de Saregos (Santioste), 11. Fontanillas del Castro, 12. Villardondiego (Las Peñas), 13. Casaseca de las Chanas (Las Pozas), 14. Villabuena del Puente (Las Peñas). *Segovia*: 15. Donhierro (El Ollar), 16. Segovia (Cueva de la Tarascona). *Ávila*: 17. Bercial de Zapardiel (El Tomillar), 18. Bernuy-Saliner (Prado de las Cruces), 19. Aldeagordillo, 20. Muñogalindo (Peña del Águila), 21. Santa María del Arroyo (Los Itueros). *Salamanca*: 22. Salvatierra de Tormes (El Teriñuelo), 23. El Tejado (La Mariserva), 24. Aldeavieja de Tormes (El Teriñuelo), 25. Mata de Ledesma (Tierras Linderas).

La cerámica da muestras durante el amplio periodo entre mediados del III milenio y el inicio del I de contactos con zonas distantes y de importación de distintos

elementos, principalmente decorativos. Y ello aunque ya han quedado atrás los tiempos en que se hablaba de la llegada foránea de elementos como la excisión (vid. Almagro Gorbea 1977: 114; Delibes 1978: 241-4) y hoy se valoran mucho más los procesos de evolución local para el estudio de los cambios en las producciones cerámicas.

En primer lugar se manifiesta de forma acentuada con las cerámicas de estilo campaniforme marítimo que brotarían en el estuario del Tajo y que aparecen en el oeste de la Meseta: dólmenes salmantinos del Teriñuelo (Salvatierra de Tormes), otro del mismo nombre en Aldeavieja y el poblado de La Mariselva (El Tejado) (Delibes 1977a: 99). Conexiones con el campaniforme norpirenaico de la zona del Ródano tienen varias vasijas con decoración puntillada de la tumba de Villar del Campo (Soria) y de la cueva de La Tarascona (Segovia) (idem). Este segundo estilo se detecta también en el oriente cantábrico, pero sin llegar más allá de Vizcaya (Ontañón 2003: 85).

Al Bronce Antiguo (fig. 5.14), en los coletazos finales del campaniforme, se atribuye un vaso carenado recogido en el dolmen de Ciella (Sedano, Burgos) similar a recipientes catalanes y alejado de las producciones sincrónicas de la Meseta (hacia el 2300-1900 AC) (Delibes y Rojo 1992: 387). Estas relaciones con el Noreste peninsular se mantienen al comienzo del Bronce Medio, como lo refleja el hallazgo de un fragmento de cerámica con asa de apéndice de botón en Los Tolmos de Caracena (Soria), cuando su lugar habitual de hallazgo resultan las tierras catalanas y zonas cercanas de Aragón (Jimeno 1984: 130-2).

La aparición de los vasos campaniformes parece ser la respuesta a una serie de contactos de amplio alcance, que implicaron el uso de nuevos motivos decorativos en la cerámica y el desarrollo de nuevas producciones metalúrgicas (Shennan 1986:145). En el curso de este proceso los bienes de prestigio más tempranos fueron devaluados y reemplazados por otras formas. Las manifestaciones más arcaicas del campaniforme en la Meseta Norte, marítimas, se localizan exclusivamente en contextos funerarios y faltan en otros domésticos, mientras que en el campaniforme Ciempozuelos se constata una mayor generalización y hay poblados donde el porcentaje de cerámicas decoradas es tremendamente elevado.

Pero analizar la llegada de cerámicas foráneas exige una mayor complejidad. Por un lado podría tratarse de objetos que llegan de forma aislada a través de los intercambios, como ocurre con otros vistos anteriormente. E incluso hay quien habla de que son simples recipientes y que lo que realmente se intercambia es su contenido, tal vez algún tipo de bebida alcohólica (Harrison 1980: 104-5; Sherratt 1987). Otra posibilidad

es la existencia de un "intercambio de mujeres", en realidad matrimonios patrilocales o virilocales –en los que la residencia se establece con los parientes del marido– (Ruiz Gálvez 1992b: 220-2 y 236, Garrido Pena 2000: 206), y que sean las mujeres procedentes de muy lejos quienes fabriquen las cerámicas de aspecto foráneo, una vez casadas y desplazadas del poblado donde se criaron. Una solución de compromiso, que aúne las dos anteriores, sería que las vasijas acompañaban a las nuevas esposas como ajuar.

Si estas cerámicas foráneas apareciesen sólo en contexto con un fuerte contenido simbólico, como las tumbas, resultaría fácil admitir como correcta la primera interpretación. Pero en realidad eso ocurre sólo con algunas producciones concretas, mientras que otras aparentemente minoritarias se encuentran también en el interior de los poblados. Eso nos hace valorar especialmente la relación de los recipientes con la vida cotidiana y reconocer el papel que las mujeres pudieron tener para explicar su presencia.

Primero hay que destacar el trabajo que realiza la mujer como alfarera en las sociedades primitivas, dedicándose a ello a tiempo parcial durante los meses más calurosos y principalmente para su uso particular y no para el comercio (Renfrew y Bahn 1993: 307). Sin embargo, no nos extenderemos más en este punto que ya hemos tratado en el apartado relativo a la cerámica.

Otro factor a considerar es que el movimiento de cerámicas es de doble dirección; no sólo de llegada a la Meseta Norte, sino también de salida. Si bien hay que admitir que estos dos flujos no coinciden al mismo tiempo. Encontramos los primeros indicios en las cerámicas campaniformes de Tapado de Caldeira y O Fixón (Pontevedra), extrañas en la zona y más propias de la Meseta (Delibes 1989: 54). Pero el principal momento de salida de vasos coincide con el Bronce Medio-Final, con la plenitud de Cogotas I, cuando no se aprecia la llegada de cerámicas de otras zonas al área meseteña. En realidad parece más bien que se trata de movimientos alternos: llegan en el Calcolítico inicial y los primeros estilos campaniformes, salen durante el campaniforme Ciempozuelos, vuelven a entrar al final de Bronce Antiguo y en el comienzo del Bronce Medio, y la Meseta irradia de nuevo sus cerámicas a través del estilo propio de Cogotas I entre el 1650 y 1200 AC.

Las primeras manifestaciones extrameseteñas se reconocen en el Sudeste peninsular, el Alto Ebro y el Bajo Duero –Douro Litoral– desde el 1600 AC (c. 1350 a. C.), para extenderse con posterioridad al 1400 AC (c. 1150 a. C.) al valle del Tajo y al Bajo Guadalquivir. En el Sudeste no hay indicios posteriores al 1350 AC, mientras que en el

Medio-Bajo Guadalquivir son posteriores a esa fecha –momento en que la presencia de estas cerámicas se consolida también en el Tajo (Castro y otros 1995: 92).

Respecto al intercambio de mujeres, se cree que fue una costumbre habitual en la Península Ibérica la circulación de mujeres y dotes desde el Neolítico (Bernabeu y otros 1993: 298). Evidencias directas de este intercambio pueden ser la existencia de tumbas de mujeres con ajuares propios de zonas distantes (Ruiz-Gálvez 1992a: 90). Por desgracia durante la Edad del Bronce las pocas tumbas conocidas no reflejan la riqueza de los jefes ni ajuares excepcionales y sólo podemos acudir a las tumbas calcolíticas en busca de pruebas de este tipo de intercambio.

Ahora bien para este periodo temprano los intercambios se someten a dos factores negativos. En primer lugar, se producen dentro de un ámbito espacial mucho más limitado, prácticamente meseteño. Los ajuares consisten en vasijas cerámicas con decoraciones estandarizadas que se repiten con motivos similares por toda la Meseta Norte y buena parte de la Meseta Sur. Y en segundo lugar, se conocen muy pocas tumbas y en ellas sólo se encuentran individuos masculinos, con ricos ajuares que reflejan su condición de jefes y guerreros. Las incipientes jefaturas de este momento parecen manifestarse sólo a través del parentesco masculino, aunque sin que esa condición obligue a renegar de los intercambios de mujeres. Pese a carecer de cualquier evidencia que demuestre objetivamente el establecimiento de alianzas matrimoniales a través de amplios territorios hasta tierras catalanas, valencianas o andaluzas, las dificultades de interpretación del registro arqueológico imponen cierta prudencia antes de rechazarlo con rotundidad. Veamos más factores en contra.

En las sociedades ginecomóviles y patrilineales las mujeres, cambiadas sobre una base de reciprocidad, no procrean en su comunidad sino en una comunidad aliada que recoge la descendencia. La reproducción depende de las capacidades políticas de los grupos para negociar en cada momento un número adecuado de mujeres (Meillasoux 1977: 44-6). Pero además hay otro aspecto a tener en cuenta dentro de este esquema de movilidad de las mujeres: “sólo puede compensar a una mujer púber en sus funciones reproductoras otras mujer púber” (ídem: 69). Es decir, quien cede a una muchacha espera otra a cambio, aunque el intercambio no sea de reciprocidad inmediata, sino aplazada. Se definen así “áreas matrimoniales”, más o menos estables, dentro de las cuales se realizan circuitos de intercambio (ídem: 70). Así es que el flujo de mujeres habría de reflejarse en ambos sentidos, algo que las cerámicas encontradas dentro de la Meseta Norte no manifiestan.

Para el caso de la "expansión" de la cerámica Cogotas I, se ha destacado cómo en tierras valencianas se localiza en poblados de cierta entidad, en disposición favorable para el control de las vías naturales y con preocupaciones estratégicas, sobre cerros y otras elevaciones, faltando en aquéllos situados en las llanuras (Delibes y Abarquero 1997: 121). Esto nos indica que estas cerámicas tienen cierto valor y por ello se concentran en los poblados principales. En segundo lugar, las cerámicas Cogotas I no se distribuyen aleatoriamente, sino a través de vías bien delimitadas que en este caso son: por un lado, la cuenca del Guadalope, el desierto de Calanda, los valles del Mijares o el Bergantes, la Sierra de la Esparraguera y el corredor del Alto Maestrazgo para llegar a la Plana de Castellón desde el Bajo Aragón; y por otro, desde el Tajo, a través de Cuenca, el puerto de Contretas, el valle del Magro, la Plana de Requeña-Utiel, el valle del Cofrenes, el puerto de Almansa o el paso del Caudete, el valle del Vinalopó y hasta el Bajo Segura (ídem: 122).

Además se reconoce una diferenciación en los yacimientos valencianos según sus cerámicas de tipo Cogotas I presenten mayor o menor fidelidad a los modelos de la Meseta, pudiendo existir poblados con cerámicas más semejantes desde los que se irradiarían los modelos que se copian con algunas variaciones de estilo en otros asentamientos (ídem: 122-4). Pero en cualquier caso se puede admitir que son elementos minoritarios y puntuales dentro del Bronce Valenciano, un objeto exótico. Y aunque no siempre se realicen exámenes de las pastas para determinar su origen foráneo, éste ha quedado confirmado en diversas ocasiones en Teruel (Andrés 1990: 92) y Córdoba (Martín de la Cruz 1987: 206). Sólo en el caso de aquellos vasos que se alejan más de la ortodoxia morfológica y decorativa parece claro su origen a manos de artesanos locales.

De todo esto queremos destacar que las cerámicas se concentran en unos pocos poblados, que tienen un emplazamiento favorable para el control del territorio y que aunque en algunos son auténticas piezas procedentes de fuera de la región valenciana, en otros se produce un fenómeno de copia e imitación. Hay que dudar de la llegada de alfareras a tierras tan alejadas de la Meseta, y pensar más bien en la llegada de los productos acabados como un elemento llamativo por sus peculiaridades decorativas y su origen alejado. A priori tenderíamos a rechazar la posibilidad de que los productos cerámicos fuesen protagonistas de tan largos desplazamientos, sobre todo por su fragilidad, pero debemos pensar en que el valor que recibían obligaría a un trato lo suficientemente cuidadoso como para permitir su conservación.

Estos vasos llegan a unos pocos asentamientos, mientras que las cerámicas derivadas y de factura más separada del estilo Cogotas I se elaborarían localmente. Pero

imitar las decoraciones de una cerámica es fácil, así que ¿por qué este proceso de degeneración –o de sincretismo– se manifiesta con más claridad en poblados distintos a los que reciben las vasijas foráneas? Se trataría de un intento de emulación desde poblados a los que no llegan las cerámicas, cuyas gentes pretenden imitar estos vasos de origen exótico que probablemente proporcionen cierto prestigio a su poseedor. Pero quizás la copia no necesita ser idéntica, sino sólo mantener algunos elementos decorativos, cuyo valor simbólico no somos capaces de precisar, aunque sabemos que determinados símbolos son en ocasiones determinantes para la identidad y las estrategias sociales de los grupos humanos (Hodder 1982: 186).

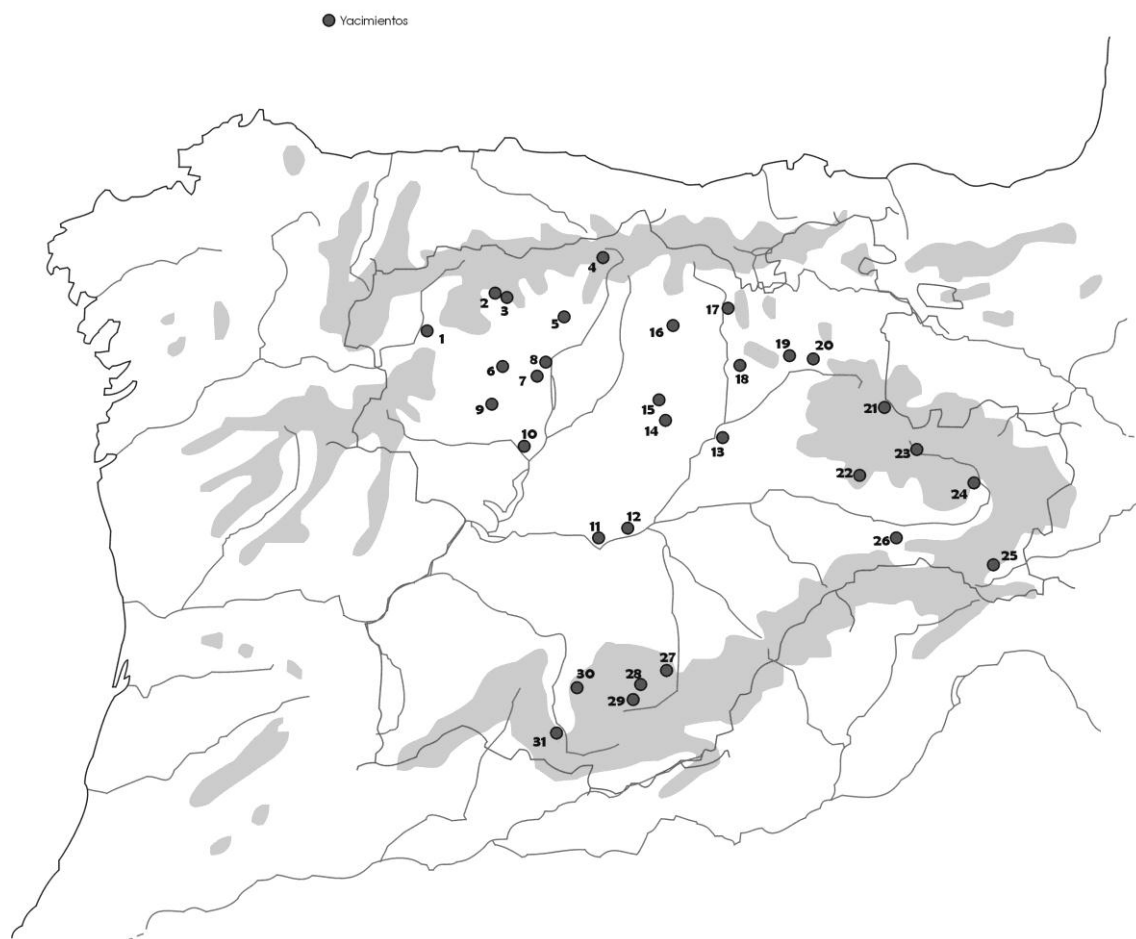
El control de los intercambios es uno de los privilegios de las élites y se basaría en la existencia de bienes de prestigio. En tal sentido los vasos formarían parte de una liturgia asociada a los banquetes con que los principales individuos de un grupo humano agasajan a vecinos, parientes y deudos (Ruiz-Gálvez 1992b: 227; Harrison 1995: 74). La llegada de los vasos de tipo Cogotas I serían uno más de los testimonios de los contactos que se desarrollan entre distintas zonas peninsulares.

Pero, ¿cómo explicar esa llegada de las cerámicas a tierras levantinas? Durante la Edad del Bronce junto a la ostentación de bienes de prestigio, los jefes tendrían que mantener un control predominante de la riqueza, que se efectuaría a través de la acumulación de ganado (Ruiz-Gálvez 1998: 197). En el mantenimiento de estos rebaños era fundamental la sal para su alimentación, que como sabemos era difícil de conseguir dentro de la Meseta pese a la existencia de algunos lugares de producción (Delibes, Viñé y Salvador 1998: 184-5). Sin duda, dentro de un sistema de complejidad social creciente donde los intercambios a larga distancia van cobrando cada vez más importancia, se establecerían lazos entre la Meseta y las zonas costeras –del levante primero y andaluzas después– como medio de obtener un elemento de tanta importancia. Difícilmente encontraremos evidencia de esta sal de origen marino en la Meseta, pero por contra cabe contar con las pistas que nos dejan los vasos de estilo Cogotas I.

A través de esas cerámicas, puede verse cómo los lazos con el mundo mediterráneo desde la Meseta Norte se encaminan hacia el Levante peninsular desde el 1650 AC, durante casi tres siglos. Sin embargo, a partir aproximadamente del 1400 AC, los canales de comunicación se reorientan hacia el Bajo Guadalquivir, cerrándose los contactos anteriores (Castro y otros 1995). En cualquier caso, no se trata de un aislamiento de la Meseta, sino una variación en el foco de atracción para las gentes de Cogotas I.

Un último elemento para considerar en los intercambios, tal vez el más relevante, es el cobre y el bronce. A partir del Calcolítico estos metales se convierten en el principal objeto de intercambio. Pero las transacciones se producen a dos niveles, por un lado se encuentra el metal en bruto y por otro las piezas manufacturadas.

OBJETOS DE BRONCE CONTEXTUALIZADOS: BRONCE MEDIO-FINAL



5.15. Mapa de los objetos de bronce recuperados en contextos del Bronce Medio y Final en la Meseta Norte. *León*: 1. Bemibre, 2. Valle de Ruán (Camposalinas), 3. Castro de Villaceid, 4. Lois, 5. Represa, 6. Veguellina de Órbigo, 7. Valdevimbre, 8. Castro de Ardón, 9. Castro de Sacaojos. *Zamora*: 10. Vecilla de Trasmonte. *Valladolid*: 11. San Román de Hornija (La Requejada), 12. Tordesillas (Carricastro). *Palencia*: 13. Villaviudas, 14. Castromocho, 15. Frechilla (Las Frailas), 16. Saldaña, 17. La Horadada, Mave (Cueva Tino). *Burgos*: 18. Padilla de Abajo, 19. Quintanadueñas, 20. Atapuerca, 21. Huerta de Arriba, 22. Coruña del Conde. *Soria*: 23. Covaleda, 24. Los Rábanos (Cueva del Asno), 25. Castilviejo de Yuba, 26. Los Tolmos de Caracena. *Ávila*: 27. Cardenosa (El Castillo), 28. Sanchorreja (Los Castillejos), 29. La Torre (El Cogote), 30. Diego Álvaro (Dehesa del Castillo). *Salamanca*: 31: El Tejado (El Berrueco).

Durante el Calcolítico se apreciaba una producción local de útiles de cobre, tanto en los poblados cercanos a las vetas de mineral como en aquellos alejados de las fuentes de aprovisionamiento (Delibes y otros 1995: 53). Se produciría una primera reducción del metal en las zonas montañosas de la periferia meseteña donde se encuentran los afloramientos minerales (montañas de León, norte de Palencia, Huidobro en La Lora burgalesa, la Sierra de la Demanda entre Burgos y Soria, Muga de Alba en Zamora y la

Sierra de Ávila) y una distribución hacia el centro de las tierras sedimentarias (ídem). Lo que se mueve entre estas zonas no son los productos acabados, sino el metal –ya fuera en lingotes puros o a medio reducir– que luego era trabajado en los poblados de toda la Meseta Norte. Así se explica el hallazgo de restos de crisoles en gran cantidad de poblados (Delibes y Val 1990: 70-1).

De algún modo la situación cambia en el Bronce Medio-Final y dejamos de encontrar objetos de bronce y evidencias de su fabricación en la mayoría de poblados. Habría tenido lugar una concentración de la producción en unos asentamientos destacados y se llega a proponer la existencia de poblados especializados en labores metalúrgicas (Bellido 1994: 206, Delibes 1995a: 76). Es muy posible que estos cambios guarden relación con la introducción de la nueva aleación de cobre y estaño. E incluso podría hablarse, a partir de la dispersión de útiles de bronce, de una concentración de las explotaciones de mineral en el área septentrional de la Meseta, donde se aglutinan la mayoría de los hallazgos. Esta disminución del número de áreas de extracción conllevaría una mayor importancia de las redes de intercambio y de su control por parte de las élites. Esta hipótesis resulta significativa si consideramos que pese a concentrarse la mayoría de hallazgos de piezas en la mitad septentrional de la Meseta Norte, al eliminar los hallazgos descontextualizados y atendiendo sólo a los objetos recogidos en poblados, tumbas, santuarios y depósitos rituales, la dispersión dentro de la Meseta resulta menos desigual de lo que en principio podría pensarse (fig. 5.15) (ídem: 208).

Mientras que la mayoría de utensilios parecen haber sido fruto de un trabajo local, o al menos regional, no faltan hallazgos que testimonian la llegada de manufacturas extrameseteñas. Sin embargo, éstas no se evidencian aún durante el Calcolítico más que excepcionalmente. Los sencillos puñales del Calcolítico Inicial, las puntas Palmela, los puñales de lengüeta y las leznas son producidos en los poblados de la Meseta, por más que copien modelos de amplia difusión peninsular. Las puntas Palmela son un modelo bien implantado en la Meseta Norte que llegaría desde tierras portuguesas y andaluzas, pero que desde la Meseta se transmite en pequeña cantidad al País Vasco e incluso los Pirineos occidentales franceses (Delibes 1983c: 152-6).

La única nota discordante la pone el cuchillo afalcado de la tumba de El Ollar (Donhierro, Segovia). Corresponde a un tipo de arma habitual en el Calcolítico del grupo de Vila Nova de São Pedro, en el curso inferior del Tajo, y del que se han encontrado tres ejemplares en el Sureste peninsular y otro en el norte de Portugal, en Pastoria (Redondelo, Chaves), en el curso alto del Tâmega (Delibes 1988: 231-2). El ejemplar segoviano sería una pieza llegada desde tierras portuguesas, posiblemente coincidiendo en el tiempo con

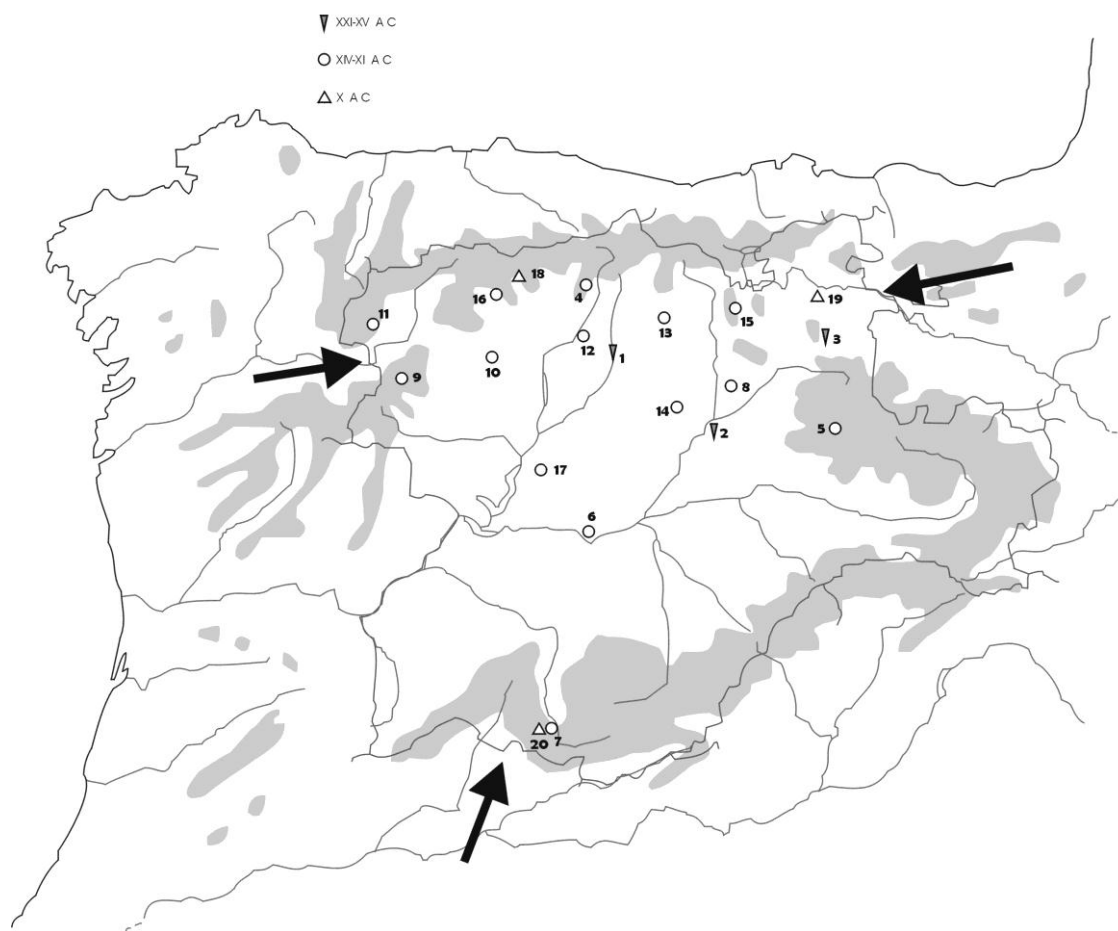
los primeros campaniformes marítimos. Otra pieza llegada desde el estuario del Tajo es un hacha plana procedente de la provincia de León y perteneciente a la colección Fontaneda, datada antes del 2400 AC (Delibes y otros 1999: 23).

Parece como si en los tiempos calcolíticos las élites acudieran a una gran diversidad de elementos para señalar simbólicamente su relevancia personal y entre ellos el cobre fuera tan sólo uno más. Durante la Edad del Bronce se constatará el siguiente paso de este proceso, en el que el metal se constituye en el principal medio de ostentar la posición privilegiada de los individuos. Veamos qué ocurre en este periodo (fig. 5.16).

Pese a la aparente ausencia de intercambios de objetos bronceos durante el comienzo de la Edad del Bronce, el panorama cambia a partir del Bronce Pleno o Medio. Las espadas de Cea (León), Villaviudas (Palencia), Santa Olalla de Bureba (Burgos), Cueva Llusa (Cantabria), Bartolomeu do Mar (Braga) y Arenero de la Perla (Madrid) corresponden a un tipo de arma argárica que parece influenciado por el mundo atlántico, por sus semejanzas con el tipo Carnöet-La Motta, de la Cultura de los Túmulos Armoricanos (Delibes y otros 1999: 56). La espada de Cea (León), similar a las de Entrambasaguas (Cantabria), Forcas (Galicia) y Castelo Bom (Portugal), se acerca más a los modelos argáricos, datándose durante el periodo Proto-Cogotas, en los siglos XVII-XV AC, mientras que la de Villaviudas sería más antigua pero no anterior al siglo XXII AC (ídem: 57-8).

Aproximadamente sincrónico sería el estoque o "rapier" de la provincia de Palencia que pese a su semejanza con piezas del Suroeste de Francia, tipo Rosnoen, por su composición –un cobre arsenicado– parece haber sido manufacturada localmente (Delibes 1990: 20; Delibes y otros 1999: 61). También local, por su aleación –un cobre puro, cuando en Francia y el sur británico son bronce binarios–, sería el hacha leonesa del British Museum por más que se asemeje morfológicamente al modelo Arreton Down, del XIX-XVI AC, frecuente a ambos lados del canal de la Mancha (Harrison y otros 1981, Delibes 1990: 20).

OBJETOS METÁLICOS FORÁNEOS O CON INFLUJO EXTERIOR. EDAD DEL BRONCE



5.16. Mapa con los objetos metálicos de fuera de la Meseta Norte o imitaciones locales de la Edad del Bronce en Castilla y León. *Espadas "argáricas"*: 1. Cea (León), 2. Villaviudas (Palencia), 3. Santa Olalla de Bureba (Burgos). *Estoque*: provincia de Palencia. *Hacha modelo Arreton Down*: provincia de León. *Fibulas de codor*: 4. Sabero (León), 5. Santo Domingo de Silos (Burgos), 6. San Román de la Hornija (Valladolid), 7. El Tejado (Salamanca). *Torques tipo Tara*: 8. Castrojeriz (Burgos). *Espadas pistiliformes*: 9. La Cabrera (León), 10. Veguellina de Orbigo (León), 11. Villafranca del Bierzo (León), 12. Villafranca de la Chiquita (León), 13. Saldaña (Palencia), 14. Paredes de Nava (Palencia), 15. Peña Amaya (Burgos), Río Esla (León). *Cinzel de cubo*: 16. Camposalinas (León), 13. Saldaña (Palencia), 17. Otero de Sariegos (Zamora). *Ganchos de carne*: 18. Barrios de Luna (León), 19. Cantabrana (Burgos). *Asadores*: 20. El Tejado (Salamanca).

En el tránsito entre el Bronce Medio y Final se encuadra el torques áureo de Castrojeriz (Burgos), de tipo Tara, habitual en Irlanda y Gran Bretaña (Delibes y otros 1999: 121). Resulta muy semejante a los torques de Bodonal de la Sierra (Badajoz) y, como ellos, parece haber sido manufacturado en el norte de Francia, posiblemente en la Bretaña, hacia el XIII-XI AC (Delibes y otros 1995: 56-9). Otras piezas de oro, como el brazalete de Fuenteungrilo (Villalba de los Alcores, Valladolid), han sido también consideradas manufacturas importadas, aunque más por la procedencia foránea del oro que por cuestiones morfológicas o tecnológicas (Delibes y otros 1991: 212).

Posteriores son las espadas pistiliformes cuyos ejemplares más tempranos, como el lucense de San Juan del Río y el leonés de La Cabrera –fechados hacia el 1150 o 1000 AC–, tienen rasgos de los prototipos centroeuropeos de Hemigkofen, lo que se ha atribuido tanto a su mayor antigüedad o incluso a su posible llegada desde el exterior (Harrison 1975: 229; Delibes y Mañanes 1979: 161-5). No obstante, como ocurre con otros objetos, la aleación demuestra que estamos ante producciones regionales. En estos casos se trata de bronce binarios, sin apenas presencia de plomo, mientras las espadas inglesas y del suroeste francés son bronce plomados y las del norte de Francia tienen muchas impurezas de arsénico, antimonio y plata (Fernández-Posse y Montero 1998: 197-8).

Por la vía de la Plata, desde el sur, llegarían las influencias mediterráneas de origen chipriota que permitieron a los artesanos locales fabricar las fíbulas de codo (Delibes 1978: 245-6, Celis 1999: 291). En este sentido, se ha atribuido un origen foráneo a la fíbula de San Román de Hornija, mientras que para el resto se ha aludido a unos rasgos propios de la Meseta Norte: realce del cuerpo central –decorado con incisiones–, alargamiento de la varilla sobre la que se construye el resorte y la aguja y mayor tamaño de las fíbulas –de 7 a 9 cm, frente a 5 de la de San Román– (Celis 1999: 289).

Proliferan en la Meseta durante el Bronce Final, e incluso durante el Bronce Medio, una vasta variedad de nuevos tipos de útiles, cuyos modelos derivan de prototipos centroeuropeos y atlánticos, pero que aquí son elaborados localmente. Se pone así de relieve la importante presencia de talleres metalúrgicos en la Meseta entre los siglos XIII y XI AC (Bellido 1994), por más que sus aleaciones resulten de un mayor arcaísmo a las empleadas en otras zonas de Europa. Este afán de emular piezas exóticas pone de relieve la relativa marginalidad de la Meseta Norte dentro de las vías de intercambio, que obligaría a copiar algunas de las piezas foráneas deseadas, pero que apenas llegarían desde su lugar de origen para satisfacer la demanda local.

Los contactos continúan, e incluso se intensifican, con el establecimiento de los poblados de tipo Soto, en los últimos compases del Bronce Final. Se han recogido ganchos de carne en Cantabrana (Burgos) y Barrios de Luna (León). Ambos resultan similares a un modelo británico (Delibes y otros 1992-3: 420; Delibes y otros 1999: 107), ya con una cronología algo posterior al 800 AC. En esta época se manifiestan estrechos vínculos entre el occidente de la península Ibérica y el Suroeste francés a través de las hachas de apéndices y fíbulas de codo encontradas en el depósito de Vénat, y de espadas, lanzas y cuchillos de espiga en la península Ibérica (Ruiz-Gálvez 1986: 9-11; Delibes y otros

1992-3: 422). Desde Irlanda y el oriente inglés llegan los calderos de Cabárceno, Lois, Hio, Pico Castiello y Tineo, lo mismo que las hoces de cubo (idem: 423).

A través de las líneas anteriores vemos que la Meseta Norte se integra en diversas redes de intercambio y que éstas van cambiando a lo largo del tiempo. Desde el Neolítico se aprecia ya el mantenimiento de relaciones de intercambio dentro de un ámbito que no excede a la península. Desde el área catalana y levantina llegan unos pocos productos por el valle del Ebro hasta el norte de Burgos, al mismo tiempo que otros proceden de lugares indeterminados de las costas atlánticas, seguramente entrando por el Suroeste de la Meseta. Otros movimientos de materias tienen un radio menor, en concreto los que afectan a las pizarras del occidente meseteño y al sílex del valle del Tajo. Empieza a gestarse la importancia de los intercambios con las tierras cacereñas y el suroeste peninsular, como queda reflejado en los ídolos recuperados en Salamanca.

Durante el comienzo del Calcolítico y aproximadamente hasta el 2400 AC se puede señalar una intensificación de los contactos, en los que destaca la llegada de influencias y piezas desde el foco de la desembocadura del Tajo: las puntas Palmela, puñal afalcado, hachas planas, botones de marfil y la cerámica campaniforme marítima y mixta. Conexiones de menor intensidad se dan también con el área nororiental peninsular, como evidencian algunos vasos cerámicos de Soria y Segovia y los botones de hueso.

El campaniforme Ciempozuelos parece marcado más bien por un desarrollo local de influencias anteriores, relativamente aislado de otras zonas peninsulares y europeas. Ello no es óbice para que en el interior de la Meseta se mantengan intercambios de materias líticas, al tiempo que continúan otros de rango secundario y esporádico con el área catalana a través del Ebro plasmados en alguna vasija como la del dolmen de Ciella (Burgos). Esta vía de unión con el noreste a través del Ebro no parece abandonarse en ningún momento, aunque tenga una baja intensidad de uso.

Pese a los contactos con el estuario del Tajo, hasta el Bronce Medio la Meseta Norte parece desvinculada del comercio atlántico. A partir de este momento se aprecia la proyección de los intercambios de útiles bronceos y de cerámicas con el Levante y el Sureste de la península Ibérica, con el mundo argárico. Pero coinciden además con las primeras evidencias de productos llegados desde el ámbito atlántico y centroeuropeo.

Durante el Bronce Final hay evidencias de que la península Ibérica entra en los contactos comerciales que se desarrollan en Europa occidental y central, según algunos autores, al ampliarse las redes comerciales con vista a dar respuesta a un acentuado

crecimiento de la demanda de materia prima (Ruiz-Gálvez 1988: 325). En este sentido las hachas planas y de talón con anillas, tan características de las provincias de Palencia y Burgos, aparecen posiblemente como chatarra en los depósitos sardos y sículos (Ruiz-Gálvez 1998: 283). Evidencias de los regalos entre élites son las piezas importadas, pero éstas coexisten con un predominio de manufacturas locales que imitan o adaptan útiles cuya idea original procede de otras zonas de Europa.

Los nuevos tipos de armas y útiles que comienzan a alcanzar Iberia posiblemente respondan a un deseo de incentivar la explotación del mineral local. La fabricación de estas piezas no implica el empleo de nuevas técnicas complejas o sofisticadas, lo que supone que pudieron ser rápidamente adaptadas a las producciones locales, dificultándose la diferenciación entre éstas y las importaciones (Ruiz-Gálvez 1988: 334). Pero además de metales, la Meseta Norte pudo intercambiar excedentes agrícolas y ganado, gracias a sus excelentes condiciones naturales para tal aprovechamiento, aunque por su carácter perecedero no se conserven evidencias de ello.

Las líneas de intercambio durante el Bronce Medio y Final vienen muy bien indicadas por la llegada de útiles bronceos y por la dispersión de la cerámica decorada Cogotas I (ver las fases de la expansión en Castro y otros 1995: 61-4, 92, 101-2). La primera expansión hacia el Sudeste vendría marcada por la influencia de lo argárico, como punto de contacto con el Mediterráneo. En una segunda fase, con el declive de El Argar, el foco mediterráneo se traslada hacia el norte y eso hace cobrar importancia al valle del Ebro como vía de comunicación hacia el Levante. Al mismo tiempo se aprecian contactos esporádicos con el Douro Litoral que dejan una menor impronta. En la fase final, se rompen los contactos con el Levante y toda la costa mediterránea, aunque no desaparece la influencia de Cogotas I en el Alto Ebro (Harrison, Moreno y Legge 1987), y la proyección de Cogotas I se dirige hacia el Sur. Esto explica la consolidación de Cogotas I en el Tajo desde el 1400 AC y la presencia de sus cerámicas en el Bajo Guadalquivir (campiñas de Córdoba y Jaén, Bajo Guadalquivir en Sevilla y tierras altas de Málaga; faltando en Huelva y Sur de Portugal –Castro y otros 1995: 63–), como nuevo foco de arribada de los productos del comercio mediterráneo en la península.

Reflejo de este cambio comercial es el mantenimiento de los contactos atlánticos y centroeuropeos con la metalurgia de espadas de lengua de carpa, ganchos de carne, calderos, navajas de afeitar, hoces de lengüeta, etc. entre los siglos IX y VII, junto a la llegada de influjos mediterráneos como las fibulas de codo, los asadores y las hachas de apéndices laterales (vid. Jordá y otros 1986: 417-8).

A primera vista todo este trájín de objetos puede dar una impresión caótica, pero su explicación queda de manifiesto si se relaciona con la realidad sociopolítica de las comunidades prehistóricas de la Meseta Norte. Veremos esto con más detenimiento en el siguiente apartado, pero ahora adelantamos que existen dos momentos claramente diferenciados. El primero alcanza hasta el campaniforme y se caracteriza por los intercambios de alcance limitado, entendiendo como tales aquellos en los que se actúa de forma esporádica sobre determinados elementos: unos dentro del ámbito regional y algunos procedentes de focos especialmente prósperos y que irradian su influencia en un amplio territorio. Hasta aquí cabría hablar de unas élites incipientes, en proceso de consolidación, que recurren a intercambios de pequeño alcance en los que no se aprecia un peso importante de las comunidades meseteñas, cuyas principales evidencias de complejidad aparecen distribuidas ampliamente por toda la Meseta Norte en asentamientos que no manifiestan una excesiva jerarquización ni el dominio sobre un amplio territorio.

Un segundo momento parece producirse cuando ya las élites están establecidas y bien asentadas en la Meseta Norte a partir del siglo XXI AC. Los poblados reflejan una organización más jerarquizada y las élites establecen alianzas duraderas con distintas zonas peninsulares y europeas florecientes. Estos contactos varían con el tiempo, del mismo modo que lo hace la localización de los focos principales que canalizan las redes comerciales. Paulatinamente la Meseta Norte quedará vinculada a las corrientes mediterráneas, más pujantes y avanzadas que las atlánticas, sobre todo a partir del siglo XI AC.

En esta segunda fase la Meseta Norte se integra dentro de lo que se conoce como "sistemas mundiales", aunque de una forma marginal por su condición de región interior alejada de las zonas costeras. Ruiz-Gálvez (1998: 276-7) explica que la península Ibérica participe en un primer momento del mundo atlántico gracias a la llegada de las rutas mediterráneas a partir del siglo XVI AC, pero en realidad las conexiones atlánticas son cerca de cuatro siglos anteriores y lo que se manifiesta ahora es una fuerte intensificación de los intercambios. Su reflejo queda patente en la multiplicación de las manufacturas metálicas, en la dispersión de las cerámicas con decoración de estilo Cogotas I y en el gran número de depósitos con objetos de bronce que se realizan en este momento como reflejo del mayor peso de las élites.

Quedaría por explicar la disminución de los intercambios durante el inicio de la Edad del Bronce. Se ha propuesto que toda la península Ibérica queda al margen del comercio atlántico por la puesta en explotación de otras áreas productoras de cobre en

cuyo circuito no entraba esta región (Ruiz-Gálvez 1988: 332). Pero la justificación también puede encontrarse en procesos internos de consolidación de las élites.

Relaciones sociales

Según Malinowski (1975: 87) la organización social es la manera estandarizada de comportarse los grupos. El carácter concertado del comportamiento de los hombres es el resultado de reglas sociales, es decir, de costumbres, bien sancionadas por medidas explícitas o que funcionan de forma en apariencia automática.

Para recuperar una imagen de las relaciones sociales existentes en el periodo de la Prehistoria que estamos analizando hemos de acudir a las evidencias que brinda el registro arqueológico. Esto nos impone una serie importante de trabas, puesto que elimina de un plumazo la posibilidad de conocer las relaciones interpersonales y nos limita a aquellas manifestaciones materiales que han perdurado a lo largo de los siglos.

Si se quieren identificar aspectos de la organización social, hay que acudir sobre todo a la distribución de artefactos y al poblamiento. Dentro de la relación entre poblados similares con semejante grado de complejidad social y tecnológica puede existir una especialización que lleve a alguno de ellos a centrar la producción de determinados bienes (líticos, óseos o metalúrgicos). Éstos han de tener un nivel bajo de demanda para no provocar el auge de esos poblados sobre los otros. Igual puede ocurrir entre unidades familiares de un mismo poblado que se dediquen a tareas de especialistas a tiempo parcial.

Al mismo tiempo hay que analizar la existencia de diferencias que provoquen la aparición de una élite no productiva que se disponga por encima del resto de personas. También aquí se pueden comparar grupos de poblados o de las unidades familiares dentro de cada uno de ellos. Puede encontrarse, por ejemplo, un centro de población que destaque por concentrar evidencias de una elevada cantidad y volumen de actividades (productivas, sociales y rituales); o grandes diferencias en el tamaño y la relación entre el emplazamiento de distintos asentamientos (Hodder 1978d: 235).

Otra posibilidad es el estudio de las prácticas funerarias, analizando los sistemas de enterramiento (tratamiento del cadáver, naturaleza del contenedor, ajuar, etcétera). Por su parte, Binford (1972: 226) ha sugerido que hay un alto grado de semejanza o de relación entre la complejidad de la estructura jerárquica en un sistema sociocultural y la complejidad del ceremonial funerario como reflejo de un tratamiento diferencial de

personas de diferente estatus. No obstante, hay que tener presente que las tumbas también muestran otros aspectos de la sociedad: filiación tribal o clánica, edad, sexo, etcétera (Hodder 1978d: 237).

El progresivo incremento en la complejidad social se plasma en múltiples manifestaciones, como el incremento de la producción agrícola y ganadera (a través de mejoras tecnológicas) o en el surgimiento de productores especialistas (ya sea en la elaboración de productos secundarios, en actividades ideológicas o religiosas, o en la gestión y distribución de las producciones colectivas) (García y Hurtado 1997: 138). La estabilidad económica y la organización e implantación territorial son el motor de un crecimiento demográfico, plasmado en el crecimiento del tamaño de las comunidades y en la extensión del poblamiento a regiones periféricas que previamente habían permanecido deshabitadas (idem).

A esto hay que añadir las muestras de riqueza y categoría personal como indicativo de grupos de élite; también es relevante la jerarquía de los asentamientos (diferencias en tamaño y función) y el uso de bienes de lujo (exóticos o fruto de artesanos especializados) (Nocete 1984: 295-7; Renfrew 1994a: 6). Se puede atender además a la emergencia de zonas de almacenaje centralizadas y a la realización de obras públicas y sistemas de fortificación, si bien algunos autores consideran que estos rasgos estarían ya más cercanos a la noción de Estado que a la de Jefatura (Nocete 1984: 295).

En la Meseta Norte durante los tiempos que estudiamos, nos enfrentamos al problema de desconocer casi por completo las características internas de los poblados (la estructura de sus cabañas, el urbanismo, las diferencias o semejanzas entre cada vivienda, la existencia de edificios con otras finalidades) y en la mayoría de los casos hay que limitarse a constatar la presencia de numerosas estructuras subterráneas. Tampoco es fácil acudir a comparar la extensión de cada poblado, puesto que en muchos de ellos parece que unas mayores dimensiones son debidas a una ocupación más prolongada y no, por ejemplo, a una población más numerosa.

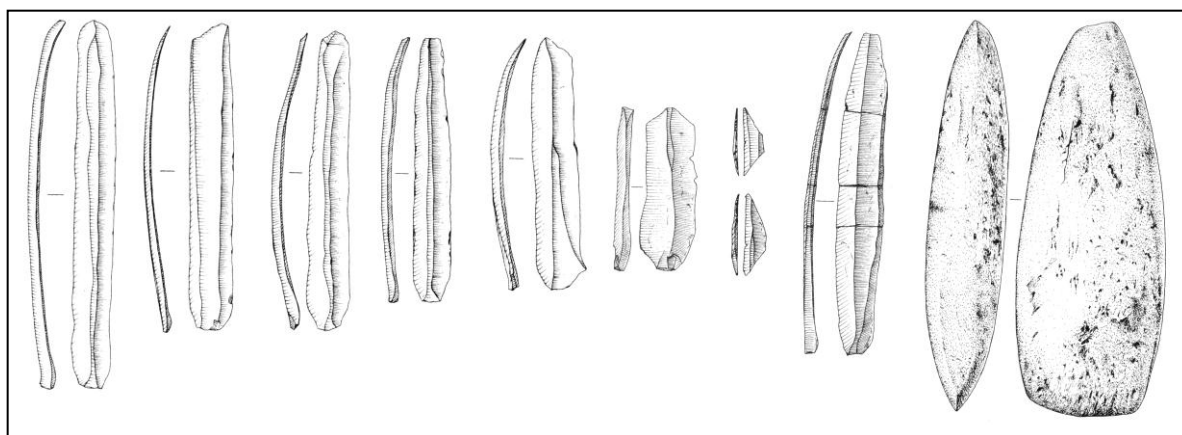
Para las sociedades neolíticas se ha establecido que impera una economía que Sahlins (1977: 98-9) denomina "modo de producción doméstico", caracterizada por el predominio de la división sexual del trabajo, la producción dentro de pequeñas unidades para los fines del consumo, el acceso autónomo a los medios de producción y las relaciones centrífugas entre las unidades de producción (que son cada hogar o grupo doméstico). Esta economía aspira a la autonomía completa, a eliminar la dependencia en

relación con grupos vecinos y a que ni existan excedentes ni falte lo mínimo para satisfacer las necesidades.

En estas sociedades no está marcada una división entre dominadores y dominados, sino que son homogéneas y sin un órgano de poder separado (Clastres 1996: 112). Eso no elimina la existencia de un jefe, puesto que éste existe y cumple unas tareas bien delimitadas: habla en nombre de la sociedad cuando circunstancias y acontecimientos la ponen en relación con otras comunidades, pero siempre siguiendo el deseo o la voluntad explícita de la tribu o grupo humano (ídem: 113, Harris 1990: 305). El reconocimiento de un individuo como líder se apoya en su prestigio.

Las sociedades segmentarias, según las describe Renfrew (1976: 205) se caracterizan por carecer de estructura jerarquizada y centralizada, constituyendo pequeñas comunidades organizadas en grupos equivalentes en tamaño. Actúan de forma independiente entre ellos puesto que son autónomos económica y políticamente, sin subordinarse a entidades políticas y económicas mayores.

Durante el *Neolítico Final* la evidencia más clara de las relaciones sociales se encuentra en las tumbas colectivas. Son el reflejo de la importancia del esfuerzo aunado de todos los miembros del grupo humano, tanto para su construcción como para su utilización. La erección de estos sepulcros requería el empleo de una abundante mano de obra, lo que implicaba a toda la comunidad en un objetivo de interés común y que no suponía la primacía de ningún individuo sobre otro. Estos trabajos parecen además haberse organizado coincidiendo con festines y otras celebraciones colectivas, lo que reforzaba la identidad del grupo (vid. Bellido y Gómez 1996: 143-4). Respecto a su utilización, tanto si se desarrolló como palimpsesto a lo largo de siglos (Delibes 1995c: 67-8 y 81) o si lo hizo en ocasiones puntuales recogiendo al mismo tiempo los restos de los fallecidos durante varios años (Bellido y Gómez 1996: 146-7), se mantiene su significado colectivo donde se entierran todos los miembros de un grupo sin evidencias que marquen diferenciaciones significativas en su categoría social ni privilegios de unos individuos sobre otros. Dicho sea esto sin entrar a valorar exclusiones debidas al sexo o la edad de los individuos o tal vez a las circunstancias de su muerte. Si no se enterraron todos los miembros de cada grupo en las tumbas megalíticas, y se ha visto una menor presencia de mujeres y niños (vid. Delibes 1995c: 81, Delibes y Etxeverría 2002: 43), ello pudo deberse –puesto que no serían factores sociales de estatus– a factores rituales que impusieran la exclusión de determinadas personas por tabúes religiosos.



5.17. Ajuares de los dólmenes salmantinos de El Teriñuelo (Aldeavieja de Tormes) y El Castillo (Castro Enríquez).

Sin duda nos vemos lastrados por la dificultad de separar los ajuares que corresponden a cada uno de los sepultados. Ello queda más claro en el caso del cuerpo que congregaba diez ídolos-espátula en el sepulcro de El Miradero (Villanueva de los Caballeros, Valladolid), lo que representa una gran cantidad frente al resto de enterramientos, de los cuales el que más tiene sólo llega a dos (Delibes 1995c: 82). Y también se apreciaban otras diferencias en cuanto a la mayor o menor cantidad de útiles tallados de sílex o la existencia de individuos adornados con enormes collares junto a otros con collares más modestos (idem). Pero debemos valorar estas evidencias considerando que, en el caso de las espátulas, podría tratarse de una especialización funcional propia de un chamán o sacerdote. No sólo eso, la mayoría de ajuares se componen de elementos funcionales de uso cotidiano y fácil acceso (piezas de sílex y hueso) cuya disponibilidad no sería dificultosa para cualquiera de los miembros del grupo (fig. 5.17). Sólo en el caso de las cuentas de collar de origen foráneo (pizarra, variscita, conchas marinas...) pudieron existir ciertas limitaciones para su abastecimiento. Pero en este caso cabría esgrimir como posible motivo de las diferencias la edad de cada fallecido o la consideración y respeto que recibieron en vida, antes que diferencias sociales.

El revoltijo en que suelen encontrarse muchos de los elementos, como las cuentas de collar, no facilita la búsqueda de rasgos de diferenciación social. Pero el hecho de que todo el proceso de construcción de la tumba y de deposición de los muertos tenga un carácter colectivo deja ver bien a las claras el igualitarismo de sus sociedades.

El aprovechamiento del medio estaría marcado por la inestabilidad de los poblados y la necesidad de cambiar cada pocos años su emplazamiento, lo que reforzaría la importancia del esfuerzo colectivo en las nuevas roturaciones y en el reparto de las

parcelas. El uso de los rebaños sólo como fuente de alimento, sin aprovechar su fuerza de tracción haría residir la riqueza de cada familia en su propio esfuerzo, sin poder marcarse grandes diferencias entre unos individuos y otros. Así mismo se ha señalado que durante el IV milenio la tierra aprovechable para uso agrícola era escasa y el acondicionamiento y mantenimiento de los campos de cultivo requería un esfuerzo colectivo organizado, propiciado por las tumbas colectivas que servían de ligazón entre los miembros de un linaje común (Kristiansen 1989: 66-7).

No obstante, los cambios se irían produciendo gradualmente y éstos se reflejan de forma más expresiva en la evolución de las propias tumbas. Las primeras comunidades, cortas en efectivos humanos, realizarían pequeñas tumbas que, a mediados del IV milenio AC pasan a ser de mayor tamaño y con tipos arquitectónicos más complejos debido al aumento en el tamaño de los poblados, dentro de un proceso de “agregación social” producido tanto en tierras gallegas (Fábregas 1988), como en la Submeseta Norte (Delibes 1995c: 80).

En muchos trabajos se ha propuesto que sea la búsqueda de prestigio y su reafirmación a través de celebraciones comunes lo que marca el paso de una sociedad igualitaria a otra con jefes hereditarios. El ejemplo más habitual es el de los big-men de las islas Salomón en el Pacífico. En esencia son miembros de sociedades igualitarias, que siguen basando su liderazgo en su trabajo personal y el de sus allegados (sus mujeres y otros parientes), puesto que no tiene el poder para obligar a otros a trabajar para él (Clastres 1996: 144-5). El reconocimiento y prestigio de cada uno de los "grandes hombres" ha de ser periódicamente reconquistado, puesto que son varios los individuos que celebran los grandes festines y el prestigio de cada uno reside en poder retar a otro. Si uno dejase de cumplir sus obligaciones con sus seguidores, éstos se sentirían atraídos por otro de los "grandes hombres" y le abandonarían (Harris 1990: 332-3).

Pero para encontrar auténticos jefes, éstos han de heredar su cargo y mantenerse en él sin la obligación de realizar constantemente redistribuciones generosas, aunque eso no les evita tener que demostrar su valía y liderazgo en las guerras, obtener mercancías y regalar comida y otros bienes a sus partidarios (ídem: 336). Siguiendo casos etnográficos, se acepta que el liderazgo es una solución social a particulares problemas ecológicos y económicos, viendo a los jefes como banqueros tribales que gestionan la economía de su grupo para beneficio de todos (Earle 1991: 2).

Cuando la obtención de recursos para la subsistencia se puede realizar de forma libre e inmediata, como ocurre con los cazadores y recolectores, el jefe no puede imponer

su voluntad e impedir el acceso de los miembros del grupo humano a tales recursos. Ahora bien, ¿cuándo las condiciones económicas obligan a que la sociedad se adapte requiriendo una gestión central para lograr un funcionamiento efectivo? Con el desarrollo de la agricultura y las grandes cosechas de cereales se obtienen alimentos almacenables, que requieren una inversión de trabajo a medio plazo y que permiten ser redistribuidos durante largo tiempo, y aquí se encuentra el cambio que da pie a los jefes a consolidar su poder e imponer un control coercitivo sobre sus subordinados (Harris 1990: 339).

Durante el *Calcolítico* estamos ya ante sociedades con una agricultura más desarrollada que en los tiempos neolíticos, capaz de generar un volumen relativamente importante de excedentes, con unos bienes agrícolas y ganaderos que pueden acumularse. La intensificación de la producción se hace posible mediante la mayor productividad del trabajo, conseguida mediante una mejora en la tecnología y un aumento en la cantidad y efectividad de la fuerza de trabajo empleada. Sería a partir del final del Neolítico cuando comenzase a aplicarse el uso de tracción animal y del arado. Resulta significativo que no parece existir la propiedad privada en los medios de producción; especialmente la tierra, cuya posesión es comunal y no puede acumularse como sí se hace con otros bienes (García y Hurtado 1997: 138). En esta fase aumenta el tamaño de las comunidades y se habitan zonas antes periféricas y desocupadas.

Las Jefaturas, entendidas como organizaciones sociales post-igualitarias y previas a la formación de los Estados, han sido descritas como una estructura de gobierno intragrupal en la que se impone una jerarquía en la toma de decisiones (ídem: 136). La ambigüedad de esta definición respecto a la propia concepción de Estado, obliga a considerar otros factores de esta organización. Service (1984) explica la jefatura como una estructura de relaciones sociales de base parental, en la que cada individuo establece su posición en la sociedad en función de su parentesco con el ancestro fundador mítico y en la que la redistribución actúa como mecanismo ordenador del acceso al producto social (García y Hurtado 1997: 136). El redistribuidor es el vértice de la sociedad de jefaturas y asume la función de coordinar las tareas productivas y distributivas, así como las funciones religiosas (ídem: 136-7). Este parece ser el elemento principal de tales sociedades: la relación entre la propiedad de los medios de producción, la organización de la producción y las reglas de circulación y distribución del producto en la sociedad. Se produciría un acceso desigual a los medios de producción y al producto colectivamente generado, pero sin que tal acceso rompa con los principios de solidaridad y comunalismo subsistencial propio de las sociedades igualitarias (ídem: 137). Hemos hablado más arriba

del probable aprovechamiento colectivo del grano almacenado en los silos subterráneos. Este es un punto fundamental de la agricultura cerealista, puesto que debe almacenarse grano para cubrir las necesidades alimenticias en los periodos de unión entre dos ciclos agrícolas y también –dentro de un periodo más largo– ante los acontecimientos inesperados que perjudiquen la cosecha (variaciones climáticas, sequía, plagas o inundaciones, por ejemplo) (Meillasoux 1977: 55-6)

La figura fundamental en las relaciones sociales es un “Gran Hombre” redistribuidor, que sería un anciano o un adulto prestigioso cuya función suele ser otorgada por adscripción y en los primeros momentos sólo ocasionalmente es heredada. Sus funciones principales son estimular la producción agrícola y la redistribución del producto colectivo, lo que implica la organización ocasional de festines (García y Hurtado 1997: 138). Pero siempre sin que se pierda el principio de solidaridad –que no de igualdad– en el acceso a los recursos. Las cualidades apropiadas del líder son habilidad para consolidar la red de alianzas y coraje y disposiciones guerreras para asegurar una defensa eficaz contra los ataques de los enemigos (Clastres 1996: 113).

El momento de inflexión y de cambio se produce en la Meseta Norte en torno al año 2950 AC, pero se trata de un proceso gradual y que manifiesta las dudas y vacilaciones propias de una transformación tan grave. Los cambios son múltiples y afectan a todas las esferas, de tal modo que es difícil precisar cuál fue el motor que inició todo. Por un lado cambia el poblamiento. Los asentamientos ganan en tamaño, aglutinando a mayor cantidad de pobladores, además se hacen más estables y duraderos. Este segundo rasgo se refleja en la mayor inversión de trabajo aplicada a la construcción de las viviendas, pero también en obras colectivas de amurallamiento (Delibes, Herrán y otros 1995: 51). Esto va unido a un proceso de intensificación económica y también a una expansión de la ocupación que conduce a una creciente competencia por la tierra.

Las primeras roturaciones se hicieron en un ambiente de bosques, lo que exigía amplios trabajos, pero el paso del tiempo hizo que, dentro de un sistema primitivo de agricultura que desconocía el abonado, se fuese agotando el suelo forestal de tal modo que aumentaron los campos abiertos, de menor fertilidad pero más aptos para la alimentación del ganado como pastos (Kristiansen 1989: 70). Este sería uno de los factores que condujo al cambio, con una explotación que da mayor importancia a la ganadería como complemento de la agricultura y que lleva aparejada la denominada “revolución de los productos secundarios”, entendiendo por tal el empleo de animales de tiro, el aprovechamiento de productos lácteos y la realización de manufacturas textiles con la lana.

Los análisis palinológicos indican que este incremento en el sustrato herbáceo en detrimento del arbóreo comienza a hacerse evidente a partir del 3750 AC en la mayoría de la Submeseta Norte –como hemos visto en otro apartado–, quedando al margen de este proceso algunas tierras en las zonas del reborde montañoso. El cambio ecológico conduciría a la cría de animales, como la estrategia intensiva más productiva y de menor esfuerzo, implicando un cambio en la organización social. Kristiansen ha indicado que ahora se imponen las tumbas individuales. Junto a ello las fiestas colectivas celebradas en centros rituales y ligadas al ciclo agrícola son sustituidas por la acumulación individual de riquezas asociadas al empleo de bienes de prestigio y productos valiosos en relaciones horizontales de poder (ídem: 68-9).

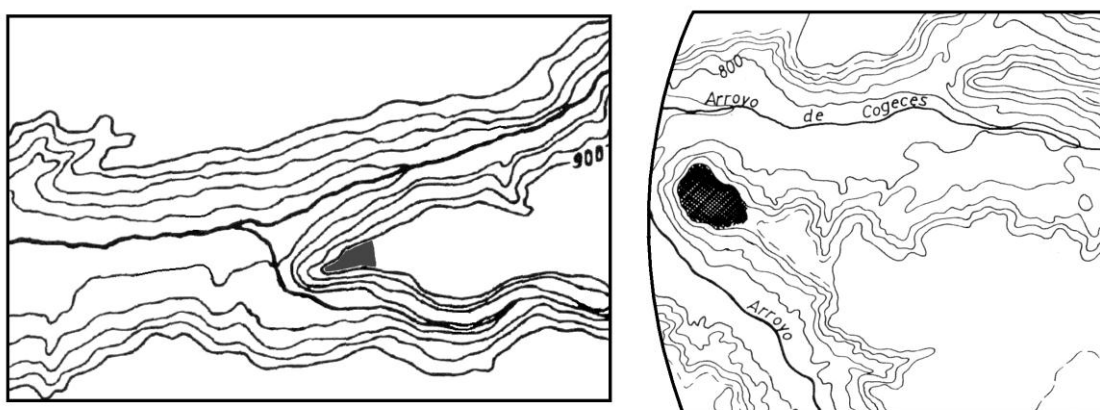
Las evidencias de estas transformaciones no se reparten por igual en toda la Meseta, sino que se aprecian con más claridad en los momentos iniciales en zonas como el valle de Amblés, el oeste zamorano y la mayoría de Salamanca a través de un nuevo modelo de poblamiento.

La variabilidad de las jefaturas ha sido establecida según tres elementos:

1. la escala del desarrollo,
2. la base de las finanzas (materias primas, como comida y útiles ofrecidos en fiestas, frente a las riquezas y objetos de valor simbólico obtenidos a través del comercio o el patrocinio de la producción artesana) y
3. la estructura orientada al grupo (obras comunales) o a la individualización de las élites (adornos definidores del estatus, casas y monumentos funerarios especiales) (Earle 1991: 3).

Una forma de apreciar la presencia del poder de las élites sobre el resto se encuentra en el estudio del patrón de gastos a gran escala. Este resulta sea visible en el aprovechamiento del trabajo de la gente común por parte de la élite, materializado en forma de exhibiciones suntuarias, ceremonias públicas, edificaciones monumentales, etc. (Gilman 1997: 86). Si durante el Neolítico Final, los gastos sociales más sobresalientes son la construcción de enterramientos colectivos, durante el Calcolítico y la Edad del Bronce son los trabajos destinados a la fortificación de los asentamientos (ídem). En el primer caso lo que se busca es el mantenimiento de la cohesión interna del grupo, mientras que en el segundo la clave residiría en el mantenimiento del prestigio del grupo y en la definición de su independencia frente a otros.

La identidad propia que cada comunidad trata de enfatizar respecto a las comunidades vecinas puede ser el causante de enfrentamientos bélicos. Estas luchas son una realidad en las sociedades más primitivas de cazadores-recolectores y los enfrentamientos no obligan a levantar murallas u otros sistemas defensivos en torno a las aldeas como sistema de protección (Clastres 1996: 183-ss). En realidad las murallas no parecen surgir con una intención bélica, sino más bien relacionadas con el control de una comunidad desde su interior. Las murallas tienen en gran medida la finalidad de fiscalizar las actividades desarrolladas en su interior. Así mismo cumplen una función de prestigio. Se relaciona con la necesidad de establecer un control coercitivo por parte de los jefes (Nocete 1984: 299-302).



5.18. Poblados del Bronce Medio en un emplazamiento en alto protegido por muralla: Cuesta de la Horca (Cevico Navero, Palencia) y Castro de la Plaza (Cogeces del Monte, Valladolid) (según Rodríguez Marcos 1996 y 1993).

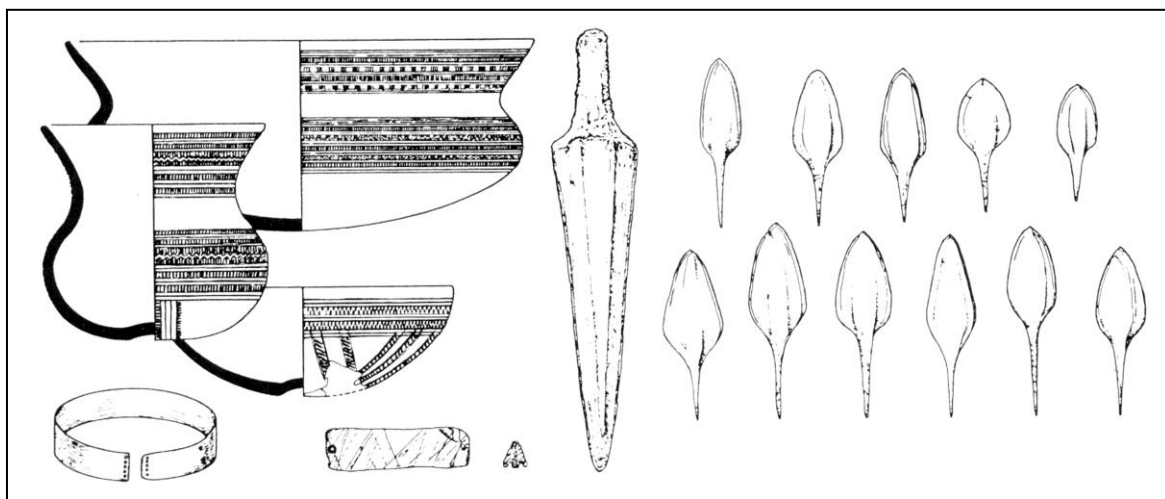
Evidencias de lucha se conocen en los restos humanos de numerosas tumbas megalíticas. Se ha constatado la existencia de agresiones con puntas de flecha y de golpes traumáticos entre las patologías de los inhumados. Y ello junto a un poblamiento donde los hábitat apenas han dejado huellas visibles, ocupan posiciones en llano y carecen de cualquier amurallamiento o ventaja defensiva. Por el contrario esa preocupación por ocupar enclaves elevados, a veces de muy difícil acceso, con un amplio control visual y en ocasiones amurallados pese a iniciarse en momentos Calcolíticos en el Sur peninsular (Nocete 1986: 92; Chapman 1991; Delibes y Santiago 1997: 87-90), no podemos afirmar que se encuentre firmemente arraigada en la Submeseta Norte hasta el Bronce Antiguo (fig. 5.18).

Otra novedad acompaña en parte a la primera y es que, al estabilizarse más los poblados, cobra mayor importancia el control de los medios de producción. La clave residiría en el nuevo uso que recibe el ganado, fundamentalmente bovino, como fuerza de trabajo, lo que conlleva que la propiedad de los animales sirva como base para el control

económico. Así mismo a lo largo de la Edad del Bronce cobrarían peso los puntos de extracción de mineral de cobre y estaño en Ávila, el norte de León, Palencia y Burgos, aunque desconocemos la forma de controlar tales trabajos.

Un tercer ámbito en el que se manifiesta el cambio es el ritual funerario. Se dejan de construir tumbas colectivas, que son sustituidas por tumbas individuales en fosa donde sólo son enterrados aquellos individuos más destacados socialmente, como queda puesto de relieve en las tumbas campaniformes (fig. 5.19). Tal sustitución no es radical, sino que encontramos algunas muestras de lo que parece ser el proceso de cambio. Así se detectan megalitos con varias tumbas campaniformes reunidas en el área salmantina (como en La Veguilla), pequeños túmulos campaniformes individuales en Aldeagordillo (Ávila) y fosas colectivas sin ajuar en El Tomillar (Bercial de Zapardiel, Ávila).

El paso de tumbas colectivas a individuales permite apreciar el abandono de las relaciones sociales basadas en el parentesco y sus obligaciones, en favor de otros principios sustentadores. Cobra así importancia, en primer lugar, el sostenimiento de un prestigio a través de objetos exclusivos y de rituales propios de la élite y, en segundo lugar, el control de los medios de producción y la riqueza –que ahora residen principalmente en el ganado.



5.19. Ajuar con elementos campaniformes de la tumba de Fuente Olmedo (Valladolid).

La práctica de efectuar estas tumbas individuales no es incompatible con reuniones como las que anteriormente tenían lugar en los cementerios colectivos, puesto que parte del ajuar funerario está destinado a actividades colectivas. Nos referimos al juego cerámico campaniforme, que parece haber sido concebido con la intención de consumir algún tipo de bebida alcohólica (Sherratt 1987), aunque posiblemente reservada a unos pocos privilegiados dotados de autoridad y prestigio en el grupo. Se mantendría así la necesidad de contactos entre grupos humanos, que coincidirían en este

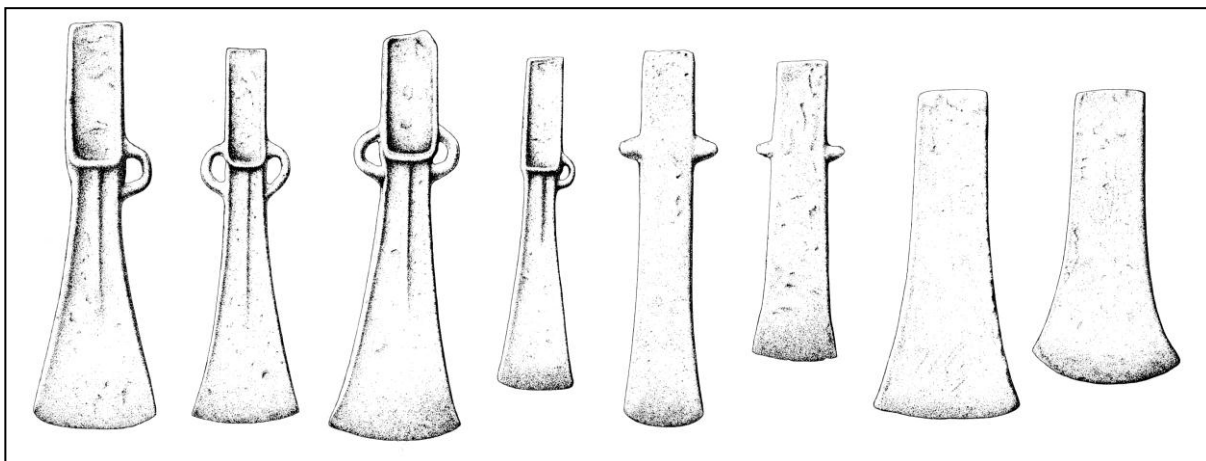
primer momento del cambio con momentos de enterramiento de individuos señalados. Sin embargo, la diferencia fundamental residiría en que ahora se destaca a individuos concretos, que se inhuman siguiendo un ritual exclusivo que les separa del común, y a los que además se acompaña de un rico ajuar con la intención de señalar la relevancia de la aldea o grupo humano que les da sepultura. Más adelante el mantenimiento del prestigio del grupo se desvincula de las tumbas para centrarse en los intercambios.

Por último, el elemento más llamativo del cambio son los objetos de prestigio, que han de ser un bien escaso y propio de un sector reducido del grupo. Determinadas materias líticas eran objeto de intercambio ya en tiempos neolíticos y continúan siéndolo en momentos posteriores, pero siempre aplicados a objetos de uso cotidiano, como puntas de flecha, dientes de hoz, cuchillos, raspadores y perforadores. Hay que tener presente que el valor de las materias puede ser cambiante y si su cantidad aumenta y se hace accesible a un mayor número de personas o si es desplazada por una nueva materia exótica, pierde su valor simbólico y adquiere un valor puramente económico (Ruiz-Gálvez 1988: 328). Esta estrategia de control está ligada al establecimiento de alianzas externas, visibles a través del intercambio de objetos y conocimientos que están al margen de intereses puramente comerciales. Incluso el amplio periodo de tiempo durante el cual se mantienen los contactos determinará la paulatina sustitución de unos motivos decorativos en las cerámicas por otros y de unos útiles de bronce por otros, a medida que los más antiguos se van devaluando (Shennan 1986: 145). La aparición de los vasos campaniformes parece ser respuesta a una serie de contactos exteriores en los que se ven implicados grupos dentro un amplio territorio.

A través de las tumbas puede conocerse qué objetos sirven de ostentación: armas de cobre, adornos de oro y vasijas campaniformes. En un primer momento además se mantiene una convivencia de estos nuevos elementos con otros anteriores, como el collar de cuentas de variscita unido a un arma de cobre en la tumba de El Ollar (Donhierro, Segovia). Sabemos que los útiles de cobre se encuentran por gran parte de la Meseta (Bellido 1994; Delibes, Herrán y otros 1995: 52-3) y ello puede ser debido a dos razones. Una, que su posesión no estuviese limitada, llegase a todos los poblados y estuviese al alcance de todos, lo que no parece probable dado el tipo de contextos en que se encuentran los objetos de cobre, evidencia de su carácter excepcional. La segunda es que se trate de un momento en que hay un gran número de jefes, es decir, que es el momento de formación de élites y hay un gran número de cabecillas en todas partes, aunque la evolución posterior conduzca a una concentración de poder.

Este proceso de concentración parece alcanzar un momento álgido con el campaniforme Ciempozuelos, entre los siglos XXII y XX AC, como ponen en evidencia las ricas tumbas individuales. Pero a continuación tiene lugar un cambio en la estructura de poder que conlleva múltiples transformaciones en la *Edad del Bronce*.

Una de ellas es la desaparición de las tumbas en las que se hace ostentación de la riqueza del difunto. Las pocas tumbas con ajuares de consideración son las de Santioste (Villafáfila, Zamora), en el Bronce Antiguo, y la de San Román de la Hornija (Valladolid), en el Bronce Final. Se trata de casos aislados y con ajuares donde la riqueza no se plasma en la posesión de armas y joyas áureas, sino en pequeños adornos de plata o bronce. Las principales muestras de acumulación de riqueza son ahora los atesoramientos y depósitos de objetos de bronce (fig. 5.20), excepcionales durante el comienzo de la Edad del Bronce, pero numerosos en su fase final. Si queremos apreciar dónde reside el poder de las élites, hemos de atender a nuevos factores. Las tumbas se dirigían a conseguir la ratificación del poder dentro del grupo humano propio y, en todo caso, de los grupos más cercanos, puesto que son éstos los testigos de la relevancia del difunto. Sin embargo, ahora ya no se requiere realizar actos de ostentación dentro del grupo, sino que el poder se ratifica a través de las relaciones exteriores, de los contactos de cada grupo humano con otros más o menos alejados.



5.20. Depósito del Bronce Final de Coruña del Conde (Burgos).

En este contexto las tumbas no tienen importancia, sino que se recurre a la acumulación de aquellos bienes que circulan dentro de las redes de intercambio, como medio de asegurar el mantenimiento de las relaciones y el reconocimiento entre los grupos circundantes. El mantenimiento dentro de las redes de intercambio del bronce es lo que aseguraría el acceso a las novedades y por tanto serviría para sostener el prestigio (Shennan 1986: 146). Eso podría venir favorecido por la disponibilidad de suficientes excedentes dentro de los recursos de subsistencia, por contar con un acceso relativamente fácil a las fuentes de abastecimiento del metal o por situarse en zonas de paso, a medio camino dentro de las rutas de intercambio.

En este sentido ha llegado a aludirse al papel de la Submeseta Norte durante la Edad del Bronce como productor de materia prima, de bronce sin manufacturar, que intercambiaría dentro de los circuitos atlánticos por objetos elaborados (Delibes y Fernández Manzano 1992: 211). También se ha dicho que la itinerancia de los grupos humanos meseteños habría de configurar una sociedad poco jerarquizada, con un papel poco relevante en las redes de poder y en los contactos desarrollados en el Bronce Atlántico (Fernández-Posse y Montero 1998: 194). Sin duda está clara la presencia en la Submeseta Norte de objetos importados llegados a través las redes atlánticas y mediterráneas, lo mismo que la existencia de un importante foco de producción metalúrgica con rasgos autóctonos en el norte de Palencia y Burgos (Delibes 1990: 22). También se puede afirmar la existencia de jerarquización y de individuos destacados socialmente, si no por las tumbas al menos por el modelo de poblamiento. Todo ello confirmaría la participación de la Submeseta Norte en los circuitos de intercambio vigentes durante la Edad del Bronce.

Es el control lo que otorga el poder y no la simple posesión de los medios de producción. Esta afirmación requiere de una explicación. La tierra no es una posesión permanente debido a la itinerancia de los grupos que obligaría a repartos periódicos de nuevas parcelas. Los poblados y los campos de cultivo no son fijos, sino que periódicamente se abandonan y se erigen de nuevo, con el consiguiente abandono de la tierra y el reparto de otras nuevas. En caso de que el poder hubiera residido en la posesión de las tierras, esto habría provocado fuertes fricciones y luchas y cada mudanza conllevaría el cuestionamiento del poder de los individuos destacados. Se ha aludido a que la propiedad privada no residía en las tierras, que serían colectivas, sino en el ganado; y que la sociedad se estructuraría en patronos y clientes ligados por lazos económicos (Mederos y Harrison 1996: 33-4).

Si el elemento de riqueza no es la posesión de la tierra, entonces residiría o en el control de los medios de transformación o en el dominio sobre la fuerza de trabajo (vid. Vicent 1991b). Aparentemente los elementos de transformación de los alimentos se encuentran en multitud de yacimientos, casi podría decirse que en todos sin que pueda apreciarse su acumulación en una sola vivienda o en un sector determinado de los poblados. En este aspecto, hay que tener presente el sesgo que sobre el registro arqueológico representa la excavación sólo de basureros en la mayoría de poblados conocidos pero, sobre este planteamiento como base, es necesario profundizar en casos concretos.

Una vez más hay que llamar la atención sobre un grupo de poblados situados en posiciones netamente defensivas que controlarían los medios de transformación y en los que se concentrarían los lugares de almacenamiento del grano y del ganado, pero donde además se dispondrían los artesanos. Respecto de la importancia de los asentamientos de carácter defensivo, aludiremos a los pastores ndebele, de Zimbabwe, que en el siglo XIX completaban sus recursos económicos atacando a sus vecinos agricultores shona y apoderándose así de nuevas cabezas de ganado, cereales y cautivos (Weinrich 1984:16).

Los ejemplos más claros se fechan en el Bronce Medio y Final. En El Castillo (Cardenosa, Ávila) se encontraron varios moldes de fundición. Dentro del poblado de Carricastro (Tordesillas, Valladolid) se han recuperado evidencias de producción metalúrgica por parte de especialistas –no sabemos si a tiempo completo o parcial– concentradas en un sector puntual (Delibes y Fernández Manzano 1992). Y también los lotes de productos acabados de mayor entidad –dejando aparte los escondidos en depósitos– se han localizado en poblados dotados de un emplazamiento estratégico, como en Las Cogotas o El Berrueco (vid. Bellido 1994: 196-8). Rara vez se encuentran objetos de bronce, aparte de pequeños punzones y algún puñalito, dentro de los hábitat situados en llano orientados básicamente al aprovechamiento agrícola.

Así mismo durante todo este periodo se da una gran importancia a determinados objetos de prestigio –que van variando a lo largo del tiempo–, como queda de manifiesto en las tumbas, el armamento, los elementos de adorno o los vasos cerámicos. Su valor queda refrendado por su amplia difusión y homogeneización dentro de extensos territorios. Armas, útiles y ornamentos de bronce y oro sirvieron como símbolos de rango y se intercambiaban en la formación de alianzas, llegando a formarse sistemas abiertos y competitivos que traspasaban las barreras locales y regionales de interacción social (Kristiansen 2001:90-1).

Durante la Edad del Bronce se produce una gran cantidad de intercambios dentro del ámbito atlántico, en el occidente europeo. El sentido de tales contactos culturales y los intercambios que conllevan se debe a que el mantenimiento del control sobre las fuerzas sociales es sostenido sobre la base del prestigio que una serie de objetos foráneos y relaciones exteriores otorgan a unos pocos individuos del grupo. Dentro de esta concepción cobra valor en la Submeseta Norte la llegada, sobre todo durante el Bronce Final, de nuevos tipos de útiles bronceos de los que se conocen pocas piezas importadas pero que rápidamente son imitadas en producciones locales. Después del 1300 BC tiene lugar una importante recesión en el mundo urbano del oriente mediterráneo, que repercute en un crecimiento en las áreas marginales del Mediterráneo. Aparecen nuevos útiles de bronce, se explotan más intensivamente las minas y proliferan los atesoramientos y depósitos (Sherratt 1994: 341-2).

Otro aspecto a considerar es la peculiar jerarquización del poblamiento, con territorios organizados en varias aldeas que ocupan las tierras de mejor explotación agrícola y ganadera junto a un poblado que ignora estos recursos y se dispone en alto, rodeado de terrenos improductivos y algo alejado de los más fértiles. Pero estos poblados no tienen una ocupación constante y continuada durante toda la Edad del Bronce, al modo de los poblados estables de la Edad del Hierro, sino que terminan abandonándose a lo sumo tras unas pocas centurias. Eso va unido –en aparente confrontación– al desconocimiento de divisiones sociales en la estructura interna de los poblados, y con sólo algunas etapas donde los ajuares transparentan la existencia de un pequeño número de individuos que destacan sobre el resto, sin más divisiones sociales que la élite y el común, sin niveles intermedios.

Por tal motivo, junto a la separación de las élites, habría que analizar además el papel de otros personajes peculiares, en concreto los artesanos y los curanderos o magos. No parece probable que sean trabajos comunes que todos realizan, sino que posiblemente sean propios de individuos que trabajan a tiempo parcial y compaginan esta actividad, que ejecutan de forma exclusiva, con las actividades cotidianas de supervivencia. La importancia de los curanderos o magos sería especialmente significativa en las fiestas y celebraciones comunitarias ligadas a los enterramientos colectivos neolíticos, cargadas de un fuerte valor simbólico. Pero sus actividades continuarían en tiempos posteriores. Por su parte, mientras algunas actividades artesanales tienen un valor cotidiano muy marcado que las hace desarrollables por casi todas las personas, como la confección de cestos y vasijas cerámicas, otras llevan implícito un valor social que obligaría a un cierto control

por las élites. Nos referimos a las actividades de producción de útiles metálicos, cuyos artífices estarían sin duda muy unidos a los líderes de cada grupo.

Dentro de los objetos metálicos, los útiles –en especial las hachas, que servirían para labores de carpintería y la construcción de viviendas– son los más comunes, al tiempo que las armas confirmarían la importancia de la guerra y piezas exclusivas como calderos y asadores indicarían la realización de banquetes y rituales exclusivos de los jefes (Kristiansen 2001: 217). Las élites controlarían la producción y distribución de estos objetos metálicos, algunos de los cuales serían dados a las comunidades agrícolas bajo su jefatura –sobre todo herramientas y también algunas armas–, mientras que otros tenían como destino el comercio o su uso personal (ídem: 218).

En los últimos compases del Bronce Final se comienzan a aplicar mejoras en las técnicas y el utillaje agrícolas, lo que coincide con la llegada de nuevos cultivos que favorecen la conservación de la fertilidad (Ruiz-Gálvez 1995: 151). Dentro de este panorama se produce un cambio radical a partir del nacimiento de poblados estables desde el inicio de la Edad del Hierro. Ahora la tierra puede convertirse en un elemento valioso por su utilización continua y así ocurre. El poder residiría en la posesión de la tierra, puesto que se convierte en un bien limitado del que se produce la riqueza y se generan los recursos de cada familia. Al mismo tiempo la metalurgia se hace mucho más localista y no se comercializa (Sánchez-Palencia y Fernández-Posse 1998: 230), lo cual no impide que sigan existiendo objetos que se transmiten por redes comerciales y que son utilizados por las élites, a las que siguen otorgando prestigio y distinción. Pero en el sostenimiento de estas redes ya no se encuentra el sustento del poder, sino sólo una vía para la llegada de elementos complementarios de ostentación y exclusividad, como se manifiesta claramente en la II Edad del Hierro.

Para acabar este apartado, queremos hacer una somera referencia a las relaciones sociales establecidas entre hombres y mujeres, sobre la base de su sexo. No es un tema que se trate habitualmente en los trabajos y en la actualidad resulta difícil establecer una imagen completa de estas relaciones.

Parece que en las sociedades agrícolas de base cerealista se establecen habitualmente modelos de filiación patrilineal, con mujeres que no procrean en su comunidad, sino en una comunidad aliada (Meillasoux 1977: 44-5). En estas sociedades la mujer se subordina al hombre y el producto de su trabajo y de la reproducción pertenece al esposo (ídem: 111-2).

La división de las tareas y de los trabajos hubo de ser una realidad. Ya hemos aludido en un capítulo anterior a que lo más probable es que la alfarería estuviese reservada a las mujeres. Otras actividades son más difíciles de atribuir a hombres o a mujeres. La metalurgia, por ejemplo, por su valor simbólico (existen importantes tabúes sexuales, algunos de los cuales pueden verse en Eliade 2001: 53-61), sus mitos y su dureza parece reservada a los hombres; pero tal vez en determinadas labores mineras participasen las mujeres activamente. Respecto a la agricultura, aunque existen muchas diferencias entre unas sociedades y otras, cabe pensar que fuese una actividad compartida. No obstante, en los momentos iniciales del Neolítico –antes de que se desarrolle la agricultura y se aplique el arado– no puede descartarse que el cultivo de los campos estuviese reservado a las mujeres y que los hombres adoptasen el papel de pastores. E incluso esta situación podría haberse mantenido al menos en parte durante toda la Edad del Bronce, teniendo en cuenta la importancia que se atribuye al ganado como elemento que marca la riqueza de los individuos y sirve para la compra de la esposa.

En el ámbito doméstico la mujer tendría mayor protagonismo en, por ejemplo, el cuidado de los hijos más pequeños y en la preparación de los alimentos. De hecho sería tarea exclusiva suya la manipulación de los productos agrícolas con el objeto de hacerlos comestibles (Meillasoux 1977: 114). Por contra, dentro del ámbito grupal, al menos desde un momento avanzado del Calcolítico, serían los hombres quienes ostentasen los símbolos del rango, controlasen las relaciones con otros grupos y los medios de producción. Así parece manifestarse en las tumbas individuales, cuyos ajuares con armas manifiestan su correspondencia a hombres, mientras que las mujeres no parecen recibir tratamiento parecido.

6. CREENCIAS Y MUNDO SIMBÓLICO

Durante el Holoceno se asiste a un proceso paulatino de sedentarización y de crecimiento de los grupos humanos. La vida itinerante que conocían los cazadores-recolectores paleolíticos siguiendo los recursos y fuentes de aprovisionamiento se va a ver alterada con la introducción de los nuevos medios de producción neolíticos. Ahora ya no se trata de un grupo de individuos más o menos numeroso que se desplaza con relativa independencia por un territorio definido, sino que han de llevar consigo rebaños de ganado para los que deben disponer de pastos. Junto a esto, el cultivo de la tierra les obliga a permanecer establecidos en un mismo lugar al menos durante un ciclo agrícola. Si a ello se une que el esfuerzo invertido en roturar por primera vez una parcela inculta sería demasiado elevado como para repetirse anualmente, habría que considerar que se buscara rentabilizarlo a través del cultivo de una parcela durante varios años.

Esta situación colocaría a las gentes de esa época en una disposición de fuerte dependencia de la tierra y de las condiciones climáticas, del mismo modo, e incluso en mayor medida, que ocurría en el mundo rural tradicional hasta hace pocas décadas. Los dioses perderían ahora parte de su nexo de unión con la naturaleza virgen y los grandes mamíferos. Se produciría un cambio de mentalidad que Pierre Lévêque (1997:49) ha relacionado con una transformación de las divinidades y con una "antropomorfización de las fuerzas de la naturaleza", situándose a los dioses en una posición más cercana a las preocupaciones humanas.

El conocimiento de la religión en este momento de la Prehistoria no se presenta como una tarea sencilla, debido a que el complejo sistema de creencias resulta difícilmente reconstruible sólo a partir de las manifestaciones últimas que se han conservado de los rituales. El registro arqueológico se muestra sumamente limitado en este campo. Así como para los momentos finales de la prehistoria peninsular contamos con las útiles fuentes escritas romanas, además de otras manifestaciones escritas indígenas (Sopeña 1986: 31-52), para reconstruir el imaginario religioso de los pueblos celtibéricos, no ocurre lo mismo para épocas anteriores. Podemos guiarnos a través de las creencias celtibéricas para intentar rastrear las divinidades y rituales de momentos neolíticos, calcolíticos y de la Edad del Bronce, pero al tiempo transcurrido se unen cambios sociales y religiosos que imponen un proceder meticuloso y basado en los indicios arqueológicos..

Ante la carencia de fuentes escritas, los rituales son la vía a través de la cual podemos conocer, al menos en parte, las creencias del hombre prehistórico. Esto se debe a que el ritual es una forma donde se plasman los principios, valores, realidades, fines y significados constituidos en las creencias (Díaz Cruz 1998: 13-4). Sin embargo no hay que pensar que el ritual es la expresión directa de las creencias, ni que supone en realidad una mera representación de las teorías sobre el funcionamiento del mundo. Aunque los rituales orientan a las personas en su “estar en el mundo”, no sirven directamente para reconstruir las estructuras mentales y la cosmovisión de un grupo (ídem: 63).

Los rituales, pese a todo, alcanzan para autores como Robertson-Smith y Durkheim el carácter de maneras de actuar que plasman los límites del mundo. Su finalidad es suscitar, mantener o rehacer los sentimientos colectivos y las ideas colectivas que constituyen la unidad y la personalidad propias de un grupo (ídem: 93).

Los ritos están además fuertemente ligados a los mitos. Para Malinowski (1985: 114), el mito responde de la eficacia del ritual o la ceremonia y la comprensión de los rituales exige la elucidación de los mitos que les dan sentido y de los cuales aquéllos son una representación.

Una aproximación a los mitos y a los dioses

La mitología de un pueblo es un elemento específicamente particular y propio que informa de sus características. Los mitos representan una versión ideal de su estructura social, aunque no sea verdaderamente un modelo hacia el que se encaminan (Díaz Cruz 1998: 241, Eliade 1991: 14).

La construcción de los mitos representa un punto esencial en la religión, ya que la finalidad de ésta es armonizar las acciones humanas con un orden cósmico y en tal sentido se encarga de proyectar imágenes de orden cósmico al plano de la experiencia humana (Geertz 1995: 89). Cada sistema de creencias está repleto de símbolos que en buena medida encuentran su explicación en la concepción que cada pueblo tiene del orden general de la existencia, de su modo de relacionarse con su entorno y sus recursos y de sus relaciones sociales. Relatan los acontecimientos a consecuencia de los cuales las personas han llegado a ser lo que son en cada cultura: un ser mortal, sexuado, organizado en sociedad, obligado a trabajar para vivir y que trabaja según ciertas reglas (Eliade 1991: 17).

La arqueología, a falta de fuentes escritas, ha de recurrir a los símbolos que se han conservado para tratar de reconocer las creencias de época prehistórica. Y éstos se presentan en ocasiones en forma de representaciones iconográficas que pueden proporcionar referencias sumamente útiles, aunque al mismo tiempo resulten difíciles de interpretar (Renfrew 1994b: 49). Así no siempre se reconocerán figuras humanas o deidades con formas tomadas del mundo natural, sino que también se encuentran motivos esquemáticos para los que se hace más difícil precisar su significado, aunque representen con claridad un sistema coherente y usado consistentemente (ídem: 53).

El sistema de creencias que se establece durante estos primeros milenios de economía productiva se caracterizaría porque el papel fundamental lo ocupa una Diosa-Madre de la fertilidad, vinculada a las creencias paleolíticas pero cuya importancia se acrecienta con el desarrollo de la agricultura. Es a la vez la diosa que rige las fuerzas de la vegetación y a la que se deben los alimentos, reforzándose su relación con la función reproductora de la tierra gracias a su carácter femenino. Se va a identificar con la tierra, el medio de producción. Este esquema es el que se encuentra, por ejemplo, en Grecia entre el Neolítico y el Bronce Antiguo (Lévêque 1997: 143).

La existencia de esta diosa se complementaría con la presencia de un elemento masculino, equiparable al que se encuentra en época griega en la relación Poseidón/Demeter (ídem: 54). La diosa se reproduce mediante la hierogamia y, por lo tanto, su papel se articula en forma de tríadas en las que se combina con un dios y un niño-dios en un caso y con otra diosa y un niño-dios en otro (ídem: 55-7). Pero con anterioridad Gea, la Tierra, habrá dado origen, por sí misma y sin contar con otro elemento fecundante más que ella, a elementos como el Cielo, las montañas, las ninfas y el Mar. El motivo más frecuente es el de la pareja Cielo (varón) y Tierra (mujer) (Eliade 1974: I, 79).

En momentos posteriores estas divinidades neolíticas, con un papel importante del elemento femenino, pasarán a tomar un papel secundario al aparecer otras durante la Edad del Bronce. En los grandes Imperios del Oriente Próximo se asiste a la formación de complejos panteones repletos de divinidades, cuyo origen se encuentra en los diferentes dioses de cada una de las ciudades-estado que los componían (ídem: 82-3). Lo que parece claro es que la aparición de productores de artesanías como la cerámica o los metales, no dependientes directamente del ciclo anual, y el establecimiento de jefaturas, que imponían nuevas fuerzas a considerar al margen de la naturaleza, hubieron de influir en la transformación de las creencias de las gentes prehistóricas.

Para la Edad del Bronce se ha hablado de la existencia de una gran divinidad femenina de la naturaleza, acompañada de una pareja masculina de inferior categoría; aunque también se ha reconocido la posibilidad de que exista un grupo de divinidades de ámbito doméstico, vinculadas al círculo de la serpiente, y otro de diosas de la naturaleza (Blázquez y otros 1993: 219).

Para conocer el imaginario religioso de estos pueblos prehistóricos, pese a carecer de fuentes escritas directas, podemos contar con el referente de la obra *Teogonía*, de Hesiodo. Este autor del siglo VIII a. C. hace una descripción, desde el punto de vista de alguien imbuido dentro de la religión que analiza, de cómo se forman los mitos tal y como los conoce en su momento histórico. Habla de las genealogías de dioses y de cómo unos engendran a otros. Pese a que su enfoque adopta una visión en la que conscientemente todos los dioses están relacionados unos con otros dentro de un sistema coherente, sin considerar el proceso real de adopción de dioses originados en creencias de otros pueblos, resulta relevante el conocimiento de los dioses más primitivos del panteón, aquellos que ocuparían el pensamiento imaginario griego (Hesiodo 1986:32-5).

Es obvio reconocer la distancia espacial entre Grecia y la península Ibérica, pero debemos considerar que los mitos hesiódicos guardan muchas semejanzas con los de otros pueblos del Oriente Próximo y que su valor trasciende lo puramente regional.

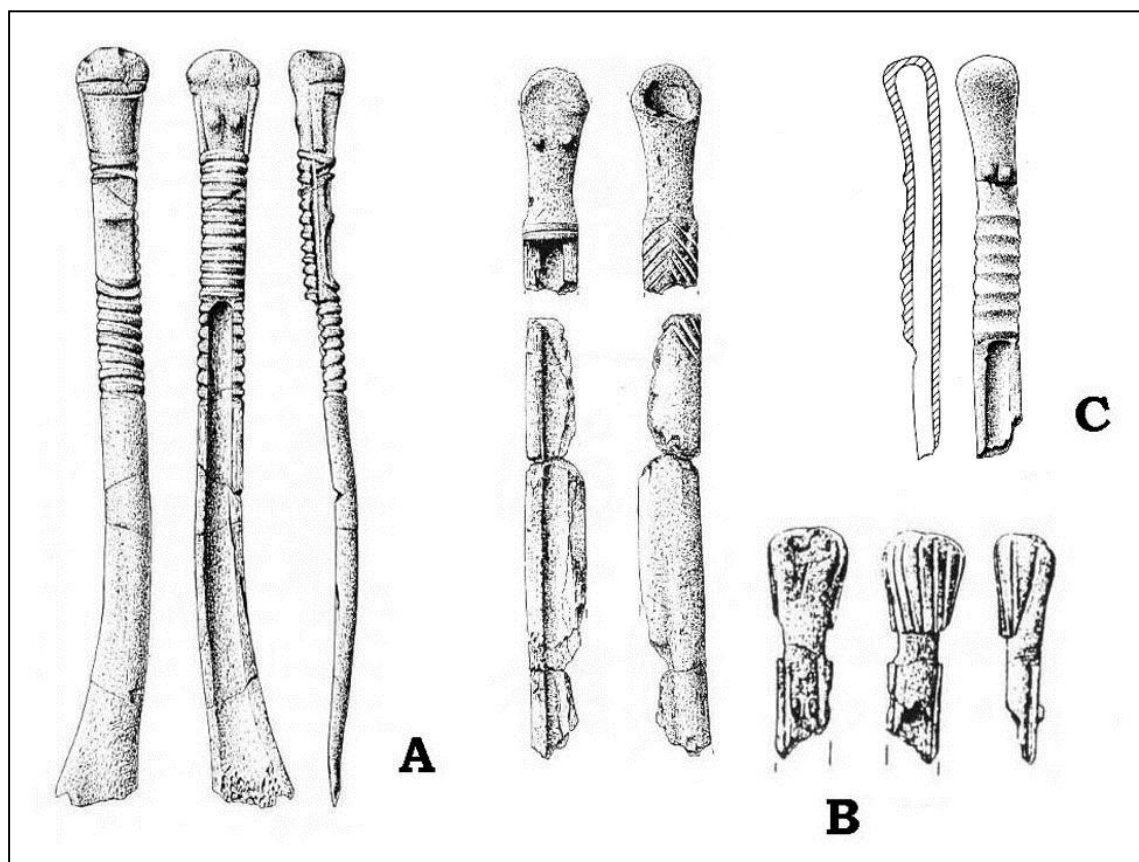
El primer estadio, antes de la aparición de los dioses, fue la existencia del Caos. De éste nacerían la Noche y Erebo, personificación de la tiniebla infernal; y de la unión de los dos surgieron Éter (personificación del cielo superior) y Hémera (el Día). Pero aquí nos encontraríamos sólo con elementos configuradores del tiempo y el espacio. Más interesantes para nosotros son otros dos dioses primigenios surgidos tras el Caos: Gea, la Tierra, y Eros, dios del amor.

Gea habría sido una divinidad relacionada con la fecundidad, la fuerza reproductora, pero además con el culto a los muertos y las actividades de oráculo. Alumbraría a Urano, personificación del cielo, y también a las montañas y a Ponto, personificación del mar. Así se constata que la divinidad principal y más antigua es femenina. Luego, uniéndose a Urano, el elemento masculino, engendraría a Océano y a los Titanes, serie de varios dioses muy antiguos y que eran una especie de "dioses formadores". El último de los Titanes es Crono, posiblemente una antigua divinidad de la fertilidad de la tierra, que provoca el nacimiento de Afrodita (diosa de origen oriental relacionada con la belleza, el amor y el matrimonio) al cortarles los genitales a su padre, Urano.

Al faltar los mitos tan antiguos en la península Ibérica, el único recurso posible para tratar de rastrear creencias similares es recurrir a las representaciones conservadas tratando de relacionarlas, si es posible, con las divinidades que acabamos de enumerar.

En la península no son muy numerosas las representaciones muebles que puedan identificarse con ídolos o imágenes de las divinidades. Uno de los ejemplos más significativos es la denominada *Venus de Gavà*. Esta figurita neolítica representa una mujer embarazada sentada con las manos recostadas sobre el vientre; sus ojos se han plasmado con forma de soles y porta pulseras y un collar. Se ha interpretado como manifestación del culto a una diosa de la vegetación y la fecundidad (Bosch y Estrada 1994: 155-6).

No se ha recogido dentro de la Submeseta Norte ningún ídolo semejante a éste. Sin embargo, sí se ha reconocido como característico de esta zona peninsular otro grupo de representaciones que viene a plasmarse en los ídolos-espátulas recogidos en diferentes enterramientos tardoneolíticos de Castilla y León y el País Vasco (fig. 6.1) (Mujika 1998). Sus mangos están decorados habitualmente con motivos geométricos grabados en relieve o acanalados, de incierta interpretación religiosa (Delibes y otros 1987: 190-2). A pesar



6.1. Espátulas de los sepulcros colectivos de: A. El Miradero (Villanueva de los Caballeros, Valladolid), B. La Velilla (Osorno, Palencia) y C. San Martín (La Guardia, Álava)

de ello se han encontrado algunos ejemplos, poco numerosos respecto al total de piezas conocidas, en los cuales los mangos han sido trabajados de forma que adoptan la forma de mujeres. El caso más evidente es el del sepulcro palentino de La Velilla, en Osorno (Delibes y Zapatero 1995: 43), pero se encuentran otros más donde se aprecian claramente dos resaltes semiesféricos bajo la epíffisis (por ejemplo, los de El Miradero en Villanueva de los Caballeros y San Martín en La Guardia), representación evidente de los pechos femeninos.

Respecto su papel funcional hay que destacar dos aspectos. En primer lugar, la presencia de pigmento rojizo en el mango, sobre la representación simbólica (Delibes y otros 1987: 192), lo que podemos interpretar como ligado al mundo funerario y al carácter que este pigmento adopta como elemento de vida al pretender devolver la vitalidad a los muertos. El segundo es la propia forma de los ídolos, con una zona plana. En distintas culturas precolombinas peruanas se pueden encontrar piezas muy similares que han sido utilizadas como para el consumo de alucinógenos y otras sustancias ingeridas para producir alteraciones de carácter auditivo o visual (Cárdenas 1995: 3). En la parte plana del utensilio es donde se prepara el polvo antes de inhalarlo. Este empleo está relacionado con prácticas mágico-religiosas de los chamanes que servirían para ponerse en contacto con la divinidad o, tal vez, para recibir visiones y mensajes de los difuntos.

El imaginario religioso surgido a partir de la práctica de la agricultura y la ganadería tiene como uno de sus puntos más importantes el de dar explicación a la renovación de la vegetación y, dentro de ello, a la génesis de las fuerzas cósmicas y a la supervivencia de los difuntos en el otro mundo (Eliade 1974: II, 129). Todo habla de lo mismo, de la continuidad de los grupos humanos, de su supervivencia y perpetuación.

Es dentro de esta preocupación donde se revela la trascendencia del ciclo anual, base de la producción agrícola. Los relatos míticos buscarían dar respuesta a este hecho vital que suponía plantar el grano, que es el alimento, con la confianza de que pasado unos meses se recogería la cosecha. Es el paso de una actividad de beneficios instantáneos –la caza– a otra cuyos efectos se producen a medio plazo –la agricultura– (Levêque 1997: 59). En las religiones de los agricultores se considera que los cereales tienen un origen divino, conseguido a menudo mediante el robo por parte de un "héroe civilizador" y otras gracias al regalo de los dioses (Eliade 1978: 55-6).

El descubrimiento de la agricultura provoca que las relaciones de carácter religioso con el mundo animal sean suplantadas por una solidaridad mística con la

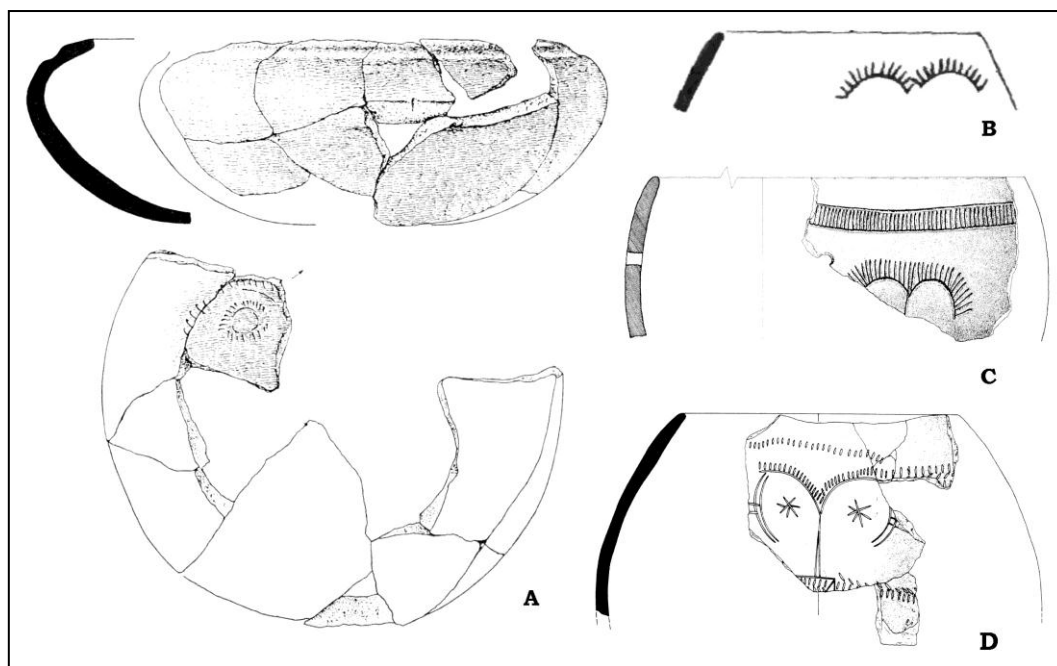
vegetación, en la cual la mujer y la sacralidad femenina pasan a primer plano. La explicaciones mitológicas son distintas según los pueblos y así se recurre a tres modelos principales: la cólera de la Madre-Tierra por ser violada hace desaparecer la vegetación hasta que se aplaca su ira, el rapto de la diosa-hija por el señor del Inframundo y, por último, la muerte del niño-dios y su cíclica resurrección (Levêque 1997: 59-61). No contamos con evidencias directas que nos den una referencia concreta del mito que existiría entre los pueblos de la Submeseta Norte, si bien la estructura de la creencia está bien reflejada en diversos ejemplos de ofrendas rituales, como veremos más adelante.

La diosa de la fecundidad jugaría también un papel importante en la vida de ultratumba, ya que sería la garante de vida tras la muerte. La muerte representaría el retorno al seno de la Madre-Tierra y a una reduplicación de la vida terrestre (ídem: 64). Todo el tiempo es concebido como un proceso circular, un ciclo cósmico que se repite indefinidamente al mismo ritmo: nacimiento, muerte, renacimiento (Eliade 1978: 58)

El mundo funerario megalítico presenta un fuerte vínculo con el culto a los antepasados y mantiene al mismo tiempo vinculaciones con el culto solar. La relación del sol con la muerte se refleja en la creencia de que el sol, al ponerse, baja a las regiones inferiores, que son el reino de los muertos, y al amanecer vuelve de estas regiones. El sol sería el guía de las almas de los muertos, en su calidad de psicopompo, por la "puerta del sol" (Eliade 1974: I, 168). La relación de los megalitos con el sol se refleja no sólo en los monumentos circulares o henges, sino también en la orientación de los pasillos de los sepulcros de corredor. Su disposición coincide, con pequeñas variaciones, en la mayoría de las tumbas con el orto del solsticio de invierno al menos en la zona noroccidental de la península Ibérica (López Plaza y otros 1991-92: 191). La fuerza del sol, transmitida al interior de la cámara funeraria –donde reposan los cuerpos de los muertos– justo cuando el día ha llegado a su menor duración respecto a la noche durante todo el año y comienza a alargarse, podría ser un elemento que simbolice una renovación de los vínculos con los antepasados.

Para los momentos en que ya se conocen los metales se rarifican las representaciones muebles de tipo simbólico. A pesar de ello, se encuentran diversas imágenes en los comienzos del Calcolítico en el Suroeste peninsular. Nos referimos a los ídolos oculados, con ojos circulares radiados, que se plasman sobre vasos cerámicos, falanges de animales, pinturas rupestres y cilindros de caliza. Junto a este tipo de representación hay también pequeñas estatuillas de figuras humanas en actitud hierática, muy planas y con brazos pegados al cuerpo, tanto masculinas como femeninas. Interpretar estos objetos como imágenes de la divinidad se presenta en buena medida

como un acto de fe, ya que bien pensado, pese a encontrarse en contextos funerarios, podría tratarse de exvotos representando a los donantes o difuntos.



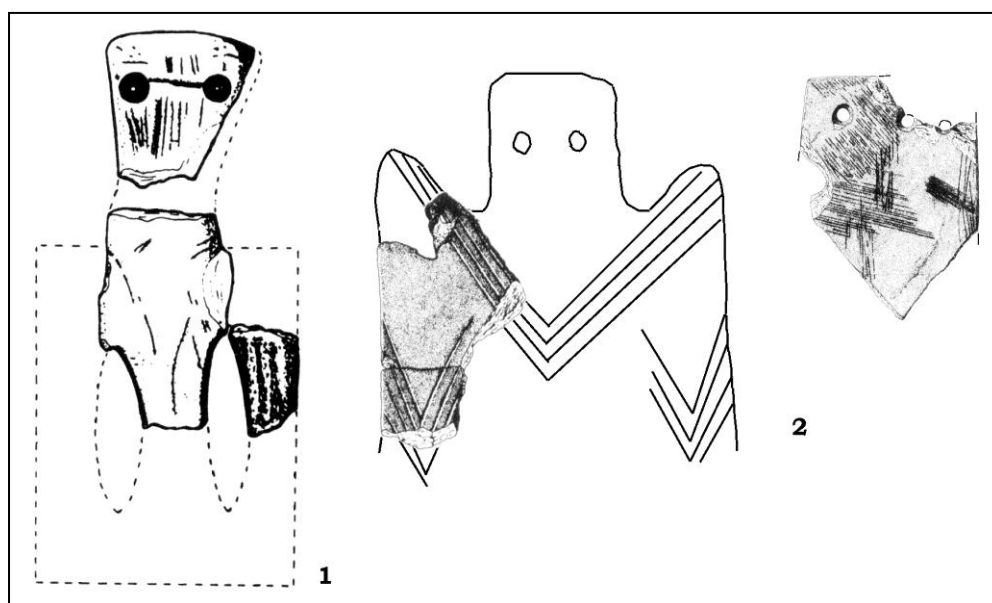
6.2. Cerámicas con decoración de motivos oculados: A. Las Pozas (Casaseca de las Chanas, Zamora), B. El Tomillar (Bercial de Zapardiel, Ávila), C. Los Itueros (Santa María del Arroyo, Ávila), D. Los Paradores (Castrogonzalo, Zamora).

Dentro de esta variedad de representaciones se individualiza un grupo caracterizado porque las imágenes cuentan con los peculiares ojos radiados (dos círculos con radios como ojos, con unas líneas encima a modo de cejas y otras líneas curvas y quebradas debajo interpretadas como tatuaje facial) (fig. 6.2). Se reconoce en este detalle una vinculación con las figuras neolíticas de la diosa de la fecundidad, reforzado por la presencia en algunos ídolos sobre falange de una incisión triangular en la parte inferior, a modo de pubis (Hurtado 1978: 359-60). En la Submeseta Norte hay vasijas cerámicas con motivos de círculos radiados que se identifican con el círculo solar. Ejemplo de ello serían un cuenco de Las Pozas (Casaseca de las Chanas, Zamora) (Delibes y del Val 1990: 74), uno de Los Paradores (Castrogonzalo, Zamora) (Domínguez 1991: 199), otros de los yacimientos abulenses de Los Itueros (Santa M^a del Arroyo) y El Tomillar (Bercial de Zapardiel) (Fabián 1995: 139) y uno de El Pico del Castro (Quintanilla de Arriba, Valladolid) (Garrido y Muñoz 2000: 289). Todos son calcolíticos, si bien el último se dispone en el interior de un cuenco de estilo campaniforme Ciempozuelos.

Como un grupo distinto se encuentran las figurillas humanas, sobre todo por tratarse de pequeñas estatuillas, ya que su morfología general coincide en aspectos como las cejas y tatuajes y el peinado en zig-zag. Se identifican por su perfil plano, con ojos indicados por dos rehundimientos circulares, nariz prominente y alargada, cejas unidas y

líneas de tatuaje facial a ambos lados de la cara; no tienen boca, los brazos se pegan a los lados del tronco y giran en ángulo a la altura de la cintura, y cuentan con peinado en zig-zag dividido en dos sobre la cabeza y en una sola banda sobre la espalda (Hurtado 1981: 80). Su particularidad reside sobre todo en que se encuentran tanto de sexo femenino (senos y dos bandas de zig-zag inciso que caen en la parte delantera a ambos lados del pecho) como masculino (sin senos y líneas en zig-zag sobre el pecho, pero con un pequeño resalte señalando el sexo). La cronología calcolítica se concreta entre un momento precampaniforme y el campaniforme marítimo (ídem: 86-8). Nos encontramos por lo tanto con un elemento masculino que aparentemente tiene la misma relevancia que el femenino, aspecto no constatado durante el Neolítico y que nos da cuenta de su creciente peso dentro del mundo simbólico. De este tipo se ha recogido una pieza similar en el yacimiento ya mencionado de "Las Pozas" (fig. 6.4: B) (Delibes y del Val 1990: 77).

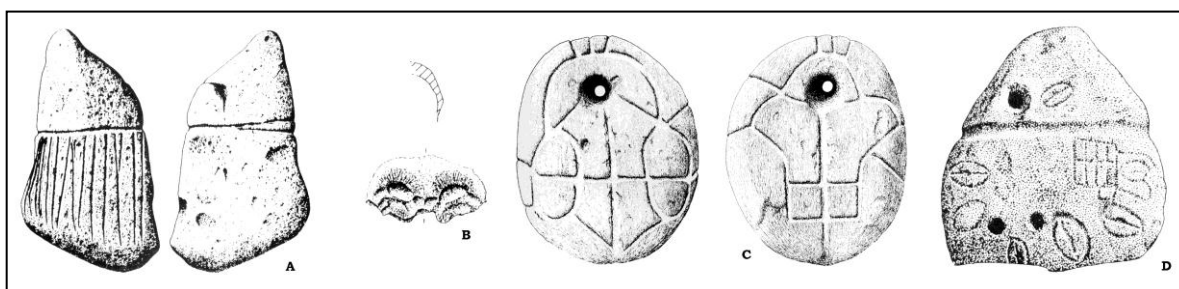
No hay que dejar de hacer mención a los ídolos *alentejanos* sobre placa de pizarra, característicos del Suroeste peninsular (fig. 6.3). Pese a carecer de elementos que los incluyan entre las figuraciones antropomorfas (salvo el apéndice superior que recuerda levemente a una cabeza), tienen una singular decoración geométrica cuyos motivos se repiten en las vasijas cerámicas. Se han interpretado como amuletos (Hurtado 1978: 362), lo que les dota de un destacado valor simbólico que, sin embargo, es difícil de relacionar con una divinidad determinada. En Castilla y León sólo se han recuperado de este tipo dos fragmentos con decoración geométrica –junto a un ídolo cilíndrico no decorado– en el dolmen de La Ermita (Galisancho, Salamanca), dentro de un conjunto de varios enterramientos de tipo Ciempozuelos (Delibes y Santonja 1986a: 75) y otros dos más en los dólmenes también salmantinos del Torrejón (Villarmayor) y la Casa del Moro



6.3. Ídolos placa alentejanos: 1. dolmen de "El Torrejón" (Villamayor, Salamanca), 2. dolmen de La Ermita (Galisancho, Salamanca).

(Casillas de Flores) (López, Luis y Salvador 2000: 277).

En un momento aproximadamente sincrónico, calcolítico sin duda, se elabora el ídolo recuperado en la cueva de los Enebralejos (Prádena, Segovia) (fig. 6.4: A). Se trata de una roca caliza de forma alargada e irregular con una línea recta incisa dividiéndolo en dos mitades y de la que arrancan, en una de sus caras y en disposición perpendicular, una serie de líneas aproximadamente paralelas entre sí (Municio y Piñón 1990: 71). El motivo recuerda a los pectiniformes del arte rupestre, aunque sobre el soporte mueble más bien se antoja la representación de un faldellín.



6.4. Ídolos de A. Cueva de los Enebralejos (Prádena, Segovia), B. Las Pozas (Casaseca de las Chanas, Zamora), C. Noceda del Bierzo (León) y D. Rodicol (León). (a distintas escalas)

Una incierta datación dentro de la Edad del Bronce se ha sugerido para otros dos ídolos. El de Noceda (fig. 6.4: C), similar a otros de Cuenca (Chillarón) y Lérida (Puig Pelegrí), presenta sobre un bloque de caliza dos caras decoradas mediante grabado inciso. Una se identifica con una figura humana femenina y la otra, como masculina (Almagro Gorbea 1973: 272). La interpretación habla de que se representa a una divinidad, esencia de la Tierra-Diosa, creadora de la vida y de la resurrección (ídem: 324). La falta de un contexto de procedencia para esta pieza impide una lectura más completa, aunque por su reducido tamaño –unos 22 cm– puede otorgársele el carácter de objeto mueble. El segundo procede de Rodicol (fig. 6.4: D) y tiene mayores dimensiones (80 cm de altura conservada y 64 de anchura), lo que le acerca a los ídolos-estela, aunque los motivos representados hacen de él un caso aislado (ídem).

La relativa abundancia de un solo tipo concreto de ídolos, los ídolos-espátula, durante el momento álgido del Megalitismo se transforma al llegar el Calcolítico en una menor cantidad de ídolos, al tiempo que se multiplican las variantes. En todo caso predominan las representaciones de motivos geométricos y esquemáticos sobre las naturalistas. Su hallazgo se produce reiteradamente en contextos funerarios y, es más, siempre dentro de enterramientos colectivos. Pero al llegar el Calcolítico, aun manteniéndose algunos ídolos en los dólmenes, aparecen representaciones simbólicas también en los poblados –y Las Pozas es un ejemplo sumamente ilustrativo de ello.

Nos encontraríamos en un proceso de paulatina desaparición de las representaciones de las divinidades, del mismo modo que ocurre en otras zonas peninsulares, como por ejemplo el Suroeste (Belén y Escarcena 1995: 111). Con la salvedad de que en la Meseta Norte este proceso parece ser mucho más rápido y haberse completado ya al final del Calcolítico, puesto que no se conocen piezas identificadas como ídolos durante toda la Edad del Bronce. En el momento en que, durante la Edad del Bronce, se haya impuesto otro modo de disponer a los muertos en su camino hacia el más allá y sólo unos pocos individuos sean inhumados en fosas individuales, los ídolos desaparecerán.

Pensamos que la colocación de los ídolos tiene el valor de indicar la presencia de la divinidad sobre determinados lugares de carácter sagrado y manifestarla de un modo global sobre todo el espacio funerario. Desde que se produce un cambio en las pautas de enterramiento, las fosas se manifiestan como dotadas de un carácter peculiar y al perder su sentido colectivo como elemento de unión de toda la comunidad, cambia su configuración cultural y dejan de recibir ídolos en su interior. Otro cambio se produciría dentro de los poblados. Los vasos cerámicos con ojos grabados proceden de contextos domésticos y sólo cobrarían sentido dentro de las actividades realizadas en el interior de los poblados. Pero esta manifestación simbólica desaparece también y los únicos registros de la Edad del Bronce quedan restringidos a espacios de uso sacro como las cuevas y los dólmenes.

Los rituales

El rito tiene una función fundamental en la religión, ya que es el medio a través del cual se genera la convicción de que las concepciones religiosas son verídicas (Geertz 1995: 107). Al analizar los rituales hay que contar con que cumplan unas propiedades formales que admiten la mayoría de antropólogos (Díaz Cruz 1998: 225-7):

- repetición de contenido y/o forma,
- acción no espontánea.
- acciones extraordinarias y ordinarias, pero de un modo inusitado que fija la atención de los participantes y observadores,
- eventos organizados, con unas reglas y guías;
- presentación evocativa con símbolos y estímulos sensoriales,
- dimensión colectiva y significado social,
- evaluación en términos de la adecuación y relevancia institucional o cultural;

- se aglutinan múltiples canales de expresión (sonidos y música, tatuajes y máscaras, cantos y danzas, colores y olores, gestos, vestidos especiales, alimentos y bebidas, etc.), y
- ejecución en un tiempo y lugar singulares.

Además el trasfondo de un acto ritual es mucho más complejo, ya que en el ritual el mundo vivido y el mundo imaginado se fusionan a través de una serie de formas simbólicas y llegan a ser el mismo mundo, lo que permite transformar la realidad a través del rito (Geertz 1995: 107).

Ahora bien, lo religioso es un campo de la actividad humana difícilmente separable del resto. Los rituales se presentan en muchas ocasiones profundamente imbricadas con el resto de aspectos de la sociedad y muchas actividades de culto estarían enmascaradas detrás de otras actividades de la vida cotidiana. Renfrew (1994b: 47) admite que, desde el punto de vista del arqueólogo, las actividades religiosas sólo son potencialmente observables cuando se trata de lugares preparados para las observancias religiosas y objetos concebidos específicamente para el culto.

En este sentido resulta difícil reconocer determinadas actividades de culto. Nos referimos a las danzas y procesiones, documentadas en la Edad del Bronce en el mundo minoico a través de los frescos de los palacios (Blázquez y otros 1993: 223), pero cuya constatación resulta difícil en las pinturas y grabados conocidos en abrigos y cuevas de la Submeseta Norte.

Entre los indicios de comportamientos rituales está la presencia de alucinógenos en algunos yacimientos. Dentro de la Península Ibérica se ha constatado la aparición de adormidera y de hongos como la cizaña en contextos que van desde el Neolítico a la Edad del Bronce (Juan-Tresserras 2000: 263-8). E incluso se ha sugerido una relación entre el uso de la adormidera en contextos funerarios y rituales en el mundo minoico y su uso en la Península Ibérica (Guerra 2002: 68-9). La forma en que se consumieron y con qué objetivos requiere de comparaciones con pueblos primitivos actuales y otros documentos. No obstante, determinadas decoraciones cerámicas (puntos, barras, espirales, retículas, zig-zags o ramiformes) se han relacionado con los fosfenos (sensaciones luminosas provocadas por la excitación mecánica de la retina) que tienen lugar en la primera fase del trance; mientras que decoraciones más complejas se consideran elaboraciones propias de fases más avanzadas de estas experiencias alucinógenas (Garrido y Muñoz 2000: 295).

-Rituales de tránsito y periódicos

Para los grupos humanos serían indispensables las actividades rituales. Por una parte se situarían los ritos que marcan el paso entre los diversos momentos de la vida del individuo, los ritos de tránsito. Y además se incluirían aquí rituales de curación, de purificación o de maldición.

Resulta casi imposible conocer los mecanismos de realización de este grupo de rituales, puesto que la mayoría de elementos implicados en su realización estarían constituidos por materias orgánicas. Así hoy no podemos determinar qué hierbas y plantas se utilizaron o si se emplearon para elaborar bebedizos, pomadas o para inhalar a través del humo, por ejemplo. Tampoco sabemos el papel de los tatuajes o de la necesidad de abandonar los poblados para realizar determinadas actividades que sirviesen para demostrar la madurez de los jóvenes.

No obstante, queremos llamar la atención sobre unas piezas concretas de las colecciones arqueológicas. Nos referimos a determinados prismas de cristal de roca que aparecen generalmente en el interior de las tumbas megalíticas, ampliamente documentadas en dólmenes zamoranos, salmantinos, abulenses, palentinos, burgaleses, portugueses y vascos y ocasionalmente en el interior de poblados neolíticos (Fabián 1984-85: 124; Delibes y Santonja 1986a: 171; Delibes y otros 1993: 39; Delibes y Zapatero 1996; Fabián 1997: 76; Esremera 2003: 157). Respecto a su utilización se alude a que no presentan huellas de uso ni evidencias de ninguna transformación antrópica, lo cual conduce a atribuirles un uso en algún tipo indeterminado de ritual (Fabián 1984-84: 124).

Esta imprecisión puede verse subsanada si consideramos que los pedazos de cristal de roca se suponen desprendidos de la bóveda celestial dentro de culturas primitivas de Australia, la península Malaya y América del Norte, entre otros lugares. Y en ellas son empleados en las iniciaciones de los chamanes, debido a la creencia de que la capacidad visionaria del chamán proviene al menos en parte de una solidaridad mística con el cielo, para lo cual se le rellena el cuerpo de cristales (Eliade 2001: 19). Pero incluso con posterioridad, al tratar a los enfermos, son estas piedras las que revelan al chamán lo que le ha sucedido al alma del enfermo (ídem). En otras ocasiones se supone que determinadas piedras tienen el poder de atraer la lluvia. Entre los ta-ta-thi de Nueva Gales del Sur, el “hacedor de lluvias” rompe un trozo de cristal de cuarzo y lo escupe hacia el cielo, mientras que el resto lo envuelve en plumas, lo remoja y lo guarda cuidadosamente, en un tipo de magia propiciatoria (Frazer 1951: 104-5).

Resulta difícil constatar si algo similar ocurría en la Meseta Norte, pero sí podría servir como orientación el vínculo establecido entre los prismas de cristal de roca y el poder del cielo. De hecho es significativo que dentro de las tumbas neolíticas junto a útiles de uso cotidiano, como hachas y microlitos, sólo destaquen fuera del utillaje doméstico determinadas piezas de adorno y, ya dentro de un posible uso chamánico, los ídolos espátula y los prismas.

Por otro lado hay ritos colectivos que están definidos por el importante papel de la negociación (García García y otros 1991: 18-9). La conducta de los distintos sujetos debe compatibilizarse para participar en una misma acción ritual, lo que obliga a compartir las conductas y a aceptar los principios básicos del ritual. En tales actos se encuentra un constante proceso de negociación, de catalogación social de las conductas y de organización de la diversidad. Aquí tendrían cabida ceremonias excepcionales efectuadas sólo cuando pareciese que la cólera divina se manifestaba por presagios, calamidades públicas o desgracias (epidemias, desastres bélicos, carestías de alimentos, etc.), cuya finalidad era aplacar la ira divina y recabar su benignidad. Otros ritos serían periódicos y de acción de gracias. Y un tercer grupo sería el de los celebrados periódicamente coincidiendo con las estaciones o las faenas agrícolas, que asegurarían el equilibrio del cosmos otorgando a los dioses la compensación por los frutos obtenidos (una parte de la cosecha, las denominadas "primicias") o como propiciación previa para obtenerlos.

En las fiestas periódicas se incluyen distintos tipos de actividades que Eliade (1974: II, 182-3) recoge y ordena en cinco grupos:

1. purgas, purificaciones, alejamiento de los demonios,
2. extinción y renovación del fuego,
3. procesiones de enmascarados (simbolizan las almas de los muertos), recepción ceremonial de los muertos, a los que se festeja con banquetes y, terminada la fiesta, se conduce hasta el límite de la localidad, hasta el mar, el río, etcétera;
4. combates entre dos grupos enemigos, y
5. intermedio carnavalesco, inversión del orden normal, orgía.

El tiempo y el ritmo de las estaciones adquieren una gran importancia para la experiencia religiosa de las sociedades agrarias (ídem: II, 109). Los momentos culminantes son la siembra y la recolección y a ellos se ligan diversos ritos con la intención de hacer ofrendas a las distintas fuerzas ligadas con la vegetación (los muertos, los vientos, la diosa del trigo, etc.) y de no agotar la esencia, la fuerza vivificante de la

Tierra (ídem: II, 113-4). El sacrificio tiene la virtud de regenerar la fuerza manifestada en la cosecha y se liga a la celebración de banquetes durante la recolección.

Dentro de este esquema cobra gran importancia el establecimiento de un calendario anual vinculado a las fases de producción: preparación del terreno, siembra, cuidado del crecimiento y recolección. Al convertirse en productoras de alimentos, las gentes prehistóricas tuvieron que modificar su comportamiento ancestral y, ante todo, hubieron de perfeccionar su técnica para la medida del tiempo (Eliade 1978: 53).

El calendario supone una estructuración del año de suma importancia, ya que regula la vida cotidiana de los individuos de una comunidad y al mismo tiempo sus relaciones entre sí, con los organizadores o instituciones sociales y con las divinidades. Las fiestas pueden estar motivadas por celebraciones de acción de gracias en recuerdo de la ayuda divina en un momento crucial de la historia de un pueblo, o pueden relacionarse con las actividades guerreras (purificación de los guerreros, pruebas atléticas que deben superar los mejores guerreros, final de las campañas, actos en honor del dios de la guerra, etc.). Pero para los pueblos que nos interesan el devenir del tiempo viene marcado fundamentalmente por el ciclo agrícola.

La agricultura está repleta de rituales debido a que el labrador está actuando – casi interviniendo como un intruso– dentro de un ciclo cósmico, y lo hace con sus propias estructuras y gestos, lo que implica que su trabajo se cargue de graves consecuencias (Eliade 1974: II, 109). Todo ello obliga en consecuencia a una serie de actividades encaminadas a promover el crecimiento de los cereales y a justificar el gesto del labrador (ídem: II, 110).

Levêque ha destacado la importancia de las danzas y procesiones en este tipo de celebraciones (1997: 65), si bien se trata de aspectos difícilmente constatables en el registro arqueológico. No obstante, estos ritos también dejarían constancia material a través de ofrendas y sacrificios a los dioses, de los que podemos encontrar evidencias dentro de los contextos excavados en poblados y otros ambientes prehistóricos.

Al hablar del tipo de explotación que del entorno efectuaban los grupos prehistóricos de la Submeseta Norte hemos tenido la oportunidad de conocer cuáles eran las especies cultivadas. Esto ya nos proporciona los hitos que marcan su cultivo a lo largo del año. Sin embargo, para contar con una referencia que sirva de orientación más directa de cómo esos hitos se plasman en una serie de ritos, vamos a recurrir a analizar el año agrícola seguido en la República Romana durante los siglos anteriores al cambio de era.

En primer lugar hay que considerar que existían fiestas relacionadas con el cultivo del vino –del que no existe constancia para la Edad del Bronce en la Submeseta Norte–, articuladas en torno a la vendimia, la fermentación del mosto y el momento de hacer ofrendas del vino nuevo (Blázquez y otros 1993: 431). Dejando al margen este aspecto, debemos centrarnos en lo que hace referencia al cereal (idem: 428-33; Guillén 1980: 239-61). En enero había fiestas relacionadas con la siembra (las *Pagalia*) en las que se sacrificaba una cerda preñada a Ceres y Tellus para promover el crecimiento del grano, que en estas fechas comenzaba a brotar. Las *Fornacalia* se celebraban en febrero, antes del día 17, y se relacionaban con la torrefacción del farro, una variedad de cereal importante en el Lacio y que era necesario almacenar y luego tostar para consumir.

A continuación existían varias fiestas en honor a diversos dioses ligados a la fecundidad de la cosecha: las *Liberalia* (al dios Liber, el 17 de marzo), las *Fordicidia* (en honor de Tellus, el 15 de abril; consistía en el sacrificio de una vaca preñada, cuyo feto era quemado a continuación con los tallos de las habas), las *Cerialia* (el 19 de abril, dentro del culto a Ceres; los campesinos ofrecían a la diosa harina de escanda y sal, además de sacrificar a una cerda y en las zonas rurales se celebraba una procesión alrededor de los campos); las *Parilia* (consagradas a Pales, el 21 de abril; están relacionada, además de con la fertilidad agrícola, con la reproducción de los animales y se realizaba de modo privado mediante el ofrecimiento de leche, pastelillos de mijo y otros alimentos por parte de los pastores) y las *Floralia* (en honor de Flora, el 27 de abril).

Un carácter peculiar tenían las *Robigalia* (celebradas el 25 de abril, cuando el trigo aún está en flor), ya que se dedicaban a Robigo, divinidad que personificaba a un hongo dañino para el cereal –la roya o añublo–, con lo que en este caso las ofrendas se encaminaban a evitar esta enfermedad y garantizar la maduración del fruto. El rito consistía en echar sobre el fuego vino, incienso y las vísceras de una cordera y una perra.

Además en relación con el culto a Tellus y el de Ceres, antes de la siega se celebraba el sacrificio de una cerda (Guillén 1980: 240). Asimismo Vulcano era un dios de la vegetación que presta el calor a la tierra para que germinen las semillas y que protegía los granos almacenados contra las inundaciones de las aguas y la consumición del fuego, ambas causas accidentales de destrucción. A él se sacrificaban pequeños peces vivos en la época de la recolección (idem: 268).

Algo más tarde, ya en verano había varias fiestas relacionadas con el almacenamiento del grano y, por tanto, posteriores a su recolección. E incluso la recolección debía estar precedida por unos cantos y bailes en honor a Ceres, efectuados

con una vara retorcida de encina rodeando la cabeza (Virgilio 1991: 78). El 17 de agosto se celebraban las *Portunalia*, para proteger el grano almacenado. Más se sabe sobre las *Consualia*, dedicadas a Consus el 21 de agosto. Esta divinidad estaba relacionada con el mundo subterráneo y tenía, además de la fiesta estival relativa al almacenamiento del grano, otra en diciembre relacionada con la siembra. La celebración consistía en varios juegos, entre los que se incluían carreras de caballos. Como dato más significativo hay que destacar que su altar estaba dentro de un silo y sólo se descubría en ocasión de sus festividades (Blázquez y otros 1993: 432). Relación con Consus y el almacenamiento subterráneo del grano tienen también las *Volcanalia*, dedicadas a Ops los días 23 a 25 de agosto. En diciembre se celebraban fiestas relacionadas de nuevo con Consus (día 15) y Ops (día 19), además de otra a Saturno –dios relacionado con la agricultura– (día 17), todas ellas vinculadas a la siembra.

El papel de las ofrendas está imbricado dentro de un sistema de intercambio entre dioses y hombres. Como ya hemos dicho, pueden ser de tipo propiciatorio (dar para recibir algo a cambio) o de acción de gracias (dar una parte de los dones recibidos), pero en todo caso la ofrenda siempre supone un consumo de energía, tanto si se entregan alimentos como si se trata de manufacturas artesanas (Levêque 1997: 66). Además la unión entre dioses y devotos es más profunda cuando los fieles consumen una parte de los alimentos destinados a los dioses, lo que actúa como un elemento de comunión de todos los participantes con la divinidad (idem: 67).

Pero por encima de la compensación que representa la ofrenda o su utilidad social, hay que tener presente que la riqueza conseguida no es sólo fruto del trabajo, sino de la protección divina (Mingote 1995: 149-50). Por esto la actividad ritual acompaña al hombre en todas sus actividades, y en este caso en todas las faenas agrícolas, de tal forma que no constituyen dos elementos separados, sino que tan necesario es plantar la semilla como el sacrificio o la ofrenda para conseguir que se desarrolle la planta.

Dentro de los poblados ocupados durante la Prehistoria Reciente en la Submeseta Norte se han conservado como principal evidencia constructiva numerosos hoyos. Entre las diversas interpretaciones que han recibido, una de las más repetidas ha sido la de depósitos de ofrendas. Tan sólo en unos pocos casos se tiene la certeza de que ese hubiera sido su uso (vid. Cerdeño y otros 1980: 241, Blasco y otros 1984-85: 21 y Valiente 1987: 138, para ejemplos de la Submeseta Sur), pero sin duda existen evidencias que los ponen en relación con las creencias agrarias y ctónicas.

Ya nos hemos referido en un trabajo anterior a hoyos con restos animales en conexión anatómica que resultaban identificables como fruto de un comportamiento ritual. Corresponden a cráneos y extremidades de bóvidos y al cuerpo entero de un équido procedentes de diversos poblados de Palencia, Valladolid y Zamora (Bellido 1996: 46). Junto a estos restos de ofrendas hay que contabilizar determinadas agrupaciones de vasos, a veces rellenos de trigo, en los enclaves simbólicos de Cueva Maja (Cabrejas del Pinar, Soria), la Galería del Sílex (Atapuerca, Burgos) y la cueva de los Enebralejos (Prádena, Segovia) (Jimeno y Fernández Moreno 1992a, Apellániz y Domingo 1987 y Municio y Piñón 1990, respectivamente), en contextos calcolíticos y de la Edad del Bronce.

Pero se practicarían además rituales con ofrendas elaboradas sobre materias mucho más perecederas y degradables que los huesos (acompañados de la carne) y la cerámica. Como ha puesto de manifiesto Barry Cunliffe (1992; 1993: 102-3), habrían existido depósitos compuestos de grano, objetos de madera, recipientes de fibras vegetales y otros restos orgánicos (lana, queso, leche, carne o sangre) hoy imposibles de detectar arqueológicamente.

Aunque, al hablar de los ritos propiciatorios y la existencia de un calendario de celebraciones, se ha aludido a distintos tipos de ofrendas, profundizaremos ahora más a fondo en este tema. Los cultos a divinidades de la fecundidad están unidos en el mundo greco-romano a la presentación de sacrificios. Sin embargo, a estas diosas de la fecundidad no se solían ofrecer generalmente víctimas cruentas, sino que de ordinario se contentaba a la diosa con productos como miel, leche, incienso y blandones encendidos (Guillén 1980: 239).

Estos productos no resisten un lapso de tiempo tan prolongado, lo que impide su conservación y su identificación a través del registro arqueológico. Por contra, disponemos de datos antropológicos referentes a la perduración de viejos ritos relacionados con el culto a divinidades de la fecundidad del campo hasta la actualidad. La fiesta de las "móndidas", mantenida hasta hace pocos años en el norte de la provincia de Soria (Ruiz Vega 1999), y las ofrendas de pan realizadas en otras zonas de España y Portugal (Kuoni 1981: 309) son una de estas manifestaciones comparables con las ofrendas prehistóricas a los dioses.

El ritual de las "móndidas" tiene como principales protagonistas a tres jóvenes solteras que portan sobre la cabeza una ofrenda consistente en un canasto de mimbre adornado con cintas de seda y que contiene pan y varias ramas cada uno, sobre las que en

la localidad soriana de San Pedro Manrique se coloca una capa delgada de masa de pan cocida y teñida con azafrán (Caro Baroja 1974: 61). El ritual incluye una procesión por el pueblo y sus alrededores, visitando todos los caminos de acceso, y termina acudiendo a la iglesia, donde se ofrecen las cestas; después hay un baile en la plaza y un refresco (ídem: 61-2).

La fiesta tenía lugar en primavera, como los cultos clásicos de la fecundidad, aunque recientemente se haya trasladado a San Juan (Ruiz Vega 1999: 14). Las ofrendas de pan se encuentran en todas las culturas que basan su sustento en los cereales como un símbolo de comunión con la milagrosa fertilidad de la tierra (Kuoni 1981: 308). Las "móndidas" manifiestan fuertes influencias de los cultos a Ceres y Deméter. Estos ritos de origen prerromano incluían ofrendas al templo de la divinidad con unas cestas de materia vegetal entretejida llenas de panes, frutos, plantas y otros objetos que no se debían mirar. Aquí se incluían tortas y pasteles de forma diversas –pirámides, bolas o pelotas, pasteles redondos–, y con varios botoncitos a modo de ombligos, granos de sal y serpientes; y sésamo, flores y frutos, como granadas, pulpa o meollo de vegetales, cañaheja y hiedra y adormideras (Caro Baroja 1974: 55). Estas ofrendas eran llevadas a unos agujeros o huecos por mujeres purificadas (ídem: 57).

Estos productos no impedían que también, como hemos adelantado, se sacrificasen animales. La evidencia más clara reside en los ritos conocidos como Misterios de Eleusis, celebrados en esta ciudad griega en honor a Deméter desde el menos el siglo XV a. C. Las ceremonias tenían lugar durante nueve días en primavera y otoño e incluían ayunos, purificaciones y sacrificios. Uno de los días se sacrificaba un lechón y otro se efectuaba una gran procesión en la que las sacerdotisas portaban los objetos sagrados hasta el santuario; el penúltimo día se dedicaba a ritos y libaciones por los muertos (Eliade 1978: 311-2). El ritual de iniciación en estos cultos se relaciona con la manipulación de un cestillo que posiblemente contenía una reproducción de la matriz o de un falo, de una serpiente o de unos pasteles en forma de órganos sexuales (ídem: 313).

Contamos con una ilustrativa referencia al sacrificio de una novilla dentro del Canto III de la Odisea que nos proporciona alguna pista sobre un ritual efectuado dentro del mundo mediterráneo (Homero 1996: 89-91). El primer paso es realizar unas abluciones y esparcir cebada sobre el altar; a continuación se debilita al animal cortándole los tendones del cuello y degollándola entonces. Cuando ha perdido toda la sangre, se descuartiza. Las piernas se cubren de grasa y se dejan consumir por completo en el fuego, mientras los participantes en el sacrificio comen las entrañas; finalmente, el

resto se asa en el fuego. En esta ocasión el animal se dedica a Atenea, pero en otro caso se hace en honor de Poseidón (ídem: 76).

Dentro del culto a Vulcano se contaba en Roma con un "santuario subterráneo, cubierto de tierra, todo lo cual hace pensar en un silo de productos del campo" (ídem: 23). Esta fosa guardaría relación con el "Mundus", una sima "que servía de puerta para el mundo subterráneo", cerrada de ordinario y abierta tres veces al año a los espíritus de los muertos: el 24 de agosto, 5 de octubre y 8 de noviembre (ídem; Caro Baroja 1974: 56-7), y por donde salían para regocijarse con la luz solar. En el fondo de la fosa se colocaba una piedra, consagrada a los manes, que comunicaba con las regiones inferiores de la tierra, o el mundo de los muertos. Además el Mundus fue la fosa profunda que, según la leyenda, Rómulo abrió en el Palatino echando en ella las primicias de todos los frutos (Guillén 1980: 86). esta costumbre se mantuvo como una tradición en la fundación de las ciudades, como relata Catón (ídem: 161).

Como hemos ido comprobando, todos estos ritos nos sitúan dentro de la relación que mantiene la fertilidad y la fecundidad con el mundo de los muertos. Las religiones arcaicas de tipo agrario reflejan la proximidad con el mundo divino y la continuidad entre la vida y la muerte. Este vínculo se refleja claramente en el mito que relata el rapto de Koré/Perséfone, hija de Deméter, por el dios de los Infiernos, Hades/Plutón. Deméter hace entonces que deje de crecer la vegetación hasta que no vuelva a ver a su hija. Consigue así que regrese pero, como ha comido manjares del otro mundo, Koré ha de retornar con Hades durante cuatro meses todos los años (Eliade 1978).

Homero (1996: 202) describe una ofrenda efectuada por Ulises a los difuntos al llegar al límite con el Hades y se manifiesta el parecido con los rituales a Deméter. Realiza en primer lugar una fosa como de un codo de diámetro y sobre ella derrama libaciones para los difuntos, primero con leche y miel, luego con vino y en tercer lugar con agua, esparciendo por encima harina. Después vierte la sangre de un carnero y una borrega.

También se conocen en algunas culturas europeas rituales relacionados con la recolección que implican el sacrificio de animales y la preparación de una comida especial, todo ello unido a una fiesta colectiva, como ocurría en Finlandia (Eliade 1974: II, 127-8). El papel del banquete colectivo es importante, ya que representa la concentración de la energía vital de un grupo humano, del mismo modo que se unen las fuerzas para realizar las tareas estacionales agrícolas.

Un ritual que no resulta inusual durante la Edad del Hierro es la de los depósitos fundacionales bajo el suelo de las cabañas. Así entre las gentes del Soto, por ejemplo, se

pueden encontrar inhumaciones infantiles ocupando la base de las viviendas y, algo después, entre los vacceos se practican enterramientos de ovicápridos en los mismos lugares (Delibes, Romero y otros 1995: 78-9). Algunos testimonios de épocas anteriores se podrían considerar antecedentes de estos ritos. En la base de la cabaña del poblado calcolítico de Los Itueros (Santa María del Arroyo, Ávila) fue recogido un cráneo humano (Bellido 1996: 45). Así mismo como rito fundacional se han considerado el hallazgo de dos hachas pulimentadas en el solero del hogar de la cabaña de Fuente Lirio (Muñopepe, Ávila), otro hacha en un hogar del poblado del Cerro de la Cabeza (Ávila) y dos recipientes muy toscos en el suelo de la cabaña de Los Itueros (Fabián 2003: 12).

-Ofrendas metálicas y rituales de culto a las aguas

Durante el periodo concreto del Bronce Final se constata la existencia de una serie de rituales relacionados con el culto a las aguas, principalmente en el Noroeste peninsular pero extendidos por toda la fachada atlántica. Se trata de la deposición de objetos de bronce: armas, útiles y ornamentos (Bradley 1990: 5-10). Este fenómeno se relaciona con dos aspectos más amplios: por un lado, la colocación de manufacturas bronceíneas (lotes o piezas sueltas) en diversos tipos de contextos como un comportamiento que se repite con rasgos similares por todo el ámbito de influencia atlántica y, por otro, la expansión del culto a las aguas desde tierras de Europa central y septentrional.

Respecto al segundo punto, las aguas poseen un fuerte valor simbólico como "fuente de vida y de muerte, de la que todo emana y hacia la que todo fluye, camino hacia los infiernos y también medio de purificación y de salud" (Ruiz-Gálvez 1982: 183). Las aguas son la esencia de la vegetación, el elixir de la inmortalidad que confiere larga vida y fuerza creadora, purifican y regeneran; son además el principio de toda curación y simbolizan la sustancia primordial de la que todas las formas nacen y a la que todas las formas vuelven (Eliade 1974: I, 222).

Existen multitud de cultos relativos a las fuentes, los lagos, los arroyos y los ríos. En ellos se refleja una presencia sagrada en una corriente de agua o en una fuente determinada (ídem: I, 234). Un grupo de estas divinidades son las ninfas, que habitarían en aguas corrientes, fuentes y manantiales, con la peculiaridad de que educan a los niños y les enseñan a hacerse héroes (ídem: I, 238-9). Es un aspecto unido al papel del guerrero destacado y también al tema de los rituales funerarios. Ofrendas intencionadas en las aguas se han considerado las espadas de Villafranca del Bierzo y del río Esla.

Dejando al margen el problema de las aguas como receptoras de los restos de los difuntos, que se trata más adelante, parece admisible el reconocimiento de rituales efectuados en fuentes de especial significación. Nos referimos a aquellas para las que se admiten propiedades curativas, por lo general manantiales de aguas termales bicarbonatadas.

La existencia de lápidas a los genios protectores de tales fuentes da buena cuenta de la existencia de creencias mágicas en época romana. Y se han recogido posibles exvotos datables en la Edad del Bronce que reflejan la ejecución de prácticas rituales. En relación con estos espacios, en la Submeseta Norte se conoce un lote de siete puntas Palmela en Baños de Cerrato (Palencia), un hacha plana en La Calda de Boñar (León) – ambos fechados en el Bronce Antiguo– y un hacha plana con dos anillas en el Balneario de Valdelateja (Burgos) –del Bronce Final– (Delibes y otros 1997).

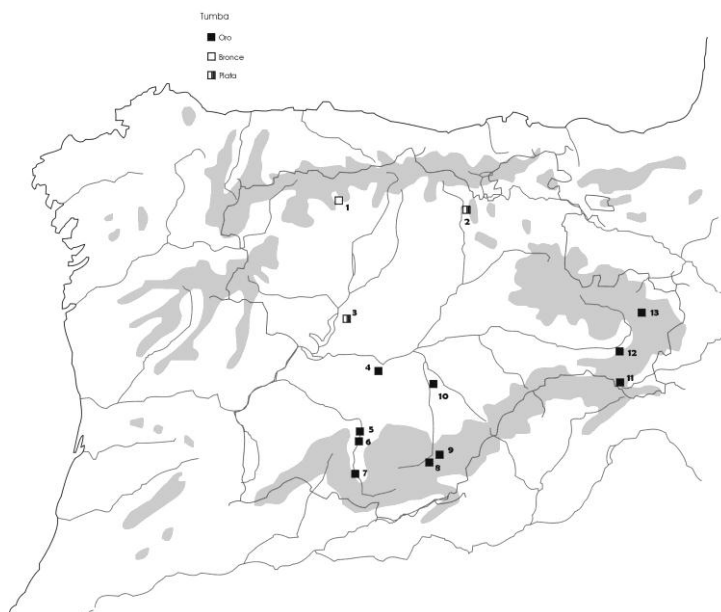
Estas creencias se remontan al menos a los inicios de la Edad del Bronce, casualmente el mismo momento a partir del cual se tiene constancia de los primeros depósitos votivos en Irlanda (Harbison 1969) pero también en la Península Ibérica (Meijide 1988: 79). ¿Estamos ante el inicio de una nueva creencia que surge ahora o se trata de un viejo culto del que tenemos constancia arqueológica sólo a partir de la generalización de los útiles metálicos? El tipo de hallazgos recogidos en las fuentes, unos pocos objetos completamente descontextualizados dificulta el reconocimiento de evidencias que no sean tan llamativas como las piezas metálicas. Carecemos por el momento de testimonios anteriores al Bronce Antiguo, pero también es cierto que las peculiares características de estas aguas no pudieron permanecer ocultas a las gentes prehistóricas hasta entonces. Nos inclinamos a creer en la anterioridad de estos cultos, por más que haya que esperar con atención nuevos descubrimientos. De hecho en el sur de Escandinavia este culto se conoce desde el Neolítico, donde se manifiesta en la ofrenda de armas, piezas de ámbar, hachas de piedra, cerámicas decoradas, huesos animales y restos humanos hallados en los pantanos (Ruiz-Gálvez 1982: 183; Bradley 1990: 58). Y también en la Meseta Norte el culto a las aguas se ha manifestado al menos en un lavajo anejo al poblado calcolítico de Los Bajos (Vecilla de Trasmonte, Zamora).

El fenómeno de interconexión en el área atlántica nos permite conectar con un aspecto mencionado más arriba: la abundante eclosión de manufacturas metálicas durante los últimos compases de la Edad del Bronce y su deposición dentro de escondrijos o como piezas aisladas de cualquier contexto cultural.

Mucho se ha escrito sobre la intencionalidad de los escondrijos o depósitos de bronce (vid. Bradley 1990). Salvo los vinculados con elementos destacados de la naturaleza, ninguno de los conocidos en la actualidad cuenta con un contexto arqueológico que permita saber cómo se produjo su acumulación y posterior abandono. La causa principal, antes que en la inexistencia de dichos contextos, se encuentra en que los hallazgos se vienen produciendo de forma accidental y los especialistas sólo tienen noticia de ellos cuando las piezas han pasado a manos de anticuarios o particulares (Bellido 1994: 200-1). Las razones principales aducidas para la formación de los depósitos han sido su finalidad para fundición de útiles antiguos y en desuso, la venta o comercialización, la ocultación de útiles especializados y la intención ritual. Este último es el más valorado, pero para poder interpretar como votivos tales depósitos habrían de cumplir los rasgos que se consideran necesarios para calificarlos de ese modo (Levy 1982, citado en Bradley 1990: 14): localización especializada (pantanos, manantiales, fuentes, bosques, túmulos funerarios, hoyos profundos), objetos poco variados (alta proporción de armas y ornamentos, objetos ceremoniales, huesos animales y otros restos de comida) y estado de los artefactos (principalmente objetos enteros, por oposición a piezas dañadas o rotas y a residuos metalúrgicos).

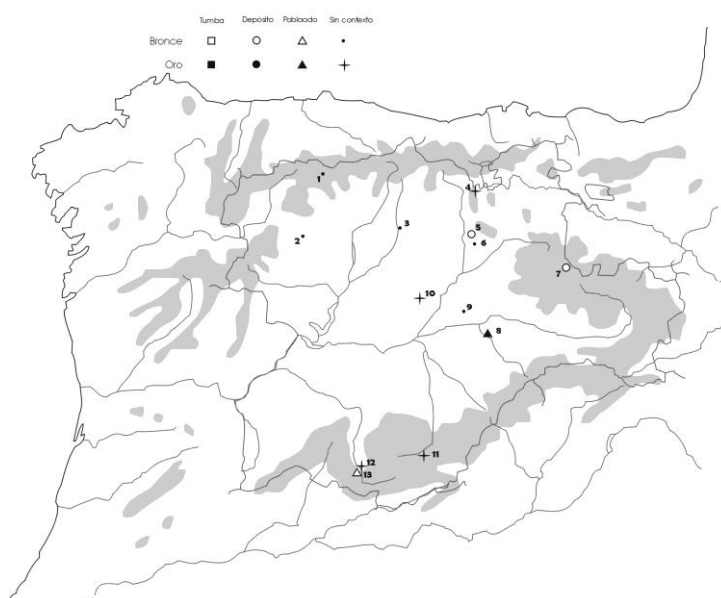
Los principales integrantes de los depósitos de la Meseta Norte son las puntas de lanza y las hachas de apéndices y de talón. Sin embargo, la presencia de elementos de prestigio, como las espadas, nos induce a pensar que estamos en algunos casos ante lotes de uso ritual. Otro tipo de piezas que permite reforzar esta sospecha son las escasas piezas de adorno recuperadas, básicamente brazaletes de bronce y algunas piezas de oro. De nuevo, como en el caso de las espadas, se trata de objetos que pasan de aparecer sólo en las tumbas durante el Calcolítico a depositarse en otros ambientes –algunos de ellos son los depósitos, pero también en santuarios, en la Edad del Bronce (fig. 6.5 y 6.6).

OBJETOS ADORNO METÁLICOS. CALCOLÍTICO-BRONCE ANTIGUO



6.5. Mapa con los objetos de adorno metálicos del Calcolítico y Bronce Antiguo en la Meseta Norte –recuperados todos ellos en contextos funerarios–. *León*: 1. Peredilla. *Palencia*: 2. Santa María de Mave (Cueva Tino). *Zamora*: 3. Otero de Sariegos, 4. Villabuena del Puente. *Salamanca*: 5. Alba de Tormes, 6. Galisancho, 7. Aldeavieja de Tormes. *Ávila*: 8. Aldea del Rey Niño, 9. Bernuy Salinero. *Valladolid*: 10. Fuente Olmedo. *Soria*: 11. Ambrona, 12. Villalba, 13. Villar del Campo.

OBJETOS ADORNO METÁLICOS. BRONCE MEDIO-FINAL



6.6. Mapa con los objetos de adorno metálicos del Bronce Medio y Final en la Meseta Norte. *León*: 1. Oblanca, 2. Astorga, 3. Cea. *Burgos*: 4. Fuencaliente de Valdelucio, 5. Padilla de Abajo (5), 6. Castrojeriz, 7. Huerta de Arriba (2). *Valladolid*: 8. Rábano, 9. Amusquillo de Esgueva, 10. Villalba de los Alcores. *Ávila*: 11. Solosancho. *Salamanca*: 12. Navamorales, 13. El Tejado (El Berrueco).

Aunque la mayoría proceden de hallazgos descontextualizados, hay dos casos de objetos de adorno metálicos recuperados dentro de ocultaciones, los de Huerta de Arriba y Padilla de Abajo, ambos burgaleses. Además hay dos elementos de adorno cuyo contexto de hallazgo resulta peculiar. El primero es el brazalete incluido en un lote de materiales –entre los que se contaban varias piezas de hierro: una navaja de afeitar, dos escoplos y un punzón– encontrado sobre la roca que servía de base al nivel inferior de pavimento de la cabaña Be2 del poblado salmantino –del Bronce Final– de El Berrueco (Maluquer 1958: 48). Se trata sin duda de algún tipo de ocultación excepcional, por la presencia de útiles realizados en hierro y por encontrarse dentro de un poblado, pero no habría que desligarla del resto de depósitos. El segundo caso es el de una pequeña cuenta de collar realizada en oro recogida dentro de una de las fosas del poblado –del Bronce Medio– de

Rábano (Valladolid), que tal vez acabó aquí como consecuencia de una pérdida o, más probablemente, como una ofrenda votiva. En relación con esta segunda interpretación puede aludirse a un colgante amorcillado recogido en el río Sil (Meijide 1988: 80). En estos dos casos, uno considerable como depósito y el otro como una pieza aislada dentro de un hoyo, constituyen los únicos ejemplos en que se han recuperado piezas metálicas de adorno dentro de poblados.

Nos encontramos así ante dos muestras de depósitos votivos encuadrados claramente dentro de poblados. Esto nos podría inducir a pensar que muchos de los depósitos descontextualizados y las piezas aisladas pudieron haber estado en relación con poblados próximos, pero ciertamente no contamos con ninguna evidencia directa que confirme esta hipótesis. De hecho los asentamientos mejor conocidos, los constituidos por amplias extensiones repletas de hoyos, no han proporcionado hasta ahora muchos objetos de metal.

Sin embargo, existe otra posible explicación para los depósitos de objetos de metal. Sabemos de la recuperación de acumulaciones de espadas donde su finalidad última era la de servir de materia prima para elaborar nuevos útiles, dentro de un contexto europeo con una gran demanda de bronce que provocó la aparición de un comercio a gran escala (Bradley 1990: 146). También la elaboración de brazaletes de bronce formaría parte de este comercio, y quizás también las hachas. En el caso de los brazaletes se ha hablado de que se elaborarían y funcionarían como lingotes de peso determinado con una unidad de base equivalente a unos 23 gr. No obstante, el estudio se limita a 29 piezas, con lo que su uso sólo se sugiere para el noroeste peninsular (Galán y Ruiz-Gálvez 1996: 153).

En realidad estamos dibujando un panorama sumamente complejo en el que los objetos metálicos tienen tan pronto un valor ritual o de prestigio como pasan a integrarse en circuitos de intercambio comercial de materia prima. Se ha hablado de cómo los depósitos de metales servían, además de como propaganda "política", para retirar de la circulación determinados objetos de valor social, manteniendo su escasez e impidiendo su depreciación (Ruiz-Gálvez 1995: 131). Y sin embargo, parece que los atesoramientos aumentan en periodos de escasez de metal, tal vez con la intención de consagrar más cantidad a lo sobrenatural o quizás con la intención de reciclar lo que queda (Bradley 1990: 148-50). El panorama que se dibuja presenta una doble dimensión, que cuenta por un lado con las relaciones de intercambio a larga distancia y por otro con las tensiones producidas dentro de cada comunidad debido al valor simbólico del bronce y el prestigio

que otorgaría la posesión de determinados objetos por parte de un sector privilegiado de la sociedad.

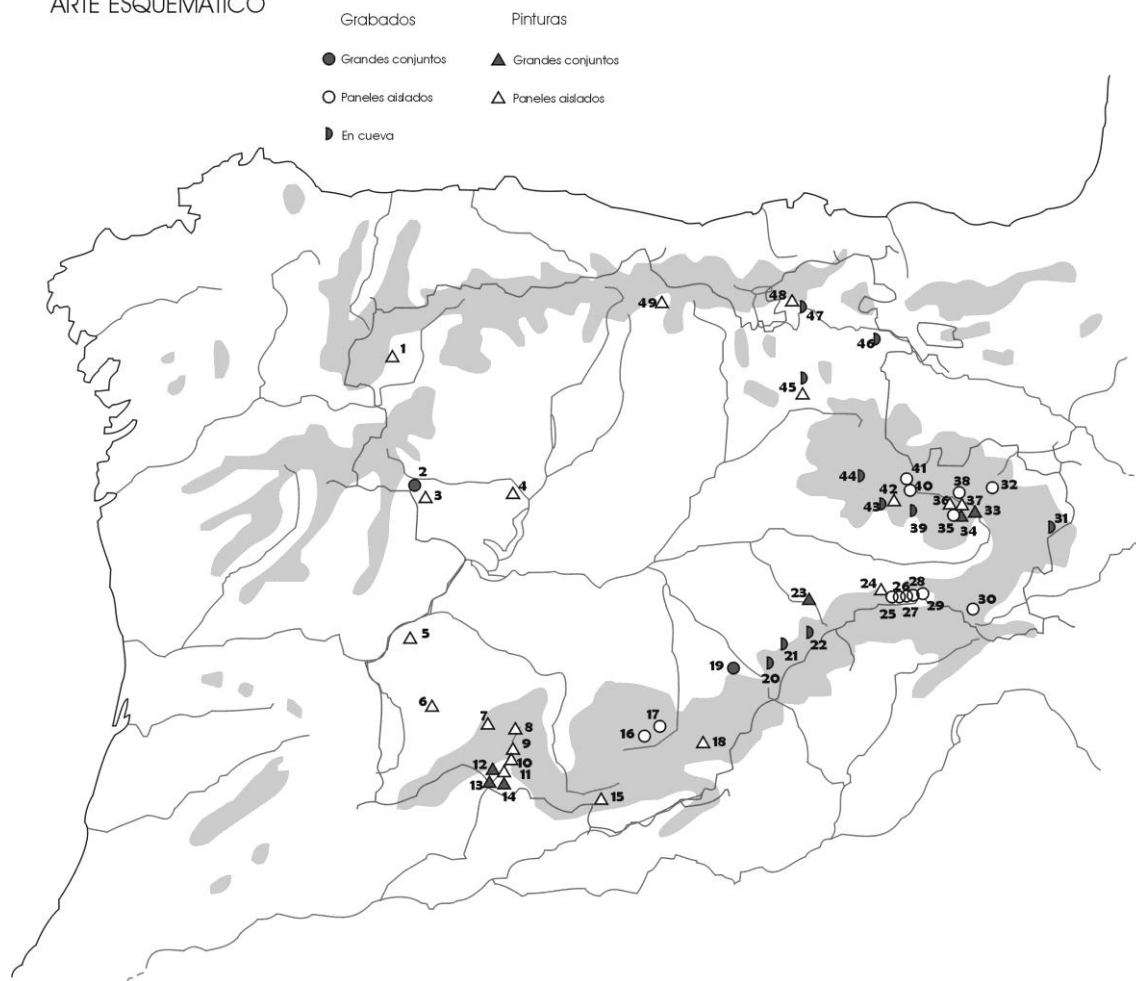
Espacios de culto

Es grande la dificultad de reconocer espacios donde se desarrollaron actividades culturales. No sólo por las numerosas limitaciones que se presentan a la arqueología en tal tarea cuando carece de otras fuentes de información que completen los datos materiales, sino, en el caso de los contextos de la Edad del Bronce en la Submeseta Norte, por su propio estado actual sumamente alterado con respecto a sus características originales en el momento de su formación. Resulta así un gran obstáculo identificar las distintas áreas funcionales de un poblado cuando apenas se conocen unas pocas cabañas y la única estratigrafía de entidad procede de una serie de hoyos aislados unos de otros.

Por contra está más clara la intencionalidad de los enclaves con paneles grabados o pintados. Éstos resultan diferentes de otros contextos rituales analizados más arriba. Los depósitos cerrados son consecuencia de una actividad puntual realizada en un lugar concreto con una intención cultural. Posteriormente el mismo individuo que efectuó este depósito podrá efectuar otros similares en un lugar cercano o muy alejado, pero el primer depósito permanecerá ya inalterado, sellado e imposible de volver a ser alcanzado sin exponerse a destruirlo o a que el nuevo depósito no guarde ninguna relación con el primero. Por contra los enclaves con arte rupestre, pese a que algunos hubieran sido erigidos en una sola ocasión, pueden ser frecuentados cuantas veces se considere necesario por su realizador o por otras personas. Tal carácter dota a estos santuarios de una peculiaridad sumamente trascendente, ya que se trata de lugares que protagonizan la vida de una o varias comunidades ininterrumpidamente durante amplios periodos de tiempo, en algunos casos hasta la actualidad (por ejemplo, las cuevas burgalesas de Ojo Guareña).

En este sentido no debe chocarnos que de forma generalizada se reconozca a los yacimientos en cueva o en abrigo con pinturas o grabados en sus paredes como santuarios (fig. 6.7). Tanto el encontrarse en lugares destinados a perdurar en el tiempo, como el deberse su formación en la mayoría de ocasiones a procesos naturales, así como sobre todo la presencia de representaciones iconográficas ausentes en otros contextos, son rasgos que conducen a considerar que nos encontramos ante recintos sagrados destinados al cumplimiento de actividades rituales.

ARTE ESQUEMÁTICO



6.7. Mapa con las manifestaciones de arte esquemático en Castilla y León. *León*: 1. Peña Piñera (Vega de Espinareda). *Zamora*: 2. El Pedroso (Trabazos), 3. Sierra de la Culebra, 4. El Castrillón (Santa Eulalia de Tabara). *Salamanca*: 5. Palla Rubia (Pereña), 6. Bonete del Cura (Ciudad Rodrigo), 7. Peñas del Gato (Cereceda), 8. Valle del Vieco (Valero), 9. Valle de la Palla (Valero), 10. Valle del Cabril, 11. Lera (La Alberca), 12. Esposadas (Herguijuela de la Sierra), 13. Belén (Herguijuela de la Sierra), 14. Las Batuecas (La Alberca). *Ávila*: 15. Risco de la Zorrera (Candeleda), 16. Muñogalindo, 17. Sierra de Guadarrama, 18. Peña Mingubela (Ojos Albos). *Segovia*: 19. Domingo García, 20. La Vaquera (Torreiglesias), 21. La Griega (Pedraza), 22. Los Enebralejos (Prádena), 23. Barranco del Duratón. *Sorbia*: 24. La Pedriza (Ligos), 25. Barranco de la Mata (Sotillos de Caracena), 26. Tiermes (Montejo de Tiermes), 27. Valle del río Manzanares (Manzanares), 28. Valvenedizo y Castro, 29. Cañada del Monte (Retortillo), 30. Cueva de la Santa Cruz (Conquezueta), 31. Covarrubias (Ciria), 32. Canos (Sierra del Almuerzo), 33. Monte de Valonsadero, 34. Peña los Plantíos (Fuentetoba), 35. Cueva Grande (Oteruelos), 36. Abrigos de Oteruelos, 37. Prado de Santa María (Pedrajas), 38. Langosto, 39. Cueva Maja (Cabrejas del Pinar), 40. Covaleda, 41. Duruelo, 42. Cueva Conejos-La Galiana (Ucero), 43. Cueva de San Bartolomé (Ucero). *Burgos*: 44. Cueva de San García (Santo Domingo de Silos), 45. Galería del Sílex (Ibeas de Juarros), 46. Penches (Barcina de los Montes), 47. Ojo Guareña, 48. Cueva del Azar (Orbaneja del Castillo). *Palencia*: 49. Cueva los Burros (Camasobres, San Salvador de Cantamuga).

El santuario es considerado un *locus* privilegiado, un lugar sagrado, en el que se articulan y convergen constantes y variables de la experiencia religiosa de un grupo de gente. Su ubicación suele coincidir con lugares privilegiados por la naturaleza (montañas, cuevas, bosques, cascadas, fuentes y manantiales) y al mismo tiempo se encuentra en puntos aislados, usualmente en zonas de frontera, marca o división. Son lugares

delimitados y separados del exterior, guardados, inviolables y venerables que forman un microcosmos donde se simboliza un universo ordenado y armónico con una correspondencia entre el orden natural y el sobrenatural (Díez Taboada 1989: 269 y 275).

En el santuario los fieles se encuentran con lo sobrenatural, con la divinidad. Lo sagrado va asociado con elementos dichos o hechos y una de sus formas de expresión es el plano artístico. La presencia de edificios no es constante, ya que sólo aparecen bajo determinadas condiciones y como una evolución a partir de otro tipo de lugares sagrados. Antes de que los pueblos más civilizados construyeran templos, lo sagrado se percibía en la misma tierra, marcada en particular por la salida y la puesta del sol (Delahoutre 1995: 131).

Existen determinados lugares donde, para cada pueblo, tuvieron lugar las revelaciones primordiales: el hombre fue iniciado en la manera de alimentarse, de asegurar la continuidad de las reservas alimenticias, etcétera (Eliade 1974: II, 150). Estos espacios se convierten en sagrados y se convierten en una especie de fuente inagotable de fuerza y sacralidad, a donde acuden las gentes para participar de ella. Sin duda estos espacios tienen una relación estrecha con los mitos. Los mitos se cuentan sólo a los iniciados y deben recitarse sólo durante un lapso de tiempo sagrado –generalmente durante el otoño o el invierno, y únicamente de noche– (Eliade 1991: 16).

En cualquier caso, el espacio sagrado cumple varias funciones. Una es el culto o servicio a la divinidad, otra la liturgia, que se manifiesta en la oración en común y el culto comunitario, y una más es la función simbólica, es decir, que sea depositario de un valor sagrado (Delahoutre 1995: 132-3). Esta última función se plasma de distintas formas, como la delimitación del espacio a imitación de la concepción que un pueblo tiene del mundo, pero también a través de la presencia de imágenes que remiten a una realidad invisible. Los símbolos y representaciones permiten pasar de la imagen al prototipo, de la figura a la realidad, del templo al Dios; sirven como un camino iniciático (idem: 139).

Sin embargo, la lectura de los motivos y las escenas representadas en estos espacios, conocido como arte esquemático, ha sido objeto de múltiples opiniones. Los principales problemas del estudio del arte rupestre esquemático son el amplio repertorio tipológico, la variedad temática y la diversidad de técnicas de representación (Jordá 1983: 7).

Entre los motivos se encuentran antropomorfos, que Pilar Acosta ha clasificado en varios tipos (cruciformes, de golondrina, en T, ancoriformes, con brazos en asa o F, en

doble Y, en X), además de manos, ídolos oculados y figuras animales (mayoritariamente cuadrúpedos y más cérvidos y cápridos que équidos, bóvidos y cánidos); y todo ello combinado en escenas con armamento, carros y objetos difíciles de reconocer (no se representan cerámica, cestos ni otro utillaje). No faltan además elementos simbólicos como circunferencias, motivos en herradura, espirales, puntos, líneas de formas geométricas, zig-zag, serpentiformes, ramiformes y esteliformes. Finalmente se reconocen escenas complejas que aluden sobre todo a la caza, pero también a actividades económicas, a luchas y a danzas (Acosta 1983: 18-24; Beltrán 1989: 118).

Los enclaves con arte rupestre conocidos en el valle del Duero y zonas próximas se enfrentan al grave problema de su datación. Aunque en varias cuevas se han reconocido niveles de ocupación humana sincrónicos al arte, no es lo más habitual y desconocemos testimonios directos de la presencia humana en la mayoría de estaciones, a parte de las pinturas o grabados. También hay algunas representaciones sobre los ortostatos de los megalitos, aunque no tantas veces en la Meseta Norte como en otras comarcas más meridionales.

Las más claras evidencias proceden de las cuevas donde se han reconocido motivos geométricos grabados (rectángulos, cuadrados y óvalos reticulados, además de zig-zags y líneas) efectuados en su mayoría mediante incisión y abrasión (fig. 6.8). En la cueva de Los Enebralejos (Prádena, Segovia) se ha documentado una primera sala con enterramientos acompañados de ajuar. Tras una galería de 100 metros, hay otra sala con numerosos pozos excavados en el suelo y a 25 metros una sala más, con pinturas, pozos y enterramientos, donde se han concentrado las excavaciones entre 1984 y 1986. El final de la cueva es la Sala III con un nuevo grupo de pozos y la mayoría de los grabados (Municio y Piñón 1990: 55-6). Las dataciones de C-14 obtenidas en el nivel de los pozos proporcionan una cronología entre el 2120 ± 60 a. C. y 1850 ± 60 a. C. (ídem: 59), propia del periodo de vigencia de las cerámicas campaniformes. En Covarrubias (Ciria, Soria), junto a grabados en su mayoría geométricos y lineales, las excavaciones proporcionaron un momento de ocupación post-campaniforme, del Bronce Medio (Gómez Barrera 1993: 236).



6.8. Motivos de arte en cueva: A. Cueva Maja (Cabrejas del Pinar, Soria), B. Cueva de La Griega (Pedraza, Segovia), C. Galería del Sílex, Atapuerca (Ibeas de Juarros, Burgos) (a diferentes escalas).

La cueva de San García (Santo Domingo de Silos, Burgos) ha deparado cerámicas con motivos reticulados y de espigas similares a los de las paredes, de un momento entre el Campaniforme y el Bronce Final (Moure y García- Soto 1986: 203). Dentro de la Edad del Bronce se encuadran varias cuevas de Ojo Guareña y de Atapuerca, todas burgalesas, si bien se reconocen evidencias anteriores que pueden comenzar en un momento del Neolítico Final. Los grabados de la Galería del Sílex (Atapuerca) se encuentran en distintas

salas compartiendo espacio con algunos enterramientos (aunque la mayoría se encuentran en una sala superior), vasijas fragmentadas y monumentos circulares de piedra con ofrendas consistentes en cerámica, sílex y huesos de animales (Apellániz y Uribarri 1976: 143-7). La cronología de los materiales es sumamente amplia, pero parece poder fecharse su inicio y momento álgido hacia el 3.200 a. C. (Apellániz y Domingo 1987: 263).

En Cueva Maja (Cabrejas del Pinar, Soria) el material recogido durante las excavaciones de 1988 y 1989 permite adscribir el conjunto al Bronce Antiguo. Los grabados se disponen además resaltando la ubicación de un par de camarines al fondo de la gruta donde a los grabados esquemáticos hay que sumar figuras humanas y arboriformes (Gómez Barrera 1992: 46). De las actividades realizadas se han conservado vasijas, a veces rellenas de trigo, acompañadas de pequeños ídolos-colgantes de hueso o piedra, cuentas de collar, puntas de hueso y punzones metálicos, dentro de hoyos o círculos de piedra (Jimeno y Fernández Moreno 1992a: 90). El suelo de la Sala tiene pequeños círculos, de unos 80 cm de diámetro, delimitados por bloques de piedra; y este espacio de la cueva destaca además por la presencia de restos craneales de ciervo, una mandíbula de jabalí, restos de vaca con buen aprovechamiento cárnico y huellas sistemáticas de manipulación (fuego, incisiones, erosiones y marcas) en los huesos de bóvidos y ovicápridos (Samaniego y otros 201: 40-7). Esto ha llevado a sus investigadores a proponer que se trate de un espacio de uso doméstico, mientras que sólo los camarines del fondo recibieron una consideración ritual (ídem: 126-7), aunque se reconoce que el consumo de alimentos estuvo asociado con actividades rituales (ídem: 151).

También aproximadamente del Bronce Antiguo serían los testimonios de Cueva Rubia (Villaescusa de Torres, en Palencia) y El Portalón de Cueva Mayor (Atapuerca, Burgos), donde se encontraron unos osarios compuestos básicamente por restos de caballo asociados a restos humanos, lo que ha llevado a aceptar una interpretación ritual (Delibes, Fernández, Fontaneda y Rovira 1999: 178). Un testimonio más procede de la cueva de la Vaquera o Fuente Dura (Losana de Pirón-Torreiglesias, Segovia). Cuenta con una galería donde se disponen enterramientos, grabados y vasijas (Lemus y Álvarez 1966). La presencia humana se documenta entre el Neolítico y la Edad del Bronce (Zamora 1976), pero el área sepulcral y los grabados iniciarían su uso en el Calcolítico (Rojo y Estremera 2000: 84-5).

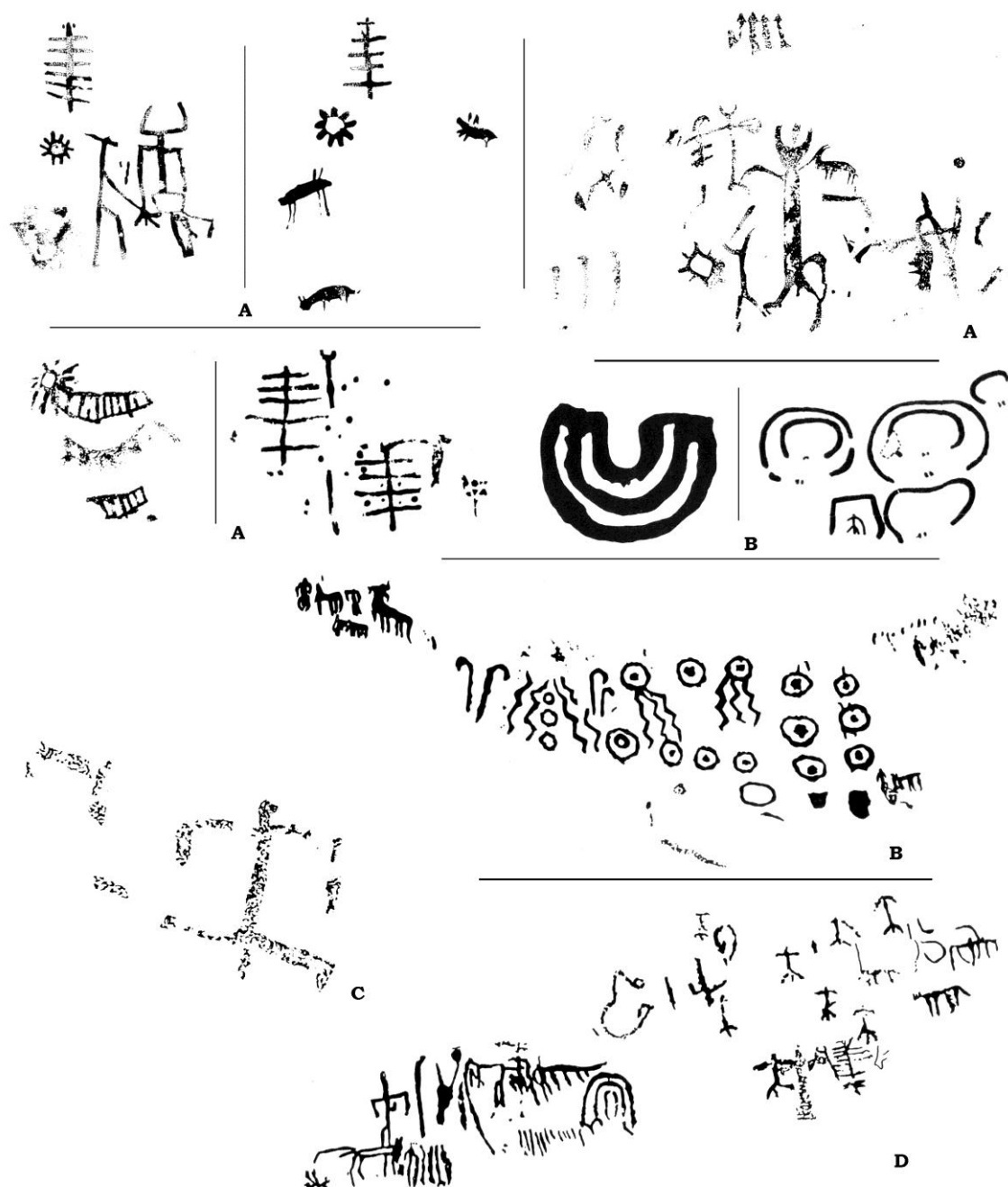
La explicación a los cultos efectuados dentro de estos santuarios es aún conflictiva. Afortunadamente las vasijas y objetos conservados casi intactos en la Galería del Sílex y en Cueva Maja nos permiten hablar de ofrendas a divinidades relacionadas

con la fecundidad, aspectos que hemos tratado un poco más arriba. Las cuevas parecen dedicarse a los mismos dioses que las ofrendas puntuales en el interior de hoyos, pero contarían con la peculiaridad de constituirse en lugares a los que se acude recurrentemente y donde la presencia de lo sagrado sería más fuerte.

Además la parafernalia ritual se ve reforzada aquí por los grabados. Los temas más repetidos son escaleriformes, reticulados rectangulares (con tectiformes y parrillas), ovals y circulares, ángulos, zig-zags, triángulos y ejes lineales horizontales con líneas perpendiculares (pectiniformes). El significado de estos símbolos resulta difícil de esclarecer. Muchos se plasman sobre otros soportes, como las cerámicas y los ídolos –por ejemplo, los alentejanos de pizarra. Para Marija Gimbutas (1991: 99-100) los símbolos se agrupan en dos categorías. Las líneas paralelas, uves, zig-zags, meandros, dientes de lobo y espirales se relacionan con el agua, la serpiente y los pájaros, mientras que la Luna, el ciclo de la vida vegetal y el paso de las estaciones, el nacimiento y el crecimiento se reflejan en los motivos en cruz y otros más complejos derivados de éstos (representaciones de las cuatro esquinas del mundo, la media Luna, el cuerno, el huevo y el pez).

Los motivos esquemáticos grabados se acercarían al primer grupo que Gimbutas liga a una divinidad femenina controladora de la lluvia y el agua (ídem: 127). Las representaciones de esta diosa aparecen repletas de líneas sinuosas, en zig-zag y otras paralelas. Motivos similares se reconocen en el arte megalítico peninsular, resumidos por Elisabeth Shee (1981) en antropomorfos, series de triángulos, series en espiga, serpentiformes, zig-zags, soles, círculos y motivos en "U"; y se les sumarían los zoomorfos y las armas (Bueno y Balbín 1997: 701-2). Asimismo el agua se representa también en los vasos a través de un signo en zig-zag (Eliade 1974: I, 223). Es muy probable que esta antigua divinidad neolítica, pero ya conocida desde el Paleolítico Superior (Gimbutas 1991: 153), coincida con la diosa de la fecundidad adorada en la Submeseta Norte.

Otro conjunto de estaciones puede aglutinarse por disponerse sus grabados al aire libre. En este caso el grabado no se logra sólo por incisión, sino predominantemente por piqueteado y, menos, por abrasión. Dentro de la temática destaca la presencia de cazoletas junto a zoomorfos y antropomorfos (fig. 6.9).



6.9. Motivos del arte al aire libre: A. Pinturas del barranco del Duratón (Segovia), B. Pinturas del monte de Valonsadero (Soria); C. Pintura en el dolmen del Moreco (Huidobro, Burgos); D. Pintura del Prado de Santa María (Pedrajas, Soria) (a diferentes escalas).

El gran problema es conseguir cronologías fiables para estas representaciones. Por un lado, las cazoletas se reconocen sobre las lajas de los megalitos, como por ejemplo en el burgalés de Huidobro (Delibes, Rojo y Represa 1993: 51). Pero también están en los paneles sorianos de Cueva Grande, Cañada del Monte, Cueva de Santa Cruz, Tiermes, Canos y Manzanares y en la comarca de la Sierra de Guadarrama, entre Segovia y Ávila (Gómez Barrera 1993: 206-20). Otro grupo de representaciones abundante son las "herraduras" o grabados en forma de "U", presentes en varios yacimientos sorianos

(Valvediz, Manzanares, Cueva de Santa Cruz, Barranco de la Mata, Cañada del Monte y Tiermes) y en el abulense de Muñogalindo (ídem). Tampoco faltan escenas como un panel con una posible danza ritual y otro con un grupo de individuos a modo de orantes en la Cueva de Santa Cruz (Conquezueta, Soria)

Los motivos y las técnicas permiten encontrar a priori una datación en los momentos finales del Neolítico para estos grabados por paralelismo con el arte megalítico. Sin embargo, no contamos con ningún contexto arqueológico que confirme esta suposición e incluso se ha atribuido a este grupo de representaciones un inicio en el Bronce Final y una perduración hasta etapas históricas medievales (Gómez Barrera 1990b: 109). La propia presencia sobre las lajas de los enterramientos colectivos neolíticos no es suficiente apoyo. Más bien hay ocasiones en que la cronología es claramente de un momento bastante más moderno, a medio camino entre el Bronce Final y la Edad del Hierro, como reflejan las estaciones que muestran combates con espada e individuos a caballo. E incluso se han descubierto manifestaciones artísticas de similar técnica y parecidos motivos en la muralla del poblado de la Edad del Hierro de Yecla de Yeltes, en Salamanca (Martín Valls 1983), y junto a la aldea calcolítica del El Pedroso (Trabazos, Zamora) (Esparza 1977). En otras ocasiones los motivos nos sitúan en un momento a caballo entre el Bronce Final y la Edad del Hierro, como en los carros representados en las Hurdes (Cáceres), o del Bronce Antiguo si atendemos a las alabardas grabadas en esta región cacereña (Sevillano San José 1990: 139-41 y 113-8).

Entre las estaciones al aire libre se encuentra también un nutrido grupo donde predominan las escenas pintadas. Están ausentes aquí las cazoletas, pero no otros dibujos repetidos en los grabados, como las herraduras o formas en "U", y además predominan los motivos que componen complejas escenas. Dentro de las pinturas se reconocen distintos símbolos religiosos que han sido sintetizados por Lucas Pellicer (1990). En primer lugar se encuentran símbolos que nacen con la economía agrícola y que se plasman en figuraciones solares y otras con sentido ascensional, como arboriformes y escaleriformes. Por otro lado se encuentran escenas cotidianas que se refieren tanto a los rituales como al bienestar colectivo: luchas, danzas, escenas de pastoreo, de caza y de recolección y grupos de animales (Acosta 1983: 24).

La ubicación de las estaciones ha sido leída en el barranco del río Duratón (Segovia) como un elemento que refuerza la significación de las pinturas: la lectura solar de los motivos sobre el sitio elevado donde se dispone la Solapa del Águila, con gran visibilidad y recibiendo la luz del amanecer, junto a la posible vinculación acuática del abrigo más bajo, la solapa de la Molinilla, al borde mismo del río (Lucas 1981: 510).

Dentro de Salamanca se ha considerado determinante su ubicación en lugares orientados hacia el sol, con frecuencia en desfiladeros o valles encajados y siempre próximos a corrientes de agua o fuentes (Bécares 1991: 62).

Mientras en Galicia y todo el Noroeste peninsular las manifestaciones artísticas al aire libre se han interpretado como un delimitador del territorio que sirve para definir la propiedad de terrenos de pasto y separar a distintos grupos humanos (Santos Estévez 1998: 85), no tenemos la misma certeza para el caso de la Submeseta Norte. Ello es debido fundamentalmente a la dispar distribución de las pinturas y grabados sobre el conjunto del territorio, que en caso de reflejar fielmente el panorama prehistórico, obligaría a pensar en zonas especialmente pobladas donde se recurre a este sistema de diferenciación. O tal vez fuese un mecanismo empleado sólo en áreas con dedicación ganadera, lo cual explicaría la repetida presencia de paneles con cuadrúpedos, si bien no deja de ser algo que habría que constatar en análisis faunísticos y de explotación del medio (vid. Bradley y otros 1995: 354). No obstante, es la ausencia de un conocimiento exhaustivo de los poblados cercanos a las principales estaciones con arte rupestre el principal obstáculo para confirmar si realmente se trata de un sistema para delimitar grupos vecinos sobre un mismo territorio.

Como ocurre con los grabados al aire libre, de nuevo resulta complicada la datación de las pinturas. Los paneles de San Frutos del Duratón han sido atribuidos a las gentes de Cogotas I asentadas en los alrededores (Lucas 1989: 477), aunque no existe un indicio directo de tal correspondencia en los lugares con arte rupestre. Otra vía para fechar los paneles es recurrir a los motivos representados. Un ejemplo lo proporciona el conjunto IIII de la Peña de los Plantíos (Fuentetoba, Soria), que representa un motivo similar a las estelas del Suroeste peninsular, lo que supondría datarlo en torno al final del I milenio AC (Gómez Barrera 1991: 97). Pero, como su investigador asegura, se trata de un dibujo perteneciente al momento final de las representaciones de este tipo (ídem 1993: 183). En realidad son pocos los dibujos que pueden adscribirse a un momento concreto de todo el amplio periodo durante el cual se realizan estas manifestaciones artísticas. Y la mayoría de intentos en este sentido están sujetos a interpretaciones poco seguras, como el caso del motivo considerado un enterramiento dolménico o esos otros tomados por vasos campaniformes (vid. Fernández Moreno 1990: 118).

Excepcionalmente se han recuperado algunos materiales al pie de los abrigos pintados sorianos de Retortillo y Valonsadero, reducidos a industrias líticas y cerámicas elaboradas a mano, fechables en el Calcolítico-Edad del Bronce sin mayores precisiones (ídem: 114-5).

Hay algunos casos donde las manifestaciones de arte rupestre están claramente relacionadas con poblados. En este caso se disponen en la periferia, pero apenas a unas decenas de metros de donde se dispusieron las cabañas. El primer ejemplo son los grabados del poblado de El Pedroso, pero además existen muestras de pinturas esquemáticas rojas en muchos poblados abulenses del valle de Amblés. En todos los casos se trata de poblados fechados en el Calcolítico Inicial. Los grabados ocupan el interior de una cueva artificial (Esparza 1977), mientras que las pinturas se extienden sobre un bloque prominente, sobre la pared lisa orientada hacia el Norte, en una posición que destaca sobre el cercano fondo del valle (Fabián 2003: 46). No se disponen en lugares de difícil acceso, como parece ocurrir con el arte de Las Batuecas, en Salamanca (Bradley y Fábregas 1999: 110), aunque coinciden en su amplio dominio visual. Curiosamente los principales motivos representados son los antropomorfos.

La dificultad de interpretar las múltiples manifestaciones de arte rupestre puede provenir de una repetida tendencia a dividir las en distintas categorías tomando como punto de partida elementos circunstanciales. Habría que descartar aspectos que no son relevantes desde el punto de vista de sus realizadores. En primer lugar, la tradicional separación entre las manifestaciones pintadas y las grabadas se ha revelado en muchos casos como equivocada, al menos dentro de zonas bien delimitadas, ya que en general se da una coexistencia de ambas técnicas no solo en una misma comarca o estación, sino a veces sobre un mismo motivo o escena (Bueno y Balbín 1997: 700).

Una vez admitido esto, y dado que muchos de los motivos representados se resisten a ser interpretados por el esquematismo de su ejecución, estaría bien separar las estaciones en cueva del resto. En ellas destacan varias peculiaridades: se han ejecutado numerosos paneles con motivos reticulados, ausentes en otros lugares, y además se han depositado ofrendas y a veces enterramientos junto a los grabados. Además de estos dos puntos de diferenciación con las estaciones al aire libre, los motivos, aunque no faltan los antropomorfos, parecen estar más cercanos a algún tipo de culto relacionado con una divinidad de la fecundidad y ctónica, como hemos visto más arriba. Esto no es óbice para que algunas cuevas, como la de San García (Silos, Burgos), cuente con un zoomorfo junto a los reticulados, escaleriformes y un antropomorfo (Moure y García-Soto 1986: 200-1).

Serían en todo caso lugares ligados al mundo funerario y, al mismo tiempo, a la fecundidad y la regeneración. Las representaciones se encuentran enraizadas en aquellas otras realizadas sobre los monumentos megalíticos, lo que refuerza su significado. Esta conexión cobra mayor valor aún si consideramos el carácter sepulcral de las cuevas datadas en el Neolítico Final y todo el Calcolítico. Posteriormente, el resto de

características de las cuevas se mantiene, si bien dejan de servir como cementerios, como puede constatarse en Cueva Maja y varias grutas burgalesas, además de en Solacueva de Lacoymonte. Se habría producido por tanto un cambio en la consideración de los difuntos que obligaría a efectuar otro tipo de tratamiento con sus cuerpos, aunque se mantengan los antiguos cultos a la fecundidad en las mismas grutas y en otras nuevas.

Un segundo grupo lo constituirían el resto de estaciones, por lo general al aire libre, tanto con grabados como, predominantemente, con pinturas. Las representaciones son aquí mucho más complejas, combinando muchos más elementos diferentes que a menudo configuran escenas de compleja interpretación. Su papel podría vincularse a la iniciación en el culto a las divinidades celestes, que constituye un acto que permite acceder al conocimiento y a la comprensión global del mundo, y que abarca la explicación de la unidad cósmica y la revelación de las causas últimas que sostienen la existencia (Eliade 1974: I, 84).

Dentro de estas estaciones al aire libre se repiten las representaciones de esteliformes o soliformes, junto a ramiformes y escaleriformes que representarían la ascensión hacia el astro celeste, morada de los dioses: grupos 5 y 4 del Solapo del Águila (Lucas 1990: 203) o abrigo de Prado de Santa María (Pedrajas, Soria) (ídem: 1992: 272). En las creencias de muchos pueblos primitivos existe un reconocimiento de lo alto, las regiones superiores donde moran las divinidades y los muertos, que es una categoría inaccesible a los mortales. No obstante, algunos privilegiados pueden subir a esas regiones mediante una ceremonia donde se utilizan los peldaños de un santuario o una escalera ritual (Eliade 1974: I, 66). Este motivo de la ascensión al cielo es bastante frecuente en todo el mundo y se concibe como el viaje místico que efectúa el chamán o hechicero a través de un árbol de nueve o siete escalones (ídem: II, 74), que en el caso de los misterios mitraicos es una escalera con siete peldaños, cada uno de un metal diferente (ídem: I, 133-4). Muchas son las leyendas sobre "el árbol de la vida", situado en el centro del universo y que sirve como enlace entre el cielo, la tierra y el infierno.

Pero no todos los motivos se refieren exclusivamente a cosmogonías. Otras escenas, como la 20 del Solapo del Águila, mostrarían la unión de una pareja que simboliza la tierra a través de su sexo y la arada –el hombre– y el cielo merced a la presencia del símbolo solar –la mujer. Su significado estaría relacionado con la fertilidad de la vegetación, mujeres y rebaños (Lucas 1990: 206). Mas complejo aún es el grupo 27 del mismo abrigo, con una escenas que une varios elementos bien diferenciados: un grupo de mujeres danzando, un hombre con máscara animal que sujeta una cabra y es acompañado de acólitos mientras el sol se sitúa en la parte inferior de la escena; podría

tratarse de un ritual que incluyese un sacrificio y fuese realizado a la puesta del sol (ídem: 207). En el abrigo del Tubo se ha querido ver un cortejo fúnebre (Gómez Barrera 1990a: 66), en un panel de Los Peñascales II se habla de ritos de iniciación a un grupo de mujeres (ídem: 70) –ambas pinturas en Valonsadero, Soria– y en otras estaciones sorianas se habla de la plasmación de modos de vida: pastoreo, caza, cultivo y recolección (ídem: 68).

En resumidas cuentas, este segundo bloque de estaciones, al aire libre, representa cosmogonías y actividades y ritos de iniciación ligados a la vida cotidiana y los ritos de paso de los hombres y mujeres. El mundo de los vivos y sus relaciones con lo circundante: pastos y el ganado, campos de cultivo, los ritos de tránsito y la introducción en la edad madura, el transcurrir del tiempo y las relaciones entre los individuos; todo eso y otros aspectos centrarían el sentido de los paneles con escenas, aunque su sentido completo aún hoy se nos escape.

El panorama general de la distribución de los grabados y pinturas sobre el conjunto de la Submeseta Norte resulta engañoso. Aparentemente cabría pensar que sólo existe preocupación por los rituales y creencias en las zonas oriental y meridional, y algo menos hacia el Oeste. Sin embargo, tal interpretación debe descartarse por lo incompleto del conocimiento actual de manifestaciones artísticas, puesto que viene determinado por la inexistencia de soportes similares a los de los márgenes montañosos en el centro del valle del Duero. O los motivos, plasmados sobre rocas más fácilmente erosionables, se han ido destruyendo y perdiendo con el paso del tiempo, o se eligió otro tipo de soporte, como madera o barro sin cocer, que no ha perdurado hasta el momento presente.

No es extraño encontrar otras formas de plasmar estas representaciones rituales entre los pueblos primitivos actuales. En los santuarios de los aborígenes australianos la principal decoración eran dibujos hechos en el suelo con tierras de colores, a veces llegando a teñir el suelo con su sangre. Para las fiestas elaboraban una columna con los objetos sagrados –que eran de madera– y le daban el aspecto de un árbol adornándola con flores y plumas, a continuación cantaban y bailaban alrededor de ella. E incluso se tiene constancia de que además de grabados en la roca, también plasmaban los mismos motivos en la corteza de los árboles (Pijoan 1944: 33-4). Otro ejemplo lo proporcionan los papúas de Nueva Guinea. Los hombres construían una casa-santuario en los poblados a la que sólo ellos tenían acceso y donde la decoración llena las vigas y paredes. Estos edificios servían también para acoger a algún espíritu ídem: 41-2).

El mundo de ultratumba

Encontramos en muchos pueblos, aunque no es una noción universal, la idea de que los objetos y los hombres tienen una fuerza misteriosa y activa, presente sobre todo en las almas de los muertos y en los espíritus (Eliade 1974: I, 43-5). Esta fuerza le puede llegar a un individuo conferida a través de la fuerza de un guerrero muerto, de un amuleto de piedra que lleva colgado al cuello, de unas hojas sujetas al cinturón o de una fórmula que pronuncia. No tenemos constancia de que existiese un reconocimiento de esta fuerza vital en los pueblos asentados en la Submeseta Norte, aunque es posible que así fuera desde el momento en que los muertos recibían un tratamiento peculiar.

Las regiones superiores inaccesibles al hombre, ya sean el cielo o las montañas, son la morada de los dioses y también llegan allí, según determinadas religiones, las almas de los muertos (ídem: I, 66). En tal caso, el alma asciende por los senderos de una montaña o se sube a un árbol o a una cuerda. Las divinidades lunares juegan un importante papel dentro de esta concepción como elemento ctónico y funerario, pues están ligadas con la fecundidad y a la vez con el tiempo y la regeneración periódica (ídem: I, 217). Los que mueren van a la Luna o vuelven bajo tierra con la intención de regenerarse y asimilar las fuerzas necesarias para una nueva existencia (ídem: I, 206).

El culto a los muertos experimenta una importante transformación con el establecimiento de los sistemas de producción de los recursos. En los grupos humanos del Neolítico toma gran importancia la unidad doméstica como elemento de cohesión social. Las prácticas funerarias van a poner de manifiesto el papel de los linajes y la existencia de un antepasado común que unifica al grupo familiar, pero también a grupos más amplios relacionados por la ocupación de un territorio próximo y por la existencia de lazos de parentesco (Sherratt 1990: 147-9; Bellido y Gómez 1996: 142-4).

Los ancestros no sólo son una referencia constante al pasado, sino que además representan un factor de reproducción social y de estabilidad para el grupo (Levêque 1997: 70). Además la referencia al antepasado es un elemento trascendental de la relación del grupo con el exterior.

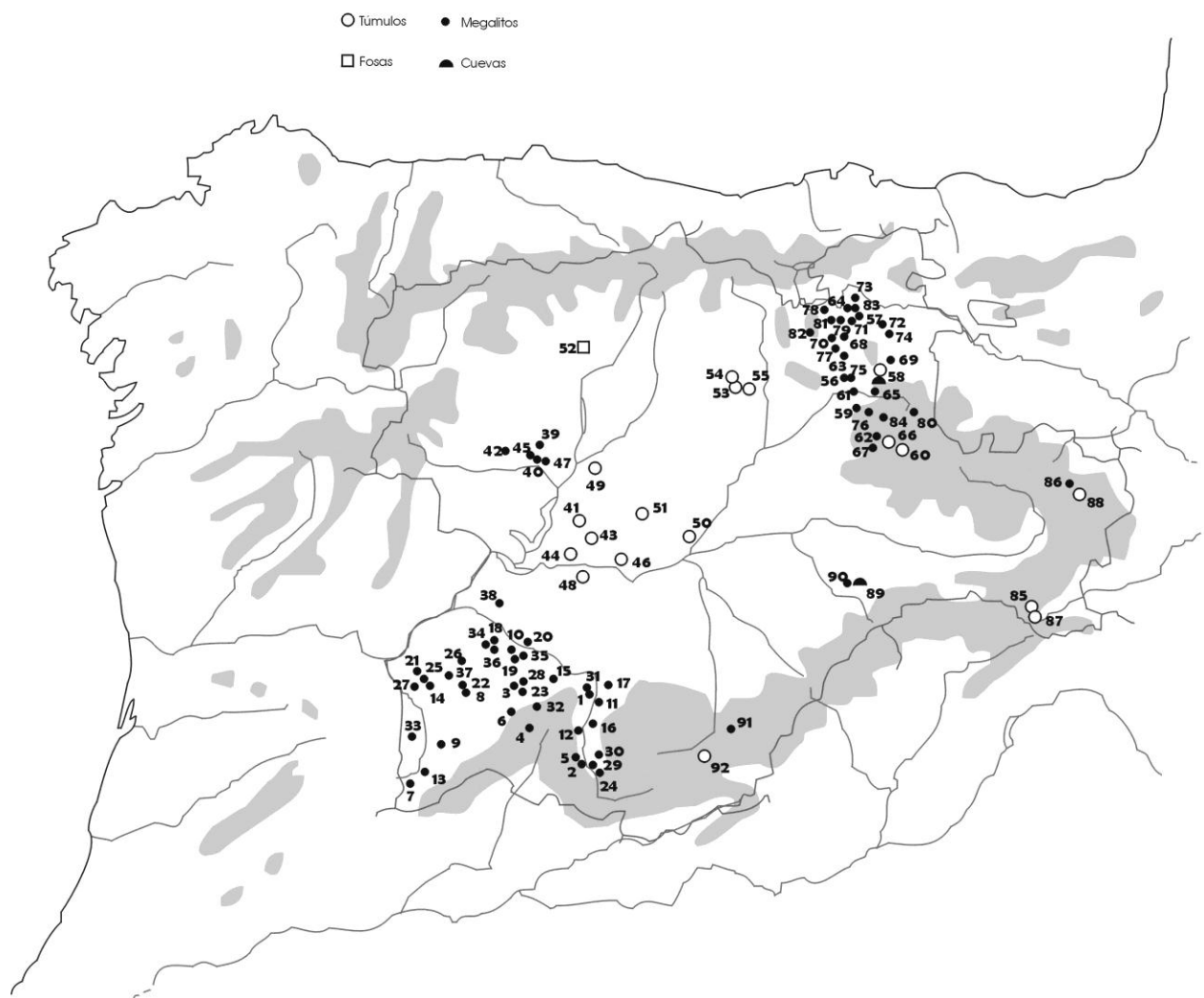
El reconocimiento de la continuidad de la existencia tras la muerte se refleja en el depósito de vasos y utillaje lítico en los sepulcros junto a los muertos durante toda la prehistoria reciente, en las tumbas colectivas neolíticas y las individuales calcolíticas y de la Edad del Bronce. Asimismo la presencia de los ancestros se asegura a través de variados rituales, como la colocación de cráneos en los lugares de habitación, bajo los suelos de las cabañas, como en el poblado calcolítico de Los Itueros. Las propias tumbas son un

elemento de referencia para los grupos de individuos vivos desde el momento en que algunas constituyen hitos destacados sobre el paisaje. No sólo esto, además la tumba es un espacio a medio camino entre el mundo de los vivos y el de los muertos, con lo que se convierte en un canal de mediación y de interacción con lo sobrenatural.

Las tumbas neolíticas reúnen varios rasgos peculiares que les distinguen de formas funerarias posteriores (fig. 6.10). En primer lugar destaca su monumental entidad sobre el paisaje. Este aspecto ha sido relacionado con el tipo de ocupación del territorio, que requería el empleo de algún tipo de señal o demarcador reconocible no sólo por el grupo que ocupaba esa zona, sino también por los vecinos y cualquiera llegado de lejos (Fleming 1973). Esta monumentalidad comprende algo más que el empleo de grandes losas, que es en principio el rasgo más evidente que le confiere su denominación de megalito, puesto que su construcción se realiza tanto con grandes piedras como con otras menores, tierra, estructuras de madera o arcilla formando túmulos, e incluso aprovechando grutas naturales (Giot 1976: 202).

El sepulcro colectivo, tanto si es en cueva como dentro de una estructura megalítica, un túmulo o una fosa, responde siempre a una misma concepción del mundo funerario. Las diferencias constructivas disimulan las semejanzas en cuanto que se trata de lugares vinculados a la tierra, lo subterráneo, y que congregan los restos de un gran número de individuos. En un caso se aprovechan galerías excavadas naturalmente en la roca, mientras que en el otro, en zonas donde no existen condiciones geológicas para que existan grutas, se recurre a su construcción artificial mediante el uso de los materiales proporcionados por el medio. Resulta infructuoso el intento de tratar de fijar un solo modelo de sepulcro dolménico para todo el valle del Duero. El mismo prototipo de tumba colectiva se adaptó en cada comarca a sus condiciones físicas concretas y a la disponibilidad material.

TUMBAS NEOLÍTICO FINAL. CONTEXTOS



6. 10. Mapa con los enterramientos del Neolítico Final en Castilla y León. *Salamanca*: 1. Alba de Tormes (4), 2. Aldeavieja, 3. Aldehuela de la Bóveda, 4. Barbalos, 5. Cabezuela de Salvatierra, 6. Carrascal del Obispo (3), 7. Casillas de Flores (2), 8. Castraz (4), 9. Ciudad Rodrigo (4), 10. Doñinos de Ledesma, 11. Ejeme, 12. Fresno Alhándiga, 13. Fuente Guinaldo (2), 14. Fuenteliante (4), 15. Galindo y Perahuy (2), 16. Galisancho, 17. Garcihernández, 18. Gejuelo del Barro, 19. La Mata de Ledesma (2), 20. Ledesma, 21. Lumbrales, 22. Martín de Yeltes, 23. Matilla de los Caños del Río, 24. Navamorales, 25. Olmedo de Camaces, 26. Pozos de Hinojo (2), 27. La Redonda (2), 28. Robliza de Cojos, 29. Salvatierra de Tormes, 30. La Tala, 31. Terradillos, 32. Vecinos, 33. Villar de Argañán, 34. Villar de Peralonso, 35. Villarmayor, 36. Villasdardo, 37. Villavieja de Yeltes. *Zamora*: 38. Almeida de Sayago, 39. Arrabalde, 40. Prime de Urz, 41. Castronuevo de los Arcos, 42. Cubo de Benavente, 43. Fuentesecas, 44. Gallegos del Prame, 45. Granucillo de Vidriales (4), 46. Morales de Toro, 47. Morales del Rey, 48. Sanzoles, 49. Villanueva del Campo. *Valladolid*: 50. Simancas, 51. Villanueva de los Caballeros. *León*: 52. León. *Palencia*: 53. Abia de las Torres, 54. Bárcena de Campos, 55. Osorno. *Burgos*: 56. Alfoz de Quintanadueñas (4), 57. Los Altos (2), 58. Atapuerca, 59. Los Ausines, 60. Barbadillo del Mercado, 61. Burgos (3), 62. Cubillejo de Lara, 63. Huérmeces (5), 64. Huidobro, 65. Ibeas de Juarros (2), 66. Jaramillo Quemado (4), 67. Mecerreyes, 68. Merindad de Río Ubierna (20), 69. Monasterio de Rodilla, 70. Montorio (4), 71. Moradillo de Sedano (2), 72. Padrones de Bureba, 73. Porquera de Butrón, 74. Poza de la Sal (2), 75. Quintanilla-Vivar, 76. Revilla del Campo (3), 77. Ruyales del Páramo, 78. Sargentos de la Lora, 79. Sedano (5), 80. Tinieblas, 81. Tubilla del Agua (2), 82. Urbel del Castillo (2), 83. Villaescusa de Butrón, 85. Villoruebo. *Soria*: 85. Ambrona, 86. Carrascosa de la Sierra, 87. Fuencaliente de Medina, 88. Valdegeña. *Segovia*: 89. Encinas-Navares de Ayuso, 90. Castroserracín. *Ávila*: 91. Bernuy-Salinero, 92. Mironcillo.

Pero no son las características constructivas lo que nos interesa aquí, sino aquellos otros aspectos ligados a las creencias. Este papel de enterramientos colectivos es constante, tanto si una tumba ha ido recibiendo los cadáveres de uno en uno a lo largo de cientos de años, o si se trata de deposiciones puntuales en momentos concretos de un gran número de muertos que han ido falleciendo durante un periodo más o menos dilatado – enterramiento colectivo simultáneo y enterramiento colectivo por acumulación– (vid. Fabián 1995: 125-6, Bellido y Gómez 1996: 143-4). Lo significativo viene dado por el hecho de que se trate de un ritual a priori común a todos los individuos de un mismo grupo humano, por más que en ocasiones se aluda a la desigual representación de hombre y mujeres o de adultos y niños (Delibes 1995c). Tales diferencias pueden ser debidas a motivos puramente religiosos y no sociales.

La posibilidad de una discriminación en función del sexo o la edad parece descartable. Respecto al sexo, los restos óseos están generalmente muy fragmentados y sólo se puede determinar en un porcentaje muy pequeño; así mismo se detecta habitualmente un mayor número de varones que de mujeres, pero no en todos los casos (Armendáriz 1992: 22). De hecho, en necrópolis medievales –donde aparentemente se entierran casi todos los fallecidos– se sigue manteniendo una proporción desigual entre hombres y mujeres, en la que de nuevo son mayoritarios los varones (Arenal 1989: 108, Vázquez y Rúa 1990-91: 120).

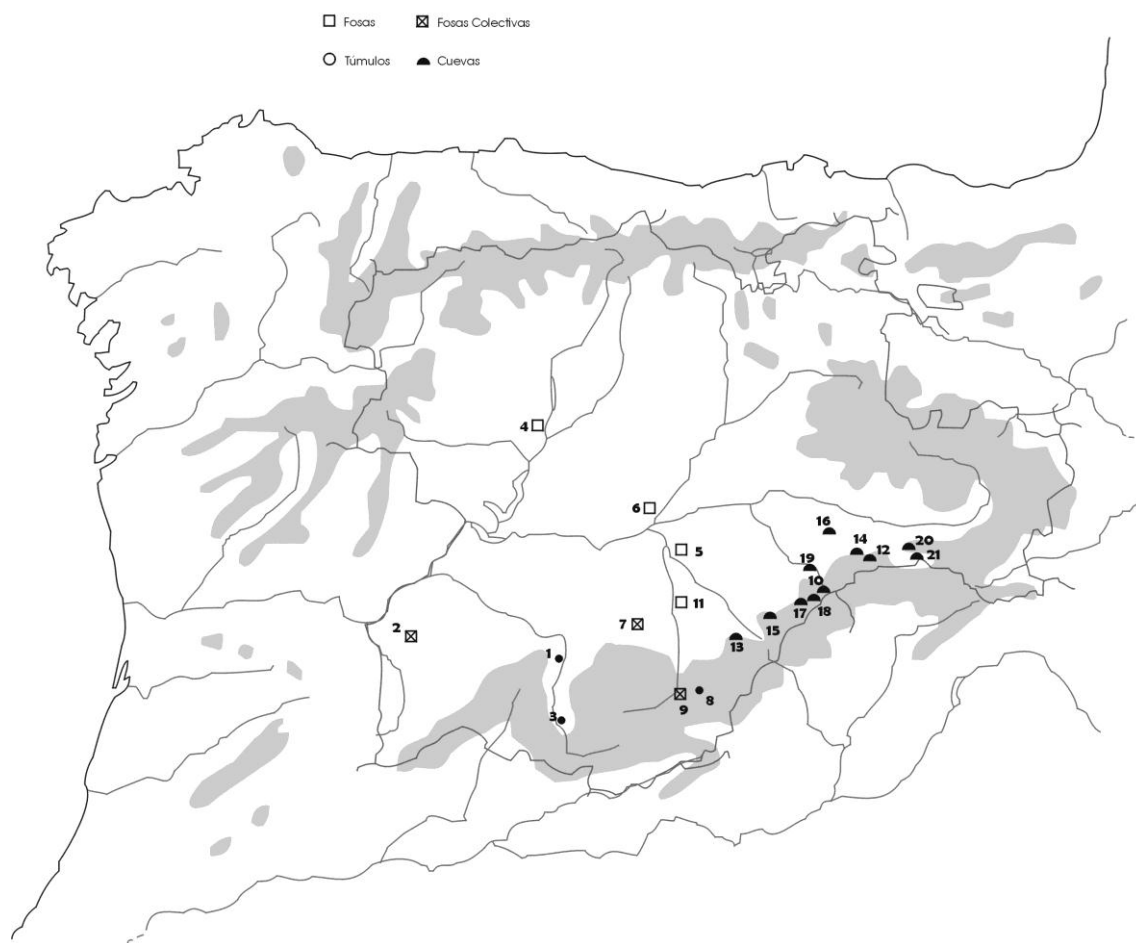
Los cuerpos son depositados dentro de un mismo espacio común sin compartimentaciones interiores ni elementos arquitectónicos que señalen la mayor importancia de unos inhumados respecto a otros. De hecho las pocas evidencias donde se diferencian concentraciones extrañas en un sector de la cámara o en el corredor –en los casos burgaleses de huesos largos en San Quirce, Tubilla del Agua, y calaveras en Las Arnillas, Sedano, respectivamente– (ídem), pueden ser atribuidas a alteraciones posteriores a la deposición inicial de los cuerpos. Y la presencia de pinturas o grabados sobre losas de la cámara o del corredor parece responder al ritual general y no a la disposición de los inhumados. No obstante, ¿cómo se explican las pequeñas cistas de piedra en las tumbas sorianas de La Peña de la Abuela (Ambrona) y La Sima (Miño de Medinaceli)? Sin duda son un espacio bien individualizado y, como ponen de manifiesto sus excavadores, concentran mayor cantidad de ajuares (Rojo, Kunst y Palomino 2002: 31). Pero esa abundancia de ajuares no evidencia diferencia en su contenido respecto al resto de inhumados. De hecho podría deberse a una mayor acumulación de cuerpos en esta zona o a que los ajuares y ofrendas se colocan en mayor número aquí porque funcionasen como altares.

Este ritual manifiesta, como hemos aludido antes, la importancia del sol como guía de los muertos y queda reforzado en ocasiones por la disposición de determinados motivos pintados o grabados sobre la laja que ocupa la cabecera del dolmen, frente al corredor. El ejemplo más claro lo proporciona el dolmen de El Moreco (Huidobro, Burgos), con una figura antropomorfa pintada en rojo; aunque no hablamos de un caso excepcional dentro del megalitismo meseteño (vid. Bueno y Balbín 1994: 24).

Pero al mismo tiempo el ritual refleja el paso desde el mundo que queda al exterior del dolmen y el que se encuentra en su interior. La primera evidencia es la colocación de menhires en el acceso de la tumba, ya sea al final del corredor o antes de su entrada (ídem). Ya hemos hablado del papel de las estelas como delimitador del espacio y encontramos aquí una nueva aplicación de este esquema conceptual.

El Calcolítico supone un periodo de incertidumbre para la interpretación arqueológica. Ello no se debe, como ocurre después, a la escasez de evidencias, sino a las múltiples variaciones funerarias (fig. 6.11). Frente a la continuidad y homogeneidad megalítica, en el transcurso de unos pocos siglos encontramos tumbas colectivas en dólmenes, otras colectivas en cueva o en fosa, inhumaciones individuales en fosa e inhumaciones individuales en los dólmenes.

TUMBAS CALCOLÍTICAS PRECAMPANIFORMES. CONTEXTOS



6.11. Mapa con los enterramientos del Calcolítico Precampaniforme en Castilla y León. *Salamanca*: 1. Alba de Tormes, 2. Cerralbo, 3. La Tala. *Zamora*: 4. San Cristóbal de Entreviñas. *Valladolid*: 5. Arrabal de Portillo (Los Colmenares), 6. Ciguñuela. *Ávila*: 7. Bercial de Zapardiel, 8. Bernuy-Saliner, 9. Ávila (Cerro de la Cabeza). *Segovia*: 10. La Casla, 11. Donhierro, 12. Estebanvela, 13. Juarros de Riomoros, 14. Languilla, 15. Losana de Pirón, 16. Montejo de la Vega, 17. Pedraza, 18. Prádena, 19. Sepúlveda. *Soria*: 20. Abanco, 21. Torreveciente.

Los enterramientos colectivos vienen a constituir una continuidad con el periodo anterior, si bien pierden peso los megalitos frente a cementerios menos visibles. Durante el Neolítico Final se documentan cuevas sepulcrales como la galería del Sílex (Atapuerca, Burgos) o La Solana (Encinas-Navares de Ayuso, Segovia) (Delibes y Santonja 1986b: 155), mientras que en Calcolítico su número se incrementa con varios ejemplos segovianos. Del mismo modo se conocen fosas con varios inhumados para la etapa neolítica en La Candamia (León) y, posiblemente, en Villar del Ala (Soria), y continúa aplicándose este sistema funerario, por ejemplo, en el yacimiento abulense de El Tomillar (Bercial de Zapardiel).

El cambio más significativo, en cuanto a enterramientos colectivos, viene marcado por el fuerte descenso en el número de dólmenes donde se entierra a un grupo

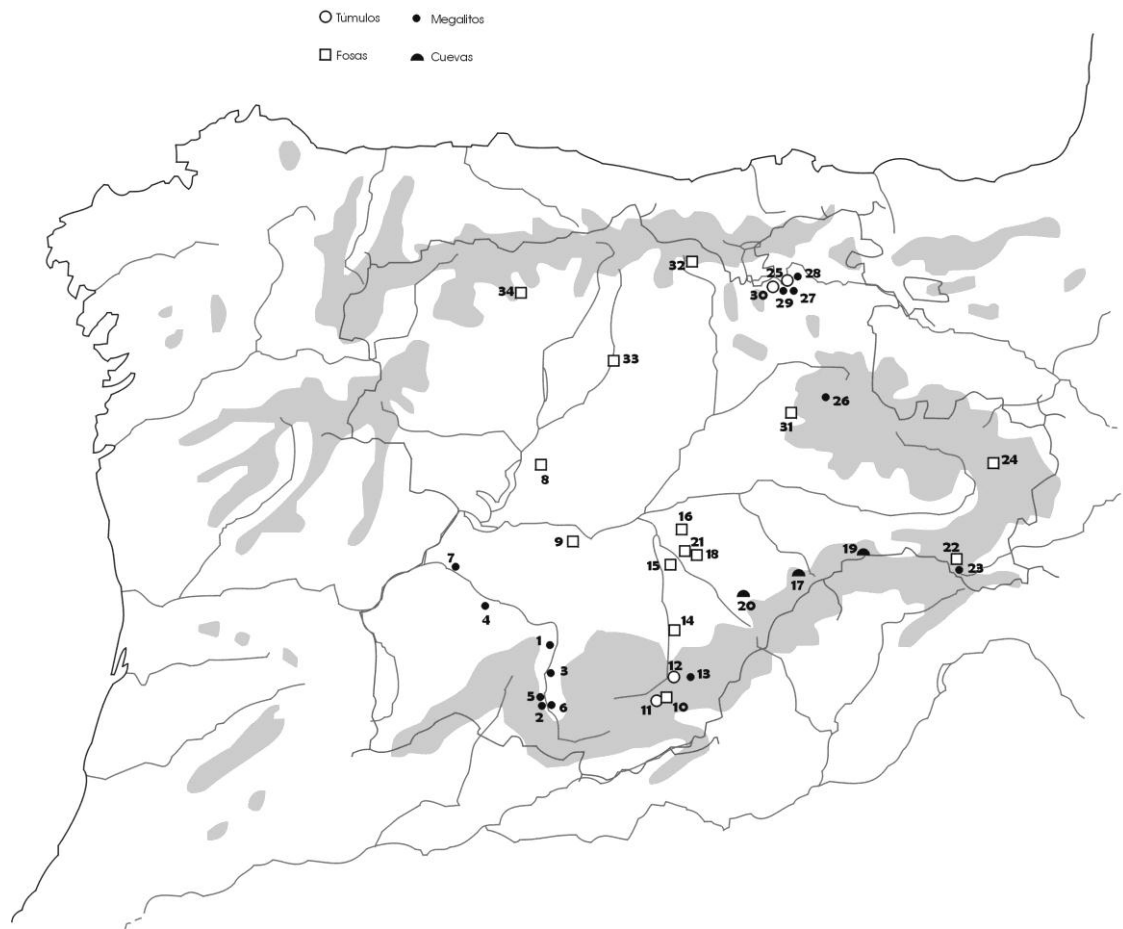
humano compartiendo un espacio común. Se conocen algunos testimonios, como La Ermita de Galisancho o La Veguilla de Alba de Tormes, ambos salmantinos, que permiten constatar la continuidad del rito dolménico. La importancia de este rito se mantiene sólo en el suroeste meseteño, donde permite reconocer una segunda etapa de plenitud megalítica durante el Calcolítico (López Plaza 1991: 54-8) cuando los dólmenes ya se han abandonado en otras zonas como el centro de la cuenca del Duero o en la comarca de Sedano, al norte de Burgos. E incluso se ha llegado a insinuar la construcción en este momento del dolmen de Bernuy-Salineró (Fabián 1997: 91-4).

El gran cambio ritual puede reconocerse con las tumbas campaniformes (fig. 6.12). No puede reducirse a ser tomado como un elemento foráneo que se impone dentro del mundo indígena, ya sea a través de la llegada de gentes o simplemente de nuevas ideas. Nos encontramos ante un tipo de tumba distinto al colectivo y, aunque se documenta por toda Europa occidental, no debemos pensar que se adopta por inercia, por una extraña lógica que obliga a tomar por bueno aquello que llega de fuera. Si los muertos comienzan a inhumarse individualmente, en estructuras separadas, es como consecuencia de transformaciones en la mentalidad de cada uno de los pueblos donde tal cambio se produce.

Ya con anterioridad se documentan algunos casos excepcionales de enterramientos individuales, como la fosa de El Ollar (Donhierro, Segovia). Pero es ahora cuando se impone la deposición por separado de los miembros del grupo humano. Este ritual se plasma generalmente en fosas excavadas en el suelo de los poblados o sus inmediaciones (Martín Valls y Delibes 1989: 67), por más que en ocasiones se nos aparezcan como tumbas aisladas sin relación con cualquier elemento antrópico sincrónico. En realidad este grupo de tumbas aparentemente aisladas resulta muy reducido y lastrado en buena medida por el tipo de intervenciones puntuales realizado para documentar la tumba (Bellido 1996: 76). Otro conjunto de tumbas campaniformes se disponen como intrusiones dentro de antiguos megalitos o de antiguas cuevas sepulcrales, consistiendo en una o unas pocas tumbas aisladas y claramente separadas de los cuerpos depositados con anterioridad en el mismo espacio sepulcral.

Las intrusiones campaniformes en las tumbas megalíticas resultan sumamente reveladoras del fuerte lazo establecido con los ritos funerarios anteriores. No encontramos tales intrusiones en los escasos monumentos conocidos en el centro de la cuenca, sino en aquellas comarcas donde arraigó con más fuerza y durante más tiempo el sepulcro colectivo: el grupo salmantino, el de la Lora burgalesa y la zona segoviana (Delibes 1987: 41-4, Delibes y Santonja 1987).

TUMBAS CAMPANIFORMES. CONTEXTOS



6.12. Mapa con los enterramientos Campaniformes en Castilla y León. *Salamanca*: 1. Alba de Tormes, 2. Aldeavieja de Tormes, 3. Galisancho, 4. Gejuelo del Barro, 5. Salvatierra de Tormes, 6. La Tala. *Zamora*: 7. Almeida de Sayago, 8. Otero de Sariegos, 9. Villabuena del Puente. *Ávila*: 10. Aldea del Rey Niño, 11. Mironcillo, 12. Aldeagordillo, 13. Bernuy-Saliner, 14. Pajares de Adaja. *Valladolid*: 15. Fuente Olmedo, 16. Portillo. *Segovia*: 17. Castroserna, 18. Samboal, 19. Santibáñez de Ayllón, 20. Torreiglesias, 21. Villaverde de Íscar. *Soria*: 22. Alcubilla de las Peñas, 23. Ambrona, 24. Villar del Campo. *Burgos*: 25. Huidobro, 26. Mambrilla/Cubillejo de Lara, 27. Moradillo de Sedano, 28. Porquera de Butrón, 29. Sedano, 30. Tablada de Rudrón, 31. Villalmanzo. *Palencia*: 32. Celada de Robledo. *León*: 33. Grajal de Campos, 34. Peredilla.

Con esto queremos destacar cómo es en aquellas comarcas en las cuales se mantienen las tumbas colectivas hasta poco antes de la llegada de lo campaniforme (sobre todo Salamanca, Burgos y Segovia) donde se aprovecha su simbolismo y no en otras. En el centro y noroeste de la Meseta, donde se ha pasado a enterrar a los muertos en fosas individuales, parece que el papel de los túmulos ya es cosa del pasado (Delibes 1988: 235-6). La continuidad en el valor ritual del monumento megalítico es lo que prolonga su vinculación con el uso funerario durante el final del Calcolítico. Y ello sin que necesariamente sean sólo los sepulcros colectivos precampaniformes los que alberguen las tumbas campaniformes, ya que lo que queremos poner de relieve es que la continuidad de un tipo de tumbas refleja la continuidad de un elemento ideológico. Algunos

exclusivamente neolíticos, tras varios siglos sin recibir enterramientos, sufren intrusiones y alteraciones en sus condiciones originales para depositar nuevas tumbas con ajuares campaniformes –por ejemplo en Las Arnillas– (Delibes, Rojo y Represa 1993: 40). Tal elemento de continuidad permitiría reconocer el valor de las tumbas colectivas como vínculo de unión con los antepasados y, aunque algunos sepulcros hayan dejado de recibir enterramientos desde hace muchos años dentro de una comarca, puede haberse mantenido el uso de otros similares no muy alejados durante los primeros siglos del Calcolítico.

Un ejemplo es el proporcionado por La Ermita de Galisancho (Salamanca), donde junto a ajuares típicamente neolíticos se recogieron al menos dieciocho vasijas de estilo campaniforme. Estos ajuares corresponderían a varios individuos, seguramente entre cinco y siete, inhumados en momentos distintos (Delibes y Santonja 1987: 185-7). En cualquier caso se trata de un número muy pequeño en relación con el número de enterrados en los mismos monumentos durante los momentos previos (ídem: 189).

Una forma más de reforzar el lazo con los antepasados pudo ser, como ocurre en el túmulo de Aldeagordillo (Ávila), hacer acompañar la inhumación con restos de otros individuos fallecidos anteriormente y que habían estado depositados en otro lugar (Fabián 1992: 112-3). Su presencia supondría un nuevo elemento de prestigio para el personaje que muere en ese momento al hacer que su tumba de reciente construcción posea el valor de lo tradicional y un vínculo con lo antiguo mediante la colocación de huesos "viejos".

Indudablemente las transformaciones desarrolladas en paralelo a la presencia de los vasos campaniformes están marcadas por factores sociales ligados con el desarrollo de un tipo de élites o de individuos destacados, pero también estamos ante un cambio de orden ritual. En primer lugar, los santuarios en cueva que han visto su apogeo durante los inicios del Calcolítico no presentan evidencias relevantes del momento de plenitud de los vasos campaniformes. Eso no impide que continúen en uso, como se constata durante el Bronce Antiguo en Cueva Maja o incluso más adelante en Solacueva de Lacoymonte, durante el Bronce Medio y Final. Ahora bien, se trata de grutas que sólo conservan un valor ritual desvinculado de lo sepulcral. Los cultos se mantienen, por tanto, pero ha cambiado su configuración.

Otro cambio se manifiesta en los dólmenes, pues las nuevas tumbas campaniformes no respetan comportamientos anteriores, según los cuales las tumbas se disponían exclusivamente en la cámara y el corredor. En este periodo las inhumaciones se distribuyen de forma aleatoria por el túmulo (Benet y otros 1997: 463). Incluso se ha

constatado en sepulcros riojanos –y en otras regiones de Europa occidental– alteraciones que clausuran y cierran estos monumentos en un momento calcolítico precampaniforme, evitando el uso funerario habitual de la cámara central (López e Ilarraz 1997: 317-8).

Dentro del ámbito funerario de la época, las tumbas campaniformes manifiestan la existencia de personajes relevantes, que se hacen enterrar con elementos de ajuar poco comunes. Sus cuerpos se acompañan de vasijas, posiblemente contenedores de alimentos para el viaje al más allá, y sobre todo de piezas metálicas y líticas que manifiestan su condición de guerreros, de individuos vigorosos. Nos referimos a los puñales de lengüeta, los brazales de arquero y puntas de flecha. Y todo ello sin olvidar la presencia de objetos de adorno o de prestigio como botones, diademas o torques de oro.

Las tumbas reflejan así la existencia de una tensión social y del deseo de determinados individuos o familias de despuntar y de lograr un reconocimiento por encima de sus semejantes. Tal sería el sentido de realizar un tipo nuevo de tumba que no guarda relación con muchos aspectos de lo anterior, aunque, como hemos mencionado, se trata de mantener la continuidad en otros (Delibes 2000-2001: 302).

La idea de que constituye una ruptura con lo anterior se ve invalidada en parte por el hecho de que se produzca una manipulación de las estructuras simbólicas reconocidas anteriormente, como hemos visto, con una intención bien clara de beneficiar a un sector concreto de los grupos humanos en detrimento del resto. La manipulación de los rituales es algo consustancial a su configuración. En ellos se plasma la concepción que un pueblo tiene de su mundo, de su realidad. Y al mismo tiempo cada puesta en escena supone un cuestionamiento de dicha realidad y la lucha de fuerzas latentes, entre los elementos "inamovibles" fijados por la tradición y aquellos otros de nueva aparición que pugnan por hacerse preponderantes y desbancar lo antiguo (García, Velasco y otros 1991: 22).

El ritual funerario individual acompañado del ajuar campaniforme se reconoce como la plasmación de una importante transformación social, pero muchos son sus componentes arraigados en la tradición anterior desde varios siglos antes. Entre los que se manifiestan de manera material pueden rastrearse con anterioridad el uso de fosas y túmulos con intención de sepultura –tanto neolíticas como calcolíticas.

Pero en el ámbito de las creencias resulta más relevante el papel de los difuntos entre los vivos. Los inhumados en sepulcros colectivos constituyen una referencia para los vivos y un elemento de unión. Al disponerse dentro de un espacio común refuerzan el vínculo con los vivos y recalcan el recuerdo de los muertos en la memoria de los vivos.

Por eso los elementos de ruptura que introducen estas tumbas están destinados a destacar el papel del muerto o sus parientes y se plasman a través de distintos métodos.

Uno es la disposición del muerto con un ajuar que no estaría a disposición de la mayoría del grupo. Son objetos escasos que por lo general no se recogen dentro de los poblados o se hace en muy escasa proporción respecto al utillaje doméstico común (Alday 1995: 148). Han podido ser fuente de prestigio o respeto en vida y éste se perpetuaría en sus descendientes mediante su amortización en la tumba. Este prestigio heredado queda de relieve en aquellos casos en que el individuo ha muerto a una edad temprana, sin haber podido acumular en vida por su propia iniciativa los méritos suficientes como para ganarse un reconocimiento social tan significativo. En tal caso los honores le habrían sobrevenido por razones de parentesco. En Aldeagordillo, por ejemplo, dos de los tres individuos enterrados eran menores de diez años y junto a la cabeza de uno de ellos –que probablemente fuese además una mujer– se dispusieron un vaso campaniforme y un cuenco liso (Fabián 1992: 106).

En segundo lugar se opta por un emplazamiento para el sepulcro desvinculado del tratamiento funerario del resto de individuos de su comunidad. Esto tiene singular relevancia en el caso de las tumbas que reaprovechan las antiguas tumbas colectivas, inhumándose en este lugar cuando el resto de sus coetáneos ya no lo hace. De este modo se coloca al difunto en una posición privilegiada, que manifiesta un especial vínculo con los antepasados y con el linaje del grupo. O, en zonas donde tienen menor presencia los megalitos y otros sepulcros colectivos, se disponen en fosas excavadas en relación con los poblados. Lo que a partir de ahora se mantiene es la ausencia de los cuerpos del resto de los difuntos.

Es la intención de servir como símbolo para los vivos, establecerse como referencia, lo que representa la continuidad con lo anterior. Pero ello se hace destacando a un individuo concreto y su familia más cercana por encima del resto de miembros del grupo o del linaje. Se pretende así que la referencia para los vivos, el antepasado que sirve como elemento de unión para los vivos, sea un sector minoritario de la sociedad. Es más, este sector de la sociedad busca legitimar su preponderancia sobre el resto en el momento presente, en el de realizar la inhumación individual, a través de destacar a sus difuntos. Y ello con las tumbas individuales, de las que excluyen al común, y mediante la deposición de ajuares al alcance sólo de unos pocos, pero además pudo acompañarse de fiestas funerarias acompañadas de un gran despliegue de generosidad hacia los asistentes, para consolidar su poder en una fase de cambio (Earle 1991: 15).

Sin duda la opulencia manifestada en los ajuares carecería de sentido si no se acompañase durante las exequias de similar abundancia orientada a los vivos. Lograr el pretendido prestigio se aseguraría mediante una generosa exhibición de riqueza, posiblemente en un banquete que serviría para saciar a los presentes y que podría durar varios días. Pero es importante destacar que este comportamiento de ostentación ligado a los rituales funerarios no parece tener continuidad en época posterior al Bronce Antiguo.

Esto nos coloca en posición de preguntarnos qué ocurre con el grueso de las gentes, cómo se procede con sus restos cuando mueren. Por algún motivo a partir de este momento, e incluso ya desde el comienzo del Calcolítico en algunas zonas de la Meseta, se desconoce el tratamiento seguido con el grueso de los muertos.

La desaparición de los sepulcros colectivos no representa en realidad la ausencia de un rito funerario común para el común de los hombres y mujeres. Este seguiría existiendo y sólo escapan de él en estos primeros momentos de tensión social aquellos individuos que pretenden aumentar su prestigio a través de marcar diferencias. El problema reside en el hecho de que se trata de un modo de actuar que no deja evidencias en el registro arqueológico, o al menos no somos capaces de reconocerlas.

Creemos que el grueso de la población ya no se entierra en dólmenes o en cuevas desde antes del Bronce Antiguo, y de que ya no se edifican nuevos megalitos, aunque siga habiendo algunas tumbas en los antiguos (Delibes y Santonja 1986b). El hipotético mantenimiento de la costumbre funeraria megalítica sin construir nuevos sepulcros y aprovechando siempre los viejos sin que queden evidencias de ajuares calcolíticos, parece una posibilidad descartable. Desde el momento en que el tipo de poblamiento no se mantiene constante y hay zonas que se ocupan ahora con mayor intensidad que en etapas precedentes, se harían necesarias nuevas tumbas donde no existían.

Los cambios en la mentalidad y en el modo de actuar en relación con el más allá como consecuencia de la ausencia de tumbas no son difíciles de identificar. Las honras dispensadas a los muertos no se prolongarían más allá de un par de generaciones, mientras perduraba su recuerdo en la memoria de los vivos. Esto no es obstáculo para continuar creyendo, como en momentos anteriores, en la vida tras la muerte como pone de manifiesto la presencia de ajuares en las tumbas de las élites. Pero la escasa trascendencia de los muertos para el mundo de los vivos se plasma en la nula incidencia que tienen las tumbas sobre el paisaje o sobre la estructuración de los lugares de habitación. Durante este periodo, además, parece como si el testimonio de los difuntos fuese deliberadamente eliminado, sin ningún resto material de su paso por el mundo.

Muchas veces se ha aludido a la posible realización de un ritual funerario del que no queda constancia material, como la exposición de los cuerpos a la intemperie. Otra posibilidad es que las tumbas se dispusieran en lugares fuertemente expuestos a la erosión o a la alteración natural y que hayan sido destruidos de forma sistemática debido a una pauta repetitiva determinada por su localización. En tal sentido se puede pensar en que los cuerpos fuesen arrojados a los ríos o, como ocurre en tumbas cretenses de la primera mitad del II milenio a. C. (Levêque 1997: 145), que las tumbas se excavasen en la arenas de las márgenes de los ríos, expuestas a la erosión fluvial. Aún hoy en los cementerios musulmanes, y desde sus orígenes, las tumbas se colocan junto a los cauces de los ríos, en zonas expuestas a las crecidas, y a la orilla del mar (Peral 1995: 17-20).

Las aguas tienen múltiples cualidades, pues simbolizan la sustancia primordial de la que todas las formas nacen y a la que vuelven por regresión. Son la esencia de la vegetación, fuente medicinal y el elixir de la inmortalidad que confiere larga vida y fuerza creadora (Eliade 1974: I, 222). Quizás lo más interesante sea su poder para purificar y regenerar porque anulan el pasado y restauran la integridad original. Dentro de tales rasgos tiene cabida un uso funerario, ya que las aguas disuelven al muerto aboliendo definitivamente su condición humana y reintegrándolo en el ciclo cósmico y permitiendo su marcha hacia las regiones celestes (idem: I, 232).

Esta creencia se manifiesta a través de cultos y ritos celebrados en torno a fuentes, arroyos y ríos, que ya hemos visto existieron durante alguna fase prehistórica en la Submeseta Norte. Más concretamente el acto de arrojar la espada al agua guarda relación con la significación del guerrero que portaba tal arma. La espada es un arma con un valor especial ligado a la realeza, la justicia, la nobleza, la sacralidad y el derecho (Ruiz-Gálvez 1982: 189). En este contexto, se considera que cuando muere un "héroe" o guerrero destacado es un deshonor que otra persona de menor valía utilice la misma arma, que "simboliza el alma del guerrero" (idem: 190). Arrojándola al agua se evita que otro trate de recuperarla.

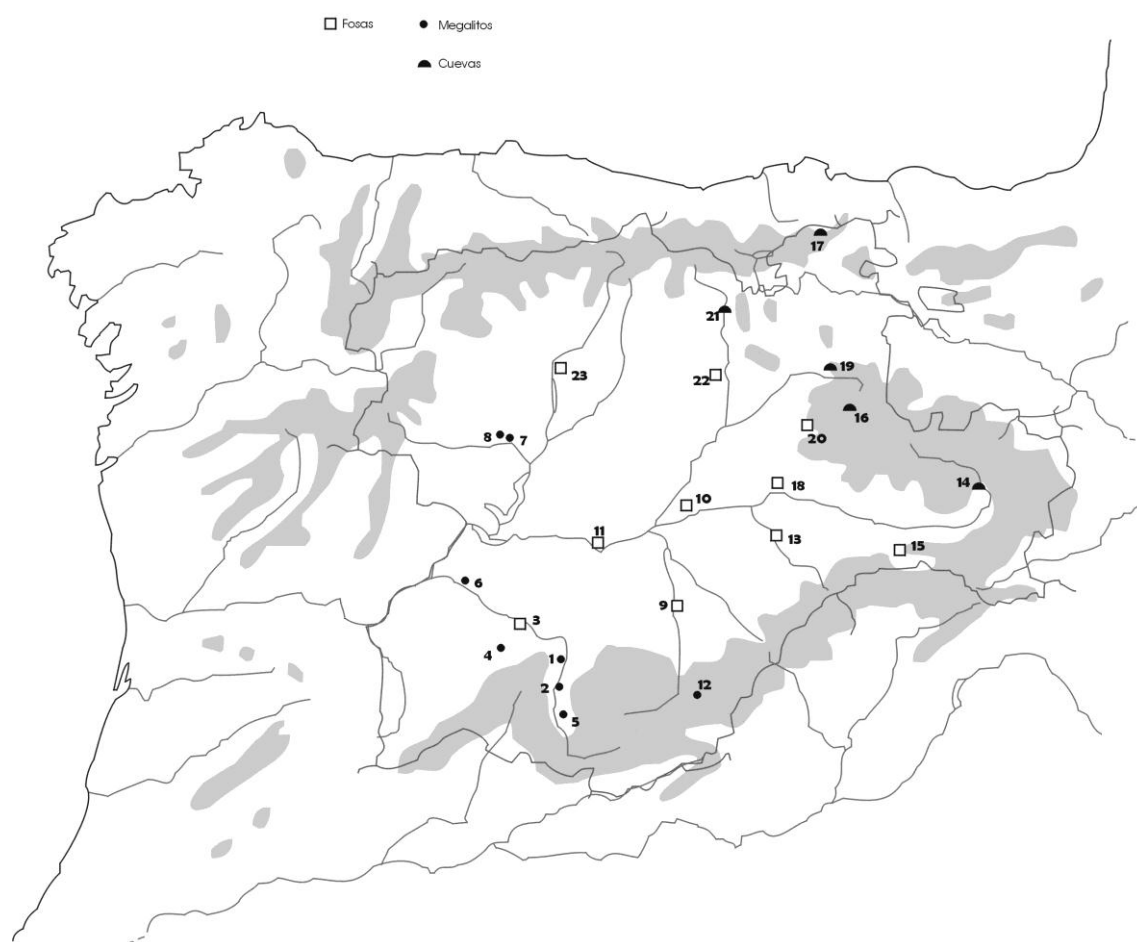
Desde el estudio de Walter Torbrügge en 1971 se ha puesto de manifiesto la relación entre los ajuares funerarios y las piezas halladas en medios acuáticos. Sin embargo, se trata de una hipótesis que trata de explicar la diversificación de los modos de disponer de los muertos en los momentos finales de la Edad del Bronce y que resulta de difícil constatación.

Las tumbas del Bronce Medio y Final dentro de la Submeseta Norte manifiestan la práctica ausencia de ajuares, reducidos a unos pocos elementos entre los que en ningún

caso se incluyen las espadas o los puñales (Fig. 6.13). Tan sólo en tres inhumaciones se incluyó un recipiente cerámico y en San Román de Hornija se encontraron un espiraliforme, un lingotito de bronce y una fíbula (Esparza 1990: 128-9). Esto nos dibuja un panorama en el que las espadas han perdido, al menos en apariencia, todo el valor que como pieza de prestigio poseían en los enterramientos campaniformes.

Tal importancia es palpable en la Submeseta Norte desde la introducción de las primeras producciones metálicas, puesto que ocupan un lugar destacado en aquellas tumbas individuales donde más objetos de prestigio se incluían. El puñal se convierte en un elemento característico de los ajuares calcolíticos, sobre todo en los del periodo campaniforme tardío (Martín Valls y Delibes 1989: 42). Salvo los casos de piezas descontextualizadas, todos los ejemplares calcolíticos se han recogido dentro de tumbas individuales en fosa o de tumbas incluidas en megalitos (fig. 6.14 y 6.15).

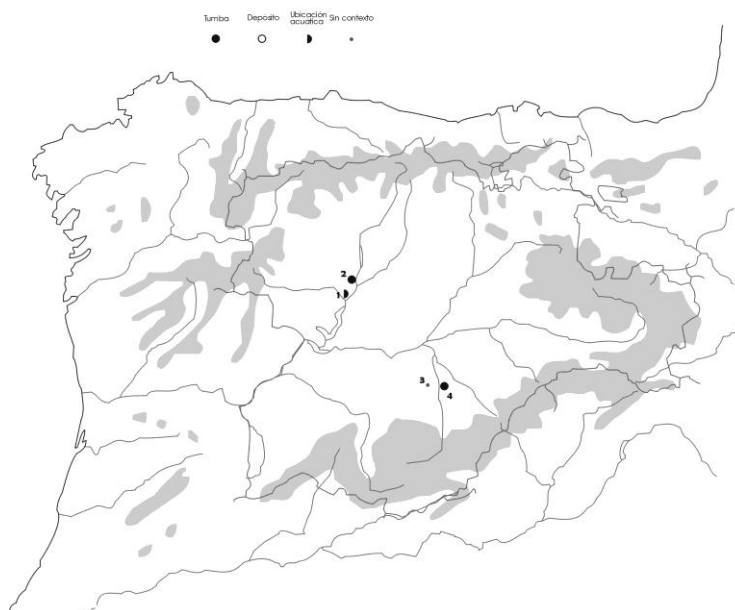
TUMBAS BRONCE MEDIO-FINAL. CONTEXTOS



6.13. Mapa con los enterramientos del Bronce Medio y Final y los megalitos con restos cerámicos en Castilla y León. *Salamanca*: 1. Alba de Tormes (La Veguilla I o El Turrión), 2. Galisancho (La Ermita), 3. Pino de Tormes, 4. Robliza de Cojos (Santa Teresa I), 5. La Tala (Coto Alto). *Zamora*: 6. Almeida de Sayago (casal de las Tallas o del Gato), 7. Brime de Urz (La Piedra Hincada), 8. Granucillo de Vidriales (San Adrián, La Vega, Las Peñezuelas). *Valladolid*: 9. Almenara de Adaja, 10. Renedo de Esgueva, 11. San Román de Hornija. *Ávila*: 12. Bernuy-Salineró (Prado de las Cruces). *Segovia*: 13. Vivar de Fuentidueña. *Soria*: 14. Los Rábanos, 15. Los Tolmos de Caracena. *Burgos*: 16. La Aceña, 17. Cueva de Sotoscueva, 18. La Horra, 19. Ibeas de Juarros (Cueva El Mirador), 20. Villalmanzo. *Palencia*: 21. Mave (Cueva Tino), 22. Santillana de Campos. *León*: 23. Jabares de los Oteros.

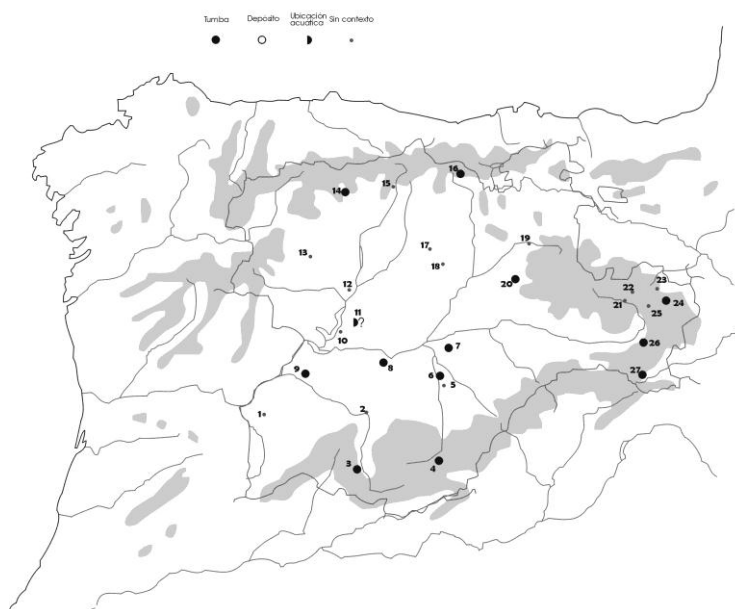
Sólo un caso nos hace albergar la posibilidad de que ya en estos momentos existiesen ritos "acuáticos" en la Submeseta y de que en ellos se viesen implicados los puñales. Se trata del arma recogida en Vecilla de Trasmonte, en el interior de un lavajo situado dentro de un poblado. Nos inclinamos a descartar que se trate de un producto de desecho arrojado entre las basuras con la intención de colmatar esta bolsada lacustre (vid. Marcos y otros 1993: 301), básicamente por la importancia que este tipo de objetos metálicos demuestra tener y por el hecho de que las únicas piezas de cobre del yacimiento se encontraran en esta bolsada. En los numerosos poblados calcolíticos excavados no se ha recogido ningún puñal incluido entre los niveles de desecho que colmatan las fosas, sino que su deposición se produce reiteradamente en tumbas. Y lo mismo sucede en el caso de los puñales de lengüeta que acompañan reiteradamente a las tumbas con ajuar campaniforme.

ESPADAS Y PUÑALES. CALCOLÍTICO PRECAMPANIFORME



6.14. Mapa con las espadas y puñales del Calcolítico precampaniforme en la Meseta Norte. *Zamora*: 1. Vecilla de Trasmonte, 2. San Cristóbal de Entreviñas. *Valladolid*: 3. Muriel de Zapardiel. *Segovia*: 4. Donhierro.

ESPADAS Y PUÑALES. CAMPANIFORME-BRONCE ANTIGUO



6.15. Mapa con las espadas y puñales del Calcolítico campaniforme y del Bronce Antiguo en la Meseta Norte. *Salamanca*: 1. Cerralbo, 2. San Morales, 3. Aldeavieja de Tormes. *Ávila*: 4. Aldea del Rey Niño. *Segovia*: 5. Fuente de Santa Cruz. *Valladolid*: 6. Fuente Olmedo, 7. Arrabal de Portillo. *Zamora*: 8. Villabuena del Puente, 9. Almeida de Sayago, 10. Montamarta, 11. Aspariegos, 12. Benavente, 13. Pinilla de la Valdería. *León*: 14. Peredilla, 15. Sabero. *Palencia*: 16. Celada de Robledo, 17. Calzadilla de la Cueva, 18. Paredes de Nava. *Burgos*: 19. Burgos, 20. Villalmanzo. *Soria*: 21. Santervás de la Sierra, 22. Villar del Ala, 23. Pobar, 24. Villar del Campo, 25. Arancón (2), 26. Villalba, 27. Fuencaliente de Medina.

Durante el Bronce Antiguo y Medio predominan las espadas y los puñales cuya procedencia exacta se desconoce, lo que invalida cualquier intento de conocer cómo evoluciona la consideración que se tiene hacia estas armas. Continúan depositándose en varias tumbas de los últimos compases del mundo campaniforme, ya en el Bronce Antiguo, pero se conocen pocas tumbas posteriores y en ellas no aparecen los puñales. Así mismo contamos de nuevo con un caso aislado de deposición en un contexto fluvial, en el cauce del río Valderaduey o en sus proximidades, que tampoco permite ser concluyentes al interpretar tan escasas evidencias.

El Bronce Final nos depara, pese a continuar predominando las piezas cuyo origen exacto desconocemos, varios ejemplos de que se ha producido un cambio en el

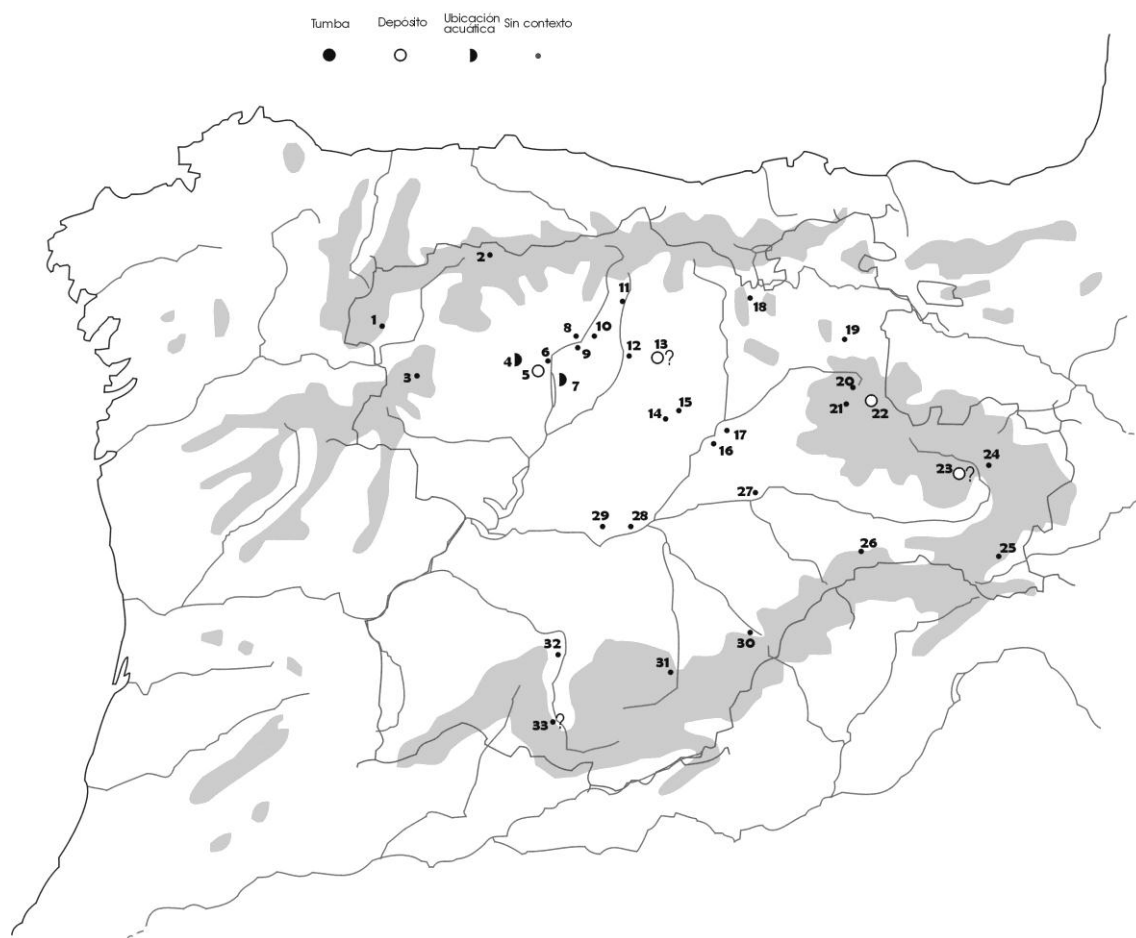
comportamiento de las gentes prehistóricas (fig. 6.16). Encontramos dos espadas pistiliformes recogidas con seguridad en los cauces de ríos del norte de la Submeseta –en Veguellina de Órbigo y el río Esla– (Fernández Manzano 1986, Bellido 1994: 199), evidencia indudable de la mayor importancia de la realización de ofrendas a las aguas. Y al mismo tiempo se recogen varias espadas dentro de los denominados depósitos o escondrijos de objetos de metalistería.

Visto el panorama de hallazgos tal como se mantiene en la actualidad, nos encontramos en torno al año 1200 AC ante un comportamiento que aún la creencia en el papel simbólico de las aguas con el significado que por su parte aportan las armas como elemento de prestigio y categoría. Las armas contarían con un gran valor para destacar a determinados individuos dentro del grupo (más evidente durante el Calcolítico por su presencia en las tumbas), pero también hacia el exterior, en la relación con otros grupos. Dentro de este marco cobra especial relevancia la adopción de modelos de espadas y puñales llegados desde zonas alejadas de Europa y su corto periodo de vigencia en algunos casos.

Así en los periodos anteriores al Bronce Final las espadas recogidas en medios acuáticos son excepcionales y, aunque podrían ser indicio de la existencia anterior de un culto a las aguas, no cuentan con otros indicios que confirmen la existencia de este tipo de rituales. Sólo durante esta fase se tiene la certeza de que se arrojan espadas a los ríos de la Submeseta Norte y también de otras zonas de la Península, sobre todo en su mitad occidental, como manifestación de la participación de una serie de tradiciones propias de la Europa atlántica (Bradley 1990: 97).

Esta situación aunque podría justificar la deposición de los muertos en los ríos durante el Bronce Final hace dudoso aceptar tal comportamiento para los momentos anteriores. Y en realidad el cambio en el tipo de enterramiento se reconoce ya desde el Bronce Antiguo. Si el papel de las espadas como elemento de prestigio se mantiene durante toda la Edad del Bronce, como aparentemente parece ocurrir, la aceptación de un tratamiento funerario relacionado con la colocación de los cuerpos en los ríos pasa por confirmar que durante todo ese periodo existen ofrendas fluviales de forma continuada. Sin embargo, los datos actuales obligan a admitir que este tipo de ofrendas sólo se generaliza desde el siglo XIV AC y no antes (Ruiz-Gálvez 1995: 136).

ESPADAS Y PUÑALES. BRONCE MEDIO-FINAL



6.16. Mapa con las espadas y puñales de la Edad del Bronce Medio y Final en la Meseta Norte. *León*: 1. Villafranca del Bierzo, 2. Oblanca, 3. La Cabrera, 4. Veguellina de Órbigo, 5. Valdevimbre (2), 6. Ardón, 7. Río Esla, 8. Villasabariego, 9. Lancia, 10. Villaverde de la Chiquita, 11. Mondreganes, 12. Cea. *Palencia*: 13. Saldaña, 14. Frechilla, 15. Paredes de Nava, 16. Tariego, 17. Villaviudas (2). *Burgos*: 18. Humada, 19. Santa Olalla de Bureba, 20. Cabañas de Juarros, 21. Quintanilla de las Viñas, 22. Huerta de Arriba (3). *Soria*: 23. Ocenilla, 24. Garra, 25. Yuba, 26. Los Tolmos de Caracena. *Valladolid*: 27. Bocos de Duero, 28. Carricastro (Tordesillas), 29. San Román de la Hornija. *Segovia*: 30. Segovia. *Ávila*: 31. Cardenosa. *Salamanca*: 32. Villagonzalo de Tormes, 33. El Tejado (El Berrueco).

Otra posibilidad, defendida por Esparza (1990), es que se proceda a depositar los cuerpos dentro de cuevas y antiguos megalitos. Esta interpretación enlazaría con antiguos comportamientos que no se habrían perdido. Desde este punto de vista parece admisible mantener estos lugares comunes para los muertos, del mismo modo que podían serlo las aguas de los ríos. Además no estarían reñidas ambas manifestaciones funerarias, puesto que los megalitos se concentran en el Suroeste de la Meseta, mientras las cuevas se agrupan en el Noreste.

Ahora bien, chocamos por el momento con el problema de que se trata de contextos muy conflictivos. La mayoría son lugares conocidos desde hace ya mucho tiempo y cuya excavación apenas se haya documentada. Los dólmenes carecen de restos

óseos por las especiales características litológicas y sus materiales se encuentran revueltos y fragmentados (ídem: 114-6). Sin embargo, en la reciente excavación del dolmen del Prado de las Cruces (Bernuy-Salineró, Ávila) se ha podido comprobar que los materiales tipo Cogotas se reducían a unos pocos fragmentos (25) posiblemente pertenecientes a dos únicos vasos, que se concentraban en apenas 6 m² al Oeste-Suroeste del túmulo, pese a lo revuelto que se encontraba todo el ajuar del monumento (Fabián 1997: 65 y 110). Aunque falta la correspondencia con restos óseos, cabe inferir que los vasos no podrían pertenecer a un número elevado de individuos –tal vez el ajuar de una sola tumba–, e incluso pueden corresponder a ofrendas en un lugar sagrado sin relación con un enterramiento.

Nos inclinamos a aceptar esta segunda posibilidad para interpretar las cerámicas del Bronce Final encontradas en los dólmenes: su consideración como santuarios y no como cementerios. En primer lugar, los pocos enterramientos conocidos del Bronce Medio-Final no suelen contar con ajuar cerámico ni de ningún otro tipo. En segundo, el puñal de hoja pistiliforme recogido en el posible dolmen de La Alberca (Fuencaliente de Medina, Soria) (Jimeno y Fernández Moreno 1992a: 95) es un tipo de arma que tiene explicación sólo en contextos rituales de carácter sacro similares a santuarios, pero no en tumbas (Bellido 1994: 199-200). Tampoco parece que los materiales cerámicos de estilo Cogotas I encontrados en los dólmenes formaran parte de ningún ajuar funerario (Delibes 2000-2001: 302-3).

Al mismo tiempo el carácter sepulcral de las grutas no está claramente unido al momento de presencia humana durante el Bronce Medio-Final (Esparza 1990: 111-3). Las cuevas sepulcrales con vasos de tipo Cogotas se concentran en el norte de Burgos, Soria y Palencia, dentro de un fenómeno común a un área que comprende también La Rioja, el País Vasco y Navarra. Dentro del País Vasco las excavaciones más recientes han certificado que los enterramientos colectivos pertenecen al final del Neolítico y al Calcolítico, y aunque se encuentran algunas tumbas posteriores –hasta de la I Edad del Hierro– se trata de enterramientos menos numerosos e individuales (Armendariz 1990: 155-6). A la espera de que se produzcan trabajos de campo modernos en las cuevas del norte de la Submeseta Norte, no puede descartarse que si hay enterramientos del Bronce Final, sean individuales o que los restos óseos sean de una época anterior y los vasos tipo Cogotas correspondan a ofrendas dentro de un área de santuario, como en Solacueva de Lacoizmonte (Llanos 1991).

Sea cual sea éste, la ejecución de un ritual funerario común que tiene una nula plasmación en el registro arqueológico parece mostrar la desaparición de la tensión social

que manifiestan las tumbas con vasos campaniformes. De nuevo prevalece un mismo procedimiento funerario para todos los miembros de una misma comunidad. Tan sólo pudo romper tal homogeneidad la presencia de elementos metálicos en los ríos a partir del siglo XIV AC, en el caso de que correspondieran a difuntos socialmente destacados, coincidiendo con un incremento de los contactos e interrelaciones entre comunidades de todo el área atlántica. Si se aceptase esto como muestra de un ritual funerario, no supondría una separación del ritual funerario común, sino tan sólo una mayor ostentación y exhibición de elementos materiales poco frecuentes.

Pero este panorama uniforme donde predomina un ritual que no deja evidencias materiales nos coloca en una mala posición para tratar de justificar el hallazgo de unas pocas tumbas que se han excavado en algunos yacimientos del Bronce Medio y Final. Son enterramientos sin arquitecturas monumentales, dispuestos en fosas ocultas a la vista y probablemente sin ningún elemento de señalización exterior que los diferencie de otros muchos hoyos próximos dentro del mismo poblado. Estas fosas con inhumaciones son un ritual funerario excepcional para este periodo (González-Tablas y Fano 1994: 101) y su explicación pasa por tomarlas como respuesta a un comportamiento minoritario dentro de las costumbres de este periodo.

No resulta extraño que se adopten distintos modos funerarios para diferentes categorías de individuos dentro de una misma cultura. Muchas culturas ofrecen ejemplos de estas variaciones. Entre los ostiak de Obdorsk (Asia noroccidental) el país de los muertos se dispone más allá de la desembocadura del río Ob en el océano y, no lejos de este mundo, existen tres caminos divergentes que conducen a tres entradas: una para los asesinados, los ahogados, los suicidas, etcétera; otra para los demás pecadores y la tercera para los que han llevado una vida normal (Gennep 1986: 163). Los haida (costa oeste de Norteamérica) reconocen por su parte destinos diferentes para los ahogados, los fallecidos de muerte violenta, los chamanes, etc. (idem: 168).

Parecidas diferencias reflejan los rituales de mayas y nahuas, en Mesoamérica. Frente a la cremación usada generalmente, sólo se inhumaban quienes tenían una "muerte sagrada", es decir, morían por parto o eran niños aún no destetados. Asimismo los ahogados, fulminados por un rayo o que habían perecido por alguna enfermedad de tipo acuático (gota, lepra, bubas, hidropesía) se pensaba que habían sido elegidos por el dios de la lluvia para servirle en su región sagrada; en tal caso también recibían un tratamiento especial. Junto a los anteriores existían además diferentes procedimientos para con los ahorcados, los guerreros fallecidos en batalla o en prisión y los sacrificados (Garza 1998: 41-2). Similares distinciones hacia personajes especiales –salvando las diferencias

culturales– se han hecho durante la Edad del Hierro en Francia y Gran Bretaña (Esparza 1990: 133).

No pueden generalizarse las mismas categorías de muertos para todos los pueblos, aunque se reconocen algunas pautas significativas, como respecto a los ahogados, los suicidas y los fallecidos en combate. De este modo habría que tratar de sistematizar los pocos restos de inhumados en fosa analizando en detalle las causas de la muerte en cada caso, así como las razones existentes para agrupar en una misma sepultura a dos o tres individuos.

Por ahora para parte de este grupos de enterramientos de Cogotas I se han reconocido evidencias de violencia en los cadáveres: posiciones que reflejan que los cuerpos fueron arrojados descuidadamente al fondo de la fosa y restos de sogas en torno al cuello. En El Cerro (La Horra, Burgos) había un individuo enterrado dentro de una fosa en el que destacaba su postura forzada que hace pensar a sus excavadores en que se encontrase atado o sus miembros hubieran sido desarticulados (Palomino y otros 1999: 26). Lo mismo se atribuye a uno de los inhumados en el yacimiento de Las Vegas (Jabares de los Oteros, Leon): un niño de unos doce años, con una postura forzada y que carecía de brazos y su cabeza había sido arrancada (Rodríguez Marcos y otros 1999).

Estos individuos con los que se siguen distintos rituales son en muchos casos peligrosos para los vivos, puesto que no pueden penetrar en el mundo de los muertos y "desearían reagregarse al mundo de los vivos, y al no poder hacerlo, se comportan para con él como extranjeros hostiles" (Gennep 1986: 173). En este contexto, los peculiares ritos de los funerales que reciben tienen una finalidad eminentemente práctica: desembarazarse de sus espíritus que se han convertido en enemigos eternos. Un ejemplo sumamente significativo es la fosa que constituía la tumba de seis individuos, cuatro de los cuales habían sido heridos por flecha –sin duda en condiciones violentas y que parecían haber causado su muerte–, encontrada en el poblado calcolítico abulense del Cerro de la Cabeza (Fabián 2003: 47).

Esos pudieron ser casos extremos de repulsa hacia el comportamiento del difunto o las condiciones de su muerte, pero no todas las tumbas responderían al mismo tipo. En otras ocasiones la colocación en posición fetal e incluso la presencia de vasos y otros elementos de ajuar ha de responder a una actitud bien distinta, aunque de nuevo alejada del común de sus contemporáneos.

Un último grupo de evidencias funerarias corresponde a restos humanos incompletos. En algunas fosas madrileñas se han encontrado una mano en conexión

anatómica (Perales del Río, Getafe) y cinco incisivos y un fragmento de cráneo (Rivas-Vaciamadrid) (Blasco 1987: 100-1). Este hecho no puede considerarse exclusivo del Bronce Medio-Final, puesto que se conoce el hallazgo de fragmentos de fémur en una fosa de un asentamiento calcolítico en Madrid y, dentro de la Meseta Norte, de un cráneo en el fondo de la cabaña de Los Itueros (Santa M^a del Arroyo, Ávila), de otros tres más en la base de un hoyo de Los Cercados (Mucientes, Valladolid) y de una tibia y un peroné humanos dentro de una profunda fosa en Orosordo (Maello, Ávila), los tres yacimientos fechados en el calcolítico precampaniforme (Bellido 1996: 45; Fabián 2003: 47).

Se trataría de una creencia que acompaña a las gentes de la Meseta durante todo este amplio periodo de la prehistoria. Son enterramientos secundarios, y quizás en ocasiones primarios debidos a amputaciones, relacionados con la creencia en el poder mágico de estas partes del cuerpo como amuletos, talismanes o para conseguir determinados conjuros y exorcismos. Igual que las inhumaciones parciales, los enterramientos de personajes fallecidos de forma atípica que rompen con el ritual generalizado habrían sido una costumbre asentada al menos desde el Calcolítico al Bronce Final.

7. CONSIDERACIONES FINALES

A lo largo de todo este trabajo he pretendido, más que dar respuestas, plantear posibilidades. Cuando realicé mi Memoria de Licenciatura (Bellido 1996) me ocupé básicamente de recopilar información y, al mismo tiempo, interpretaciones. Muchas de estas habían sido ya planteadas por otros autores para otros lugares u otros momentos de la prehistoria, pero en esta ocasión he querido avanzar algún paso en mi propia dirección.

La intención que subyace en todas estas páginas es la de ofrecer nuevas formas de pensar los problemas. La investigación no puede reducirse a dar vueltas siempre en torno a las mismas cosas, sino que debe indagar en los aspectos ignorados. Mis hipótesis no se presentan por supuesto como definitivas, ni como afirmaciones irrefutables, sino que tratan de abrir nuevas ventanas que ayuden a cambiar el modo de pensar la prehistoria. Al menos una pequeña parcela de la prehistoria.

He intentado considerar el amplio intervalo que va desde el 5500 al 1000 AC como un bloque que tiene cierta entidad en sí mismo: que quedase de manifiesto que existen unas pautas que se mantienen constantes o con cambios muy paulatinos. Me gustaría que se hubiera podido ver todo este periodo como un proceso en el que los pasos que se van dando en el devenir histórico están bien asentados en lo anterior. Existen periodos largos de “estasis” y otros más rápidos de cambio evolutivo, lo que quiere decir que el cambio no es constante. E incluso en los periodos de “estasis” se producen cambios menores (Martínez Veiga 1985: 21).

Pero sin duda los cambios existen y se pueden apreciar en todas las manifestaciones de la cultura. Empezando por la cultura material, se van transformando los motivos de las decoraciones, pero a la vez surgen nuevos objetos con nuevas funciones o que perfeccionan el rendimiento de los anteriores. En este sentido no se trata sólo de un avance tecnológico: de la piedra al metal o del cobre al bronce o de lo más simple a lo más complejo. No es un determinismo evolutivo o un proceso lineal, sino que se dan variaciones determinadas por la necesidad de adaptarse a diferentes circunstancias. Sahlins y Service (1960) hablan de cómo cada cultura particular cambia de un modo específico para adaptarse a sus circunstancias particulares, por encima de una evolución general y fuera de leyes apriorísticas (Martínez Veiga 1985: 17-8).

No se trata, por ejemplo, de que cuando en un momento concreto se conoce el bronce, todos los útiles comiencen a fundirse en esta aleación y se abandone el cobre. La novedad no se aplica de forma generalizada ni sistemática sobre todos los objetos metálicos (Delibes, Fernández Manzano y Herrán 1999: 88).

Esta ausencia de determinismo se ve con mayor claridad en otras facetas de las sociedades prehistóricas que hemos analizado. Estamos ante un periodo relativamente homogéneo de la prehistoria, con la suficiente entidad como para ser considerado un bloque, pero al mismo tiempo lo encontramos cuajado de cambios que van disponiendo en torno al año 1000 AC un panorama bien distinto del que existía en su inicio.

El Neolítico Final se presenta con una sociedad de pequeñas unidades donde predomina el acceso autónomo a los medios de producción y en la que resultan fundamentales los vínculos familiares en la cohesión del grupo. Esto último se aprecia de forma especial en los enterramientos colectivos, tanto por aglutinar a numerosos individuos en un mismo espacio como por la posición de las tumbas monumentales dominando el paisaje. Existen intercambios que afectan a muchos materiales, aunque los de más lejana procedencia corresponden a elementos de adorno (conchas y piedras semipreciosas) y objetos de valor religioso.

Las tumbas colectivas continúan al comienzo del III milenio AC, pero estamos ya en un periodo de variaciones importantes. Se intensifica la presencia humana sobre la región, ocupándose nuevas zonas y fundándose mayor número de poblados. La preocupación por el territorio se traduce en la aparición de asentamientos sobre posiciones defensivas, como cerros y otras zonas elevadas, que responderían a una creciente tensión entre los grupos humanos. Están apareciendo las primeras jefaturas. Se encuentran tumbas individuales, primero en el centro del valle del Duero (Valladolid, Zamora y zonas aledañas) y después en toda la cuenca. Dentro de estas sepulturas se disponen elementos de ostentación individual (adornos de oro y armas).

Los cambios sociales coinciden con la existencia de excedentes de producción, que vendrían favorecidos por el comienzo del aprovechamiento de la fuerza de tracción del ganado vacuno y equino, acompañados a su vez de una paulatina degradación del paisaje arbóreo y un creciente predominio de praderas y tierras de cultivo. Otra vertiente de producción excedentaria sería la explotación dispersa y a pequeña escala del cobre, en estos tiempos en trincheras a cielo abierto.

Siguen existiendo además los intercambios, pero se intensifican desde el 2400 AC. Afectan a elementos de adorno (botones de hueso y marfil) y otros de valor religioso

(ídolos), junto a vasos de estilo campaniforme y al metal. En la segunda mitad del III milenio se nota también la construcción de cabañas más grandes, seguramente debido a la compartimentación de su interior, con una especialización espacial en diversas actividades. Y a la vez se encuentran silos subterráneos mayores que en el periodo anterior. A una escala más amplia, la población parece concentrarse y disminuye el número de asentamientos. También de hacia 2400-2000 serían la mayoría de estelas que jalonan algunas zonas periféricas de la meseta Norte.

Las imágenes de los ídolos, que durante el final del Neolítico se depositaban sólo en los ámbitos sepulcrales y en de los santuarios rupestres, se encuentran también desde el comienzo del Calcolítico dentro de los poblados representadas sobre la superficie de los vasos cerámicos. El arte esquemático que tendría su auge hasta el año 2000 AC, se rarifica después. Lo que sí tiene continuidad durante el III II milenios son las ofrendas rituales a las aguas, así como aquellas otras depositadas en el interior de cuevas y hoyos, posiblemente con un sentido propiciatorio orientado a favorecer la fertilidad de campos y ganados.

Desde los primeros siglos del II milenio las manifestaciones rituales de ídolos y la frecuentación de los santuarios rupestres parecen desaparecer, aunque no por completo como se puede ver en algunas cuevas y sepulcros megalíticos. También se rarifican las tumbas, pudiendo corresponder las conocidas a individuos muertos en circunstancias especiales, que motivarían un tratamiento distinto al del resto de la comunidad.

En el periodo 1700-1000 AC el poblamiento se hace más complejo, se intuye la existencia de comunidades que controlan territorios más amplios y con una subordinación o dependencia de los poblados en llano respecto a otros en emplazamientos elevados y bien defendidos. La explotación del medio mantiene y acrecienta el predominio de la vegetación no-arbórea. También se intensifica el trabajo minero, encontrándose ahora ya menor número de explotaciones pero de mayor extensión y con galerías subterráneas. El metal gana importancia en los intercambios, aun manteniéndose el movimiento de algunos vasos cerámicos, y destacan ahora las ocultaciones con gran cantidad de objetos de bronce.

La ostentación manifestada antes en las tumbas, desaparece. Un poblamiento poco destacado y que ha dejado escasas evidencias monumentales sobre el paisaje se combina con la falta de tumbas donde las élites hagan ostentación de su poder. En el ámbito social este comportamiento se diluye en otros sistemas coercitivos de mantenimiento del control, que tienen menor reflejo arqueológico y que trascienden

más hacia fuera del grupo, teniendo su fundamento en las relaciones exteriores –cobra importancia el intercambio de manufacturas de bronce.

El final del periodo representa un cambio radical, tal vez propiciado por la llegada de un nuevo metal que invalida las antiguas redes de contactos –el hierro–, junto a un cambio climático que pudo perjudicar al mantenimiento de una agricultura en ajustado equilibrio con el medio, obligando a una fuerte reestructuración. La adaptación de la sociedad tuvo que afectar entonces a demasiados aspectos de la cultura.

Las investigaciones actuales tienen abiertos muchos frentes. En el capítulo sobre historiografía hemos visto que hay numerosos temas que interesan: las relaciones a larga distancia, los intercambios, la formación de las jefaturas, los medios de control del poder, la explotación del medio, las técnicas metalúrgicas, los rituales funerarios... Y seguramente nunca ha habido tantos especialistas dedicados a estudiarlos.

A la intensificación investigadora se une la gran cantidad de excavaciones y prospecciones realizadas ahora y en los últimos lustros. Los Inventarios que registran los yacimientos arqueológicos están casi terminados en el territorio de la Meseta Norte. Las excavaciones agujerean también yacimientos por todas las provincias.

Mas, sin embargo, la mayoría de esa cantidad ingente de información permanece a la espera de análisis. Revisando el apéndice dedicado a los yacimientos principales de la Meseta, se puede ver que pocos de ellos cuentan con monografías exhaustivas. A lo sumo habrán visto la luz en algún artículo, además de la inevitable reseña en la revista *Numantia*. Esta es la primera tarea pendiente para los años venideros: asegurar que los datos conseguidos en los trabajos arqueológicos, al menos en los más relevantes, sirvan para avanzar en el conocimiento de las formas de vida prehistóricas. Pero las empresas que excavan y prospeccionan cobran sólo por el trabajo de campo y aunque en ocasiones sus componentes publican artículos, están constreñidos por las limitaciones que impone la dedicación de su tiempo.

Además hay que tener presente que las empresas de arqueología no tienen por qué adoptar en sus intervenciones planteamientos acordes con la investigación. De hecho sólo se comprometen a la excavación, documentación (planimétrica, fotográfica y escrita), tratamiento de los materiales (limpieza, siglado, inventario y embalaje) y elaboración de un informe técnico. Esto les separa de los investigadores (ya estén adscritos a centros de investigación, de enseñanza, a museos o departamentos de la Administración), que desarrollan por lo general sus propios proyectos, siguiendo líneas independientes que dirigen y controlan de principio a fin. Buscan obtener datos de

primera mano que respondan a una metodología bien planificada y con unos objetivos concretos.

Se configuran así dos ámbitos separados, que inevitablemente entran en conexión repetidas veces, pero que actúan sin coordinación. Cada uno tiene intereses diferentes y eso a la larga supone una pérdida de oportunidades de trabajar en la misma dirección.

El resultado es un panorama desigual en el conocimiento de la prehistoria de la Meseta. Por ejemplo, se ha avanzado mucho en la caracterización de los poblados denominados “campos de hoyos”, mientras que los enclaves en alto (determinados en este caso por su lejanía al trazado de las vías de comunicación o a las zonas urbanizables) permanecen rezagados en la investigación. Otros yacimientos han polarizado las investigaciones más profundas, en concreto cuevas y enterramientos megalíticos, con la peculiaridad de tratarse, las más de las veces, de contextos rituales –funerarios o sacros– donde se desarrollan actividades puntuales y que sólo reflejan parcialmente la vida en tiempos prehistóricos. Y es inevitable que el trabajo de campo determine el avance de los estudios.

Desde el punto de vista de las publicaciones, sigue primando la cultura material. La preocupación básica suele ser la descripción dentro de esquemas tipológicos funcionalistas y la de ajustar los objetos a las etapas ya establecidas (Blanco 2002: 343). Para ello, nada más sencillo que la búsqueda de paralelos trazando amplias redes que relacionan todos los yacimientos conocidos, haciéndose cada vez más extensa la relación de estos. La consecuencia es la consolidación de una imagen en la que priman los compartimentos estancos, lo que a su vez dificulta la comprensión de lo que ocurre en los periodos largos y de cómo se producen los cambios. Un ejemplo muy claro es el de las fases campaniforme y Bronce Antiguo, generalmente concebidas como momentos separados sobre la base de la presencia o ausencia de un elemento concreto del ajuar prehistórico. Estando dotado éste además de un significado simbólico y social muy fuerte que le relega de determinados espacios y refuerza su presencia en otros.

También importantes son los objetos metálicos, por ejemplo, para el estudio del Bronce Final, por más que se conozca muy poco del control de su producción, de las formas de obtención de la materia prima, de la manufactura de los productos acabados y de los mecanismos por los que se difunden desde las zonas mineras al resto de la Meseta.

Habrà que empezar a ver la cultura material no como útiles *fósiles-guía* que permitan determinar una descripción cronológica aproximada, sino como objetos con

una utilidad y una variabilidad que responde a causas concretas: funcionalidad, contextos, variaciones espaciales, evolución paulatina, influjos externos... La mayoría de sociedades clasifican sus vasijas en categorías funcionales y habría que indagar siguiendo esta línea y trascender las clasificaciones morfológicas y por decoraciones.

La caracterización de las “culturas” prehistóricas ha de superar la mera asociación de éstas con unas determinadas manifestaciones materiales. Habrá que valorar otros aspectos, como los modelos de poblamiento, las estructuras sociales o el empleo de delimitadores territoriales simbólicos.

Esto nos introduce en uno de los puntos donde menos se ha trabajado: la explotación económica del territorio circundante en cada uno de los poblados y en ámbitos comarcales. Hasta ahora los análisis polínicos y faunísticos han indicado en algunos de ellos qué especies vegetales y animales se aprovechaban y parcialmente el modo en que se hacía, pero no se indaga en las posibilidades reales del entorno ni en las necesidades de cada grupo y cómo se satisfacían éstas. Ya Fernández-Posse (1998: 239-41) ha llamado la atención sobre la necesidad de realizar estudios territoriales.

Sabemos de la minería en poblados de los alrededores de Ávila, de la obtención de sal en las lagunas de Villafáfila, de la explotación de variscita en la comarca zamorana de Aliste y de la existencia de producciones metálicas propias de determinadas zonas de la Meseta. pero no se ha alcanzado por ahora a profundizar en las consecuencias que ello tiene en las relaciones sociales dentro de cada aldea ni en la relación entre ellas.

Y es que aún se nos resiste el dibujo de las relaciones sociales. Sólo las tumbas y el esbozo de la estructura del poblamiento en zonas concretas nos permiten intuir el surgimiento de sistemas de control por parte de sectores sociales reducidos, pero no alcanzamos a plasmar cómo repercutían éstos en los comportamientos. Este sería otro campo abierto: la indagación en los sistemas que aseguran la reproducción de los mecanismos de control social y de poder, y los procesos por los cuales se van produciendo cambios según va transcurriendo el tiempo.

Dentro de la religión hay que estudiar el sistema de significaciones representadas en los símbolos, puesto que es el sistema que presenta la religión (Geertz 1995: 117), pero intentando ir más allá del estudio de determinados santuarios para así reconstruir sistemas completos. Todos los ritos y sus manifestaciones forman parte de una misma concepción del orden de la existencia, reforzándose unos a otros.

En definitiva, mucho es lo que queda por hacer. Los temas están lejos de agotarse y cuanto más indagamos en ellos, más preguntas se abren. Este trabajo aspira sólo a ser un eslabón dentro de una larga cadena hecha entre todos.

Valladolid, agosto de 2004

PARTE DOCUMENTAL

1. YACIMIENTOS

ÁVILA

Aldea del Rey Niño (Valdeprados)

Campaniforme. Tumba en fosa.

Fabián García, J. F. (1994); Ávila. Arqueología preventiva y de gestión, *Numantia*. Arqueología en Castilla y León, 5, Junta de Castilla y León, Valladolid: 239-46.

Aldeagordillo

Calcolítico Final-Bronce Antiguo. Sepulcros tumulares y poblado.

Eiroa, J. J. (1973); Noticia de un yacimiento de la Edad del Bronce en Aldeagordillo (Ávila), *XII Congreso Nacional de Arqueología (Jaén, 1971)*, Zaragoza: 233-240.

Fabián García, J. F. (1992); El enterramiento campaniforme del túmulo 1 de Aldeagordillo (Ávila), *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, LVIII, Universidad de Valladolid: 97-135.

Fabián García, J. F. (1994); Aldeagordillo. Un importante testimonio para el estudio de la cuestión campaniforme, *Revista de Arqueología*, 157, Madrid: 22-31.

Trancho, G. J., Robledo, B., López-Bueis, I. y Fabián, F. J. (1996); Reconstrucción del patrón alimenticio de dos poblaciones prehistóricas de la Meseta Norte, *Complutum*, 7, Universidad Complutense, Madrid: 73-90.

Fabián García, J. F. (1996); Ávila. Arqueología preventiva y de gestión, *Numantia*. Arqueología en Castilla y León 1993/1994, 6, Junta de Castilla y León, Valladolid: 277-84.

Ávila

Calcolítico.

Fernández Manzano, J., Herrán, J. I., Orejas, A., Hernánsanz, M. y Paradinas, S. (1997); Minería y poblamiento calcolítico en Ávila de los Caballeros. En R. Balbín y P. Bueno (eds.), *Actas del II Congreso de Arqueología Peninsular*, tomo II. Neolítico, Calcolítico y Bronce (Zamora, 1996), Zamora: 527-542.

Ávila (Cerro de la Cabeza)

Calcolítico y Edad del Bronce. Campo de hoyos (una tumba).

Fabián García, J. F. (1999); Ávila. Actividades arqueológicas, *Numantia*. Arqueología en Castilla y León 1995/1996, 7, Junta de Castilla y León, Valladolid: 221-9.

Fabián García, J. F. (2003); Ávila. Actividades arqueológicas, *Numantia*. Arqueología en Castilla y León 1997/1998, 9, Junta de Castilla y León, Valladolid: 271-9.

Ávila (Ermita de Sonsoles)

Campaniforme. Poblado.

Eiroa, J. J. (1970); Un yacimiento de la Edad del Bronce en Sonsoles (Ávila), *Caesaraugusta*, 33-34, Zaragoza: 166-168.

Fabián, J. F. y Larrén, H. (1990); Arqueología preventiva y de gestión (1984-88). Provincia de Ávila, *Numantia*. Investigaciones Arqueológicas en Castilla y León, III, Valladolid: 243-50.

Bercial de Zapardiel (El Tomillar)

Calcolítico Final-Bronce Antiguo. Campo de hoyos (un enterramiento colectivo en fosa).

Fabián García, J. F. (1990); Arqueología de urgencia en Ávila, *Revista de Arqueología*, 111, Madrid: 58-60.

Fabián García, J. F. (1993); Ávila. Arqueología preventiva y de gestión, *Numantia*. Arqueología en Castilla y León 1989/1990, 4, Junta de Castilla y León, Valladolid: 283-94.

Fabián García, J. F. (1994); Ávila. Arqueología preventiva y de gestión, *Numantia*. Arqueología en Castilla y León, 5, Junta de Castilla y León, Valladolid: 239-46.

Fabián García, J. F. (1995); *El aspecto funerario durante el Calcolítico y los inicios de la Edad del Bronce en la Meseta Norte*, Acta Salmanticensia, 93, Ediciones Universidad de Salamanca.

Trancho, G. J., Robledo, B., López-Bueis, I. y Fabián, F. J. (1996); Reconstrucción del patrón alimenticio de dos poblaciones prehistóricas de la Meseta Norte, *Complutum*, 7, Universidad Complutense, Madrid: 73-90.

Bernuy-Salineró (dolmen del Prado de las Cruces)

Neolítico Final y Calcolítico. Sepulcro colectivo megalítico.

Fabián García, J. F. (1988); El Dolmen del Prado de las Cruces (Bernuy Salineró, Ávila), *Revista de Arqueología*, 86, Zugarto Ediciones, Madrid: 32-44.

Fabián, J. F. y Larrén, H. (1990); Arqueología preventiva y de gestión (1984-88). Provincia de Ávila, *Numantia*. Investigaciones Arqueológicas en Castilla y León, III, Valladolid: 243-50.

Fabián García, J. F. (1997); *El dolmen del Prado de las Cruces (Bernuy-Salineró. Ávila)*, Memorias. Arqueología en Castilla y León, 5, Junta de Castilla y León, Zamora.

Cardenosa (El Castillo)

Bronce Medio. Poblado.

Cabré Aguiló, J. (1930); *Excavaciones de Las Cogotas. Cardenosa (Ávila). I. El Castro*, Memorias de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades, nº 110, Madrid.

Naranjo González, C. (1984); El Castillo de Cardenosa. Un yacimiento de los inicios de la Edad del Bronce en la sierra de Ávila (excavaciones realizadas por J. Cabré en 1931), *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 19, Madrid: 35-84.

Cardenosa (Las Cogotas)

Bronce Final. Poblado.

Cabré Aguiló, J. (1930); *Excavaciones de Las Cogotas. Cardenosa (Ávila). I. El Castro*, Memorias de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades, nº 110, Madrid.

La Colilla (La Cantera de Hálagas)

Calcolítico. Poblado (cabañas).

Fabián García, J. F. (1994); Ávila. Arqueología preventiva y de gestión, *Numantia*. Arqueología en Castilla y León, 5, Junta de Castilla y León, Valladolid: 239-46.

Diego Álvaro (Peña del Bardal)

Calcolítico. Poblado.

Gutiérrez Palacios, A. (1962); El poblado eneolítico de La Peña del Bardal. Diego Álvaro (Ávila). Campaña de 1958, *VII Congreso Nacional de Arqueología* (Barcelona, 1960), Zaragoza: 162-8.

López Plaza, S. (1987); El comienzo de la metalurgia en el S.O. de la cuenca del Duero, *El origen de la metalurgia en la península Ibérica*, tomo II, Instituto Universitario José Ortega y Gasset-Universidad Complutense de Madrid, Oviedo: 52-65.

Maello (Orosordo)

Calcolítico. Hoyo (con restos humanos).

Fabián García, J. F. (1999); Ávila. Actividades arqueológicas, *Numantia*. Arqueología en Castilla y León 1995/1996, 7, Junta de Castilla y León, Valladolid: 221-9.

Mingorría (La Gravera de Puente Viejo)

Bronce Medio. Campo de hoyos.

González-Tablas Sastre, F. J. (1984-85); Protocogotas o el bronce medio de la Meseta: La Gravera de "Puente Viejo" (Ávila); *Zephyrus*, XXXVII-XXXVIII, Universidad de Salamanca: 267-76.

González-Tablas, F. J. y Larrén, H. (1986); Un yacimiento del Bronce Medio en Zorita de los Molinos (Mingorría, Ávila), *Cuadernos Abulenses*, 6, Ávila: 61-80.

Fabián García, J. F. (1990); Arqueología de urgencia en Ávila, *Revista de Arqueología*, 111, Madrid: 58-60.

Fabián, J. F. y Larrén, H. (1990); Arqueología preventiva y de gestión (1984-88). Provincia de Ávila, *Numantia*. Investigaciones Arqueológicas en Castilla y León, III, Valladolid: 243-50.

Fabián García, J. F. (1993); Ávila. Arqueología preventiva y de gestión, *Numantia*. Arqueología en Castilla y León 1989/1990, 4, Junta de Castilla y León, Valladolid: 283-94.

López Sáez, J. A. y Blanco González, A. (e.p.); El paisaje de una comunidad agraria en el borde de la Cuenca del Duero: análisis paleopalinológico del yacimiento Protocogotas de la Gravera de Puente Viejo (Mingorría, Ávila), *Zephyrus*, Universidad de Salamanca.

Mironcillo (túmulo de La Dehesa de Río Fortes)

Neolítico y Calcolítico. Sepulcro colectivo.

Estremera Portela, S. y Fabián García, J. F. (2002); El túmulo de La Dehesa de Río Fortes (Mironcillo, Ávila): primera manifestación del Horizonte Rechaba en la Meseta Norte, *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, LXVIII, Universidad de Valladolid: 9-41.

López Sáez, J. A. (2002); Análisis Paelopalinológico del yacimiento Dehesa de Río Fortes (Mironcillo, Ávila), *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, LXVIII, Universidad de Valladolid:42-8.

Muñana (Las Zorreras)

Bronce Medio y Final. Campo de hoyos.

Fabián García, J. F. (1993); Ávila. Arqueología preventiva y de gestión, *Numantia*. Arqueología en Castilla y León 1989/1990, 4, Junta de Castilla y León, Valladolid: 283-94.

Muñogalindo (La Peña del Águila)

Calcolítico. Poblado.

López Plaza, M^a S. (1974); Materiales de la Edad del Bronce hallados en Muñogalindo (Ávila), *Zephyrus*, XXV, Universidad de Salamanca: 121-143.

López Plaza, M^a S. (1975); Morillos y objetos de culto de la Edad del Bronce hallados en Muñogalindo (Ávila), *XIII Congreso Nacional de Arqueología (Huelva, 1973)*, Zaragoza: 499-506.

López Plaza, S. (1976); Informe de la excavación en “La Peña del Águila”. Muñogalindo (Ávila), *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 5. Prehistoria, Madrid: 287-92.

López Plaza, S. (1987); El comienzo de la metalurgia en el S.O. de la cuenca del Duero, *El origen de la metalurgia en la península Ibérica*, tomo II, Instituto Universitario José Ortega y Gasset-Universidad Complutense de Madrid, Oviedo: 52-65.

Muñopepe (Fuente Lirio)

Calcolítico. Poblado con cabaña.

Fabián García, J. F. (1999); Ávila. Actividades arqueológicas, *Numantia*. Arqueología en Castilla y León 1995/1996, 7, Junta de Castilla y León, Valladolid: 221-9.

Fabián García, J. F. (2003); El calcolítico en el suroeste de la meseta norte: Fuente Lirio (Muñopepe, Ávila), *Numantia*. Arqueología en Castilla y León 1997-1998, 8, Junta de Castilla y León, Valladolid: 9-50.

Burjachs Casas, F. y López Sáez, J. A. (2003); Análisis paleopalinológico del yacimiento arqueológico de Fuente Lirio (Muñopepe, Ávila), *Numantia*. Arqueología en Castilla y León 1997-1998, 8, Junta de Castilla y León, Valladolid: 51-4.

Riquelme Cantal, J. A. (2003); Estudio de los restos faunísticos recuperados en el yacimiento arqueológico de Fuente Lirio (Muñopepe, Ávila), *Numantia*. Arqueología en Castilla y León 1997-1998, 8, Junta de Castilla y León, Valladolid: 55-62.

Narrillos del Álamo (Alto del Quemado)

Calcolítico. Poblado.

López Plaza, S. (1987); El comienzo de la metalurgia en el S.O. de la cuenca del Duero, *El origen de la metalurgia en la península Ibérica*, tomo II, Instituto Universitario José Ortega y Gasset-Universidad Complutense de Madrid, Oviedo: 52-65.

Niharra (Pared de los Moros)

Calcolítico. Campo de hoyos.

Fabián, J. F. y Larrén, H. (1990); Arqueología preventiva y de gestión (1984-88). Provincia de Ávila, *Numantia*. Investigaciones Arqueológicas en Castilla y León, III, Valladolid: 243-50.

Pajares de Adaja (Valhondo)

Campaniforme. Tumba individual en fosa.

Martín Valls, R. (1971); Hallazgo de cerámica campaniforme en Pajares de Adaja (Ávila), *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, XXXVII, Universidad de Valladolid: 397-406.

Martín Valls, R. y Delibes, G. (1989); *La cultura del vaso campaniforme en las campiñas meridionales del Duero: el enterramiento de Fuente-Olmedo (Valladolid)*, Monografías del Museo Arqueológico de Valladolid, 1, Junta de Castilla y León, Valladolid (2^a edición aumentada).

Sanchorreja (Los Castillejos)

Bronce Final. Poblado.

Maluquer de Motes, J. (1958); *El castro de Los Castillejos en Sanchorreja (Ávila)*, Seminario de Arqueología de la Universidad de Salamanca, Ávila-Salamanca.

Santa María del Arroyo (Los Itueros)

Calcolítico. Poblado (cabañas).

- Fabián García, J. F. (1993); Ávila. Arqueología preventiva y de gestión, *Numantia*. Arqueología en Castilla y León 1989/1990, 4, Junta de Castilla y León, Valladolid: 283-94.
- Fabián García, J. F. (1994); Ávila. Arqueología preventiva y de gestión, *Numantia*. Arqueología en Castilla y León, 5, Junta de Castilla y León, Valladolid: 239-46.
- Fabián García, J. F. (1995); *El aspecto funerario durante el Calcolítico y los inicios de la Edad del Bronce en la Meseta Norte*, Acta Salmanticensia, 93, Ediciones Universidad de Salamanca.
- López Sáez, J. A. y López García, P. (2003); Análisis palinológico del poblado calcolítico de Los Itueros (Santa María del Arroyo, Valle Amblés, Ávila, España), *Trabalhos de Antropologia e Etnologia*, 43 (1-2), Sociedade Portuguesa de Antropologia e Etnologia, Porto: 171-80.

La Torre (El Cogote)

Bronce Medio. Campo de hoyos.

- Caballero Arribas, J., Porres Castillo, F. y Salazar Cortés, A. (1993); El campo de fosas de “El Cogote” (La Torre, Ávila), *Numantia*. Arqueología en Castilla y León 1989/1990, 4, Junta de Castilla y León, Valladolid: 93-110.

Valdeprados

Calcolítico.

- López Sáez, J. A. y Burjachs, F. (2002); Análisis palinológico de la Fosa de Valdeprados. Una contribución al conocimiento del paisaje calcolítico en el Valle Amblés (Ávila), *Cuadernos Abulenses*, 31, Ávila: 11-23.

BURGOS

Atapuerca (Dolmen del Turumbero de la Cañada)

Neolítico Final. Sepulcro megalítico.

- Moreno Gallo, M. (1997); Nuevas estructuras tumulares en la sierra de Atapuerca (Burgos), *Revista de Arqueología*, 195, Zugarto Ediciones, Madrid: 54-6.
- Pascual Díez, A. C. (1999); Burgos. Actividades arqueológicas, *Numantia*. Arqueología en Castilla y León 1995/1996, 7, Junta de Castilla y León, Valladolid: 231-43.

Barbadillo del Mercado (Los Morcales)

Neolítico Final. Sepulcro tumular.

- Sacristán de Lama, J. D. (1994); Burgos, *Numantia*. Arqueología en Castilla y León, 5, Junta de Castilla y León, Valladolid: 247-60.
- Pascual Díez, A. C. y San Miguel Maté, L. C. (1996); Burgos. Arqueología preventiva y de gestión, *Numantia*. Arqueología en Castilla y León 1993/1994, 6, Junta de Castilla y León, Valladolid: 285-304.
- Rojo Guerra, M. A., Kunst, M. y Palomino Lázaro, A. L. (2002); El fuego como procedimiento de clausura en tres tumbas monumentales de la Submeseta Norte, en M. A. Rojo Guerra y M. Kunst (eds.), *Sobre el Significado del Fuego en los Rituales Funerarios del Neolítico*, Studia Archaeologica, 91, Universidad de Valladolid: 21-38.

Burgos (Cerro del Castillo)

Campaniforme. Poblado.

- Sacristán de Lama, J. D. y Elorza, J. C. (1990); Arqueología preventiva y de gestión (1984-88). Provincia de Burgos, *Numantia*. Arqueología en Castilla y León, III, Valladolid: 251-8.

Cubillejo de Lara [en realidad, en Mecerreyes] (Mazariegos)

Neolítico Final. Sepulcro megalítico.

- Osaba, B., Abásolo, J. A., Uribarri, J. L. y Liz, C. (1971); El dolmen de Cubillejo de Lara de los Infantes (Burgos), *Noticiario Arqueológico Hispano*, XV, Madrid: 109-123.
- Delibes, G. y Rojo, M. A. (1988); En torno al origen del foco megalítico del oriente de la Meseta: de nuevo el sepulcro de Cubillejo de Lara, *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, LIV, Universidad de Valladolid: 5-23.
- Alonso de Martín, J. S. (1994); Mazariegos. El sepulcro de corredor, *Mecerreyes*, 44, Mecerreyes: 8-16.

Estépar (El Vivero)

Bronce Medio. Campo de hoyos.

Uribarri Angulo, J. L. (1977); Los silos de Estépar y Monasterio de Rodilla (Burgos), *XIV Congreso Nacional de Arqueología (Vitoria, 1975)*, Zaragoza: 465-70.
Sacristán de Lama, J. D. (1993); Burgos. Arqueología preventiva y de gestión, *Numantia*. Arqueología en Castilla y León 1989/1990, 4, Junta de Castilla y León, Valladolid: 295-306.

Fuentecén (Las Empedradas)

Bronce Medio. Campo de hoyos.

Palomino Lázaro, A. L. y Rodríguez Marcos, J. A. (1994); El yacimiento arqueológico de “Las Empedradas”: un enclave del Bronce Medio en la Ribera del Duero burgalesa, *Numantia*. Arqueología en Castilla y León 1991/1992, 5, Junta de Castilla y León, Salamanca: 59-71.

La Horra (El Cerro)

Bronce Medio. Campo de hoyos y un enterramiento.

Pascual Díez, A. C. (1999); Burgos. Actividades arqueológicas, *Numantia*. Arqueología en Castilla y León 1995/1996, 7, Junta de Castilla y León, Valladolid: 231-43.

Palomino Lázaro, A. L., Negredo García, M^a J. y Abarquero Moras, F. J. (1999); Cabañas, basureros, silos y tumbas en el yacimiento de El Cerro, La Horra (Burgos): A vueltas sobre el significado de un campo de hoyos en la Edad del Bronce de la Meseta, *Numantia*. Arqueología en Castilla y León 1995/1996, 7, Junta de Castilla y León, Valladolid: 21-41.

Huércemes (Cueva de Valdegoba)

Calcolítico Final-Bronce Antiguo.

Díez, J. C., García, M. A., Gil, E., Jordá, J., Ortega, A. I., Sánchez, A. y Sánchez, B. (1988-89); La cueva de Valdegoba (Burgos). Primera campaña de excavaciones, *Zephyrus*, XLI-XLII, Universidad de Salamanca: 55-75.

Sacristán de Lama, J. D. (1993); Burgos. Arqueología preventiva y de gestión, *Numantia*. Arqueología en Castilla y León 1989/1990, 4, Junta de Castilla y León, Valladolid: 295-306.

Huerta de Arriba

Bronce Final. Depósito.

Martínez Santa-Olalla, J. (1942); Escondrijo de la Edad del Bronce Atlántico en Huerta de Arriba (Burgos), *Actas y Memorias de la Sociedad Española de Antropología, Etnología y Prehistoria*, XVII: 127-164.

Huidobro (El Paso de la Loba)

Edad del Bronce. Sepulcro tumular.

Rojo Guerra, M. (1989); El túmulo protohistórico del Paso de la Loba (Huidobro, Burgos), *Trabajos de Prehistoria*, 46, Madrid: 99-116.

Ibeas de Juarros (Cueva de Atapuerca)

Neolítico, Calcolítico y Edad del Bronce. Poblado, santuario y espacio sepulcral.

Apellániz Castroviejo, J. M^a y Uribarri Angulo, J. L. (1976); *Estudios sobre Atapuerca. I. El Santuario de la Galería del Sílex*, Cuadernos de Arqueología de Deusto, 5, Universidad de Deusto/Diputación Provincial de Burgos, Bilbao.

Apellániz, J. M^a y Domingo Mena, S. (1987); *Estudios sobre Atapuerca (Burgos). II. Los materiales de superficie del Santuario de la Galería del Sílex*, Cuadernos de Arqueología de Deusto, 10, Universidad de Deusto/Diputación Provincial de Burgos, Bilbao.

Clark, G. A. —ed.— (1979); *The North Burgos Archaeological Survey. Bronze and Iron Age Archaeology on the Meseta del Norte (province of Burgos, North-Central Spain)*, Arizona State University, Anthropological Research Papers n^o 19.

Ibeas de Juarros (Cueva del Mirador)

Edad del Bronce. Cueva sepulcral y de habitación.

Vergès, J. M^a, Allué, E., Angelucci, D. E., Cebrià, A., Díez, C., Fontanals, M., Manyanós, A., Montero, S., Moral, S., Vaquero, M. y Zaragoza, J. (2002); La Sierra de Atapuerca durante el Holoceno: datos preliminares sobre las ocupaciones de la Edad del Bronce en la cueva de El Mirador (Ibeas de Juarros, Burgos), *Trabajos de Prehistoria*, 59 (1), CSIC, Madrid: 107-26.

Jaramillo Quemado (campo tumular de La Vega)

Calcolítico-Calcolítico Final. Sepulcros individuales tumulares.

Sacristán de Lama, J. D. y Elorza, J. C. (1990); Arqueología preventiva y de gestión (1984-88). Provincia de Burgos, *Numantia*. Arqueología en Castilla y León, III, Valladolid: 251-8.

Sacristán de Lama, J. D. (1993); Burgos. Arqueología preventiva y de gestión, *Numantia*. Arqueología en Castilla y León 1989/1990, 4, Junta de Castilla y León, Valladolid: 295-306.

Mambrillas de Lara (El Cantarillón)

Bronce Medio.

Pascual Díez, A. C. (1999); Burgos. Actividades arqueológicas, *Numantia*. Arqueología en Castilla y León 1995/1996, 7, Junta de Castilla y León, Valladolid: 231-43.

Modúbar de la Emparedada (Altotero)

Neolítico. Poblado.

Arnáiz Alonso, M. A. y Esparza Arroyo, A. (1985); Un yacimiento al aire libre del Neolítico Interior: el Altotero de Modúbar (Burgos), *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, LI, Universidad de Valladolid: 5-45.

Moradillo de Roa (campo de fútbol)

Calcolítico. Poblado.

Sacristán de Lama, J. D. y Elorza, J. C. (1990); Arqueología preventiva y de gestión (1984-88). Provincia de Burgos, *Numantia*. Arqueología en Castilla y León, III, Valladolid: 251-8.

Nava de Ordunte (pantano de Ordunte)

Neolítico Final y Calcolítico. Poblado y sepulcros megalíticos.

Pascual Díez, A. C. y San Miguel Maté. L. C. (1996); Burgos. Arqueología preventiva y de gestión, *Numantia*. Arqueología en Castilla y León 1993/1994, 6, Junta de Castilla y León, Valladolid: 285-304.

Quintanadueñas (El Blanquillo)

Bronce Final. Campo de hoyos.

Delibes, G. y Esparza, A. (1985); Neolítico y Edad del Bronce, *Historia de Burgos*, tomo I. Edad Antigua, Burgos: 117-77.

Roa de Duero (Carrasalinera)

Bronce Medio. Campo de hoyos.

Pascual Díez, A. C. y San Miguel Maté. L. C. (1996); Burgos. Arqueología preventiva y de gestión, *Numantia*. Arqueología en Castilla y León 1993/1994, 6, Junta de Castilla y León, Valladolid: 285-304.

Roa de Duero (Cerro de Santa Cruz)

Calcolítico. Campo de hoyos.

Herrán, J. I., Iglesias Martínez, J. C. y Palomino Lázaro, A. L. (1993); Intervención arqueológica de urgencia en el yacimiento de la Edad del Cobre de Santa Cruz, *Numantia*. Arqueología en Castilla y León 1989/1990, 4, Junta de Castilla y León, Valladolid: 27-40.

San Martín de Ubierna (Burgos)

Bronce Final. Poblado.

Campillo Cueva, J. (1988); El molde de fundición de San Martín de Ubierna (Burgos), *Kobie*. Paleontología, 17, Diputación Foral de Vizcaya, Bilbao: 275-7.

Santa Cruz de la Salceda (El Pico Romero)

Bronce Antiguo. Poblado.

Rodríguez Marcos, J. A. y Palomino Lázaro, A. L. (1997); Un asentamiento castreño del Bronce Antiguo en la cuenca del Duero: El Pico Romero en Santa Cruz de la Salceda (Burgos), *II Congreso de Arqueología Peninsular* (Zamora, septiembre de 1996). Tomo II. Neolítico, Calcolítico y Bronce, Fundación Rei Afonso Henriques, Zamora: 579-90.

Pascual Díez, A. C. (1999); Burgos. Actividades arqueológicas, *Numantia*. Arqueología en Castilla y León 1995/1996, 7, Junta de Castilla y León, Valladolid: 231-43.

Santo Domingo de Silos (Cueva de San García)

Bronce Medio-Final. Santuario.

Moure Romanillo, J. A. y García-Soto, E. (1986); Los grabados de la cueva de San García (Santo Domingo de Silos, Burgos), *Numantia*. Investigaciones Arqueológicas de Castilla y León, II, Junta de Castilla y León: 193-206.

Santo Domingo de Silos (Castro de Yecla)

Campaniforme y Bronce Final. Poblado.

González Salas, S. (1945); *El castro de Yecla, en Santo Domingo de Silos (Burgos)*, Informes y Memorias, nº 7, Madrid.

Delibes, G., Esparza, A., García-Soto, E., López, J. R. y Mariné, M^a (1988); *La colección arqueológica del padre Saturio González en Santo Domingo de Silos*, Diputación Provincial de Burgos.

Sáseta (Abrigo de Mendandia)

Neolítico.

Pascual Díez, A. C. (1999); Burgos. Actividades arqueológicas, *Numantia*. Arqueología en Castilla y León 1995/1996, 7, Junta de Castilla y León, Valladolid: 231-43.

Sedano (dólmenes)

Neolítico Final. Sepulcros colectivos megalíticos.

Delibes, G., Rodríguez Marcos, J. A., Sanz Mínguez, C. y Val Recio, J. (1982); Dólmenes de Sedano. I. El sepulcro de corredor de Ciella, *Noticiario Arqueológico Hispano*, 14, Ministerio de Cultura, Madrid: 149-96.

Bohigas, R., Campillo, J. y Churrua, J. A. (1984); Carta arqueológica de la provincia de Burgos. Partidos judiciales de Sedano y Villarcayo, *Kobie*. Paleoantropología y Ciencias Naturales, 14, Diputación Foral de Vizcaya, Bilbao: 7-92.

Delibes, G., Rojo, M. y Sanz, C. (1986); Dólmenes de Sedano. II. El sepulcro de corredor de Las Arnillas (Moradillo de Sedano, Burgos), *Noticiario Arqueológico Hispano*, 27, Ministerio de Cultura, Madrid: 7-39.

Delibes, G. y Rojo, M. A. (1992); Ecos mediterráneos en los ajuares dolménicos burgaleses, en P. Utrilla (coord.), *Aragón/Litoral Mediterráneo: intercambios culturales durante la Prehistoria*, Institución Fernando el Calótico, Zaragoza: 383-8.

Delibes, G., Rojo, M. y Represa, J. I. (1993); *Dólmenes de La Lora*. Burgos, Guía Arqueológica, Junta de Castilla y León, Salamanca.

Rojo Guerra, M. A. (1994); La relación hombre/espacio en el horizonte megalítico de La Lora, Burgos, *Trabalhos de Antropologia e Etnologia*, 34 (3-4), Actas del I Congreso de Arqueología Peninsular (Porto, 1993), Porto: 81-98.

Campillo Cueva, J. (1995); Nuevos descubrimientos megalíticos y paramegalíticos en la Honor de Sedano (Burgos), *Kobie*. Paleoantropología, 22, Diputación Foral de Vizcaya, Bilbao: 77-95

Rojo, M. A., Delibes, G., Edo, M. y Fernández Turriel, J. L. (1996); Adornos de calaita en los ajuares dolménicos de la provincia de Burgos: apuntes sobre su composición y procedencia, Actes I Congrès del Neolític a la península Ibèrica. Formació i implantació de les comunitats agrícoles (Gavà-Bellaterra; 27, 28 i 29 de març de 1995), *Rubicatum*, Revista del Museu de Gavà, 1: 239-50.

Delibes, G. y Rojo, M. A. (1997); C-14 y secuencia megalítica en la Lora burgalesa: acotaciones a la problemática de las dataciones absolutas referentes a yacimientos dolménicos, en A. Rodríguez Casal (ed.), , *Actas do Coloquio Internacional O Neolítico Atlântico e as orixes do Megalitismo (Santiago, 1996)*, Universidade de Santiago de Compostela: 391-414.

Delibes, G. y Rojo, M. A. (2002); Reflexiones sobre el transfondo cultural del polimorfismo megalítico en La Lora burgalesa, *Archivo Español de Arqueología*, 75, CSIC, Madrid: 21-35.

Soto de Bureba (Los Llanos)

Bronce Final. Poblado.

Pascual Díez, A. C. (1999); Burgos. Actividades arqueológicas, *Numantia*. Arqueología en Castilla y León 1995/1996, 7, Junta de Castilla y León, Valladolid: 231-43.

Sotoscueva (Cueva de Ojo Guareña)

Arte rupestre postpaleolítico. Enterramiento colectivo

J. L. Uribarri Angulo y C. Liz (1973); El arte rupestre de Ojo Guareña. La cueva de Kaite, *Trabajos de Prehistoria*, 30, Madrid: 69-120.

M. I. Ortega Martínez y M. A. Martín Merino (1986); La arqueología del Karst de Ojo Guareña, *Kaite*, 4-5, Burgos: 331-389.

Pascual Díez, A. C. (1999); Burgos. Actividades arqueológicas, *Numantia*. Arqueología en Castilla y León 1995/1996, 7, Junta de Castilla y León, Valladolid: 231-43.

Pascual Díez, A. C. y Etxeverría Zarranz, C. (2003); Burgos. Actividades arqueológicas, *Numantia*. Arqueología en Castilla y León 1997/1998, 8, Junta de Castilla y León, Valladolid: 281-94.

Sotoscueva (Pico Cuerno)

Bronce Final. Depósito.

Delibes, G., Fernández Manzano, J. y Herrán Martínez, J. I. (1994); El depósito del bronce final de Pico Cuerno, Sotoscueva (Burgos): sobre la cronología y distribución de las hachas planas con anillas de la submeseta norte, *Boletín de la Institución Fernán González*, 209, Burgos: 239-77.

Tablada del Rudrón

Campaniforme. Sepulcro tumular.

Campillo Cueva, J. (1985); Memoria de las excavaciones realizadas en el término de Tablada del Rudrón (Burgos). "El túmulo campaniforme de Tablada del Rudrón (Burgos)", *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 26, Madrid: 7-86.

Vadocondes-Zuzones (El Valladar)

Bronce Medio. Campo de hoyos.

Pascual Díez, A. C. y San Miguel Maté. L. C. (1996); Burgos. Arqueología preventiva y de gestión, *Numantia*. Arqueología en Castilla y León 1993/1994, 6, Junta de Castilla y León, Valladolid: 285-304.

Valdezate (El Soto)

Calcolítico. Poblado.

Palomino Lázaro, A. L., Abarquero Moras, F. J. y Negredo García, M^a J. (2003); La primera colonización estable de las tierras ribereñas del Duero en el suroeste de la provincia de Burgos: el poblamiento calcolítico, *Numantia*. Arqueología en Castilla y León 1997-1998, 8, Junta de Castilla y León, Valladolid: 63-84.

Villahizán de Treviño (San Vicente)

Calcolítico-Bronce Antiguo. Campo de hoyos (una tumba).

Pascual Díez, A. C. y San Miguel Maté. L. C. (1996); Burgos. Arqueología preventiva y de gestión, *Numantia*. Arqueología en Castilla y León 1993/1994, 6, Junta de Castilla y León, Valladolid: 285-304.

Delibes de Castro, G. y Rodríguez Marcos, J. A. (2003); "La arqueología de Silos" punto de partida de las investigaciones sobre Prehistoria reciente en el Nordeste de la Meseta, Silos, en J. A. Fernández Flórez (dir.), *Un milenio. Actas del Congreso Internacional sobre la Abadía de Santo Domingo de Silos*, II. Historia, Studia Silensia, XXVI, Universidad de Burgos-Abadía de Silos, Burgos: 19-60

Villalmanzo (Los Palomares)

Bronce Medio. Tumbas individuales.

Delibes de Castro, G. (1971); Una necrópolis de inhumación individual de la Edad del Bronce en Villalmanzo (Burgos), *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, XXXVII, Universidad de Valladolid: 407-416.

Villayerno-Morquillas (Los Cardos)

Calcolítico. Fosas con enterramiento colectivo.

Arnáiz Alonso, M. A., Pascual Blanco, S. y Rojo Sanz, A. V. (1997); Los semejantes y los otros: la sepultura múltiple simultánea de Villayerno-Morquillas, Burgos. Nota preliminar, *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, LXIII, Universidad de Valladolid: 49-69.

Pascual Díez, A. C. y Etxeverría Zarranz, C. (2003); Burgos. Actividades arqueológicas, *Numantia*. Arqueología en Castilla y León 1997/1998, 8, Junta de Castilla y León, Valladolid: 281-94.

La comarca de la Lora (dólmenes)

Neolítico Final. Sepulcros colectivos megalíticos.

Huidobro, L. (1955); Descubrimiento megalítico en Nocedo (Sedano), *Actas del IV Congreso Nacional de Arqueología (Burgos, 1955)*, Zaragoza: 125-6.

Osaba, B., Abásolo, J. A., Uribarri, J. L. y Liz, C. (1971); El dolmen de Porquera de Butrón en la provincia de Burgos, *Noticiario Arqueológico Hispánico*, XV, Madrid: 77-108.

Uribarri, J. L. (1975); *El fenómeno megalítico burgalés*, Burgos.

Campillo Cueva, J. y Ramírez Ruiz, M^a M. (1982); El dolmen de Reinoso (Burgos), *Kobie*, 12, Diputación Foral de Vizcaya, Bilbao: 43-7.

Campillo Cueva, J. (1984); Hacia una sistematización del fenómeno dolménico en el NW burgalés, *Kobie*. Paleoantropología y Ciencias Naturales, 14, Diputación Foral de Vizcaya, Bilbao: 143-70.

Campillo, J. y Ramírez Ruiz, M^a M. (1984); Aportaciones iniciales a un importante conjunto calcolítico de Tubilla del Agua (Burgos), *Boletín de la Institución Fernán González*, 202, Diputación Provincial de Burgos: 125-40.

- Campillo Cueva, J. (1987); El dolmen de Nidáguila (Burgos), *Kobie. Paleoantropología*, 16, Diputación Foral de Vizcaya, Bilbao: 172-4.
- Delibes, G., Alonso Díez, M. y Rojo Guerra, M. A. (1987); Los sepulcros colectivos del Duero Medio y Las Loras, y su conexión con el foco dolménico riojano, *El megalitismo en la península Ibérica*, Ministerio de Cultura, Madrid: 181-97.
- Campillo Cueva, J. (1988); Nuevos hallazgos tumulares en Tubilla del Agua (Burgos), *Kobie. Paleoantropología*, 17, Diputación Foral de Vizcaya, Bilbao: 284-6.
- Campillo Cueva, J. (1989); El dolmen de Terradillos de Sedano (Burgos), *Kobie. Paleoantropología*, 18, Diputación Foral de Vizcaya, Bilbao: 231-2.
- Delibes, G. y Rojo, M. (1989); Pintura esquemática en el sepulcro de corredor burgalés de El Moreco, Huidobro, *Arqueología* (GEAP), 20, Porto: 49-55.
- Rojo Guerra, M. (1990); Monumentos megalíticos en La Lora burgalesa: exégesis de su emplazamiento, *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, LVI, Universidad de Valladolid: 53-63.
- Delibes, G., Rojo, M. y Represa, J. I. (1993); *Dólmenes de La Lora. Burgos*, Guía Arqueológica, Junta de Castilla y León, Salamanca.
- Etxeberria, F. y Rojo, M. (1994); Diente humano perforado procedente del megalito de La Cabaña (Sargentos de La Lora, Burgos): un ejemplo de tafonomía, *Munibe (Antropología-Arqueología)*, 46, Sociedad de Ciencias Aranzadi, San Sebastián: 117-22.
- Delibes, G. (1995); Ritos funerarios, demografía y estructura social entre las comunidades neolíticas de la Submeseta Norte, en R. Fábregas, F. Pérez y C. Fernández (eds.), *Arqueología da Morte na Península Ibérica desde as Orixes ata o Medievo*, Biblioteca Arqueohistórica Limiá, Xinzo de Limia: 61-94.
- Moreno Gallo, M. (1999); El megalitismo de la Lora burgalesa, Atapuerca y Jaramillo, un espacio continuo, *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, LXV, Universidad de Valladolid: 53-72.
- Delibes, G. y Rojo Guerra, M. A. (2002); Reflexiones sobre el trasfondo cultural del polimorfismo megalítico en la Lora burgalesa, *Archivo Español de Arqueología*, 75, CSIC, Madrid: 21-35.

Arte esquemático de la comarca de Monte Hijedo

- Teira Mayolini, L. C. y Ontañón Peredo, R. (1997); Nuevas manifestaciones del arte esquemático en la comarca de Monte Hijedo (Burgos-Cantabria), *II Congreso de Arqueología Peninsular* (Zamora, septiembre de 1996). Tomo II. Neolítico, Calcolítico y Bronce, Fundación Rei Afonso Henriques, Zamora: 569-78.

LEÓN

Ardón (El Castro)

Bronce Final. Poblado.

- Celis Sánchez, J. (1993); Ficha 14. En Luis Grau Lobo –coord.-: *Guía-catálogo de 100 piezas. Museo de León*, Junta de Castilla y León, Valladolid: 37-8.

Los Barrios de Luna (El Castillo)

Bronce Antiguo. Poblado.

- Delibes, G., Fernández Manzano, J., Celis Sánchez, J. (1992-3); Nuevos "ganchos de carne" protohistóricos de la península Ibérica, *Tabona*, VIII (2), Universidad de La Laguna: 417-34.
- Celis Sánchez, J. (2000-2001); Los Barrios de Luna : un nuevo yacimiento del Bronce antiguo en la Cordillera Cantábrica”, *Lancia*, 4, Universidad de León: 85-102.

Cabreros del Río (Las Vegas)

Bronce Medio. Campo de hoyos (4 enterramientos en fosa).

- Rodríguez Marcos, J. A., Marcos, G. J., Martín, M. A., Misiego, J. C. y Sanz, F. J. (1999); Excavaciones arqueológicas en “Las Vegas” (Jabares de los Oteros), un yacimiento arqueológico del “horizonte Protocogotas I” en la provincia de León, en J. M. Vidal Encinas –ed.-, *Protección del patrimonio cultural y obras públicas. Actuaciones arqueológicas en la autopista del camino de Santiago (1994-1997)*, GICAL-Junta de Castilla y León, León: 49-70.
- Prada Marcos, M^a E. (1999); Estudio antropológico de los enterramientos de un yacimiento del Bronce Medio meseteño: “Las Vegas”, en Jabares de los Oteros (Cabreros del Río, León), en J. M. Vidal Encinas –ed.-, *Protección del patrimonio cultural y obras públicas. Actuaciones*

arqueológicas en la autopista del camino de Santiago (1994-1997), GICAL-Junta de Castilla y León, León: 71-81.

Vidal Encinas, J. M. (2003); León. Actividades arqueológicas, *Numantia*. Arqueología en Castilla y León 1997/1998, 8, Junta de Castilla y León, Valladolid: 295-308.

Calzada del Coto (Entambrín)

Edad del Bronce. Campo de hoyos.

Vigil-Escalera Guirado, A. (1999); Intervenciones arqueológicas relacionadas con la construcción de la autopista León-Burgos. Tramos Sahagún-El Burgo Ranero, El Burgo-Ranero-Santas Martas (N-601) y Santas Martas-Onzonilla (N-630), en J. M. Vidal Encinas –ed.–, *Protección del patrimonio cultural y obras públicas. Actuaciones arqueológicas en la autopista del camino de Santiago (1994-1997)*, GICAL-Junta de Castilla y León, León: 19-47.

Cármenes (mina de La Profunda)

Edad del Bronce. Explotación minera

Blas Cortina, M. A. de (1989); La minería prehistórica del cobre en las montañas astur-leonesas, *Minería y metalurgia en las antiguas civilizaciones mediterráneas y europeas (madrid, octubre 1985)*, tomo I, Ministerio de Cultura, Madrid: 143-53.

Matías Rodríguez, R., Neira Campos, A. y Alonso Herrero, E. (2002); Explotación prehistórica del yacimiento de cobre de la mina “La Profunda” (Cármenes, León-España), *Actas del Primer Simposio sobre la minería y la metalurgia antigua en el sudoeste europeo (Serós, 2000)*: 117-31.

Cistierna (Reguero Seco)

Bronce Antiguo. Poblado.

Vidal Encinas, J. M. (1996); León. Arqueología preventiva y de gestión, *Numantia*. Arqueología en Castilla y León 1993/1994, 6, Junta de Castilla y León, Valladolid: 305-24.

Corullón (Cueva de las Tres Ventanas)

Calcolítico. Poblado.

Fernández Manzano, J., Fernández-Posse, M^a D. y Fernández Rodríguez, C. (1999); La Cueva de las Tres Ventanas (Corullón) y los inicios de la Edad de los Metales en El Bierzo, *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, LXV, Universidad de Valladolid: 99-131.

Gusendos de los Oteros (Posada de la Valduerna)

Bronce Final. Poblado.

Blas Cortina, M. A. de (1984-85); El molde del castro leonés de Gusendos de los Oteros y las hachas de apéndices laterales curvos peninsulares, *Zephyrus*, XXXVII-XXXVIII, Universidad de Salamanca: 277-96.

Pérez Ortiz, L. (2003); Nueva aportaciones al estudio de la primera Edad del Hierro en la meseta leonesa, en Ángel Esparza Arroyo –coord.–, *Preactas del Encuentro de jóvenes investigadores sobre Bronce Final y Hierro en la Península Ibérica (Salamanca, 20 al 22 de octubre de 2003)*, Fundación Duques de Soria-Universidad de Salamanca, Salamanca: 239-60.

Jabares de los Oteros (Las Vegas)

Bronce Medio. Campo de hoyos.

Rodríguez Marcos, J. A., Marcos, G. J., Martín, M. A., Misiego, J. C. y Sanz, F. J. (1999); Excavaciones arqueológicas en “Las Vegas” (Jabares de los Oteros), un yacimiento arqueológico del “horizonte Protocogotas I” en la provincia de León, en J. M. Vidal Encinas –ed.–, *Protección del patrimonio cultural y obras públicas. Actuaciones arqueológicas en la autopista del camino de Santiago (1994-1997)*, GICAL-Junta de Castilla y León, León: 49-70.

Prada Marcos, M^a E. (1999); Estudio antropológico de los enterramientos de un yacimiento del Bronce Medio meseteño: “Las Vegas”, en Jabares de los Oteros (Cabrereros del Río, León), en J. M. Vidal Encinas –ed.–, *Protección del patrimonio cultural y obras públicas. Actuaciones arqueológicas en la autopista del camino de Santiago (1994-1997)*, GICAL-Junta de Castilla y León, León: 71-81.

León (La Candamia)

Neolítico Final. Tumba colectiva en fosa.

Vidal, J. M., García, V. y Miguel, F. (1990); Arqueología preventiva y de gestión (1984-88). Provincia de León, *Numantia*. Investigaciones Arqueológicas en Castilla y León, III, Valladolid: 259-72.

Grau Lobo, L. A. –coord.– (1993); Guía/catálogo de 100 piezas. Museo de León, Junta de Castilla y León, León.

Oseja de Sajambre (Vegabaño)

Neolítico Final. Sepulcro megalítico.

Vidal Encinas, J. M. (1996); León. Arqueología preventiva y de gestión, *Numantia*. Arqueología en Castilla y León 1993/1994, 6, Junta de Castilla y León, Valladolid: 305-24.

Santiago de la Valduerna (Castro de Sacaos)

Bronce Final. Campo de hoyos.

Misiego Tejada, J. C., Sanz García, F. J., Marcos Contreras, G. J. y Martín Carbajo, M. A. (1999); Excavaciones arqueológicas en el castro de Sacaos (Santiago de Valduerna, León), *Numantia*. Arqueología en Castilla y León 1995/1996, 7, Junta de Castilla y León, Valladolid: 43-65.

Veguellina de Órbigo

Bronce Final.

Delibes, G. y Mañanes, T. (1979); La espada pistiliforme del Bronce Final de Veguellina de Órbigo (León), *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, XLV, Universidad de Valladolid: 158-68.

Villazala (San Juan)

Calcolítico. Campo de hoyos.

Vidal, J. M., García, V. y Miguel, F. (1990); Arqueología preventiva y de gestión (1984-88). Provincia de León, *Numantia*. Investigaciones Arqueológicas en Castilla y León, III, Valladolid: 259-72.

PALENCIA

Abarca de Campos

Bronce Final. Hoyo.

Lión Bustillo, F. J. y Lión Bustillo, M^a C. (1990); Un nuevo yacimiento de Cogotas I en Palencia: Abarca de Campos, *Actas del II Congreso de Historia de Palencia* (abril de 1989), tomo I. Prehistoria, Arqueología e Historia Antigua, Diputación Provincial de Palencia: 111-26.

Alar del Rey (La Venta)

Bronce Medio. Campo de hoyos.

Pérez Rodríguez, F. J. y Fernández Giménez, J. M^a (1993); Sobre la cocción de cerámica durante la Edad del Bronce. El yacimiento de "La Venta" (Alar del Rey, Palencia), *Numantia*. Arqueología en Castilla y León 1989/1990, 4, Junta de Castilla y León, Valladolid: 41-60.

Celada de Roblecedo (El Vado)

Bronce Antiguo. Tumba individual.

Delibes, G. y Fernández-Miranda, M. (1981); La tumba de Celada de Roblecedo (Palencia) y los inicios del Bronce Antiguo en el valle medio y alto del Pisuerga, *Trabajos de Prehistoria*, 38, Madrid: 153-188.

Cevico Navero (Cuesta de la Horca)

Bronce Medio. Poblado.

Rodríguez Marcos, J. A. (1996); La Cuesta de La Horca en Cevico Navero (Palencia): un nuevo yacimiento amurallado de facies proto/cogotas I, *Actas del III Congreso de Historia de Palencia* (marzo-abril de 1995), tomo I. Prehistoria, Arqueología e Historia Antigua, Diputación Provincial de Palencia: 93-115.

Cisneros

Bronce Final. Depósito.

Delibes de Castro, G. (1983); Un conjunto de lanzas de bronce de Cisneros, Palencia, *Homenaje al Prof. Martín Almagro Basch*, II, Madrid: 69-79.

Dueñas (La Huelga)

Campaniforme y Bronce Medio y Final. Campo de hoyos.

Misiego, J. C., Pérez, F. J., Sanz, F. J., Marcos, G. J. y Martín, M. A. (1992); La Huelga. Bronce Medio en la Meseta Norte, *Revista de Arqueología*, 136, Zugarto Ediciones, Madrid: 18-25.

Pérez, F. J., Misiego, J. C., Sanz, F. J., Marcos, G. J., Martín, M. A. y Fernández, J. M^a (1994); "La Huelga". Un interesante yacimiento de la Edad del Bronce en el centro de la cuenca del Duero

(Dueñas, Palencia), *Numantia*. Arqueología en Castilla y León 1991/1992, 5, Junta de Castilla y León, Salamanca: 11-32.
Lión Bustillo, C. (1999); Palencia. Actividades arqueológicas, *Numantia*. Arqueología en Castilla y León 1995/1996, 7, Junta de Castilla y León, Valladolid: 267-75.
Lión Bustillo, C. (2003); Palencia. Actividades arqueológicas, *Numantia*. Arqueología en Castilla y León 1997/1998, 8, Junta de Castilla y León, Valladolid: 309-14.

Herrera de Pisuerga (Los Doce Cantos)

Calcolítico. Campo de hoyos.

Lión Bustillo, M^a C. (1990); Arqueología preventiva y de gestión (1984-88). Provincia de Palencia, *Numantia*. Investigaciones Arqueológicas en Castilla y León, III, Valladolid: 273-80.
Pérez Rodríguez, F. J., Fernández Giménez, J. M^a y Puertas Gutiérrez, F. (1990); Los Doce Cantos (Herrera de Pisuerga). Un yacimiento calcolítico precampaniforme en el norte de la provincia de Palencia, *Actas del II Congreso de Historia de Palencia* (abril de 1989), tomo I. Prehistoria, Arqueología e Historia Antigua, Diputación Provincial de Palencia: 95-109.

Lomilla de Aguilar (Pierdesimientes)

Bronce Final. Campo de hoyos.

Lión Bustillo, C. (1993); Palencia. Arqueología preventiva y de gestión, *Numantia*. Arqueología en Castilla y León 1989/1990, 4, Junta de Castilla y León, Valladolid: 323-32.

Mave (Cueva de los Espinos)

Bronce Final.

Santonja Gómez, M., Santonja Alonso, M. y Alcalde Crespo, G. (1982); Aspectos de la ocupación humana antigua del Cañón de la Horadada (Palencia), *Publicaciones de la Institución "Tello Téllez de Meneses"*, 47, Palencia: 337-92.

Mave (Cueva de los Pradillos)

Bronce Final.

Lión Bustillo, M^a C. (1990); Arqueología preventiva y de gestión (1984-88). Provincia de Palencia, *Numantia*. Investigaciones Arqueológicas en Castilla y León, III, Valladolid: 273-80.

Mave (Cueva Tino)

Bronce Medio. Sepulcro colectivo.

Martínez, F. (1978); La espeleología en Palencia, *Publicaciones de la Institución "Tello Téllez de Meneses"*, 40, Palencia: 3-123.

Alcalde, G. y Rincón, R. (1979); El conjunto funerario de Cueva Tino. La Horadada; Mave (Palencia), *Publicaciones de la Institución "Tello Téllez de Meneses"*, 43, Palencia: 61-101.

Osorno (La Velilla)

Neolítico Final. Poblado y sepulcro colectivo.

Zapatero Magdaleno, P. (1989); La Velilla, un enterramiento de tradición dolménica en el Valle de Valdavia, *Publicaciones de la Institución "Tello Téllez de Meneses"*, 60, Diputación Provincial de Palencia: 7-13.

Zapatero Magdaleno, P. (1990); El túmulo colectivo neolítico de "La Velilla", Osorno (Palencia), *Actas del II Congreso de Historia de Palencia* (abril de 1989), tomo I. Prehistoria, Arqueología e Historia Antigua, Diputación Provincial de Palencia: 51-70.

Delibes, G. y Zapatero Magdaleno, P. (1995); Sobre la implantación del megalitismo en el valle medio del Duero: el testimonio de La Velilla, en Osorno (Palencia), *Actas del III Congreso de Historia de Palencia*, tomo 1. Prehistoria, Arqueología e Historia Antigua, Diputación Provincial de Palencia: 35-63.

Delibes, G. y Zapatero, P. (1996); De lugar de habitación a sepulcro monumental: una reflexión sobre la trayectoria del yacimiento neolítico de La Velilla, en Osorno (Palencia), *Rubricatum*, 1, I Congrès del Neolític a la Península Ibèrica (Gavà-Bellaterra, 1995): 337-48.

Pozuelos del Rey (Camino de Escobar)

Neolítico Final-Edad del Bronce. Tumba individual en fosa.

Lión Bustillo, C. (1996); Palencia. Arqueología preventiva y de gestión, *Numantia*. Arqueología en Castilla y León 1993/1994, 6, Junta de Castilla y León, Valladolid: 325-31.

Santillana de Campos (Carrelasvegas)

Bronce Medio. Campo de hoyos.

Martín, M. A., Misiego, J. C., Pérez, F. J., Fernández, J. M., Sanz, F. J. y Marcos, G. J. (1993); Documento funerario del Bronce Medio en la Submeseta Norte: “Carrelasvegas” (Santillana de Campos, Palencia), *Boletín del Seminario de estudios de Arte y Arqueología*, LIX, Universidad de Valladolid: 69-88.

Villaescusa de Torres (Cueva Rubia)

Calcolítico y Bronce Medio.

Morales Muñoz, A., Cereijo Pecharromán, M. A. y Pérez Rodríguez, F. J. (1992); Primer informe sobre la fauna de mamíferos del yacimiento protohistórico de “Cueva Rubia” (Palencia). (Niveles III y IV), *Publicaciones de la Institución “Tello Téllez de Meneses”*, 63, Diputación Provincial de Palencia: 131-59.

Delibes, G., Fernández Manzano, J., Fontaneda, E. y Rovira, S. (1999); *Metalurgia de la Edad del Bronce en el piedemonte meridional de la Cordillera Cantábrica. La colección Fontaneda*, Monografías, 3, Junta de Castilla y León, Zamora.

Villamartín de Campos (El Arenal)

Bronce Final. Campo de hoyos.

Lión Bustillo, C. (1993); Palencia. Arqueología preventiva y de gestión, *Numantía*. Arqueología en Castilla y León 1989/1990, 4, Junta de Castilla y León, Valladolid: 323-32.

Villamuriel de Cerrato (La Cruz del Bastardo)

Bronce Medio. Campo de hoyos.

Lión Bustillo, C. (1994); Palencia. Arqueología preventiva y de gestión, *Numantía*. Arqueología en Castilla y León 1991/1992, 5, Junta de Castilla y León, Valladolid: 277-85.

Arte rupestre (provincia)

Rincón Vila, R. (1993); El abrigo de la Calderona, Olleros de Paredes Rubias (Palencia). Avance del estudio de los Esquematismos Rupestres en la Cantabria Antigua y las montañas de Palencia y Burgos, *Publicaciones de la Institución “Tello Téllez de Meneses”*, 64, Diputación Provincial de Palencia: 35-179.

SALAMANCA

Casillas de Flores (Dolmen de la Casa del Moro)

Neolítico Final. Sepulcro megalítico.

Benet, N. (1999); Salamanca. Actividades arqueológicas, *Numantía*. Arqueología en Castilla y León 1995/1996, 7, Junta de Castilla y León, Valladolid: 277-84.

Cerralbo (Picón del Rey)

Calcolítico. Sepulcro colectivo.

Benet, N. y Santonja, M. (1990); Arqueología preventiva y de gestión (1984-88). Provincia de Salamanca, *Numantía*. Investigaciones Arqueológicas en Castilla y León, III, Valladolid: 281-94.

Forfoleda (El Teso del Cuerno)

Bronce Final. Campo de hoyos (una cabaña).

Martín Benito, J. I. y Jiménez González, M. C. (1988); Excavaciones Arqueológicas en el Teso del Cuerno (Forfoleda, Salamanca, España), *Arqueología* (GEAP), 18, Porto: 131-56.

Martín Benito, J. I. y Jiménez González, M. C. (1988-89); En torno a una estructura constructiva en un “campo de hoyos” de la Edad del Bronce de la Meseta Española (Forfoleda, Salamanca), *Zephyrus*, XLI-XLII, Universidad de Salamanca: 263-281.

Martín Benito, J. I. y Jiménez González, M. C. (1989); El campo de hoyos del Teso del Cuerno, *Revista de Arqueología*, Zugarto Ediciones, Madrid: 18-24.

Martín Benito, J. I. y Jiménez González, M. C. (1990); Excavaciones Arqueológicas en el Teso del Cuerno (Forfoleda, Salamanca, España), II, *Arqueología* (GEAP), 20, Porto: 76-89.

González González, J. M^a (1994); Interpretación arqueológico de un “Campo de Hoyos” en Forfoleda (Salamanca), *Zephyrus*, XLVI, Universidad de Salamanca: 309-13.

Galisancho (La Ermita)

Campaniforme. Sepulcro megalítico colectivo.

Delibes, G. y Santonja, M. (1987); Sobre la supuesta dualidad Megalitismo/Campaniforme en la Meseta Superior Española, en W. H. Waldren y R. C. Kennard (eds.), *Bell Beakers of the Western*

Mediterranean. Definition, Interpretation, Theory and New Site Data, BAR International Series, 331 (I), Oxford: 173-206.

Huerta (La Aceña)

Bronce Final. Campo de hoyos.

Sanz, F. J., Marcos, G. J., Martín, M. A., Misiego, J. C. y Pérez, F. J. (1994); "La Aceña (Huerta, Salamanca). Un campo de hoyos de Cogotas I en la Vega del Tormes, *Numantia*. Arqueología en Castilla y León 1991/1992, 5, Junta de Castilla y León, Salamanca: 73-86.

La Mata de Ledesma (Tierras Lineras)

Calcolítico. Poblado.

Benito del Rey, L. (1985); El yacimiento eneolítico de "Tierras Lineras" en Pozos de Mondar (Mata de Ledesma. Salamanca), *Studia Zamorensia*, VI, Universidad de Salamanca-Colegio Universitario de Zamora, Salamanca: 183-ss.

López Plaza, S. y Arias González, L. (1988-89); Aproximación al poblado calcolítico de "Tierras Lineras", La Mata de Ledesma, Salamanca, *Zephyrus*, XLI-XLII, Universidad de Salamanca: 171-98.

Navalmoral de Béjar (La Corvera)

Bronce Medio. Poblado.

López Jiménez, O. (2003) ; Dataciones radiocarbónicas en la Protohistoria del Sudoeste de la Meseta Norte. Consideraciones para un trabajo por hacer, *Trabajos de Prehistoria*, 60 (2), CSIC, Madrid: 131-42.

Navalmoral de Béjar (La Solana)

Calcolítico. Poblado.

Labaldie Campos, B. (1991); Calcolítico precampaniforme en Salamanca, *Revista de Arqueología*, 117, Madrid: 55.

Benet Jordana, N. (1993); Salamanca. Arqueología preventiva y de gestión, *Numantia*. Arqueología en Castilla y León 1989/1990, 4, Junta de Castilla y León, Valladolid: 333-50.

Fabián García, J. F. (1995); *El aspecto funerario durante el Calcolítico y los inicios de la Edad del Bronce en la Meseta Norte*, Acta Salmanticensia, 93, Ediciones Universidad de Salamanca.

Pedrosillo el Ralo (Las Cabrerizas)

Calcolítico. Campo de hoyos.

Benet, N. (1999); Salamanca. Actividades arqueológicas, *Numantia*. Arqueología en Castilla y León 1995/1996, 7, Junta de Castilla y León, Valladolid: 277-84.

Salvatierra de Tormes (La Viña de Esteban García)

Calcolítico. Poblado.

Benet Jordana, N. (1994); Salamanca. Arqueología preventiva y de gestión, *Numantia*. Arqueología en Castilla y León 1919/1992, 5, Junta de Castilla y León, Valladolid: 287-96.

Benet Jordana, N. (1996); Salamanca. Arqueología preventiva y de gestión, *Numantia*. Arqueología en Castilla y León 1993/1994, 6, Junta de Castilla y León, Valladolid: 333-41.

La Tala (Coto Alto)

Poblado. Campaniforme y Bronce Final.

López Plaza, S. (1984); Coto Alto, La Tala (Salamanca); Nuevo yacimiento con cerámica campaniforme y de Boquique en la Meseta Norte española, *Arqueología* (GEAP), 9, Porto: 59-67.

El Tejado de Béjar (El Cerro del Berrueco)

Bronce Final. Poblado.

Morán, C. (1924); *Excavaciones Arqueológicas en el cerro del Berrueco (Medinilla, Ávila, El Tejado y Puente de Congosto, Salamanca)*, Memorias de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades, nº 65, Madrid.

Maluquer de Motes, J. (1958); *Excavaciones arqueológicas en el Cerro del Berrueco (Salamanca)*, Acta Salmanticensia, tomo XIV, 1, Universidad de Salamanca.

Fabián García, F. J. (1986-87); El Bronce Final y la Edad del Hierro en "el Cerro del Berrueco" (Ávila-Salamanca), *Zephyrus*, XXXIX-XL, Actas del Coloquio Internacional sobre la Edad del Hierro en la Meseta Norte, Universidad de Salamanca: 273-ss.

El Tejado (La Dehesa)

Poblado.

Morán, C. (1924); *Excavaciones Arqueológicas en el cerro del Berrueco (Medinilla, Ávila, El Tejado y Puente de Congosto, Salamanca)*, Memorias de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades, nº 65, Madrid.

Fabián García, J. F. (1984-85); Los útiles de arista diédrica sobre prismas piramidales o nódulos de cristal de roca (U.A.D.) en el yacimiento de La Dehesa, El Tejado de Béjar (Salamanca). Estudio morfotécnico, *Zephyrus*, XXXVII-XXXVIII, Universidad de Salamanca: 115-24.

Villagonzalo (La Mesa de Carpio)

Bronce Medio y Final. Poblado.

Martín Valls, R. y Delibes, G. (1973); Recientes hallazgos cerámicos de la fase Cogotas I en la provincia de Salamanca, *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, XXXIX, Universidad de Valladolid: 395-402.

Cruz Sánchez, P. J. (1997); Nuevos puñales de remaches de bronce de La Mesa de Carpio (Villagonzalo de Tormes, Salamanca), *Zephyrus*, L, Universidad de Salamanca: 263-72.

Villarmayor (Peñamecer)

Calcolítico.

Benet, N. (1999); Salamanca. Actividades arqueológicas, *Numantia*. Arqueología en Castilla y León 1995/1996, 7, Junta de Castilla y León, Valladolid: 277-84.

Provincia (dólmenes)

Morán, C. (1931); *Excavaciones en los dólmenes de Salamanca*, Memorias de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades, nº 113, Madrid.

Morán, C. (1935); *Excavaciones en dólmenes de Salamanca y de Zamora*, Memorias de la Junta Superior del Tesoro Artístico, nº 135, Madrid.

López Plaza, S. (1982); *Aspectos arquitectónicos de los sepulcros megalíticos de las provincias de Salamanca y Zamora*, Ediciones de la Universidad de Salamanca.

Pérez Martín, M^a R. (1985); Hallazgo de un torques de paletas en el dolmen de La Veguilla (Salamanca), *Actas del XVII Congreso Nacional de Arqueología (Logroño, 1983)*, Zaragoza: 171-5.

Benet, N. (1985); La cerámica pintada del dolmen de La Veguilla (Salamanca), *Actas del XVII Congreso Nacional de Arqueología (Logroño, 1983)*, Zaragoza: 177-86.

Delibes, G. y Santonja, M. (1986); *El fenómeno megalítico en la provincia de Salamanca*, Diputación de Salamanca.

Santonja, M. (1987); Anotaciones en torno al megalitismo del Occidente de la Meseta (Salamanca y Zamora), *El megalitismo en la Península Ibérica*, Ministerio de Cultura, Madrid: 199-210.

Arias González, L. (1989); Contribución al estudio del fenómeno megalítico en el occidente de la meseta norte: el dolmen de "El Torrejón" (Villarmayor, Salamanca), *XIX Congreso Nacional de Arqueología (Castellón de la Plana, 1987)*, volumen I, Zaragoza: 399-408.

Benet, N. y Santonja, M. (1990); Arqueología preventiva y de gestión (1984-88). Provincia de Salamanca, *Numantia*. Investigaciones Arqueológicas en Castilla y León, III, Valladolid: 281-94.

Díaz-Guardamino Uribe, M. (1997); El grupo megalítico de Villarmayor (Salamanca): contribución al estudio del Megalitismo del occidente de la Meseta Norte, *Complutum*, 8, Universidad Complutense de Madrid: 39-56.

González López, M. y Teijeiro López, B. (1997); Trabajo y demografía en el III Milenio a. C.: el fenómeno megalítico en Salamanca, *Actas del XXIV Congreso Nacional de Arqueología (Cartagena)*.

Díaz-Guardamino Uribe, M. (1999); Los túmulos del Guijo de las Navas (Villarmayor, Salamanca). Una aportación al estudio del megalitismo salmantino, *XXIV Congreso Nacional de Arqueología (Cartagena, 1997)*, volumen 2. *El mundo indígena*, Instituto del Patrimonio Histórico, Murcia: 123-30.

González López, M. A. y Teijeiro López, B. (1999); Trabajo y demografía en el III milenio: el paisaje megalítico en el occidente de la Meseta Norte, *XXIV Congreso Nacional de Arqueología (Cartagena, 1997)*, volumen 2. *El mundo indígena*, Instituto del Patrimonio Histórico, Murcia: 131-42.

López Plaza, S., Luis Francisco, J. y Salvador Mateos, R. (2000); Megalitismo y vías naturales de comunicación en el SO salmantino, *Actas do 3º Congresso de Arqueologia Peninsular (setembro de 1999)*, vol. III. Neolitização e megalitismo da Península Ibérica, ADECAP, Porto: 271-87.

SEGOVIA

Arealillo de Cega (La Cueva de Arealillo)

Campaniforme y Bronce Medio-Final. Poblado.

Fernández-Posse y de Arnaiz, M^a D. (1979); Informe de la primera campaña (1977) en la Cueva de Arealillo (Segovia), *Noticiario Arqueológico Hispano*, 6, Ministerio de Cultura, Madrid: 51-87.

Fernández-Posse y de Arnaiz, M^a D. (1981); La Cueva de Arealillo de Cega (Segovia), *Noticiario Arqueológico Hispano*, 12, Ministerio de Cultura, Madrid: 43-84.

Burgomillondo (barranco del Duratón)

Neolítico y Edad del Bronce.

Lucas Pellicer, M^a R. (1981); Aproximación al conocimiento de las estaciones rupestres y de la pintura esquemática en el barranco del Duratón (Segovia), *Altamira Symposium. Actas del Simposium Internacional sobre Arte Prehistórico celebrado en conmemoración del primer centenario del descubrimiento de las pinturas de Altamira (1879-1979)*, Ministerio de Cultura: 505-26.

Lucas Pellicer, M^a R. (1989); El horizonte Cogotas I en San Frutos del Duratón (Burgomillondo, Segovia), *XIX Congreso Nacional de Arqueología (Castellón de la Plana, 1987)*, volumen I, Zaragoza: 477-92.

Lucas Pellicer, M^a R. (1990); El santuario rupestre del Solapo del Águila (Villaseca, Segovia) y el barranco sagrado del Duratón, *Zephyrus*, XLIII, Universidad de Salamanca: 199-208.

Lucas Pellicer, M^a R., Anciones, R., Cardito, L. M^a, Etzel, E. y Ramírez, I. (1997); Neolítico y arte rupestre en el barranco del Duratón (Segovia), *II Congreso de Arqueología Peninsular* (Zamora, septiembre de 1996). Tomo II. Neolítico, Calcolítico y Bronce, Fundación Rei Afonso Henriques, Zamora: 157-63.

Casla

Calcolítico. Sepulcro.

Municio González, L. (1981); Materiales de la cueva sepulcral calcolítica de Casla (Segovia), *Numantia*. Investigaciones arqueológicas en Castilla y León, I, Asociación de Amigos del Museo Numantino, Soria: 171-9.

Cuéllar

Campaniforme. Dos hoyos.

Municio, L. y Barahona, P. (1990); Arqueología preventiva y de gestión (1984-88). Provincia de Segovia, *Numantia*. Investigaciones Arqueológicas en Castilla y León, III, Valladolid: 195-302.

Cuéllar (Barco de los Habares)

Bronce Medio. Campo de hoyos.

Municio González, L. J. (1999); Segovia. Actividades arqueológicas, *Numantia*. Arqueología en Castilla y León 1995/1996, 7, Junta de Castilla y León, Valladolid: 285-93.

Donhierro (El Ollar)

Calcolítico. Tumba en fosa.

Delibes, G. (1988); Enterramiento calcolítico en fosa de "El Ollar", Donhierro (Segovia), *Espacio, Tiempo y Forma*, Serie I, Prehistoria, 1, Universidad Nacional de Educación a Distancia, Madrid: 227-38.

Pedraza (Cueva de la Griega)

Calcolítico y Edad del Bronce. Santuario.

Corchón, M^a S. –coord.– (1997); *La cueva de La Griega de Pedraza (Segovia)*, Junta de Castilla y León, Valladolid.

Prádena (Cueva de Los Enebralejos)

Calcolítico. Poblado, santuario y sepulcro.

Cabellos Barreiro, E., Gómez, E. y Llobet, A. (1967); Grabados esquemáticos de la cueva de Prádena, *IX Congreso Nacional de Arqueología (Valladolid, 1965)*, Zaragoza: 166-174.

Ruiz Argiles, V. (1976); Cueva y poblado de "Los Enebralejos". Prádena (Segovia), 1973, *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 5. Prehistoria, Madrid: 271-80.

Municio González, L. y Zamora Canellada, A. (1989); Notas sobre grabados y pinturas asociados a necrópolis colectivas calcolíticas: los conjuntos de las cuevas de Los Enebralejos y de La Vaquera (Segovia), *Trabajos de Prehistoria*, 46, Madrid: 271-8.

Municio, L. y Piñón Varela, F. (1990); Cueva de Los Enebralejos (Prádena, Segovia), *Numantia*. Investigaciones Arqueológicas en Castilla y León 1984-1988, III, Junta de Castilla y León, Valladolid: 51-75.

Samboal (Praobispo)

Campaniforme. Tumba en fosa.

Molinero Pérez, A. (1954); *De la Segovia arqueológica*, Segovia.

Delibes de Castro, G. (1977); *El vaso campaniforme en la Meseta Norte española*, *Studia Archaeologica*, 46, Universidad de Valladolid.

Torreiglesias (Cueva de la Vaquera)

Neolítico, Calcolítico y Edad del Bronce. Poblado y sepulcro.

Lemus Chávarri, C. y Álvarez Redondo, J. L. (1967); Grabados Eneolítico de la Cueva de Fuente Dura (Losana de Pirón, Segovia), *IX Congreso Nacional de Arqueología (Valladolid, 1965)*, Zaragoza: 162-5.

Zamora Canellada, A. (1975); Contribución al estudio del Bronce Final en la Meseta Norte: las cerámicas incisas de la cueva de la Vaquera o Fuentedura. Torreiglesias (Segovia), *XIII Congreso Nacional de Arqueología (Huelva, 1973)*, Zaragoza: 529-44.

Zamora Canellada, A. (1976); Cueva de La Vaquera o Fuentedura. Torreiglesias (Segovia), *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 5. Prehistoria, Madrid: 281-5.

Zamora Canellada, A. (1976); *Excavaciones de la Cueva de La Vaquera, Torreiglesias, Segovia (Edad del Bronce)*, Diputación Provincial de Segovia.

Rubio, I. L. y Blasco, M^a C. (1988-89); Análisis cerámicos de La Cueva de la Vaquera (Torreiglesias, Segovia), *Zephyrus*, XLI-XLII, Universidad de Salamanca: 149-60.

Municio González, L. y Zamora Canellada, A. (1989); Notas sobre grabados y pinturas asociados a necrópolis colectivas calcolíticas: los conjuntos de las cuevas de Los Enebralejos y de La Vaquera (Segovia), *Trabajos de Prehistoria*, 46, Madrid: 271-8.

Estremera Portela, M^a S. (1999); Sobre la trayectoria del Neolítico Interior: Precisiones a la secuencia de la Cueva de La Vaquera (Torreiglesias, Segovia), *Saguntum-Plav*, Extra 2, II Congrès del Neolític a la Península Ibèrica, Universitat de València: 245-50.

Delibes, G., Estremera, S., Alonso, O. y Pastor, F. (1999); ¿Sepultura o reliquia? A propósito de un cráneo hallado en ambiente habitacional en la Cueva de la Vaquera (Segovia), *Saguntum-Plav*, Extra 2, II Congrès del Neolític a la Península Ibèrica, Universitat de València: 429-34.

Estremera Portela, S. y Valle González, A. (1999); Las almagras neolíticas de la Cueva de La Vaquera (Segovia): la transformación térmica de la goethita en relación con los cambios de color de la pintura cerámica, *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, LXV, Universidad de Valladolid: 43-52.

Rojo, M. A. y Estremera Portela, S. (2000); El valle de Ambrona y la cueva de La Vaquera: testimonios de la primera ocupación neolítica en la cuenca del Duero, *Actas do 3º Congresso de Arqueologia Peninsular (setembro de 1999)*, vol. III. Neolitização e megalitismo da Península Ibérica, ADECAP, Porto: 81-95.

Estremera Portela, M^a S. (2003); *Primeros agricultores y ganaderos en la Meseta Norte. El neolítico de la Cueva de La Vaquera (Torreiglesias, Segovia)*, Junta de Castilla y León, Valladolid.

Villaseca (Cueva de La Nogaleda)

Neolítico. Posible espacio funerario.

Municio, L. y Ruiz-Gálvez, M. (1986); Un nuevo yacimiento neolítico en la Meseta Norte las cerámicas decoradas de la cueva de La Nogaleda (Villaseca, Segovia), *Numantia*. Investigaciones Arqueológicas en Castilla y León, II, Junta de Castilla y León, Soria: 143-57.

Villaseca (abrigo de la Senda del Batán)

Neolítico.

Municio González, L. J. (1993); Segovia. Arqueología preventiva y de gestión, *Numantia*. Arqueología en Castilla y León 1989/1990, 4, Junta de Castilla y León, Valladolid: 351-62.

Villaverde de Íscar (Los Retajones)

Campaniforme. Tumba individual en fosa.

Delibes de Castro, G. (1979); Hallazgo campaniforme en Villaverde de Íscar, Segovia, *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, XLV, Universidad de Valladolid: 5-18.

El Vivar de Fuentidueña

Edad del Bronce. Hoyo.

Municio, L. y Barahona, P. (1990); Arqueología preventiva y de gestión (1984-88). Provincia de Segovia, *Numantia*. Investigaciones Arqueológicas en Castilla y León, III, Valladolid: 195-302.

SORIA

Almazán (El Guijar)

Campaniforme y Edad del Bronce. Poblado.

Revilla Andía, M^a L. y Jimeno Martínez, A. (1986); El horizonte campaniforme de “El Guijar” de Almazán (Soria), *Numantia*. Investigaciones arqueológicas en Castilla y León 1984-1988, III, Junta de Castilla y León, Soria: 159-92.

Heras Fernández, E. (2003); Soria. Actividades arqueológicas, *Numantia*. Arqueología en Castilla y León 1997/1998, 8, Junta de Castilla y León, Valladolid: 337-52.

Ambrona

Neolítico y Campaniforme. Poblado neolítico y sepulcro colectivo megalítico.

Rojo Guerra, M. A., Negredo García, M^a J. y Sanz Aragonés, A. (1996); El túmulo de “la Peña de la Abuela”, Ambrona (Soria) y el poblamiento neolítico de su entorno, *Revista de Investigación del Colegio Universitario de Soria (Geografía e Historia)*, 13, Soria: 7-39.

Rojo, M. A. y Kunst, M. (1996); Proyecto de colaboración hispano-alemán en torno a la introducción de neolitización en las tierras del interior peninsular: planteamiento y primeros resultados, *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología*, 23, Universidad Autónoma de Madrid: 87-113.

Rojo, M. A. y Kunst, M. (1999); Zur Neolithisierung des Inneren der Iberischen Halbinseln. Erste Ergebnisse des interdisziplinären spanisch-deutschen Forschungsprojekts zur Entwicklung einer prähistorischen Siedlungskammer in der Umgebung von Ambrona (Prov. Soria), *Madridrer Mitteilungen*, 40, Madrid: 1-52.

Becket, H. (1999); Zur magnetischen Prospektion 1996 und 1997 an prähistorischen Fundplätzen in der Umgebung von Ambrona (Prov. Soria) , *Madridrer Mitteilungen*, 40, Madrid: 53-60.

Stika, H.-P. (1999); Erste archäobotanische Ergebnisse der Ausgrabungen in Ambrona (Prov. Soria) , *Madridrer Mitteilungen*, 40, Madrid: 61-5.

Liesau, C. y Montero, S. (1999); Vorbericht über die Tierknochenfunde aus Ambrona (Prov. Soria) , *Madridrer Mitteilungen*, 40, Madrid: 66-71.

Kunst, M. y Rojo, M. A. (1999); El Valle de Ambrona: un ejemplo de la primera colonización Neolítica de las tierras del Interior Peninsular, *Saguntum-Plav*, Extra 2, II Congrès del Neolític a la Península Ibèrica, Universitat de València: 259-70.

Rojo, M. A. y Kunst, M. (1999); La Lámpara y la Peña de la Abuela. Propuesta secuencial del Neolítico Interior en el ámbito funerario, *Saguntum-Plav*, Extra 2, II Congrès del Neolític a la Península Ibèrica, Universitat de València: 503-12.

Kunst, M. y Rojo, M. (2000); Ambrona 1998. Die neolithische Fundkarte und 14C-Datierungen, *Madridrer Mitteilungen*, 41, Madrid: 1-31.

Görsdorf, J. (2000); 14C-Datierungen von Materialien aus dem Grabhügel “La Peña de la Abuela” (Ambrona, Soria) , *Madridrer Mitteilungen*, 41, Madrid: 32-5.

Lohrke, B., Wiedmann, B. y Alt, K. W. (2000); Das Hockergrab von La Lámpara (Ambrona, Soria) , *Madridrer Mitteilungen*, 41, Madrid: 36-9.

Rovira, S. (2000); Estudio de laboratorio de material vitrificado procedente de La Lámpara (Ambrona, Soria) , *Madridrer Mitteilungen*, 41, Madrid: 40-2.

Rojo, M. A. y Estremera Portela, S. (2000); El valle de Ambrona y la cueva de La Vaquera: testimonios de la primera ocupación neolítica en la cuenca del Duero, *Actas do 3º Congresso de Arqueologia Peninsular (setembro de 1999)*, vol. III. Neolitização e megalitismo da Península Ibérica, ADECAP, Porto: 81-95.

Rojo Guerra, M. A., Kunst, M. y Palomino Lázaro, A. L. (2002); El fuego como procedimiento de clausura en tres tumbas monumentales de la Submeseta Norte, en M. A. Rojo Guerra y M. Kunst (eds.), *Sobre el Significado del Fuego en los Rituales Funerarios del Neolítico*, Studia Archaeologica, 91, Universidad de Valladolid: 21-38.

Lohrke, B., Wiedmann, B. y Alt, K. W. (2002); Die anthropologische Bestimmung der menschlichen Skelettreste aus La Peña de la Abuela, Ambrona (Prov. Soria), en M. A. Rojo Guerra

y M. Kunst (eds.), *Sobre el Significado del Fuego en los Rituales Funerarios del Neolítico*, Studia Archaeologica, 91, Universidad de Valladolid: 83-98.

Arcos del Jalón (El Perchel)

Campaniforme. Poblado.

Lucas Pellicer, M^a R. y Blasco Bosqued, M^a C. (1980); El hábitat campaniforme de “El Perchel” en Arcos del Jalón (Soria), *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 8, Madrid: 9-61.

Balluncar (Cerro del Parpantique)

Bronce Antiguo. Poblado.

Jimeno, A., Fernández Moreno, J. J. y Revilla, M. L. (1988); Asentamientos de la Edad del Bronce en la provincia de Soria: consideraciones sobre los contextos culturales del Bronce Antiguo, *Noticiario Arqueológico Hispano*, 30, Madrid: 83-118.

Jimeno, A. y Fernández Moreno, J. J. (1992); El poblamiento desde el Neolítico a la Edad del Bronce: constantes y cambios, *2º Symposium de Arqueología Soriana (octubre de 1989)*, Diputación Provincial de Soria: 69-102.

Cabrejas del Pinar (Cueva La Maja)

Bronce Antiguo. Santuario.

Jimeno, A. y Fernández Moreno, J. J. (1992); El poblamiento desde el Neolítico a la Edad del Bronce: constantes y cambios, *2º Symposium de Arqueología Soriana (octubre de 1989)*, Diputación Provincial de Soria: 69-102.

Samaniego Bordiu, B. (1999); Espacios simbólicos en el Bronce Antiguo del Alto Duero, *Complutum*, 10, Universidad Complutense de Madrid, Madrid: 47-69.

Samaniego Bordiu, B., Jimeno, A., Fernández Moreno, J. J. y Gómez Barrera, J. A. (2001); *Cueva Maja (Cabrejas del Pinar, Soria): Espacio y simbolismo en los inicios de la Edad del Bronce*, Memorias. Arqueología en Castilla y León, 10, Junta de Castilla y León, Valladolid.

Calatañazor (casco urbano)

Edad del Bronce. Poblado.

Fernández Moreno, J. J. (1990); Arqueología preventiva y de gestión (1984-88). Provincia de Soria, *Numantía*. Investigaciones Arqueológicas en Castilla y León, III, Valladolid: 303-17.

Caracena (iglesia de San Pedro)

Edad del Bronce. Poblado.

Fernández Moreno, J. J. (1990); Arqueología preventiva y de gestión (1984-88). Provincia de Soria, *Numantía*. Investigaciones Arqueológicas en Castilla y León, III, Valladolid: 303-17.

Caracena (Los Tolmos de Caracena)

Bronce Medio. Poblado.

Jimeno Martínez, A. (1984); *Los Tolmos de Caracena (Soria) (campanías de 1977, 1978 y 1979)*, Excavaciones Arqueológicas en España, 134, Madrid.

Jimeno Martínez, A. (1989); La vida de un grupo pastoril hace 3.400 años: Los Tolmos de Caracena, *Diez Años de Arqueología Soriana (1978-1988)*, Soria: 37-48.

Jimeno, A. y Fernández Moreno, J. J. (1991); *Los Tolmos de Caracena (Soria) (campanías 1981 y 1982)*, Excavaciones Arqueológicas en España, 161, Madrid.

Jimeno, A. y Fernández Moreno, J. J. (1992); El poblamiento desde el Neolítico a la Edad del Bronce: constantes y cambios, *2º Symposium de Arqueología Soriana (octubre de 1989)*, Diputación Provincial de Soria: 69-102.

Cuevas de Ayllón (La Vega)

Bronce Medio. Poblado.

Ortego Frías, T. (1960); Excavaciones arqueológicas en la provincia de Soria, *Caesaraugusta*, 15-16, Zaragoza: 107-32.

Ligos (La Pedriza)

Campaniforme-Bronce Antiguo. Poblado.

Ortego Frías, T. (1960); Excavaciones arqueológicas en la provincia de Soria, *Caesaraugusta*, 15-16, Zaragoza: 107-32.

Jimeno, A. y Fernández Moreno, J. J. (1985); La Pedriza de Ligos (Soria): nuevas bases para su interpretación, *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, LVI, Universidad de Valladolid: 159-74.

Montejo de Tiermes (Carratiermes)

Campaniforme. Campo de hoyos.

Bescós Corral, A. (1992); Elementos campaniformes en el yacimiento arqueológico de Carratiermes (Montejo de Tiermes, Soria), *2º Symposium de Arqueología Soriana (octubre de 1989)*, Diputación Provincial de Soria: 203-10.

López Jiménez, O. y Resino Toribio, J. (1999); Nuevas aportaciones sobre el poblamiento calcolítico de la Meseta Norte: el poblado calcolítico de Carratiermes (Montejo de Tiermes, Soria), *XXIV Congreso Nacional de Arqueología (Cartagena, 1997), volumen 2. El mundo indígena*, Instituto del Patrimonio Histórico, Murcia: 113-21.

Los Rábanos (La Cueva del Asno)

Bronce Antiguo y Medio.

Eiroa García, J. J. (1979); *La cueva del Asno. Los Rábanos (Soria). Campañas 1976-1977*, Excavaciones Arqueológicas en España, 107, Ministerio de Cultura, Madrid.

Jimeno Martínez, A. (1984); *Los Tolmos de Caracena (Soria) (campañas de 1977, 1978 y 1979)*, Excavaciones Arqueológicas en España, 134, Madrid.

Delibes, G., Romero, F. y Abarquero, F. J. (2000); Cerámicas excisas de discutible filiación Cogotas I en el Bronce Tardío de la península Ibérica: una taza de “estilo Duffaits” procedente de la cueva del Asno (Los Rábanos, Soria), *Soria Arqueológica*, 2, Diputación Provincial de Soria: 97-130.

Renieblas (La Atalaya)

Campaniforme. Poblado.

Jimeno, A. y Fernández Moreno, J. J. (1991); El yacimiento de la Mesta en la Atalaya (Renieblas-Soria), *Soria arqueológica*, 1, Diputación Provincial de Soria: 47-67.

Somaén (La Cueva de la Mora)

Campaniforme. Posible poblado.

Aguilera y Gamboa, E. de, marqués de Cerralbo (1909); *El Alto Jalón. Descubrimientos Arqueológicos*, Madrid.

Castillo Yurita, A. del (1953); Las tres capas de la Cueva de la Mora (Somaén, Soria), *Archivo de Prehistoria Levantina –Homenaje a D. Isidro Ballester. tomo II–*, volumen IV, Valencia: 135-50.

Barandiarán, I. (1975); Revisión estratigráfica de la Cueva de la Mora (Somaén, Soria), *Noticiario Arqueológico Hispánico*, Prehistoria. 3, Madrid: 11-72.

Ucero (El Balconcillo)

Bronce Medio-Final. Poblado.

Rosa Municio, R. de la y Chausa, A. (1990); Excavaciones en “El Balconcillo del Cañón del río Lobos” (Ucero, Soria). Informe preliminar, *Celtiberia*, 79-80, Soria: 133-43.

Rosa Municio, R. de la (1991); El Balconcillo del cañón del río Lobos: un yacimiento del Bronce Pleno en la zona Oriental de la Meseta, *Soria Arqueológica*, 1, Diputación Provincial de Soria: 69-86.

Rosa Municio, R. de la (1995); Excavaciones en El Balconcillo del Cañón del Río Lobos (Ucero, Soria). Informe de la campaña de 1994, *Celtiberia*, 89, Centro de Estudios Sorianos: 233-52.

Valdegeña (Cueva del Peñal)

Campaniforme.

Ortego Frías, T. (1961); I Reunión de arqueólogos del Distrito Universitario de Zaragoza, *Caesaraugusta*, 17-18, Zaragoza: 162.

Jimeno Martínez, A. (1986); La cueva de “El Peñal” de Valdegeña (Soria): nuevas bases para su estudio, *Estudios en Homenaje al Dr. Antonio Beltrán Martínez*, Universidad de Zaragoza: 347-57.

Yanguas (Concoria)

Bronce Medio. Hoyos.

Heras Fernández, E. (2003); Soria. Actividades arqueológicas, *Numantia*. Arqueología en Castilla y León 1997/1998, 8, Junta de Castilla y León, Valladolid: 337-52.

Provincia (dólmenes)

Neolítico Final.

Fernández Moreno, J. J. (1990); Arqueología preventiva y de gestión (1984-88). Provincia de Soria, *Numantia*. Investigaciones Arqueológicas en Castilla y León, III, Valladolid: 303-17.

- Jimeno Martínez, A. y Fernández Moreno, J. J. (1992); El Dolmen de “El Alto de la Tejera” (Carrascosa de la Sierra, Soria). El fenómeno megalítico en el Alto Duero, *Trabajos de Prehistoria*, 49, CSIC, Madrid: 155-88.
- Rojo Guerra, M. A., Jimeno Martínez, A. y Fernández Moreno, J. J. (1992); El fenómeno megalítico en la provincia de Soria, *2º Symposium de Arqueología Soriana (octubre de 1989)*, vol. 1, Diputación Provincial de Soria: 163-82.
- Rojo Guerra, M. A. (1994); Nuevos monumentos tumulares en la provincia de Soria: reflexiones en torno al megalitismo de la Submeseta Norte, *Revista de Investigación del Colegio Universitario de Soria*, XII, Soria: 7-32.

Provincia (arte rupestre)

- Gómez Barrera, J. A. (1982); *La pintura rupestre esquemática en la Altimeseta Soriana*, Ayuntamiento de Soria.
- Fernández Moreno, J. J. (1990); Aproximación al contexto arqueológico del arte rupestre soriano, *Arte prehistórico de la provincia de Soria*, Junta de Castilla y León, Soria: 113-31.
- Gómez Barrera, J. A. (1990); Pintura rupestre esquemática en Soria, significado e interpretación, *Arte prehistórico de la provincia de Soria*, Junta de Castilla y León, Soria: 59-78.
- Gómez Barrera, J. A. (1990); Grabados rupestres postpaleolíticos en la provincia de Soria, *Arte prehistórico de la provincia de Soria*, Junta de Castilla y León, Soria: 95-112.
- Fernández Moreno, J. J. y Gómez Barrera, J. A. (1991); Dos nuevos abrigos con pinturas rupestres esquemáticas en “El Cubillejo” (Valonsadero, Soria), *Soria Arqueológica*, 1, Diputación Provincial de Soria: 103-120.
- Gómez Barrera, J. A. (1991); El motivo-estela de “la Peña de los Plantíos” (Fuentetoba, Soria), *Soria Arqueológica I*, Colección de Temas Sorianos, nº 15, Diputación Provincial de Soria: 87-102.
- Gómez Barrera, J. A. (1992); Arte rupestre en la provincia de Soria, *2º Symposium de Arqueología Soriana (octubre de 1989)*, vol. 1, Diputación Provincial de Soria: 9-64.
- Samaniego Bordiu, B. (1999); Espacios simbólicos en el Bronce Antiguo del Alto Duero, *Complutum*, 10, Universidad Complutense de Madrid, Madrid: 47-69.

VALLADOLID

Alaejos (El Tablón)

Bronce Final. Campo de hoyos.

- Sacristán de Lama, J. D. (2003); Valladolid. Actividades arqueológicas, *Numantia*. Arqueología en Castilla y León 1997/1998, 8, Junta de Castilla y León, Valladolid: 353-69.

Almenara de Adaja-Puras (La Calzadilla)

Campaniforme y Cogotas I. Poblado y una tumba.

- Delibes, G. y Moure, J. A. (1973); Excavaciones arqueológicas en la villa romana de Almenara de Adaja (provincia de Valladolid). Campaña de 1969, *Noticiario Arqueológico Hispánico*, Arqueología. 2, Madrid: 9-52.
- Balado Pachón, A. (1989); *Excavaciones en Almenara de Adaja: el poblamiento prehistórico*, Diputación Provincial de Valladolid, Valladolid.
- García Merino, C. y Sánchez Simón, M. (2001); Excavaciones en la villa romana de Almenara-Puras (Valladolid): avance de resultados (I), *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, LXVII, Universidad de Valladolid: 99-124.

Arrabal de Portillo (Cementerio de Arrabal)

Campaniforme. Poblado (una tumba en fosa).

- Fernández Manzano, J. y Rojo Guerra, M. A. (1986); Notas sobre el yacimiento campaniforme de Arrabal de Portillo (Valladolid), *Noticiario Arqueológico Hispano*, 27, Ministerio de Cultura, Madrid: 41-74.
- Martín Valls, R. y Delibes, G. (1989); *La cultura del vaso campaniforme en las campiñas meridionales del Duero: el enterramiento de Fuente-Olmedo (Valladolid)*, Monografías del Museo Arqueológico de Valladolid, 1, Junta de Castilla y León, Valladolid (2ª edición aumentada).

Bocos de Duero (El Gurugú)

Bronce Medio-Final. Poblado.

Rojo Guerra, M. y Val Recio, J. del (1990); Arqueología preventiva y de gestión (1984-88). Provincia de Valladolid, *Numantia*. Investigaciones Arqueológicas en Castilla y León, III, Valladolid: 319-32.

Boecillo (Fuente de Boecillo)

Bronce Final. Poblado.

Rojo Guerra, M. y Val Recio, J. del (1990); Arqueología preventiva y de gestión (1984-88). Provincia de Valladolid, *Numantia*. Investigaciones Arqueológicas en Castilla y León, III, Valladolid: 319-32.

Bolaños de Campos (Porragos)

Bronce Final. Poblado.

Fernández Manzano, J. y Palomino Lázaro, A. L. (1991); Cogotas I en Tierra de Campos: el yacimiento de Pórragos en Bolaños (Valladolid), *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, LVII, Universidad de Valladolid: 63-73.

Ciguñuela

Calcolítico. Tumba individual en fosa.

Delibes, G. (1987); Sobre los enterramientos del grupo campaniforme de Ciempozuelos: diversidad y tradición, *El origen de la metalurgia en la Península Ibérica*, tomo II, Fundación José Ortega y Gasset-Universidad Complutense de Madrid, Oviedo: 37-51.

Cogeces del Monte (El Carrizal)

Bronce Medio. Campo de hoyos.

Delibes, G., Rodríguez Marcos, J. A. y Santonja, M. (1991); Cuatro hallazgos de oro de la Edad del Bronce en la Meseta Norte, *Trabajos de Prehistoria*, 48, Madrid: 203-13.

Rodríguez Marcos, J. A. (1993); "El Carrizal" (Cogeces del Monte, Valladolid): un nuevo yacimiento de facies Proto/Cogotas I, *Numantia*. Arqueología en Castilla y León 1989/1990, 4, Junta de Castilla y León, Valladolid: 61-74.

Cogeces del Monte (Cueva de Valdelaperra)

Campaniforme y Bronce Final.

Rojo Guerra, M. y Val Recio, J. del (1990); Arqueología preventiva y de gestión (1984-88). Provincia de Valladolid, *Numantia*. Investigaciones Arqueológicas en Castilla y León, III, Valladolid: 319-32.

Cogeces del Monte (La Plaza)

Bronce Medio. Poblado.

Delibes, G. y Fernández Manzano, J. (1981); El castro protohistórico de 'La Plaza' en Cogeces del Monte (Valladolid). Reflexiones sobre el origen de la fase Cogotas I, *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, XLVII, Universidad de Valladolid: 51-68.

Fuente Olmedo (Ferro Alto)

Campaniforme. Tumba individual en fosa.

Martín Valls, R. y Delibes, G. (1989); *La cultura del vaso campaniforme en las campiñas meridionales del Duero: el enterramiento de Fuente-Olmedo (Valladolid)*, Monografías del Museo Arqueológico de Valladolid, 1, Junta de Castilla y León, Valladolid (2ª edición aumentada).

Geria (El Teso de la Macañorra)

Bronce Medio y Final. Campo de hoyos.

Arranz, J. A., Gómez, A., Sánchez, M. y Bellido, A. (1993); El Teso de la Macañorra (Geria, Valladolid), un poblado de la Edad del Bronce en la cuenca media del Duero, *Numantia*. Arqueología en Castilla y León 1989/1990, 4, Junta de Castilla y León, Valladolid: 75-92.

Gómeznarro (Los Pinos)

Bronce Antiguo. Hoyo.

Rojo Guerra, M. y Val Recio, J. del (1990); Arqueología preventiva y de gestión (1984-88). Provincia de Valladolid, *Numantia*. Investigaciones Arqueológicas en Castilla y León, III, Valladolid: 319-32.

Íscar (Las Cotarrillas)

Neolítico y Bronce Medio. Campo de hoyos.

Sacristán de Lama, J. D. y Escribano Velasco, C. (1996); Valladolid. Arqueología preventiva y de gestión, *Numantia*. Arqueología en Castilla y León 1993/1994, 6, Junta de Castilla y León, Valladolid: 365-78.

Mucientes (Los Cercados)

Calcolítico. Campo de hoyos.

Rojo Guerra, M. y Val Recio, J. del (1990); Arqueología preventiva y de gestión (1984-88). Provincia de Valladolid, *Numantia*. Investigaciones Arqueológicas en Castilla y León, III, Valladolid: 319-32.

Delibes, G., Herrán, J. I., Santiago, J. y Val Recio, J. del (1995); Evidence for Social Complexity in the Copper Age of the Northern Meseta, en K. T. Lillios (ed.), *The Origins of Complex Societies in Late Prehistoric Iberia*, International Monographs in Prehistory, Archaeological Series, 8, Michigan: 44-63.

Mucientes (Fuente de las Pocillas)

Calcolítico. Poblado.

Herrán Martínez, J. I., Iglesias Martínez, J. C. y Moratinos, M. (1993); De nuevo sobre las industrias con foliáceos: Fuente de las Pocillas (Mucientes, Valladolid), *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, LIX, Universidad de Valladolid: 47-68.

Peñafiel (El Castillo)

Bronce Antiguo. Poblado.

Sacristán de Lama, J. D. (2003); Valladolid. Actividades arqueológicas, *Numantia*. Arqueología en Castilla y León 1997/1998, 8, Junta de Castilla y León, Valladolid: 353-69.

Portillo (El Collado o Los Colmenares)

Calcolítico. Campo de hoyos (tumba en fosa).

Sacristán de Lama, J. D. y Escribano Velasco, C. (1996); Valladolid. Arqueología preventiva y de gestión, *Numantia*. Arqueología en Castilla y León 1993/1994, 6, Junta de Castilla y León, Valladolid: 365-78.

Herrán Martínez, J. I. y Rojo Guerra, M. A. (1999); ¿Una nueva tumba en fosa calcolítica?: el hallazgo de Colmenares (Portillo, Valladolid, España) y su contexto arqueológico, *Estudos Pré-Históricos*, 7, Centro de Estudos Pré-Históricos da Beira Alta, Viseu: 111-24.

Caro Dobón, L., Rodríguez Otero, H., Sánchez Compadre, E. Y Prada Marcos, E. (); Informe antropológico de los restos humanos hallados en Arrabal de Portillo (Valladolid), *Estudos Pré-Históricos*, 7, Centro de Estudos Pré-Históricos da Beira Alta, Viseu: 125-7.

Quintanilla de Arriba (El Pico del Castro)

Campaniforme. Poblado.

Rojo Guerra, M. y Val Recio, J. del (1990); Arqueología preventiva y de gestión (1984-88). Provincia de Valladolid, *Numantia*. Investigaciones Arqueológicas en Castilla y León, III, Valladolid: 319-32.

Quintanilla de Onésimo (El Cementerio-El Prado)

Bronce Medio y Final. Campo de hoyos.

Rodríguez Marcos, J. A. y Abarquero Moras, F. J. (1994); Intervención arqueológica en el yacimiento de la Edad del Bronce de “El Cementerio-El Prado”, Quintanilla de Onésimo (Valladolid), *Numantia*. Arqueología en Castilla y León 1991/1992, 5, Junta de Castilla y León, Salamanca: 33-57.

Rabano (El Castillo)

Bronce Medio. Campo de hoyos.

Delibes, G., Rodríguez Marcos, J. A. y Santonja, M. (1991); Cuatro hallazgos de oro de la Edad del Bronce en la Meseta Norte, *Trabajos de Prehistoria*, 48, Madrid: 203-13.

Delibes, G., Pérez Rodríguez, F. y Wattenberg, E. (1996); *Colecciones. Museo de Valladolid*, Junta de Castilla y León, Valladolid.

Renedo de Esgueva

Bronce Final. Tumba individual en fosa.

Wattenberg Sanpere, F. (1957); Hallazgos arqueológicos en Renedo de Esgueva (Valladolid); *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, XXIII, Universidad de Valladolid: 189-91.

P. de Palol y F. Wattenberg (1974); *Carta arqueológica de España. Valladolid*, Valladolid.

San Román de Hornija (La Requejada)

Bronce Final. Campo de hoyos (una tumba).

Delibes de Castro, G. (1978); Una inhumación triple de facies Cogotas I en San Román de la Hornija (Valladolid), *Trabajos de Prehistoria*, 35, Madrid: 225-250.

Delibes, G., Fernández Manzano, J. y Rodríguez Marcos, J. A. (1990); Cerámica de la plenitud Cogotas I: el yacimiento de San Román de Hornija (Valladolid), *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, LVI, Universidad de Valladolid: 64-105.

Val Recio, J. M^a del (1993); Valladolid. Arqueología preventiva y de gestión, *Numantia*. Arqueología en Castilla y León 1989/1990, 4, Junta de Castilla y León, Valladolid: 375-88.

Santibáñez de Valcorba (Los Arenales)

Bronce Medio. Poblado.

Sacristán de Lama, J. D. y Escribano Velasco, C. (1996); Valladolid. Arqueología preventiva y de gestión, *Numantia*. Arqueología en Castilla y León 1993/1994, 6, Junta de Castilla y León, Valladolid: 365-78.

Santovenia (El Nogalillo)

Bronce Final. Campo de hoyos.

Sacristán de Lama, J. D. (1999); Valladolid. Actividades arqueológicas, *Numantia*. Arqueología en Castilla y León 1995/1996, 7, Junta de Castilla y León, Valladolid: 313-22.

Santovenia (Casco urbano)

Bronce Medio. Campo de hoyos.

Sacristán de Lama, J. D. (1999); Valladolid. Actividades arqueológicas, *Numantia*. Arqueología en Castilla y León 1995/1996, 7, Junta de Castilla y León, Valladolid: 313-22.

Sacristán de Lama, J. D. (2003); Valladolid. Actividades arqueológicas, *Numantia*. Arqueología en Castilla y León 1997/1998, 8, Junta de Castilla y León, Valladolid: 353-69.

Simancas (Los Zumacales)

Neolítico Final. Sepulcro colectivo.

Delibes, G., Alonso Díez, M. y Rojo Guerra, M. A. (1987); Los sepulcros colectivos del Duero Medio y Las Loras, y su conexión con el foco dolménico riojano, *El megalitismo en la península Ibérica*, Ministerio de Cultura, Madrid: 181-97.

Val Recio, J. M^a del (1993); Valladolid. Arqueología preventiva y de gestión, *Numantia*. Arqueología en Castilla y León 1989/1990, 4, Junta de Castilla y León, Valladolid: 375-88.

Sacristán de Lama, J. D. (2003); Valladolid. Actividades arqueológicas, *Numantia*. Arqueología en Castilla y León 1997/1998, 8, Junta de Castilla y León, Valladolid: 353-69.

Tordesillas (Carricastro)

Bronce Final. Poblado.

Rojo Guerra, M. y Val Recio, J. del (1990); Arqueología preventiva y de gestión (1984-88). Provincia de Valladolid, *Numantia*. Investigaciones Arqueológicas en Castilla y León, III, Valladolid: 319-32.

Delibes, G. y Fernández Manzano, J. (1992); Relaciones entre Cogotas I y el Bronce Final Atlántico en la Meseta Española, en C. Chevillot y A. Coffyn (dir.), *L'Age du Bronze Atlantique*, Actes du 1er Colloque du Parc Archéologique de Beynac (septiembre, 1990), Association des Musées du Sarladais, Beynac-et-Cazenac: 203-12.

Tordesillas (Juan de Rojas)

Bronce Final. Campo de hoyos.

Bellido, A. (1996); *Los campos de hoyos. Inicios de la economía agrícola en la Submeseta Norte*, Studia Archaeologica, 85, Universidad de Valladolid.

Torre de Peñafiel (La Cañadilla)

Neolítico Final. Poblado.

Val Recio, J. M^a del (1993); Valladolid. Arqueología preventiva y de gestión, *Numantia*. Arqueología en Castilla y León 1989/1990, 4, Junta de Castilla y León, Valladolid: 375-88.

Delibes, G., Pérez Rodríguez, F. y Wattenberg, E. (1996); *Colecciones. Museo de Valladolid*, Junta de Castilla y León, Valladolid.

Martín Montes, M. A. y Pérez Rodríguez-Aragón, F. (1996); Un nuevo asentamiento neolítico al aire libre en la Meseta Norte: La Cañadilla de Torre de Peñafiel (Valladolid), *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, LXII, Universidad de Valladolid: 31-48.

Torrecilla de la Orden (Las Canteras II)

Bronce Antiguo. Campo de hoyos.

Bellido, A. (1996); *Los campos de hoyos. Inicios de la economía agrícola en la Submeseta Norte*, Studia Archaeologica, 85, Universidad de Valladolid.

Torrescárcela (El Arenal)

Bronce Medio. Campo de hoyos.

Sacristán de Lama, J. D. y Escribano Velasco, C. (1996); Valladolid. Arqueología preventiva y de gestión, *Numantia*. Arqueología en Castilla y León 1993/1994, 6, Junta de Castilla y León, Valladolid: 365-78.

Tudela de Duero (Soto de Tobilla)

Bronce Final. Campo de hoyos.

Rojo Guerra, M. y Val Recio, J. del (1990); Arqueología preventiva y de gestión (1984-88). Provincia de Valladolid, *Numantia*. Investigaciones Arqueológicas en Castilla y León, III, Valladolid: 319-32.

Valladolid (C/ de Arribas, 18)

Campaniforme. Poblado.

Rojo Guerra, M. y Val Recio, J. del (1990); Arqueología preventiva y de gestión (1984-88). Provincia de Valladolid, *Numantia*. Investigaciones Arqueológicas en Castilla y León, III, Valladolid: 319-32.

Balado, A. y Escudero, Z. (1991); Los hallazgos prehistóricos en el casco urbano de Valladolid, *Arqueología Urbana en Valladolid*, Valladolid: 15-29.

Valladolid (Barrio de San Pedro Regalado)

Bronce Final. Campo de hoyos.

Palol, P. de (1963); Notas para la sistematización de la Primera Edad del Hierro en Castilla la Vieja. Los silos del barrio de San Pedro Regalado de Valladolid, *A Pedro Bosch-Gimpera en el Septuagésimo aniversario de su nacimiento*, México: 135-150.

Palol, P. de (1967); Nuevas cerámicas de los silos de San Pedro Regalado, Valladolid, en P. de Palol, E. Fontaneda y J. Cortés: Nuevos hallazgos arqueológicos en la zona de Valladolid, *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, XXXIII, Universidad de Valladolid: 228-30.

Balado, A. y Escudero, Z. (1991); Los hallazgos prehistóricos en el casco urbano de Valladolid, *Arqueología Urbana en Valladolid*, Valladolid: 15-29.

Villabrágima

Edad del Bronce. Campo de hoyos.

Wattenberg Sanpere, F. (1949); Prospecciones arqueológicas en el área de Villabrágima (provincia de Valladolid), *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, XV, Universidad de Valladolid: 201-209.

Villalba de los Alcores (Fuenteungrillo)

Edad del Bronce.

Rojo Guerra, M. y Val Recio, J. del (1990); Arqueología preventiva y de gestión (1984-88). Provincia de Valladolid, *Numantia*. Investigaciones Arqueológicas en Castilla y León, III, Valladolid: 319-32.

Delibes, G., Rodríguez Marcos, J. A. y Santonja, M. (1991); Cuatro hallazgos de oro de la Edad del Bronce en la Meseta Norte, *Trabajos de Prehistoria*, 48, Madrid: 203-13.

Villanueva de los Caballeros (El Miradero)

Neolítico Final. Sepulcro colectivo tumular.

Delibes, G., Alonso, M. y Galván, R. (1986); El Miradero: un enterramiento colectivo tardoneolítico de Villanueva de los Caballeros (Valladolid), *Homenaje al Prof. Antonio Beltrán Martínez*, Zaragoza: 227-36.

- Delibes, G., Alonso Díez, M. y Rojo Guerra, M. A. (1987); Los sepulcros colectivos del Duero Medio y Las Loras, y su conexión con el foco dolménico riojano, *El megalitismo en la península Ibérica*, Ministerio de Cultura, Madrid: 181-97.
- Delibes, G. (1995); Ritos funerarios, demografía y estructura social entre las comunidades neolíticas de la Submeseta Norte, en R. Fábregas, F. Pérez y C. Fernández (eds.), *Arqueología da Morte na Península Ibérica desde as Orixes ata o Medievo*, Biblioteca Arqueohistórica Limiá, Xinzo de Limia: 61-94.
- Delibes de Castro, G. y Etxeberria Gabilondo, F. (2002); Fuego y cal en el sepulcro colectivo de “El Miradero” (Valladolid): ¿accidente ritual o burocracia de la muerte?, en M. A. Rojo Guerra y M. Kunst (eds.), *Sobre el Significado del Fuego en los Rituales Funerarios del Neolítico*, Studia Archaeologica, 91, Universidad de Valladolid: 39-58.

ZAMORA

Barcial del Barco (Los Cenizales)

Bronce Final. Hoyo.

- Larrén, H. y Val Recio, J. del (1990); Arqueología preventiva y de gestión (1984-88). Provincia de Zamora, *Numantia*. Investigaciones Arqueológicas en Castilla y León, III, Valladolid: 333-46.
- Rodríguez Marcos, J. A. y Val Recio, J. del (1990); Nuevos datos para la interpretación de los “hoyos” Cogotas I. Un silo de Barcial de Barco, *Primer Congreso de Historia de Zamora*, tomo II. Prehistoria e Historia Antigua, Instituto de Estudios Zamoranos “Florián de Ocampo”, Diputación de Zamora: 201-9.

Casaseca de las Chanas (Las Pozas)

Calcolítico. Poblado.

- Val Recio, J. del (1992); El yacimiento calcolítico precampaniforme de Las Pozas, en Casaseca de las Chanas, Zamora, *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, LVIII, Universidad de Valladolid: 47-63.
- Morales Muñiz, A. (1992); Estudio de la fauna del yacimiento calcolítico de “Las Pozas” (Casaseca de las Chanas, Zamora). Campaña 1979, *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, LVIII, Universidad de Valladolid: 65-96.
- Delibes, G., Herrán, J. I., Santiago, J. y Val Recio, J. del (1995); Evidence for Social Complexity in the Copper Age of the Northern Meseta, en K. T. Lillios (ed.), *The Origins of Complex Societies in Late Prehistoric Iberia*, International Monographs in Prehistory, Archaeological Series, 8, Michigan: 44-63.

Casaseca de las Chanas-Cazurra (Las Carretas)

Bronce Final. Campo de hoyos.

- Misiego Tejada, J. C. Martín Carbajo, M. A., Sanz García, F. J., Marcos Contretas, G. J., Doval Martínez, M. y Redondo Martínez, R. (1998); “Las Carretas” en Casaseca de las Chanas/Cazurra (Zamora). Un enclave del horizonte Cogotas I afectado por las obras del gasoducto Salamanca-Zamora, *Anuario 1998*, Instituto de Estudios Zamoranos “Florián de Ocampo”, Diputación de Zamora: 35-56.
- Larrén Izquierdo, H. (2003); Zamora. Actividades arqueológicas, *Numantia*. Arqueología en Castilla y León 1997/1998, 8, Junta de Castilla y León, Valladolid: 371-92.

Castrillo de la Guareña (Manrubio I)

Bronce Final. Campo de hoyos.

- Domínguez Bolaños, A. y Nuño González, J. (1998); Actuación arqueológica en las obras de construcción de la autovía de Castilla en la provincia de Zamora, *Anuario 1998*, Instituto de Estudios Zamoranos “Florián de Ocampo”, Diputación de Zamora: 17-34.
- Larrén Izquierdo, H. (2003); Zamora. Actividades arqueológicas, *Numantia*. Arqueología en Castilla y León 1997/1998, 8, Junta de Castilla y León, Valladolid: 371-92.

Castrogonzalo (Los Paradores)

Calcolítico. Campo de hoyos.

- Domínguez Bolaños, A. (1991); Los Paradores de Castrogonzalo. Un yacimiento calcolítico y romano, *Anuario 1991*. Instituto de Estudios Zamoranos “Florián de Ocampo” (C.S.I.C.), Diputación Provincial de Zamora: 191-207.

Colinas de Trasmonte (Las Bodegas)

Calcolítico. Campo de hoyos.

Larrén Izquierdo, H. –coord.– (1999); *Arqueología e infraestructura agraria en el valle del Tera (Zamora)*, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, Zamora.

Cuelgamures (El Teso del Moral)

Calcolítico. Poblado.

López Plaza, S. y Jiménez Fuentes, E. (1978); Análisis faunístico del poblado eneolítico "Teso del Moral", Cuelgamures (Zamora), *Zephyrus*, XXVIII-XXIX, Universidad de Salamanca: 207-13.

Fontanillas del Castro

Calcolítico. Poblado.

López Plaza, S. y Piñel, C. (1978); El poblado Eneolítico de Fontanillas de Castro (Zamora): Primera aportación a su estudio, *Zephyrus*, XXVIII-XXIX, Universidad de Salamanca: 191-205.

Molacillos (La Cascajera)

Calcolítico. Campo de hoyos (un hoyo con un enterramiento).

Marcos Contreras, G. J., Misiego Tejada, J. C., Martín Carbajo, M. A., Sanz García, F. J., García Martínez, M^a I. y Ollero Cuesta, F. J. (2000); Reocupación de un espacio agrícola en época calcolítica y medieval: el yacimiento de "La Cascajera", en Molacillos (Zamora), *Anuario 2000*, Instituto de Estudios Zamoranos "Florián de Ocampo", Diputación de Zamora: 17-36.

Morales del Rey (Dolmen del Tesoro)

Neolítico Final y Calcolítico. Sepulcro megalítico.

Larrén Izquierdo, H. (1999); Zamora. Actividades arqueológicas, *Numantia*. Arqueología en Castilla y León 1995/1996, 7, Junta de Castilla y León, Valladolid: 323-40.

Morales de Toro (Túmulo de Los Lastros)

Neolítico Final. Sepulcro tumular.

Sanz García, F. J. y otros (1996); Intervenciones arqueológicas en Morales de Toro (Zamora), *Anuario 1996*, Instituto de Estudios Zamoranos "Florián de Ocampo", Diputación de Zamora: ¿?.

Larrén Izquierdo, H. (1999); Zamora. Actividades arqueológicas, *Numantia*. Arqueología en Castilla y León 1995/1996, 7, Junta de Castilla y León, Valladolid: 323-40.

Morales de Toro (El Cementerio-Camino Pedrosa)

Bronce Final. Campo de hoyos.

Sanz García, F. J. y otros (1996); Intervenciones arqueológicas en Morales de Toro (Zamora), *Anuario 1996*, Instituto de Estudios Zamoranos "Florián de Ocampo", Diputación de Zamora: ¿?.

Larrén Izquierdo, H. (1999); Zamora. Actividades arqueológicas, *Numantia*. Arqueología en Castilla y León 1995/1996, 7, Junta de Castilla y León, Valladolid: 323-40.

Otero de Sariegos (Santioste)

Bronce Antiguo. Poblado (una inhumación en fosa).

Viñé Escatín, A. I., Martín Arijá, A. M^a y Rubio Carrasco, P. (1990); Excavación de urgencia en "Santioste", Oteros de Sariegos, *Anuario 1990*. Instituto de Estudios Zamoranos "Florián de Ocampo" (C.S.I.C.), Diputación Provincial de Zamora: 89-104.

Viñé Escatín, A. I., Salvador Velasco, M., Iglesia del Castillo, L., Rubio Carrasco, P. y Martín Arijá, A. M^a (1991); Nuevos datos acerca del yacimiento de "Santioste", Oteros de Sariegos (2^a campaña de excavación), *Anuario 1991*. Instituto de Estudios Zamoranos "Florián de Ocampo" (C.S.I.C.), Diputación Provincial de Zamora: 175-90.

Jordá Pardo, J. F. (1993); Avance al estudio de la evolución ambiental de Las Lagunas de Villafáfila (Zamora) durante la prehistoria reciente y épocas históricas. El yacimiento de Santioste (Otero de Sariegos), *Anuario 1993*, Instituto de Estudios Zamoranos "Florián de Ocampo" (C.S.I.C.), Diputación Provincial de Zamora: 79-124.

Delibes de Castro, G. (1993); Sal y jefaturas: una reflexión sobre el yacimiento del Bronce Antiguo de Santioste, en Villafáfila (Zamora), *Brigecio*, 3, Centro de Estudios Benaventanos "Ledo del Pozo", Benavente: 33-46.

Delibes, G., Viñé, A. y Salvador, M. (1998); Santioste, una factoría salinera de los inicios de la Edad del Bronce en Otero de Sariegos (Zamora), en G. Delibes (coord.), *Minerales y metales en la prehistoria reciente. Algunos testimonios de su explotación y laboreo en la península Ibérica*, Studia Archaeologica, 88, Universidad de Valladolid: 155-97.

San Cristóbal de Entreviñas (Las Cañamonas)

Calcolítico. Campo de hoyos.

Larrén, H. y Val Recio, J. del (1990); Arqueología preventiva y de gestión (1984-88). Provincia de Zamora, *Numantia*. Investigaciones Arqueológicas en Castilla y León, III, Valladolid: 333-46.
Fabián García, J. F. (1995); *El aspecto funerario durante el Calcolítico y los inicios de la Edad del Bronce en la Meseta Norte*, Acta Salmanticensia, 93, Ediciones Universidad de Salamanca.

San Martín del Pedroso, Trabazos (El Pedroso)

Calcolítico. Poblado y santuario en cueva.

Esparza Arroyo, A. (1977); El castro zamorano del Pedroso y sus insculturas, *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, XLIII, Universidad de Valladolid: 27-39.
Delibes, G., Herrán, J. I., Santiago, J. y Val Recio, J. del (1995); Evidence for Social Complexity in the Copper Age of the Northern Meseta, en K. T. Lillios (ed.), *The Origins of Complex Societies in Late Prehistoric Iberia*, International Monographs in Prehistory, Archaeological Series, 8, Michigan: 44-63.
Bradley, R. y Fábregas Valcárcel, R. (1999); "La ley de la frontera": grupos rupestres galaico y esquemático y prehistoria del Noroeste de la península Ibérica, *Trabajos de Prehistoria*, 56 (1), Madrid: 103-114.
Larrén Izquierdo, H. (2003); Zamora. Actividades arqueológicas, *Numantia*. Arqueología en Castilla y León 1997/1998, 8, Junta de Castilla y León, Valladolid: 371-92.

San Martín de Valderaduey (El Teso del Oro)

Neolítico Final. Sepulcro colectivo tumular y poblado.

Palomino Lázaro, A. L. (1989); Las manifestaciones tumulares no megalíticas, del centro de la Meseta. Nuevas aportaciones en la provincia de Zamora, *Anuario 1989*, Instituto de Estudios Zamoranos "Florián de Ocampo" (C.S.I.C.), Diputación Provincial de Zamora: 181-9.
Larrén Izquierdo, H. (1993); Zamora. Arqueología preventiva y de gestión, *Numantia*. Arqueología en Castilla y León 1989/1990, 4, Junta de Castilla y León, Valladolid: 389-402.
Palomino Lázaro, A. L. y Rojo Guerra, M. A. (1997); Un nuevo yacimiento neolítico de habitación infratumular: "El Teso del Oro", en San Martín de Valderaduey (Zamora), *II Congreso de Arqueología Peninsular* (Zamora, septiembre de 1996). Tomo II. Neolítico, Calcolítico y Bronce, Fundación Rei Afonso Henriques, Zamora: 249-56.

Vecilla de Trasmonte (Los Bajos)

Calcolítico. Campo de hoyos (con una cabaña)

Larrén, H. y Val Recio, J. del (1990); Arqueología preventiva y de gestión (1984-88). Provincia de Zamora, *Numantia*. Investigaciones Arqueológicas en Castilla y León, III, Valladolid: 333-46.
Pérez Rodríguez, F. J., Sanz García, F. J., Marcos Contreras, G. J., Martín Carbajo, M. A. y Misiego Tejada, J. C. (1991); Intervención arqueológica en el yacimiento "Los Bajos" (Vecilla de Trasmonte, Zamora), *Anuario 1991*, Instituto de Estudios Zamoranos "Florián de Ocampo" (C.S.I.C.), Diputación Provincial de Zamora: 149-73.
Pérez Rodríguez, F. J. y otros (1993); Algunos aspectos de la edad del Cobre en el valle medio del Tera, *Anuario 1993*, Instituto de Estudios Zamoranos "Florián de Ocampo" (C.S.I.C.), Diputación Provincial de Zamora: 49-78.
Marcos, G. J., Martín, M. A., Misiego, J. C., Pérez, F. J. y Sanz, F. J. (1993); Dos piezas metálicas del Calcolítico precampaniforme zamorano; "Los Bajos" (Vecilla de Trasmonte, Zamora), *Zephyrus*, XLVI, Universidad de Salamanca: 301-7.
Larrén Izquierdo, H. (1996); Zamora. Arqueología preventiva y de gestión, *Numantia*. Arqueología en Castilla y León 1993/1994, 6, Junta de Castilla y León, Valladolid: 379-98.
Larrén Izquierdo, H. -coord.- (1999); *Arqueología e infraestructura agraria en el valle del Tera (Zamora)*, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, Zamora.

Vezdemarbán (Los Molinos)

Bronce Final. Campo de hoyos.

Viñe Escartín, A. I., Salvador Velasco, M., Iglesias del Castillo, L., Martín Arija, A. M. (1995); "Los Molinos", un nuevo yacimiento de la Edad del Bronce. Vezdemarbán (Zamora), *Anuario 1995*, Instituto de Estudios Zamoranos "Florián de Ocampo" (C.S.I.C.), Diputación Provincial de Zamora: 19-36.
Larrén Izquierdo, H. (1999); Zamora. Actividades arqueológicas, *Numantia*. Arqueología en Castilla y León 1995/1996, 7, Junta de Castilla y León, Valladolid: 323-40.

Villabuena del Puente (La Peña)

Campaniforme. Tumba individual en fosa.

Maluquer de Motes, J. (1960); Nuevos hallazgos de la cultura del vaso campaniforme en la Meseta, *Zephyrus*, XI, Universidad de Salamanca: 119-30.

Delibes de Castro, G. (1977); *El vaso campaniforme en la Meseta Norte española*, Studia Archaeologica, 46, Universidad de Valladolid.

Villardondiego (Las Peñas)

Calcolítico. Poblado (cabañas).

Larrén, H. y Val Recio, J. del (1990); Arqueología preventiva y de gestión (1984-88). Provincia de Zamora, *Numantia*. Investigaciones Arqueológicas en Castilla y León, III, Valladolid: 333-46.

Larrén Izquierdo, H. (1993); Zamora. Arqueología preventiva y de gestión, *Numantia*. Arqueología en Castilla y León 1989/1990, 4, Junta de Castilla y León, Valladolid: 389-402.

Delibes, G., Herrán, J. I., Santiago, J. y Val Recio, J. del (1995); Evidence for Social Complexity in the Copper Age of the Northern Meseta, en K. T. Lillios (ed.), *The Origins of Complex Societies in Late Prehistoric Iberia*, International Monographs in Prehistory, Archaeological Series, 8, Michigan: 44-63.

Villaveza del Agua (El Tesoro-Los Castillos)

Edad del Bronce. Poblado.

Larrén Izquierdo, H. (1993); Zamora. Arqueología preventiva y de gestión, *Numantia*. Arqueología en Castilla y León 1989/1990, 4, Junta de Castilla y León, Valladolid: 389-402.

Zamora (Catedral)

Bronce Final. Campo de hoyos.

Delibes de Castro, G. (1993); Materiales protohistóricos. “Teso del Castro”. Zamora. Bronce Final y Segunda Edad del Hierro, *Civitas. MC Aniversario de la Ciudad de Zamora*, Catálogo de la Exposición, Zamora: 75.

Esparza Arroyo, A. (1993); Cerámica protohistórica, tipo Cogotas I. Casco antiguo de Zamora. Bronce Final, *Civitas. MC Aniversario de la Ciudad de Zamora*, Catálogo de la Exposición, Zamora: 78-9.

Martín Arija, A. M. y otros (1994); Nuevos datos arqueológicos en el entorno de la catedral de Zamora, *Anuario 1994*, Instituto de Estudios Zamoranos “Florián de Ocampo” (C.S.I.C.), Diputación Provincial de Zamora: 109-22.

Larrén Izquierdo, H. (1996); Zamora, *Numantia*. Arqueología en Castilla y León 1993/1994, 6, Junta de Castilla y León, Valladolid: 379-98.

Viñé Escartín, A. I. y Salvador Velasco, M. (1997); Excavación arqueológica en el solar sito en la plaza Fray Diego de Deza, nº 5. Zamora, *Anuario 1997*, Instituto de Estudios Zamoranos “Florián de Ocampo”, Diputación de Zamora: 103-126.

Larrén Izquierdo, H. (2003); Zamora. Actividades arqueológicas, *Numantia*. Arqueología en Castilla y León 1997/1998, 8, Junta de Castilla y León, Valladolid: 371-92.

Zamora (Los Pasos)

Campaniforme. Tumba individual en fosa.

Maluquer de Motes, J. (1960); Nuevos hallazgos de la cultura del vaso campaniforme en la Meseta, *Zephyrus*, XI, Universidad de Salamanca: 119-30.

Provincia (dólmenes)

Neolítico Final.

Morán, C. (1935); *Excavaciones en dólmenes de Salamanca y de Zamora*, Memorias de la Junta Superior del Tesoro Artístico, nº 135, Madrid.

López Plaza, S. (1982); *Aspectos arquitectónicos de los sepulcros megalíticos de las provincias de Salamanca y Zamora*, Ediciones de la Universidad de Salamanca.

Larrén, H. y Val Recio, J. del (1990); Arqueología preventiva y de gestión (1984-88). Provincia de Zamora, *Numantia*. Investigaciones Arqueológicas en Castilla y León, III, Valladolid: 333-46.

Palomino Lázaro, A. L. (1989); Las manifestaciones tumulares, no megalíticas, del centro de la Meseta. Nuevas aportaciones en la provincia de Zamora, *Anuario 1989*, Instituto de Estudios Zamoranos “Florián de Ocampo”, Diputación de Zamora: 181-9.

Palomino Lázaro, A. L. (1990); Nuevas aportaciones al conocimiento del fenómeno megalítico en la provincia de Zamora, *Primer Congreso de Historia de Zamora*, tomo II. Prehistoria e Historia Antigua, Instituto de Estudios Zamoranos “Florián de Ocampo”, Diputación de Zamora: 173-200.

2. FECHAS RADIOCARBÓNICAS PARA LA PREHISTORIA RECIENTE DE LA MESETA NORTE

En la primera columna se indica la fecha obtenida mediante análisis radiocarbónicos sin calibrar. En la segunda figura la fecha calibrada dentro de sigma 2, pero sólo el área relativa de más probable distribución, sin indicarse otras que tenían porcentajes de menor probabilidad. Esta calibración se ha efectuado con el programa CALIB 4.4. En la tercera columna se ha incluido la fecha calibrada según consta, usando un método distinto al anterior, en la publicación original de la fecha.

Los datos presentados eluden incluir la referencia de la muestra en el laboratorio de análisis, así como la publicación donde se hizo pública por primera vez la datación. Para la mayoría de los casos, pueden encontrarse estos datos consultando las referencias que sobre cada uno de los yacimientos constan en el anexo con los yacimientos principales de la Meseta Norte.

Al ser diversa la procedencia de las fechas, no pretendemos hacer análisis detallados sobre las características de cada yacimiento. El valor de esta serie reside en su utilidad para ceñir cronológicamente la evolución que se produce dentro del devenir de los pueblos prehistóricos que ocupan la Meseta Norte. Destacamos además la necesidad de empezar a encuadrar y a unificar las secuencias de la Prehistoria de la Meseta Norte dentro de las dataciones calibradas, con la finalidad de evitar la dualidad de referencias que produce a menudo una confusión innecesaria.

Procedencia de la datación	Fecha a. C.	Fecha calibr.	Fecha calibr.
Cueva de la Vaquera (Torreiglesias, Segovia) I	4100 ± 140	5304-4668 BC	5305-4604 BC
Cueva de la Vaquera (Torreiglesias, Segovia) I	4170 ± 160	5381-4688 BC	5466-4623 BC
Cueva de la Vaquera (Torreiglesias, Segovia) I	3970 ± 50	4921-4869 BC	4910-4691 BC
Cueva de la Vaquera (Torreiglesias, Segovia) I	4810 ± 80	5798-5515 BC	5795-5528 BC
Cueva de la Vaquera (Torreiglesias, Segovia) I	4830 ± 180	6009-5458 BC	6008-5372 BC
Cueva de la Vaquera (Torreiglesias, Segovia) I	4130 ± 70	5147-4797 BC	5255-4784 BC
Cueva de la Vaquera (Torreiglesias, Segovia) I	5100 ± 70	6026-5768 BC	6056-5745 BC
Cueva de la Vaquera (Torreiglesias, Segovia) I	4490 ± 50	5477-5321 BC	5481-5315 BC
Cueva de la Vaquera (Torreiglesias, Segovia) I	4220 ± 60	5264-4945 BC	5298-4860 BC
Cueva de la Vaquera (Torreiglesias, Segovia) II	3850 ± 30	4718-4577 BC	4771-4548 BC
Cueva de la Vaquera (Torreiglesias, Segovia) II	2720 ± 90	3646-3306 BC	3644-3103 BC
Cueva de la Vaquera (Torreiglesias, Segovia) II	2900 ± 80	3796-3500 BC	3787-3381 BC
Cueva de la Vaquera (Torreiglesias, Segovia) III	2740 ± 120	3705-3091 BC	3703-3381 BC
Cueva de la Vaquera (Torreiglesias, Segovia) III	2930 ± 60	3793-3622 BC	3781-3535 BC
Cueva de la Vaquera (Torreiglesias, Segovia)	4900 ± 80	5891-5619 BC	
Cueva de la Vaquera (Torreiglesias, Segovia)	4740 ± 120	5806-5465 BC	
Cueva de la Vaquera (Torreiglesias, Segovia)	3700 ± 80	4622-4343 BC	
Cueva de la Vaquera (Torreiglesias, Segovia)	3032 ± 210	4258-3340 BC	
La Lámpara (Ambrona, Soria)	4440 ± 60	5477-5281 BC	5440-5230 BC
La Lámpara (Ambrona, Soria)	4194 ± 46	5153-4941 BC	5220-4940 BC
La Lámpara (Ambrona, Soria)	4105 ± 34	5047-4897 BC	5060-4900 BC
Poblado de la Velilla (Osorno, Palencia)	4180 ± 190	5474-4669 BC	
Los Cascajos (Quintanadueñas, Burgos)	3810 ± 130	4854-4344 BC	

Las primeras muestras de ocupación de la Meseta Norte por parte de grupos que practican una economía de producción en Segovia, Soria y Palencia se sitúan en torno a mediados del VI milenio AC, aunque algunas fechas de la cueva de la Vaquera podrían ser un par de siglos anteriores.

Procedencia de la datación	Fecha a. C.	Fecha calibr.	Fecha calibr.
Dolmen de la Velilla (Osorno, Palencia)	3300 ± 50	4166-3966 BC	
Dolmen de la Velilla (Osorno, Palencia)	3250 ± 55	4112-3937 BC	
Dolmen de la Velilla (Osorno, Palencia)	3120 ± 175	4255-3518 BC	
Dolmen de la Velilla (Osorno, Palencia)	3245 ± 115	4254-3758 BC	
Dolmen de la Velilla (Osorno, Palencia)	2860 ± 80	3713-3493 BC	
Dolmen del Miradero (Villanueva de los Caballeros, Valladolid)	3205 ± 35	4003-3935 BC	3978-3816 BC
Dolmen del Miradero (Villanueva de los Caballeros, Valladolid)	3185 ± 45	4000-3893 BC	
Dolmen del Miradero (Villanueva de los Caballeros, Valladolid)	3170 ± 20	3977-3936 BC	
Dolmen del Miradero (Villanueva de los Caballeros, Valladolid)	3165 ± 35	3880-3800 BC	
Dolmen del Miradero (Villanueva de los Caballeros, Valladolid)	2990 ± 40	3791-3648 BC	3788-3649 BC
Dolmen del Miradero (Villanueva de los Caballeros, Valladolid)	2540 ± 20	3339-3207 BC	3338-3094 BC
Dolmen del Miradero (Villanueva de los Caballeros, Valladolid)	1635 ± 40	2034-1865 BC	2035-1775 BC
Dolmen de Valdemuriel (Tubilla del Agua, Burgos)	4615 ± 45	5563-5470 BC	
Dolmen de Valdemuriel (Tubilla del Agua, Burgos)	3720 ± 110	4733-4329 BC	
Dolmen de Ciella (Sedano, Burgos)	3340 ± 40	4226-4035 BC	
Dolmen de Fuentepecina I (Sedano, Burgos)	3320 ± 140	4361-3766 BC	
Dolmen de Fuentepecina II (Sedano, Burgos)	6310 ± 50	7382-7176 BC	
Dolmen de Fuentepecina II (Sedano, Burgos)	3425 ± 45	4332-4216 BC	
Dolmen de Fuentepecina II (Sedano, Burgos)	3220 ± 100	4229-3757 BC	
Dolmen de Moreco (Huidobro, Burgos)	3200 ± 60	4047-3787 BC	
Dolmen de La Cabaña (Sargentos de la Lora, Burgos)	3290 ± 65	4248-3942 BC	
Dolmen de La Mina (Sedano, Burgos)	3150 ± 170	4260-3628 BC	
Túmulo de El Rebolledo (Sedano, Burgos)	4825 ± 30	5723-5629 BC	
Túmulo de El Rebolledo (Sedano, Burgos)	3355 ± 30	4174-4040 BC	
Túmulo de El Rebolledo (Sedano, Burgos)	3125 ± 40	3963-3783 BC	
Dolmen de Las Arnillas (Moradillo de Sedano, Burgos)	2770 ± 150	3798-3076 BC	
Dolmen de Las Arnillas (Moradillo de Sedano, Burgos)	2625 ± 40	3377-3264 BC	
Dolmen de San Quirce (Tubilla del Agua, Burgos)	2820 ± 190	3962-3020 BC	
Túmulo de La Dehesa de Rio Fortes (Mironcillo, Ávila)	3020 ± 80		3960-3640 BC
Túmulo Peña de la Abuela (Ambrona, Soria)	3100 ± 50	3960-3756 BC	3960-3710 BC
Túmulo Peña de la Abuela (Ambrona, Soria)	3083 ± 32	3943-3758 BC	
Túmulo Peña de la Abuela (Ambrona, Soria)	3104 ± 39	3960-3763 BC	
Túmulo Peña de la Abuela (Ambrona, Soria)	3144 ± 39	3883-3793 BC	
Túmulo Peña de la Abuela (Ambrona, Soria)	3160 ± 39	3882-3798 BC	
Túmulo Peña de la Abuela (Ambrona, Soria)	3079 ± 39	3942-3755 BC	
Túmulo Peña de la Abuela (Ambrona, Soria)	2823 ± 29	3642-3517 BC	
La Revilla del Campo (Ambrona, Soria)	2800 ± 80	3662-3361 BC	3700-3350 BC
Túmulo de La Vega (Jaramillo Quemado, Burgos)	2890 ± 25	3663-3630 BC	
Cueva El Mirador (Ibeas de Juarros, Burgos)- MIR6	2830 ± 40	3647-3509 BC	3650-3510 BC
Cueva Rubia (Villaescusa de Torres, Palencia)	3005 ± 45	3802-3646 BC	
Cueva Rubia (Villaescusa de Torres, Palencia)	2600 ± 60	3378-3083 BC	

Las primeras tumbas colectivas serían erigidas hacia 4100 AC, si bien puede apreciarse cómo en algunas comarcas las tumbas menores son más antiguas que los grandes monumentos (Las Arnillas sería uno de los más modernos, fechado hacia el 3300 AC). Sería sumamente interesante contar con dataciones de los monumentos salmantinos, puesto que este importante foco dolménico no proporciona ni una sola datación radiocarbónica para los momentos neolíticos.

Procedencia de la datación	Fecha a. C.	Fecha calibr.	Fecha calibr.
Cueva de la Vaquera (Torreiglesias, Segovia) Calcolítico	3410 ± 120	4404-3958 BC	4453-3957 BC
Cueva de la Vaquera (Torreiglesias, Segovia) Calcolítico	2920 ± 50	3770-3626 BC	3758-3537 BC
Cueva de la Vaquera (Torreiglesias, Segovia) Calcolítico	2590 ± 60	3376-3080 BC	3497-3028 BC
Cueva de la Vaquera (Torreiglesias, Segovia) Calcolítico	2340 ± 70	3097-2835 BC	3085-2698 BC
Las Pozas (Casaseca de las Chanas, Zamora)	2475 ± 35	3118-2920 BC	
Las Pozas (Casaseca de las Chanas, Zamora)	2250 ± 30	2816-2671 BC	
Las Pozas (Casaseca de las Chanas, Zamora)	2125 ± 30	2697-2554 BC	
Las Pozas (Casaseca de las Chanas, Zamora)	1940 ± 130	2698-2012 BC	
La Teta (Gilbuena, Ávila)	2390 ± 40	3030-2884 BC	
La Teta (Gilbuena, Ávila)	2025 ± 25	2502-2455 BC	
La Solana (Navalmoral de Béjar, Salamanca)	2110 ± 40	2697-2471 BC	
Cueva de Los Espinos (Mave, Palencia)	2400 ± 95	3348-2858 BC	
Los Itueros (Sta. M ^a del Arroyo, Ávila)	2474 ± 300	3796-2284 BC	
Los Itueros (Sta. M ^a del Arroyo, Ávila)	2460 ± 330	3804-2196 BC	
Los Itueros (Sta. M ^a del Arroyo, Ávila)	2170 ± 130	2934-2296 BC	
Los Itueros (Sta. M ^a del Arroyo, Ávila)	1900 ± 100	2503-2028 BC	
Fuente Lirio (Muñopepe, Ávila)	2310 ± 60	3020-2835 BC	2890 ± 60 BC
Fuente Lirio (Muñopepe, Ávila)	1960 ± 100	2640-2124 BC	2440 ± 100 BC
Cueva de los Enebralejos (Prádena, Segovia)	2120 ± 60	2711-2468 BC	
Cueva de los Enebralejos (Prádena, Segovia)	1850 ± 60	2411-2122 BC	
Los Cercados (Mucientes, Valladolid)	2030 ± 60	2625-2291 BC	
El Tomillar (Bercial de Zapardiel, Ávila)	1830 ± 100	2470-1937 BC	
El Tomillar (Bercial de Zapardiel, Ávila)	1880 ± 95	2496-2025 BC	
El Tomillar (Bercial de Zapardiel, Ávila)	1975 ± 40	2496-2290 BC	
Fuente de las Pocillas (Mucientes, Valladolid)	1930 ± 180	2789-1891 BC	
Sala de la Fuente, Ojo Guareña (Sotoscueva, Burgos)	2970 ± 50	3797-3638 BC	
Sala de la Fuente, Ojo Guareña (Sotoscueva, Burgos)	1970 ± 50	2498-2281 BC	
Sala de la Fuente, Ojo Guareña (Sotoscueva, Burgos)	1930 ± 50	2469-2202 BC	

Las primeras manufacturas metálicas se encontrarían aproximadamente desde 2950 AC (las dos más antiguas de La Vaquera son rechazadas por Soledad Estremera –2003: 187-8– atribuyéndoles un desplazamiento desde contextos neolíticos), aunque la mayoría de yacimientos conocidos son de momentos algo posteriores.

Procedencia de la datación	Fecha a. C.	Fecha calibr.	Fecha calibr.
Aldeagordillo (Ávila)	2165 ± 20	2700-2618 BC	
Aldeagordillo (Ávila)	1740 ± 50	2203-1936 BC	
Aldeagordillo (Ávila)	1735 ± 25	2141-2010 BC	
Aldeagordillo (Ávila)	1725 ± 35	2142-1944 BC	
Valhondo (Pajares de Adaja, Ávila)	2020 ± 50	2582-2306 BC	
Perro Alto (Fuente Olmedo, Valladolid)	1780 ± 65	2312-1939 BC	
Perro Alto (Fuente Olmedo, Valladolid)	1670 ± 50	2138-1878 BC	2050-1880 BC
Perro Alto (Fuente Olmedo, Valladolid)	1305 ± 90	1743-1371 BC	
Santioste (Otero de Saregos, Zamora)	1830 ± 80	2460-2015 BC	
Santioste (Otero de Saregos, Zamora)	1800 ± 80	2354-1942 BC	
Los Castillejos (Sanchorreja, Ávila)	1820 ± 90	2461-1955 BC	2204 ± 148 BC
Los Castillejos (Sanchorreja, Ávila)	1720 ± 100	2313-1767 BC	2070 ± 150 BC
Las Peñas (Zamora)	1720 ± 120	2354-1740 BC	
Cerro del Parpantique (Balluncar, Soria)	1780 ± 30	2203-2031 BC	
Cueva Maja (Cabrejas del Pinar, Soria)	1730 ± 40	2144-1943 BC	2050 ± 160 BC
Cueva Maja (Cabrejas del Pinar, Soria)	1715 ± 40	2142-1920 BC	2045 ± 165 BC
Los Torojones (Morcuera, Soria)	1670 ± 30	2038-1884 BC	1760-1580 BC
Cueva del Asno (Los Rábanos, Soria)	1910 ± 50	2466-2198 BC	
Pico Castro (Quintanilla de Arriba, Valladolid)	1700 ± 60	2152-1880 BC	
Pico Romero (Sta. Cruz de Salceda, Burgos)	1780 ± 70	2343-1937 BC	
Pico Romero (Sta. Cruz de Salceda, Burgos)	1680 ± 80	2202-1767 BC	
Cueva (Arevalillo de Cega, Segovia)	1560 ± 140	2203-1500 BC	
Cueva El Mirador (Ibeas de Juarros, Burgos)- MIR4	1720 ± 40	2143-1938 BC	2140-1940 BC
Cueva El Mirador (Ibeas de Juarros, Burgos)- MIR4	1450 ± 40	1776-1601 BC	1760-1610 BC
Cueva El Mirador (Ibeas de Juarros, Burgos)- MIR4	1090 ± 40	1407-1209 BC	1400-1190 BC
Cueva Mayor (Ibeas de Juarros, Burgos)- III	1520 ± 190	2312-1374 BC	
Cueva Mayor (Ibeas de Juarros, Burgos)- III	1390 ± 160	2037-1259 BC	
Cueva Mayor (Ibeas de Juarros, Burgos)- III	1220 ± 130	1740-1109 BC	1455 ± 135 BC
Cueva Mayor (Ibeas de Juarros, Burgos)- III	900 ± 50	1131-896 BC	1017 ± 79 BC
Cueva de Ojo Guareña (Sotoscueva, Burgos)	1480 ± 100	1979-1505 BC	2150-1400 BC
El Castil de Cabras (San Miguel de Valero, Salamanca)	1630 ± 70	2066-1742 BC	2140-1740 BC
El Castil de Cabras (San Miguel de Valero, Salamanca)	1609 ± 32	1978-1860 BC	2010-1760 BC
El Castil de Cabras (San Miguel de Valero, Salamanca)	1580 ± 35	1941-1745 BC	1950-1740 BC

La complejidad social que trasluce en los ajuares campaniformes se manifiesta a partir de 2400 AC, conviviendo con yacimientos donde no aparecen estos materiales. El momento álgido, definido por la tumba de Fuente Olmedo hacia los años 2100-1900, coincide con poblados englobados en el Bronce Antiguo por toda la Meseta Norte, como Santioste, el cerro del Parpantique o Pico Romero.

Procedencia de la datación	Fecha a. C.	Fecha calibr.	Fecha calibr.
El Cogote (La Torre, Ávila)	1465 ± 40	1782-1609 BC	1716 ± 43 BC
El Cogote (La Torre, Ávila)	1380 ± 35	1688-1521 BC	
El Balconcillo (Ucero, Soria)	1480 ± 60	1885-1601 BC	1950-1510 BC
Los Tolmos (Caracena, Soria)- sector A, cabaña	1430 ± 50	1771-1523 BC	1682 ± 61 BC
Los Tolmos (Caracena, Soria)- sector B	1430 ± 50	1771-1523 BC	1682 ± 61 BC
Los Tolmos (Caracena, Soria)- sector A, cabaña	1420 ± 50	1754-1521 BC	1676 ± 62 BC
Los Tolmos (Caracena, Soria)- sector A, cabaña	1410 ± 50	1750-1519 BC	1668 ± 60 BC
Los Tolmos (Caracena, Soria)- sector A, cabaña	1410 ± 50	1750-1519 BC	1668 ± 60 BC
Cueva del Asno (Los Rábanos, Soria)	1430 ± 50	1771-1523 BC	1682 ± 61 BC
Cueva (Arevalillo de Cega, Segovia)- IIa	1560 ± 130	2145-1520 BC	1860 ± 170 BC
Cueva (Arevalillo de Cega, Segovia)- IIa	1350 ± 50	1689-1489 BC	1581 ± 65 BC
Cueva (Arevalillo de Cega, Segovia)- IIa	1350 ± 50	1689-1489 BC	1581 ± 65 BC
Cueva (Arevalillo de Cega, Segovia)- IIa	1340 ± 50	1686-1487 BC	1576 ± 66 BC
La Corvera (Navalmoral de Béjar, Salamanca)	1405 ± 25	1691-1600 BC	1655 ± 39 BC
La Corvera (Navalmoral de Béjar, Salamanca)	1365 ± 25	1639-1522 BC	1587 ± 50 BC
Cueva Rubia (Villaescusa de Torres, Palencia)	1360 ± 30	1641-1519 BC	
La Venta (Alar del Rey, Palencia)	1350 ± 35	1644-1506 BC	1583 ± 56 BC
La Venta (Alar del Rey, Palencia)	1150 ± 50	1460-1257 BC	1382 ± 56 BC
Los Cascajos (Palencia)	1320 ± 110	1779-1301 BC	
Cueva de la Vaquera (Torreiglesias, Segovia)	1330 ± 70	1691-1414 BC	
Cueva de la Vaquera (Torreiglesias, Segovia)	1100 ± 70	1446-1109 BC	1340 ± 88 BC
La Plaza (Cogeces del Monte, Valladolid)	1325 ± 30	1625-1490 BC	1560 ± 54 BC
La Plaza (Cogeces del Monte, Valladolid)	1325 ± 30	1625-1490 BC	1560 ± 54 BC
Carralaviegas (Santillana de Campos, Palencia)	1280 ± 80	1690-1370 BC	
Castillo de Barahones (Valdegama, Palencia)	1280 ± 50	1621-1428 BC	
Castillo de Barahones (Valdegama, Palencia)	1240 ± 30	1517-1412 BC	
Los Tolmos (Caracena, Soria)- Sector B	1230 ± 50	1530-1371 BC	1466 ± 44 BC
Los Tolmos (Caracena, Soria)- Sector A, cabaña	1060 ± 50	1403-1112 BC	1295 ± 84 BC
La Huelga (Dueñas, Palencia)	1130 ± 60	1456-1207 BC	1470-1270 BC
La Huelga (Dueñas, Palencia)	1210 ± 60	1529-1289 BC	1490-1390 BC
¿Fuente de Boecillo? (Boecillo, Valladolid)	1220 ± 60	1532-1294 BC	1460 ± 54 BC
Cueva de Los Espinos (Mave, Palencia)- II	1170 ± 95	1618-1125 BC	1398 ± 96 BC
Cueva de Los Espinos (Mave, Palencia)- II	880 ± 95	1223-809 BC	1003 ± 132 BC
La Requejada (San Román de Hornija, Valladolid)	1010 ± 95	1408-967 BC	1192 ± 154 BC
La Requejada (San Román de Hornija, Valladolid)	870 ± 150	1413-760 BC	1035 ± 195 BC

Los primeros poblados incluidos dentro de la fase Protocogotas se situarían en torno a los años 1700-1650 AC, mientras que los considerados de la fase Plena se datan a partir de 1450-1400 AC. Los últimos momentos de estos poblados transcurren hasta aproximadamente 1100-1050 AC, aunque el establecimiento de los nuevos asentamientos cuya cultura material se denomina “tipo Soto” no está claro hasta cerca de un siglo después.

Procedencia de la datación	Fecha a. C.	Fecha calibr.	Fecha calibr.
Guaya (Berrocalejo de Aragona, Ávila)	3087 ± 48	3955-3755 BC	
Guaya (Berrocalejo de Aragona, Ávila)	1019 ± 40	1316-1046 BC	
Guaya (Berrocalejo de Aragona, Ávila)	1118 ± 40	1427-1257 BC	
Castillo de Burgos (Burgos)	1280 ± 70	1684-1385 BC	1524 ± 84 BC
Castillo de Burgos (Burgos)	950 ± 100	1319-891 BC	1110 ± 160 BC
Castillo de Burgos (Burgos)	760 ± 80	1054-761 BC	878 ± 66 BC
Castillo de Burgos (Burgos)	640 ± 90	901-480 BC	792 ± 43 BC
Castillo de Burgos (Burgos)	450 ± 110	797-351 BC	570 ± 180 BC
Soto de Medinilla (Valladolid)	845 ± 50	1052-827 BC	919 BC
Soto de Medinilla (Valladolid)	815 ± 35	977-830 BC	904 BC
Cerro de San Pelayo (Martinamor, Salamanca)	960 ± 140	1415-818 BC	1450-800 BC
Cerro de San Pelayo (Martinamor, Salamanca)	765 ± 30	915-810 BC	920-800 BC
Cerro de San Pelayo (Martinamor, Salamanca)	710 ± 30	843-795 BC	900-790 BC

APÉNDICE 3. ANÁLISIS FAUNÍSTICOS

Los datos del gráfico han sido tomados de las siguientes fuentes:

Estremera 2003; Morales 1992; Fernández Manzano, Fernández-Posse y Fernández Rodríguez 1999; López y Jiménez 1978; Riquelme 2003; Salvador y Cuesta 1986; Samaniego, Jimeno, Fernández y Gómez 2001; Morales, Cereijo y Pérez 1992; Vergès y otros 2002; Morales y Liesau 1995.

A niveles neolíticos corresponde el yacimiento de La Vaquera, siendo las fases IA y IB dos etapas sucesivas del Neolítico Antiguo, mientras que la fase II se encuadra en el Neolítico Final o Reciente. Al comienzo del Calcolítico pertenecen los poblados de Las Pozas, Cueva de las Tres Ventanas, Teso del Moral y Fuente Lirio. El Cementerio de Arrabal sería un yacimiento con cerámica campaniforme, mientras que Cueva Maja se adscribe al Bronce Antiguo. Cueva Rubia y Cueva del Mirador se fecharían aproximadamente en el Bronce Medio. Así mismo la fase I del Soto de Medinilla sería un Bronce Final muy tardío ligado al comienzo de la Edad del Hierro.

NÚMERO MÍNIMO DE INDIVIDUOS	Cueva de La Vaquera			Las Pozas	Cueva Tres Ventanas	Teso del Moral	Fuente Lirio	Cementerio	Cueva Maja	Cueva Rubia	Cueva El Mirador	Soto de Medinilla
	Torreiglesias. Segovia			Casaseca de las Chanas. Zamora	Corullón. León	Cuelgamures. Zamora	Muñopepe. Ávila	Arrabal de Portillo. Valladolid	Cabrejas del Pinar. Soria	Villaescusa de Torres. Palencia	Ibeas de Juarros. Burgos	Valladolid
	IA	IB	II							Niveles III y IV	Mir 4	Soto I
Caballo		4	2	11		5	3	1	3	22	3	3
Vaca		1	2	22	2	6	11	1	12	27	2	6
Oveja	12	20	8	9	3				8	8	2	
Cabra	4		2		2	14		2	6	4	1	
Ovicaprimo	12	32	26	26	4		26		11	47		23
Cerdo		3	3	25	2	4	9	1	9	18	3	8
Perro	3		3	2		1	1		1	6	3	1
Lirón												
Careto				4								
Conejo	5	4	12	12	1		8	1	14-15	1	4	10
Liebre	2			9			2		5-6	3		4
Gato				1								
Montés												
Lince				2								1
Tejón										2		
Carnívoro			1									
Cerdo / Jabalí	15	24	16									
Jabalí	3	6	3	2	1				1	4	1	2
Corzo			1	1	2	1				4		1
Ciervo	3	5	3	5	2	1	3	1	4	26	2	4
Cabra Montés										1		
Vaca / Uro	6	11	9									
Uro		2	3	6			1					
Erizo										1		
Sapo común				2								
Almeja de río				3								
Lobo									5			1
Zorro					1							
Oso									1	1		
Nutria												1
Castor										1		1
Marta					1							
Rata de agua							1			2		
Topo		1										
Aves							1				1	
Quiróptero	2	4	5									
Quelonio		1	3									
Colúbrido			2									

BIBLIOGRAFÍA

- Abarquero Moras, F. J. (1997); El significado de la cerámica decorada de Cogotas I, *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, LXIII, Universidad de Valladolid: 71-96.
- Abarquero Moras, F. J. (1999); Rasgos de identificación de la cerámica de tipo Cogotas I fuera de la meseta, en R. de Balbín y P. Bueno (eds.); *II Congreso de Arqueología Peninsular (Zamora, 24 y 27 de septiembre de 1996)*, Tomo III. Primer Milenio y Metodología, Universidad de Alcalá-Fundación Rei Afonso Henriques, Madrid: 113-27.
- Acosta, P. (1983); Técnicas, estilo, temática y tipología en la pintura rupestre esquemática hispana, *Zephyrus*, XXXVI, Actas del coloquio internacional sobre arte esquemático de la Península Ibérica, Universidad de Salamanca: 13-25.
- Alcina Franch, J. (1975); *En torno a la antropología cultural*, José Porrúa Turazas, S.A., Madrid.
- Alday Ruiz, I. (1995); Reflexiones en torno al campaniforme. Una mirada hacia el caso vasco, *Zephyrus*, XLVIII, Universidad de Salamanca: 143-86.
- Almagro Basch, M. (1939); La cerámica excisa de la Primera Edad del Hierro de la Península Ibérica, *Ampurias*, I, Barcelona: 141-54.
- Almagro Basch, M. (1959); Elementos para la cronología absoluta del Bronce I en la península Ibérica, *Actas e Memórias do I Congresso Nacional de Arqueologia*, vol. I, Lisboa: 161-185.
- Almagro Basch, M. (1960); *Manual de Historia Universal. I. Prehistoria*, Espasa Calpe, Madrid.
- Almagro Basch, M. (1969); El ídolo de Ciudad Rodrigo y el ídolo de Rodicol, *Trabajos de Prehistoria*, 26, Madrid: 321-6.
- Almagro Basch, M. (1971); El ídolo de Noceda (León), *Trabajos de Prehistoria*, 28, Madrid: 305-12.
- Almagro Basch, M. (1972); Los ídolos y la estela decorada de Hernán Pérez (Cáceres) y el ídolo estela de Tabuyo del Monte (León), *Trabajos de Prehistoria*, 29, CSIC, Madrid: 83-124.
- Almagro Gorbea, M.^a J. (1973); *Los ídolos del Bronce I Hispano*, Bibliotheca Praehistorica Hispana, vol. XII, Madrid.
- Almagro Gorbea, M. (1977); *El Bronce Final y el periodo orientalizante en Extremadura*, Bibliotheca Praehistorica Hispana, vol. XIV, Madrid.
- Almagro Gorbea, M. (1986); Bronce Final y Edad del Hierro, en Jordá, F., Pellicer, M., Acosta, P. y Almagro Gorbea, M., *Historia de España. Prehistoria*, Editorial Gredos, Madrid: 341-532.
- Almagro Gorbea, M. (1992); Introducción, *Complutum*, 2-3, Actas de la Reunión de Paleoehtnología de la Península Ibérica (Madrid, 13-15 de diciembre de 1989), Universidad Complutense de Madrid: 7-10.
- Andrés Rupérez, T. (1990); El Calcolítico y el Bronce Inicial y Medio, *Estado Actual de la Arqueología en Aragón, I. Ponencias*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza: 71-96.
- Apellániz Castroviejo, J. M.^a y Uribarri Angulo, J. L. (1976); *Estudios sobre Atapuerca. I. El Santuario de la Galería del Sílex*, Cuadernos de Arqueología de Deusto, 5, Universidad de Deusto/Diputación Provincial de Burgos, Bilbao.
- Apellániz, J. M.^a y Domingo Mena, S. (1987); *Estudios sobre Atapuerca (Burgos). II. Los materiales de superficie del Santuario de la Galería del Sílex*, Cuadernos de Arqueología de Deusto, 10, Universidad de Deusto/Diputación Provincial de Burgos, Bilbao.

- Arenal Fernández, I. (1989); Aproximación al estudio de la población medieval del País Vasco, *Kobie (serie Paleoantropología)*, 18, Diputación Foral de Bizkaia, Bilbao: 105-10.
- Armendariz, A. (1990); Las cuevas sepulcrales en el País Vasco, *Munibe (Antropología-Arkeología)*, 42, Sociedad de Ciencias Naturales Aranzadi, San Sebastián: 153-60.
- Armendáriz, A. (1992); La idea de la muerte y los rituales funerarios durante la Prehistoria del País Vasco, *Munibe (Antropología-Arkeología)*, suplemento 8, Sociedad de Ciencias Aranzadi, San Sebastián: 13-32.
- Arnáiz Alonso, M. A. y Esparza Arroyo, A. (1985); Un yacimiento al aire libre del Neolítico Interior: el Altotero de Modúbar (Burgos), *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, LI, Universidad de Valladolid: 5-45.
- Arnal, G. B. (1989); *Céramique et céramologie du Néolithique de la France Méditerranéenne*, Mémoire n° V du Centre de Recherche Archéologique du Haut-Languedoc.
- Arranz Arranz, M^a T. (1990); Alimentación hospitalaria. Siglo XIX (Valladolid), *Universidad y Etnología. V Encuentro en Castilla y León. Alimentación tradicional*, Centro de Cultura Tradicional, Diputación de Salamanca: 177-86.
- Arranz, J. A., Gómez, A., Sánchez, M. y Bellido, A. (1993); El Teso de la Macañora (Geria, Valladolid), un poblado de la Edad del Bronce en la cuenca media del Duero, *Numantia. Arqueología en Castilla y León 1989/1990*, 4, Junta de Castilla y León, Valladolid: 75-92.
- Arribas, A., Galán, E., Martín-Pozas, J. M., Nicolau, J. y Salvador, P. (1971); Estudio mineralógico de la variscita de Palazuelo de las Cuevas, Zamora (España), *Studia Geologica*, II, Salamanca: 115-32.
- Balado Pachón, A. (1989); *Excavaciones en Almenara de Adaja: el poblamiento prehistórico*, Diputación Provincial de Valladolid, Valladolid.
- Barker, G. (1985); *Prehistoric farming in Europe*, New Studies in Archaeology, Cambridge University Press, Cambridge.
- Barril, M. y Ruiz Zapatero, G. (1980); Las cerámicas con asas de apéndice de botón y el final de la cultura megalítica del nordeste de la Península, *Trabajos de Prehistoria*, 37, Madrid: 181-218.
- Bécares Pérez, J. (1991); La pintura rupestre esquemática en la provincia de Salamanca, en Manuel Santonja (coord.), *Del Paleolítico a la Historia*, Junta de Castilla y León, Museo de Salamanca: 61-79.
- Belén Deamus, M^a y Escacena Carrasco, J. L. (1995); Acerca del horizonte de la Ría de Huelva. Consideraciones sobre el final de la Edad del Bronce en el Suroeste ibérico, en M. Ruiz-Gálvez (ed.), *Ritos de paso y puntos de paso. La ría de Huelva en el mundo del Bronce Final Europeo*, Complutum, Extra 5, Universidad Complutense, Madrid: 85-113.
- Bellido Blanco, A. (1992); *La sociedad rural tradicional y la incidencia de su actividad sobre el paisaje: Pesquera de Duero (Valladolid)*, trabajo de investigación inédito.
- Bellido, A. (1993); ¿Vacío Megalítico en las tierras sedimentarias del Valle medio del Duero?, *Arqueología Espacial*, 16-17, 4º Coloquio Internacional de Arqueología Espacial. Procesos Postdeposicionales, Teruel: 181-190.
- Bellido, A. (1994); En torno a la cuestión de la metalurgia Cogotas I: un análisis contextual, *Espacio, Tiempo y Forma, Serie I, Prehistoria y Arqueología*, 7, Universidad Nacional de Educación a Distancia, Madrid: 191-210.
- Bellido, A. (1996); *Los campos de hoyos. Inicios de la economía agrícola en la Submeseta Norte*, Studia Archaeologica, 85, Universidad de Valladolid.
- Bellido, A. y Gómez Blanco, J. L. (1996); Megalitismo y rituales funerarios, M^a A. Querol y T. Chapa (eds.), *Homenaje al Profesor Manuel Fernández-Miranda*, Complutum, Extra 6 (I), Universidad Complutense de Madrid: 141-52.

- Bello Dieguez, J. M^a, Criado Boado, F. y Vázquez Varela, J. M. (1987); *La cultura megalítica de la provincia de La Coruña y sus relaciones con el marco natural: implicaciones socio-económicas*, Diputación Provincial de La Coruña.
- Beltrán Martínez, A. (1989); *Ensayo sobre el origen y significación del arte prehistórico*, Universidad de Zaragoza.
- Benet, N., Pérez, R. y Santonja, M. (1997); Evidencias campaniformes en el valle medio del Tormes, *II Congreso de Arqueología Peninsular* (Zamora, septiembre de 1996). Tomo II. Neolítico, Calcolítico y Bronce, Fundación Rei Afonso Henriques, Zamora: 449-70.
- Bernabeu, J., Aura, J. E. y Badal, E. (1993); *Al Oeste del Edén. Las primeras sociedades agrícolas en la Europa mediterránea*, Editorial Síntesis, Madrid.
- Binford, L. R. (1972); *An Archaeological Perspective*, Seminar Press, New York.
- Blanco González, A. (2002); Paisajes de la Edad del Bronce en la Meseta, *Zephyrus*, LV, Universidad de Salamanca: 341-7.
- Blas Cortina, M. A. de (1984-85); El molde del castro leonés de Gusendos de los Oteros y las hachas de apéndices laterales curvos peninsulares, *Zephyrus*, XXXVII-XXXVIII, Universidad de Salamanca: 277-96.
- Blas Cortina, M. A. de (1987); Los primeros testimonios metalúrgicos en la fachada atlántica septentrional de la península Ibérica, *El origen de la metalurgia en la península Ibérica*, II, Fundación Ortega y Gasset, Oviedo: 66-99.
- Blas Cortina, M. A. de (1989); La minería prehistórica del cobre en las montañas astur-leonesas, *Minería y metalurgia en las antiguas civilizaciones mediterráneas y europeas (madrid, octubre 1985)*, tomo I, Ministerio de Cultura, Madrid: 143-53.
- Blas Cortina, M. A. (1998); Producción e intercambio de metal: la singularidad de las minas de cobre prehistóricas del Aramo y El Milagro (Asturias), en G. Delibes (coord.), *Minerales y metales en la prehistoria reciente. Algunos testimonios de su explotación y laboreo en la península Ibérica*, *Studia Archaeologica*, 88, Universidad de Valladolid: 71-103.
- Blas Cortina, M. A. de y Fernández-Tresguerres, J. (1989); *Historia primitiva en Asturias. De los cazadores-recolectores a los primeros metalúrgicos*, Biblioteca Histórica Asturiana, Silverio Cañada editor, Gijón.
- Blasco Bosqued, M^a C. (1987); El Bronce Medio y Final, *130 años de Arqueología madrileña*, Comunidad de Madrid: 82-107.
- Blasco, M^a C., Sánchez-Capilla, M^a L., Caprile, P. y Calle, J. (1984-85); Depósito votivo en un yacimiento de la Edad del Bronce en el Valle del Manzanares (Perales del Río, Getafe, Madrid), *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología*, 11-12, Universidad Autónoma de Madrid: 11-23.
- Blázquez, J. M^a, Martínez-Pinna, J. y Montero, S. (1993); *Historia de las religiones antiguas. Oriente, Grecia y Roma*, Ediciones Cátedra, Madrid.
- Bosch Argilagós, J. y Estrada Martín, A. (1994); La venus de Gavà (Barcelona). Una aportación fundamental para el estudio de la religión neolítica del suroeste europeo, *Trabajos de Prehistoria*, 51, n^o 2, Madrid: 149-58.
- Bosch Gimpera, P. (1923); El problema etnológico vasco y la Arqueología, *Sociedad de Estudios Vascos*, tomo XIV, núm. 4, San Sebastián.
- Bosch Gimpera, P. (1932); *Etnología de la península ibérica. Arqueología i art ibèrics*, Barcelona.
- Bosch Gimpera, P. (1944); *El poblamiento antiguo y la formación de los pueblos de España*, México.
- Bosch Gimpera, P. (1954); La Edad del Bronce en la Península Ibérica, *Archivo Español de Arqueología*, XXVII, CSIC, Madrid: 45-92.

- Bosch Gimpera, P. (1966); Cultura megalítica portuguesa y culturas españolas, *Revista de Guimarães*, LXXVI, nº 3-4: 249-306.
- Bosch Gimpera, P. (1971); Tipos y cronología del vaso campaniforme, *Archivo Español de Arqueología*, 44, CSIC, Madrid: 3-37.
- Boserup, E. (1984); *Población y cambio tecnológico*, Editorial Crítica, Barcelona.
- Bradley, R. (1990); *The passage of arms. An archaeological analysis of prehistoric hoards and votive deposits*, Cambridge University Press.
- Bradley, R. (1991); Rock Art and the Perception of Landscape, *Cambridge Archaeological Journal*, 1, 1: 77-101.
- Bradley, R., Criado Boado, F. y Fábregas Valcarce, R. (1995); Rock art and the prehistoric landscape of Galicia: the results of field survey 1992-1994; *Proceedings of the Prehistoric Society*, 61: 347-70.
- Bradley, R. y Fábregas Valcárcel, R. (1999); "La ley de la frontera": grupos rupestres galaico y esquemático y prehistoria del Noroeste de la península Ibérica, *Trabajos de Prehistoria*, 56 (1), Madrid: 103-114.
- Brun, P. (1993); East-West Relation in the Paris Basin during the Late Bronze Age, en Chris Scarre y Frances Healy (ed.), *Trade and Exchange in Prehistoric Europe (Bristol, April 1992)*, Oxbow Books, Oxford: 171-82.
- Bueno Ramírez, P. (1983); Estatuas-menhir y armas en el Norte de la península Ibérica, *Zephyrus*, XXXVI, Universidad de Salamanca: 153-7.
- Bueno Ramírez, P. (1991); Estatuas menhir y estelas antropomorfas en la península Ibérica. La situación cultural de los ejemplares salmantinos, en Manuel Santonja (coord.), *Del Paleolítico a la Historia*, Junta de Castilla y León, Museo de Salamanca: 81-97.
- Bueno Ramírez, P. y Balbín Behrmann, R. de (1994); El arte megalítico como factor de análisis arqueológico: el caso de la Meseta española, *6º Coloquio Hispano-Ruso de Historia*, Fundación Cultural Banesto, Madrid: 20-9.
- Bueno, P. y Balbín, R. de (1997); Ambiente funerario en la sociedad megalítica ibérica: arte megalítico peninsular, *Actas do Coloquio Internacional O Neolítico Atlántico e as orixes do Megalitismo (Santiago, 1996)*, Universidade de Santiago de Compostela: 693-718.
- Bueno, P. y Balbín, R. de (2000); Arte megalítico en la Extremadura española, *Extremadura Arqueológica*, VIII, El Megalitismo en Extremadura (Homenaje a Elías Diéguez Luengo), Junta de Extremadura, Mérida: 345-79.
- Bueno, P. y Fernández-Miranda, M. (1980); El Peñatu de Vidiago (Llanes, Asturias), *Altamira Symposium*, Ministerio de Cultura, Madrid: 451-67.
- Bueno, P., Piñón Varela, F. y Prados Torreira, L. (1985); Excavaciones en El Collado de Sejos (Valle de Polaciones, Santander). Campaña de 1982, *Noticiario Arqueológico Hispano*, 22, Madrid: 27-53.
- Burjachs Casas, F. y López Sáez, J. A. (2003); Análisis paleopalinológico del yacimiento arqueológico de Fuente Lirio (Muñopepe, Ávila), *Numantia*. Arqueología en Castilla y León 1997-1998, 8, Junta de Castilla y León, Valladolid: 51-4.
- Butzer, K. W. (1989); *Arqueología- Una ecología del hombre: método y teoría para un enfoque contextual*, Ediciones Bellaterra, Barcelona.
- Buxó Rey, M^a J. (1984); La cultura en el ámbito de la cognición, en VV. AA., *Sobre el concepto de cultura*, Editorial Mitre, Barcelona: 31-60.
- Buxó i Capdevila, R. (1991); Algunos aspectos sobre la presencia de leguminosas en el Mediterráneo peninsular: nuevos datos de investigación de restos paleocarpológicos, en A. Vila (coord.), *Arqueología*, Nuevas Tendencias, CSIC, Madrid: 101-14.

- Caballero Arribas, J., Porres Castillo, F. y Salazar Cortés, A. (1993); El campo de fosas de “El Cogote” (La Torre, Ávila), *Numantia*. Arqueología en Castilla y León 1989/1990, 4, Junta de Castilla y León, Valladolid: 93-110.
- Cabré Aguiló, J. (1930); *Excavaciones de Las Cogotas. Cardenosa (Ávila). I. El Castro*, Memorias de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades, nº 110, Madrid.
- Campano, A., Rodríguez, J. A. y Sanz, C. (1985); Apuntes para una primera valoración de la explotación y comercio de la variscita en la Meseta Norte, *Anuario*, Instituto de Estudios Zamoranos "Florián de Ocampo", Diputación de Zamora: 13-22.
- Cárdenas Martín, M. (1995); Inhalatorios de Alucinógenos procedentes de Contextos Funerarios de Tablado de Lurin, *Revista del Museo de Arqueología, Antropología e Historia*, 5, Universidad Nacional de Trujillo: 3-23.
- Cardito Rollán, L. M^a (1996); Las manufacturas textiles en la Prehistoria: las placas de telar en el Calcolítico peninsular, *Zephyrus*, XLIX, Universidad de Salamanca: 125-45.
- Caro Baroja, J. (1974); *Ritos y mitos equívocos*, Ediciones Istmo, Madrid.
- Carrión García, J. S., Munuera Giner, M., Navarro Camacho, C. y Sáez Soto, F. (2000); Paleoclimas e historia de la vegetación cuaternaria en España a través del análisis polínico, *Complutum*, 11, Universidad Complutense de Madrid. 115-42.
- Castillo Yurita, A. del (1928); *La cultura del vaso campaniforme (su origen y extensión en Europa)*, Universidad de Barcelona.
- Castillo, A. del (1947); El Neoeolítico. En R. Menéndez Pidal (dir.), *España primitiva. I. La Prehistoria*, Espasa Calpe, Madrid.
- Castro Martínez, P. V., Mico Pérez, R. y Sanahuja Yll, M^a E. (1995); Genealogía y cronología de la "cultura de Cogotas I" (el estilo cerámico y el grupo Cogotas I en su contexto arqueológico), *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, LXI, Universidad de Valladolid: 51-118.
- Celis Sánchez, J. (1993); Ficha 14. En Luis Grau Lobo –coord.–: *Guía-catálogo de 100 piezas. Museo de León*, Junta de Castilla y León, Valladolid: 37-8.
- Celis Sánchez, J. (1999); Una fíbula de codo en las estribaciones de la cordillera cantábrica: “La Cildad, Sabero, León, *Lancia*, 3, Universidad de León: 287-96.
- Celis Sánchez, J. (2000-2001) ; Los Barrios de Luna : un nuevo yacimiento del Bronce antiguo en la Cordillera Cantábrica”, *Lancia*, 4, Universidad de León: 85-102.
- Cerdeño, M^a L., Méndez, A., Cristóbal, R. de, Moreno, F. y Ferreiro, J. (1980); El yacimiento de la Edad del Bronce de La Torrecilla (Getafe, Madrid), *Noticiario Arqueológico Hispano*, 9, Madrid: 215-42.
- Chapman, R. (1991); *La formación de las sociedades complejas. El sureste de la península Ibérica en el marco del Mediterráneo occidental*, Editorial Crítica, Barcelona.
- Childe, V. G. (1954); *Los orígenes de la civilización*, FCE, México. (original de 1936: Man makes himself)
- Childe, V. G. (1965); *La evolución de la sociedad*, Editorial Ciencia Nueva, Madrid. (original de 1951)
- Childe, V. G. (1972); *Introducción a la Arqueología*, Ediciones Ariel, Barcelona. (original de 1956)
- Childe, V. G. (1985); *Qué sucedió en la Historia*, Editorial Planeta-De Agostini, Barcelona. (original de 1942)
- Chisholm, M. (1968); *Rural Settlement and Land Use*, Hutchinson, London (2^a edición).
- Clark, G. (1980); *Arqueología y Sociedad*, Akal Editor, Madrid.
- Clarke, D. L. (1984); *Arqueología Analítica*, Ediciones Bellaterra, Barcelona. (original de 1978)

- Clastres, P. (1996); *Investigaciones en antropología política*, Gedisa editorial, Barcelona.
- Colomer i Solsona, L. (1996); Contenidors ceràmics i processament d'aliments a la prehistòria, *Cota Zero*, 12, Dossier: estratègies alimentàries en el passat, Barcelona: 47-60.
- Columela, L. J. M. (1959); *Los doce libros de agricultura*, Editorial Iberia, S.A., Barcelona.
- Contreras Hernández, J. (1993); *Antropología de la Alimentación*, Eudema Antropología, Salamanca.
- Corchón Rodríguez, M^a S. (2002); El Tardiglaciario y la transición al postglaciario en la Meseta Norte Española: una visión de síntesis (Reflexiones acerca de las investigaciones realizadas en los últimos diez años en el territorio de Castilla y León), *Zephyrus*, LV, Universidad de Salamanca: 85-142.
- Cortés Vázquez, L. (1987); *Alfarería popular del reino de León*, Salamanca.
- Cubero Corpas, C. (1995); Estudio paleocarpológico de yacimientos del valle medio del Duero, en G. Delibes, F. Romero y A. Morales (eds.), *Arqueología y medio ambiente. El primer milenio a. C. en el Duero Medio*, Junta de Castilla y León, Valladolid: 371-94.
- Cunliffe, B. (1992); Pits, preconceptions and propitiation in the British Iron Age, *Oxford Journal of Archaeology*, volume 11 n^o 1, march, Oxford: 69-83.
- Cunliffe, B. (1993); *Danebury*, English Heritage/Batsford, London.
- Daniel, G. (1968); *El concepto de Prehistoria*, Nueva Colección Labor, Barcelona, 1968. (original de 1962)
- Daniel, G. (1974); *Historia de la Arqueología. De los anticuarios a V. Gordon Childe*, Alianza Editorial, Madrid. (original de 1967)
- Delahoutre, M. (1995); Lo sagrado y su expresión estética, espacio sagrado, arte sagrado, monumentos religiosos, en Julien Ries (coord.), *Tratado de antropología de lo sagrado. 1. Los orígenes del homo religiosus*, Editorial Trotta: 127-48.
- Delibes de Castro, G. (1971); Una necrópolis de inhumación individual de la Edad del Bronce en Villalmanzo (Burgos), *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, XXXVII, Universidad de Valladolid: 407-416.
- Delibes de Castro, G. (1972); El yacimiento de San Cebrián. Contribución al estudio del Bronce Inicial en la Meseta Norte, *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, XXXVIII, Universidad de Valladolid: 489-498.
- Delibes de Castro, G. (1973); Nuevos hallazgos de la Edad del Bronce en la Meseta Norte, *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, XXXIX, Universidad de Valladolid: 383-95.
- Delibes de Castro, G. (1976-77); Poblamiento Eneolítico en la Meseta Norte, *Sautuola*, II, Museo de Prehistoria y Arqueología, Santander: 141-151.
- Delibes de Castro, G. (1977); *El vaso campaniforme en la Meseta Norte española*, Studia Archaeologica, 46, Universidad de Valladolid.
- Delibes de Castro, G. (1978); Una inhumación triple de facies Cogotas I en San Román de la Hornija (Valladolid), *Trabajos de Prehistoria*, 35, Madrid: 225-250.
- Delibes de Castro, G. (1980); Hacha plana de cobre hallada en Villalón de Campos (Valladolid), *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, XLVI, Universidad de Valladolid: 129-133.
- Delibes de Castro, G. (1983a); Grup cultural Las Cogotas I: una visió crítica, *Tribuna D'Arqueologia*, 1982-1983, Departament de Cultura de la Generalitat de Catalunya, Barcelona: 85-92.
- Delibes de Castro, G. (1983b); Un conjunto de lanzas de bronce de Cisneros, Palencia, *Homenaje al Prof. Martín Almagro Basch*, II, Madrid: 69-79.

- Delibes, G. (1983c); El País Vasco, encrucijada cultural en el inicio del Bronce Antiguo (s. XVIII a. de C.), *Varia*, II, Departamento de Historia Antigua, Universidad de Valencia: 131-164.
- Delibes, G. (1987); Sobre los enterramientos del grupo campaniforme de Ciempozuelos: diversidad y tradición, *El origen de la metalurgia en la Península Ibérica*, tomo II, Fundación José Ortega y Gasset-Universidad Complutense de Madrid, Oviedo: 37-51.
- Delibes, G. (1988); Enterramiento calcolítico en fosa de "El Ollar", Donhierro (Segovia), *Espacio, Tiempo y Forma*, Serie I, Prehistoria, 1, Universidad Nacional de Educación a Distancia, Madrid: 227-38.
- Delibes, G. (1989); Calcolítico y vaso campaniforme en el Noroeste peninsular, *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, LV, Universidad de Valladolid: 41-59.
- Delibes, G. (1990); Notas sobre la metalurgia de los comienzos de la Edad del Bronce en Tierras de Palencia, *Actas del II Congreso de Historia de Palencia (27-29 de abril de 1989)*, tomo I. Prehistoria, Arqueología e Historia Antigua, Diputación de Palencia: 5-22.
- Delibes, G. (1995a); Ávila, del Neolítico al Bronce, en M. Mariné (coord.), *Historia de Ávila. I. Prehistoria e Historia Antigua*, Institución "Gran Duque de Alba", Diputación de Ávila: 21-90.
- Delibes, G. (1995b); Neolítico y Edad del Bronce, en J. C. Alba López (coord.), *Historia de Zamora. I. De los orígenes al final del Medioevo*, Zamora: 49-65.
- Delibes, G. (1995c); Ritos funerarios, demografía y estructura social entre las comunidades neolíticas de la Submeseta Norte, en R. Fábregas, F. Pérez y C. Fernández (eds.), *Arqueología da Morte na Península Ibérica desde as Orixes ata o Medioevo*, Biblioteca Arqueohistórica Limiá, Xinzo de Limia: 61-94.
- Delibes, G. (1998); Sobre la trayectoria del horizonte campaniforme de Ciempozuelos en la Submeseta Norte: apuntes para una periodización, *Homenaje a Sonsoles Paradinas*, Asociación del Museo de Ávila, Ávila: 49-65.
- Delibes, G. (2000); Sanchorreja y El Berrueco: dos piezas claves en la configuración de la cultura de Cogotas I, *Pyrenae*, 2 (2/3), Homenaje al Prof. Dr. Joan Maluquer de Motes, Universitat de Barcelona: 33-5.
- Delibes, G. (2000-2001); Del Bronce al Hierro en el valle medio del Duero: una valoración del límite Cogotas I-Soto de Medinilla a partir de las manifestaciones de culto, *Zephyrus*, LIII-LIV, Universidad de Salamanca: 293-309.
- Delibes, G. y Abarquero, F. J. (1997); La presencia de Cogotas I en el país valenciano: acotaciones al tema desde una perspectiva meseteña, *Saguntum (PLAV)*, 30, Valencia: 115-34.
- Delibes, G., Alonso Díez, M. y Rojo Guerra, M. A. (1987); Los sepulcros colectivos del Duero Medio y Las Loras, y su conexión con el foco dolménico riojano, *El megalitismo en la península Ibérica*, Ministerio de Cultura, Madrid: 181-97.
- Delibes, G., Avello, J. L. y Rojo, M. A. (1982); Espadas del Bronce Antiguo y Medio halladas en la provincia de León, *Zephyrus*, XXXIV-XXXV, Universidad de Salamanca: 153-63.
- Delibes, G., Elorza, J. C. y Castillo, B. (1995); ¿La dote de una princesa irlandesa? A propósito de un torques áureo de la Edad del Bronce hallado en Castrojeriz (Burgos), *Homenaje al Profesor Martín González*, Universidad de Valladolid: 51-61.
- Delibes, G., Esparza, A., García-Soto, E., López, J. R. y Mariné, M^a (1988); *La colección arqueológica del padre Saturio González en Santo Domingo de Silos*, Diputación Provincial de Burgos.
- Delibes de Castro, G. y Etxeberria Gabilondo, F. (2002); Fuego y cal en el sepulcro colectivo de "El Miradero" (Valladolid): ¿accidente ritual o burocracia de la muerte?, en M. A. Rojo Guerra y M. Kunst (eds.), *Sobre el Significado del Fuego en los Rituales Funerarios del Neolítico*, Studia Archaeologica, 91, Universidad de Valladolid: 39-58.

- Delibes, G. y Fernández Manzano, J. (1981); El castro protohistórico de 'La Plaza' en Cogeces del Monte (Valladolid). Reflexiones sobre el origen de la fase Cogotas I, *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, XLVII, Universidad de Valladolid: 51-68.
- Delibes, G. y Fernández Manzano, J. (1986); Metalurgia del Bronce Final en la Meseta Norte: nuevos datos para su estudio, *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, LII, Universidad de Valladolid: 5-23.
- Delibes, G. y Fernández Manzano, J. (1992); Relaciones entre Cogotas I y el Bronce Final Atlántico en la Meseta Española, en C. Chevillot y A. Coffyn (dir.), *L'Age du Bronze Atlantique*, Actes du 1er Colloque du Parc Archéologique de Beynac (septiembre, 1990), Association des Musées du Sarladais, Beynac-et-Cazenac: 203-12.
- Delibes, G. y Fernández Manzano, J. (2000); La trayectoria cultural de la Prehistoria reciente (6400-2500 BP) en la Submeseta Norte española: principales hitos de un proceso, *Actas do 3º Congresso de Arqueologia Peninsular*, Volume IV: Pré-historia recente da Península Ibérica, ADECAP, Porto: 95-122.
- Delibes, G., Fernández Manzano, J., Celis Sánchez, J. (1992-3); Nuevos "ganchos de carne" protohistóricos de la península Ibérica, *Tabona*, VIII (2), Universidad de La Laguna: 417-34.
- Delibes, G., Fernández Manzano, J., Fontaneda, E. y Rovira, S. (1999); *Metalurgia de la Edad del Bronce en el piedemonte meridional de la Cordillera Cantábrica. La colección Fontaneda*, Monografías, 3, Junta de Castilla y León, Zamora.
- Delibes, G., Fernández Manzano, J. y Herrán Martínez, J. I. (1994); El depósito del bronce final de Pico Cuerno, Sotoscueva (Burgos): sobre la cronología y distribución de las hachas planas con anillas de la submeseta norte, *Boletín de la Institución Fernán González*, 209, Burgos: 239-77.
- Delibes, G., Fernández Manzano, J. y Herrán Martínez, J. I. (1999); Submeseta Norte, en G. Delibes e I. Montero (coords.), *Las primeras etapas metalúrgicas en la península Ibérica: II. Estudios regionales*, Instituto Universitario Ortega y Gasset, Ministerio de Cultura, Madrid: 63-94.
- Delibes, G., Fernández Manzano, J. y Herrán Martínez, J. I. (2003); Notas sobre minería y metalurgia calcolíticas en la Submeseta Norte española, en J. Fernández Manzano y J. I. Herrán (eds.), *Mineros y fundidores en el inicio de la Edad de los Metales. El Midi francés y el Norte de la Península Ibérica*, Caja España, León: 120-132.
- Delibes, G., Fernández Manzano, J. y Pérez Rodríguez, F. J. (1997); Posibles exvotos de la Edad del Bronce en fuentes termales y minero-medicinales de la Submeseta Norte", en Mª J. Peréx Agorreta (ed.), *Termalismo Antiguo*, Casa de Velázquez/UNED, Madrid: 117-27.
- Delibes, G., Fernández Manzano, J. y Rodríguez Marcos, J. A. (1990); Cerámica de la plenitud Cogotas I: el yacimiento de San Román de Hornija (Valladolid), *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, LVI, Universidad de Valladolid: 64-105.
- Delibes, G. y Fernández-Miranda, M. (1981); La tumba de Celada de Roblecado (Palencia) y los inicios del Bronce Antiguo en el valle medio y alto del Pisuerga, *Trabajos de Prehistoria*, 38, Madrid: 153-188.
- Delibes, G. y Fernández-Miranda, M. (1986-87); Aproximación cronológica a la cronología del grupo Cogotas I, *Zephyrus*, XXXIX-XL, Universidad de Salamanca: 17-30.
- Delibes, G., Herrán, J. I., Santiago, J. y Val Recio, J. del (1995); Evidence for Social Complexity in the Copper Age of the Northern Meseta, en K. T. Lillios (ed.), *The Origins of Complex Societies in Late Prehistoric Iberia*, International Monographs in Prehistory, Archaeological Series, 8, Michigan: 44-63.
- Delibes, G. y Mañanes, T. (1979); La espada pistiliforme del Bronce Final de Veguellina de Órbigo (León), *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, XLV, Universidad de Valladolid: 158-68.

- Delibes, G. y Municio, L. (1982); Apuntes para el estudio de la secuencia campaniforme en el Oriente de la Meseta Norte, *Numantia*. Investigaciones arqueológicas en Castilla y León, I, Soria: 65-83.
- Delibes, G., Palomino A. L., Rojo, M. A. y Zapatero, P. (1992); Estado actual de la investigación sobre el Megalitismo en la Submeseta Norte, *Arqueología* (GEAP), 22, Porto: 9-20.
- Delibes, G., Rodríguez Marcos, J. A. y Santonja, M. (1991); Cuatro hallazgos de oro de la Edad del Bronce en la Meseta Norte, *Trabajos de Prehistoria*, 48, Madrid: 203-13.
- Delibes, G. y Rojo, M. A. (1988); En torno al origen del foco megalítico del oriente de la Meseta: de nuevo el sepulcro de Cubillejo de Lara, *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, LIV, Universidad de Valladolid: 5-23.
- Delibes, G. y Rojo, M. A. (1992); Ecos mediterráneos en los ajuares dolménicos burgaleses, en P. Utrilla (coord.), *Aragón/Litoral Mediterráneo: intercambios culturales durante la Prehistoria*, Institución Fernando el Calótico, Zaragoza: 383-8.
- Delibes, G., Rojo, M. y Represa, J. I. (1993); *Dólmenes de La Lora. Burgos*, Guía Arqueológica, Junta de Castilla y León, Salamanca.
- Delibes, G., Rojo, M. y Sanz, C. (1986); Dólmenes de Sedano. II. El sepulcro de corredor de Las Arnillas (Moradillo de Sedano, Burgos), *Noticiario Arqueológico Hispano*, 27, Ministerio de Cultura, Madrid: 7-39.
- Delibes, G., Romero, F. y Abarquero, F. J. (2000); Cerámicas excisas de discutible filiación Cogotas I en el Bronce Tardío de la península Ibérica: una taza de "estilo Duffaits" procedente de la cueva del Asno (Los Rábanos, Soria), *Soria Arqueológica*, 2, Diputación Provincial de Soria: 97-130.
- Delibes, G., Romero, F., Sanz, C., Escudero, Z. y San Miguel, L. C. (1995); Panorama arqueológico de la Edad del Hierro en el Duero medio, en G. Delibes, F. Romero y A. Morales (eds.), *Arqueología y Medio Ambiente. El primer milenio a. C. en el Duero medio*, Junta de Castilla y León, Valladolid: 49-146.
- Delibes, G. y Santonja, M. (1986a); *El fenómeno megalítico en la provincia de Salamanca*, Diputación de Salamanca.
- Delibes, G. y Santonja, M. (1986b); Aspectos generales del fenómeno megalítico de la Submeseta Norte, *Actas de la Mesa Redonda sobre Megalitismo Peninsular (octubre de 1984)*, Asociación Española de Amigos de la Arqueología, Madrid: 145-163.
- Delibes, G. y Santonja, M. (1987); Sobre la supuesta dualidad Megalitismo/Campaniforme en la Meseta Superior Española, en W. H. Waldren y R. C. Kennard (eds.), *Bell Beakers of the Western Mediterranean. Definition, Interpretation, Theory and New Site Data*, BAR International Series, 331 (I), Oxford: 173-206.
- Delibes, G. y Val Recio, J. del (1990); Prehistoria reciente zamorana: del Megalitismo al Bronce, *Primer Congreso de Historia de Zamora, II. Prehistoria e Historia Antigua*, Instituto de estudios Zamoranos "Florián de Ocampo", Diputación de Zamora: 53-99.
- Delibes, G., Viñé, A. y Salvador, M. (1998); Santioste, una factoría salinera de los inicios de la Edad del Bronce en Otero de Saregos (Zamora), en G. Delibes (coord.), *Minerales y metales en la prehistoria reciente. Algunos testimonios de su explotación y laboreo en la península Ibérica*, Studia Archaeologica, 88, Universidad de Valladolid: 155-97.
- Delibes, G. y Zapatero Magdaleno, P. (1995); Sobre la implantación del megalitismo en el valle medio del Duero: el testimonio de La Velilla, en Osorno (Palencia), *Actas del III Congreso de Historia de Palencia*, tomo 1. Prehistoria, Arqueología e Historia Antigua, Diputación Provincial de Palencia: 35-63.
- Delibes, G. y Zapatero, P. (1996); De lugar de habitación a sepulcro monumental: una reflexión sobre la trayectoria del yacimiento neolítico de La Velilla, en Osorno (Palencia), *Rubricatum*, 1, I Congrès del Neolític a la Península Ibèrica (Gavà-Bellaterra, 1995): 337-48.

- Díaz-Andreu, M. (1995); Complex Societies in Copper and Bronze Age Iberia: A Reappraisal, *Oxford Journal of Archaeology*, 14 (1): 23-39.
- Díaz-Andreu, M. y Mora, G. (1995); Arqueología y política: el desarrollo de la Arqueología española en su contexto histórico, *Trabajos de Prehistoria*, 52 (1), CSIC, Madrid: 25-38.
- Díaz Cruz, R (1998); *Archipiélago de rituales: Teorías antropológicas del ritual*, Anthropos Editorial, Barcelona.
- Díaz del Río, P. (1996); J. F. Fabián García: El aspecto funerario durante el Calcolítico y los inicios de la Edad del Bronce en la Meseta Norte..., *Trabajos de Prehistoria*, 53 (2), CSIC, Madrid: 183-4.
- Díaz-del-Río Español, P. (1999); Distribución de residuos en "Las Matillas" (Alcalá de Henares, Madrid): espacio y tiempo en la Prehistoria de la Meseta, *XXIV Congreso Nacional de Arqueología (Cartagena, 1997). volumen 2. El mundo indígena*, Instituto de Patrimonio Histórico, Murcia: 167-74.
- Díaz-del-Río Español, P. (2001); *La formación del paisaje agrario: Madrid en el III y II milenios BC*, Arqueología, Paleontología y Etnografía, 9, Comunidad de Madrid.
- Díaz-del-Río Español, P. (2003); Recintos de fosos del III milenio AC en la Meseta Peninsular, *Trabajos de Prehistoria*, 60 (2), CSIC, Madrid: 61-78.
- Díaz-del-Río, P., Consuegra, S., Peña, L., Márquez, B., Sampedro, C., Moreno, R., Albertini, D. y Pino, B. (1997); Paisajes agrarios prehistóricos en la Meseta peninsular: el caso de "Las Matillas" (Alcalá de Henares, Madrid), *Trabajos de Prehistoria*, 54 (2), CSIC, Madrid: 93-111.
- Díez Castillo, A. (1996-1997); *Utilización de los recursos en la Marina y Montaña cantábricas: una prehistoria ecológica de los valles del Deva y Nansa*, Illunzar, 3, Asociación Cultural de Arqueología AGIRI, Gernika.
- Díez Taboada, J. M^a (1989); La significación de los santuarios, en C. Álvarez Santaló, M^a J. Buxó y S. Rodríguez Becerra (coord.), *La Religiosidad Popular. III. Hermandades, romerías y santuarios*, Anthropos, Barcelona: 268-81.
- Domínguez Bolaños, A. (1991); Los Paradores de Castrogonzalo. Un yacimiento calcolítico y romano, *Anuario 1991*. Instituto de Estudios Zamoranos "Florián de Ocampo" (C.S.I.C.), Diputación Provincial de Zamora: 191-207.
- Earle, T. (1991); The evolution of chiefdoms, en Timothy Earle (ed.), *Chiefdoms: power, economy and ideology*, Cambridge University Press: 1-15.
- Edmonds, M. (1993); Towards a Context for Production and Exchange: the Polished Axe in Earlier Neolithic Britain, en Chris Scarre y Frances Healy (ed.), *Trade and Exchange in Prehistoric Europe (Bristol, April 1992)*, Oxbow Books, Oxford: 69-86.
- Eiroa, J. J. (1970); Un yacimiento de la Edad del Bronce en Sonsoles (Ávila), *Caesaraugusta*, 33-34, Zaragoza: 166-168.
- Eiroa, J. J. (1973); Noticia de un yacimiento de la Edad del Bronce en Aldeagordillo (Ávila), *XII Congreso Nacional de Arqueología (Jaén, 1971)*, Zaragoza: 233-240.
- Eiroa García, J. J. (1979); *La cueva del Asno. Los Rábanos (Soria). Campañas 1976-1977*, Excavaciones Arqueológicas en España, 107, Ministerio de Cultura, Madrid.
- Eliade, M. (1974); *Tratado de Historia de las religiones*, Ediciones Cristiandad, Madrid, 2 volúmenes.
- Eliade, M. (1978); *Historia de las Creencias y de las Ideas Religiosas. I. De la Prehistoria a los Misterios de Eleusis*, Ediciones Cristiandad, Madrid.
- Eliade, M. (1991); *Mito y realidad*, Editorial Labor, Barcelona.
- Eliade, M. (2001); *Herreros y alquimistas*, Alianza Editorial, Madrid.

- Ellison, A. (1981); Towards a socioeconomic model for the Middle Bronze Age in southern England, en Ian Hodder, G. Isaac y N. Hammond (ed.), *Pattern of the Past*, Studies in honour of David Clarke, Cambridge University Press: 413-38.
- Esparza Arroyo, A. (1977); El castro zamorano del Pedroso y sus insculturas, *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, XLIII, Universidad de Valladolid: 27-39.
- Esparza, A. (1990); Sobre el ritual funerario de Cogotas I, *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, LVI, Universidad de Valladolid: 106-43.
- Esteve Fabregat, C. (1984); El concepto de cultura, en VV. AA., *Sobre el concepto de cultura*, Editorial Mitre, Barcelona: 61-80.
- Estremera Portela, M^a S. (1999); Sobre la trayectoria del Neolítico Interior: Precisiones a la secuencia de la Cueva de La Vaquera (Torreiglesias, Segovia), *Saguntum-Plav*, Extra 2, II Congrès del Neolític a la Península Ibèrica (València, 7-9 de abril 1999), Universitat de València: 245-50.
- Estremera Portela, S. y Fabián García, J. F. (2002); El túmulo de La Dehesa de Río Fortes (Mironcillo, Ávila): primera manifestación del Horizonte Rechaba en la Meseta Norte, *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, LXVIII, Universidad de Valladolid: 9-41.
- Estremera Portela, S. y Valle González, A. (1999); Las almagras neolíticas de la Cueva de La Vaquera (Segovia): la transformación térmica de la goethita en relación con los cambios de color de la pintura cerámica, *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, LXV, Universidad de Valladolid: 43-52.
- Fabián García, J. F. (1984-85); Los útiles de arista diédrica sobre prismas piramidales o nódulos de cristal de roca (U.A.D.) en el yacimiento de La Dehesa, El Tejado de Béjar (Salamanca). Estudio morfotécnico, *Zephyrus*, XXXVII-XXXVIII, Universidad de Salamanca: 115-24.
- Fabián García, J. F. (1992); El enterramiento campaniforme del túmulo 1 de Aldeagordillo (Ávila), *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, LVIII, Universidad de Valladolid: 97-135.
- Fabián García, J. F. (1995); *El aspecto funerario durante el Calcolítico y los inicios de la Edad del Bronce en la Meseta Norte*, Acta Salmanticensia, 93, Ediciones Universidad de Salamanca.
- Fabián García, J. F. (1997); *El dolmen del Prado de las Cruces (Bernuy-Salineru. Ávila)*, Memorias. Arqueología en Castilla y León, 5, Junta de Castilla y León, Zamora.
- Fabián García, J. F. (2003); El calcolítico en el suroeste de la meseta norte: Fuente Lirio (Muñopepe, Ávila), *Numantia*. Arqueología en Castilla y León 1997-1998, 8, Junta de Castilla y León, Valladolid: 9-50.
- Fábregas Valcarce, R. (1984); La industria de piedra pulida en las sepulturas megalíticas de Galicia, *Trabajos de Prehistoria*, 41, CSIC, Madrid: 129-63.
- Fábregas Valcarce, R. (1988); Cronología y periodización del megalitismo en Galicia y norte de Portugal, *Espacio, Tiempo y Forma*, Serie I, Prehistoria y Arqueología, 1, UNED, Madrid: 179-91.
- Fábregas Valcarce, R. y Ruiz-Gálvez Priego, M. (1994); Ámbitos funerario y doméstico en la Prehistoria del NO. de la Península Ibérica, *Zephyrus*, XLVI, Universidad de Salamanca: 143-59.
- Fernández Manzano, J. (1986); *Bronce Final en la Meseta Norte española: el utillaje metálico*, Junta de Castilla y León, Soria.
- Fernández Manzano, J., Fernández-Posse, M^a D. y Fernández Rodríguez, C. (1999); La Cueva de las Tres Ventanas (Corullón) y los inicios de la Edad de los Metales en El Bierzo, *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, LXV, Universidad de Valladolid: 99-131.

- Fernández Manzano, J., Herrán, J. I., Orejas, A., Hernánsanz, M. y Paradinas, S. (1997); Minería y poblamiento calcolítico en Ávila de los Caballeros. En R. Balbín y P. Bueno (eds.), *Actas del II Congreso de Arqueología Peninsular* (Zamora, septiembre de 1996). Tomo II. Neolítico, Calcolítico y Bronce, Fundación Rei Afonso Henriques, Zamora: 527-542.
- Fernández Manzano, J. y Palomino Lázaro, A. L. (1991); Cogotas I en Tierra de Campos: el yacimiento de Pórragos en Bolaños (Valladolid), *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, LVII, Universidad de Valladolid: 63-73.
- Fernández Manzano, J. y Rojo Guerra, M. A. (1986); Notas sobre el yacimiento campaniforme de Arrabal de Portillo (Valladolid), *Noticiario Arqueológico Hispano*, 27, Ministerio de Cultura, Madrid: 41-74.
- Fernández Miranda, M. (1986); Método empírico y análisis funcional: en torno a Colin Renfrew y su modelo arqueológico. En Colin Renfrew, *El Alba de la Civilización. La revolución del Radiocarbono (C-14) y la Europa Prehistórica*, Ediciones Istmo, Madrid: XVII-XXII.
- Fernández-Miranda, M. , Montero Ruiz, I. y Rovira Llorens, S. (1995); Los primeros objetos de bronce en el occidente de Europa, *Trabajos de Prehistoria*, 52 (1), CSIC, Madrid: 57-69.
- Fernández Moreno, J. J. (1990); Aproximación al contexto arqueológico del arte rupestre soriano, *Arte prehistórico de la provincia de Soria*, Junta de Castilla y León, Soria: 113-31.
- Fernández Moreno, J. J. (1991); Dos yacimientos en cueva en el término de Soria, *Soria Arqueológica*, 1, Diputación Provincial de Soria: 31-46.
- Fernández Moreno, J. J. y Gómez Barrera, J. A. (1991); Dos nuevos abrigos con pinturas rupestres esquemáticas en “El Cubillejo” (Valonsadero, Soria), *Soria Arqueológica*, 1, Diputación Provincial de Soria: 103-120.
- Fernández-Posse y de Arnaiz, M^a D. (1979); Informe de la primera campaña (1977) en la Cueva de Arevalillo (Segovia), *Noticiario Arqueológico Hispano*, 6, Ministerio de Cultura, Madrid: 51-87.
- Fernández-Posse y de Arnaiz, M^a D. (1981); La Cueva de Arevalillo de Cega (Segovia), *Noticiario Arqueológico Hispano*, 12, Ministerio de Cultura, Madrid: 43-84.
- Fernández-Posse y de Arnaiz, M^a D. (1982); Consideraciones sobre la técnica de Boquique, *Trabajos de Prehistoria*, 39, Madrid: 137-159.
- Fernández-Posse, M^a D. (1986); La cultura de Cogotas I, *Actas del Congreso “Homenaje a Luís Siret (1934- 1984)”*, Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, Sevilla: 475-87.
- Fernández-Posse, M^a D. (1998); *La investigación protohistórica en la Meseta y Galicia*, Arqueología Prehistórica, 1, Editorial Síntesis, Madrid.
- Fernández-Posse, M^a D. (2002); Pedro Díaz-del-Río Español: La formación del paisaje agrario: Madrid en el III y II milenio BC..., *Trabajos de Prehistoria*, 59 (2), CSIC, Madrid: 172-4.
- Fernández-Posse, M^a D. y Montero, I. (1998); Una visión de la metalurgia atlántica en el interior de la Península Ibérica, en Susana Oliveira Jorge (ed.), *Existe uma Idade do Bronze Atlântico?*, Trabalhos de Arqueologia, 10, Instituto Português de Arqueologia, Lisboa: 192-202.
- Fleming, A. (1973); Tombs for the living, *Man*, 8: 177-93.
- Frazer, J. G. (1951); *La Rama Dorada. Magia y religión*, Fondo de Cultura Económica, México (1922).
- Galán Domingo, E. (1993); *Estelas, paisaje y territorio en el Bronce Final del Suroeste de la península Ibérica*, Complutum, Extra 3, Universidad Complutense de Madrid.
- Galán, E. y Ruiz-Gálvez, M. (1996); Divisa, dinero y moneda. Aproximación al estudio de los patrones metrológicos prehistóricos peninsulares, en M^a Ángeles Querol y T. Chapa (eds.),

- Homenaje al profesor Manuel Fernández-Miranda*, Complutum, Extra-6 (II), Universidad Complutense de Madrid: 151-65.
- García Colmenares, P. -dir.- (1993); *Cultura material y tradición en el Cerrato palentino: Astudillo, Baltanás, Dueñas, Torquemada y Villamuriel*, Centro Cultural Provincial, Diputación de Palencia.
- García García, J. L., Velasco, H. M., López, M. M^a, Cruces, F., Díaz, A., Álvarez, A. y Orgaz, A. I. (1991); *Rituales y proceso social. Estudio comparativo en cinco zonas españolas*, Ministerio de Cultura, Madrid.
- García López, E., Gracia Alonso, F. y Munilla Cabrillana, G. (1994); Cortes de Navarra. Transición Bronce Final-Hierro en el valle medio del Ebro, *Revista de Arqueología*, 160, Madrid: 14-21.
- García Sanjuán, L. y Hurtado Pérez, V. (1997); Los inicios de la jerarquización social en el Suroeste de la península Ibérica (c. 2500-1700 a.n.e.). Problemas conceptuales y empíricos, *Saguntum*, 30, volum II, Universitat de Valencia: 135-52.
- García Sanz, B. (1989); *Los campesinos en la sociedad rural tradicional. Marco institucional, producción, presión fiscal y población (Tierra de Curiel y Tierra de Peñafiel, siglos XVI-XVIII)*, Diputación de Valladolid.
- Garrido Pena, R. (2000); *El Campaniforme en La Meseta Central de la Península Ibérica (c. 2500-2000 AC)*, British Archaeological Reports International Series, 892, Oxford.
- Garrido Pena, R. y Muñoz López-Astilleros, K. (2000); Visiones sargadas para los líderes. Cerámicas campaniformes con decoración simbólica en la Península Ibérica, *Complutum*, 11, Universidad Complutense de Madrid: 285-300.
- Garza, M. de la (1998); La muerte en el mundo indígena del México prehispánico, *Vida y muerte. Arte funerario del Occidente de México*, Fundación "la Caixa", Barcelona: 33-47.
- Geertz, C. (1995); *La interpretación de las culturas*, Editorial Gedisa, Barcelona (original de 1973).
- Gennep, A. van (1986); *Los ritos de paso*, Taurus Ediciones, Madrid (1909).
- Gilman, A. (1997); Cómo valorar los sistemas de propiedad a partir de datos arqueológicos, *Trabajos de Prehistoria*, 54 (2), CSIC, Madrid: 81-92.
- Gimbutas, M. (1991); *Diosas y dioses de la vieja Europa (7000-3500 a.C.)*, Ediciones Istmo, Madrid.
- Giménez Romero, C. (1991); *Valdelaguna y Coatepec. Permanencia y funcionalidad del régimen comunal agrario en España y México*, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, Madrid.
- Giot, P. R. (1976); Le mégalithisme, en J. Guilaine (dir.) *La Préhistoire de France. II. Civilisations néolithiques et protohistoriques*, Paris.
- Giro Miranda, J. (1985); *El Pan en La Rioja (elaboraciones y tradiciones)*, Caja Rioja, Barcelona.
- Godelier, M. (1989); *Lo ideal y lo material*, Taurus Humanidades, Madrid.
- Godelier, M. (1998); *El enigma del don*, Paidós Básica, Barcelona.
- Golan, A. (1991); *Myth and symbol. Symbolism in Prehistoric Religions*, Jerusalem.
- Gómez Barrera, J. A. (1982); *La pintura rupestre esquemática en la Altiembeseta Soriana*, Ayuntamiento de Soria.
- Gómez Barrera, J. A. (1990a); Pintura rupestre esquemática en Soria, significado e interpretación, *Arte prehistórico de la provincia de Soria*, Junta de Castilla y León, Soria: 59-78.
- Gómez Barrera, J. A. (1990b); Grabados rupestres postpaleolíticos en la provincia de Soria, *Arte prehistórico de la provincia de Soria*, Junta de Castilla y León, Soria: 95-112.

- Gómez Barrera, J. A. (1991); El motivo-estela de "la Peña de los Plantíos" (Fuentetoba, Soria), *Soria Arqueológica 1*, Colección de Temas Sorianos, nº 15, Diputación Provincial de Soria: 87-102.
- Gómez Barrera, J. A. (1992); Arte rupestre en la provincia de Soria, *2º Symposium de Arqueología Soriana (octubre de 1989)*, vol. 1, Diputación Provincial de Soria: 9-64.
- Gómez Barrera, J. A. (1993); *Arte rupestre prehistórico en la Meseta castellano-leonesa*, Junta de Castilla y León, Valladolid.
- González, P. (1989); *Cerámica preindustrial en la provincia de Valladolid*, Colegio Oficial de Arquitectos en Valladolid / Caja de Ahorros Provincial de Valladolid, Valladolid.
- González Salas, S. (1945); *El castro de Yecla, en Santo Domingo de Silos (Burgos)*, Informes y Memorias, nº 7, Madrid.
- González-Tablas Sastre, F. J. (1984-85); Protocogotas o el bronce medio de la Meseta: La Gravera de "Puente Viejo" (Ávila); *Zephyrus*, XXXVII-XXXVIII, Universidad de Salamanca: 267-76.
- González-Tablas Sastre, F. J. y Fano Martínez, M. A. (1994); El fenómeno de la muerte en Cogotas I: una propuesta metodológica, *Zephyrus*, XLVII, Universidad de Salamanca: 93-103.
- Goodenough, W. H. (1975); Cultura, lenguaje y sociedad (1971), en J. S. Kahn (ed.), *El concepto de cultura: textos fundamentales*, Editorial Anagrama, Barcelona: 157-244.
- Guerra Doce, E. (2002); Sobre el papel de la adormidera como posible viático en el ritual funerario de la Prehistoria Reciente Peninsular, *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, LXVIII, Universidad de Valladolid: 49-75.
- Guillén, J. (1980); *Vrbs Roma. Vida y costumbres de los romanos. III. Religión y ejército*, Ediciones Sigueme, Salamanca.
- Gutiérrez Morillo, A. y García Aguayo, A. (1998); El ídolo de Peñalavieja (La Aguilera, Cantabria). Una nueva manifestación de arte esquemático en el monte Hijedo, *Espacio, Tiempo y Forma, Serie I, Prehistoria y Arqueología*, 11, UNED, Madrid: 179-89.
- Gutiérrez Palacios, A. (1962); El poblado eneolítico de La Peña del Bardal. Diego Álvaro (Ávila). Campaña de 1958, *VII Congreso Nacional de Arqueología* (Barcelona, 1960), Zaragoza: 162-8.
- Harding, A. F. (2003); *Sociedades europeas en la Edad del Bronce*, Ariel Prehistoria, Barcelona.
- Harris, M. (1990); *Antropología cultural*, Alianza Editorial, Madrid.
- Harrison, R. J. (1975); Notas acerca de algunas espadas del bronce Final en la península Ibérica, *Ampurias*, 36: 225-33.
- Harrison, R. J. (1977); *The Bell Beaker Cultures of Spain and Portugal*, American School of Prehistoric Research, Peabody Museum, Harvard University.
- Harrison, R. J. (1980); *The Beaker Folk. Copper Age archaeology in Western Europe*, Thames and Hudson, London.
- Harrison, R. J. (1995); Bronze Age Expansion 1750-1250 BC: The Cogotas I Phase in the Middle Ebro Valley, *Veleia*, 12, Universidad del País Vasco: 67-77.
- Harrison, R. J., Craddock, P. T. y Hughes, M. J. (1981); A Study of the Bronze Age Metalwork from the Iberian Peninsula in the British Museum, *Ampurias*, 43, Diputació de Barcelona: 113-179.
- Harrison, R. J. y Gilman, A. (1977); Trade in the second and third millennia B.C. between the Maghreb and Iberia, en V. Markotic (ed.), *Ancient Europe and the Mediterranean*, Aris & Phillips Ltd, Warminster: 90-104.

- Harrison, R. J. y Moreno López, G. (1985); El Policultivo Ganadero o la Revolución de los Productos Secundarios, *Trabajos de Prehistoria*, 47, Centro de Estudios Históricos, Madrid: 51-82.
- Harrison, R. J., Moreno, G. C. y Legge, A. L. (1994); *Moncín: un poblado de la Edad del Bronce (Borja, Zaragoza)*, Colección de Arqueología, 16. Diputación General de Aragón, Zaragoza.
- Hawkes, C. F. C. (1954); Las relaciones atlánticas en el Bronce Final entre la península Ibérica y las Islas Británicas con respecto a Francia, Europa Central y el Mediterráneo; *Ampurias*, XIV, Barcelona: 81-119.
- Helms, M. W. (1988); *Ulysses' Sail. An ethnographic Odyssey of power knowledge and geographical distance*, Princeton, New Jersey, P.U.P.
- Hernández Bermejo, E. (1996); Biodiversidad agrícola y alimentación en la península Ibérica: evolución desde los siglos VII al XVII, en I. González Turmo y P. Romero de Solís (eds.), *Antropología de la Alimentación: nuevos ensayos sobre la dieta mediterránea*, Sevilla: 135-147.
- Hernando Gonzalo, A. (1992); Enfoques teóricos en Arqueología, *SPAL*, 1, Universidad de Sevilla: 11-35.
- Herrán Martínez, J. I., Fernández Giménez, J. M^a y Pérez Rodríguez, F. J. (1996); Los comienzos de la metalurgia en el bajo Pisuerga palentino, *Actas del III Congreso de Historia de Palencia* (marzo-abril de 1995), tomo I. Prehistoria, Arqueología e Historia Antigua, Diputación Provincial de Palencia: 67-91.
- Herrán, J. I., Iglesias Martínez, J. C. y Palomino Lázaro, A. L. (1993); Intervención arqueológica de urgencia en el yacimiento de la Edad del Cobre de Santa Cruz, *Numantia. Arqueología en Castilla y León 1989/1990*, 4, Junta de Castilla y León, Valladolid: 27-40.
- Hesiodo (1986); *Teogonía. Trabajos y días. Escudo. Certamen* (edición de A. y M^a A. Martín Sánchez), Alianza Editorial, Madrid.
- Hodder, I. (1978a); Simple correlations between material culture and society: a review, en Hodder, I. -ed.- (1978); *The Spatial Organisation of Culture*, New Approaches in Archaeology, Duckworth, London: 3-24.
- Hodder, I. (1978b); The spatial structure of material "cultures": a review of some of the evidence, en Hodder, I. -ed.- (1978); *The Spatial Organisation of Culture*, New Approaches in Archaeology, Duckworth, London: 93-111.
- Hodder, I. (1978c); Some effects of distance on patterns of human interaction, en Hodder, I. -ed.- (1978); *The Spatial Organisation of Culture*, New Approaches in Archaeology, Duckworth, London: 155-78.
- Hodder, I. (1978d); Social organisation and human interaction: the development of some tentative hypotheses in terms of material culture, en Hodder, I. -ed.- (1978); *The Spatial Organisation of Culture*, New Approaches in Archaeology, Duckworth, London: 199-269.
- Hodder, I. (1982); *Symbols in action. Ethnoarchaeological studies of material culture*, Cambridge University Press.
- Hodder, I. -ed- (1987); *Archaeology as long-term History*, Cambridge University Press.
- Hodder, I. (1988); *Interpretaciones en Arqueología*, Editorial Crítica, Barcelona.
- Hodder, I. (1990); El debate español sobre la Arqueología contextual, *Trabajos de Prehistoria*, 47, Madrid: 379-82.
- Homero (1996); *Odisea* (edición de José Luis Calvo), Cátedra, Madrid (8^a edición).
- Huet de Bacelar Gonçalves, A. y Lurdes Reis, M^a (1981-82); Estudo mineralógico de elementos de adorno de cor verde provenientes de estações arqueológicas portuguesas, *Portugalia*, II/III, Faculdade de Letras da Universidade do Porto: 153-66.

- Hurtado, V. (1978); Los ídolos del calcolítico en el Occidente Peninsular, *Habis*, 9, Universidad de Sevilla: 357-64.
- Hurtado, V. (1981); Las figuras humanas del yacimiento de La Pijotilla (Badajoz), *Madrider Mitteilungen*, 22, Deutsches Archäologisches Institut: 78-88.
- Iglesias Gil, J. M. (1994); *Intercambio de bienes en el Cantábrico oriental en el Alto Imperio romano*, Universidad de Cantabria, Santander.
- Iglesias Martínez, J. C., Rojo Guerra, M. A. y Álvarez Periañez, V. (1996); Estado de la cuestión sobre el Neolítico en la Submeseta Norte, *Rubricatum*, 1, I Congrés del Neolític a la península Ibèrica (Gavà-Bellaterra, 1995): 721-34.
- Iriarte, M^a J. y Zapata, L. (1996); *El Paisaje Vegetal Prehistórico en el País Vasco*, Diputación Foral de Álava, Vitoria.
- Jarman, M. R., Bailey, G. N. y Jarman, H. N. -eds.- (1982); *Early European Agriculture. Its foundation and development*, Cambridge University Press.
- Jiménez Guijarro, J. (1999); El proceso de neolitización del interior peninsular, *Saguntum-Plav*, Extra 2, II Congrés del Neolític a la Península Ibèrica (València, 7-9 de abril 1999), Universitat de València: 493-501.
- Jimeno Martínez, A. (1984); *Los Tolmos de Caracena (Soria) (campanías de 1977, 1978 y 1979)*, Excavaciones Arqueológicas en España, 134, Madrid.
- Jimeno, A. (1988); La investigación del Bronce Antiguo en la Meseta Superior, *Trabajos de Prehistoria*, 45, CSIC, Madrid: 103-21.
- Jimeno, A. y Fernández Moreno, J. J. (1983); El castro de la Barbolla (Soria). Nuevo yacimiento del horizonte Cogotas I, *Celtiberia*, 66, Centro de Estudios Sorianos, Soria: 321-33.
- Jimeno, A. y Fernández Moreno, J. J. (1991a); *Los Tolmos de Caracena (Soria) (campanías 1981 y 1982)*, Excavaciones Arqueológicas en España, 161, Madrid.
- Jimeno, A. y Fernández Moreno, J. J. (1991b); El yacimiento de la Mesta en la Atalaya (Renieblas-Soria), *Soria arqueológica*, 1, Diputación Provincial de Soria: 47-67.
- Jimeno, A. y Fernández Moreno, J. J. (1992a); El poblamiento desde el Neolítico a la Edad del Bronce: constantes y cambios, *2º Symposium de Arqueología Soriana (octubre de 1989)*, Diputación Provincial de Soria: 69-102.
- Jimeno, A. y Fernández Moreno, J. J. (1992b); La metalurgia de la Edad del Bronce en la provincia de Soria: el contexto cultural, *2º Symposium de Arqueología Soriana (octubre de 1989)*, Diputación Provincial de Soria: 231-46.
- Jimeno, A., Fernández Moreno, J. J. y Revilla, M. L. (1988); Asentamientos de la Edad del Bronce en la provincia de Soria: consideraciones sobre los contextos culturales del Bronce Antiguo, *Noticiario Arqueológico Hispano*, 30, Madrid: 83-118.
- Jones, A. (1999); The world on a plate: ceramics, food technology and cosmology in Neolithic Orkney, *World Archaeology*, 31 (1), Routledge: 55-77.
- Jordá Cerdá, F. (1983); Introducción a los problemas del arte esquemático de la Península Ibérica, *Zephyrus*, XXXVI, Actas del coloquio internacional sobre arte esquemático de la Península Ibérica, Universidad de Salamanca: 7-12.
- Jordá, F., Pellicer, M., Acosta, P. y Almagro Gorbea, M. (1986); *Historia de España. Prehistoria*, Editorial Gredos, Madrid.
- Juan-Tresserras, J. (2000); La arqueología de las drogas en la Península Ibérica. Una síntesis de las recientes investigaciones arqueobotánicas, *Complutum*, 11, Universidad Complutense de Madrid: 261-74.
- Juliano, M^a D. (1986); *Cultura popular*, Cuadernos de Antropología, 6, Anthropos, Barcelona.

- Kahn, J. S. -ed.- (1975); *El concepto de cultura: textos fundamentales*, Editorial Anagrama, Barcelona.
- Keesing, R. (1993); Teorías de la cultura (1974), en H. M. Velasco (comp.), *Lecturas de antropología social y cultural*, Cuadernos de la UNED, 119, UNED: 43-74.
- Kottak, C. P. (1994); *Antropología. Una exploración de la diversidad humana*, Mc Graw Hill, Madrid.
- Kristiansen, K. (1989); Transformaciones sociales en el Neolítico Final de la Europa templada (4000-2000 a. C.), *Trabajos de Prehistoria*, 46, CSIC, Madrid: 65-74.
- Kristiansen, K. (2001); *Europa antes de la Historia. Los fundamentos prehistóricos de la Europa de la Edad del Bronce y la Primera Edad del Hierro*, Ediciones Península, Barcelona.
- Krüger, F. (1995); *Los Altos Pirineos. Volumen II: Cultura Pastoril*, Diputación General de Aragón-Diputación de Huesca-Garsineu Edicions, Lleida.
- Kunst, M. y Rojo Guerra, M. A. (1999); El Valle de Ambrona: un ejemplo de la primera colonización Neolítica de las tierras del Interior Peninsular, *Saguntum-Plav*, Extra 2, II Congrès del Neolític a la Península Ibèrica (València, 7-9 de abril 1999), Universitat de València: 259-70.
- Kuoni, B. (1981); *Cestería tradicional ibérica*, Ediciones del Serval, Barcelona.
- Larrén Izquierdo, H. -coord.- (1999); *Arqueología e infraestructura agraria en el valle del Tera (Zamora)*, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, Zamora.
- Lemus Chavarri, C. y Álvarez Redondo, J. L. (1966); Grabados neolítico de la cueva de Fuente Dura (Losana de Pirón, Segovia), *IX Congreso Nacional de Arqueología (Valladolid, 1965)*, Zaragoza: 162-5.
- Lévêque, P. (1997); *Bestias, dioses y hombres. El imaginario de las primeras religiones*, Universidad de Huelva.
- Lévi-Strauss, C. (1986); *La alfarera celosa*, Ediciones Paidós, Barcelona.
- Levy, J. E. (1982); *Social and Religious Organization in Bronze Age Denmark. An Analysis of Ritual Hoard Finds*, British Archaeological Reports, 124, Oxford.
- Licka, M. (1991); Résultats d'expériences relatives a la cuisson de la céramique préhistorique dans différents types de structures de cuisson et de fours: premiere étape, *Actes du Colloque International "Experimentation en Archéologie: bilan et perspectives"*, Archéologie Expérimentale, Tome 1-Le Feu: métal et céramique, Paris: 203-9.
- Lión Bustillo, F. J. y Lión Bustillo, M^a C. (1990); Un nuevo yacimiento de Cogotas I en Palencia: Abarca de Campos, *Actas del II Congreso de Historia de Palencia* (abril de 1989), tomo I. Prehistoria, Arqueología e Historia Antigua, Diputación Provincial de Palencia: 111-26.
- Longacre, W. (1981); Kalinga pottery: an ethnoarchaeological study, en Ian Hodder, G. Isaac y N. Hammond (ed.), *Pattern of the Past*, Studies in honour of David Clarke, Cambridge University Press: 49-66.
- López de Calle, C. e Ilaraza, J. A. (1997); Condenaciones y remodelaciones. Una respuesta a las estratigrafías de los sepulcros megalíticos de Cameros), *II Congreso de Arqueología Peninsular* (Zamora, septiembre de 1996). Tomo II. Neolítico, Calcolítico y Bronce, Fundación Rei Afonso Henriques, Zamora: 309-21.
- López García, P. (1980); Estudio de semillas prehistóricas de algunos yacimientos españoles, *Trabajos de Prehistoria*, 37, CSIC, Madrid: 419-32.
- López García, P. (1984); Estudio Palinológico, en A. Jimeno; *Los Tolmos de Caracena (Soria) (campanas de 1977, 1978 y 1979)*, Excavaciones Arqueológicas en España, 134, Madrid: 337-8.
- López García, P. (1986); Estudio palinológico del Holoceno español a través de yacimientos arqueológicos, *Trabajos de Prehistoria*, 43, CSIC, Madrid: 143-58.

- López García, P. -ed.- (1991); *El cambio cultural del IV al II milenios a. C. en la comarca noroeste de Murcia*, vol. I, CSIC, Madrid.
- López García, P. y Aranz, A. (1994); Análisis Polínico del yacimiento de El Ventorro (Madrid), *Estudios de Prehistoria y Arqueología Madrileñas*, 9, Museos Municipales, Madrid: 57-8.
- López Plaza, M^a S. (1974); Materiales de la Edad del Bronce hallados en Muñogalindo (Ávila), *Zephyrus*, XXV, Universidad de Salamanca: 121-143.
- López Plaza, M^a S. (1975); Morillos y objetos de culto de la Edad del Bronce hallados en Muñogalindo (Ávila), *XIII Congreso Nacional de Arqueología (Huelva, 1973)*, Zaragoza: 499-506.
- López Plaza, M^a S. (1979); Aportación al conocimiento de los poblados eneolíticos del SO. de la Meseta N. española: la cerámica, *Setúbal Arqueológica*, V, Museu de Arqueologia e Etnografia de Setúbal: 67-102.
- López Plaza, S. (1987); El comienzo de la metalurgia en el S.O. de la cuenca del Duero, *El origen de la metalurgia en la península Ibérica*, tomo II, Instituto Universitario José Ortega y Gasset-Universidad Complutense de Madrid, Oviedo: 52-65.
- López Plaza, S. (1991); Aproximación al poblamiento de la prehistoria reciente en la provincia de Salamanca, en M. Santonja (coord.) *Del Paleolítico a la Historia*, Junta de Castilla y León, Museo de Salamanca: 49-59.
- López Plaza, S., Alonso, F., Cornide, M. y Álvarez, A. (1991-92); Aplicación de la Astronomía en el estudio de la orientación de sepulcros megalíticos de corredor en la zona Noroccidental de la península Ibérica, *Zephyrus*, XLIV-XLV, Universidad de Salamanca: 183-92.
- López Plaza, S. y Arias González, L. (1988-89); Aproximación al poblado calcolítico de "Tierras Lineras", La Mata de Ledesma, Salamanca, *Zephyrus*, XLI-XLII, Universidad de Salamanca: 171-98.
- López Plaza, S. y Jiménez Fuentes, E. (1978); Análisis faunístico del poblado eneolítico "Teso del Moral", Cuelgamures (Zamora), *Zephyrus*, XXVIII-XXIX, Universidad de Salamanca: 207-13.
- López Plaza, S., Luis Francisco, J. y Salvador Mateos, R. (2000); Megalitismo y vías naturales de comunicación en el SO salmantino, *Actas do 3º Congresso de Arqueologia Peninsular (setembro de 1999)*, vol. III. Neolitização e megalitismo da Península Ibérica, ADECAP, Porto: 271-87.
- López Plaza, S. y Piñel, C. (1978); El poblado Eneolítico de Fontanillas de Castro (Zamora): Primera aportación a su estudio, *Zephyrus*, XXVIII-XXIX, Universidad de Salamanca: 191-205.
- López Plaza, M^a S., Sevillano, M^a C. y Grande del Brío, R. (1996); Estatua-menhir de Tremendal de Tormes (Salamanca), *Zephyrus*, XLIX, Universidad de Salamanca: 295-303.
- López Sáez, J. A. (2002); Análisis paleopalinológico del yacimiento Dehesa de Río Fortes (Mironcillo, Ávila), *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, LXVIII, Universidad de Valladolid: 42-8.
- López Sáez, J. A. y Blanco González, A. (2003); La mutación Bronce Final/Primer Hierro en el suroeste de la Cuenca del Duero (provincia de Ávila): ¿cambio ecológico y social?, en Ángel Esparza Arroyo -coord.-, *Preactas del Encuentro de jóvenes investigadores sobre Bronce Final y Hierro en la Península Ibérica (Salamanca, 20 al 22 de octubre de 2003)*, Fundación Duques de Soria-Universidad de Salamanca, Salamanca: 219-38.
- Lucas Pellicer, M^a R. (1981); Aproximación al conocimiento de las estaciones rupestres y de la pintura esquemática en el barranco del Duratón (Segovia), *Altamira Symposium. Actas del Simposium Internacional sobre Arte Prehistórico celebrado en conmemoración del primer centenario del descubrimiento de las pinturas de Altamira (1879-1979)*, Ministerio de Cultura: 505-26.

- Lucas Pellicer, M^a R. (1989); El horizonte Cogotas I en San Frutos del Duratón (Burgomillodo, Segovia), *XIX Congreso Nacional de Arqueología (Castellón de la Plana, 1987)*, Zaragoza: 477-92.
- Lucas Pellicer, M^a R. (1990); El santuario rupestre del Solapo del Águila (Villaseca, Segovia) y el barranco sagrado del Duratón, *Zephyrus*, XLIII, Universidad de Salamanca: 199-208.
- Lucas Pellicer, M^a R. (1992); La pintura esquemática de las provincias de Soria y Segovia: estudio comparativo, *2º Symposium de Arqueología Soriana (octubre de 1989)*, Diputación Provincial de Soria: 261-78.
- Luelmo, J. (1975); *Historia de la Agricultura en Europa y América*, Ediciones Istmo, Madrid.
- MacWhite, E. (1951); *Estudios sobre las relaciones atlánticas en la península Hispánica en la Edad del Bronce*, Disertaciones Matritenses, II, Madrid.
- Malinowski, B. (1975); La cultura (1931), en J. S. Kahn, *El concepto de cultura: textos fundamentales*, Editorial Anagrama, Barcelona: 85-127.
- Malinowski, B. (1985); *Magia, ciencia y religión*, Editorial Origen/Planeta, México. (original de 1948)
- Maluquer de Motes Nicolau, J. (1949a); Estado actual de nuestro conocimiento de la prehistoria salmantina (hasta la Edad del Hierro), *Zephyrus*, I, Universidad de Salamanca: 9-21.
- Maluquer de Motes, J. (1949b); Concepto y periodización de la Edad del Bronce peninsular, *Ampurias*, XI: 191-195.
- Maluquer de Motes, J. (1958); *Excavaciones arqueológicas en el Cerro del Berrueco (Salamanca)*, Acta Salmanticensida, tomo XIV, 1, Universidad de Salamanca.
- Maluquer de Motes, J. (1960a); Bases para el estudio de las culturas metalúrgicas de la Meseta, *1º Symposium de Prehistoria de la Península Ibérica (septiembre de 1959)*, Pamplona: 125-150.
- Maluquer de Motes, J. (1960b); Nuevos hallazgos de la cultura del vaso campaniforme en la Meseta, *Zephyrus*, XI, Universidad de Salamanca: 119-30.
- Maluquer de Motes, J. (1972); *Proceso histórico económico de la primitiva población peninsular*, Universidad de Barcelona.
- Marcos, G. J., Martín, M. A., Misiego, J. C., Pérez, F. J. y Sanz, F. J. (1993); Dos piezas metálicas del Calcolítico precampaniforme zamorano; "Los Bajos" (Vecilla de Tasmonte, Zamora), *Zephyrus*, XLVI, Universidad de Salamanca: 301-7.
- Mariscal, B. (1993); Variación de la vegetación holocena (4300-280 BP) de Cantabria a través del análisis polínico de la turbera de Alsa, *Estudios Geológicos*, 49 (1-2), Museo Nacional de Ciencias Naturales, Madrid: 63-8.
- Martí Oliver, B. y Cabanilles, J. J. (1987); *El Neolític Valencià. Els primers agricultors i ramaders*, Servei d'Investigació Prehistòrica, Diputació de València.
- Martín Cea, J. C. (1986); *El campesinado castellano de la cuenca del Duero. Aproximación a su estudio durante los siglos XIII al XV*, Junta de Castilla y León, Zamora.
- Martín de la Cruz, J. C. (1987); *El Llanete de los Moros, Montoro, Córdoba*, Excavaciones Arqueológicas en España, 151, Madrid.
- Martín Socas, D. y Camalich Massieu, M^a D. (1982); La "cerámica simbólica" y su problemática (aproximación a través de los materiales de la Colección L. Siret), *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 7, Universidad de Granada: 267-306.
- Martín Socas, D., Camalich, M^a D., Tejedor Salguero, M^a L., Rodríguez, A. y González, P. (1985); Composición mineralógica y evaluación de las temperaturas de cocción de la cerámica de Campos (Cuevas de Almanzora, Almería). Estudio preliminar, *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 10, Universidad de Granada: 131-85.

- Martín Valls, R. (1983); Las insculturas del castro salmantino de Yecla de Yeltes y sus relaciones con los petroglifos gallegos, *Zephyrus*, XXXVI, Universidad de Salamanca: 217-31.
- Martín Valls, R. y Delibes de Castro, G. (1972); Nuevos yacimientos de la primera Edad del Hierro en la Meseta Norte, *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, XXXVIII, Universidad de Valladolid: 5-54.
- Martín Valls, R. y Delibes, G. (1973); Recientes hallazgos cerámicos de la fase Cogotas I en la provincia de Salamanca, *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, XXXIX, Universidad de Valladolid: 395-402.
- Martín Valls, R. y Delibes, G. (1974); *La cultura del vaso campaniforme en las campiñas meridionales del Duero. El enterramiento de Fuente-Olmedo (Valladolid)*, Monografías del Museo Arqueológico de Valladolid, 1.
- Martín Valls, R. y Delibes, G. (1975a); Problemas en torno a la Primera Edad del Hierro en el sector occidental de la Meseta Norte, *XIII Congreso Nacional de Arqueología (Huelva, 1973)*, Zaragoza: 545-550.
- Martín Valls, R. y Delibes, G. (1975b); Hallazgos arqueológicos en la provincia de Zamora (II), *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, XXXIX, Universidad de Valladolid: 445-76.
- Martín Valls, R. y Delibes, G. (1976a); Sobre la cerámica de la fase Cogotas I, *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, XLII, Universidad de Valladolid: 5-18.
- Martín Valls, R. y Delibes, G. (1976b); Hallazgos arqueológicos en la provincia de Zamora (III), *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, XLII, Universidad de Valladolid: 411-40.
- Martín Valls, R. y Delibes, G. (1978); Hallazgos arqueológicos en la provincia de Zamora (V). *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, XLV. Universidad de Valladolid: 321-46.
- Martín Valls, R. y Delibes, G. (1981); Hallazgos arqueológicos en la provincia de Zamora (VIII). *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, XLVII. Universidad de Valladolid: 153-86.
- Martín Valls, R. y Delibes, G. (1982); Hallazgos arqueológicos en la provincia de Zamora (IX). *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, XLVIII. Universidad de Valladolid: 45-70.
- Martín Valls, R. y Delibes, G. (1989); *La cultura del vaso campaniforme en las campiñas meridionales del Duero: el enterramiento de Fuente-Olmedo (Valladolid)*, Monografías del Museo Arqueológico de Valladolid, 1, Junta de Castilla y León, Valladolid (2ª edición aumentada).
- Martínez Navarrete, M^a I. (1988); *La Edad del Bronce en la Submeseta suoriental: una revisión crítica*, Colección Tesis Doctorales, n^o 191/88, Universidad Complutense de Madrid.
- Martínez Navarrete, M^a I. (1989); *Una revisión crítica de la prehistoria española: la Edad del Bronce como paradigma*, Siglo Veintiuno de España editores, S.A., Madrid.
- Martínez Santa-Olalla, J. (1925); Prehistoria burgalesa, *Butlletí de l'Associació catalana d'Antropologia, Etnologia i Prehistòria*, vol. III: 147-172.
- Martínez Santa-Olalla, J. (1926); Prehistoria burgalesa, *Butlletí de l'Associació catalana d'Antropologia, Etnologia i Prehistòria*, vol. IV: 85-109.
- Martínez Santa-Olalla, J. (1930); Cerámica incisa y cerámica de la cultura del vaso campaniforme en Castilla la Vieja y Asturias, *Anuario de Prehistoria Madrileña*, I.
- Martínez Santa-Olalla, J. (1942); Escondrijo de la Edad del Bronce Atlántico en Huerta de Arriba (Burgos), *Actas y Memorias de la Sociedad Española de Antropología, Etnología y Prehistoria*, XVII: 127-164.

- Martínez Veiga, U. (1985); *Cultura y adaptación*, Cuadernos de Antropología, 4, Anthropos, Barcelona.
- Mata Carriazo, J. de (1947); La Edad del Bronce, en R. Menéndez Pidal (dir.), *España primitiva. I. La Prehistoria*, Espasa Calpe, Madrid.
- Mauss, M. (1924); *Essai sur le don. Forme et raison de l'échange dans les sociétés archaïques*, L'Année Sociologique.
- Mederos Martín, A. y Harrison, R. J. (1996); Patronazgo y clientela. Honor, guerra y festines en las relaciones sociales de dependencia del Bronce Final Atlántico en la Península Ibérica, *Pyrenae*, 27, Universitat de Barcelona: 31-52.
- Meijide Cameselle, G. (1988); *Las espadas del Bronce Final en la Península Ibérica*, Arqueohistorica, 1, Universidade de Santiago de Compostela.
- Meillasoux, C. (1977); *Mujeres, graneros y capitales. Economía doméstica y capitalismo*, Siglo Veintiuno Editores, México.
- Mellor, D. H. (1973); Do cultures exit?, en C. Renfrew (ed.), *The explanation of cultural change*, Duckworth, London: 59-72.
- Menéndez Amor, J. y Florschütz, F. (1961); Contribución al conocimiento de la historia de la vegetación en España durante el cuaternario, *Estudios Geológicos*, XVII, Instituto "Lucas Mallada", CSIC: 83-99.
- Mingote Calderón, J. L. (1995); *Técnicas agrícolas tradicionales. No todo es trabajo*, Centro de Cultura Tradicional, Diputación de Salamanca.
- Montero Ruiz, I. (1994); *El origen de la metalurgia en el Sureste peninsular*, Instituto de Estudios Almerienses de la Diputación Provincial de Almería / Instituto Universitario Ortega y Gasset, Almería.
- Morales Hernández, F. (1995); *Carta arqueológica de Soria. La Altiplanicie soriana*, Diputación Provincial de Soria.
- Morales Muñiz, A. (1992); Estudio de la fauna del yacimiento calcolítico de "Las Pozas" (Casaseca de las Chanas, Zamora). Campaña 1979, *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, LVIII, Universidad de Valladolid: 65-96.
- Morales Muñiz, A. y Liesau von Lettow-Vorbeck, C. (1995); Análisis comparado de las faunas arqueológicas en el valle Medio del Duero (prov. Valladolid) durante la Edad del Hierro, en G. Delibes, F. Romero y A. Morales (eds.), *Arqueología y medio ambiente. El primer milenio a. C. en el Duero Medio*, Junta de Castilla y León, Valladolid: 455-514.
- Morales, A. y Villegas Broncano, C. (1994); La fauna de mamíferos del yacimiento de "El Ventorro": síntesis osteológica de la campaña de 1981, *Estudios de Prehistoria y Arqueología Madrileñas*, 9, Museos Municipales, Madrid: 35-56.
- Morán, C. (1924); *Excavaciones Arqueológicas en el cerro del Berrueco (Medinilla, Ávila, El Tejado y Puente de Congosto, Salamanca)*, Memorias de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades, nº 65, Madrid.
- Morán, C. (1931); *Excavaciones en los dólmenes de Salamanca*, Memorias de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades, nº 113, Madrid.
- Morán, C. (1935); *Excavaciones en dólmenes de Salamanca y de Zamora*, Memorias de la Junta Superior del Tesoro Artístico, nº 135, Madrid.
- Moreno Gallo, M. (1999); El megalitismo de la Lora burgalesa, Atapuerca y Jaramillo, un espacio continuo, *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, LXV, Universidad de Valladolid: 53-72.
- Moure Romanillo, J. A. (1977); G. Delibes de Castro: El Vaso Campaniforme en la Meseta Norte Española..., *Trabajos de Prehistoria*, 34, CSIC, Madrid: 440-1.

- Moure Romanillo, J. A. y García-Soto, E. (1986); Los grabados de la cueva de San García (Santo Domingo de Silos, Burgos), *Numantia*. Investigaciones Arqueológicas de Castilla y León, II, Junta de Castilla y León: 193-206.
- Mujika, J. A. (1998); Ídolos-espátula del País Vasco: fabricación, cronología y paralelos, *Veleia*, 15, Universidad del País Vasco, Vitoria-Gasteiz: 121-44.
- Municio González, L. (1981); Materiales de la cueva sepulcral calcolítica de Casla (Segovia), *Numantia*. Investigaciones arqueológicas en Castilla y León, I, Asociación de Amigos del Museo Numantino, Soria: 171-9.
- Municio, L. (1988); El Neolítico en la Meseta central española, en Pilar López (coord.), *El Neolítico en España*, Ediciones Cátedra, Madrid: 299-327.
- Municio, L. y Piñón Varela, F. (1990); Cueva de Los Enebralejos (Prádena, Segovia), *Numantia*. Investigaciones Arqueológicas en Castilla y León 1984-1988, III, Junta de Castilla y León, Valladolid: 51-75.
- Municio, L. y Ruiz-Gálvez, M. (1986); Un nuevo yacimiento neolítico en la Meseta Norte las cerámicas decoradas de la cueva de La Nogaleta (Villaseca, Segovia), *Numantia*. Investigaciones Arqueológicas en Castilla y León, II, Junta de Castilla y León, Soria: 143-57.
- Needham, S. (1993); Displacement and Exchange in Archaeological Methodology, en Chris Scarre y Frances Healy (ed.), *Trade and Exchange in Prehistoric Europe (Bristol, April 1992)*, Oxbow Books, Oxford: 161-9.
- Neira Campos, A. y Bernaldo de Quirós Guidotti, F. (1996); El Paleolítico en la provincia de León, *Arqueoleón. Historia de León a través de la arqueología*, Ciclo de Conferencias (León 1993-1994), Junta de Castilla y León-Diputación Provincial de León, León: 15-28.
- Nocete Calvo, F. (1984); Jefaturas y territorio: una visión crítica, *Cuadernos de la Universidad de Granada*, 9, Universidad de Granada: 289-304.
- Nocete, F. (1986); Una historia agrarias: el proceso de consolidación de la economía de producción (Perspectivas en la investigación de las edades del Cobre y Bronce en el Alto Guadalquivir), en Arturo Ruiz, Manuel Molinos y Francisca Hornos, *Arqueología en Jaén (Reflexiones desde un proyecto arqueológico no inocente)*, Diputación Provincial de Jaén: 91-9.
- Oliveira Jorge, S. (1999a); Stèles et Statues-menhirs de l'âge du bronze en péninsule Ibérique: discours de pouvoir, en J. Jensen y otros –comisariado–, *L'Europe au temps d'Ulysse. Dieux et héros de l'âge du Bronze* (Exposición diciembre 1998-mayo 2000), Réunion des Musées Nationaux, Paris: 114-22.
- Oliveira Jorge, S. (1999b); Un sanctuaire de la préhistoire récente de la péninsule Ibérique avec des « stèles »: Cabeço da Mina (Vila Flor au Portugal), en J. Jensen y otros –comisariado–, *L'Europe au temps d'Ulysse. Dieux et héros de l'âge du Bronze* (Exposición diciembre 1998-mayo 2000), Réunion des Musées Nationaux, Paris: 137-41.
- Olmo Martín, J. del (1999); Arqueología aérea en Castilla y León, *Revista de Arqueología*, 215, Madrid: 44-9.
- Ontañón Peredo, R. (2003); El campaniforme en la región cantábrica: un fenómeno arqueológico en el seno de las sociedades calcolíticas del Norte de la Península Ibérica, *Trabajos de Prehistoria*, 60 (1), CSIC, Madrid: 81-98.
- Orton, C., Tyers, P. y Vince, A. (1997); *La cerámica en Arqueología*, Editorial Crítica, Barcelona.
- Palol, P. de (1963); Notas para la sistematización de la Primera Edad del Hierro en Castilla la Vieja. Los silos del barrio de San Pedro Regalado de Valladolid, *A Pedro Bosch-Gimpera en el Septuagésimo aniversario de su nacimiento*, México: 135-150.
- Palol, P. de (1965); Estado actual de la investigación prehistórica y arqueológica de la Meseta castellana, *IX Congreso Nacional de Arqueología (Valladolid, 1965)*, Zaragoza: 24-35.

- Palomino Lázaro, A. L. (1990); Nuevas aportaciones al conocimiento del fenómeno megalítico en la provincia de Zamora, *Primer Congreso de Historia de Zamora*, tomo II. Prehistoria e Historia Antigua, Instituto de Estudios Zamoranos "Florián de Ocampo", Diputación de Zamora: 173-200.
- Palomino Lázaro, A. L., Abarquero Moras, F. J. y Negredo García, M^a J. (2003); La primera colonización estable de las tierras ribereñas del Duero en el suroeste de la provincia de Burgos: el poblamiento calcolítico, *Numantia*. Arqueología en Castilla y León 1997/1998, 8, Junta de Castilla y León, Valladolid: 63-83.
- Palomino Lázaro, A. L., Negredo García, M^a J. y Abarquero Moras, F. J. (1999); Cabañas, basureros, silos y tumbas en el yacimiento de El Cerro, La Horra (Burgos): A vueltas sobre el significado de un campo de hoyos en la Edad del Bronce de la Meseta, *Numantia*. Arqueología en Castilla y León 1995/1996, 7, Junta de Castilla y León, Valladolid: 21-41.
- Palomino Lázaro, A. L. y Rodríguez Marcos, J. A. (1994); El yacimiento arqueológico de "Las Empedradas": un enclave del Bronce Medio en la Ribera del Duero burgalesa, *Numantia*. Arqueología en Castilla y León 1991/1992, 5, Junta de Castilla y León, Salamanca: 59-71.
- Peral Bejarano, C. (1995); Excavación y estudio de los cementerios urbanos andalusíes. Estado de la cuestión, en M^a Paz Torres y M. Acien (eds.), *Estudios sobre cementerios islámicos andalusíes*, Estudios y Ensayos, Universidad de Málaga: 11-36.
- Pérez Ripoll, M. (1999) ; La explotación ganadera durante el III milenio a. C. en la Península Ibérica, *Saguntum-Plav*, Extra 2, II Congrès del Neolític a la Península Ibèrica (València, 7-9 de abril 1999), Universitat de València: 95-103.
- Pérez Rodríguez, F. J. y Fernández Giménez, J. M^a (1993); Sobre la cocción de cerámica durante la Edad del Bronce. El yacimiento de "La Venta" (Alar del Rey, Palencia), *Numantia*. Arqueología en Castilla y León 1989/1990, 4, Junta de Castilla y León, Valladolid: 41-60.
- Pérez Rodríguez, F. J., Fernández Giménez, J. M^a y Puertas Gutiérrez, F. (1990); Los Doce Cantos (Herrera de Pisuerga). Un yacimiento calcolítico precampaniforme en el norte de la provincia de Palencia, *Actas del II Congreso de Historia de Palencia* (abril de 1989), tomo I. Prehistoria, Arqueología e Historia Antigua, Diputación Provincial de Palencia: 95-109.
- Pérez Rodríguez, F. J., Misiego, J. C., Sanz, F. J., Marcos, G. J., Martín, M. A. y Fernández, J. M^a (1994); "La Huelga". Un interesante yacimiento de la Edad del Bronce en el centro de la cuenca del Duero (Dueñas, Palencia), *Numantia*. Arqueología en Castilla y León 1991/1992, 5, Junta de Castilla y León, Salamanca: 11-32.
- Pericot García, L. (1923); *La Prehistoria de la Península Ibérica*, Collecció Minerva, Barcelona.
- Pericot, L. (1952); *Las raíces de España*, CSIC, Madrid.
- Pericot, L. (1964); *Medio siglo de Prehistoria Hispánica*, Universidad de Barcelona.
- Pericot, L. y Maluquer de Motes, J. (1969); *La humanidad prehistórica*, Biblioteca Básica Salvat, Madrid.
- Piel-Desruisseaux, J. -L. (1989); *Instrumental prehistórico. Forma, fabricación, utilización*, Masson, S.A., Barcelona.
- Pijoan, J. (1944); *Arte de los pueblos aborígenes*, Summa Artis. Historia General del Arte, volumen I, Espasa-Calpe, S.A., Madrid (2^a edición).
- Piñel, C. (1998); *La belleza que protege. Joyería popular en el occidente de Castilla y León*, Caja España, Zamora.
- Priego Fernández del Campo, C. y Quero Castro, S. (1992); El Ventorro, un poblado prehistórico de los Albores de la Metalurgia, *Estudios de Prehistoria y Arqueología Madrileñas*, 8, Museos Municipales, Madrid.
- Pujadas, J. J. (1993); *Etnicidad. Identidad cultural de los pueblos*, Eudema Antropología, Madrid.

- Quintana López, J. y Cruz Sánchez, P. J. (1996); Del Bronce al Hierro en el centro de la Submeseta Norte (consideraciones desde el Inventario Arqueológico de Valladolid), *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, 62, Universidad de Valladolid: 9-78.
- Ramos Millán, A. (1998); La minería, la artesanía y el intercambio de sílex durante la Edad del Cobre en el Sudeste de la península Ibérica, en G. Delibes (coord.), *Minerales y metales en la prehistoria reciente. Algunos testimonios de su explotación y laboreo en la península Ibérica*, Studia Archaeologica, 88, Universidad de Valladolid: 13-40.
- Renfrew, C. (1972); *The emergence of civilization. The Cyclades and the Aegean in the Third Millennium B.C.*, Methuen, Londres.
- Renfrew, C. (1976); Megaliths, territories and populations, en Sigfried J. de Laet (ed.), *Acculturation and continuity in Atlantic Europe mainly during the Neolithic period and the Bronze Age (Ghent 1975)*, Dissertationes Archeologicae Gandenses, De Tempel, Brugge: 198-220.
- Renfrew, C. (1984); Space, time and polity, *Approaches to Social Archaeology*, Edinburgh University Press: 30-53.
- Renfrew, C. (1986); Introduction: peer polity interaction and socio-political change, en Colin Renfrew y John F. Cherry (ed.), *Peer polity interaction and socio-political change*, New directions in Archaeology, Cambridge University Press: 1-18.
- Renfrew, C. (1993); Trade Beyond the Material, en Chris Scarre y Frances Healy (ed.), *Trade and Exchange in Prehistoric Europe (Bristol, April 1992)*, Oxbow Books, Oxford: 5-16.
- Renfrew, C. (1994a); Preface, en C. Mathers y S. Stoddart (ed.), *Development and decline in the Mediterranean Bronze Age*, Sheffield Archaeological Monographs, 8: 5-11.
- Renfrew, C. (1994b); The archaeology of religion, en C. Renfrew y E. B.W. Zubrow (ed.) *The ancient mind. Elements of cognitive archaeology*, Cambridge University Press: 47-54.
- Renfrew, C. y Bahn, P. (1993); *Arqueología. Teorías, Métodos y Práctica*, Akal Ediciones, Madrid.
- Revilla Andía, M^a L. y Jimeno Martínez, A. (1986); El horizonte campaniforme de "El Guijar" de Almazán (Soria), *Numantia*. Investigaciones arqueológicas en Castilla y León 1984-1988, III, Junta de Castilla y León, Soria: 159-92.
- Reynolds, P. J. (1974); Experimental Iron Age storage pits: an interim report, *Proceedings of the Prehistoric Society*, 40,: 118-31.
- Reynolds, P. J. (1979); *Iron Age Farm: the Butser experiment*, British Museum Publications, London.
- Reynolds, P. J. (1985); Carbonised seed, crop yield, weed infestation and harvesting techniques of the Iron Age, *Les techniques de conservation des grains à long terme. Leur rôle dans la dynamique des systèmes de cultures et des sociétés*, 3 (2), Éditions du Centre National de la Recherche Scientifique, París: 397-407.
- Riquelme Cantal, J. A. (2003); Estudio de los restos faunísticos recuperados en el yacimiento arqueológico de Fuente Lirio (Muñopepe, Ávila), *Numantia*. Arqueología en Castilla y León 1997-1998, 8, Junta de Castilla y León, Valladolid: 55-62.
- Rivera, D., Obón, C. y Díaz-Andreu, M. (1994); Estudio del aprovechamiento del medio natural en el yacimiento de la Edad del Bronce de El Recuenco (Cervera del Llano, Cuenca). Análisis Paleobotánicos, *Trabajos de Prehistoria*, 51 (2), CSIC, Madrid: 169-78.
- Robbins, M. (1966); House types and settlement patterns: an application of ethnology to archaeological interpretation, *Minnesota archaeologist*, 28: 3-35.
- Rodríguez Marcos, J. A. (1993); "El Carrizal" (Cogeces del Monte, Valladolid): un nuevo yacimiento de facies Proto/Cogotas I, *Numantia*. Arqueología en Castilla y León 1989/1990, 4, Junta de Castilla y León, Valladolid: 61-74.

- Rodríguez Marcos, J. A. (1996); La Cuesta de La Horca en Cevico Navero (Palencia): un nuevo yacimiento amurallado de facies proto/cogotas I, *Actas del III Congreso de Historia de Palencia* (marzo-abril de 1995), tomo I. Prehistoria, Arqueología e Historia Antigua, Diputación Provincial de Palencia: 93-115.
- Rodríguez Marcos, J. A. y Abarquero Moras, F. J. (1994); Intervención arqueológica en el yacimiento de la Edad del Bronce de “El Cementerio-El Prado”, Quintanilla de Onésimo (Valladolid), *Numantia*. Arqueología en Castilla y León 1991/1992, 5, Junta de Castilla y León, Salamanca: 33-57.
- Rodríguez Marcos, J. A., Marcos, G. J., Martín, M. A., Misiego, J. C. y Sanz, F. J. (1999); Excavaciones arqueológicas en “Las Vegas” (Jabares de los Oteros), un yacimiento arqueológico del “horizonte Protocogotas I” en la provincia de León, en J. M. Vidal Encinas –ed.–, *Protección del patrimonio cultural y obras públicas. Actuaciones arqueológicas en la autopista del camino de Santiago (1994-1997)*, GICAL-Junta de Castilla y León, León: 49-70.
- Rodríguez Marcos, J. A. y Palomino Lázaro, A. L. (1997); Un asentamiento castreño del Bronce Antiguo en la cuenca del Duero: El Pico Romero en Santa Cruz de la Salceda (Burgos), *II Congreso de Arqueología Peninsular* (Zamora, septiembre de 1996). Tomo II. Neolítico, Calcolítico y Bronce, Fundación Rei Afonso Henriques, Zamora: 579-90.
- Rodríguez Marcos, J. A. y Val Recio, J. del (1990); Nuevos datos para la interpretación de los “hoyos” Cogotas I. Un silo de Barcial de Barco, *Primer Congreso de Historia de Zamora*, tomo II. Prehistoria e Historia Antigua, Instituto de Estudios Zamoranos “Florián de Ocampo”, Diputación de Zamora: 201-9.
- Rodríguez Rodríguez, E., Larrén Izquierdo, H. y García Rozas, R. (1990); Carta Arqueológica de Villafáfila, *Anuario del Instituto de Estudios Zamoranos "Florian de Ocampo"*, CSIC, Diputación de Zamora: 33-76.
- Rojo Guerra, M. A. (1987); Asentamientos prehistóricos en la cuenca de La Nava: estudio de sus relaciones, *Actas del I Congreso de Historia de Palencia (Monzón de Campos, 1985)*, tomo I. Arte, arqueología y edad antigua, Diputación de Palencia: 409-22.
- Rojo, M. A., Delibes, G., Edo, M. y Fernández Turriel, J. L. (1996); Adornos de calaita en los ajuares dolménicos de la provincia de Burgos: apuntes sobre su composición y procedencia, *Actes I Congrès del Neolític a la península Ibèrica. Formació i implantació de les comunitats agrícoles* (Gavà-Bellaterra; 27, 28 i 29 de març de 1995), *Rubicatum*, Revista del Museu de Gavà, 1: 239-50.
- Rojo, M. A. y Estremera Portela, S. (2000); El valle de Ambrona y la cueva de La Vaquera: testimonios de la primera ocupación neolítica en la cuenca del Duero, *Actas do 3º Congresso de Arqueologia Peninsular (setembro de 1999)*, vol. III. Neolitização e megalitismo da Península Ibérica, ADECAP, Porto: 81-95.
- Rojo, M. A. y Kunst, M. (1996); Proyecto de colaboración hispano-alemán en torno a la introducción de neolitización en las tierras del interior peninsular: planteamiento y primeros resultados, *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología*, 23, Universidad Autónoma de Madrid: 87-113.
- Rojo, M. A., Kunst, M. y Palomino Lázaro, A. L. (2002); El fuego como procedimiento de clausura en tres tumbas monumentales de la Submeseta Norte, en M. A. Rojo y M. Kunst (eds.), *Sobre el Significado del Fuego en los Rituales Funerarios del Neolítico*, Studia Archaeologica, 91, Universidad de Valladolid: 21-38.
- Romero Carnicero, F. (1981); La estatua-menhir de Villar del Ala. Nuevos datos para su estudio, *Numantia. Investigaciones arqueológicas en Castilla y León*, 1, Asociación de Amigos del Museo Numantino, Soria: 115-131.
- Romero Carnicero, F. y Jimeno Martínez, A. (1993); El valle del Duero en la antesala de la Historia. Los grupos del Bronce Medio-Final y Primer Hierro, en M. Almagro-Gorbea y G. Ruiz Zapatero (eds.), *Los celtas: Hispania y Europa*, Actas de El Escorial, Universidad Complutense de Madrid, Madrid: 175-222.

- Rosa Municio, R. de la (1991); El Balconcillo del cañón del río Lobos: un yacimiento del Bronce Pleno en la zona Oriental de la Meseta, *Soria Arqueológica*, 1, Diputación Provincial de Soria: 69-86.
- Rosa Municio, R. de la (1995); Excavaciones en El Balconcillo del Cañón del Río Lobos (Ucero, Soria). Informe de la campaña de 1994, *Celtiberia*, 89, Centro de Estudios Sorianos: 233-52.
- Rovira, S., Montero, I. y Consuegra, S. (1992); La metalurgia de la Edad el Bronce en la provincia de Soria: estudio analítico, *2º Symposium de Arqueología Soriana (octubre de 1989)*, Diputación Provincial de Soria: 247-59.
- Rowlands, M. J. (1973); Modes of exchange and the incentives for trade, with reference to later European prehistory, en C. Renfrew (ed.), *The Explanation of Culture Change: Models in Prehistory*, Duckworth: 589-600.
- Rubio, E. (1988); La economía de subsistencia en el Neolítico hispano, en P. López (coord.), *El Neolítico en España*, Cátedra, Madrid: 337-418.
- Rubio, I. L. y Blasco, M^a C. (1988-89); Análisis cerámicos de La Cueva de la Vaquera (Torreiglesias, Segovia), *Zephyrus*, XLI-XLII, Universidad de Salamanca: 149-60.
- Ruiz-Gálvez Priego, M. (1979); El depósito de Hio (Pontevedra) y el final de la Edad del Bronce en la fachada atlántica Peninsular, *El Museo de Pontevedra*, XXXIII, Diputación Provincial de Pontevedra: 129-50.
- Ruiz-Gálvez Priego, M. (1982); Nueva espada dragada en el río Ulla. Armas arrojadas a las aguas, *El Museo de Pontevedra*, XXXVI, Diputación Provincial de Pontevedra: 179-96.
- Ruiz-Gálvez Priego, M^a L. (1986); Navegación y comercio entre el Atlántico y el Mediterráneo a fines de la Edad del Bronce, *Trabajos de Prehistoria*, 43, Madrid: 9-42.
- Ruiz-Gálvez, M. (1988); Oro y política. Alianzas comerciales y centros de poder en el Bronce Final del Occidente peninsular, *Espacio, Tiempo y Forma, Serie I. Prehistoria*, 1, UNED, Madrid: 325-38.
- Ruiz-Gálvez, M. (1992a); Orientaciones teóricas sobre el intercambio y comercio en la Prehistoria, *Gala*, 1, Museu Arqueològic Municipal, Sant Feliu de Codines: 87-101.
- Ruiz-Gálvez, M. (1992b); La novia vendida: Orfebrería, herencia y agricultura en la protohistoria de la Península Ibérica, *SPAL. Revista de Prehistoria y Arqueología*, 1, Universidad de Sevilla: 219-51.
- Ruiz-Gálvez, M. (1995); El significado de la Ría de Huelva en el contexto de las relaciones de intercambio y de las transformaciones producidas en la transición Bronce Final/Edad del Hierro, en Marisa Ruiz-Gálvez (ed.), *Ritos de paso y puntos de paso. La Ría de Huelva en el mundo del Bronce Final europeo*, Complutum, Extra 5, Universidad Complutense de Madrid: 129-55.
- Ruiz-Gálvez, M. (1998); *La Europa Atlántica en la Edad del Bronce. Un viaje a las raíces de la Europa occidental*, Crítica, Grijalbo Mondadori, Barcelona.
- Ruiz-Gálvez, M. y Galán Domingo, E. (1991); Las estelas del Suroeste como hitos de vías ganaderas y rutas comerciales, *Trabajos de Prehistoria*, 48, CSIC, Madrid: 257-73.
- Ruiz Rodríguez, A. (1993); Panorama actual de la Arqueología española, en M^a I. Martínez Navarrete (coord.), *Teoría y práctica de la Prehistoria: Perspectivas desde los extremos de Europa*, CSIC/Universidad de Cantabria: 307-326.
- Ruiz Vega, A. (dir.) (1999); *Tierras Altas*, Cosas de Soria, Revista de temas sorianos, nº 28, Soria.
- Ruiz Zapatero, G., Lorrio Alvarado, A. y Martín Hernández, M. (1986); Casas redondas y rectangulares de la Edad del Hierro: aproximación a un análisis comparativo del espacio doméstico, *Arqueología Espacial*, 9, Coloquio sobre el microespacio- 3. Del Bronce Final a Época Ibérica, Colegio Universitario de Teruel, Diputación General de Aragón, Teruel: 79-101.

- Sahlins, M. (1977); *Economía de la Edad de Piedra*, Akal Editor, Madrid.
- Sahlins, M. D. y Service, E. R. —eds.— (1960); *Evolution and Culture*, University of Michigan Press, Ann Arbor.
- Sáiz Alonso, E. (1989); *Las salinas de Poza de la Sal*, Diputación Provincial de Burgos.
- Salas, L. (1992); Propuesta de modelo climático para el Holoceno en la vertiente cantábrica en base a los datos polínicos, *Cuaternario y Geomorfología*, 6, ??: 63-9.
- Salvador de Luna, J. V. y Cuesta Ruiz-Colmenares, M. A. (1986); Análisis faunístico, *Noticiario Arqueológico Hispano*, 27, Ministerio de Cultura, Madrid: 66-9.
- Samaniego Bordiu, B., Jimeno, A., Fernández Moreno, J. J. y Gómez Barrera, J. A. (2001); *Cueva Maja (Cabrejas del Pinar, Soria): Espacio y simbolismo en los inicios de la Edad del Bronce*, Memorias. Arqueología en Castilla y León, 10, Junta de Castilla y León, Valladolid.
- Sanches, M^a J. (1987); O Buraco da Pala- Um abrigo pré-histórico no concelho de Mirandela (noticia preliminar das Escavações de 1987), *Arqueologia*, 16, Grupo de estudos arqueológicos do Porto: 58-77.
- Sánchez Marcos, M. y Frades Morera, M^a J. (1995); *Catálogo de los sellos de pan del Museo de Salamanca*, Junta de Castilla y León, Salamanca.
- Sánchez-Palencia, F. J. y Fernández-Posse, M^a D. (1998); El beneficio del oro por las comunidades prerromanas del noroeste peninsular, *Minerales y metales en la Prehistoria Reciente. Algunos testimonios de su explotación y laboreo en la Península Ibérica*, Studia Archaeologica, 88, Universidad de Valladolid: 227-46.
- Santonja, M. (1987); Anotaciones en torno al megalitismo del Occidente de la Meseta (Salamanca y Zamora), *El Megalitismo en la península Ibérica*, Ministerio de Cultura, Madrid: 199-210.
- Santonja Gómez, M. y Santonja Alonso, M. (1978); La estatua-menhir de Valdefuentes de Sangusín (Salamanca), *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología*, 10, Madrid: 19-24.
- Santos Estévez, M. (1998); Los espacios del arte: el diseño del panel y la articulación del paisaje en el arte rupestre gallego, *Trabajos de Prehistoria*, 55 (2), Madrid: 73-88.
- Sanz, F. J., Marcos, G. J., Martín, M. A., Misiego, J. C. y Pérez, F. J. (1994); "La Aceña (Huerta, Salamanca). Un campo de hoyos de Cogotas I en la Vega del Tormes, *Numantia*. Arqueología en Castilla y León 1991/1992, 5, Junta de Castilla y León, Salamanca: 73-86.
- Saro, J. A. y Teira, L. C. (1992); El ídolo del Hoyo de la Gándara (Rionansa) y la cronología de los ídolos antropomorfos en la cornisa cantábrica, *Trabajos de Prehistoria*, 49, CSIC, Madrid: 347-55.
- Scarre, C. (1993); Introduction, en Chris Scarre y Frances Healy (ed.), *Trade and Exchange in Prehistoric Europe (Bristol, April 1992)*, Oxbow Books, Oxford: 1-4.
- Service, E. R. (1964); Archaeological theory and ethnological fact, en R. A. Manners (ed.), *Process and Pattern in Culture*, Chicago: 364-75.
- Service, E. (1984); ¿Organización social primitiva. Una perspectiva evolutiva?
- Seseña, N. (1997); *Cacharrería popular. La alfarería de basto en España*, Alianza Editorial, Madrid.
- Sevillano San José, M^a C. (1990); *Grabados rupestres en la comarca de Las Hurdes (Cáceres)*, Universidad de Salamanca.
- Sevillano San José, M^a C. (1991); Conexiones de las estelas antropomorfas salmantinas y extremeñas. Análisis de nuevos datos para su estudio en la provincia de Salamanca", en Manuel Santonja (coord.), *Del Paleolítico a la Historia*, Junta de Castilla y León, Museo de Salamanca: 99-116.
- Shee Twohig, E. (1981); *The megalithic art of Western Europe*, Oxford.

- Shennan, S. (1986); Interaction and change in third millenium BC western and central Europe, en Colin Renfrew y John F. Cherry (ed.), *Peer polity interaction and socio-political change*, New directions in Archaeology, Cambridge University Press: 137-48.
- Shennan, S. (1994); Introduction: archaeological approaches to cultural identity, en S. J. Shennan (ed.), *Archaeological Approaches to Cultural Identity*, Routledge: 1-32.
- Sherratt, A. G. (1983); The secondary exploitation of animals in the Old World, *World Archeology*, 15 (1). Transhumance and pastoralism, ???: 90-104.
- Sherratt, A. (1987); Cups that cheered, en W. H. Waldren y R. C. Kennard (eds.), *The Bell Beakers of the Western Mediterranean*, British Archaeological Reports, International Series, 331, Oxford: 81-114.
- Sherratt, A. (1990); The genesis of megaliths: monumentality, ethnicity and social complexity in Neolithic North-West Europe, *World Archaeology*, 22 (2), Routledge: 147-67.
- Sherratt, A. (1994); Core, periphery and margin: Perspectives on the Bronze Age, en C. Mathers y S. Stoddart (ed.), *Development and decline in the Mediterranean Bronze Age*, Sheffield Archaeological Monographs, 8: 335-45.
- Sopeña Genzor, G. (1986); *Dioses, ética y ritos. Aproximaciones para una comprensión de la religiosidad entre los pueblos celtibéricos*, Prensas Universitarias de Zaragoza, Zaragoza.
- Soto Rodríguez, E. (1984); Estudio Paleontológico, en A. Jimeno; *Los Tolmos de Caracena (Soria) (campanas de 1977, 1978 y 1979)*, Excavaciones Arqueológicas en España, 134, Madrid: 323-33.
- Soudský, B. y Pavlu, I. (1972); The Linear Pottery settlement patterns of central Europe, en P. J. Ucko, R. Tringham y G. W. Dimbleby (eds.), *Man, settlement and urbanism*, Duckworth: 293-7.
- Stanislawski, M. B. y Stanislawski, B. B. (1978); Hopi and Hopi-Tewa: ceramic tradition networks, en Hodder, I. -ed.- (1978); *The Spatial Organisation of Culture*, New Approaches in Archaeology, Duckworth, Londres: 61-76.
- Szaszdi Nagy, A. (1984); *Un mundo que descubrió Colón. Las rutas del comercio prehispánico de los metales*, Cuadernos Colombinos, XII, Casa-Museo de Colón, Seminario Americanista de la Universidad de Valladolid.
- Toussaint-Samat, M. (1991); *Historia natural y moral de los alimentos. 3. El aceite, el pan y el vino*, Alianza Editorial, Madrid.
- Trigger, B. G. (1992); *Historia del pensamiento arqueológico*, Editorial Crítica, Barcelona.
- Tylor, E. B. (1975); La ciencia de la Cultura (1871), en J. S. Kahn (ed.), *El concepto de cultura: textos fundamentales*, Editorial Anagrama, Barcelona: 29-46.
- Val Recio, J. del (1992); El yacimiento calcolítico precampaniforme de Las Pozas, en Casaseca de las Chanas, Zamora, *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, LVIII, Universidad de Valladolid: 47-63.
- Valiente Malla, J. (1987); *La Loma del Lomo I. Cogolludo, Guadalajara*, en Excavaciones Arqueológicas en España, 152, Madrid.
- Valiente Malla, J. (1992); *La Loma del Lomo II. Cogolludo (Guadalajara)*, Patrimonio Histórico-Artístico Castilla-La Mancha, 5, Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha, Toledo.
- Varela Gomes, M. y Pinho Monteiro, J. (1977); Las estelas decoradas do Pomar (Beja-Portugal). Estudio comparado, *Trabajos de Prehistoria*, 34, Madrid: 165-214.
- Vázquez Varela, J.M. y Risch, R. (1991); Theory in spanish archaeology since 1960, en Ian Hodder (ed.), *Archaeological theory in Europe. The last 3 decades*, Routledge, London: 25-51.

- Vázquez, G. y Rúa, C. de la (1990-91); La necrópolis medieval de Santo Tomás de Mandraka (Elorrio, Bizkaia). Aspectos antropológicos, *Kobie (serie Paleoantropología)*, 19, Diputación Foral de Bizkaia, Bilbao: 117-40.
- Vergès, J. M^a, Allué, E., Angelucci, D. E., Cebrià, A., Díez, C., Fontanals, M., Manyanós, A., Montero, S., Moral, S., Vaquero, M. y Zaragoza, J. (2002); La Sierra de Atapuerca durante el Holoceno: datos preliminares sobre las ocupaciones de la Edad del Bronce en la cueva de El Mirador (Ibeas de Juarros, Burgos), *Trabajos de Prehistoria*, 59 (1), CSIC, Madrid: 107-26.
- Vicent García, J. M. (1982); Las tendencias metodológicas en Prehistoria, *Trabajos de Prehistoria*, 39, Madrid: 9-53.
- Vicent García, J. M. (1984); Fundamentos para una investigación epistemológica de la Prehistoria, *Primeras Jornadas de Metodología de Investigación Prehistórica (Soria, 1981)*, Ministerio de Cultura: 71-87.
- Vicent García, J. M. (1991a); Arqueología y Filosofía: la Teoría Crítica, *Trabajos de Prehistoria*, 48, Madrid: 29-36.
- Vicent García, J. M. (1991b); Fundamentos teórico-metodológicos para un programa de investigación arqueo-geográfica, en P. López García (ed.), *El cambio cultural del IV al II milenios a. C. en la comarca noroeste de Murcia*, vol. I, CSIC, Madrid: 31-117.
- Vicente Castro, F. (1995); *Museo Etnográfico Extremeño "González Santana". Olivenza*, Junta de Extremadura, Salamanca.
- Villalba, M^a J., Edo, M. y Blasco, A. (1998); Explotación, manufactura, distribución y uso como bien de prestigio de la calaita en el Neolítico. El ejemplo de Can Tintorer, en G. Delibes (coord.), *Minerales y metales en la prehistoria reciente. Algunos testimonios de su explotación y laboreo en la península Ibérica*, Studia Archaeologica, 88, Universidad de Valladolid: 41-70.
- Virgilio (1991); *Bucólicas - Geórgicas* (edición de Bartolomé Segura Ramos), Alianza Editorial, Madrid (3^a edición).
- VV.AA. (1979); *Les techniques de conservation des grains à long terme. Leur rôle dans la dynamique des systèmes de cultures et des sociétés*, Centre National de la Recherche Scientifique, Paris.
- Wattenberg Sanpere, F. (1949); Prospecciones arqueológicas en el área de Villabrágima (provincia de Valladolid), *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, XV, Universidad de Valladolid: 201-209.
- Weinrich, A. K. H. (1984); *La situación de la mujer en Zimbabue antes de la independencia*, Ediciones del Serbal-Unesco, Barcelona.
- Zamora Canellada, A. (1976); *Excavaciones de la Cueva de La Vaquera, Torreiglesias, Segovia (Edad del Bronce)*, Diputación Provincial de Segovia.
- Zapatero Magdaleno, P. (1990); El túmulo colectivo neolítico de "La Velilla", Osorno (Palencia), *Actas del II Congreso de Historia de Palencia (abril de 1989)*, tomo I. Prehistoria, Arqueología e Historia Antigua, Diputación Provincial de Palencia: 51-70.